TEXTOS DE JULIO CESAR JOBET

ATENEA 1942-1968

BIBLIOTECA CLODOMIRO ALMEYDA
PORTAL DEL SOCIALISMO CHILENO
Editorial prensa latinoamericana

PRIMERA EDICIÓN JULIO 2023

Textos de Julio César Jobet en

ATENEA

Revista trimestral de Ciencias, Letras y Artes publicada por la Universidad de Concepción Chile.

1942-1968

Agradecimientos a Kenny Cáceres, Claus Rodstein, Diego Esteban Venegas Caro, Ariel Ulloa, Ignacio Andrade, Francisco Saba que colaboraron en la primera recopilación de textos allá por los inicios del 2015.

A Petra Salas-Herrera quién nos facilitó el listado exacto de los textos de Jobet en el índice de la revista.

A Gabriela Jerez Garcés que desde sus responsabilidades de Asistente de Edición de Revista Atenea atendió con gran generosidad nuestras peticiones.

A Cecilia Rubio Rubio Directora de la Revista ATENEA

Muchas gracias a Marcelo Alvarado por su permanente colaboración en la recopilación de los trabajos del Profesor Julio César Jobet.

Biblioteca Nacional de Luxemburgo

Edición bajo la responsabilidad de José Balaguer

Biblioteca Clodomiro Almeyda

Portal del Socialismo Chileno

Editorial PRENSA LATINOAMERICANA (PLA)

Julio 2023

Julio César Jobet en ATENEA

Realidad y perspectiva de la obra de Julio César Jobet 5

Las ideas sociales y políticas de Santiago Arcos y Francisco Bilbao 9

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico nacional durante la segunda mitad del siglo XIX 25

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico nacional durante la segunda mitad del siglo XIX (conclusión) 42

Alejandro Venegas Valdés (Julio Valdés Canje) precursor del movimiento democrático popular 61

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX 73

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX 80

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX (conclusión) 83

Notas sobre tres sociólogos nacionales 94

Notas sobre los problemas de la Historia 102

Notas sobre los problemas de la Historia 108

“L´intelligence en guerre”, de Luis Parrot 114

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico nacional durante el presente siglo (1924-1949) 116

Cuna de Cóndores de Mariano Latorre 134

Historia de Chile 135

Las grandes vacaciones 136

Memorias, de Pio Baroja 137

La España que vi y viví 138

Travesía 138

Flora Tristán precursora del movimiento obrero y feminista 139

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX. (1924-1949) 141

Biografía de Joseph Conrad 156

Un manual sobre Chile 157

Sobre la Piedra, por Ricardo Marín 158

En torno a Bolívar 159

Desde la última vuelta del camino 161

Síntesis histórica "Historia de Chile", de Francisco Frías V 163

El Indio. Cuestiones de su vida y de su pasión 164

Vida del poeta 167

Hacia una teoría marxista del Estado 168

El Mariscal Foch y la frontera del Rhin 171
Fantasmas necesarios de Juan Tejeda 176
Reportajes de Pío Baroja 177
Primer consejo a los arcángeles del viento 179
Revistas chilenas 180
León Blum escritor y político 181
Estructura de nuestra economía, de Francisco A. Pinto 184
Federico de Onís en Chile 189
Lautaro Cortés, novela de Enrique Campos Menéndez 191
La Revolución Francesa. Cronología sintética. Nuevas investigaciones e interpretaciones. Fases principales y caudillos destacados 193
Notas sobre la historiografía chilena 207
25° Aniversario del fallecimiento de Recabarren 224
Stalin visto por Trotsky 226
Historia de los Partidos Políticos chilenos 229
Breve digresión en favor de la paz 234
Libros chilenos recientes 235
El trabajo y el hombre 238
Historia de Chile de F. A. Encina 240
Notas sobre dos trabajos de Guillermo Feliú Cruz 247
Breve defensa de la democracia social 252
Centenario de la Sociedad de la Igualdad 254
Dos muertos ilustres 256
Libros chilenos 257
Libros de historia 258
Ediciones Flor Nacional 259
La civilización puesta a prueba 259
Exposición del texto escolar chileno 260
Apuntes sobre la estructura económica chilena 261
Biografías de los grandes caudillos de la Revolución Francesa 273
Jean Jaurès, demócrata y pacifista 279
El movimiento social obrero en Chile 283

El movimiento social obrero en Chile 294
José Victorino Lastarria y la democracia en Chile 309
Algunos colaboradores de “Atenea” 322
Notas sobre las biografías de José Perfecto Salas y de Juan Egaña 339
Dos originales ensayos historiográficos 351
Notas sobre la enseñanza superior en el siglo XVIII 358

Realidad y perspectiva de la obra de Julio César Jobet [1]

Es este el caso de un hombre cuya fe no ha hecho crisis, que permanece inconmovible y que, cual los antiguos cristianos, no ha cifrado su esperanza en los caudillos sino en la doctrina, no en los hombres a los cuales sabe víctimas de flaquezas humanas, sino que cree que, a pesar de ellas, de la espantosa crisis moral por que atravesamos, es posible poner las bases para un mundo mejor, para una patria donde verdaderamente se procure el bienestar común y la felicidad de todos.

A través de sus obras yo he visto no sólo a un visionario sino también a un hombre que camina sobre ese suelo fecundo y sólido de las realidades. Que no apoya sus teorías en quimeras irrealizables, sino en el hecho concreto, en el guarismo incontrovertible, en el dato veraz y honrado.

Ya en sus primeros trabajos se adivinaba al estudioso serio, al observador perspicaz y agudo. Diríamos que sus primeras armas como publicista las hizo bajo la tuición del Partido Socialista chileno, al cual entregó el fervor de su militancia, folletos tan fundamentales y sustantivos en su desarrollo teórico como El Partido Socialista en la realidad nacional, Fundamentos del Marxismo, y La penetración imperialista en Chile. Jobet se distinguió ya en aquel tiempo como un militante de doble mérito. Ante todo, era el soldado disciplinado y fervoroso que entregaba sus ideales y su amor al pueblo a través de su acción en la base del partido y en seguida, era el sociólogo, el historiador, el ensayista, el estudioso que buscaba una justificación científica a sus ideales. Y aquí, para dibujar el itinerario espiritual de este historiador —ese terrible Camino a Damasco de todo espíritu agonista—, no sabríamos si decir que fueron sus ideales los que le empujaron a sus investigaciones o si fue el resultado de aquéllas lo que encauzó su vida por el camino del materialismo histórico. Yo pienso más bien en una esplendorosa síntesis, ya que suele ocurrir que cada individuo trae en sus entrañas su propia verdad o cierta predisposición a una verdad determinada, de tal manera que los años, en su decurso inexorable, sólo redondean y confirman lo que ya era realidad intuida en lo más profundo del ser.

Se adivina aquí una inmensa pasión por la verdad, una búsqueda inflexible de lo que constituye nuestra patria en su más sustantiva expresión. Aquí nos encontramos no ante un frío acopiador de hechos históricos o en presencia de un estudioso que “porque sí” hace un paseo a través de la historia, sino ante un hombre que tiene una concepción viva, vital de ella. Que no sólo procura rehacerla ajustándose a la verdad de los hechos, sino que busca encontrar el sentido de ella, su oculta lección.

Y tal vez en parte esto se explicaría porque el historiador no es simplemente un cronista desinteresado de los hechos, sino un hombre que intensa y apasionadamente procura encontrar a través de ellos, el verdadero camino, la verdadera expresión, el auténtico sentido de un país que marcha en busca de su derrotero histórico. Y Jobet no sólo escribe de la historia, sino que también la vive e intensamente, a través de su acción como militante socialista. Pero no es esto sólo; además, tendríamos que hablar de una especie de “fervor de Chile” que acaso sea más eufónico que decir fervor por Chile Porque hay en Chile una juventud estudiosa que ha tomado en serio el concepto de patriotismo. Que habla de patria, no como la expresión de mezquinos intereses, sino con el amplio espíritu de cooperar verdaderamente en el

[1] Atenea 329-330

engrandecimiento de ella. Que sufre con sus sufrimientos, que llora con sus dolores, que vive horas de regocijo cuando en su destino apunta una nueva alborada.

A esta juventud pertenece Julio César Jobet.

Mas su posición no es sólo la de quien abre su espíritu a una idea de superación nacional, sino la del investigador que, ante las vísceras vivas, ante el cuerpo enfermo, ante la carne que se estremece y grita su dolor, aplica el frío análisis de la ciencia histórica, el escalpelo de su concepción socialista y receta el medicamento oportuno, la terapéutica eficaz.

Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad es la siguiente obra que Jobet entrega a la consideración de nuestros estudiosos. Tanto el uno como la otra desempeñaron un papel de extraordinaria importancia en la evolución social chilena. En efecto, la Sociedad de la Igualdad es la primera manifestación de una inquietud social que tal vez hubiera devenido en robustos frutos, de no acaecer su prematura y forzada desaparición. Pero durante sus pocos meses de vida se dibujó con perfiles bastante rotundos, lo que debería ser una organización firmemente asentada en los hombros del pueblo, dirigida por caudillos honrados, leales, de sólidas convicciones y con una certera visión de la realidad social imperante.

Si bien es cierto ya se había investigado la simple historia de este movimiento, faltaba analizarlo a la luz de nuevas realidades y con el apoyo de otras herramientas de investigación histórica. Esta tarea le correspondió a Julio César Jobet y gracias a sus desvelos, ha sido posible establecer en sus verdaderas proporciones, el importante papel que desempeñó Santiago Arcos en el nacimiento y desarrollo de la Sociedad de la Igualdad.

Hasta aquí, sólo era presentado como una especie de snob, al cual, entre otras diversiones, le agradaba figurar junto a elementos de avanzada social, aunque sin participar verdaderamente de sus doctrinas. Sin embargo, ahora está claro que no sólo fue el principal organizador del movimiento sino también el que, con mayor perspicacia, supo calar, ya en aquella época, la realidad socioeconómica del país y proponer soluciones, algunas de las cuales todavía conservan plena vigencia. Vemos en él al organizador tesonero, al impulsador audaz, al visionario intrépido, en fin, al dirigente que supo desenvolverse tanto en el plano organizado como en el de la educación teórica de los adeptos. Y es que los acontecimientos sociales que le tocó presenciar en la Europa convulsionada de aquella época encontraron en él no sólo al espectador atento e inteligente, sino también al político sagaz que supo analizar los hechos históricos y obtener de ellos valiosas experiencias aplicables a su país de origen.

Tres ensayos históricos es el siguiente libro de Jobet. Reúne en él tres esclarecedores estudios acerca de los problemas de la Historia, de la Revolución Francesa y de don Francisco Encina respectivamente. El primero de ellos es una especie de panorama dedicado al estado actual de los estudios históricos. El segundo resume para beneficio de los lectores, los nuevos aportes que se han hecho en la investigación de tan importante suceso como fuera la Revolución Francesa.

Tal vez el que nos interese más sea el último por tratarse de un historiador cuyas obras gozan de gran prestigio entre el público, como lo prueban las numerosas ediciones de su monumental Historia de Chile.

Para Jobet, Francisco Encina es el historiador que exalta el gobierno de la aristocracia chilena a cuyo servicio pone su pluma y su vasta cultura. Pero, como toda empresa realizada con parcialidad, la obra de

Encina tiene puntos sensiblemente débiles sobre todo cuando, por defender a la oligarquía de la cual es miembro, olvida sus errores, sus negligencias, la torpeza con que ha manejado los negocios del estado, la vaciedad de sus componentes, la incapacidad de sus dirigentes, la escasa visión de sus representantes, su indolencia, su falso patriotismo, la inconsciencia con que llevaron al país a la bancarrota, su posición negativa y retrógrada ante todo lo que signifique hacer patria de veras, estimular generosa y desinteresadamente cuanto propenda a la grandeza de nuestra empobrecida y debilitada nación.

Y tal vez como una réplica a la obra de Encina, entrega en seguida Julio César Jobet su medular Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile.

Ahora bien, me ha correspondido tener el privilegio de ser el primero en preocuparme de una generación que he denominado de 1938. Y la denominé de 1938 porque es a partir de ese año que aflora a la superficie una nueva manera, un nuevo modo de concebir nuestra vida nacional. El triunfo político de lo que pudiera llamarse un conglomerado de izquierda, no fue sino la resultante de un proceso evolutivo cuyas manifestaciones más palpables se venían haciendo presente a partir de 1920 y gracias a los esfuerzos de la generación conocida como del año 20. No es este el momento de inventariar ni caracterizar las diversas generaciones que han hecho y siguen haciendo historia en nuestra patria, pero sí podemos adelantar que todo avance político-social se corresponde con una evolución en el terreno de las artes y del desarrollo de las ideas todas. Es como si al dejar atrás una curva en el progreso de los pueblos, se extendieran de pronto ante los ojos de los contemporáneos, perspectivas insospechadas, caminos nuevos, horizontes extensos, vírgenes de toda mirada. Y como natural consecuencia, surgen nuevos conceptos, no sólo para indicar las rutas, sino también —lo que es de suma importancia— para analizar el camino recorrido, para poner al descubierto los errores, para —a la luz de una más amplia visión— desentrañar el oculto sentido, la esencia pura, el escondido perfil del fenómeno que ya es historia.

Porque la historia no sólo tiene como objeto la relación descarnada de un suceso, sino que ha de procurar los elementos de juicio necesarios a fin de permitir una interpretación que más se ajuste a los nuevos tiempos, que haga posible obtener de ella antecedentes indispensables a las nuevas circunstancias. Porque el devenir del progreso humano arrastra en su cauce torrentoso, no sólo uno sino muchos destinos y no sólo una sino muchas finalidades, las cuales a su debido tiempo y hora se hacen presente y gritan su verdad. Junto al hecho que ayer plasmó una realidad determinada, galopan los gérmenes de lo que hoy es fruto maduro o del fruto ya a punto de madurar que sólo espera el minuto histórico preciso para entregarnos su verdad, vivir su hora y hacer que cuajen en sus entrañas nuevas realidades y nuevos frutos. Pero el asunto consiste en que el historiador sea lo suficientemente sagaz como para “entender” qué minuto preciso está marcando el reloj de la historia y cómo puede obtener de ese instante circunstancias favorables al desenvolvimiento económico-social. Y esta cualidad ha de tenerla también y principalmente el político consciente de sus deberes y de sus obligaciones para con la historia.

Ahora bien, nosotros estamos viviendo bajo el estilo de la generación del año veinte. Los errores o los aciertos del régimen que nos gobierna no son sino la “manera”, el “modo”, el “sentido”, con que ella concibe la historia. Pero galopando sobre sus espaldas, otra generación, la de 1938 —que trae “su” manera, “su” modo y su “propio” sentido—, se prepara y espera su oportunidad.

Por sus frutos intelectuales, por su concepción histórica, por el estilo de sus procedimientos como historiador y ciudadano, Julio César Jobet pertenece, sin duda alguna, a la generación de 1938. Se ve en la

obra de Jobet no al cronista interesado en realzar la posible genialidad de tal cual clase en el ayer, sino al estudioso que examina el pasado con vistas a obtener de éste enseñanzas para el futuro. No al sobreviviente que entona el canto del cisne de lo que fue, sino al visionario que todo lo espera del mañana y que prepara su voz para la fecunda canción de los tiempos que se acercan.

Su último libro es una terrible requisitoria contra los que ya vivieron su época y aún no se convencen de que los tiempos cambian y con ellos los actores del drama histórico. Pero no es sólo eso; es también la clarinada de alerta en este incruento batallar que es la vida del hombre. Porque no sólo hemos de limitarnos a demoler lo ya envejecido, sino que es indispensable asentar los sólidos basamentos en que descansará nuestra futura grandeza.

Quien tiene una verdad que decir a sus contemporáneos, busca hacerlo retemplando sus palabras en el fuego de la pasión y puliéndolas en el molejón de la belleza literaria. Pero estamos aquí ante un hombre que si bien es cierto arde encendido en la llama de una fe social, anhela por sobre todas las ventajas retóricas, llegar al entendimiento, tocar a las puertas de la razón, provocar en el lector un ánimo tranquilo que le permita discernir fríamente acerca del problema que se trata. Y por eso el estilo es mesurado y limpio y página a página y oración a oración, se van allegando antecedentes y fría e inexorablemente la verdad brilla en toda su pureza.

Sabe el escritor que no necesita impresionar a sus lectores, pues la sola enumeración de los hechos, la escueta realidad de los acontecimientos grita en el espíritu de aquellos, mostrando la ruta a seguir y el camino de las rectificaciones.

Vivimos un momento en que parece que todos tenemos miedo de pensar con cordura, de obedecer a la razón, de creer en la verdad científica. Es esta la época de los halagos y de las mistificaciones. Es el tiempo de la inflación que no sólo gangrena nuestra economía, sino que, lo que es peor aún, corroe nuestra moral y el libre desenvolvimiento del espíritu. Y por eso es tanto más meritorio el camino recorrido por este joven historiador, cuanto mayor, son las tentaciones que pudieron inducirlo a dejarse llevar por la desvergonzada voz de la demagogia y de la irresponsabilidad ambientes.

Pero bajo la palabra pulcra y el concepto ponderado, se adivina la pasión de un alma que se crispa al imperativo de una fe redentora. Y es la fe en un destino mejor, es la esperanza en un mañana luminoso, radiante de justicia social, henchida de generoso sacrificio, de heroísmo, de esfuerzo y lucha en aras de un grandioso ideal libertario. Y es que el historiador busca oponer al desorden, el orden; a la anarquía, la autoridad; a la irresponsabilidad, la plena conciencia de un destino; al oportunismo y la irreflexión, el plan elaborado bajo moldes científicos.

Estamos apenas en la alborada de nuevos tiempos y la generación que ha de convertirlos en realidad e impedir que sean desvirtuados sus objetivos, recién comienza a entregar sus primeros frutos teóricos. A ella corresponde tener fe en su destino, confianza en lo por venir, abnegación para afrontar la áspera lucha. Y, por, sobre todo, perseverancia, dureza, constancia en el esfuerzo, de manera que, puesta la mano en la esteva, ya no aspire sino a abrir el ancho surco que acoja en su seno fecundo, la frágil semilla que mañana reventará en espigas de oro.

Ya he hablado del fervor de Chile. Es preciso que ampliemos este concepto y hablemos del ¡fervor de América! Porque ese ha de ser el punto de mira de nuestra generación. Inmensas llanuras, grandiosos

horizontes, enormes posibilidades de progreso están esperando que nosotros corramos hacia ellos, para entregarnos la prodigiosa realidad de sus riquezas. Todo un destino como pueblo conductor del mundo, yace escondido tras el concepto de unidad americana que a nuestra generación corresponde realizar. Y hemos de hacerla por sobre banderías y distingos, a entera conciencia de que somos americanos, hijos de un mismo suelo y unidos a una misma esperanza.

Yo sé que la ruta de Julio César Jobet está orientada por esa misma estrella y que sus desvelos como historiador, hacia allá se encaminan. Y por eso escribo fervorosamente estas palabras, uniendo mi voz a los que gritan y supliendo la de aquellos que, por desgracia, callan sus inquietudes.

Sin duda alguna, nuevos frutos aportarán los desvelos de este historiador. Desde ya los esperamos ansiosos, en la seguridad de que su talento entregará esclarecedoras páginas que, por más de un concepto, iluminarán el no siempre claro derrotero de nuestro joven continente.

PABLO GARCÍA.

Las ideas sociales y políticas de Santiago Arcos y Francisco Bilbao[2]

Son escasas las publicaciones de Santiago Arcos que han llegado hasta nosotros. A pesar de las noticias que tenemos de que fue autor de varios folletos sobre diversos tópicos, ellos no han sido conservados y es así como no podemos conocer las ideas que sustentara sobre asuntos de interés, según lo indican los títulos de dichos folletos. De ahí que únicamente su carta a Francisco Bilbao, fechada en la Cárcel de Santiago, a 29 de octubre de 1852, el documento que nos permite conocer el pensamiento propio de Santiago Arcos frente a los diversos problemas sociales y políticos de Chile, pensamiento que lo acredita como un socialista utopista de notable penetración.

Su trabajo aparecido en la Revista de Santiago no tiene ningún valor para el presente estudio. Asimismo, su obra histórica sobre el desarrollo de Argentina, bajo el título La Plata, no encaja en el carácter de nuestro ensayo.

A raíz de una carta de Francisco Bilbao, que le escribiera en francés desde Lima, Santiago Arcos debió responderle fijando su pensamiento con respecto a los variados problemas que en ella le planteaba. Y lo hizo en forma extensa y clara.

Según un fragmento que reproduce Arcos en dicha carta, en ella Bilbao se hacía una serie de preguntas relacionadas con las medidas que deberían tomarse y la forma cómo se podría realizar en el nuevo régimen que se establecería una vez triunfante el movimiento democrático.

Arcos empieza por hacer una sincera declaración de amor a su país y a su pueblo, cosa que lo impulsa a luchar por su mejoramiento y progreso, y a destacar la necesidad de permanecer en él para combatir con ardor e intensidad, diariamente, en defensa de los ideales de justicia.

... ¿Podemos sin faltar el respeto que nos debemos a nosotros mismos, como hombres nacidos libres, podemos, sin ruborizarnos de ser chilenos, mirar con indiferencia la triste suerte de nuestro pobre país? ¿Podemos emigrar siquiera en presencia de tanta injusticia? Ud. que tiene alma para sentir por sus

[2] Atenea n°208 (1942)

hermanos, comprenderá que la expatriación es el recurso de los egoístas, los hombres honrados no emigran: luchan hasta el último momento.

La salida del país, tanto de Arcos como de Bilbao, se debió no a sus deseos de rehusar el combate, acobardados por las tremendas condiciones de apatía y resignación en que vivían las clases populares, que hacían titánica cualquiera empresa renovadora y libertaria, sino que muy al contrario, se produjo debido a la acción valerosa y obstinada de estos dos hombres en la propaganda y defensa consecuente de sus ideales, sin importarles el monto de su propósito, lo que determinó la persecución del Gobierno en su contra, el destierro y la prohibición de su regreso al país durante toda su vida.

Santiago Arcos conocía ampliamente las doctrinas de los diversos socialistas utopistas franceses y había presenciado los movimientos populares que se gestaban en el seno de la sociedad francesa de fines de la segunda mitad del siglo XIX, orientado por dichas teorías. Era, pues, un ardiente adepto de las ideas democráticas y socialistas, y un partidario fervoroso de su establecimiento por medio de la lucha del elemento popular, que era afectado por la miseria e injusticia existente. Era un convencido reformador y para esa época un tremendo revolucionario.

Si en verdad los conservadores afirmaban que las ideas de Arcos eran disolventes, puesto que se planteaba la necesidad de repartir las tierras como medida fundamental para transformar la sociedad feudal de ese entonces y hacerla progresar efectivamente hacia una verdadera democracia económica e igualitaria, no era menos cierto que los métodos propiciados por Arcos para hacerla realidad eran hasta cierto punto pacíficos y normales, aunque en último trance aceptaba y propiciaba la revolución como camino último para conseguir sus fines.

... ¿Quién no aplaudirá, Bilbao, nuestra obra, quiénes serán los que nos apelliden revoltosos, desorganizadores? Nadie, amigo mío, tenemos a nuestro favor la conciencia de todo hombre que piensa - nuestros fines son puros, desinteresados, honrosos- nuestros medios son justos y morales. Si más tarde le hablo de expropiaciones necesarias a la transformación del país al cambio de condición de la mayoría de los ciudadanos, también le hablaré de un equivalente que la República dará al expropiado, nosotros no queremos venganzas, a nadie queremos castigar. ¡Ojalá, como se lo he oído decir, pueda el manto de la República cobijar a todos y dar amparo a sus más encarnizados enemigos!

Sin lugar a duda las ideas democráticas y revolucionarias de Arcos eran en el fondo esencialmente humanitarias, por cuanto tendían a sacar de la miseria a las masas populares. En la misma forma su acción indica una constante generosidad de corazón y de obra en favor de los intereses de las masas laboriosas.

Para los elementos conservadores era increíble la adhesión que Arcos manifestaba y llevaba a cabo en relación con el pueblo. Para nosotros, precisamente en ese hecho reside uno de sus méritos fundamentales. Esa adhesión al pueblo y su creencia en la capacidad política de él para regir sus propios intereses y destino, lo colocan por sobre todos sus contemporáneos. Siempre habló con franqueza para afirmar que toda acción democrática debía apoyarse en el pueblo, pues de otro modo no se lograría obtener el triunfo. Arcos lo manifiesta con claridad y decisión:

...Tal es mi intención, mi maquiavelismo será la franqueza, si mi franqueza me trae enemigos despreciables, también me dará, espero, amigos verdaderos. Desencadenando, como desencadenaremos, sin duda alguna, el elemento popular, produciremos la tempestad, pero esa tempestad puede desde sus primeras

horas producir el bien. Entre los subalternos del partido vencido en Chile hay inteligencias claras, corazones patrióticos, amantes de la justicia y que sabrán llevar por buen camino el tan temido elemento popular. A esos subalternos vencidos, pero no dominados, me dirijo también. Ellos comprenderán su misión y el gran porvenir que les está reservado.

Después de las consideraciones generales ya expuestas, Santiago Arcos enfoca de lleno el proceso del desarrollo de la sociedad chilena. En ese análisis se define como el primer escritor nacional que haya estudiado en forma sistemática las clases sociales chilenas, caracterizando notablemente sus intereses antagónicos y la lucha que se verifica entre ellas. Santiago Arcos es, pues, el que ha planteado en forma profunda en nuestra historia, la existencia de la lucha de clases en el seno de la sociedad chilena.

En seguida enfoca la realidad política de la época y describe a los partidos políticos en que se organizara la clase dominante, la clase de los ricos, para usar su propio lenguaje, los tradicionales partidos pipiolo y pelucón. Profundiza en la búsqueda de las causas que han originado el lamentable estado económico y social del país, afirmando que ella reside en el injusto sistema de propiedad imperante, emanada de la conquista, el que determina la formación de clases sociales, rivales, la miseria de las clases populares y la pobreza general y atraso del país. Finalmente expone las medidas que, a su juicio, pondrían remedio a los diversos problemas nacionales.

La parte esencial del pensamiento de Santiago Arcos con respecto a la realidad chilena está sintetizada en el párrafo que reproduzco:

...Regidos por una Constitución viciosa en sus bases y que el primer Magistrado de la República puede hacer cesar siempre y cuando gusta, en Chile el ciudadano no goza de garantía alguna, puede ser desterrado sin ser oído, puede imponérseles multas. El Gobierno intenta pleito a un ciudadano que hace encarcelar si se le presenta a defenderse: en una palabra, el estado de sitio, que es la dictadura, que es la arbitrariedad constante siempre amenazando al país, va destruyendo el patriotismo, premiando como las primeras virtudes del chileno la indiferencia, el servilismo, la delación. Todos sabemos que éstos son los requisitos que el Gobierno exige de los hombres a quienes confía los puestos más importantes del Estado.

Nuestras leyes políticas, militares, fiscales y eclesiásticas tienden todas a conservar el despotismo, a hacerle cada día más normal, y dándole medios legales de que echar mano, hace que los mandatarios usen sin reserva de medidas arbitrarias, por las cuales su fama de hombres probos no sufre pudiendo escudarse, como lo hacen, con las leyes sancionadas por la titulada Representación Nacional.

Los males que produce este estado de cosas, aunque gravísimos, serían todos remediables por una administración honrada -laboriosa y patriótica-, más para curar a Chile no hasta un cambio administrativo. Un Washington -un Robert Peel- un arcángel San Miguel en el lugar de Montt serían malos como Montt. Las leyes malas no son sino una parte del mal. El mal gravísimo, el que mantiene al país en la triste condición en que lo vemos, es la condición del pueblo, la pobreza y la degradación de los nueve décimos de nuestra población.

Mientras dure el inquilinaje en las haciendas, mientras el peón sea esclavo en Chile como lo era el siervo en Europa en la Edad Media, mientras subsista esa influencia omnímoda del patrón sobre las autoridades subalternas, influencia que castiga la pobreza con la esclavatura, no habrá reforma posible, no habrá Gobierno sólidamente establecido, el país seguirá como hoy a la merced de cuatro calaveras que el día que

se les ocurra matar a Montt y a Varas y a algunos de sus allegados, destruirán con las personas de Montt y Varas el actual sistema de Gobierno y el país vivirá siempre entre dos anarquías. El estado de sitio, que es la anarquía a favor de unos cuantos ricos y la anarquía, que es el estado de sitio a favor de unos cuantos pobres. Para organizar un Gobierno estable, para dar garantías de paz, de seguridad al labrador, al artesano, al minero, al comerciante y al capitalista necesitamos la revolución, enérgica, fuerte y pronta que corte de raíz todos los males, los que provienen de las instituciones, como los que provienen del estado de pobreza, de ignorancia y degradación en que viven 1.400.000 almas en Chile, que apenas cuenta 1.500.000 habitantes. Queremos asegurar la paz por el único medio eficaz, haciendo que las instituciones sean el patrimonio de cada ciudadano y estén en armonía con los intereses de una fuerte mayoría.

Como puede verse, Santiago Arcos combate la organización política dictatorial elaborada por la clase aristocrática a raíz del triunfo definitivo de los pelucones, quienes se adueñaron del poder en 1830. Para Arcos toda esa estructura que tendía a mantener una verdadera tiranía para el sojuzgamiento del pueblo era repudiable. Defiende los principios democráticos como los únicos capaces de permitir un gobierno sólido, justo y progresista. Sin embargo, para Arcos la solución radical del problema no residía únicamente en un cambio político o administrativo, tampoco en el simple reemplazo de hombres, pues tanto las instituciones políticas, como la acción de los hombres, son el reflejo de la estructura económico-social de la sociedad. De ahí que iba más allá expresando que era necesario terminar con la injusta repartición de la riqueza, que era urgente poner fin a la explotación del hombre por el hombre, para así eliminar la miseria. Una medida fundamental de tal especie sería la única capaz de liberar al trabajador y de emancipar la sociedad entera y lograría la armonía entre el régimen económico-social y las instituciones políticas, basadas en la justicia social.

A mediados del siglo XIX la población del país era de 1.500.000 personas, que vivía preferentemente del cultivo de la tierra y del comercio de sus productos. Solamente en la región del norte prosperaba la minería. Esta población aparecía dividida hondamente en ricos y pobres, existiendo a su lado un importante núcleo de extranjeros vinculados a la economía nacional, pero aislados políticamente.

Según Arcos el total de dicha población se descomponía en 100.000 ricos, dueños de las haciendas, de las minas, del dinero y del comercio, entre los cuales no más de 1.500 a 2.000 grandes hacendados eran los que en última instancia imponían su voluntad feudal en el país; y 1.400.000 pobres, trabajadores de los campos, de las minas, artesanos, etc. Estos son los dos sectores sociales que se distinguen en el país, con intereses antagónicos.

Toda acción tendiente a transformar la realidad social y política de Chile tiene que partir del estudio y análisis de dichas clases, a fin de formular a la luz de él un plan de lucha preciso que debería contemplar sus reivindicaciones, los objetivos definidos de la acción a desarrollar y los medios que debían emplearse: “Pensar en la revolución sin estudiar las fuerzas: los intereses de estas tres castas sin saber qué conviene a pobres, ricos y extranjeros, es pensar en nuevos trastornos sin fruto, exponerse a nuevos descalabros”.

El prolijo análisis que Arcos hace de los grupos sociales indicados es en líneas generales bastante exacto y penetrante. Inicia su estudio caracterizando la clase de los pobres:

En todas partes hay pobres y ricos. Pero no en todas partes hay pobres como en Chile. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en España hay pobres, pero allí la pobreza es un accidente, no un estado normal. En

Chile ser pobre es una condición, una clase: que la aristocracia chilena llama rotos, plebe en las ciudades, peones, inquilinos, sirvientes en los campos -esta clase cuando habla de ella misma se llama los pobres- por oposición a la otra clase, los que se apellidan entre sí los caballeros, la gente decente, la gente visible y que los pobres llaman los ricos... El pobre no es ciudadano. Si recibe del subdelegado una calificación para votar, es para que la entregue a algún rico, a algún patrón que votará por él...

En Chile, según Arcos, el pobre ha sido únicamente un elemento de trabajo, explotado sin misericordia, cuyo horizonte no se ha extendido más allá del trabajo sin descanso para sus amos, los que han disfrutado de todos los goces de la vida mientras que los creadores de la riqueza, quienes han hecho producir los campos y arrancado los tesoros de las minas, han debido permanecer en la más abyecta miseria.

Indudablemente que Arcos incurre en una exageración al tratar de demostrar que en Chile la miseria y explotación de las masas trabajadoras es mayor que la de otros países. Es preciso considerar que el panorama de Chile era el mismo de toda la América Latina. Claro está que en los grandes países industrializados había mejorado considerablemente la situación económica de apreciables sectores obreros, pero también es cierto que se mantenía similar desigualdad social y una idéntica política de explotación, base de enriquecimiento de una ínfima minoría de magnates, existiendo el mismo contraste doloroso e irritante entre poseedores y desposeídos.

En estas circunstancias los derechos democráticos han sido una burla para las masas laboriosas, especialmente en el derecho de sufragio. Con toda razón Arcos manifiesta que el sufragio ha servido para someterlas a nuevas humillaciones y a degradarlas más, puesto que nunca han ejercido conscientemente tal derecho, sino que han debido actuar como ciegos instrumentos de sus patrones, quienes les han ordenado en la forma que deberían hacerlo, situación que aún perdura para vergüenza del país. Es así como en las campañas de la Independencia los pobres no tomarán parte en las luchas políticas, sino como mansos rebaños de tal o cual hacendado o patrón. Sólo en 1850, por primera vez, en el seno de la Sociedad de la Igualdad, lo harán, aunque en forma reducida y rudimentaria, en defensa de sus intereses de clase oprimida, representados por el sector más adelantado en esa época: los artesanos y algunos pequeños grupos obreros. En relación con su análisis de la clase de los pobres, Arcos enfoca notablemente la experiencia de la Sociedad de la Igualdad:

... El muy escaso número de ciudadanos pobres que en 1850 estuvieron en contacto con usted se mostraron ardientes por la reforma, moderados y llenos de paciencia y resignación hasta que algunos hombres de la clase decente los quisieron exasperar por el asesinato que tan sin escrúpulo intentaron. Pero los que entonces estuvieron en contacto con usted fueron muy pocos, así es que podemos decir que la clase pobre aún no ha tomado parte activa en nuestras guerras civiles. Separe usted los patriotas voluntarios que se armaron en Valparaíso, Coquimbo y Concepción, y los soldados que pelearon en Loncomilla, peleaban por el patrón Bulnes o por el patrón Cruz -peleaban por la comida, vestuario y paga- y sería extraño que de otro modo hubiese sucedido, vencedor Cruz o vencedor Bulnes el inquilino permanecía inquilino y el peón, peón. Si de otro modo hubiese sido, si alguno de los dos generales hubiese ofrecido utilidades prácticas, materiales, visibles al peón, el otro general hubiese quedado sin soldados antes que se empeñase la acción...

En verdad la Sociedad de la Igualdad es el primer partido democrático y popular, pero fue de corta vida y el rol de las masas, aunque entusiasta, fue reducido proporcionalmente a la población nacional y al número

de la clase trabajadora. Fue, sin embargo, una experiencia de gran valor y de fecundas proyecciones, como ya hemos visto.

La afirmación de Arcos en el sentido de que la clase de los pobres no ha tomado una efectiva participación en las luchas políticas, porque nunca se han contemplado sus genuinos intereses en ellas, es exacta. En las gestas de la Independencia las masas pobres tomaron parte bajo las órdenes de la clase feudal-aristocrática, sin distinguir claramente las finalidades de esa contienda; sólo obedecían la voz de mando de sus patrones. Posteriormente, constituida la República, se mantuvieron ajenas a las luchas de histórica resonancia entre pipiolos y pelucones. En todos esos combates a las masas campesinas no les importaba que triunfase uno u otro de los bandos políticos, pues ninguno de ellos planteaba la solución del problema de la miseria y explotación de los trabajadores. No comprendían las reformas de que vagamente hablaba el partido liberal, pipiolo, pues ninguna de ellas comportaba una utilidad inmediata, material, visible. La libertad de sufragio era para ellas incomprensible y la elección era un suceso al que debían concurrir para entregar su voto al patrón, que le permitía, en cambio, alguna grosera expansión alcohólica. Esta tremenda realidad supervive en vastas regiones del país, según lo acreditan las últimas elecciones verificadas. Arcos remacha su juicio sobre esta situación en forma justa:

...No es por falta de inteligencia que el pobre no ha tomado parte en nuestras contiendas políticas. No es porque sea incapaz de hacer la revolución -se ha demostrado indiferente porque poco hubiese ganado con el triunfo de los pipiolos- y nada perdía con la permanencia en el poder del partido pelucón. El pobre tomará una parte activa cuando la República le ofrezca terrenos, ganado, instrumentos de labranza, en una palabra, cuando la República le ofrezca hacerlo rico, y dado ese primer paso le prometa hacerlo guardián de sus intereses dándole su parte de influencia en el Gobierno... Actualmente los pobres no tienen partido, ni son pipiolos ni pelucones, son pobres, del parecer del patrón a quien sirven, miran lo que pasa con indiferencia, pero están dispuestos a formar un partido, a sostenerlo y no lo dudo a sacrificarse por una causa cuyo triunfo alterará realmente la condición triste y precaria en que se encuentran.

Para Santiago Arcos la clase de los ricos está constituida de la siguiente manera:

Los descendientes de los empleados que la Corte de Madrid mandaba a sus colonias. Los españoles que obtuvieron mercedes de la Corona - los mayordomos enriquecidos hace dos o tres generaciones y algunos mineros afortunados forman la aristocracia chilena - los ricos.

En realidad, la clase social privilegiada de Chile, la aristocracia, se originó en el curso de la colonia. Los criollos, descendientes de los primeros conquistadores y de los encomenderos acapararon pronto en sus manos toda la tierra cultivable del país, sus industrias anexas, en una palabra, la riqueza nacional. Los mayorazgos, con algunos títulos de Castilla, sucedieron a las encomiendas, fortaleciendo el poderío económico y social de dicha aristocracia. Posteriormente, impelida por el desarrollo económico que necesitó romper las trabas feudales de la monarquía española, impuesta duramente a sus colonias, la aristocracia criolla llevó a cabo el movimiento emancipador, pasando a dominar también el aparato político. Desde ese momento gobierna el país como un vasto feudo familiar.

Según Arcos la aristocracia chilena no es cruel ni enérgica, tampoco es laboriosa y patriótica; en cambio, la considera ignorante y apática, por lo que admite fácilmente en su seno al que la adula y la sirve. Sin embargo, a pesar de este juicio duro, es digno de subrayarse el concepto desapasionado y justo que emite

al destacar el valor de algunos miembros de la oligarquía y entre ellos a quien por razones personales y de oposición política pudiera no haberlo considerado, don Manuel Montt:

...Ha tenido sus épocas brillantes y algunos hombres de mérito, Argomedo, Camilo Henríquez, Rodríguez, los Carrera, O'Higgins, Vera, Freire, los Egaña, Diego Portales, Salas y este Presidente Montt, son sujetos todos apreciables y que hubiesen figurado dignamente en cualquier país en sus respectivas carreras.

Arcos afirma que fue dicha aristocracia la que hizo la revolución que dio la Independencia a Chile, instituyendo a continuación el gobierno republicano, que bien o mal, ha permitido vivir soberano al país, haciendo respetar el nombre chileno en el extranjero; luego emite un juicio que a primera vista parece exagerado, pero que estudiado fríamente es correcto. Dice:

De los ricos es y ha sido desde la Independencia el Gobierno. Los pobres han sido soldados, milicianos nacionales, han votado como su patrón se los ha mandado, han labrado la tierra, han hecho acequias, han laborado minas, han acarreado; han cultivado el país -han permanecido ganando real y medio- los han azotado, encepado cuando se han desmandado, pero en la República no han contado para nada, han gozado de la gloriosa independencia tanto como los caballos que en Chacabuco y Maipú cargaron a las tropas del Rey.

Este juicio tan severo ha sido confirmado, no obstante, por los escritos de Isidoro Errázuriz y de Miguel Luis Amunátegui.

Después de estudiar las clases sociales existentes entra a analizar los partidos políticos que se constituyeron al organizarse la República.

Según Arcos, desde la época de O'Higgins la aristocracia triunfante se dividió en dos partidos, separados por ambiciones personales y por la imposibilidad de obtener todos puestos para sí y sus allegados. Un partido se llamó pipiolo o liberal y el otro conservador o pelucón. Mandaron alternativamente hasta 1830, año en que los pelucones vencieron definitivamente a los pipiolos y establecieron su férrea dominación, dirigidos por la experta y firme mano de don Diego Portales. Los pipiolos no se sometieron y continuaron luchando. Portales fue asesinado en un motín militar y desde entonces en cada elección los pipiolos intentaron alguna asonada revolucionaria. Los pelucones respondían con el estado de sitio, que les permitía desterrar y perseguir a los caudillos liberales, censurar la prensa, y para usar una gráfica expresión de Arcos, "el país volvía a dormirse como niño a quien la mamá le dio la teta"

Arcos no encontraba diferencias de principios ni de intereses entre los pelucones y los pipiolos, porque ambos bandos pertenecían a la misma clase social, la de los poseedores, y porque gozaban de los mismos privilegios económicos, por otra parte, sus convicciones políticas no eran profundas, por cuanto en sus métodos no había gran diferencia. Escribe Arcos:

No olvidemos que tanto pelucones como pipiolos son ricos, son de la casta poseedora del suelo, privilegiada por la educación, acostumbrada a ser respetada y acostumbrada a despreciar al roto. Son pelucones, son retrógrados, porque hace 20 años están en el Gobierno; son conservadores porque están bien, están ricos y quieren conservar sus casas, sus haciendas, sus minas; quieren conservar el país en el estado en que está porque el peón trabaja por real y medio y sólo exige porotos y agua para vivir; porque pueden prestar su plata al 12% y porque pueden hacer castigar al pobre si se desmanda. Para todo pelucón las palabras de

progreso, instituciones democráticas, emigración, libertad de comercio, libertad de cultos, bienestar del pueblo, dignidad, República, son utopías o herejías, y la palabra reforma y revolución significa picaros que quieren medrar y robar.

Agrega Arcos que se debe sumar al partido pelucón a todo el clero ("los chilenos extranjeros, súbditos del Pontífice romano"), que, en Chile, como en todas partes, es partidario del "statu quo" es decir, del orden constituido, integrando la clase dominante. La Iglesia se preocupa de que el Gobierno no permita la concurrencia espiritual, dejando a cada hombre adorar a Dios, según su conciencia, de que se la deje educar a la juventud y se la pague con puntualidad. Bajo tales condiciones los clérigos son pelucones, pero serían pipiolos si éstos les ofrecieran iguales ventajas.

Continuando en este análisis del partido pelucón, agrega Arcos que él tiene su hez, que son sus hombres de acción. Esa hez vive del Estado sin más patrimonio que las arcas fiscales o empresas asalariadas. Son capaces de injusticias y violencias para conservar su posición. El partido los desprecia y a veces los aborrece, pero los necesita, debiendo someterse a sus exigencias. Ellos son los que hacen más odioso al partido pelucón, pues sin ellos "sería apocado e ignorante pero bonachón". Esos hombres de acción dan a la política pelucona cierto aire inquisitorial, maquiavélico y cruel.

De lo expuesto se desprende la aversión que Arcos tenía a los pelucones, pero no era menos la que profesaba a los pipiolos. En cambio, todas sus simpatías y esperanzas se volaban hacia las masas laboriosas, los pobres, en quienes se veía solamente la posibilidad de realizar una verdadera cruzada política democrática y renovadora. En las masas populares orientadas por la briosa y abnegada juventud liberal descansaba la acción revolucionaria de Arcos.

Respecto a los pipiolos decía:

Los pipiolos son los ricos que hace 20 años fueron desalojados del Gobierno y que son liberales porque 20 años están sufriendo el gobierno sin haber gobernado ellos una sola hora. Son mucho más numerosos que los pelucones, atrasados como los pelucones - creen que la revolución consiste en tomar la artillería—y echar a los picaros que están gobernando fuera de las poltronas presidencial y ministeriales y gobernar ellos, pero nada más...

Considera Arcos que la acción política de los pipiolos fracasó porque no tuvo eco en el seno del elemento popular debido a que no supieron, o más exactamente no pudieron, a causa de sus intereses económicos, plantear reformas substanciales de orden económico y social que llegaran al cambio de la estructura profunda de la sociedad de la época. La campaña pipiola por el sufragio universal dejaba frías a las capas populares y, en cambio, no lucharon por ninguna medida que contemplara verdaderamente los anhelos del pueblo, es decir, sacarlo de la miseria.

Arcos explica la derrota de los pipiolos en líneas llenas de penetración y exactitud.

No haber interesado a las demás clases de la sociedad de una manera eficaz, no saber ellos mismos lo que querían, he ahí el motivo de los descalabros del partido pipiolo, descalabros que no son de sentir, pues sus victorias nos hubieran traído desórdenes sin provecho que hubieran desacreditado las ideas liberales. Loncomilla pudo darnos Cruz, pero Cruz como Montt son persecución a los vencidos. Intolerancia no por fanatismo sino por miedo a los clérigos. Vaivenes, revueltas, inseguridades, sainetes en vez de elecciones,

títeres en vez de Representación Nacional y siempre la misma administración y las mismas leyes civiles, eclesiásticas, militares, políticas y fiscales. Con Cruz hubiésemos discutido con libertad 3 o 4 meses y ahora nos perseguiría Cruz como nos persigue Montt. A esta causa de descrédito a los pipiolos se añade otra. Este desventurado partido ha tenido que sufrir la desgracia común a todo partido que por mucho tiempo ha permanecido fuera del gobierno. Cuánto pícaro hay en Chile que no ha podido medrar, cuánto mercachifle quebrado y cuánto hombre de pocos haberes ha perdido su pleito y cuánto jugador entrampado, otros tantos se dicen liberales…

El análisis de Arcos se caracteriza por su justeza, puesto que desde el movimiento de la Independencia las familias de la oligarquía colonial, que no tenían un sentimiento republicano uniforme ni definido, se disputaban la dirección del poder político. Se agruparon en dos bandos rivales defendiendo concepciones políticas opuestas, pero económica y socialmente identificados. Esta lucha comprometía únicamente a elementos de la clase aristocrática, puesto que eran los que sólo tenían cultura y capacidad; ellos eran los elementos conscientes de la sociedad chilena. Los pipiolos invocaban el nombre del pueblo para justificar sus pretensiones, pero en verdad estaban tan alejados de él como los pelucones. Si en verdad los distanciaba una diferente concepción de los intereses públicos en orden a que los pelucones propugnaban una evolución lenta y pacífica y los pipiolos querían una evolución rápida, acelerada desde el Gobierno, en sus métodos o procedimientos políticos no se diferenciaban mayormente, como tampoco, según ya lo hemos expresado, en sus concepciones económico-sociales.

A la dura crítica que Arcos hace al partido pipiolo sólo escapa un sector: su juventud. Para Arcos es el único sector valioso de los pipiolos y lo que los salva de su total condenación. Ha sido la acción de esa juventud la que ha impedido la total esterilidad de los pipiolos, porque generosamente libró ardorosas batallas en defensa de sinceros ideales democráticos y populares. Precisamente la Sociedad de la Igualdad se constituyó por artesanos y grupos obreros, bajo la dirección de algunos de esos jóvenes pipiolos. Arcos dedica un párrafo sentido a recordar dicha juventud, "flor del partido pipiolo que en vano se busca entre los pelucones", destacando a Bilbao, Recabarren, Lillo, Lara, Ruiz, Vicuña, etc. En una parte expresa su confianza en ella en elocuente llamado:

Juventud llena de porvenir, valiente, generosa, patriótica, pero que confía demasiado en el acaso, que no analiza sus nobles aspiraciones, trabajo que debería comprender a ustedes primogénitos de la República, a su inteligencia, está confiado el porvenir del país.

Después de estudiar las clases sociales de los ricos y de los pobres, Arcos analiza a los extranjeros. Para él constituyen una clase importante en Chile, puesto que en sus manos se encuentra todo el comercio de exportación, muchas de las industrias y algunos establecimientos educacionales. Se muestra un decidido defensor de la inmigración con el objeto de poblar nuestras tierras, mejorar la producción, aumentar las riquezas y la cultura. Arcos no tiene prejuicios raciales de ninguna especie, considerando a todos los extranjeros como los hermanos y en un mismo pie de igualdad con respecto de los nacionales. Para aceptarlos en Chile sólo exige que profesen ideas republicanas. Según Arcos los deseos de los extranjeros que es preciso considerar para que se establezcan en el país, son los siguientes: 1° Poder comerciar en el país con el mayor provecho; 2° Poder adquirir fortuna y trabajar con las ventajas del que más; 3° Poder adorar a Dios según su conciencia; 4° Poder casarse en el país sin faltar a sus convicciones; 5° Poder ser ciudadanos.

Al destacar la importancia y beneficios de la entrada al país de elementos extranjeros escogidos, manifiesta conceptos proféticos, que de haberse aplicado intensamente en nuestro país habrían hecho de él un estado tan poderoso y próspero como Argentina, puesto que la reducida experiencia de las provincias de Valdivia y Osorno así lo indican. Dice:

Favorecer los intereses de los extranjeros es favorecer el aumento de nuestra población útil. Los campos despoblados del sur, los campos a medio cultivo del resto de la República están llamando la inmigración que nos traerá máquinas para facilitar el trabajo -hábitos de aseo- y sobre todo que introducirá en el corazón de Chile una población menos maleable a la arbitrariedad, más acostumbrada a la libertad de nuestros pobres que no han conocido otro estado que la degradación en que ahora se encuentran.

Para Arcos es una condición primordial el establecimiento de un sistema democrático de gobierno, a fin de que los extranjeros lleguen libremente y encuentren medios de convivencia social y política adecuados a sus formas de vida.

Al término de su extenso y detenido análisis del desarrollo de la sociedad chilena y de la evolución del Gobierno republicano, Arcos señala que los males fundamentales que padece el país son: 1° Las instituciones que lo rigen; 2° La condición de pobreza y degradación en que viven los nueve décimos de la población.

Ahora bien, dichas instituciones no son otra cosa que la expresión de la estructura económico-social basada en la explotación de la vasta clase de los pobres. De lo anterior se desprende que la causa profunda en la que es preciso encontrar la aplicación de todo el mecanismo político del país es la desigual repartición de la propiedad, hecho que ha permitido la formación de clases sociales antagónicas, por tener intereses opuestos: una que todo lo posee y usufructúa; otra, inmensa, que nada tiene y que sólo debe trabajar, en malas condiciones de vida, excluida de toda participación en el Gobierno y en las instituciones políticas. Es por eso que Arcos estudia detenidamente dichas clases sociales para formular, después de su caracterización minuciosa, la nueva organización, que debe tener un partido genuinamente democrático y popular, los sectores sociales que debe incorporar en sus filas y el programa político, económico y social que debe levantar como bandera de lucha y renovación.

Resume sus observaciones de la siguiente manera: “He aquí, en mi sentir, la condición de las tres clases que forman nuestra sociedad. El primer paso que debe darse para formar un partido nuevo es reconocer, aceptar francamente todos los elementos reales y esenciales de nuestra sociedad. Se puede engañar a una sociedad entera -oprimirla, darle la tranquilidad que puede mantener el miedo y el embrutecimiento—, pero es imposible hacerla vivir si se contrarían las aspiraciones e intereses de una inmensa mayoría”. En seguida, como una conclusión positiva y concreta, deduce la necesidad de crear un partido político nuevo que agrupe a la brillante juventud pipiola y a las capas populares, a fin de que obtengan las reivindicaciones del pueblo. Es preciso, según Arcos, formar “el partido nuevo, el partido grande, el partido democrático-republicano”. Este nuevo partido representaría genuinamente los intereses de la clase de los pobres, claramente diferenciado de los partidos históricos, tradicionales, pelucones y pipiolos. La misión de este partido sería la de luchar por afirmar el gobierno republicano, modificar el sistema de propiedad imperante, sacar de la miseria a los trabajadores del campo y de las ciudades, hacer funcionar en forma efectiva un amplio régimen democrático, en el que las libertades públicas sean respetadas y no burladas a cada paso, o que estén sujetas a la interpretación arbitraria de cualquier mandón.

Después de la experiencia de la Sociedad de la Igualdad, cuando los artesanos participaron en las luchas políticas de ese instante, pero sin alcanzar a extender una sólida conciencia política, lo que repercutió en la falta de apoyo popular a la revolución de abril de 1851, Santiago Arcos, con honda visión y con certero juicio, plantea la necesidad de crear un verdadero partido político avanzado y moderno, que agrupe a los sectores populares con el objeto de que luchen independientemente por la conquista de sus reivindicaciones y para que incorpore a todas las masas explotadas en esa contienda con pleno conocimiento de sus derechos y deberes. Con la organización de un partido popular, Arcos creía posible la llegada pronta al gobierno, no excluyendo ninguno de los medios que se pudiera utilizar: sea por un motín militar, sea por una fuerte asonada popular, o bien por ambos medios reunidos, pero lo esencial era que sus ideas y programas orientaran ese movimiento y le sirvieran de bandera inconfundible.

Un nuevo Gobierno, defensor de los intereses populares, debería en primer término, según Arcos, promulgar los derechos y deberes inalienables del ciudadano y de la República; en seguida tendría que realizar una amplia distribución de la propiedad territorial. Tales son las medidas que él considera fundamentales para poner término a los males que han sido indicados y echar las bases firmes de una auténtica democracia.

Los derechos de los ciudadanos los clasifica en tres grupos: los que atañen a la libertad de pensamiento, a la libertad individual y a la libertad política. Entre los primeros señala la libertad de palabra escrita y hablada, la libertad de enseñanza y la libertad de cultos, o sea, la separación de la Iglesia del Estado. Entre los derechos correspondientes al segundo grupo destaca la libertad de tránsito y residencia, la inviolabilidad del domicilio, el derecho a testar, la libertad de industria y comercio, la libertad de defensa individual, el derecho a la protección judicial, o sea, que no puede perseguirse ni encarcelarse a los individuos sin orden escrita del juez ordinario ni tampoco imponerle pena sin previo proceso, juicio y sentencia. Los principales derechos relacionados con la libertad política son los derechos de reunión, de asociación y de petición.

Entre los deberes del ciudadano señala que debe ser legislador, jurado y ejecutor. Agrega que debe reconocer las asociaciones que forma con la República para poseer y someter sus propiedades a las decisiones del Gobierno, el que tiene facultades para exigir parte de sus rentas con el objeto de cubrir los gastos del Estado y de expropiarle parte de sus bienes por razones de utilidad pública. Todo ciudadano debe obediencia y protección a la ley y debe admitir como igual a todo ciudadano que haga adhesión al régimen y sus instituciones.

Los deberes de la República, es decir, del Estado, son los de dar trabajo, educación y protección a los huérfanos, ancianos y enfermos, dar educación penitenciaria al delincuente hasta conseguir su rehabilitación moral.

Entre los derechos principales de la República señala el de poder disponer de las propiedades privadas que sean útiles a la comunidad y fijar la remuneración debida al desposeído.

Estos deberes y derechos del ciudadano y de la República deben ser la base de la nueva Constitución que promulgue el Gobierno revolucionario, única garantía de existencia de la futura República, los que tendrían que ser rápidamente reducidos a la práctica, declarando nula toda ley que los contraríe hasta realizar la

promulgación de todas las leyes que, inspiradas por esos principios, deberían regir el Gobierno republicano y democrático en forma definitiva.

En la fase de transición del nuevo Gobierno sería necesario, según Arcos, tomar algunas medidas tácticas con el objeto de impedir trastornos graves. Entre ellas, la principal sería respetar los derechos adquiridos con el objeto de atraerse diversos sectores sociales que de otro modo verían perjudicados sus intereses, constituyéndose en enemigos.

Entre algunas de las medidas tendientes a respetar los derechos adquiridos destaca la entrega íntegra del diezmo, es decir, la contribución del clero, directamente a las diversas iglesias. Dicha medida tendría por objeto la atracción del bajo clero, de los campos, aldeas, barrios, lo que llama "el pueblo de la Iglesia", en apoyo del nuevo Gobierno. En igual forma y con el mismo objeto plantea la rápida dictación de una ley de jubilación, formulando un procedimiento semejante al que actualmente existe, en proporción a los años de servicio y a la función administrativa.

Santiago Arcos manifiesta que estas medidas determinarían un gran bienestar y un considerable aumento de la riqueza nacional, por cuanto se producirían condiciones políticas y culturales favorables para tal desarrollo, pero afirma a renglón seguido que a pesar de ser muy buenas en sí no significan la solución definitiva del problema social de Chile. Esas medidas no salvarían a la República, no darían la paz sólida e inalterable que se busca, porque substituiría el latifundismo que es la causa esencial de todos los males que se padecen.

Las ideas de reforma, limitadas sólo al mejoramiento de las leyes, no conseguirían nada, porque substituiría la clase de los pobres en casi idénticas condiciones de miseria, por lo que los opositores al régimen tarde o temprano encontrarían fuerte apoyo en ellos, a quienes podrán utilizar tras promesas expectables para destruir la República. De ahí que insista Arcos que para hacer prosperar al país con un nuevo régimen firmemente establecido es necesario mejorar antes que nada la situación del pueblo, dándole rango de hombres a los seres que hasta ahora sirven de instrumentos de labranza a los grandes hacendados dueños de las tierras, y de verdaderas máquinas a los propietarios de las minas.

Arcos indica que los grandes latifundistas del centro del país serán los principales enemigos de] nuevo régimen que él propicia, cuyo poderío se basa en el dominio que ejercen sobre la clase de los pobres que en su mayor parte viven del trabajo del campo. Así expresa:

…pero el Chile viejo -la parte de la República actualmente poblada- poseída por 1.500 o 2.000 hacendados seguiría produciendo poco; su millón y medio de pobres seguirían indiferentes al adelanto de la República. Clase desheredada que no sufre en los trastornos políticos, los pobres estarían siempre prontos a la revuelta.

Opina que el país ya no tiene tierras baldías, pues todo él está poseído, y las del sur deberían ser entregadas a los colonos extranjeros o nacionales, para poblarlo enteramente y no tener que sacar campesinos del centro para llevarlos al sur, lo que no significaría un mayor adelanto. Ante estas observaciones Santiago Arcos entra a plantear, escueta y valerosamente, lo fundamental de su pensamiento, contestando a su pregunta decisiva ¿Qué hacer? Vale la pena reproducir íntegramente este trozo de su célebre carta.

... Diré de una vez cuál es mi pensamiento, pensamiento que me traerá el odio de todos los propietarios, pensamiento por el cual seré perseguido y calumniado, pensamiento que no oculto, porque en él está la salvación del país y porque su realización será la base de la prosperidad de Chile. Es necesario quitar sus tierras a los ricos y distribuirlas entre los pobres. Es necesario quitar sus ganados a los ricos para distribuirlos entre los pobres. Es necesario distribuir el país en suertes de labranza y pastoreo.

Es necesario distribuir todo el país, sin atender a ninguna demarcación anterior en: suertes de riego en llano, suertes de rulo en llano, suertes de riego en terrenos quebrados regables; suertes de rulo en terrenos quebrados de rulo; suertes de cerro; suertes de cordillera. Cada suerte tendrá una dotación de ganado, vacuno, caballar y ovejuno.

Las condiciones para ser propietario serán: Ser ciudadano. Prometer pagar a la nación durante 50 años el uno por ciento del producto de la suerte poseída -es decir que por cada cien pesos que se sacara de la propiedad que la República le entrega, pagará un peso a la República. Habitar la suerte de tierra o dejar sobre ella un ciudadano que la habite. Cercar y mantener sobre ella el ganado que se le ha entregado, o aumentar por algún trabajo el precio de la propiedad en caso de enajenar el ganado recibido. A cada 11 suertes distribuidas se reservarán 3 para emigrantes.

Para Arcos esta medida sería la única que permitiría el mejoramiento de la situación económica de las masas, sacándolas de la miseria. Estima igualmente que se crearía una ciudadanía consciente, enemiga de la arbitrariedad, apta para ejercer una verdadera democracia, pues se educaría intensamente. Sólo así nuestros campesinos ascenderían a la categoría que ocupan los de los países más desarrollados económicamente. Desde los primeros instantes de la reforma agraria la escuela debería tener una nueva orientación económica, sirviendo a la producción, lo que sería de incalculables beneficios para la nación.

Ahora bien, Arcos plantea la realización de esta medida no por medios violentos sino por un procedimiento legal y pacífico. Es él mismo quien se adelanta a explicar la posible contradicción que pudiera advertir entre su afirmación de respetar los derechos adquiridos y su medida de quitar las tierras a los ricos.

Explica Arcos:

He dicho quitar, porque, aunque la República compre a los ricos sus bienes y aunque los ricos reciban una compensación justa, esta medida sería tildada de robo para ellos, y a los que la proponen no les faltarán los epítetos de ladrones, comunistas. Pero no hay que asustarse por palabras, la medida es necesaria y aunque fuerte debe tomarse para salvar el país".

A continuación, agrega:

Hecha la división de la República, los actuales propietarios tendrían derecho a tomar 11 suertes de tierra de las propiedades de su pertenencia, y quedarían sujetos, como los demás, a las condiciones de cultivo y habitación que se exigirían de los demás colonos. Cada suerte restante sería tasada y la República reconocería al actual propietario una deuda por la cantidad de suertes de tierra que habría entregado a la República. La República reconocería al propietario una deuda que ganaría 5 por ciento anual, 3 por ciento de interés, 2 por ciento como amortización. De este modo, la deuda se extinguiría en 50 años.

Arcos estima que sólo a base de la distribución de la tierra pueden mejorarse las condiciones de vida de las masas de inquilinos, peones y medieros. Por otra parte, la destrucción del latifundio permitiría el

aumento de la producción agropecuaria. Este aumento de la producción y del bienestar lograría formar grandes capitales que podrían ser invertidos en la construcción de ferrocarriles, canales de regadío, caminos, etc. Además, se incrementaría el comercio por el mayor consumo debido al mejoramiento de las condiciones de vida de tan grandes sectores de la población. Es así como los recursos de la nación aumentarían en forma increíble. Arcos recuerda cómo la Francia revolucionaria, con esta medida fundamental, se enriqueció en forma fabulosa, a pesar de las guerras devastadoras que tuvieron lugar durante varios años.

Santiago Arcos termina su extensa carta lanzando una verdadera consigna de lucha que resume todo su programa de renovación económico-social y política, que extensamente hemos reseñado, y que es también una consigna de esperanza y de fe.

Demos el grito de pan y libertad y la estrella de Chile será el lucero que anuncia la luz que ya viene para la América española, para las razas latinas que están llamadas a predominar en nuestro continente.

La circunstancia que Santiago Arcos expusiera su vigoroso pensamiento en un documento público dirigido a Francisco Bilbao nos obliga a analizar someramente las doctrinas de este reformador, de lo que podrá desprenderse, objetiva y claramente, las semejanzas y diferencias en sus posiciones teóricas, máxime cuando Bilbao dirigió una extensa "Carta a Santiago Arcos", en la que formula sistemáticamente sus ideas sociales y políticas.

Cuando Bilbao dio respuesta a la célebre carta de Arcos del 29 de octubre de 1852, escrita en la Cárcel de Santiago y publicada a fines del mismo año en la ciudad de Mendoza, se encontraba desterrado en Perú, a consecuencia de la derrota de los movimientos revolucionarios de 1851[3].

En esta carta de Bilbao no se expresa un pensamiento bien claro, principalmente en las primeras páginas, pues es a menudo una vasta elucubración filosófica sobre los principios generales del ser, la sociedad, los deberes y derechos del individuo, etc. El lenguaje es generalmente obscuro, lo que hace difícil seguirlo en todos sus razonamientos, muchos de ellos extraños e ininteligibles. Ahí alternan con frecuencia citas de la Biblia, pensamientos de Jesucristo, juicios de Michelet, Quinet y párrafos de Lamennais. Sin embargo, en medio de sus disertaciones se destacan ideas claras y precisas sobre el desarrollo social de Chile, sobre la realidad política que le tocó vivir.

El mismo Bilbao reconoce en una advertencia preliminar que este escrito aparecerá tal vez obscuro y que no será popular, agregando a manera de justificación: "pero la naturaleza de la cuestión tal cual la concibo me obliga a sentar siempre la base metafísica de la revolución".

Esta propia declaración de Bilbao nos explica por qué su trabajo es de tan difícil lectura y de tan costosa comprensión. Se pierde en demasiadas digresiones especulativas que no se compaginan con las exigencias de precisión y claridad que deben poseer las teorías políticas y la interpretación científica de los fenómenos históricos.

[3] Francisco Bilbao. "Los mensajes del proscrito". Ver tomo III de sus Obras Completas, edición de Pedro Pablo Figueroa. Sirve de introducción la "Carta a Santiago Arcos", que es el estudio de la revolución y su marcha en Chile, según manifiesta el propio Bilbao.

No obstante, de todas maneras, esta carta tiene una gran importancia, pues es una especie de autobiografía, a través de la cual interpreta el desarrollo histórico del país, hace el análisis de la política chilena desde la época de la publicación de su primer escrito, “La sociabilidad chilena”, luego relata su salida del país, su permanencia, estudios y afanes en Francia, enseguida entra a definir a Chile, considerando sus clases sociales y partidos políticos, analiza la experiencia y significado de la Sociedad de la Igualdad, la Revolución de 20 de abril de 1851, para terminar planteando las reformas que a su parecer pondrán término a las desigualdades existentes.

En esa forma responde a la precisa carta de Arcos, quien al final de ella y como resumen de su exposición le decía:

Si para Ud., como para mí, la revolución es la promulgación de los deberes y derechos, y la distribución de la propiedad territorial, cuente Ud. amigo con la cooperación de Santiago Arcos.

Bilbao parte en sus estudios con la afirmación de la existencia de Dios. No era ateo como algunos han aseverado, sino que atacaba la Iglesia Católica porque la consideraba falsificadora de las doctrinas de Cristo. Expresa categóricamente que "hay un ser -un Dios- una verdad” y enseguida entra a definir lo que es la República:

Soy, es el derecho. Individualismo. Somos, el deber. Socialismo. El derecho es la individualidad, el amor, la sociedad. Sociedad de libres: he ahí la República.

Es interesante conocer el pensamiento de Bilbao con respecto a la evolución social y política experimentada por el país. Acepta más o menos los conceptos emitidos por Arcos, aunque los envuelve en palabras grandilocuentes y sentenciosas.

... Chile es catolicismo y Edad Media, feudalismo y oligarquía encubiertas por el jesuitismo con el nombre de República... El catolicismo y la Edad Media fue la faz particular que revistió la conquista católica de Chile bajo la dirección de los señores de “horca y cuchillo”, y formaron temprano su constitución y le imprimieron la autoridad despótica, la persistencia en la obediencia, sancionada por la "gracia”, y apoyada en la victoria: Dice que de la conquista y el triunfo de los invasores españoles arranca la organización del país, basada en clases sociales antagónicas, con todos los privilegios económicos y políticos para los ricos. “Serán esclavos o la muerte”. Esta fue la palabra, la idea que se entronizó en la América: soberanía del creyente, privilegio del fuerte, dominación feudálica, miseria radical de la masa. Sobre este fundamento se elevarán después las constituciones y las leyes. Ya se ve, el fundamento de las facultades extraordinarias, la omnipotencia del Ejecutivo y de los intendentes, los mayorazgos, la usura, el inquilinaje, la obediencia ciega... El peso de la oligarquía cae sobre el infeliz. Distinción eterna entre el noble y el plebeyo... El noble no trabaja; luego la ociosidad es nobleza, el trabajo es villanía. He aquí una idea que aún domina y retarda la prosperidad de nuestros pueblos. Son dos castas, dos razas; luego hay dos leyes de penalidades; dos justicias: la pena corporal o infamante para el pobre, la pena pecuniaria para el rico. Contribución sobre el pobre, usura sobre el pobre. La escuela es para el rico. Los empleos para el rico, el impuesto de sangre para el pobre. Se le prohíbe la asociación, se le permite el vicio. No hay crédito para el pobre. Usura, contribución, aislamiento, ignorancia, embrutecimiento, envilecimiento, he ahí su herencia...

Después de este análisis general del proceso histórico nacional describe y caracteriza los partidos existentes. Así expresa:

Y en la vida política sólo ha habido dos partidos: el conservador y el liberal... El partido llamado pelucón (lo viejo) se le ha llamado del estanco (estagnación), es el partido que más congenia con el pasado y con la educación de Chile y así se explica su dominación. Bajo este aspecto es el partido arraigado en la tierra, en los espíritus, en las costumbres, en la religión, en las leyes. De la falta de audacia del partido liberal, de su falta de lógica y aun de corazón, porque no se ha atrevido a levantar las masas a la igualdad, ha nacido su timidez, su oscilación, su pérdida. De la fe del partido pelucón y de su lógica nació su audacia... Se llama partido de la conservación y de la propiedad, y ha llegado hasta confiscar algunas veces... Ese partido forma una oligarquía. Es malo como individualidades, fuerte como clase... "Esa oligarquía, que ya tiene su historia, es la que domina a Chile. Heredera del poder de la conquista, fortificada por el doctrinarismo de los tiempos modernos imprime el doble yugo de la legalidad y de los hechos sobre la nación chilena. Dueña de la ley, señora de la tierra, árbitra de la educación, imprime el sello de su dominio sobre las generaciones, mientras el espíritu nuevo vaga furtivo y acosado por el despótico poder...

Al estudiar las condiciones de vida de los pobres tiene frases encendidas y patéticas para condenar la miseria y desigualdad imperantes. En magníficas y justas frases destaca el contraste hiriente entre los principios establecidos en la Constitución, en sentido de que todos los chilenos son iguales ante la ley, y la tremenda realidad que vive la mayoría de la población, agobiada por los sufrimientos y la miseria. Hace ver que esas leyes dictadas por los poderosos han sido para el exclusivo provecho de ellos y para el pueblo un engaño y una farsa.

... El pobre no recibe instrucción, no posee la tierra, no tiene capitales, no hay industria que le prepare su emancipación. No le dais tampoco para educarse. Abrid algunas escuelas y decís, ved como no se educa: otra falsía. Dadle tiempo, conservadores, para que pueda dejar el arado o la barreta, y que vaya a la escuela, pero la necesidad lo arraiga al trabajo material para poder vivir. Y decía: hay igualdad. Os enriquecéis con su trabajo, formáis fortunas colosales, esos brazos que os enriquecen quedan sin retribución proporcionada. En los campos nos da lo necesario para vivir y sufre hambre. Levanta los edificios y palacios y no tiene albergue. Fabrica las telas y anda con harapos -es el roto.

Deduce Bilbao que esta situación de miseria de la clase trabajadora se debe a la injusta retribución del trabajo:

Se ve, pues, que el trabajo no es retribuido justamente. La organización actual roba al pobre... Se ve que no hay igualdad ante la ley. La ley actual es la forma que el poderoso imprime al débil...

Después de este análisis, Bilbao expone un plan de reformas tendientes a poner fin al estado de cosas imperante. En su lenguaje grandilocuente y metafísico plantea que un nuevo dogma, el de la soberanía de la razón, debe orientar toda idea, acto o realización, es decir la purificación del ser por medio de la razón, orientada a independizar el pensamiento. Como consecuencia del nuevo dogma de imponerse una nueva política, que dé a la libertad el poder universal, estableciendo una amplia democracia para lograr la total independencia del ciudadano, es decir, instaurar eficazmente la soberanía del pueblo. De ambas cosas se desprende la necesidad de dar forma y vida a la nueva sociabilidad, fundando las garantías del desarrollo de la vida en su esfera moral, intelectual y material, en las instituciones de crédito, en la educación, en la asociación del trabajo, en la repartición justa de la riqueza social, con lo que se conseguiría la emancipación del siervo, del esclavo, del proletario. Para Bilbao los principios de libertad y solidaridad son los esenciales

para la buena marcha de toda sociedad bien constituida. Reconoce que "la abolición de la miseria es el problema magno que coronará la evolución del dogma de la libertad".

Bilbao afirma que el derecho a la vida implica el derecho a las condiciones de vida, que éste se concreta en el derecho a la propiedad. Propicia, además, la igualdad en la contribución, que es la imposición directa, única y proporcional sobre el capital; pretende destruir los monopolios, implantación del libre comercio y suprimiendo las aduanas. Propicia las asociaciones agrícolas e industriales (como las quería Fourier) para terminar con el despotismo del capital y la tiranía del salario. Otras medidas que propugna son: Cajas de Ahorro, establecimiento de beneficencia, casas de asilo para la protección de la infancia, vejez e invalidez; el establecimiento de bibliotecas y salas de lectura.

Termina Bilbao en la siguiente manera:

Creo, pues, amigo Arcos, que la constitución y créditos igualitarios serán suficientes para abolir las miserias y hacer de todo hombre un propietario, sin necesidad de tocar, aunque sea temporalmente, el derecho de los propietarios existentes. [4]

Este párrafo final de Bilbao demuestra cuán distante está de lo planteado por Arcos, quien propiciaba la inmediata expropiación de las tierras del centro del país para repartirlas entre los pobres. En cambio, Bilbao ni siquiera temporalmente permite tocar el derecho de los propietarios, aunque ellos sean grandes latifundistas.

Para Bilbao el remedio fundamental a todos los males que aquejaban al país era el mantenimiento de una amplia democracia y de las libertades públicas; en cambio, para Arcos lo estaba en esa medida y en la distribución pronta de la propiedad territorial, ya que su posesión en poder de una minoría era la miseria imperante y de las clases sociales antagónicas existentes.

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico nacional durante la segunda mitad del siglo XIX[5]

SUMARIO

1. La restauración colonial. 2. Desarrollo material de mediados del siglo XIX. 3. Primeras manifestaciones del movimiento liberal. 4. Arcos y Bilbao tratan de organizar el elemento popular. 5. La candidatura de Montt y la labor de la Sociedad de la Igualdad, primer organismo democrático. 6. Credo de Arcos y Bilbao, ideólogos de avanzada. 7. Aumento de la productividad del trabajo y reformas de Montt. 8. El desarrollo económico y el nacimiento de la burguesía. 9. El artesanado y el mutualismo. 10. El movimiento revolucionario de 1859. 11. Programa y ubicación del radicalismo en la realidad nacional. 12. Expansión del capitalismo naciente (conquista del salitre). 13. Comienzos del régimen de papel-moneda. 14. La guerra

[4] Sin embargo, al hablar de la finalidad de la Sociedad de la Igualdad decía que ésta "llevaba el pensamiento de la revolución" y que luchaba por la "revolución de la razón, en la política, en la distribución de la propiedad". Estas ideas se contradicen manifiestamente con la categórica afirmación contenida en el párrafo reproducido.
Es verdad que a menudo se encuentran gruesas contradicciones en los escritos de Bilbao, pero es un hecho incuestionable que en su concepción social y política no entraba la idea fundamental de Arcos, esto es, la de repartir la propiedad agrícola, expropiando a los grandes terratenientes.

[5] Atenea n°250 (1946)

del Pacífico, contienda por el monopolio salitrero. 15. Incorporación de la Araucanía y Magallanes a la economía, y nacimiento del latifundio sureño.16. Reformas liberales de Santa María.

1. Durante el gobierno de Prieto-Portales, impuesto como resultado del triunfo de las fuerzas conservadoras en Lircay, se asentó definitivamente el dominio político de la clase terrateniente, consolidándose de este modo la sociedad feudal. La Constitución de 1833, según un notable historiador hispánico, hizo de Chile una república autocrática, en la que "el Presidente era el delegado de la oligarquía dominante". Es así como la Constitución, inspirada por Diego Portales, "venía a garantizar la autoridad de unas docenas de familias hacendadas"[6]. La dictadura portaliana significó la instauración de las formas coloniales bajo la aparente estructura republicana. Se produce lo que el pensador argentino José Ingenieros, denominara la Restauración. En efecto, los caudillos e ideas del movimiento emancipador son aplastados y se impone un retorno a la realidad prerrevolucionaria, dominando de nuevo los intereses afectados por la revolución. La estática colonial trata de imperar, ahogando el único bien efectivo que nos diera la emancipación: la conciencia política y cultural, el noble anhelo de superar la inercia y el atraso de los días coloniales.

Los rasgos sobresalientes de esta época de Restauración son los siguientes: mantenimiento de la paz interna, es decir, el "orden", utilizando para ello todos los medios posibles, con el objeto de eliminar el movimiento liberal; poca política y mucha administración, para adormecer la conciencia política del pueblo; y conseguir prestigio en el exterior, para que el extranjero nos vea con buenos ojos, se sienta a gusto entre nosotros, nos dé su confianza y su crédito. Con el tiempo, esta política permitirá la colonización de porciones considerables del territorio, otorgamientos de empréstitos, inversiones cuantiosas para explotar nuestras riquezas naturales, lo que a la larga se concretará en la explotación imperialista que ha agobiado al país.

Portales llevó a cabo con éxito estos principios, y los gobiernos decenales que le sucedieron continuaron en la misma forma su programa. Sin embargo, a causa del desarrollo económico del país y de la influencia de la ideología liberal europea, tanto en el dominio político como en el cultural reviven las ideas reformistas, especialmente a partir de la administración de don Manuel Bulnes.

2. Durante el decenio de Bulnes se producen diversos sucesos que vigorizan la economía. Desde 1845, más o menos, comienza a explotarse formalmente el carbón, debido a la labor de dos hombres de empresa: Juan Mackay y Guillermo Wheelwright. El primero trabajó las minas de carbón; el segundo, lo utilizó en el transporte marítimo (por la acción de Wheelwright se fundó, con capitales ingleses, la Compañía de Vapores del Pacífico). Posteriormente, la economía recibe un nuevo impulso a raíz del descubrimiento de los terrenos auríferos de California, lo que produjo, junto a una gran emigración chilena hacia esa comarca, un apreciable aumento de la producción agrícola y manufacturera. El trigo y la harina de Chile tenían una aceptación especial en esa región en la misma forma que sus obreros eran grandemente estimados. "La causa de las exportaciones a California estaba en la extraordinaria actividad que nació ahí por los descubrimientos mineros a mediados del siglo pasado, circunstancia en que por razones de transporte los abastecimientos de Norteamérica no fueron suficientes. El desarrollo del comercio de Chile con California

[6] Gonzalo de Reparaz: "Geografía y Política".

empezó sólo en 1848, con una exportación chilena por valor de $ 250.195 que, en 1849, subió $ 1.835.460 y que en 1850 fue de $ 2.445.868. El cambio internacional estuvo en 1850 a 46.3/16 peniques por peso"[7].

Toda esa riqueza se vuelca en la realización de grandes obras públicas: se abren caminos, se construyen ferrocarriles (en 1848 se inicia la construcción, dirigida por Guillermo Wheelwright, del primer ferrocarril chileno y segundo de Sudamérica, de Caldera a Copiapó, zona minera que estaba en plena prosperidad. Con ese fin se formó una sociedad particular de doce mineros de Copiapó. Entre ellos, Agustín Edwards Ossandón, Tomás Gallo, Gregorio Ossa y Matías Cousiño. El primer tren corrió el 25 de diciembre de 1851); barcos a vapor recorren las extensas costas del Pacífico, reemplazando a los barcos a la vela; el telégrafo abrevia las comunicaciones. Y la minería continuaba siempre en aumento. En 1848 se descubrió cerca de Copiapó el mineral de Tres Puntas y otros. El vasto mercado de California aseguraba una enorme demanda a la agricultura. He ahí las causas del floreciente estado de la economía nacional. Por otra parte, llegan algunos industriales franceses y los primeros colonos alemanes a la zona Sur, región de Valdivia, incorporando esas tierras a la producción.

3. Este auge económico influye en la estructuración del movimiento demoliberal, como asimismo un suceso político externo: la Revolución Francesa de 1848, la cual, después de estallar en París, se extendió por todo Europa, propiciando audaces reformas políticas y sociales, desde un punto de vista democrático, popular y socialista. Este movimiento revolucionario repercute notoriamente en la juventud chilena, al igual que la literatura revolucionaria francesa en boga. Desde este instante se inicia con nuevos bríos la lucha para reemplazar el sistema social y político imperante, y establecer, en cambio, un sistema liberal y democrático que pusiera control al dominio de la aristocracia terrateniente que gobernaba en forma dictatorial.

A los elementos renovadores se les imponía la necesidad de organizar un partido político que diera forma sistemática a sus aspiraciones. Lastarria y Espejo redactaron "El Siglo", con el objeto de que sirviera de vehículo a una agrupación liberal; y, luego, el primero publicó con el mismo motivo la "Revista de Santiago", suprimida a causa de la aparición de su ensayo: "Manuscrito del Diablo", en el que condena hábitos antisociales y las preocupaciones antidemocráticas de la oligarquía gobernante.

Poco después, a mediados de 1849, en la Cámara de Diputados, se organiza una brillante mayoría opositora al gobierno y nace, en seguida, el Club de la Reforma, agrupando al sector liberal más avanzado, que tuvo una breve y agitada vida. El movimiento liberal fracasa porque las fuerzas sociales en que se apoya son muy débiles. El proceso de estructuración económica de la burguesía demoliberal constituye la base del desenvolvimiento correlativo de su consolidación política. Esta última comparte las debilidades y fortalecimientos de aquél, puesto que de él depende. Es por esto que solamente cuando esa clase se ha integrado como tal, independientemente, sobre cimientos económicos propios, sólo entonces, y al presentarse la coyuntura histórica favorable, insurge poderosa a conquistar para sí el poder político, indispensable para consagrar jurídicamente su hegemonía exclusiva.

Lo mismo puede expresarse con respecto al nacimiento y desarrollo progresivo de la clase trabajadora en la época actual.

[7] Daniel Martner: "Historia Económica de Chile". Tomo I, pág. 215.

4. Ante el fracaso del naciente movimiento demoliberal, un joven discípulo de los pensadores socialistas utopistas franceses, Santiago Arcos Arlegui, inicia las gestiones para movilizar a la capa popular (artesanos y núcleos obreros ciudadanos) y juventud liberal, a través de un organismo político propio independiente, que tendría por objeto luchar no sólo por "el triunfo de un candidato progresista, sino también sacar al pueblo de la vergonzosa tutela a que se le tiene sujeto". En esa época ya se movían las fuerzas políticas del país para enfrentar la lucha presidencial de 1851.

Arcos se vio secundado en su acción por el tribuno Francisco Bilbao, que recién llegaba al país, después de permanecer en Europa desde 1844. En abril de 1850 quedó constituida la "Sociedad de la Igualdad", organismo que durante siete meses libró una valerosa contienda en contra del gobierno feudal dominante hasta que fue aplastada por éste.

Su declaración de principios se condensaba en tres puntos: 1) La soberanía de la razón como autoridad de autoridades; 2) La soberanía del pueblo como base de toda política; 3) El amor y la fraternidad universales como vida moral. Su objetivo político inmediato fue la lucha por la conquista de las libertades electorales, aplicación de las libertades públicas y oposición a la candidatura de Manuel Montt.

La Sociedad de la Igualdad despertó un considerable fervor en las masas de la época. Tuvo su himno de guerra: "La Igualitaria"; sus diarios: "El Amigo del Pueblo" y "La Barra"; inauguró el sistema de las conferencias populares y de la discusión pública de los problemas que afectaban a las masas necesitadas. Su organización constituye la base lejana de los modernos partidos obreros. Sus concentraciones políticas reunieron a miles de ciudadanos, hecho inusitado para ese tiempo. Combatió con ardor la candidatura de Montt, expresando sus dirigentes que "proclamar a Montt para candidato a la Presidencia, es autorizar la revolución" ... Precisamente, su vida política terminó con un gran mitin, el 28 de octubre de 1850, con asistencia de 3.000 personas, en el que aprobaron un tremendo voto en su contra. Ante esta situación, el gobierno la liquidó so pretexto de una especie de levantamiento producido en San Felipe, siendo sus dirigentes apresados y desterrados.

5. En los mismos instantes en que la Sociedad de la Igualdad combatía la candidatura de Montt, aparecía un folleto de Sarmiento, el 5 de noviembre de 1850, cuyo título era ya una hábil consigna: "¿A quién rechazan y temen?, a Montt. ¿A quién sostienen y desean?, a Montt. ¿Quién es entonces el candidato?, Montt".

En ese opúsculo, Sarmiento condena lo que él llama la demagogia de oposición, que empezó siendo "liberal y propietaria con Lastarria", para tornarse "demócrata y socialista con Bilbao". Aprovecha la oportunidad para atacar la agitación de la Sociedad de la Igualdad y exponer su credo en las siguientes líneas: "La condición del pueblo no se mejora con discursos bíblicos que entran por un oído y salen por el otro; ni con paseos, ni bullangas. Se mejora con caminos, con riquezas, con exportación de productos, que hacen subir el salario, ocupan brazos y desenvuelven la inteligencia. Se le mejora por las escuelas, por la enseñanza, por los hábitos de orden. Todo lo demás o son picardías de ambiciosos para hacerse un pedestal y elevarse, o son ilusiones de poetas que no conocen la vida, ni su país, ni la sociedad en que viven".

La Sociedad de la Igualdad, a pesar de su gran agitación y del movimiento popular que logró impulsar, no alcanzó a formar una conciencia política en las masas ni logró constituir una oposición sólida capaz de luchar victoriosamente contra el gobierno, debido a la extremada debilidad económica de los nacientes

sectores burgueses y populares. Sin embargo, es imposible negarle el rol que jugó y su influencia en el movimiento democrático posterior.

Por otra parte, la acción de la Sociedad de la Igualdad sirvió para que se manifestara un vigoroso pensador como lo fuera Santiago Arcos Arlegui. Arcos conocía ampliamente las doctrinas de los diversos socialistas utopistas franceses y había presenciado los movimientos populares que se gestaban en el seno de la sociedad gala de fines de la segunda mitad del siglo XIX. Era, pues, un adepto de las ideas democráticas y socialistas y un partidario fervoroso de su establecimiento por medio de la lucha del elemento popular. Arcos, a la luz de sus ideas, enfocó el proceso del desarrollo de la sociedad chilena y en ese análisis se define como el primer escritor nacional que haya estudiado en forma sistemática las clases sociales chilenas, caracterizando notablemente sus intereses antagónicos y la lucha que se verifica entre ellas. Santiago Arcos es el primero que ha planteado, en forma profunda, la existencia de la lucha de clases en el seno de nuestra sociedad. En seguida, estudió la realidad política de su época y describió a los partidos en que se organizara la clase poseedora. Profundizó en la búsqueda de las causas que han originado el lamentable estado económico y social del país, afirmando que ellas residen en el injusto sistema de propiedad imperante, emanado de la conquista, que ha determinado la formación de clases sociales rivales, la pobreza general y el atraso del país.

6. Arcos no se quedó en la simple crítica. Expuso lo remedios que, en su opinión podrían cambiar en forma radical la realidad dominante. Fundamentalmente, propuso la inmediata repartición de la propiedad territorial, como la única y decisiva medida para aliviar las condiciones de vida de las grandes multitudes laboriosas, y la sola base seria y posible de una democracia económica y política.

Arcos se coloca de este modo como el más genuino precursor del movimiento obrero moderno que lucha por conseguir la eliminación de la desigualdad económica, social y política, para establecer la justicia social sobre bases definitivas. Vio con toda claridad que las instituciones políticas, el derecho público, eran derivaciones, manifestaciones, de la estructura económica, la que era preciso modificar en forma total para lograr la reforma política. Toda transformación política que no se realiza como consecuencia de un profundo cambio de la estructura económico-social, es una quimera. Era preciso, para Arcos, de acuerdo con ese criterio, en primer término, repartir la tierra entre las masas campesinas, con el objeto de poner fin a su servidumbre, que se mantenía casi idéntica a la de la época de las encomiendas. Sólo de esa manera se concluiría con la dominación agobiadora de la oligarquía terrateniente.

He ahí también su diferencia con Bilbao. Este, al igual que los liberales, no permitía que ni siquiera temporalmente se tocara el derecho de los propietarios, aunque fueran grandes latifundistas. Para Bilbao, como para los liberales, el remedio principal a todos los males que aquejaban al país era el mantenimiento de una amplia democracia y de las libertades públicas, estimando que podrían realizar esa reforma política con sólo corregir las líneas del derecho público por medio de leyes adecuadas. En cambio, para Arcos, lo estaba en esa medida y en la distribución de la propiedad territorial, ya que su posesión en poder de una minoría era la causa de la miseria imperante y de las clases sociales antagónicas existentes.

7. La clase dominante, después de aplastar una insurrección en abril de 1851, proclamó e hizo triunfar la candidatura presidencial de Montt. Su victoria fue considerada ilegal por su contendor el general Cruz, provocándose la sangrienta guerra civil que terminó en la costosa e indecisa batalla de Loncomilla. Es reconocido el triunfo de Montt y a su alrededor se reagrupan las fuerzas conservadoras, gobernando sobre

la base de una dictadura apoyada en omnímodas facultades extraordinarias (la mitad de su decenio estuvo bajo dicho régimen) y en drásticas leyes represivas, a fin de impedir el avance del liberalismo en el plano político, reforzado siempre por el constante desarrollo económico.

Precisamente, durante el decenio de Montt (1851-61), crece grandemente la productividad del trabajo. El progreso económico y técnico transforma las condiciones de vida. El auge de la minería: metales preciosos (plata especialmente), carbón y cobre (en ese entonces Chile era el principal productor de cobre en el mundo); el desarrollo de las vías férreas; las exportaciones de productos agropecuarios (mercados de California y Australia) y el aumento del comercio, produjeron el enriquecimiento de numerosas familias que pasan a constituir una nueva clase social, vigorosa y pujante, distinta de la aristocracia terrateniente. El proceso económico tiende a la formación de una burguesía minera, manufacturera y comercial, sobre las ruinas de la economía exclusivamente feudal de la primera mitad del siglo XIX. Es el momento de tránsito de dos economías: la feudal y la capitalista. Surge y se desarrolla con inusitado impulso la burguesía y el movimiento demoliberal que representa. Esta nueva clase social se rebela contra el régimen feudal imperante, ataca el sistema de reacción política que predomina y lucha abiertamente para imponer el liberalismo. El propio Montt se vio impulsado por la presión de las fuerzas económicas en crecimiento a llevar a cabo una serie de importantes reformas. Entre ellas: supresión del diezmo, gravoso impuesto indirecto; abolición de los mayorazgos—que afectó a 18 grandes vínculos— que inmovilizaban la propiedad agraria; intensificación de la colonización en el Sur del país; construcción de vías férreas, para lo cual contrató un empréstito externo por $ 7.000.000, a la casa Baring Brothers y Cía., de Londres; aumento de la explotación del carbón de Lota y Coronel (en 1852, don Matías Cousiño, que había sido uno de los accionistas del ferrocarril de Caldera a Copiapó, fundó la primera compañía minera de esa región); fomento y desarrollo de la educación; dictación del Código Civil, (1857), lo que constituyó un avance innegable sobre el arcaico régimen jurídico feudal, (el Código Civil fue concebido como expresión de un derecho abstracto y absoluto, fundándose en el respeto por una individualidad abstracta, autónoma e igual en todos los seres. Pero, a pesar de su aparente armazón metafísica, el Código Civil es el "código de los propietarios". El Código Civil es el producto de una época histórica determinada, pero que tuvo por objeto, al ser dictado, imponer normas fijas y durables a la sociedad siempre cambiante y mutable, en defensa de la propiedad y de la clase poseedora, categorías eternas e inmutables para la burguesía).

Las reformas enumeradas provocaron el debilitamiento de la aristocracia colonial y su rebelión en contra de Montt en tal forma que, el Partido Conservador, se alejó del gobierno, debiendo los partidarios del Presidente echar las bases de un nuevo organismo político, para defender su administración; el Partido Nacional, de tendencias conservadoras moderadas y laicas, denominado montt-varista.

8. El desarrollo económico de la época queda bien establecido en algunos guarismos. Desde 1845 a 1860 se triplican las cifras del comercio. El comercio exterior (de importación y exportación) alcanza en 1860 a cerca de 50 millones de pesos; el tráfico de cabotaje se aproxima a los 20 millones. La exportación de minerales que en 1845 llegó a unos 4 1/2 millones de pesos de 48 d., sumaba en 1860 cerca de 19 millones de pesos; y la agricultura, cuya exportación alcanzaba en aquel año al millón de pesos, era en 1860 de más de 4 1/2 millones. En la misma forma había crecido la población urbana de poco más de 1 millón de habitantes a 1 1/2 millones. Habían mejorado las comunicaciones, y la inmigración, aunque poco numerosa, había incorporado elementos europeos valiosos y progresistas a la economía nacional.

Este desarrollo económico, debido a la explotación de las minas de metales preciosos en Atacama, al incremento de la agricultura a causa de los buenos mercados externos y al aumento del comercio, permitió la formación de sectores urbanos con mayores fortunas y nuevas influencias que fortalecen a la naciente burguesía. Frente al oligarca terrateniente, miembro de la vieja aristocracia colonial de concepciones feudales, surge el burgués capitalista de tendencias liberales que, poco a poco, constituye una nueva y pujante clase social, con capitales propios, con necesidades específicas y con aspiraciones nuevas.

En las sociedades divididas en clases antagónicas, la conquista del poder político ha sido siempre la mira de todas las clases nuevas. De ahí la acción decidida de la burguesía nacional para capturar el gobierno e imponer su programa demoliberal, que contemplaba el respeto de las libertades públicas, la libertad de sufragio y la secularización de las instituciones, la limitación de las facultades presidenciales y la purificación de las costumbres electorales, con el objeto de impedir que el Ejecutivo generara los poderes públicos.

En el momento de romper con el modo de producción feudal, el liberalismo económico y político y el individualismo jurídico importan un paso decisivo en el progreso nacional. Un nuevo sistema de producción y un nuevo régimen de propiedad, el burgués-individualista, hacen nacer nuevas relaciones sociales y determinan nuevas posiciones políticas.

9. En la base, el movimiento popular se desenvuelve lentamente. En las faenas mineras se van constituyendo núcleos obreros considerables; con motivo de la realización de grandes obras públicas (ferrocarriles de Santiago-Valparaíso y Santiago al Sur; caminos, edificios, etc.) se organiza un importante proletariado de la construcción. Pero el sector popular más importante lo constituye siempre la capa artesanal. La producción artesanal es típica del modo de producción feudal y, precisamente. a pesar del desarrollo económico de la época, predomina en general en la economía de la nación el régimen feudal, debido al escaso desarrollo de la industria.

La producción artesanal estimula los ideales de cooperación antes que las explosiones de rebeldía; por ello la capa artesanal en esta época, después de las activas y fracasadas luchas de la Sociedad de la Igualdad, se refugia en organismos mutualistas, que son los órganos de asociación obrera que anteceden a los sindicatos. En 1853 se fundó la “Sociedad Tipográfica”, en Santiago, que fue la primera del país. Poco a poco se fueron creando diversas otras en esta misma ciudad y en las principales del país. A consecuencia de las transformaciones económicas señaladas, se produce un aumento de la población obrera en las ciudades, lo que crea nuevos problemas sociales, y entre ellos, el de la habitación. En esta época se inicia la construcción de conventillos que, con el tiempo, han constituido una de las peores lacras del régimen dominante.

La debilidad de la masa trabajadora y su carencia de conciencia de clase explican su papel pasivo y su ninguna acción política. La clase revolucionaria, porque es poderosa y tiene conciencia de sus intereses, es la batalladora burguesía naciente.

10. En las elecciones de 1858 triunfaron varios personajes que serían luego sus destacados personeros: Ángel Custodio Gallo, Tomás Gallo y Manuel Antonio Matta. Con Lastarria, Isidoro Errázuriz y otros publican “La Asamblea Constituyente”, periódico destinado a difundir las reformas liberales, y que es su grito de guerra frente a la dictadura conservadora. El gobierno declaró el estado de sitio y desterró a los dirigentes

mencionados, lo que encendió la mecha de la revolución que ya estaba bastante gestada, aunque no madura, por el proceso económico.

A principios de 1859, se produjo el levantamiento revolucionario en Copiapó, acaudillado por Pedro León Gallo, quien, vencedor en los comienzos, fue luego derrotado, debiendo escapar a Argentina. En la misma forma se sublevaron los indígenas (estimulados por los revolucionarios) en el Sur, manteniendo por más de dos años una lucha enconada con las fuerzas de la República.

La revolución de 1859 puso frente a frente al gobierno, apoyado en la clase feudal, y a la burguesía liberal que ascendía vigorosamente. Este es el mérito de dicha revolución, la cual, a pesar de haber sido vencida, señala, sin embargo, el término de los gobiernos conservadores y feudales y abre paso a la era liberal que, poco a poco, se amplía y profundiza.

Aplastada la revolución de 1859, Montt dominó con mano férrea. Eligió un parlamento íntegramente adepto a su política y por medio de una "ley de responsabilidad civil" no dejó opositor en pie; pero la crisis económica de 1861, debido a la guerra civil, a la rebelión araucana, a la disminución del rendimiento de la minería y al cierre de los grandes mercados de California y Australia, debilitó su poder. Se paralizaron varias obras públicas, se produjeron numerosas quiebras y el empobrecimiento de muchas familias.

El crecimiento de la burguesía y el desarrollo de una más amplía conciencia social; la revolución de 1859 que demostró el poderío de dicha clase; las propias reformas de Montt, que afectaron a la clase aristocrática que perdió parte de su importancia social, y la crisis económica de 1861, fueron las causas que provocaron la nueva era de moderación y tibia democracia que encarnan José Joaquín Pérez (1861-1871), mandatario tranquilo que, según el joven Balmaceda, era indiferente y "ebrio de indolencia", y Federico Errázuriz Zañartu (1871-1876), a través de cuyos gobiernos se fortalece la burguesía demoliberal (ley de amnistía, derogación de la ley de responsabilidad civil, ley interpretativa de 1865 que consagraba la libertad de cultos, ley que prohibió la reelección del Presidente para un período inmediato, Código de Comercio (1867); ley electoral de 1874 que amplió considerablemente la masa de electores. Código Penal y Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales que abolieron el fuero eclesiástico.

11. En las elecciones de 1864, junto con ser derrotados los montt-varistas, fueron elegidos los primeros diputados radicales (M. A. Matta, Tomás Gallo, J. M. Espejo, R. Claro Cruz y M. Recabarren) grupo político formado en 1863 por el sector más avanzado del liberalismo, el que combatía la fusión liberal conservadora y propiciaba en cambio un programa "radical" en orden a disolver las formas políticas del pasado. El Partido Radical surge como expresión política de la burguesía, engendrada por el desarrollo minero del Norte del país y apoyado más tarde por el anti-centralismo de las provincias sureñas. Representaba genuinamente el movimiento democrático-burgués y juega un apreciable rol en las luchas políticas de ese período. La acción del radicalismo se reforzó con la constitución del Club de la Reforma que agrupaba a la juventud más avanzada de la época, de las diversas tiendas liberales, cuyo órgano—"La Reforma"—llevó a cabo grandes campañas. Posteriormente, el Partido Radical encontró innumerables adeptos en la pequeña burguesía o clase media intelectual egresada de los Liceos y de la Universidad, la que empezaba a desenvolverse en las grandes ciudades y que alcanzaría gran importancia en nuestros tiempos. El Partido Radical luchaba contra el autoritarismo pelucón y por la laicización del Estado. Pretendía imponer un régimen político y jurídico liberal, pero no enfocaba un plan de reformas económicas y, en especial, la solución del problema decisivo del latifundio. Precisamente, en 1869 tuvo lugar la primera Exposición

Nacional de Agricultura. El análisis de la realidad agraria nacional de la época, a través de las estadísticas existentes, demuestra que el latifundio dominaba sin contrapeso. Pudiera creerse que la abolición de los mayorazgos y el establecimiento de la herencia (Código Civil) habrían iniciado su destrucción, pero no fue así, pues si lo descompusieron parcialmente, el proceso de la concentración de la riqueza lo recompone y centraliza cada vez más.

El latifundio es la gran remora del desenvolvimiento natural y fecundo de la sociedad chilena. Ha impedido un desarrollo vasto de la agricultura; no ha permitido el crecimiento de la producción agropecuaria y ha causado la horrible miseria de las clases campesinas, a la vez que ha sido el más serio obstáculo para el funcionamiento de un régimen político democrático. Con razón ha escrito un notable investigador norteamericano: "La marcada desigualdad que significa la existencia de latifundios hace imposible toda realización democrática; ningún país puede mantener un genuino gobierno popular cuando el grueso de la riqueza está en pocas manos"[8].

No obstante, a pesar del desarrollo capitalista del país, en la base las clases populares, aunque experimentan un importante incremento en cuanto a clase social, siempre permanecen en la más dura explotación. En el campo, los peones e inquilinos viven sujetos a condiciones de vida escasamente diferentes a las de la época colonial. Apenas ganan los medios para subsistir y reproducirse como clase expoliada. Las clases populares, en las que descansa todo el proceso productivo de la nación, no participan de los beneficios económicos creados por su esfuerzo ni tampoco tienen injerencia en la dirección política de sus destinos.

La aristocracia terrateniente, al acaparar la tierra cultivable, ha dominado sin contrapeso el país, explotando y subyugando a las grandes masas de trabajadores de la tierra. La democracia jurídica que se impone poco a poco por la acción de la burguesía demoliberal no pasa de ser una ficción, pues se establece sobre la base de la injusta realidad económica dominante. El sufragio universal mantiene en forma legal el dominio de la clase terrateniente-plutocrática, por cuanto las masas de peones e inquilinos constituyen el sector más fuerte del electorado nacional, dócil a las órdenes de sus amos feudales.

12. Mientras tanto el desarrollo de la riqueza minera permite la formación de grandes capitales nacionales, que sus poseedores particulares necesitan emplear en empresas reproductivas. Capitales y obreros chilenos inician la explotación económica de las provincias de Antofagasta (boliviana) y Tarapacá (peruana).

Se destacan numerosos hombres de esfuerzo y espíritu de empresa en la exploración del desierto de Atacama y, asimismo, en su posterior explotación económica. Sobresalen los copiapinos Diego de Almeida, fundador del puerto de "La Caldera"; José Antonio Moreno, fundador de Taltal; Juan López, explotador de las guaneras de Mejillones y descubridor de yacimientos salitreros y José Santos Ossa, oriundo de Freirina, fundador del puerto de Antofagasta y descubridor del salitre en esa vasta región.

Capitalistas chilenos realizan tempranamente cuantiosas inversiones en la industria salitrera. Entre ellos, Pedro González de Candamo; Francisco Puelma, que mantuvo faenas en Iquique y Bolivia; Pedro León Gallo y Goyenechea, asociado a sus hermanos Tomás y Ángel Custodio, elaboraron yacimientos de salitre en

[8] Mac-Bride. "Chile, su tierra y su gente". Es el más completo trabajo sobre el origen y desarrollo del latifundio en nuestro país, como asimismo de las consecuencias diversas que entraña para la vida nacional.

Tarapacá e incluso fueron habilitadores de los salitreros ingleses Mac-Lean y Williamson; Matías Cousiño, explotador del carbón de piedra de Lota y abastecedor, luego, de él en las salitreras.

Don José Santos Ossa y don Francisco Puelma obtuvieron de Bolivia una concesión en 1866 para su "Compañía Explotadora del Desierto de Atacama". Explotarían salitre y bórax y debían habilitar la caleta de La Chimba, haciéndola puerto (Antofagasta). La sociedad se amplió con la incorporación del poderoso capitalista don Agustín Edwards y la firma Antonio Gibbs e Hijo (la más fuerte factoría explotadora de salitre en Tarapacá en ese entonces, bajo el nombre de Gibbs y Cía.). La firma pasó a denominarse "Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta". Las faenas salitreras prosiguieron ampliándose. En 1870-71 el explorador chileno José Antonio Barrenechea descubrió salitre en el Toco. Es así como en estos años de 1870 a 1872 el capital chileno producía una cuota de salitre poco inferior a la peruana y muy superior a la que producían los capitalistas ingleses y alemanes que tenían apreciables inversiones. Por otra parte, capitales chilenos habilitaban a muchos de esos productores extranjeros. El mercado financiero de Valparaíso se hallaba representado en la industria salitrera de Tarapacá en más de 8 millones de pesos. Esta situación preponderante del capitalismo chileno se mantuvo invariablemente hasta la guerra del Pacífico.

Por otra parte, las explotaciones salitreras se ven facilitadas grandemente por los descubrimientos de diversos minerales de plata. En 1870 el porteño don José Díaz Gana, al frente de una cuadrilla de cateadores, descubrió el rico mineral de plata de Caracoles, de donde salió una gran riqueza que ayudó a entonar las faenas mineras del desierto de Atacama y a fortalecer el predominio económico chileno. Por esta época, en 1875, a raíz de la expropiación de las salitreras acordada por el gobierno del Perú, en Chile se estimuló el reconocimiento de la zona de Taltal para explotar salitre. Se destaca don Daniel Oliva, quien, asociado a otras personas, entre las cuales sobresalían Manuel y Alfredo Ossa, hijos de don José Santos Ossa, establecieron varias oficinas. Manuel Ossa, al explorar la zona de Taltal a Caldera, descubrió en 1878 los minerales de plata de Cifunchos, San Carlos y Caupolicán[9].

A consecuencia de estas faenas, la plata y el salitre son los rubros fundamentales de la economía chilena. El cobre es desplazado. El agotamiento de los minerales más ricos y el desarrollo de los grandes depósitos cupríferos en los Estados Unidos entre 1870 y 1880 hizo declinar la importancia de Chile como país productor de cobre. Desde 1880. a raíz de la victoria de Pacífico, el salitre lo reemplazará totalmente.

13. Las empresas salitreras y los ricos minerales de plata, explotador en el desierto de Atacama, fortalecen a la burguesía y acrecientan el florecimiento económico de la época. Es el momento en que la burguesía liberal plantea la realización de diversas medidas democráticas, que provocan enconadas luchas con la clase feudal-terrateniente. Se suscitan los problemas de la libertad de enseñanza, defendida por la aristocracia y el clero, a quienes convenía, en oposición al Estado docente, patrocinado por los liberales; y el de las llamadas cuestiones teológicas, que eran una serie de reformas destinadas a debilitar a la Iglesia, poderoso sostén del régimen feudal. Las principales eran: supresión del fueron eclesiástico (la única que

[9] Quien desee ampliar los datos relacionados con la participación de los chilenos en el descubrimiento y explotación del salitre y, en general, de las actividades mineras en el desierto de Atacama y en Tarapacá, puede consultar la obra de don Roberto Hernández: "El Salitre {Resumen histórico desde su descubrimiento y exploración)". Valparaíso, 1930.

se llevó a efecto con motivo de la aplicación del Código Penal y Ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales), laicización de los cementerios, matrimonio civil, separación de la Iglesia del Estado.

La crisis económica de fines de la administración de Errázuriz, debido al agotamiento de las minas de plata y a los crecientes empréstitos (la deuda externa alcanzaba a 60 millones de pesos y su servicio significaba quitar al país cuantiosos recursos) impidió la realización de esas reformas.

El Presidente Pinto (1876-1881) asume el mando en medio de una difícil situación. El desastroso año de 1877 para la agricultura dio origen a una grave crisis de producción. Y como en aquel entonces las principales entradas del Fisco eran los derechos aduaneros sobre importación y exportación de productos y mercaderías, el erario se encontró en circunstancias aflictivas. Para remediar esta disminución de las rentas nacionales debió contratar nuevos empréstitos, los que no fueron suficientes para solucionar la crisis, la que se agravó notablemente por la escasez de circulante debido a la exportación de las monedas de oro y plata que debía hacer el comercio para cubrir sus obligaciones en el exterior, produciendo el aumento del interés del dinero, la baja del cambio internacional y el alza del costo de la vida. Así la crisis económica se agravó con la crisis monetaria, de tal suerte que la agricultura, principal fuente de producción, quedaba seriamente afectada y, los bancos, próximos a la quiebra. En estas circunstancias el gobierno tomó una medida de graves consecuencias para el país: el 23 de julio de 1878 se dictó una ley de inconvertibilidad de los billetes de banco, lo que daba a éstos curso forzoso en todas las transacciones. Así fue como se declaró moneda legal para el pago de todas las obligaciones, los billetes emitidos por los bancos. Se partió declarándolos inconvertibles por un año; pero nuevas leyes postergaron el plazo indicado y autorizaron al Presidente para grandes emisiones de papel, las que aumentan con motivo de los gastos que impuso la guerra del Pacífico. Se inicia el régimen de papel moneda que provocará grandes inflaciones, de funestas consecuencias económicas, sociales y políticas.

El honrado y certero escritor Julio Valdés Canje, afirma que “la crisis moral que hoy nos sacude tuvo su origen en un hecho económico, el papel moneda incontrovertible establecido en 1878 por las penurias del erario y mantenido después por las necesidades derivadas de la guerra Perú-Boliviana. El billete depreciado favoreció al agricultor rico, al hacendado, al magnate; y como éste dominaba en el Gobierno, particularmente en el Congreso, cuando las necesidades cesaron y el Fisco pudo retirar sus billetes, el régimen de papel moneda subsistió con doloroso perjuicio para el resto del país”[10].

[10] “Sinceridad. Chile íntimo en 1910”. El Dr. Julio Valdés Canje ha estudiado en forma detenida la situación económica, social, política y moral de Chile desde esta época. Su primera publicación “Cartas al Excelentísimo señor don Pedro Montt sobre la crisis moral de Chile en sus relaciones con el problema económico de la conversión metálica”, apareció en Valparaíso en 1909. Este librito sólo contiene dos cartas y un post-scriptum, pues debido al fallecimiento del Presidente no imprimió las tres restantes que deberían formar otro volumen. Sin embargo, Valdés Canje las rehízo ampliando su análisis, hasta abarcar veintiséis cartas dirigidas a don Ramón Barros Luco, y que dio a luz al año siguiente con el título: “Sinceridad. Chile Intimo en 1910”, penetrante y notable obra en la que agota la investigación del origen y consecuencias del problema de la desvalorización monetaria.
En sus “Cartas” describe las consecuencias de la depreciación que causó trastornos profundos y lamentables a la industria y al comercio, en los salarios y en la fortuna privada, de la siguiente manera: “El encarecimiento rápido de todos los medios de subsistencia trajo para las personas que vivían de sueldos o de rentas fijas, situaciones difíciles, mientras no se nivelaron los estipendios con las necesidades, lo que siempre es dificultoso y tardío. Hubo comerciantes importadores que debían grandes sumas en Europa, habían vendido a plazo su mercadería cuando la

La razón está de parte de Valdés Canje, ya que el poder de cambio de esos billetes disminuyó a veces hasta en un 25% del valor nominal. Cuando se estableció el curso forzoso todos creían que no duraría más de unos tres meses, y que luego se restablecerían los pagos en especies metálicas. Pero pasaron vanos años hasta que en 1895 se restableció la circulación monetaria sólo por tres años y con un cercenamiento de la moneda a menos de la mitad de su valor intrínseco. Desde 1898 sigue la nefasta política monetaria que reduce el primitivo peso chileno a la octava parte de su valor: de 48 d. baja a 6 d. en 1926, llegando a valer en algunos períodos cercanos escasamente poco más de un penique[11].

En consecuencia, el dominio del latifundio y de una casta terrateniente se hace más expoliador por las manipulaciones monetarias que realizan los miembros de esa clase, que son los que dominan en el Ejecutivo y en el Legislativo. El peso de dicha acción tiene que soportarlo, en detrimento de sus condiciones de vida, las masas laboriosas: empleados, obreros, campesinos, pequeños comerciantes y agricultores.

14. A Pinto le correspondió afrontar la larga y costosa guerra del Pacífico (1879-1883), que se produjo, esencialmente, por la conquista de la región salitrera. La Cuestión de límites con Bolivia estaba, también, subordinada al problema del salitre y demás riquezas minerales de esa zona. De todas maneras, el tratado firmado en 1866 no fue cumplido por Bolivia, debiendo firmarse uno nuevo en 1874, según el cual Chile

---

moneda conservaba su valor o sólo había perdido muy poco, y vinieron a recoger el pago de sus cuentas en billetes depreciados, lo que les irrogó pérdidas cuantiosas. Hubo otros comerciantes que se encontraron con sus bodegas llenas de mercancías pagadas en su mayor parte, que vendieron después a buenos precios, realizando ganancias pingües. Hubo, no obstante, una clase de industriales que sólo encontraron ventajas en el régimen de papel-moneda; fueron les agricultores. Eternamente endeudados, a causa del sistema extensivo de cultivar el suelo que se usa en nuestro país, los dueños de la tierra se hallaron en la situación más favorable que es dado imaginar: sus granos, vendidos en Inglaterra, eran pagados en oro, y ellos saldaban aquí sus cuentas en moneda averiada. Si antes el agricultor tenía que vender tres mil fanegas de trigo para cancelar una deuda de diez mil pesos, con el billete depreciado le bastó vender dos mil; el resto fue una ganancia extraordinaria e imprevista. También debe tomarse en cuenta que en los campos es donde se realiza más tardíamente la nivelación de los salarios con las necesidades, de tal modo que los hacendados siguieron durante años pagando a sus inquilinos y trabajadores jornales irrisorios.
—Esta holgura económica de los dueños de los campos de cultivo, originada por el papel-moneda depreciado, ha sido la fuente de todas nuestras calamidades.
—Por desgracia, conforme bajaba el cambio, los agricultores veían aumentar sus rentas y se encariñaban profundamente con un sistema monetario que les permitía enriquecerse sin trabajar y sin hacer el menor esfuerzo" …
De este hecho señalado por Valdés Canje deriva el que no se haya podido llevar a efecto la conversión, a pesar de la riqueza de que disponía el Estado desde que se ganara la guerra del Pacífico, y según el compromiso que se había sellado cuando se recurrió a medida tan extrema, es decir, que la inconvertibilidad del billete sólo sería momentánea. Cuando se quiso realizar la conversión "se presentaron dos obstáculos serios para efectuarla, velados convenientemente, por cierto, dos intereses que habían surgido a la sombra del curso forzoso: el de los grandes propietarios rurales y el de los bancos de emisión".

[11] Para conocer en detalle el proceso de la desvalorización de la moneda en Chile es preciso leer el libro de Frank Withson Fetter: "La inflación. monetaria en Chile". Este escritor manifiesta en su obra que la estabilidad de la historia política de Chile se explica porque el poder ha estado concentrado en manos de una pequeña y conservadora aristocracia de agricultores, ligados familiarmente entre sí, la que dio durabilidad al gobierno y tradicionalismo a sus instituciones. Este ha sido el "gobierno de las cien familias". En seguida demuestra que su desgraciada experiencia monetaria se ha debido al predominio dentro de esa aristocracia de los terratenientes fuertemente endeudados, a su vez poderosos dirigentes en las esferas gubernativas, cuyas tendencias inflacionistas fueron el principal factor de los desórdenes monetarios que han agobiado al país.

abandonaba todas sus prerrogativas concedidas por el de 1866 con la única garantía, de que la industria salitrera chilena estaría exenta del pago de contribuciones por un plazo de 25 años.

Es preciso destacar que fueron exploradores chilenos los que descubrieron los yacimientos de guano en la región de Mejillones y los de salitre en Antofagasta y Tarapacá. Fueron consorcios capitalistas chilenos y obreros chilenos los que los explotaron construyendo caminos, ferrocarriles, fundando el puerto de Antofagasta y haciendo prosperar otras ciudades. Se calcula que el 95% de la población del litoral era chilena. Sólo la Compañía de Salitre de Antofagasta tenía invertido un millón de libras esterlinas en sus faenas. Los chilenos avanzaron hasta Tarapacá, invirtiendo en dicha provincia cuantiosos capitales. En la circunscripción municipal de Antofagasta, según el censo de 1878, en un total de 8.507 habitantes eran chilenos 6.554 y sólo 1.226 bolivianos. Los otros eran de diversas nacionalidades. La totalidad de los mineros de Caracoles eran chilenos. En Tarapacá se ocupaban, tanto en las guaneras e industria salitrera como en los ferrocarriles, más de 10.000 obreros chilenos (13.000 según el escritor peruano Fernando Casos)[12].

Se produjeron molestas vicisitudes entre los capitalistas chilenos y los gobiernos peruano y boliviano. Diversas medidas proteccionistas tomadas por éstos se tradujeron en pérdidas enormes para los consorcios chilenos. El gobierno peruano decretó primero el estanco del salitre (1873) y, en seguida, el monopolio para el Estado de las salitreras de Tarapacá, dictando en 1875 una ley de expropiación, lo que se tradujo en la ruina de las empresas chilenas cuando en Chile se iniciaba la grave crisis económica que ya hemos señalado. (Con mucha razón una comisión salitrera chilena que visitó al Presidente del Perú a raíz de la expropiación, le expresó: “el Estanco y después el monopolio, nos han arruinado. Tarapacá comercialmente era nuestro. Nuestros capitales y nuestros brazos la han formado; y cuando comenzábamos a ver los frutos de nuestra empresa, se nos arroja y se nos arruina”. La importancia que había alcanzado la industria salitrera era grande, pues en el año de 1875 ya se exportaron 331.460 toneladas métricas).

Los hechos indicados son los que plantean a la clase capitalista chilena la necesidad de la conquista de la riqueza salitrera como una solución a la crisis económica y financiera que arruinaba al país, originada, entre otras causas, por el agotamiento de las antiguas fuentes de recursos y por el déficit creciente de los presupuestos. La gravedad de la situación nacional era tan profunda que Balmaceda creía en 1890, según una referencia del historiador Alberto Edwards, que sin la guerra del Pacífico el gobierno de Pinto bien podía haber terminado en una revolución[13].

[12] Hernández expresa en su obra citada, con respecto al progreso que los chilenos llevaron a cabo en el Norte, que “en el espacio de dos años la poderosa asociación de banqueros chilenos y exportadores ingleses habían construido en Antofagasta y en el Salar del Carmen, distante dos o tres leguas del embarcadero, vastos edificios y cómodos muelles; erigió máquina a vapor construidas especialmente en Inglaterra para su explotación; levantó enormes aparatos de resaca en la ciudad y en todos sus ingenios; enganchó numerosas cuadrillas de trabajadores y echó, por último, la planta de los dos grandes adelantos que más se necesitan: el ferrocarril y el telégrafo”.

[13] Dice Daniel Martner en su obra ya citada: “Jamás una administración se había encontrado en situaciones más delicadas y trascendentales para la vida económica de la República que la de don Aníbal Pinto. Pero jamás una administración fue más favorecida en la solución de una grave crisis que la de este Presidente. La crisis económica que había llegado a su cúspide con la declaración de la inconvertibilidad del billete de banco en 1878 encontró un

Por otra parte, en el fondo se establece una rivalidad entre Chile y Perú en lucha por obtener el monopolio total de esta gran riqueza y la supremacía en el Pacífico del Sur.

La chispa que encendió la guerra fue un decreto del gobierno boliviano que gravó con un impuesto de 0.10 el quintal de salitre que se exportara, contraviniendo expresamente el Tratado de 1874. La Compañía de Salitres, al sentir amenazados directamente sus intereses, se negó a pagarlos y pidió apoyo al gobierno de Chile. Mientras tanto, el gobierno boliviano dictó un decreto "reivindicando las salitreras detentadas por la Compañía y disponiendo el remate de las mismas", ante esta situación, el gobierno chileno hizo ocupar militarmente Antofagasta, con lo cual se inició la guerra.

Así, pues, los diversos consorcios capitalistas que financiaron las empresas salitreras provocaron la guerra para obtener el monopolio de esa riqueza en pugna con el gobierno peruano y defendiendo un menor impuesto de exportación que les permitiera mayores utilidades. El gobierno chileno los defendió en vista de los cuantiosos intereses nacionales invertidos en dicha industria y por la posibilidad de financiar los gastos del Estado con las entradas provenientes de los impuestos. Esto explica que, en septiembre de 1879, al cabo de pocos meses de guerra, el gobierno estableciera un impuesto de exportación al salitre de 0.40 por quintal métrico, que con el tiempo debía constituir la principal fuente de recursos del país. En 1880, en plena guerra se exportaron 223.974 toneladas. En 1890 ya las exportaciones pasarán el millón de toneladas.

La guerra del Pacífico fue una solución a la crisis económica de 1876-78 en que se debatió el país, y la riqueza salitrera reemplazó a la plata y a los dineros provenientes de la exportación de cereales, permitiendo nuevamente a la clase gobernante que dominara sin sacrificios para sus intereses particulares. Nuestros trabajadores, "rotos", convertidos en soldados, lucharon con sin igual valor, conquistando esa valiosa riqueza para el exclusivo provecho de la clase poseedora y para el capitalismo imperialista. Terminada la guerra, volvieron a la explotación y la miseria. (Valdés Canje, al terminar sus Cartas a Pedro Montt, expresa un juicio duro y exacto relacionado con esta triste realidad, cuando escribe: "Tal vez me he extendido demasiado, Excelentísimo señor, para probar que el origen de nuestros males está en esta oligarquía agricultura que se formó aprovechando su situación favorecida, en los mismos momentos en que el pueblo, su víctima de ahora, iba a derramar su sangre a los campos de batalla por la Patria, por ellos que, en los días de angustias y de zozobras, se enriquecían en el ocio").

El gobierno de Santa María (1881-1886) debió fijar las condiciones de paz (Tratado de Ancón), según las cuales Chile obtenía las provincias de Antofagasta y Tarapacá. Chile vivió peligrosos momentos al término de la guerra, ya que la importancia de la riqueza del salitre y guano despertó la codicia y el apetito de los consorcios financieros internacionales, que hacían toda clase de maniobras para obtener el apoyo de sus respectivos gobiernos a fin de arrebatarle a Chile dichas riquezas.

15. Al mismo tiempo que se ponía término a la guerra del Pacífico, se concluía la pacificación de la Araucanía. Precisamente, en 1880, cuando la casi totalidad de las fuerzas militares nacionales estaban en el Norte, los araucanos se sublevaron, atacando los diversos fuertes y aldeas anexas de las avanzadas. Desde 1881 a 1833, el coronel don Gregorio Urrutia libró algunas campañas que dieron por resultado el

término inesperado con la guerra del Pacífico a principios de 1879. Y decimos que encontró un término inesperado porque ésta puso al país en posesión de inmensos recursos".

sometimiento total de las regiones del alto Biobío, Cautín y Toltén, donde se establecieron firmes líneas, fundando diversos pueblos: Temuco (el 24 de febrero de 1881), Lautaro, Nueva Imperial, Carahue, etc. En esta forma, las regiones más apropiadas para la agricultura y ganadería vacuna y más ricas en bosques se incorporaban al cultivo. Los indígenas fueron despojados de casi todas sus tierras constituyéndose, en cambio, el gran latifundio sureño que organiza la producción agropecuaria de esa zona en las mismas condiciones de explotación de las masas de peones, inquilinos e indios, que en la región central del país. Les territorios pacificados fueron repartidos entre los miembros de la clase dominante, altos jefes militares y familias concesionarias del abastecimiento del ejército.

Lo expuesto significó el empobrecimiento de los indios y su embrutecimiento por la introducción en sus costumbres, en vasta escala, del consumo del alcohol. El alcohol fue un instrumento tan efectivo, como las armas en la dominación y expoliación de los araucanos. En el comercio de él se basó la riqueza de algunas familias que luego crearon verdaderos feudos en esas provincias. Los sectores de explotados se ampliaron con la pacificación de la Araucanía y su incorporación a la "civilización"[14].

Por esta época comienza a tener importancia económica el territorio de Magallanes. A fines de la administración Errázuriz, debido principalmente a la gestión del gobernador Dublé Almeida (1874-77) y de su sucesor Wood Arellano, se inicia el desarrollo de la explotación económica de Magallanes. En 1874 se establecen en esa zona una serie de esforzados europeos quienes serán los creadores de la industria ganadera, y sus descendientes los magnates que controlarán toda esa vasta región. Entre ellos se destacan los ingleses Reynard y Hamilton; los españoles José Menéndez y José Montes; el portugués José Nogueira; los franceses Juan y Gastón Blanchard; el suizo Mario Marius; el balto (Livonia) Elías Braun; y otros, yugoeslavos, alemanes e italianos.

[14] El problema indígena aún se mantiene sin solución. Diversos son los autores que lo han analizado y expuesto sus contornos y alcances. Valdés Canje en "Sinceridad" lo analiza breve y penetrantemente; asimismo, N. Palacios en "Raza Chilena". A manera de información reproducimos una página que condensa gráficamente su origen y realidad, tomada de la obra de don Agustín Edwards: "Mi Tierra", porque este escritor no puede ser tachado de apasionado o precipitado. Dice así: "Aún hoy día hay en estas provincias (se refiere a las de Arauco, Biobío, Malleco y Cautín) una inseguridad en el dominio de las tierras, provocada por la forma irregular en que se ha constituido la propiedad, que se acentúa hasta convertirse en un grave problema en las regiones de más al Sur. Remates de terrenos fiscales, en parte ocupados desde tiempo inmemorial por indígenas que se han visto expulsados de sus heredades; denuncios de terrenos baldíos que no lo eran en realidad; ocupaciones de tierra que a nadie servían ni nadie reclamaba, hasta que el ocupante las hizo productivas; ejecuciones a los indígenas por deudas imaginarias o risibles, que han privado a éstos de buenas extensiones de tierras para dárselas a gentes que no han pretendido trabajarlas, sino revenderlas, pagándose con creces del supuesto crédito, y por todas partes, brotando como los hongos al pie de los robles, los títulos espurios de propiedad de detentadores de verdaderos latifundios. He ahí la Araucanía. De todo ese hervidero de abusos, en el fondo de los cuales no hay otra cosa que el pecado original de las tierras vírgenes o inexploradas emerge poco a poco una Araucanía nueva, de producción potente, de agricultura científica, de industria organizada". Si en verdad hoy día las relaciones con los indígenas son mejores, sin embargo, este cuadro que nos traza don Agustín Edwards no ha variado sustancialmente, de tal modo que el problema no se ha resuelto y la incorporación de los indígenas a la civilización en forma efectiva es muy lenta.
La obra que citamos del señor Edwards constituye un panorama de Chile, liviano y simpático. Cuando analiza las provincias de la Frontera comete un error al expresar que el río Imperial está formado por la confluencia del Cautín y del Quepe, olvidando el Chol-Chol, que es poderoso y aporta un gran volumen de aguas al acumular todos los ríos de Nahuelbuta.

Enrique L. Reynard importó los primeros cientos de ovejas desde las islas Malvinas, con fines industriales y, luego, Nogueira y Menéndez siguen su ejemplo. Son estos pioneros quienes organizan las primeras estancias. La llegada de contingentes de colonos franceses y suizos y de otras nacionalidades amplían esas faenas. Los gobernadores mencionados impulsaron la ganadería y permitieron la ocupación de las tierras. En 1884 se inician los remates en amplia escala. Se saca a remate público el arrendamiento de 500.000 hectáreas a $ 0.5 cada una por término medio. Otras porciones se entregaron en arrendamiento en lotes de 2.000 a 30.000 hectáreas. Por ejemplo, José Nogueira recibió 180.000 hectáreas. Luego, su esposa doña Sara Braun y su hermano Mauricio Braun, constituyeron la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, con casi dos millones de hectáreas, entre propias y arrendadas.

Magallanes es el asiento del desarrollo ganadero nacional y de las industrias de la lana y carnes. Hoy día más de dos y medio millones de ovejas cubren esa región. (En 1883, eran 30.000; en 1892, 400.000; en 1903, 1.832.000; en 1918, 2.187.000; en 1928, 2.500.000 y en 1943, 2.600.000). En esta industria reside la fabulosa riqueza de las tres o cuatro familias que han controlado prácticamente las decenas de miles de kilómetros cuadrados de Magallanes. La explotación latifundista alcanza aquí proporciones increíbles. Alguien ha expresado que Chile, limita al Sur con la Sociedad Explotadora Tierra del Fuego, en vista de la extensión de sus terrenos.

La incorporación de Magallanes a la economía nacional se hizo en las mismas condiciones de crueldad e injusticia que la de la Araucanía. Sus pobladores fueron exterminados y los que sobrevivieron fueron despojados de sus tierras. Martín Gusinde, que hizo una exploración en 1918 a Tierra del Fuego, expresa que “la adquisición por fuerza y el robo del terreno invadido y ocupado por los civilizadores, quitó a los indios todo medio de subsistencia” ... Asimismo, da horribles datos sobre la inhumana exterminación de los indios onas, cuyas cabezas eran objeto de un remunerativo negocio[15].

La riqueza de Magallanes quedó concentrada en pocas manos y en su mayor parte en poder de extranjeros, porque los gobiernos los favorecieron casi siempre con mayor largueza en las concesiones que a los nacionales. Un perspicaz ensayista ha escrito: “La mayor parte de las tierras magallánicas fueron entregadas a sociedades anónimas y el suelo lo ocuparon las compañías explotadoras cuyas oficinas centrales estaban en Londres o en otras capitales europeas. Si se hubiera seguido una política de división de la tierra conforme al precepto de que ella es una función social se habría fomentado no sólo la población del territorio, sino que se habría multiplicado la riqueza y se habrían establecido con títulos definitivos a muchos pequeños capitalistas, que fueron eliminados poco a poco a medida que los poderosos estancieros, ya enriquecidos, adquirían las tierras en los remates ordenados por los Gobiernos” ... [16].

La pacificación de la Araucanía; la explotación económica de Magallanes; el desarrollo de la ganadería en el centro del país, son fenómenos que se han llevado a cabo en forma violenta, a base del latrocinio y del

[15] Estas afirmaciones de Gusinde han sido refutadas por el señor Armando Braun Menéndez, en su obra “Pequeña Historia de Tierra del Fuego”. Es preciso destacar que el señor Braun Menéndez es integrante de las familias dueñas de esa zona.

[16] Domingo Melfi D. “El hombre y la soledad en las tierras magallánicas”.

despojo de los débiles, utilizando métodos condenables, todo lo cual ha creado una situación de evidente injusticia económica y social[17].

16. Durante la administración de Santa María se pone en circulación una riqueza fabulosa debido a los hechos económicos indicados. Las rentas públicas y la fortuna privada crecen extraordinariamente. Se prosigue la realización de un vasto plan de obras públicas (ferrocarriles, puentes, caminos, puertos, edificios, etc.); se fomentó la inmigración estableciéndose nuevas colonias de alemanes, suizos y franceses; se crean nuevos servicios administrativos; se mejora la enseñanza, etc. Sin embargo, a pesar de toda esta cuantiosa riqueza, no ce rescató el papel-moneda, que se depreció hasta valer 25 peniques.

La emigración del oro y la plata y el establecimiento indefinido del régimen de papel-moneda causaron esa desvalorización monetaria a la mitad de su valor anterior, lo que determinó un gran encarecimiento de la vida y una gran inestabilidad de las transacciones comerciales. La disminución del poder adquisitivo de la moneda afectó como siempre a las masas asalariadas y en general a los consumidores[18].

Por otra parte, a pesar de las nuevas riquezas, la clase trabajadora de las ciudades y de los campos no experimenta ningún bienestar apreciable. Sigue sometida a la más dura explotación. Sólo en la superestructura política se logran diversas reformas que afirman un régimen más democrático.

Se dictó una ley que establecía la libertad de los cementerios (ley de cementerios laicos) y un decreto que prohibía la fundación de cementerios particulares con carácter religioso. Se promulgaron las leyes de matrimonio civil y de registro civil, las que fueron consideradas sacrílegas por la Iglesia. Se dictó también una ley de garantías individuales y se amplió a toda su extensión lo que se denomina sufragio universal. El

---

[17] Para conocer en detalle el proceso de la pacificación de la Araucanía se puede leer la obra de don Tomás Guevara: "Historia de la Civilización de la Araucanía", en 3 vols. Existen otras obras como las de Horacio Lara y Leandro Navarro. Pero es lo cierto que la verdadera historia de esta empresa está por escribirse.
Con respecto a la realidad magallánica es digno de destacarse el valioso contenido de tres discursos que pronunciara en el Senado don Oscar Schnake V., en 1937, cuando se discutió el asunto de los arrendamientos de esas tierras. Asimismo, es importante el trabajo de J. Gómez Gazzano: "La cuestión agraria de Magallanes".

En lo que respecta al desarrollo de la ganadería vacuna chilena, tiene raíces que no hablan muy bien de los procedimientos empleados por los hacendados para impulsarla. Ya V. Pérez Rosales en su notable libro "Recuerdos del Pasado" relata sus peripecias durante once años como contrabandista de ganado entre Chile y Argentina, en la región central; el geógrafo francés Reclus habla en su "Geografía Universal" del comercio ganadero entre ambos países y del contrabando a que ha dado origen y dice: "En tiempos en que los indios de las pampas merodeaban en el territorio argentino, los chilenos les inducían a que robasen ganados para comprárselos después y matarlos o venderlos en las ferias de Chillán". Recientemente, un investigador argentino, don Reinaldo Pastor, en una obra en la que analiza las guerras de los indios en la jurisdicción de San Luis demuestra estas afirmaciones con hechos y documentos.

[18] "Las riquezas conquistadas en la guerra del Pacífico permitían gobernar muellemente, sin necesidad de acudir a impuestos impopulares y la subsistencia indefinida del papel moneda, lejos de perjudicar a los intereses oligárquicos, los servía, sin que las clases medias, ni mucho menos el pueblo sospechara siquiera el despoje sistemático de que eran objeto". Alberto Edwards: "La Fronda Aristocrática".

inspirador oficial de las reformas señaladas, de carácter liberal todas ellas, había sido el Ministro del Interior, don José Manuel Balmaceda, quien pasó a suceder a Santa María para el período de 1886-1891.

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico nacional durante la segunda mitad del siglo XIX (conclusión)[19]

17. Programa gubernativo de Balmaceda.18. La política nacionalista de Balmaceda y la acción de Mr. North, representante del imperialismo inglés. 19. Desarrollo de la pequeña burguesía. 20. Fundación del Partido Demócrata. 21. Constitución del proletariado y sus primeras acciones de clase. 22. Choque de Balmaceda con el Congreso oligárquico y Revolución de 1891.23. El pueblo en la Revolución de 1891.24. El régimen parlamentario y su contenido. 25. La penetración imperialista durante la época del parlamentarismo.26 La desvalorización monetaria favorece a los latifundistas. 27. Aparición del imperialismo alemán.

17.—Balmaceda llega al poder en circunstancias que el país entra a aprovechar en toda su amplitud las riquezas del salitre. Las rentas públicas habían subido de 15 millones más o menos, de 38 d., antes de la guerra del Pacífico, a 45 millones en 1887. (En 1890 alcanzaron a más de 58 millones de 27 d.). El salitre, que se extraía por un valor anual de 25 millones en 1880, llegaba en 1890 a un valor de casi 80 millones. También era apreciable el valor de la producción de guano, cobre, aunque este mineral había disminuido en importancia, y plata (en 1887 se exportaron 200 toneladas de plata, 193.738 kg. exactamente). Las exportaciones habían subido de 50 millones en 1880 a la suma de 68 millones en 1890. Las importaciones y exportaciones reunidas, que habían alcanzado a 74 millones antes de la guerra del Pacífico, subieron durante el gobierno de Balmaceda a 133 millones. El comercio de cabotaje asciende de 42 1/2 millones antes de la guerra, a 103 millones durante el gobierno de Balmaceda. Los depósitos y capitales bancarios, que no llegaban a 60 millones antes de la guerra, casi se duplicaron en tiempos de Balmaceda.

Balmaceda, con un verdadero criterio de estadista, estimó que las grandes entradas que daba el impuesto de exportación del salitre debían dedicarse a dos objetivos esenciales: 1) Realizar la conversión metálica (y a ello tendía su proyecto de creación de un Banco Nacional); y, 2) Realizar un plan de obras públicas que permitiera desarrollar la economía nacional (política de gastos reproductivos y no de derroches suntuarios). Exponiendo sus ideas fundamentales, expresaba en un discurso que pronunciara en la ciudad de La Serena: “Procuro que la riqueza fiscal se aplique a la construcción de liceos y escuelas, y establecimientos de aplicación de todo género, que mejoren la capacidad intelectual de Chile…. No cesaré de emprender la construcción de vías férreas, de caminos, de puentes, de muelles y de puertos que faciliten la producción, que estimulen el trabajo, que alienten a los débiles y que aumenten la savia por donde circula la vitalidad económica de la nación. Ilustrar al pueblo y enriquecerlo, después de haberle asegurado sus libertades civiles y políticas, es la obra del momento; y bien podría decir que es confirmación anticipada y previsora de la grandeza de Chile”.

Ahora bien, lo anterior indicaba la importancia capital que para el país tenía el salitre y planteaba la necesidad vital de defenderlo, tanto de la voracidad del capital extranjero como de las especulaciones de los capitalistas nacionales. En ese hecho decisivo se basó la idea de Balmaceda de nacionalizarlo.

[19] Atenea n°251 (1946)

De acuerdo con lo afirmado, Balmaceda tuvo una gran voluntad creadora: transformó nuestra anticuada estructura material, removiendo en gran parte la vieja maquinaria feudal y llevó a cabo vastas obras de progreso que significaron un efectivo bienestar social (caminos, puentes, ferrocarriles, puertos, hospitales, escuelas, etc.). En materia financiera impulsó un trascendental proyecto. En primer lugar, convirtió la deuda externa contratada en diversas épocas y a diferentes tipos, que ascendió a la suma de $ 80.000.000 de 18 d. En seguida, luchó por poner término a la desvalorización monetaria con la que se beneficiaba la oligarquía latifundista. Por otra parte, combatió la política de los bancos particulares que estaban acostumbrados a que el Estado les prestara al 2 o 3% los sobrantes que empezaba a dejar la riqueza salitrera, para que a su vez dichos bancos los facilitaran a los particulares (y a veces al propio gobierno) al 8 o 9%. (Por esta razón, el Ministro Ibáñez expresará en un debate del Senado que, si bien se debía beneficios a los bancos, éstos habían obtenido grandes recompensas y, sobre todo, que a pesar de su desarrollo "no hacen sino cambiar la corriente natural de nuestros capitales, que, en vez de dedicarse a fomentar la industria nacional en sus múltiples manifestaciones, siguen por el sendero de la usura, y de las especulaciones de poco o ningún trabajo"[20].

Balmaceda propició la idea de la creación de un Banco del Estado que pusiera término a los lamentables hechos indicados y que permitiera dar crédito a los pequeños y medianos productores[21].

La creación de ese Banco del Estado imponía la nacionalización del crédito, con incalculables beneficios para el país. Balmaceda no pudo realizar su proyecto porque "se fueron creando nuevos intereses cada vez mayores, de tal modo que cuando el Presidente Balmaceda pensó en hacer la conversión, los aristócratas no se resignaron a perder su situación privilegiada y arrojando la máscara se levantaron en armas y lo derribaron". (Valdés Canje: "Sinceridad").

El economista norteamericano F. W. Fetter en su obra ya citada afirma que el problema monetario no había jugado ningún papel directo entre las causas que desencadenaron la guerra civil. Probablemente este juicio derive del hecho que algunos de los más connotados enemigos de Balmaceda, banqueros que ayudaron activamente a los revolucionarios, como los señores Agustín Edwards y Agustín Ross y políticos influyentes como don Enrique Mac-Iver, eran contrarios al régimen papel moneda y partidarios del

[20] Cita tomada de la obra de Fanor Velasco: La Revolución de 1891. (Diario desde el 5 de agosto de 1890 hasta el 29 de agosto de 1891). Este libro de Velasco es fundamental para conocer la administración de Balmaceda durante el período de la revolución; sin embargo, no obstante, su objetividad, Fanor Velasco demuestra una absoluta incomprensión de muchos de los grandes proyectos de Balmaceda; no vio las transformaciones sociales que se producían y la aparición de nuevos sectores; tampoco se da cuenta del papel enorme que juega el imperialismo inglés en los sucesos que anota y de la excesiva autoridad a las opiniones de la prensa inglesa favorable a los insurrectos, por ser estos defensores de los intereses de los grandes consorcios ingleses. Así, la medida de Balmaceda por la cual despojaba a los bancos particulares del derecho de emisión para darle el monopolio en ese sentido al Estado, la califica de carácter eminentemente socialista, como una reprobación, y no como una definición certera y laudable.

[21] En agosto de 1887 presentó don Manuel A. Zañartu a la Cámara de Diputados un proyecto de ley que consultaba la creación de un Banco Nacional, que en realidad era un Banco del Estado. Al estallar la insurrección, Balmaceda lo llamó al Ministerio de Hacienda para que implantara su política económica a base de la creación del mencionado Banco, que destruiría la oligarquía bancaria. Ver obra de Enrique Zañartu Prieto: Manuel Arístides Zañartu o Historia y Causas del Pauperismo en Chile. Fanor Velasco, en su obra ya mencionada, también anota que el Presidente Balmaceda discurrió, en algunas oportunidades, sobre la organización de un Banco del Estado que tendría por objeto concluir con la dictadura de los Bancos particulares.

régimen metálico. Pero esa afirmación de F. W. Fetter se contradice con lo mismo que él expresa cuando escribe: "los jefes del movimiento oposicionista eran aquellas personas que, en su carácter de propietarios de fundos hipotecados, de exportadores y empleadores, se habían beneficiado con la depreciación del circulante y, por consiguiente, sufrirían las consecuencias de una conversión metálica".

Es preciso recordar que el tipo monetario que fluctuó entre 45 y 48 d. antes del gobierno de Errázuriz Zañartu, valía 32 d. poco antes de la guerra del Pacífico y 22 d. en tiempos de Santa María. En 1892, después de la Revolución, bajó a 19 d. y hasta 12 d. Esta baja constante del cambio encarecía la vida y disminuía el poder adquisitivo de la moneda, lo que afectaba exclusivamente a los jornales y sueldos; en cambio beneficiaba grandemente a la clase poseedora.

18. Durante la administración de Balmaceda se intensifica la penetración del capital imperialista que ya había logrado una importante influencia en las finanzas nacionales por medio de varios empréstitos. El agente más destacado del imperialismo inglés en Chile, Mr. Thomas North, organizó sociedades salitreras, apropiándose de los ferrocarriles (el monopolio de las líneas férreas permitía a la Nitrate Railways, sociedad inglesa, cobrar precios elevados por los transportes a los industriales chilenos) y el agua, elementos esenciales para el desarrollo de la industria[22].

El volumen enorme experimentado por la industria salitrera se revela en el hecho de que en 1890 se exportaron 1.063.277 toneladas métricas. Balmaceda consideraba necesario ponerla a cubierto de las maniobras de los capitalistas nacionales y extranjeros. Incluso previó genialmente que este monopolio que Chile tenía sobre el salitre trataría de ser quebrado por la producción sintética de dicho mineral. De ahí que propugnara la nacionalización de la industria salitrera. En su viaje al Norte, realizado en marzo de 1889, expresó las notables ideas, que merecen recordación permanente, y que paso a reproducir:

"La extracción y elaboración corresponden a la libre competencia de la industria misma; más, la propiedad nacional, es objeto de sanas meditaciones y de estudios. La propiedad particular es casi toda de extranjeros

[22] John Thomas North nació en Leeds en 1842 y murió en Londres en 1896. Trabajó como ingeniero de locomotoras en Carrizal y Caldera y, luego, en la oficina salitrera Santa Rita (Iquique). Introdujo maquinarias para la explotación del salitre y se transformó en seguida en exportador de ese mineral. Fundó diversas empresas. En un viaje que hizo a Inglaterra en 1877 le sorprendió la guerra del Pacífico. Organizó nuevas empresas para impulsar la industria del salitre después de la contienda. Estuvo al lado de los chilenos. Hizo una vasta especulación en una reventa de guanos y al acaparar los bonos emitidos por el Estado peruano con garantía de sus reservas salitrales y guaneras. Chile le respetó y protegió la emisión por los servicios que había prestado durante la guerra. Ganó millones y se hizo propietario de numerosas oficinas salitreras. Organizó diversas sociedades anónimas para explotar salitre y servicios de utilidad pública, de las que era Presidente y principal accionista. Organizó empresas bancarias relacionadas con el salitre, explotaciones agrícolas, ganaderas y molineras en el sur del país, para abastecer las pampas; adquirió y prolongó los ferrocarriles salitreros de Tarapacá; organizó una compañía carbonífera en Arauco para asegurar la provisión de carbón que necesitaban las oficinas. Determinó lo que se llamaba la "nortización" de Tarapacá. Con razón se le denominaba "el rey del salitre".
La habilidad con que actuaban las empresas inglesas en su política de explotación salitrera ha quedado de manifiesto al estudiarse en la actualidad la expropiación del ferrocarril salitrero de Tarapacá, en que se analizaron las vicisitudes de las diversas concesiones otorgadas y entre ellas se recordó que la concesión de la Vía de Negreiros a La Noria vencía en 1974, pero el Gobierno de Santa María, siendo Ministro del Interior Balmaceda, la declaró caducada. En 1889 la empresa pretendió eludir la caducidad fundándose en que esa sección debía considerarse como accesoria de las líneas principales del F. C. de Iquique a Pisagua.

y se concentra exclusivamente en individuos de una sola nacionalidad. Preferible sería que aquella propiedad fuese también de chilenos… La próxima enajenación de una parte de la propiedad salitrera del Estado, abrirá nuevos horizontes al capital chileno si se modifican las condiciones en que gira y se corrigen las preocupaciones que lo retraen. La aplicación del capital chileno en aquella industria producirá para nosotros los beneficios de la exportación de nuestra propia riqueza y la regularidad de la producción, sin los peligros de un posible monopolio... El monopolio industrial del salitre no puede ser empresa del Estado, cuya misión fundamental es sólo garantir la propiedad y la libertad. Tampoco debe ser obra de particulares, ya sean estos nacionales o extranjeros, porque no aceptaremos jamás la tiranía económica de muchos ni de pocos. El Estado habrá de conservar siempre la propiedad salitrera suficiente para resguardar, con su influencia, la producción y su venta, y frustrar en toda eventualidad la dictadura industrial de Tarapacá. Es oportuno marcar el rumbo, y, por lo mismo, señalo en los perfeccionamientos de la elaboración, en el abaratamiento de los acarreos, en los embarques fáciles y expeditos en la disminución de los fletes y del seguro de mar y principalmente en el ensanchamiento de los mercados y de los consumos, los provechos que la codicia y el egoísmo pretendiesen obtener del monopolio. Es este un sistema condenado por la moral y por la experiencia, pues en el régimen económico de las naciones modernas, está probado y demostrado que sólo la libertad del trabajo alumbra y vivifica la industria … En el orden de las ideas enunciadas, la viabilidad pública es aquí una grave cuestión de localidad. Juzgo que la cuestión de ferrocarriles debe resolverse equitativamente, sin lastimar intereses particulares legítimos, ni ofender la conveniencia y los derechos del Estado. Espero que en época próxima todos los ferrocarriles de Tarapacá serán propiedad nacional; aspiro, señores, a que Chile sea dueño de todos los ferrocarriles que crucen su territorio. Los ferrocarriles de particulares consultan necesariamente el interés particular, así como los ferrocarriles del Estado consultan, antes que todo, los intereses de la comunidad, tarifas bajas y alentadoras de la industria, fomentadoras del valor de la propiedad misma". En seguida agregaba, "debemos invertir el excedente de la renta sobre los gastos en obras reproductivas para que en el momento en que el salitre se agote o menoscabe su importancia por descubrimientos naturales o los progresos de la ciencia, hayamos formado la industria nacional y creado con ella y los ferrocarriles del Estado, la base de nuevas rentas y de una positiva grandeza" …

Así, pues, este discurso extraordinario defendía la nacionalización de la industria salitrera, atacaba el monopolio de unos cuantos que imponían desde el precio del salitre hasta la cantidad de exportación, y censuraba el monopolio de los ferrocarriles de Tarapacá por el capitalismo inglés, monopolio que Balmaceda quería expropiar para convertirlos en propiedad del Estado. Estas ideas del gran Presidente las mantuvo sistemáticamente y en su Mensaje a las Cámaras, el 1° de junio de 1889, decía: "Es verdad que no debemos cerrar la puerta a la libre concurrencia y producción del salitre de Tarapacá, pero tampoco debemos consentir que aquella vasta y rica región sea convertida en una simple factoría extranjera. No podría desconocerse el hecho muy grave y real de que la singularidad de la industria, la manera cómo se ha producido la constitución de la propiedad salitrera, la absorción del pequeño capital por el capital extranjero, y hasta la índole de las razas que se disputarán el imperio de aquella vastísima y fecunda explotación, imponen una legislación especial, basada en la naturaleza de las cosas y en las necesidades especiales de nuestra existencia económica e industrial".

Los hombres de gobierno tampoco olvidaban las consecuencias peligrosas que podrían derivar de la influencia de esas grandes riquezas provenientes del salitre en las costumbres tradicionales de la nación.

Precisamente, en esa misma visita a Iquique, el Ministro Enrique Salvador Sanfuentes, expresó palabras de advertencia en tal sentido: "Que ni el poder excesivo ni la excesiva riqueza puedan jamás ni debilitar siquiera la tradicional honradez, la probidad austera y la severidad de las costumbres de esta patria que amamos con todo el entusiasmo del patriotismo".

Balmaceda abogó por su plan de nacionalización "sin parar mientes en que los que en Chile lo defendían (al capitalismo inglés) como influyentes y bien rentados abogados, eran algunos de sus amigos políticos"[23].

Las ideas nacionalistas de Balmaceda expuestas en el discurso reproducido, más su altivo rechazo de las proposiciones de Thomas North en orden a comprar las pampas salitreras inexplotadas, en nombre de un consorcio capitalista inglés, predispuso en su contra al imperialismo inglés. Desde ese instante Thomas North empezó a mover personajes de la política al servicio de sus intereses. Entre ellos se destacó el abogado Julio Zegers, quien defendió el monopolio ferrocarrilero de Tarapacá en poder de los consorcios ingleses (el principal accionista era Thomas North). Hasta el diario "La Época" de los nacionales atacó a Zegers por sus gestiones. La Compañía Inglesa debió realizar gastos considerables para defender sus intereses anti chilenos[24].

Estos hechos son los que llevaron a Balmaceda a expresar más tarde que el Parlamento estaba minado por el oro de los banqueros nacionales y el oro extranjero. En carta a su amigo Joaquín Villarino, de enero de 1891, afirma: "Hay un grupo a quien trabaja el oro extranjero y que ha corrompido a muchas personas". (Durante el período de la revolución menudearon las acusaciones a diversos parlamentarios de estar pagados por John W. Firth, empresario de ferrocarriles, Campbell, Outram y Cía., etc. Más recientemente, en el debate sobre la acción del imperialismo en el país, que se llevara a efecto en la Cámara de Diputados en 1937, el diputado Juan B. Rossetti dio a conocer que él había investigado las partidas de contabilidad del ferrocarril de Iquique a La Noria, de la Nitrate Railways, donde entre numerosas partidas diversas, figuraba un rubro por un millón de pesos entregados a J. Z., iniciales que corresponderían al político que se destacó en la defensa de los intereses ingleses).

En cambio, el gobierno de los Estados Unidos tenía simpatías por Balmaceda (demostrada en la captura del "Itata" que con un cargamento de fusiles para los opositores había abandonado un puerto norteamericano), pero la poderosa casa Grace y Cía., ayudó a los revolucionarios. "En los Estados Unidos hubo una verdadera lucha de actividad y de influencias entre la casa Grace y Cía., auxiliar de la Revolución, y Carlos Flint, cónsul chileno en Nueva York, decidido partidario de Balmaceda"[25].

Estalla la insurrección, Balmaceda quiso tomar medidas drásticas para aplastar la industria salitrera que era la base material en que descansaba el poderío de las fuerzas revolucionarias; pero en todo, el capitalismo inglés estuvo en su contra. Así, ante la amenaza del gobierno de destruir los establecimientos salitreros, el representante inglés protestó porque "esos establecimientos pertenecen en su casi totalidad a súbditos británicos y no han podido instalarse sino en un tiempo muy prolongado y con gastos muy crecidos". El valor de estas inversiones inglesas subía de 10 millones de £. En la misma forma, el decreto del gobierno prohibiendo la exportación del salitre para impedir que los revolucionarios tuviesen recursos

[23] Ver Ricardo Salas Edwards: "Balmaceda y el Parlamentarismo en Chile". 2 vols. Vol. I, pág. 152.
[24] Ver R. Salas Edwards. Obra citada, tomo I, pág. 187.
[25] Joaquín Nabuco. Balmaceda.

pecuniarios, fue considerado inaceptable por las potencias, las que estimaron que "pagando los derechos correspondientes en el puerto de salida, esta substancia puede embarcarse libremente". En ese hecho residió la fuente de entradas que financió a los revolucionarios. La prensa inglesa fue contraria a Balmaceda. Algunos editoriales del "Times", reproducidos por Fanor Velasco, así lo demuestran.

En uno del 13 de abril, perdiendo la tradicional compostura británica, ataca al gobierno chileno porque tiene a su cabeza "a un hombre tan inescrupuloso como el Presidente Balmaceda". La inescrupolosidad de este gran mandatario consistía en defender el patrimonio de su país de la voracidad de los consorcios ingleses.

La acción del imperialismo inglés tiene, de tal manera, una gran responsabilidad en la preparación y ejecución del movimiento revolucionario de 1891, que provocó la caída y muerte de Balmaceda.

19. El incremento de la minería (salitre y carbón), el desarrollo constante del comercio, el crecimiento de la industria manufacturera, la realización de numerosas obras públicas, producen un gran auge económico a la vez que determinan la formación de grandes grupos de empleados, profesionales, técnicos, y permiten la subsistencia de apreciables grupos de pequeños comerciantes e industriales, que no están ligados directamente a la producción, sino que actúan como intermediarios. Tales fuerzas sociales constituyen una considerable clase media o pequeña burguesía. Esta clase refuerza el movimiento democrático y ayuda al fortalecimiento de una conciencia liberal.

Balmaceda no se desentendió de este fenómeno social y, por el contrario, exaltó a los primeros cargos de la nación a muchos elementos de dicho sector. A causa de ello fue atacado duramente y ridiculizado por la aristocracia. El escritor hispano Gonzalo de Reparaz ha escrito a este respecto algunas curiosas líneas: "Toda la oligarquía chilena está en contra de él porque se ha hecho sospechoso de aspirar al gobierno personal, creándose un partido propio apoyado en los elementos inferiores de la sociedad"... Agrega, en seguida, un juicio verdaderamente extraño al afirmar que hace verosímil esa acusación "los crecientes gastos en obras públicas, sin otro objeto que tener agradecidos; su afán populachero y de construir escuelas; la candidatura Sanfuentes, para continuar gobernando sin estar en el gobierno"…[26].

Reparaz no comprende la acción creadora de Balmaceda consumido por la devoradora pasión de transformar a Chile para hacerlo un país grande y moderno, en el que sus masas laboriosas tuviesen bienestar y cultura. Tan lejos estaba de llevar a cabo estas obras movido por un interés populachero y demagógico, que no se preocupó por crear un movimiento de tal índole que le hubiese servido de apoyo

[26] Geografía y Política. Esta obra de Reparaz tiene por objeto demostrar que el hecho geográfico engendra el social, éste el histórico y éste el político, con las infinitas variedades que las mutuas reacciones de estos factores producen. Encuentra que dicha ley se confirma en América por las diversas dictaduras que han imperado. Estudia el caso de Balmaceda por considerarla una dictadura similar a las de Santa Ana, Francia, Rozas y Melgarejo, lo que es falso e irrespetuoso para Balmaceda. El ensayo tiene un enfoque exacto del rol importante de la geografía en el destino de Chile, pero es inexacto en muchas afirmaciones con respecto al significado y rol histórico del gobierno de Balmaceda. Desconoce el papel jugado por el imperialismo y no aborda el de la burguesía nacional. También es incorrecta su deducción que con el triunfo de la insurrección de 1891 queda abierto un período revolucionario en el que la burguesía inicia reformas sociales. Estas no fueron dadas, sino que obtenidas costosa y lentamente en sangrientas jornadas por el proletariado surgente. Sin embargo, está escrito con afecto y admiración hacia Chile como pueblo y Estado.

político a su labor lo que, con toda segundad, le habría permitido vencer a la insurrección. Precisamente, el reparo que se le puede hacer a Balmaceda es el de no haberse dado cuenta de tal hecho, realizando una tarea demasiado individualmente. Por eso, durante la revolución misma, los trabajadores, que fueran tan beneficiados por su labor, permanecieron indiferentes a su suerte, sin comprender el alcance y significado de la contienda.

Uno de los rasgos más definidos de Balmaceda fue su afán de elevar y destacar la clase media que ya en ese entonces empieza a jugar un papel social importante. Es por eso por lo que los historiadores reaccionarios lo atacan con acritud. El conservador Rafael Egaña expresa, como un hecho decisivo contrario al gran Presidente, que "personificaban la resistencia a la dictadura las personalidades más altas de la comunidad chilena en el nacimiento, en el talento, en la fortuna, en la milicia, en el clero, en todas las esferas de influencias y de prestigio", y, en cambio, Balmaceda "se rodeaba de advenedizos y desconocidos, gente de posición indefinida, sin títulos para entrar en la alta sociedad pero con pretensiones de sobreponerse al bajo pueblo"...[27].

Balmaceda fue combatido rudamente por esta actitud anti oligárquica. Siguiendo las orientaciones de los escritores partidarios de la insurrección, el brasileño Joaquín Nabuco, al criticar el libro de Julio Bañados Espinoza: *Balmaceda, su gobierno y la Revolución de 1891*, enfoca ese acontecimiento extensamente, juicio publicado con el título de "Balmaceda", a quien culpa del estallido de la revolución, pues "el conocía bastante a Chile para ignorar que la oligarquía socialmente hablando, era aún indestructible y que, desde el punto de vista político, no pasaba de ser una escuela de gobierno. La fuerza de Chile, su sólida estructura, no están ya en las grandes propiedades: está en el desarrollo progresivo, en la propaganda insensible de la hijuela que ha venido a dividir el suelo de las grandes haciendas. Socialmente, la oligarquía, que no es mantenida artificialmente por privilegios y leyes de excepción, sino que proviene de la formación histórica del país, y conserva su influencia bajo un código liberal y en virtud de las costumbres y de la forma en que está constituida la propiedad, no es una usurpación. Políticamente, lo que se llama oligarquía es apenas la tradición de gobierno trasmitida de una a otra generación por los procedimientos y con las cautelas que constituyen la educación de los hombres de Estado; en otras palabras, no es sino el control indispensable colocado a la puerta de cada institución para que no entre indistintamente toda clase de personas".

Esta defensa de la oligarquía hecha por Nabuco no deja de ser curiosa, pero no corresponde a la realidad histórica. Es especialmente ingenua aquella afirmación de que la base económico-social del país no está en las grandes haciendas, sino que en las hijuelas. Es el caso recordar que la hijuela aparece al lado de la gran propiedad sin herirla, pues se forma exclusivamente en la Frontera, a raíz de la pacificación de la Araucanía y en una proporción muy inferior al gran latifundio sureño. Su rol económico-social es muy limitado. Es ante estos juicios que la definición que el Presidente Balmaceda hiciera del carácter de la Revolución en su discurso de apertura del Congreso Constituyente en abril de 1891 es bastante certera, al expresar: que fue "iniciada por una clase social centralizada y poco numerosa y que se cree llamada por sus relaciones personales y su fortuna a ser la agrupación predilecta y directiva del gobierno chileno". El

[27] Véase Historia de la Dictadura y la Revolución de 1891.

hecho importante y que no destaca Nabuco es la aparición de los sectores medios indicados y que Balmaceda trató de incorporar al gobierno.

20. El 20 de noviembre de 1887 se constituyó el Partido Demócrata, dirigido por Malaquías Concha, que era asambleísta del Partido Radical, organizándose políticamente las clases artesanales y algunos sectores de clases medias y núcleos obreros de la ciudad. Se dio un programa reformista de mejoramiento social, por medio de la acción evolutiva y legal. En su convención celebrada en Santiago el 14 de julio de 1889, se aprobó su programa. En el art. 1° de su Declaración de Principios decía: "El Partido Democrático tiene por objeto la emancipación social, política y económica del pueblo. Repudia la violencia y rechaza la revolución como medio para conseguir sus finalidades". Comentó estos principios Malaquías Concha en su libro *El Programa de la Democracia*. En 1894 sacó su primer diputado este nuevo partido. Luego, crecerá apreciablemente, aunque nunca su acción se traducirá en real beneficio para el pueblo.

En 1888 realizó su gran convención el Partido Radical en la que se trazó con claridad sus principios y programa que son contenido democrático-burgués, evolutivo y reformista. La orientación del Partido Radical y los intereses que representaba están nítidamente resumido en la expresión del brillante orador de sus filas, don Enrique Mac-Iver, cuando dijo: "Los obreros no tienen cultura ni preparación suficientes para comprender los problemas del gobierno, menos para formar parte de él".

21. Las grandes obras públicas que agrupan a millares de obreros fortalecen el proletariado de la construcción (en la construcción de ferrocarriles trabajaban de 15 a 20.000 obreros); las industrias extractivas ocupan también millares de trabajadores, que dan origen al proletariado industrial, el núcleo más vasto, vigoroso y combativo de la clase obrera nacional. En la misma forma se reclutan sectores proletarios apreciables en la naciente industria manufacturera de las grandes ciudades.

Los salarios que se pagan en las faenas mencionadas atraen a millares de peones y gañanes que abandonan los campos para enrolarse en esos trabajos. Se constituye, pues, el proletariado a expensas de las capas rurales-campesinas. Este éxodo de los trabajadores del campo hacia las faenas de la ciudad y de las minas, movidos por los mejores salarios, produce escasez de brazos baratos en las haciendas y, por lo tanto, obliga a los latifundistas a elevar los misérrimos jornales o regalías como única manera de retener a los trabajadores que necesitan. En este hecho reside otra de las causas que empujaron a la clase terrateniente a atacar la administración de Balmaceda.

Muy certeramente ha anotado este hecho Julio Valdés Canje en sus libros que hemos comentado. En sus *Cartas* analizó magistralmente la obra del gobierno de Balmaceda y las causas de su caída y, con posterioridad, en *Sinceridad* agrega nuevos datos. Sobre todo, profundizó en los factores de orden nacional y el rol de la oligarquía terrateniente y banquera; en cambio, no analizó la participación del capitalismo internacional, representado entonces por el imperialismo inglés. Al comentar el descontento de los oligarcas en contra de Balmaceda hace ver que él no solamente se debía a la política financiera sana, en vista a la conversión, lo que hacía mejorar el cambio, sino también a que "las numerosas construcciones fiscales habían hecho subir los salarios en más de un cincuenta por ciento, y las haciendas comenzaban a despoblarse, porque los peones que ahí ganaban 30 centavos al día, tuvieron noticias de que en el puente tal, o en la faena del ferrocarril cual, se pagaba a los trabajadores un peso o un peso veinte diario"…

La actitud más cómoda de los terratenientes fue la de odiar a Balmaceda y conspirar para derribarlo. “No se le ocurrió al orgulloso señor sacar una mayor cantidad de producto de sus campos inmensos, que con un cultivo racional hubieran bastado por sí solos para provecer a la subsistencia de toda una provincia. Ni tampoco se le pasó por la mente reemplazar la obra de mano por la introducción de maquinarias” ... Aquí radica la causa por la que prepararon la insurrección de 1891, en la que junto a los banqueros y demás magnates, afectados en sus intereses particulares por la labor nacionalista de Balmaceda, se confabularon para destruirlo. “Junto con los hacendados estuvieron los banqueros que aún no habían recogido sus emisiones y que veían con ojeriza invertirse en obras que no eran de urgente necesidad, como se decía entonces, tantos millones que, depositados en los bancos al 2% y prestados por éstos al 10 a los que tenían propiedades que hipotecar, habrían prestado tan útiles servicios al país”. La intensa vida económica del país produjo un aumento en el standard de vida de las clases laboriosas. Su mejoramiento económico y social es apreciable, aunque no en la medida que permitiera una efectiva solución a los aflictivos problemas que soportaban. Las condiciones de vida en el campo variaban en forma imperceptible y en la ciudad y faenas mineras el aumento de los salarios era burlado en gran parte por el alza de los precios.

Por otra parte, el desarrollo capitalista del país produce un fenómeno negativo de graves consecuencias: el aumento de los vicios y lacras de la clase trabajadora[28]. Durante la administración que estudiamos, el elemento popular reclama una participación mayor en la riqueza nacional y el derecho a un género de vida más digno y humano. Manifiesta su descontento en algunas huelgas de cierta importancia y en los mítines del Partido Demócrata.

En 1890, en Iquique, los obreros salitreros, lancheros y jornaleros del puerto, se declararon en huelga reclamando aumento de salarios. Se produjeron incidentes graves en las oficinas San Donato, Ramírez, Tres Marías y Rosario. Balmaceda se opuso a toda represión, motivo por el que fue atacado como amparador de desórdenes por la oposición oligárquica. Ante el denuncio del comercio nacional y extranjero de Iquique, le respondió que le contestasen sobre las exigencias de los huelguistas y sobre los pasos que habían dado “para una inteligencia razonable y equitativa con los trabajadores”. Las causas de estas huelgas revelaban una situación que, posteriormente, provocará sangrientos conflictos en las salitreras. En efecto, los obreros no recibían casi nunca sus salarios en dinero efectivo, sino que, en vales, obligándoseles a proveerse de su alimentación y vestuario en las pulperías, o sea, almacenes instalados y explotados por las compañías salitreras que ejercitaban un monopolio odioso. Así los salarios que pagaban volvían inmediatamente a sus propias arcas[29].

---

[28] “Los vicios inherentes a las clases populares de las urbes comienzan ya entonces también a acentuarse; el alcoholismo y las enfermedades sociales; la unión de la familia se destruye; su constitución se resiente hasta grados increíbles”. Guillermo Feliú Cruz “Esquema de la revolución social en Chile en el siglo XIX”.

[29] “Nadie ignora que todo el comercio de Iquique está en poder de extranjeros, y que los trabajadores son nacionales. Hay no menos de cincuenta oficinas salitreras que ocupan de 15 a 20 mil trabajadores, todos chilenos. Estos reciben muy rara vez en moneda la retribución de su trabajo. De aquí ha nacido la desconfianza entre patrones y trabajadores”. Palabras del diputado Pérez Montt. Véase Isidoro Errázuriz: Discursos, 2 vols. (Biblioteca de Escritores de Chile). La actitud conciliadora de Balmaceda provocó indignación y el discurso de Isidoro Errázuriz en contra del Presidente es altamente decidor. Ricardo Salas Edwards estima que la actitud de Balmaceda se debía “al deseo de halagar al pueblo o tal vez por su escasa simpatía por el capital extranjero de Tarapacá”, y que ese telegrama a los salitreros y comerciantes los hizo “imaginarse convertida ya la cuestión en una gran lucha de defensa social”. Creían que Balmaceda halagaba el pueblo para lanzarlo contra el Congreso y lo que sus partidarios denominaban la

En Valparaíso también se produjeron manifestaciones de descontento en los gremios obreros del puerto. A raíz de ellos fue destituido el capitán de puerto, don Jorge Montt, quien será el caudillo militar de la insurrección.

22. En 1891 se produjo la sangrienta revolución que costó la vida a Balmaceda y la paralización del progreso del país, y fue la acción del imperialismo inglés y de los terratenientes y banqueros nacionales, mancomunados en un estrecho bloque, al verse lesionados por las reformas y proyectos del Presidente, quienes la desataron.

La revolución de 1891 no se debió a un simple conflicto constitucional, de carácter político, como la han presentado casi todos los historiadores, sino que su causa esencial radica en los grandes proyectos económicos y sociales de Balmaceda, que afectaban hondamente a la clase terrateniente y plutocrática y a los consorcios imperialistas. Su plan de obras públicas, sus proyectos de nacionalización de la industria salitrera y de socialización de las diversas instituciones bancarias y de préstamos; la difusión de la enseñanza, especialmente de la profesional en las ramas industrial y agrícola, etc., fueron las causas de esa insurrección que tanto daño causara a nuestro país.

La política económica de Balmaceda tendiente a invertir las rentas que proporcionaba el salitre en obras reproductivas, creando así grandes reservas de riquezas para el país en el futuro, era la única que garantizaba un desarrollo económico importante y la posibilidad de su industrialización apoyada en la formación de capitales propios. Pero esa sabia y justa política hería los intereses de la oligarquía nacional económicamente vinculada al capitalismo inglés. Mr. Thomas North, su representante, "rey del salitre", manejaba el Congreso Nacional y la prensa opositora. De ahí que Balmaceda llegara a afirmar que el Parlamento estaba minado por los banqueros nacionales y el oro extranjero.

El salitre es la clave de esa revolución. La región donde se producía fue la sede del levantamiento; sus rentas (que eran los dos tercios de las rentas nacionales) permitieron el financiamiento de ella y sus trabajadores fueron transformados en soldados "constitucionales", mientras obreros bolivianos los reemplazaban temporalmente en las faenas. Es muy aclarador al respecto el telegrama que Isidoro Errázuriz dirigió desde Iquique, el 30 de abril, a Vial Solar, agente de los insurrectos en el Perú y que apareció en "La Opinión Nacional" de Lima: "Ocupamos a Tacna, Tarapacá, Antofagasta y Atacama con una renta de 33 millones, contra 17 para el resto de las provincias; con 13 millones de libras de capital extranjero contra 800 mil en el resto; con 60 millones de comercio y 60 mil residentes extranjeros"[30]….

Claro está que la lucha se llevó a cabo en el plano político, como una acción de las fuerzas democráticas, que dominaban el Congreso, en contra de las supuestas arbitrariedades del Ejecutivo. La oposición congresal levanta como bandera revolucionaria la lucha por la implantación del parlamentarismo, panacea destinada a elevar al país a los más grandes destinos, progreso y bienestar, en contra del presidencialismo autocrático que sojuzgaba y aplastaba la nación. Tanto hincapié se ha hecho a este efecto que incluso

---

oligarquía. Lo exacto es que Balmaceda, que conocía la situación del Norte, trataba de impedir la explotación de los industriales del salitre. Valdés Canje ha escrito con perspicacia: "Las ventajas que ofrece el billete depreciado para la explotación de los operarios, el inglés no las apetecía, porque él, habilísimo en la materia, ya había inventado con ese objeto dos instrumentos muy superiores, que no están sujetos a alzas y bajas: las fichas y los vales de las pulperías" …

[30] Véase la obra de Fanor Velasco, pág. 375.

historiadores, que al decir de sí mismos han enfocado el desarrollo de los acontecimientos históricos del país con un nuevo criterio, siempre que tratan de la revolución del 91 la explican por la misma causa. Así, Francisco A. Encina, ha escrito que "la idea-fuerza que generó la revolución chilena de 1891, fue el convencimiento de que la libertad electoral marcaría un gran progreso sobre el régimen portaliano, que Balmaceda estimaba necesario prolongar". Algunos ideólogos sinceramente lo estimaban de tal suerte; pero la inmensa mayoría de los insurrectos lo hacía por intereses más concretos y materiales. Por otra parte, como certeramente lo anota F. W. Fetter, el Congreso "en su mayoría representaba a los elementos más conservadores y pudientes del país", por lo que era difícil que luchasen sinceramente por una reforma política de carácter liberal y democrático".

Analizando este problema, Ricardo Salas Edwards estima que la libertad electoral por la cual luchaban los opositores se había venido imponiendo gradualmente y en ello tuvo participación importante el propio Balmaceda. Perdió la confianza del Congreso por otras razones y se tomó como pretexto para combatirlo esa bandera, apoyándola en el temor de una posible intervención de Balmaceda en la elección de su sucesor. Balmaceda tenía una devoradora iniciativa de reformas y su leitmotiv era propender a la nacionalización y fomento de las industrias del país y a la difusión de la instrucción pública. Estos hechos son más razonables para colocarlos como causas más efectivas de la enemistad hacia su administración. Es preciso, además, expresar que Balmaceda no era enemigo del parlamentarismo debidamente implantado. Es decir, según sus propias palabras, deseaba la realización práctica del gobierno parlamentario, con partidos de ideas y organizados, que vivieran de la libre discusión; pero frente al atomismo político existente y al predominio en los partidos de los intereses personales, detrás de los cuales estaban los del imperialismo, defendía las prerrogativas presidenciales estatuidas en la Constitución. Es por eso que la oligarquía lo acusaba de aferrarse en el poder y de querer dejarlo en herencia a su íntimo amigo Enrique Salvador Sanfuentes.

En los términos políticos falsos indicados colocaron la pugna que tenía móviles más profundos y egoístas.

La oligarquía feudal-plutocrática deseaba a esta altura que el Ejecutivo estuviese subordinado al Congreso, poder que se generaría por el fraude y el cohecho, es decir, por el caciquismo feudal, cuyas peonadas dóciles constituían el poder electoral. En esa forma el Parlamento pertenecería totalmente a las clases privilegiadas.

Los conservadores combatían a Balmaceda, porque además de haber sido el inspirador de las reformas liberales de Santa María, había rechazado el proyecto de comuna autónoma que presentara el senador Irarrázaval, que fuera aprobado por el Senado, debido a que daba un enorme poder a los Municipios, incluso el electoral, con lo cual se devolvería nuevamente toda su influencia a la oligarquía terrateniente. Recientemente el señor Ricardo Cox Méndez, en su libro *Recuerdos de 1891*, en el que describe la participación que le cupo en la revolución como joven y ardoroso opositor, expresa algunas interesantes consideraciones acerca de la gran influencia que sobre los conservadores y católicos en general, ejerció en ese instante el recuerdo de la acción tenaz de Balmaceda en la dictación de las leyes laicas en 1882-83. Para el señor Cox este elemento de orden religioso y espiritual tuvo una parte importante en la génesis de la guerra civil, hecho que ha escapado generalmente a los historiadores de dicho período. De aquellas leyes de matrimonio civil y de cementerios laicos, tan fanáticamente combatidas por la Iglesia, y de las ardorosas luchas que desataron, procedían los sentimientos hostiles hacia Balmaceda, del Partido

Conservador y de las familias católicas. Es verdad que no puede negarse el papel señalado que dicho factor tuvo en la actitud de un apreciable grupo de la sociedad chilena hacia el Presidente, pero no debe exagerársele, pues los conservadores, ante la defensa de intereses más concretos y terrenales, se unieron a los "nefandos" herejes radicales y masones para destruir a Balmaceda.

Los diversos partidos: Nacional, Radical, Conservador, Liberal-Doctrinario, se unieron para combatir a Balmaceda, levantando como plataforma de lucha, los siguientes puntos: 1) Libertad de elecciones (impedir la intervención del Ejecutivo en la generación del Parlamento y del propio Ejecutivo). 2) Ampliación de las incompatibilidades parlamentarias. 3) Implantación del régimen parlamentario (sometimiento del Ejecutivo a los dictados del Parlamento).

El diputado radical Enrique Mac-Iver resumía los puntos de vista del Partido Radical y de la oposición frente al gobierno al analizar en un discurso las razones que los movían en su actuación anti presidencialista: "Se trata de una crisis política profunda, se trata del comienzo de la agonía de viejas prácticas viciosas y degradantes; se trata de la defensa de un derecho capital y de nuestras instituciones orgánicas, lo que constituye una cuestión nacional, que interesa a todos los partidos sin distinción de colores ni de bandera. El poder electoral del Presidente de la República, el personalismo presidencial pesa como una montaña sobre los hombros del país. Contra el Presidente elector, contra el Presidente acaparador de la actividad social, contra el Presidente jefe de círculos, se sublevan las convicciones, el honor, el decoro y hasta el orgullo nacional. Ya basta; una nueva generación entra al Gobierno que quiere mandatarios y no amos; verdad y no fraudes, justicia y no mercedes; que quiere derecho de elegir para el país y gobierno del pueblo por el pueblo, y que lo tendrá". Como siempre, los hechos eran distintos a las palabras tribunicias. Es así como en la oposición, cuyas ideas definía vaga y elocuentemente Mac-Iver, militaban liberales que habían sido audaces interventores, veteranos servidores de la omnipotencia presidencial, que habían tenido la dirección de la política y que se habían mostrado conformes con el sistema imperante. Todos los congresales debían sus sillones a la intervención y al fraude.

Balmaceda había visto la necesidad de reformar la Constitución de 1833 con el objeto de dejar sólidamente establecido un régimen político conveniente a los intereses de la nación, que para él era el sistema presidencial, con las limitaciones adecuadas al mayor desarrollo político y cultural del país. Frente a la libertad electoral y a la "comuna autónoma" Balmaceda planteaba su propia doctrina. Deseaba "un régimen descentralizado y de libertad", "la independencia de los poderes constitucionales"; "asambleas provinciales" y división del país en ocho provincias correspondientes a ocho regiones económicas.

En 1890 presentó un plan de reformas constitucionales que no fue considerado por el Congreso, cuya mayoría ya estaba empeñada en derribarlo, por el peligro que su gestión significaba a los intereses de la clase dominante.

Se desató la lucha entre el Presidente y la mayoría adversa del Congreso en forma enconada. Después de la última tentativa de conciliación en 1890, con el Ministerio Prat, designó Balmaceda uno de minoría y de guerra al Congreso. A Balmaceda lo apoyaba una parte del Partido Liberal exclusivamente, que después tomará el nombre de Liberal-Democrático. Como el Congreso había sido clausurado, no podía censurarlo. No se habían discutido ni aprobado los Presupuestos para 1891, por lo que el Presidente en vez de convocar el Congreso a sesiones, lanzó un manifiesto al país y declaró en seguida que regiría para ese año el mismo Presupuesto del año anterior. Asumía poderes dictatoriales. La mayoría del Congreso le

respondió con la insurrección, contando con el apoyo de la escuadra. Inmediatamente se apoderaron del Norte, de la región salitrera, que en el fondo era el nudo de toda la situación, constituyendo un gobierno revolucionario en Iquique, dirigido por una Junta compuesta por Jorge Montt, Jefe de la Escuadra sublevada, Waldo Silva, Vicepresidente del Senado, y Ramón Barros Luco, Presidente de la Cámara de Diputados. La Junta acreditó como agentes confidenciales en París y Londres a los señores Augusto Matte y Agustín Ross, quienes consiguieron hacer embargar los cruceros "Errázuriz" y "Pinto", asunto decisivo para el desarrollo de la insurrección; en Washington, a Pedro Montt; en Lima, a Vial Solar, en La Paz, a Gonzalo Matta. Invirtieron la renta del salitre en reclutar y organizar militarmente a los obreros de las pampas, en comprar armamentos modernos preparando el ataque a Valparaíso y Santiago. Bajo la dirección técnica del oficial prusiano Emilio Korner crearon su poderoso ejército, provistos de fusiles modernos de repetición y largo alcance (Mannlicher y Gras) y pusieron en práctica nuevas tácticas militares (el orden disperso) y, luego, con el dominio marítimo llevaron a cabo una audaz y victoriosa operación anfibia, que determinó su triunfo. La renta salitrera, la ayuda de los banqueros nacionales y del imperialismo inglés, permitieron la excelente organización militar, que les aseguró la victoria.

23. ¿Cuál fue la actitud del pueblo en este conflicto? Ya el historiador Alberto Edwards, al analizar el papel del pueblo en las revoluciones del siglo XIX, ha escrito que "no obedecieron a un movimiento espiritual, democrático, de las masas. Los mineros de Copiapó que formaron el ejército de Gallo, las montoneras semifeudales del centro en 1859, no eran más espontáneamente rebeldes que los trabajadores salitreros, la carne de cañón de 1891".

En verdad ni Balmaceda ni los insurrectos tuvieron un respaldo popular porque las masas no entendieron el significado de la revolución ni comprendieron la gran obra de Balmaceda, a pesar de que iba en su beneficio. El pueblo, o sea, la inmensa mayoría de la nación se mantuvo indiferente, ni se convenció con las declamaciones parlamentarias de los insurrectos, que se autodenominan "constitucionales", como ironía sangrienta, puesto que se habían levantado en contra de ella; ni comprendió lo que valía el Presidente Balmaceda ni lo que su valerosa actitud significaba al oponerse a los congresales.

"Los ejércitos de uno y otro bando se formaron con la carne de cañón de siempre, la plebe, el roto, que llenó los cuarteles, parte por necesidad, a causa de la suspensión de las obras públicas y de la paralización de las industrias, y parte arrastrada por la fuerza. Por simpatías, casi nadie; porque como tengo dicho, el pueblo permaneció indiferente: ni estimó a Balmaceda, a pesar de los beneficios que recibió de él, ni se dejó seducir por las lisonjas de la Revolución. Nuestro pueblo dio pruebas entonces de una indolencia musulmana, hija de una ciega ignorancia que le impide comprender cuáles son sus verdaderos intereses. De aquí es que sus explotadores no sólo no lo toman en cuenta para nada, sino que hayan descuidado hasta las apariencias con que antes se cubrían. La Revolución misma, que se presentaba como defensora del pueblo y de sus instituciones para atraérselo, olvidó a cada paso su papel, dejando traslucir su hilaza adinerada y linajuda"[31].

En realidad, Balmaceda afrontó esta trascendental crisis casi solitario. Cometió el error irreparable de no haberse formado un partido político popular, abriéndole los ojos al pueblo para que hubiera visto quiénes

[31] J. Valdés Canje. Cartas.

eran sus explotadores y quiénes sus amigos y servidores, es decir, haberles señalado cuáles eran sus intereses y cuál la manera de defenderlos.

No todos los hombres destacados aprobaron la insurrección.

Así Fanor Velasco cita en su obra conocida la opinión de don Marcial Martínez, quien teniendo simpatías en favor de la oposición no lo estaba del lado de la revolución, pues, según él, con paciencia y tolerancia la oposición se habría hecho dueña del gobierno y no habría hundido al país en los horrores de una contienda armada. Velasco comenta que el Presidente careció de la fuerza de ánimo y flexibilidad para transigir ante las exigencias del Congreso y de la oposición; careció de paciencia y fe en una victoria por el camino de la ley.

Balmaceda no desmayó en su actitud combativa y resuelta. Apoyándose en el Ejército, que le permaneció íntegramente adicto, lo movilizó e hizo levas de campesinos sustraídos por la fuerza al trabajo; declaró al país en estado de sitio; ofreció elevadas sumas por la entrega de diversos opositores; emitió papel moneda; hizo requisiciones de cosechas y animales en los fundos de sus adversarios; destituyó a los funcionarios contrarios; encarceló a los peligrosos; clausuró las imprentas opositoras; prohibió que enajenaran o gravaran sus bienes 67 grandes propietarios; designó interventores en los Bancos; constituyó un nuevo Congreso e hizo elegir Presidente, resultando triunfante don Claudio Vicuña.

A pesar de todas estas drásticas medidas vencieron los revolucionarios. Valparaíso y Santiago fueron saqueados; las casas de los partidarios de Balmaceda, lo mismo que muchos negocios particulares, fueron desmantelados. (Al respecto pueden leerse el Apéndice de la obra de Fanor Velasco y el testimonio del representante inglés en Santiago, reproducido en el libro de Ricardo Salas Edwards, tomo II, página 343).

La revolución terminó con el triunfo de los constitucionales y costó al país más de 10.000 vidas y más de 100 millones de pesos. Con lo que se gastó “podía haberse hecho cuatro veces la conversión metálica; que no necesitaba ya más de veinte a veinticinco millones de pesos o haberse cancelado totalmente la deuda pública”. Se produjo exactamente lo que habían vaticinado algunos diarios del gobierno, durante el curso de la revolución. Por ejemplo, “El Talquino”, del 23 de julio de 1891, estimaba que ese movimiento daría únicamente por resultado concreto: dos centenares de millones de pesos de costo; enriquecimiento de la oligarquía, crisis (que beneficiaría a la oligarquía), leyes en su beneficio que la arraigarían para siempre en el poder; luchas intestinas en su seno; recrudecimiento de los males electorales (cohecho); empobrecimiento general y para salir de él: grandes emisiones de papel moneda y grandes empréstitos, lo que aumentaría la desvalorizaron monetaria. “Y en medio de toda esta desolación, la oligarquía dominando y avasallando al país, fiera y soberbia, dueña de la propiedad rural y urbana y sumida en riquezas” …

Los juicios desapasionados de los contemporáneos nuestros coinciden más o menos en el cuadro lamentable presentado en forma tan cruda por “El Talquino”. Don Daniel Martner, por ejemplo, dice: “Todo un porvenir de gloria económica y financiera para la república se derrumbó con la guerra civil de 1891. Desde el punto de vista de los intereses materiales, base de todas las manifestaciones de la vida de

los pueblos, la revolución ha sido y será el mayor azote que haya sufrido jamás el desarrollo de la economía chilena"[32].

Balmaceda no sobrevivió a la victoria de sus adversarios y se suicidó el 18 de septiembre de 1891, legando a la posteridad un magnífico ejemplo de entereza moral y un notable documento conocido como su "Testamento Político", en el que junto con vindicarse emite conceptos y juicios que la realidad histórica posterior confirmará con una impresionante justeza.

... "Con el sublime sacrificio de su vida en aras del bien común, parece haber querido levantar un monumento que marcase el fin de la época de las grandes virtudes".

24. Con el triunfo de la revolución se estableció el régimen parlamentario, aunque no se reformó la Constitución. Este sistema significó el debilitamiento de la autoridad del Ejecutivo y el predominio absoluto del Congreso, debido a las facultades que dispuso para ejercerlas sobre aquel otro poder. Ellas fueron: 1) Interpelar y censurar a los Ministros. 2) Negar y postergar la aprobación de las leyes de presupuestos y de cobro de contribuciones. 3) Obstrucción al despacho de leyes formuladas por el Ejecutivo, al amparo de los Reglamentos de las Cámaras.

El sistema parlamentario impuesto no contemplaba la clausura de los debates para evitar las discusiones interminables, en tal forma que cada diputado si quería podía obstaculizar toda la labor del Congreso, lo que indica la anarquía funesta introducida por el sistema triunfante. Tampoco contemplaba la facultad del Presidente para disolver el Congreso y convocar al pueblo a nuevas elecciones (plebiscito).

La implantación del régimen parlamentario convirtió al Presidente, que tiene la responsabilidad de sus actos, en un instrumento de los Congresos, que no tiene ninguna, lo que se tradujo en la desorganización del país. En efecto, este sistema produjo la desorganización de la administración pública; determinó la rotativa ministerial (hubo ministerios que duraron pocos días: el Presidente Jorge Montt tuvo 8 ministerios; Errázuriz Echaurren, 12; Riesco, 16; Pedro Montt, 11; Barros Luco, 15; Sanfuentes, 17; Alessandri, 18); se desarrolló al máximo la politiquería; permitió la entrega de las riquezas mineras al capital imperialista e impidió toda labor gubernativa metódica y eficaz. Agravaron esta situación la Ley Electoral de 1890 y la Ley de Municipalidades de 1891. En la primera, la oposición había logrado establecer el voto acumulativo, que introdujo el cohecho en forma funesta. La intervención del gobierno fue reemplazada por la acción corruptora del dinero. Un grave mal fue reemplazado por otro peor. Fueron elegidos parlamentarios ignorantes y deshonestos por la sola voluntad de sus riquezas.

La secunda ley fue aprobada bajo la inspiración de Irarrázaval. Establecía la Comuna Autónoma, ampliando en forma vastísima las facultades de las corporaciones municipales, independizándolas del gobierno. En esa forma se paralizaron los progresos edilicios del país, pues la mayoría de los Municipios cayeron en manos de los agentes electorales subalternos o de politiqueros de baja categoría. Los Municipios generaban el poder electoral, motivo por el que los fraudes y el cohecho alcanzaron proporciones increíbles, abriéndose paso una desenfrenada corrupción política. Hubo senadurías que costaron cientos de miles de pesos. La ley de Municipalidades de 1891 encargó también a dichas corporaciones que

[32] Véase su Historia Económica de Chile.

fomentaran la construcción, en condiciones higiénicas, de conventillos, con lo que se dio legalidad a una de las peores calamidades que vive nuestra clase trabajadora.

En resumen, el sistema parlamentario se afirmó decisivamente con la dictación de la Ley de Organización y Atribuciones de las Municipalidades, o ley sobre "comunas autónomas", defendida apasionadamente por el más genuino representante de la vieja oligarquía opulenta y apergaminada, marqués de Irarrázaval; y en la Ley de Elecciones que puso en manos de los municipios el mecanismo principal de la elección, con lo que entregó para siempre a los grandes terratenientes la designación de la mayoría de los "representantes del pueblo". "Estas dos leyes son una combinación hecha con sagacidad jesuítica, para afianzar de una manera incontrovertible, el predominio de los oligarcas del país"[33].

Por otro lado, las incompatibilidades que defendían los enemigos de Balmaceda y que una vez triunfantes hiciéronlas ley de la República, tenía por objeto, so pretexto de impedir la intervención oficial en las elecciones, exclusivamente impedir que los hombres inteligentes y estudiosos llegaran al Congreso. Era un instrumento antidemocrático por excelencia. La ley de Incompatibilidades junto a las de Municipalidades y de Elecciones significaron que podían ser elegidos diputados o senadores solamente los ricos, los magnates.

Gracias a esta injusta y monstruosa organización, desde entonces en adelante "no se vuelve a ver aquel fantasma horrendo de la intervención gubernativa; ha muerto para siempre y sobre su tumba se han alzado como hienas cobardes y traidoras la compra de votos, el cohecho de vocales, la suplantación de electores, el voto de los muertos, la falsificación de las actas, los poderes duales y, por último, la decisión parcial e injusta de las Cámaras"[34].

25. Durante los gobiernos de Jorge Montt (1891-96) y de Errázuriz Echaurren (1896-1901) se inicia la penetración imperialista en forma intensa. Capta las finanzas nacionales por medio de cuantiosos empréstitos y se apodera del salitre y cobre. El 1° de enero de 1891 se había creado la segunda combinación salitrera bajo el exclusivo control de los capitales ingleses, los que terminaron por apoderarse de las reservas del Estado[35].

El remate de las reservas salitrales fue un cómodo expediente para obtener recursos hasta llegar al punto de casi enajenarlas al capital extranjero; por ley del 29 de noviembre de 1893 se entregaban a la subasta pública 23 estancamientos salitreros fiscales y 38 oficinas que eran del dominio del Estado, lo que significaba una verdadera puñalada al patrimonio nacional. Esta política suicida, antinacional, mereció la condenación de algunos chilenos clarividentes, los pocos que comprendieron las ideas de Balmaceda, entre los que se destacó don Luis Aldunate, cuyo lema era "Chile para los chilenos". Censuró la política de remates de oficinas salitreras y de los estancamientos y expresaba: "el remate de las propiedades salitreras fiscales, tiene que producir esas dolorosas consecuencias, no sólo poique no hay capitales en el país que puedan competir en concurrencia libre, con la masa de recursos de los cuales disponen los extranjeros, sino porque necesitábamos precisamente de las oficinas, de las máquinas del Estado para entregarlas a

[33] Valdés Canje, en su libro Sinceridad, hace un excelente análisis de la decadencia de las municipalidades a raíz de la mencionada ley y, también, de la farsa de la ley de incompatibilidades parlamentarias.
[34] Id.
[35] Daniel Martner. Política Comercial e Historia Económica Chilena, tomo II, págs. 487-88.

nuestros connacionales en condiciones de ventaja, que les estimularan a iniciarse en las luchas y los azares de esta industria que requiere de grandes medios de desenvolvimiento y que está sujeta a sacudidas violentas". Su criterio era el que los terrenos salitrales se entregaran en forma de contratos de arrendamiento, o sea, de elaboración, a los capitalistas o sociedades nacionales. Esta medida era tanto más justa cuanto que los chilenos demostraron su pujanza y capacidad desde mediados del siglo al iniciar la explotación del salitre, como ya hemos visto. Aún más, el capital chileno no sólo habilitó a sus nacionales, sino que, a los ingleses, quienes más tarde llevaron a Londres los títulos de sus negocios, colocándolos muy valorizados. Es así como en los orígenes del desarrollo moderno de la industria salitrera no llegaron libras esterlinas a dar la actividad, sino que exclusivamente pesos chilenos. En 1897 los intereses británicos constituían ya el 43%: los chilenos, el 16%; los alemanes, el 13%; los españoles, el 10%; los franceses, el 8%, etcétera.

En esta época de Jorge Montt se intensifica asimismo otra manifestación de la incapacidad gobernante de la oligarquía, la permanente inclinación a obtener empréstitos en los grandes países capitalistas. Montt se vio obligado a contratar tres empréstitos a la casa Rothschild por la cantidad de 7.000.000 de £. El 1° de enero de 1900 la deuda externa llegaba a 234.000.000 de pesos oro de 18 d. A partir de esta época menudean los empréstitos que constituyen en algunos períodos una verdadera orgía financiera. Muchos de ellos no fueron invertidos en obras de utilidad nacional, no sirvieron para crear riquezas, sino que fueron despilfarrados, originándose déficit que sólo nuevos empréstitos podían saldar. Esta penetración imperialista de las finanzas nacionales ha ayudado a la formación de una ávida burocracia; al desprecio de las labores productivas; a la malversación de los fondos públicos y al reparto de sinecuras administrativas. Los empréstitos han ahogado las fuerzas productoras; han influido en el encarecimiento de la vida y en el aumento de la miseria popular. Con razón un penetrante escritor americano ha expresado las justas palabras que reproducimos: "y cuando las entradas normales no bastan para enriquecer a esas famélicas oligarquías, el empréstito que compromete al porvenir mismo del país parece ser para todos cosa natural"[36].

Las riquezas del salitre crearon, por medio de escandalosos monopolios, fortunas privadas que corrompieron a la clase dirigente hasta su médula. Luego, la casi totalidad de esas riquezas cayeron en manos del imperialismo extranjero, que subvencionan largamente a los "abogados" nativos que lo sirven. En la misma forma financia a parlamentarios y altos funcionarios públicos que defienden sus intereses antinacionales. La sobriedad y austeridad tradicionales se pierden y entran a primar en la sociedad los valores provenientes del dinero obtenido en cualquier forma, despreciándose los valores éticos fundamentales para el buen desarrollo de una comunidad determinada. Lo que temían Balmaceda y Enrique S. Sanfuentes en este plano se produjo en esta época para desgracia de nuestro país. El patriotismo y el espíritu nacional sufren una quiebra profunda que aún no se logra soldar.

La inversión irracional de los empréstitos se ha traducido en la dependencia financiera del país al prestamista extranjero. La pérdida de nuestras materias primas y la esclavitud financiera han impedido la indispensable explotación por sí mismo de sus riquezas naturales. Los empréstitos y la inversión desorbitada de capitales extranjeros, no sujetos a ningún control, han significado, fuera de algunos

[36] F. García Calderón. *Les democraties latines d'Amerique*. Excelente capítulo sobre la nefasta política financiera de Latino-América.

pequeños beneficios, la entrega total de las grandes riquezas nacionales a los trust internacionales, lo que ha empobrecido al país y ha sumido en la miseria a las multitudes obreras. Todo ello, además, ha impedido la formación de grandes capitales nacionales necesarios para el desarrollo industrial independiente de nuestro país. Mientras Balmaceda destinaba los fondos provenientes del salitre para que se invirtieran en la creación de nuevas industrias y en obras públicas, que habilitaran al país para vivir de otros recursos propios sin que la población tuviera que sufrir por las mermas de la venta de dicho mineral, los revolucionarios de 1891 entregaron el salitre al capital extranjero, endeudaron el país, provocaron la crisis de 1894 y dieron paso a la descomposición nacional que aun hoy sentimos.

26. Los terratenientes siguieron provocando la desvalorización con grave perjuicio para la economía nacional y para la situación de las masas laboriosas. “En esta época aciaga concluyen los escrúpulos, se desencadenan la codicia y las ambiciones más ruines, y el desenfreno, como una ola gigantesca, siempre creciendo, todo lo alcanza y lo malea. Un año después de la Revolución, en noviembre de 1892, el Congreso infama el nombre de la Nación, hasta entonces inmaculado, declarando que Chile no pagará de su deuda interna más que una parte, 24 peniques por 46 que recibió. Dos años y dos meses más tarde, como si esta afrenta hubiera sido poca, el Congreso acuerda pagar sólo 18 peniques; se hace la conversión a este tipo en junio del 95, y tres años después, perdido el último resto de patriotismo y dignidad, se le echa una zancadilla y se hace del crédito nacional una chacota canallesca con que se consigue hacer bajar el cambio a siete peniques y cinco centavos”[37].

En 1898 se dictó una ley que autorizó una emisión de 50 millones de pesos papel-moneda que no sólo importó la quiebra del padrón-oro, implantado durante un breve lapso de tres años, sino la imposición de un régimen monetario que pesaría exclusivamente sobre las clases asalariadas. En cambio, se beneficiaba la clase terrateniente, clase que, endeudada fuertemente, encontraba grandes conveniencias en tal medida, pues sus deudas se reducían en forma considerable. Como predominaba en el Congreso, no le era difícil la aprobación de tan nefasta política.

En 1898 se anuló la conversión, que se había realizado por el clamor de la ciudadanía, a causa de la labor tenaz en su contra de los terratenientes y banqueros que ganaban con el papel moneda, y para lograrlo recurrieron a diversos expedientes, sobre todo a especular con la delicada situación internacional con Argentina. So pretexto de adquirir armas para no estar desprevenidos ante una posible agresión, volvieron al sistema de las emisiones, tan dañosas para la nación.

El escritor norteamericano F. W. Fetter estima que el fracaso de la conversión de 1895-98 se debió a tres causas: 1) Los errores de los partidarios de la ley de conversión, al pretender convertir a un tipo de cambio en oro demasiado elevado (24 d.); 2) La poderosa oposición de la clase endeudada no sólo a la deflación sino también a la estabilización; 3) Las condiciones económicas mundiales (los bajos precios en oro de los productos chilenos en el mercado extranjero).

La más importante de estas causas es la segunda. La clase agricultora deudora había contraído sus deudas en pesos papel y se oponía a toda fijación de la moneda. Durante los años anteriores a la conversión, la Caja de Crédito Hipotecario y los Bancos Hipotecarios aumentaron sus préstamos debido a que los propietarios tenían tanta influencia en el gobierno que confiaban impedir toda conversión; sin embargo,

[37] Valdés Canje. Sinceridad.

ésta se realizó, pero esos préstamos desempeñaron un papel importante en la agitación que puso término a la conversión en 1898. Esas deudas no fueron contraídas con fines reproductivos sino de lujo, financiamiento de viajes, en ropa y construcción de palacios residenciales. Desde 1892 se produjo una ola de importaciones, en tal forma que ese año el país tuvo un exceso de importaciones cuyo volumen no lo constituían maquinarias o artículos similares de naturaleza productiva, sino que, como consecuencia del alto standard de vida de la clase dominante, por artículos alimenticios de buen gusto: vinos y licores finos, drogas y específicos medicinales, tejidos de lana y algodón. Esos gastos suntuarios provocan el descenso del cambio. El propio Mac-Iver al enfocar después la experiencia de la conversión expresó que para que una ley de esa especie fuese eficaz sería necesario previamente que el Congreso votase 35 o 40 millones de pesos para pagar a los grandes deudores.

Recientemente otro ensayista norteamericano ha interpretado con mucha agudeza este fenómeno cuando ha escrito lo siguiente: "El problema social (chileno) es un problema económico creado en parte por la especulación monetaria de los hacendados, ya que los gobernantes conservadores de Chile, caso único de la historia, depreciaron el valor de su propia moneda, mediante innecesarias emisiones de papel-moneda. El objetivo que perseguían era el de poder pagar con pesos más baratos las hipotecas con las cuales contaban para sus viajes a Europa. Lo que se proponían cuando anularon el standard de oro de tres años, en 1898, era lograr vender caro el producto de sus tierras y pagar barato el sudor de sus peones"[38].

Es verdad que la situación económica derivada del monopolio del salitre era buena, pero por el régimen de papel moneda los terratenientes realizaban un verdadero despojo de las clases laboriosas. El salitre financiaba en un 68% los gastos gubernamentales, lo que evitaba a la oligarquía imponerse contribuciones gravosas. Por otra parte, el mercado salitrero imponía la existencia en el país de pequeñas industrias y del comercio, que vivían en dependencia de la industria salitrera. Además, dicha industria permitió a la clase terrateniente mantener en sus latifundios una economía feudal con una verdadera servidumbre para sus masas trabajadoras. Sus productos tenían un mercado seguro en las pampas.

27. La conquista del salitre, la mayor explotación del carbón, el desarrollo de la industria liviana, refuerzan considerablemente a la burguesía, la que es ayudada, además, por el capital extranjero. En las industrias extractivas y en la industria liviana se constituye y vigoriza el proletariado industrial que se organiza en las primeras sociedades de resistencia. La aristocracia terrateniente y la burguesía liberal ya no combaten. Se funden por el entrelazamiento de sus intereses económicos. Coexisten el feudalismo agrario y el naciente

[38] A. Mac-Leish. Ensayo sobre Chile publicado en la revista "Fortune" y traducido por la revista "Hoy". El autor visitó Chile imponiéndose de su realidad social, económica y política. En la misma forma se conoce que ha aprovechado una abundante literatura sobre nuestro desarrollo histórico, fundamentalmente las obras de sus compatriotas: G. Mac-Bride: Chile su tierra y su gente y F. W. Fetter La inflación monetaria en Chile. Precisamente este autor reproduce las palabras del diputado Gacitúa, en sesión de julio de 1898, quien, entre varias consideraciones duras, dice: "Los que siempre vivieron de las ajenas fatigas saboreaban anticipadamente la esperanza de vender caro el fruto de sus tierras y pagar con moneda fácil el sudor de sus inquilinos". Reproduce, además, párrafos del informe al Departamento de Estado, del Ministro americano en Santiago, señor Henry Lane Wilson, quien escribe: "Entre los pequeños comerciantes, artesanos y clase trabajadora en general, que favorecían el patrón de oro y se oponían tenazmente a toda emisión de papel moneda por el gobierno, el sentimiento de protesta se tradujo en reuniones tumultuosas y amenazantes. Los terratenientes, que tenían gran mayoría de representantes en el Congreso, eran casi todos partidarios de este cambio. Aunque muchos de ellos tenían fuertes deudas hipotecarias, no trepidaron en aprobar una medida que directamente afectaba sus intereses, reduciendo sus obligaciones".

capitalismo industrial. (La guerra social termina siempre con el aplastamiento de una de las clases en lucha o en la consunción de ambas. En el caso de la oligarquía feudal y la burguesía demoliberal chilenas, se produce su alianza).

La lucha, que fuera enconada en sus principios, fue corta, pues existían relaciones económicas y sociales que las unían. Los capitalistas habían surgido en gran parte de la misma clase latifundista y muchos latifundistas se convirtieron después en terratenientes. Así los terratenientes y capitalistas dominan al país explotando a los grandes sectores populares, a la vez que no tienen el menor gesto de defensa del patrimonio nacional, permitiendo que los consorcios imperialistas se apoderen de todas las riquezas naturales del país. El imperialismo inglés predomina desde que jugara un rol tan decisivo en la derrota y muerte de Balmaceda, aunque, luego, capitalistas alemanes realizan importantes inversiones en el salitre, instalan diversas industrias y monopolizan la energía eléctrica. Su influencia creciente se hace sentir en la educación y en el ejército. Pasa a constituir un fuerte rival del imperialismo inglés. Esta influencia de la penetración económica y cultural del imperialismo alemán se ve facilitada por la existencia de un núcleo numerosos y homogéneo de población de ese origen en una amplia y rica zona del país (Valdivia-Osorno).

El imperialismo alemán actúa poderosamente para recuperar el tiempo perdido puesto que aparece con retardo en el reparto del mundo por las grandes potencias, y pretende dominar la parte meridional de América del Sur, desplazando a Inglaterra, a base de su penetración económica y del apoyo activo de la población de origen alemán radicada en estas comarcas (sur del Brasil, Uruguay, sur de Argentina y Chile), cuyo clima y condiciones de producción son aptas para el trabajo de los elementos humanos de la Europa Occidental. Aún más, diversos tratadistas alemanes estudian este problema y formulan reveladoras pretensiones. Así, Johannes Unold en su obra *El Germanismo en Chile* (1899), al condolerse que Alemania haya quedado excluida del reparto de América, a pesar de haber colaborado en su conquista, expresa que, no obstante, pueden cumplir la elevada tarea de instruir y dirigir a los pueblos de Latino-América. Los alemanes, según este escritor, “estarían llamados a ser los preceptores y los guías de esas naciones, en el orden intelectual, económico y político”. Plantea como etapa primera para llegar a su objetivo, acuerdos con los gobiernos americanos; por ejemplo, con el de Chile, para colonizar de 3 a 5 millones de hectáreas “en forma tal que se ayudase poderosamente a la expansión del germanismo en toda América Española” con la constitución de esta “pequeña Alemania de la costa del Pacífico”.

Al cerrarse el siglo XIX, la riqueza nacional había aumentado. Las rentas ordinarias habían subido de $ 4.334.000 de 46.3 3/16 d. en 1850 a más de 100 millones de pesos oro de 18 d. en 1900.

Sin embargo, en la base, la condición de las masas obreras no sufre ninguna alteración favorable y siguen viviendo en la más completa miseria, explotadas y oprimidas.

Alejandro Venegas Valdés (Julio Valdés Canje) precursor del movimiento democrático popular[39]

El fallecimiento de los dos grandes críticos y ensayistas, Domingo Melfi y Armando Donoso, ha puesto de relieve la personalidad del distinguido profesor y escritor Alejandro Venegas Valdés, maestro de ambos intelectuales. La figura de este egregio ciudadano es poco conocida, a pesar de su vasta labor docente.

[39] Atenea n°257-258 (1946)

Tiempo atrás, en una encuesta que hizo la revista Ercilla entre conocidos intelectuales, a propósito de cuáles eran las veinte obras que estimaban fundamentales para la comprensión de nuestro desarrollo social e histórico, casi todos mencionaron *"SINCERIDAD"* del doctor Julio Valdés Canje. Ahora, cuando diversos escritores se han preocupado de analizar la obra de Melfi y Donoso, han señalado el hecho de haber sido ambos discípulos de Alejandro Venegas y que, en gran parte, su posición ante los diversos fenómenos sociales se la debían a las enseñanzas e inquietudes sembradas en ellos por el maestro mencionado.

Aún más, a raíz de estas afirmaciones, se abrió un comienzo de polémica entre don Raúl Silva Castro, crítico injusto y de una incomprensión a toda prueba para apreciar la obra renovadora de los elementos de avanzada ideológica; y don Enrique Molina, colega y amigo de Alejandro Venegas, y en la que terciaron otros más, poniendo de relieve el mérito extraordinario de los libros del Dr. Julio Valdés Canje.

Los trabajos sistemáticos sobre la vida y trayectoria ideológica del citado escritor son escasos, y no ha despertado la consideración a que es justamente merecedor. Solamente existen dos estudios importantes: uno de Armando Donoso, su discípulo, que sirve de introducción a la obra de Venegas: *"POR PROPIAS Y EXTRAÑAS TIERRAS"*, aparecida en 1922, poco después que falleciera; y el otro, debido a la pluma de don Enrique Molina, con el título de *"ALEJANDRO VENEGAS. RECUERDOS Y REFLEXIONES"*, dado a luz por la editorial Nascimento.

El libro "Por propias y extrañas tierras" es una recopilación que abarca una "Página Autobiográfica", un bello escrito "Procesión de Corpus", y varias conferencias sobre las observaciones que hiciera en sus diversos viajes a los países vecinos.

El amplio ensayo de Armando Donoso que lo precede traza una silueta de Alejandro Venegas, quien fuera su profesor de Literatura en el Liceo de Talca y analiza detenidamente su obra de escritor desde un triple punto de vista: social, económico religioso.

Tanto de la "Página Autobiográfica", redactada por Venegas para optar a un cargo, como del opúsculo de don Enrique Molina, se desprenden datos precisos acerca de la sólida cultura y vasta formación intelectual y científica de dicho educador. Egresado del primer curso del Instituto Pedagógico, se recibió de profesor de francés. Aficionado a los estudios de filología latina, se posesionó a la perfección del castellano, de dialectos peninsulares (catalán y gallego), del portugués, italiano y rumano. Dominaba la literatura castellana, conocía los clásicos profundamente y era un elegante escritor. Además, fue un estudioso de los problemas de la enseñanza. Viajó a Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador y Panamá. Recorrió todo Chile desde Tarapacá hasta Llanquihue. Tuvo un conocimiento directo de su tierra y por ello se dio la misión de reflejar en ensayos perdurables sus observaciones y juicios.

Su carrera docente la inició como profesor del Liceo de Valdivia; luego, pasó a Chillán, y en 1905 fue designado Vice Rector del Liceo de Talca, a petición de don Enrique Molina, nombrado Rector. Aquí desempeñó las cátedras de francés y de castellano y tuvo discípulos que han sido de figuración en el campo de las letras. De la silueta magnífica que don Enrique Molina ha trazado de la vida y obra de Venegas, se deduce que la personalidad suya era completa; gran profesor, culto e innovador, estimulador de vocaciones, de agradable trato, de espíritu social, amante de la naturaleza y de las excursiones, activo, abnegado, infatigable y de buen humor. En cuanto a su posición política dice: "Venegas, aunque de

ideología avanzada, no militó en ningún partido político e hizo siempre del magisterio una función con finalidades específicamente propias y libre de la influencia de logias, sectas y banderías. Pero sentía vivo interés por los problemas de la vida pública que, particularmente en su raíz económica, miraba con honda inquietud. Frutos de esta patriótica preocupación fueron los libros "Cartas a don Pedro Montt" y "Sinceridad" y no de otra cosa, porque los dictó desde la más profunda honradez". Para escribir esas obras Venegas recorrió todo el país y realizó verdaderos viajes de esfuerzo, en vacaciones, por su propia cuenta, a costa del magro sueldo que percibía, viajando en tercera y en la cubierta de los vapores; se disfrazaba y viajaba de incógnito tanto para ocultar su alto cargo educacional como para poder penetrar en todos los ambientes y conocer directamente la vida de los trabajadores chilenos. Con mucha razón afirma don Enrique Molina que "no ha habido a lo largo de nuestra historia ningún personaje del escalafón administrativo que haya dado muestras de abnegación semejante por devoción al país. Y creo que fuera del escalafón tampoco".

El mismo señor Molina cuenta que muchas familias distinguidas que leyeron "Sinceridad" le expresaron que "decía la Biblia y podría decir mucho más". Sin embargo, fue atacado y hostilizado, motivo por el cual jubiló a mediados de 1915 con $ 300 mensuales. Para vivir estableció una lechería en la calle Gálvez, en Santiago, y un almacén en Maipú, donde sus pobladores, reconocidos de su bondad y de su saber, lo eligieron alcalde, preocupándose, entonces, del adelanto de la Comuna, en especial del mantenimiento de las escuelas y del cumplimiento de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria.

El primer escrito de Alejandro Venegas fue su bello relato "La Procesión, de Corpus", de carácter religioso-social, que ya contiene toda su profunda ética. A través de la crítica severa a la Iglesia y a sus miembros, alejados de las verdaderas enseñanzas de Jesús, expone su fe en una sociedad nueva, justa, humana y digna, en la que hayan desaparecido la ignorancia, el fanatismo, las rivalidades y los odios que dividen a las naciones y las razas, a las familias y clases sociales. Dicha sociedad debe estar basada en el amor y el altruismo, en la que el trabajo no sea una maldición, en que no haya ni siervos ni señores, ni magnates que viven en la ociosidad y en la opulencia, y desgraciados hambrientos que trabajan como bestias de carga; en la que la mujer esté libre de prejuicios y desarrolle todas sus facultades; en la que el sentimiento patriótico haya sido reemplazado por el sentimiento humanitario; en la que no haya ni fronteras ni guerras. En una invocación de este delicado escrito pide algo que luego será la norma de su vida: el valor necesario para decir siempre la verdad, para hacer lo bueno, para defender al oprimido y para impugnar a los opresores.

Pero el libro más recio de Venegas es "SINCERIDAD. CHILE ÍNTIMO EN 1910", crudo y valeroso y escrito, según el mismo autor, como "una manifestación de la sinceridad de un hombre de estudio, a quien su oficio lo ha mantenido en constantes relaciones con el pueblo, por lo cual no se han apagado en su corazón las simpatías hacia esa colectividad que constituye la sangre y el músculo de nuestra patria".

Los escritos de Alejandro Venegas constituyen el mejor documento para comprender por qué nuestro país ha experimentado tan grandes males en los últimos años. De ahí que el juicio que de ellos hace don Enrique Molina sea exacto: "Las Cartas a don Pedro Montt" y "Sinceridad" tendrán en la literatura chilena el lugar destacado que les corresponde tanto por su lenguaje ágil y castizo como por el aliento que las anima. Venegas no escribió para medrar ni para alcanzar el poder. La pureza y el valor de su actitud para decir lo que estima la verdad, toda la verdad, son únicos. Convivió con el pueblo y compartió sus miserias, no para

pedirle su voto y encumbrarse sobre sus espaldas, sino para servirlo incógnitamente, generosamente, como una invisible sombra del Evangelio. Preparando el espíritu público como lo hizo, ha sido Venegas un precursor de las reformas sociales llevadas a cabo en Chile desde 1920 adelante".

* * *

Las críticas de Venegas a la sociedad chilena las inicia en su obrita "Cartas al Excelentísimo señor Pedro Montt", en las que trata sobre la crisis moral de Chile en sus relaciones con el problema económico de la conversión metálica, aparecida en Valparaíso en 1909; pero su libro fundamental es "SINCERIDAD", publicado en Santiago en 1910. Alejandro Venegas redactó esta obra con motivo de cumplirse un centenario de vida republicana y en ella lleva a cabo un detenido análisis de nuestro desarrollo histórico desde el último cuarto del siglo XIX hasta el año señalado, verificando con hondura y objetividad los diversos problemas que el país enfrentaba en ese entonces y que aún se arrastran sin poder lograrse su solución. Venegas no se limitó sólo a la crítica; por el contrario, expuso una serie de notables ideas constructivas para poner remedio a los males que constatara y permitir que el país recobrara su grandeza pasada. "SINCERIDAD" está escrito en forma de cartas, enfocando en cada una de ellas un asunto bien determinado. Son veintiséis cartas dirigidas a don Ramón Barros Luco. Las escribió llevado por su ardiente patriotismo, que no se resignaba a mantenerse callado mientras veía que el país se hundía en medio de la quietista actitud de sus ciudadanos. Y las dirigió a Barros Luco, por cuanto este mandatario parecía haber sido elegido exclusivamente porque no significaba ninguna voluntad de cambio e intento para eliminar los daños que la nación sufría. Venegas define el propósito de la elección presidencial de 1910 de la siguiente manera: "políticos especuladores y corrompidos vencieron; pero, naturalmente, no deseaban tener que luchar otra vez, y por eso pensaron llevar a la Moneda a un hombre que no fuera amenaza para nadie (ni aún para los más rapaces) y volvieron los ojos hacia el presidente Riesco, que los había dejado ampliamente satisfechos en su pasada administración, pero éste no podía ser reelegido ahora por prohibirlo un precepto constitucional. Pensaron, entonces, en vos, señor, confiando quizás en que los ochenta inviernos que gravitan sobre vuestras espaldas os impedirán fiscalizar y proceder con energía. Así deben de creerlo a juzgar por el júbilo con que ha sido recibida vuestra designación para candidato a la presidencia de la república por los traficantes políticos, los gestores administrativos y la parte más inescrupulosa y venal de la prensa".

Venegas no cree en la mentida prosperidad de que alardean los sectores privilegiados del país, y aprovechando el momento en que se designaba al nuevo candidato a la Presidencia de la República, le escribe a éste las cartas en las cuales presenta un panorama completo de la realidad chilena en sus variados aspectos y le sugiere a la vez la serie de remedios decisivos para sacar al pueblo de la postración en que se encontraba. Presenta un cuadro veraz y doloroso de la decadencia moral espantosa de la sociedad chilena, cuyas causas esenciales estudia detenidamente y que, para él, se sintetizan y resumen en una más fundamental y determinante: el mantenimiento injustificado del régimen de papel moneda de curso forzoso gracias al influjo de banqueros y grandes agricultores, quienes por beneficiarse particularmente olvidaron los intereses supremos de la patria. Se remonta al estudio del régimen papel moneda desde que se estableciera en 1878; enfoca la revolución de 1891 como un fenómeno de origen económico, causado por la acción nacionalista y patriota de Balmaceda, ya que su política económica hería los intereses del sector social que lucraba con ese régimen financiero y que poseía mayoría en el Congreso. Destaca con relieves hondos la figura magnífica y digna de Balmaceda, inmolado por ser leal a su criterio

de gobernante chileno, defensor del patrimonio nacional y de los intereses de la colectividad. Escribe Alejandro Venegas: “La crisis moral que hoy nos sacude tuvo origen en un hecho económico, el papel moneda inconvertible, establecido en 1878 por las penurias del erario nacional y mantenido después por las necesidades derivadas de la guerra Perú-boliviana. El billete depreciado favoreció al agricultor rico, al hacendado, al magnate; y como éste dominaba en el gobierno, particularmente en el Congreso, cuando las necesidades cesaron y el fisco pudo retirar sus billetes, el régimen papel moneda subsistió con doloroso perjuicio para el resto del país. A su sombra se fueron creando nuevos intereses, cada vez mayores, de tal modo que cuando el Presidente Balmaceda pensó en hacer la conversión, los aristócratas no se resignaron a perder su situación privilegiada y, arrojando la máscara, se levantaron en armas y lo derribaron”.

Alejandro Venegas investiga minuciosamente los daños causados al país por el régimen de papel moneda de curso forzoso, en los planos económico, social, político, administrativo y educacional. Analiza la agricultura, atrasada, rutinaria, anticientífica, a pesar de la excesiva protección que le dispensaban los diferentes gobiernos en diversas formas: construyéndoles ferrocarriles, caminos, obras de regadío; dictando leyes protectoras que gravan con impuestos subidos las entradas de productos extranjeros competidores y, sobre todo, al ganado, argentino; permitiendo que los predios rústicos no paguen un centavo de contribución al fisco; manteniendo el papel moneda, por lo tanto, un cambio bajo. Es por ello que afirma que ninguna industria en Chile ha recibido una protección tan exagerada y que no ha fructificado por la ignorancia de los grandes hacendados, por su reprobación a los métodos modernos (uso de maquinaria, de abonos, de semillas seleccionadas), de donde resulta que cultivan siempre porciones ínfimas de sus enormes haciendas. Pero el daño más grave que el sistema agrícola imperante causa al país es “la retención de inmensas extensiones de terrenos en poquísimas manos, que ni quieren ni pueden cultivarlos bien, a pesar de que hace muchos años que está condenado como funestísimo para el progreso de los países agrícolas, el sistema de los latifundios, es decir de las grandes haciendas”. Es que dominando los terratenientes sólo han legislado y legislan para su exclusivo provecho.

En cuanto a la minería, solamente se ha desarrollado la explotación del salitre, dejándose inaprovechadas las inmensas existencias de otros minerales que podrían ser base de grandes industrias. En cambio, la industria naciente está constituida, en su mayor parte, por ramas instaladas artificialmente, de tal suerte que más bien eran una carga que un progreso. Afirma que “tal vez no hay dos países que guarden en las entrañas de su suelo tantas y tan variadas riquezas como Chile; desde el oro hasta el cobalto y el aluminio, y desde el mármol hasta la hulla y el petróleo se encuentran en nuestro país privilegiado. Pero para explotar científicamente estas inmensas riquezas se necesita, además del capital nacional, el aporte del capital extranjero, acomodado éste a las necesidades reales del país y al control de su legislación”. Su pensamiento está certeramente contenido en el párrafo siguiente: “Propio sólo de un orate sería sostener que el capital chileno puede bastar para la explotación de la décima parte siquiera de las riquezas naturales del país. Es indispensable entonces que vengan capitales de fuera, de países más ricos que el nuestro, donde está sobrante, o empleado en industrias de muy escaso rendimiento”. La falta de capitales ha impedido la explotación intensa y adecuada de la minería y el desarrollo de las industrias fabriles, permitiendo, en cambio, “el florecimiento de una veintena de industrias ficticias que son un nuevo azote para el pueblo, pues cada una de ellas significa una contribución indirecta que pagan los consumidores para que se sostengan las industrias y se enriquezcan los que las explotan”.

La atrasada agricultura, fundamentada en el injusto sistema del latifundio; la existencia de una industria pequeña y artificial; y la explotación en vasta escala solamente del salitre han permitido la tremenda contradicción que vive Chile, pues mientras tiene un "fisco opulento, uno de los más ricos del mundo" posee "un pueblo en su inmensa mayoría miserable, agobiado por la explotación inicua de una clase privilegiada, que tiene en sus manos la dirección de los negocios públicos y la casi totalidad de la riqueza privada" ...

La realidad anterior crea una situación de pobreza, de parasitismo, de injusticia tremenda, y a ella se suma otra grave consecuencia de la depreciación monetaria que aumenta el empobrecimiento del país, y que se manifiesta, principalmente, "en la carestía de todos los artículos de primera necesidad, carestía de que son víctimas sobre todo los empleados públicos", como ser funcionarios judiciales, educacionistas, fuerzas armadas, obreros.

Estos hechos son los que determinaban en lo económico un empobrecimiento general del pueblo y de la nación.

En el plano político analiza detenidamente los programas y las actuaciones de los partidos políticos, todos ellos en decadencia, y algunos corrompidos de la misma manera que, el sistema electoral vigente. Encuentra el Poder Judicial influido por la politiquería y soportando algunas de las peores lacras, como la de los tinterillos y la de los empleados rapaces. En seguida enfoca la enseñanza en todas sus ramas: primaria, secundaria, especial, universitaria y privada, haciendo ver su insuficiencia, de tal modo que existía un pavoroso analfabetismo, un atraso general en la orientación y métodos; escasa preparación, en el profesorado; incapacidad en sus funcionarios; carencia de una orientación adecuada a las necesidades del país en la enseñanza secundaria; miserable remuneración económica al magisterio; rol inútil de la enseñanza especial y, por ende, de resultados escasos; enseñanza privada sin orientación ni espíritu científico o fomentadora de la división de clases sociales. Este lamentable panorama educacional tiene su explicación en la falta de una política educacional definida y enérgica, tendiente a mejorar y transformar el país. Para Venegas "el atraso vergonzoso de la instrucción de nuestro pueblo tiene su causa en el espíritu conservador-clerical y las tendencias profundamente oligárquicas que han predominado hasta el presente, y sobre todo después de la guerra del 79, en el Gobierno y en la clase directora".

Alejandro Venegas estudia detenidamente las necesidades de las poblaciones, carentes de servicios públicos, de tal manera que no poseían agua potable, tampoco edificios escolares, y las habitaciones por lo general eran pocilgas insalubres. Señala con una exactitud impresionante las terribles condiciones de vida de las masas laboriosas: en el sur, los abusos innumerables de la colonización, que afectaba a millares de intrépidos y esforzados pioneros; en el norte, la pampa desolada era explotada por magnates y capitalistas sin corazón. Es por eso que el pueblo trabajador vive pobre, ignorante, plagado de vicios, descuidado por el Gobierno que no toma ninguna medida efectiva para mejorarlo y redimirlo. En un párrafo dice: "la impresión más viva que recibe el viajero observador al estudiar nuestra organización social es la que produce el contraste entre la gente adinerada y la clase trabajadora: porque en Chile hay solo dos clases sociales, ricos y pobre, esto es explotadores y explotados; no existe la clase media: los que no somos ricos ni menesterosos y aparentemente formamos el estado llano, somos gente de tránsito, salida del campo de los explotados y en camino para el de los opulentos".

Es esta trágica realidad la que explica el estallido de los primeros movimientos obreros, tan duramente reprimidos por los gobiernos de la época. Así las condiciones de vida y trabajo en la región norte es pavorosa y los riesgos de las faenas terribles: “Aquellos desgraciados no tienen idea de lo que vale en nuestro país la voz del pueblo, y creyéndose tal vez en una república democrática de verdad, por tres veces han pedido seguridades para su vida, respeto al fruto de su ímprobo trabajo y educación para sus hijos, y por tres veces se les ha respondido fusilándoseles del modo más salvaje: las matanzas de Taltal, Antofagasta e Iquique han demostrado a los 60.000 obreros que producen la principal riqueza del país, que no deben esperar nada del gobierno, porque está formado de explotadores del pueblo, que hacen causa común con sus duros señores, los dueños del salitre”.

Mientras la clase obrera siga sumida en tal cruel miseria y sin defensa ante los riesgos y accidentes del trabajo, abandonada de la preocupación del gobierno, tendrán que producirse tales movimientos. Traza algunas páginas notables de penetración acerca de cómo se gesta y surge la conciencia de clase y, luego, la lucha de clases, a propósito de la huelga de estibadores en Valparaíso y de la asonada de octubre de 1906 en Santiago. Expresa que la clase dominante tiembla ante estos movimientos de las clases trabajadoras a los que califica como anarquismo destructor; pero olvidan señalar que “el anarquismo es el fruto del hambre, del frío, de la miseria, de la ignorancia y de la abyección que ya tiene desesperados a los más, a causa de la codicia, la rapiña y la inhumanidad de los menos”.

No obstante, existe una institución que ha querido obtener provecho de la angustiosa situación que vive la clase popular, un provecho proselitista, con sus palabras y prédicas que les ofrece un consuelo y felicidad en la otra vida. Alejandro Venegas se subleva contra esta hipocresía y la denuncia: “La Iglesia Católica, que en los últimos tiempos ha tomado el partido de atraerse a los obreros aparentando interesarse por ellos en la resolución de los problemas sociales, disimula muy poco sus verdaderos propósitos para que vayamos a creer en su decantado amor al pueblo: diecinueve siglos lo tuvo bajo su égida y no hizo otra cosa que explotarlo, predicándole resignación y sólo ahora, cuando se le escapa de las manos, viene a preocuparse de remediar sus desgracias. Pero *moro viejo no puede ser buen cristiano* y la Iglesia, al mismo tiempo que manifiesta interés por la suerte del pueblo, se aprovecha mañosamente de sus calamidades para llenar su estómago insaciable. Cuando los trabajadores de Tarapacá exasperados por los abusos de los salitreros dejaron las oficinas y bajaron a Iquique a pedir respeto para su trabajo y educación para sus hijos, audaz atentado que fue reprimido con el fusilamiento de dos mil de ellos en la Escuela Santa María, ¿sabéis, señor, a qué atribuyó la causa de tan nefanda desgracia el Vicario Eclesiástico de Tarapacá? A falta de fe religiosa entre los trabajadores de la Pampa, y, naturalmente propuso como único remedio que el estado dedicase algunos miles anualmente a aumentar el pago de los misioneros que llevasen a aquellos corazones empedernidos el benéfico consuelo de la Religión”.

La alusión que aquí hace Alejandro Venegas a la matanza de la Escuela Santa María la completa, luego, con la descripción horrible del cuadro que presentaba, posteriormente, dicho establecimiento con sus alumnos hacinados en salas estrechas, con sus muros rotos por los impactos de las ametralladoras, y donde los mismos alumnos debieron remover las costras de sangre que se formaron, destruyendo los jardines, secando las plantas y endureciendo la tierra.

***

Alejandro Venegas no solamente se dedicó a criticar. También formuló un extenso programa constructivo, exponiendo en él la serie de medidas que, a su juicio, deberían realizarse con el objeto de modificar el panorama desolador del país, y así crear una situación de progreso efectivo, de bienestar, de cultura y de riqueza. Antes de formular sus proposiciones programáticas advierte claramente que es llegado el tiempo "de que los estadistas se convenzan de que su obligación no es hacer poderoso al país, como tampoco lo es el hacerlo agrícola, o minero, o comercial, o fabril, porque todas estas cosas son medios y no fines… El ideal del gobernante debe ser conseguir la felicidad de su pueblo y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes, que hoy rigen la sociedad, y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la ignorancia".

En primer término, considera la necesidad de definir el régimen de gobierno, o presidencial como lo dispone la Constitución o parlamentario debidamente asentado, ya que no es posible persistir en una forma de gobierno híbrida y viciosa; luego, es necesario asegurar la participación de todos los ciudadanos conscientes en la elección de las autoridades y de esa manera influir realmente en el gobierno; en seguida, realizar una amplia reforma electoral para ampliar y valorizar el derecho de sufragio, puesto que "si se considera más democrático el sufragio universal, hágase extensivo este derecho a todos los ciudadanos, incluyendo a las mujeres". Alejandro Venegas estima de gran importancia purificar nuestra democracia eliminando las pervertidas costumbres electorales y el poder corruptor del dinero en las elecciones, estableciendo las inscripciones permanentes, alejando las Municipalidades de la politiquería, considerando a los congresales representantes de la nación y no de un determinado lugar.

En lo económico afirma la necesidad ineludible de realizar la conversión estableciendo una manera honrada de robustecer las actuales fuentes de entradas y crear otras nuevas, y para conseguirlo "necesitamos del capital extranjero abundante y barato, para explotar nuestras minas, construir nuestros puertos, tender ferrocarriles, construir canales de regadío y dar vida a centenares de industrias verdaderamente productivas". El desarrollo industrial del país, la habilitación de las obras públicas que requiere un desarrollo vasto (puertos abrigados y seguros; caminos permanentes, mejoramiento y extensión de los ferrocarriles) más la revisión de los aranceles aduaneros y la revisión de los impuestos a los artículos de primera necesidad, significarían un extraordinario bienestar para el país.

La agricultura debe ser desarrollada científicamente; debe terminarse con su anticuado sistema de cultivo y con la injusta estructura latifundista que es la que ahoga su desenvolvimiento a la vez que causa la explotación de grandes sectores de la colectividad. De la agricultura depende que nuestro pueblo tenga o no qué comer y, además, el salitre tendrá fatalmente que agotarse y al mismo tiempo que los progresos de la química sintética encontrarán procedimientos fáciles y baratos para fabricarlo artificialmente, lo que se traducirá en la disminución de los recursos fiscales por ese capítulo.

Una agricultura floreciente tiene que estar fundada sólidamente en los principios de la ciencia y aprovechando las mil circunstancias felices que la naturaleza nos ofrece preparando científicamente un personal numeroso para dirigir las faenas agrícolas y, sobre todo, eliminando la excesiva extensión de la propiedad rural, porque "la experiencia nos ha demostrado de una manera bien amarga los graves inconvenientes de nuestros malos procedimientos agrícolas y, principalmente, los del sistema de latifundios y de los cultivos por medios anticientíficos". Para ello se pueden emplear tres medios: primero, expropiando los grandes fundos cercanos a los centros de población, para dividirlos en fincas y entregarlos

a los alumnos titulados en las escuelas agrícolas; segundo, estableciendo impuestos rurales que graven principalmente las grandes propiedades y, en especial, los terrenos baldíos; y, tercero, dictando leyes que fijan la extensión máxima de los predios rústicos, según la región en que se encuentren.

Dedica gran atención al desenvolvimiento de las industrias fabriles, subrayando la necesidad de incrementar el consumo asegurándole así un mercado conveniente, y junto a ello indica la urgencia de eliminar las industrias artificiales que sólo viven a la sombra de los impuestos aduaneros prohibitivos y a costa de los consumidores. Entre las nuevas industrias a desarrollar señala la de la pesca, de tal modo que sus productos sean el alimento cuotidiano de nuestro pueblo. Con el objeto de mejorar la industria cree que es de suma utilidad una inmigración bien elegida, porque ella es un auxiliar poderoso en el incremento de nuestra industria y agricultura. El desarrollo industrial debe ser complementario al incremento de la minería y exige también la reforma y reorganización de la enseñanza en sus diversas ramas, dándole preferencia a la de carácter agrícola, industrial y minera. En cambio, estima Alejandro Venegas que el comercio, al que se ha dado tanta importancia en nuestro país en los últimos años "es una industria de segundo orden; moral y económicamente considerada es industria de intermediarios, de hombres improductivos siempre, zánganos muchas veces. En ella más que otra tiene cabida la mala fe; en todos los tiempos los pueblos más comerciantes han sido los más pérfidos, y en nuestra patria toma tanto vuelo esta industria, sin duda por nuestra natural inclinación a la mentira y al robo, heredado de los mapuches".

El desarrollo vigoroso de un país obliga a eliminar la burocracia, cuyos males innumerables analiza certeramente, y que, por desgracia, en nuestro país se hace cada día más frondosa, costosa e inútil. Propicia su revisión con el objeto de eliminar a los empleados malos y parásitos y así darle un rol creador, mantenida en la proporción de las exigencias efectivas del país, lo que permitiría, por otra parte, rentarla adecuadamente, puesto que la función que entonces cumpliría sería indispensable.

Propugna acertadas medidas para la instalación de servicios públicos en los diversos lugares habitados del país, agua potable, alcantarillado, pavimentación, edificios públicos, jardines y lugares de esparcimiento; construcciones hospitalarias y, especialmente, habitaciones modelos para los obreros.

Alejandro Venegas se detiene con minuciosa atención en el estudio de la cuestión social chilena, para señalar sus causas, repercusiones y la manera de remediarla. Con exactitud expresa que las cuestiones sociales son, en primer lugar, económicas, y, luego, morales; "dad antes que todo al pueblo los medios de subsistencia, haciendo que él mismo los arranques del seno de la tierra o los produzca, transformando la materia prima con el esfuerzo vigoroso de su brazo, y derrama en seguida la semilla humanitaria en los corazones por medio de la escuela educadora y habréis resuelto todos los problemas sociales". Este planteamiento sencillo es de difícil realización porque encuentra dos obstáculos serios: "los dos principales explotadores del pueblo, la Iglesia y los magnates... Si deseamos de buena fe hacer reformas en bien del pueblo, la primera que debemos emprender es la emancipación del poder civil de la autoridad religiosa de Roma, esto es la separación de la Iglesia del Estado". En cuanto a la defensa del proletario contra el magnate es urgente emprender reformas que lo favorezcan: "una legislación obrera que limite las horas de trabajo de operarios y jornaleros; que impida la inicua explotación que hoy se hace del trabajo femenino; que reglamente el trabajo de los niños; que establezca la responsabilidad de los patrones en los accidentes del trabajo; que obligue a los hacendados y dueños de fábricas y de salitreras a prestar asistencia a sus obreros enfermos y a velar por la educación de sus hijos; que establezca el ahorro forzoso

del trabajador para que acumule, un fondo para el caso que quede sin trabajo, y otro para cuando se inutilice por enfermedad o vejez; que declare abolidas las gabelas de fichas, pulperías y quincenas de las salitreras y minas de carbón, proclamando el comercio libre; que reglamente las construcciones de habitaciones para obreros y casas de arriendo que libren al pueblo de las horcas de los agencieros; y finalmente, que prohíban las famosas ventas al semanal, que explotan al obrero y despiertan la afición a los juegos del azar: he ahí vuestro programa".

Una legislación social tendiente a mejorar las condiciones de vida y de trabajo de las masas asalariadas tiene que ir aparejada con medidas drásticas para extirpar los vicios que corroen a la nación, como el alcoholismo, juegos de azar, la prostitución y su consecuencia, las enfermedades venéreas que mina la salud de la raza. Evitar lo que hasta ahora ha sucedido en el país en que "se han dictado leyes de telarañas que arrastran semanalmente algunas decenas de rotos a las comisarías, y dejan impunes a los caballeros que se emborrachan en los clubes y cafés y a los magnates que fomentan el alcoholismo en el despacho de la hacienda o en la pulpería de la oficina salitrera".

Este es, en líneas generales, el programa constructivo de Alejandro Venegas, cuya realización sólo podría llevarla a cabo un conjunto de hombres sinceros y honrados, verdaderamente patriotas, ajenos a los egoísmos inhumanos de la oligarquía dominante y ajenos, también, a las ambiciones y deseos arribistas de los advenedizos, ("las basuras que el torbellino ha encumbrado del muladar") porque son tan déspotas como los envanecidos y soberbios plutócratas.

***

En su libro *POR PROPIAS Y EXTRAÑAS TIERRAS* se recogen algunas de las conferencias que dictara en el Liceo de Talca, acerca de sus viajes por los países del Pacífico. Estas conferencias tienen gran valor, porque siempre en ellas se evidencia el observador sagaz que no se reduce a enfocar y describir lo externo del paisaje o de la sociedad, sino que ahonda en la situación económica, en las relaciones sociales, en la psicología de cada pueblo. Además, nos exhiben claramente el profundo sentimiento chileno de Alejandro Venegas. A menudo encontramos bellas y sentidas añoranzas de su tierra y de su pueblo. En Arequipa se conmueve y escribe: "A las oraciones se oye un verdadero concierto de campanas, que para mí tenían un encanto especial, el de las cosas que traen el recuerdo de la patria, que bañan de nostalgia el corazón: esas campanas, me hacían acordarme de esta ciudad en que ahora me encuentro".

Observando aspectos de la historia del Perú analiza el sacrificio del Presidente Billinghurst, que al igual que Balmaceda el nuestro, se distinguió por su patriotismo creador. Expresa estas acertadas reflexiones: "¡triste situación del pueblo de las naciones hispanoamericanas, esclavo y ciego, incapaz de comprender a los que le aman y mucho más incapaz de castigar a que le explotan! El Perú como Chile y como todos los estados de la América Latina es una república democrática en el nombre, pero en el hecho es una oligarquía: gobiernan unos pocos para su único y exclusivo provecho. Este país legendariamente rico, causa una impresión hondamente triste por su pobreza económica y por la ignorancia y el atraso en que se encuentran sus clases inferiores. El pueblo ha comprendido su situación miserable; en un principio creía, como nosotros, en la política y esperaba en cada elección que el triunfo del partido tal o del partido cual, había de traerle el remedio de sus males; pero la experiencia le ha hecho ver que en las diversas agrupaciones políticas predominan de unos mismos explotadores, y el pueblo está hoy dominado por el más negro pesimismo; el gobierno en su opinión es la cifra de la inepcia, del egoísmo y de la falta de

honradez". Destaca cómo la clase dirigente peruana, para engañar al pueblo, toca las fibras patrióticas y lo azuza contra el Ecuador, Colombia y Chile, "pero las nueve décimas partes de los peruanos viven en la miseria o se ven obligados a emigrar".

De aquel viaje Alejandro Venegas trajo la convicción de que el Perú era un país que debía ser estudiado detenidamente por los chilenos patriotas, porque esa nación ha sufrido las mismas enfermedades y males que aquejan al nuestro, padeciendo sus mismas consecuencias: "El que quiera saber adónde pueden llevamos los gobiernos desorganizados en que sólo pesan los influjos, los congresos que sólo legislan para el propio beneficio de sus miembros o de sus allegados, los partidos que no tienen principios ni ideales, sino caudillos, los ejércitos que olvidan que han sido creados para servir a la nación y han llegado a creer que la nación ha sido formada para ellos, los hombres, por fin, que posponen los intereses de la Patria a sus propios intereses, el que quiera saber adónde lleva este conjunto de plagas que hoy nos azotan, estudie a aquel desgraciado país, y estoy seguro que luego correrá a ocupar un lugar entre los que luchan por la regeneración política y social de nuestra Patria".

El análisis que lleva a efecto sobre la realidad de Bolivia llega a resultados idénticos. Sus expresiones doloridas acerca de la triste condición de las multitudes bolivianas lo hacen reflexionar en las de su tierra natal, lo que le emociona y hiere su honda sensibilidad social: "El hogar, la amistad, la Patria me hablaban desde acá con voces de una ternura desconocida para mí: todo me emocionaba. Un sentimiento de conmiseración se apoderó de mí luego que me di cuenta del atraso, de la pobreza, de la desgracia del pueblo boliviano". Por ello fustiga duramente a quienes llevaron a ese pueblo miserable e ignorante a la guerra: "cuánta indignación sentí contra los hombres que aspiran al Gobierno de los pueblos sólo para explotarlos en su propio provecho... pero ese pueblo, como el de otras naciones sudamericanas, tiene la felicidad de no darse cuenta de su propia desgracia y vive indiferente en su miseria y su abyección, dejándose esquilmar dichosos de poder comer lo necesario, para no perecer, y de asistir de cuando en cuando a las festividades populares que por motivos religiosos y patrióticos se celebran frecuentemente".

Así es como Alejandro Venegas analizaba con franqueza y objetividad el estado social de los pueblos que visitaba. Sabía calar hondo en su estructura y estaba siempre pronto a señalar los vicios y las injusticias, y a exaltar las virtudes que encontraba; igualmente, le interesaba sobre manera establecer comparaciones con su país. Al describir las obras de salubridad de la ciudad de Panamá observa que ellas han permitido "un aseo completo de la ciudad, a tal punto que en ninguna parte se ve el espectáculo repelente que ofrecen los conventillos y las viviendas de la gente pobre aun en calles centrales de nuestras principales poblaciones".

También manifiesta su opinión franca con respecto a problemas internacionales. Se detiene, por ejemplo, a analizar la manera cómo se creó la República de Panamá por el localismo y separatismo criollos y el maquiavelismo imperialista de los Estados Unidos. Escribe: "la causa ha estado en ese sentimiento que se desarrolla en las sociedades provincianas infatuadas, que los lleva a mirar con ojeriza a la metrópoli por creerse postergadas o no consideradas lo bastante; ha estado en el vano orgullo de los que no se resignan a ocupar un puesto secundario en una gran colectividad y prefieren, olvidando los verdaderos intereses de la patria, producir la escisión para subir a los primeros puestos, aunque sea en un grupo insignificante". Esta causa, unida a las maniobras de los Estados Unidos, hizo triunfar los sueños ambiciosos de los separatistas. Esta misma razón es la que nos explica la acción de los oligarcas criollos tendiente a entregar

sus países al imperialismo y a impedir la unidad económica y política de Latinoamérica. Venegas considera que la nueva nación es "hija de un abuso brutal de la fuerza y de la relajación del sentido moral de un grupo de hombres que no han vacilado para mutilar a su patria y vender por unos cuantos millones la soberanía del suelo que los vio nacer... Los norteamericanos creen haber merecido la disculpa de su innoble proceder con la realización de la obra gigantesca, que están próximos a terminar.

Pero se engañan: el canal será simultáneamente un monumento grandioso que proclamará ante el mundo el vigor económico de la República del Norte, y un triste padrón que recordará a las gentes el desprecio que esa nación tuvo por el derecho ajeno, y el insulto que infirió a la Humanidad en pleno siglo XX".

El libro mencionado contiene también un relato titulado "Sobre Cubierta", el que traduce patéticamente el hondo patriotismo de Alejandro Venegas. En él describe una conversación de varias personas que coinciden en estimar a los chilenos como a los más hábiles ladrones; pero alaban, igualmente, sin reservas a sus profesionales: médicos, ingenieros, profesores, militares. Entre los casos de grandes profesionales que citaban con admiración se referían especialmente al del Dr. Valenzuela Basterrica. Entonces escribe emocionadamente Venegas: "Era él quién había arrancado palabras encomiásticas para nuestra patria a aquella gente burda tan acostumbrada a menospreciarla y envilecerla...

El no reparó tal vez en mi presencia, pero si me hubiera mirado habría visto unos ojos húmedos que le miraban con inmensa ternura enviándole el agradecimiento de un corazón que sueña con una patria grande y feliz, respetada y querida. Nada le dije y me quedé absorto un largo tiempo en que mi espíritu anhelante tendió la vista hacia el suelo natal, hacia la juventud estudiosa, la juventud con ideales, la que busca en la educación científica su perfeccionamiento, la que mañana nos dará profesionales que arranquen el sambenito que han echado sobre el pecho de nuestro país la ignorancia y la falta de cultura moral de nuestros propios conciudadanos".

Los escritos de Alejandro Venegas Valdés son de un mérito extraordinario y en especial "SINCERIDAD" constituye una obra de aliento épico en la crítica despiadada y exacta de la realidad económico-social de Chile, de los tremendos males que había generado y que nos conducían a la ruina. Asimismo, su programa es magnífico y muchas de sus medidas esenciales de haberse realizado en su oportunidad habrían conducido a nuestra patria por caminos de progreso y grandeza. Posee una visión completa y sistemática del pasado, del presente de Chile e igualmente, traza líneas para el futuro que deben ser tomadas muy en cuenta por quienes en la actualidad luchan por producir los cambios que la evolución mundial y nacional reclama imperiosamente.

Las críticas, ideas y programa de Alejandro Venegas Valdés lo acreditan como el más genuino precursor del movimiento obrero democrático de nuestro país y es muy curioso hacer constar que coinciden justamente con las críticas, ideas y programas del socialismo chileno que actúa como el instrumento ejecutor de las reivindicaciones de las grandes masas laboriosas nacionales. Alejandro Venegas Valdés ocupa desde luego un alto sitial de honor entre los pocos y esclarecidos patriotas chilenos que con mirada realista, profética y grandiosa han sabido interpretar los grandes problemas nacionales y formular las adecuadas soluciones.

Santiago Arcos Arlegui, Francisco Bilbao, José Manuel Balmaceda, Alejandro Venegas Valdés, Luis Emilio Recabarren Serrano, Eugenio Matte Hurtado, son los escritores, ideólogos, estadistas y dirigentes que más

estrechamente vinculados están a las tradiciones de la clase trabajadora nacional y que con sus ideas, obras y desvelos nos ayudan a encontrar el camino de nuestro verdadero destino.

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX[40]

1. Los partidos políticos a principios del presente siglo. 2. Florecimiento económico de 1904-1905 y crisis siguiente. 3. Miseria de la clase trabajadora por los bajos salarios y la carestía de la vida. 4. Les primeros movimientos de la clase obrera y las represiones de Riesco y Montt. 5. Prédicas de Recabarren y escritos de Valdés Canje. 6. Riqueza y crisis determinadas por la primera guerra mundial. 7. Gobierno reaccionario de Sanfuentes al servicio de la plutocracia. 8. Triunfo de las fuerzas democrático-populistas en 1920. 9. Demagogia y fracaso de la primera presidencia de Alessandri. 10. Intervención política de los militares y comienzos de su dictadura.

1. A principios del siglo XX las fracciones oligárquicas que se disputan el gobierno y se suceden en él, administran el país como a un vasto feudo. A consecuencia de la derrota de Balmaceda desaparece el sistema presidencial autoritario y entra a predominar el Congreso, al que no se le puede responsabilizar por sus actos. Así se impone un régimen en el que el Presidente carece de autoridad y predomina un Congreso sin responsabilidad. El propio Balmaceda en su conocido "Testamento Político" (Carta a los señores Claudio Vicuña y Julio Bañados Espinoza) traza un profético bosquejo de las consecuencias que producirá el régimen victorioso en 1891: "Mientras subsista en Chile el gobierno parlamentario en el modo y forma en que se le ha querido practicar y tal como lo sostiene la revolución triunfante, no habrá libertad electoral ni organización seria y constante en los partidos, ni paz entre los círculos del Congreso. El triunfo y el sometimiento de los caídos producirán una quietud momentánea; pero antes de mucho renacerán las viejas divisiones, las amarguras y los quebrantos morales para el jefe del Estado. Sólo en la organización del Gobierno popular representativo, con poderes independientes y responsables y medios fáciles y expeditos para hacer efectiva la responsabilidad, habrá partidos con carácter nacional y derivados de la voluntad de los pueblos, y armonía y respeto entre los poderes fundamentales del Estado. El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá. O el estudio, el convencimiento y el patriotismo abren camino razonable y tranquilo a la reforma y a la organización del gobierno representativo, o nuevos disturbios y dolorosas perturbaciones habrán de producirse entre los mismos que han hecho la revolución unidos, y que mantienen la unión para el afianzamiento del triunfo, pero que al fin concluirán por dividirse y chocarse. Estas eventualidades están más que en la índole y en el espíritu de los hombres, en la naturaleza de los principios que hoy triunfan y en la fuerza de las cosas. Esto es el destino de Chile, y ojalá las crueles experiencias del pasado y los sacrificios del presente induzcan la adopción de las reformas que hagan fructuosa la organización del nuevo Gobierno, seria y estable la constitución de los partidos políticos, libre e independiente la vida y el funcionamiento de los Poderes Públicos, y sosegada y activa la elaboración común del progreso de la República. No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido ni del porvenir. Si nuestra bandera, encarnación del gobierno del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempos no lejanos, y con defensores numerosos y más afortunados que nosotros, flameará

[40] ATENEA 264

un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de la vida".

En el gobierno seudo parlamentario victorioso los numerosos partidos políticos se diferencian sólo por sus puntos de vista acerca de las relaciones entre el Estado y la Iglesia y la cuestión de la educación pública; pero en los problemas económicos no tienen posición ni criterio distintos. De ahí que la estructura económica del país no es tocada y se mantiene el latifundio, se facilita la penetración imperialista y se impone el régimen del papel moneda que provoca un permanente inflacionismo, dirigido y aprovechado por la clase dominante, conservadora, que mira exclusivamente la defensa de sus bienes. Las agrupaciones políticas existentes representan dichos intereses. Los partidos Conservador, Nacional y Liberal, expresan las relaciones del latifundio, la banca y la Iglesia. El partido Liberal-Democrático que surgió como depositario de las ideas de Balmaceda solamente fue una montonera oportunista y despreciable. Con sobrada razón ha escrito Alejandro Venegas: "Este partido, que en un principio penetró hasta el corazón del pueblo, porque nuestra gente de trabajo tiene un verdadero culto por Balmaceda, ha ido perdiendo el afecto general a medida que ha ido echando al olvido y hasta escarneciendo los principios que consagró con su sangre el mártir del 91. Ni el respeto por la Constitución que establece el derecho del presidente de la República para elegir libremente sus ministros, ni los anhelos de dar al pueblo felicidad proporcionándole trabajo e instrucción ni la aspiración de devolver al país una moneda honrada, ni las reformas liberales, nada, nada conserva del que llama su fundador ese partido mercantil y logrero que ha tomado el nombre sarcástico de liberal-democrático".

El Partido Radical defiende los intereses de la burguesía demoliberal (industriales y mineros), y de la pequeña burguesía democrática (profesionales, empleados y burocracia estatal) disciplinada en las logias masónicas. También recluta poderosos sectores latifundistas (especialmente en los del sur de país).

Después de sus luchas de 1864-1884 se plegó a la oligarquía gobernante, ayudando a derribar a Balmaceda en alianza con los conservadores y entrando a formar parte de los gabinetes de coalición. Según el programa de 1888 sus puntos fundamentales estaban contenidos en sus proposiciones de obtener la separación del Estado y la Iglesia; el establecimiento de la enseñanza primaria "gratuita, laica y obligatoria"; y el mejoramiento de la condición legal de la mujer. En el orden económico-social sólo consultaba una tímida proposición sobre "el mejoramiento de la condición de los proletarios y obreros". Esta actitud del Partido Radical era tanto más anodina cuanto que Arcos y Bilbao (éste considerado el precursor del radicalismo), a mediados del siglo XIX habían planteado en términos claros y decididos la necesidad de mejorar o incorporar al pueblo a la cultura y a la política. Aún más, en ese mismo año de 1888, aparecía en París el libro *"Chili et chiliens"* del noticioso viajero y observador Charles Wienen, donde se describe la angustiosa condición de miseria del roto, sobre todo de su habitación, el conventillo, que es el "refugio de la mugre y a menudo del crimen". Dice que el roto en realidad carece de hogar y vive en la miseria. ¿Por qué la Convención Radical de 1888 soslayó el problema social chileno, a pesar de considerarse partido de avanzada y en circunstancias que observadores extranjeros lo exhibían crudamente, puesto que ya se planteaba agudamente? Porque... "Los políticos que formaron la asamblea eran en su mayoría profesionales o estudiosos de cierta distinción; figuraban en el núcleo intelectual estrechamente vinculado a la oligarquía burguesa de su tiempo; en este grupo gobernante, ellos eran la vanguardia, pero sólo la vanguardia de una oligarquía que secularmente sustentaba el desprecio y el rencor hacia el roto, de cepa mestiza, generado en las encomiendas feudales. En concepto suyo este

elemento social no merecía otra suerte que la que alcanzaba, porque sus mayores nunca tuvieron una subsistencia mejor... Una vez más quedó comprobado el hecho de que una clase gobernante nunca legisla, ni siquiera se propone legislar, en favor de otra clase que esté excluida de la gestión del poder público".[41]

El Partido Radical, expresión de los intereses de la burguesía, no se atrevió a defender una reforma amplia encaminada a elevar el nivel económico y moral de las masas laboriosas, sumidas en la miseria y la abyección. Ni nunca lo ha hecho a pesar de haber integrado combinaciones de "izquierdas" e incluso, haber dominado el poder... Ha permanecido siempre leal a sus intereses burgueses y reaccionarios. Es verdad que en su seno se libra una permanente lucha entre los sectores burgués y pequeñoburgués. A partir de 1906 adquiere una enconada fisonomía esta pugna entre el sector burgués de arraigados principios liberales y capitalistas y el sector de clase media de confusas aspiraciones socializantes. Sostenedor de las nuevas tendencias sociales fue el maestro don Valentín Letelier.

El único partido popular en esta época es el Demócrata que se había fundado en 1887, distinguiéndose el domingo 29 de abril de 1888 al dirigir un ruidoso movimiento de protesta en Santiago por el alza de las tarifas tranviarias y que celebró su primera convención el 14 de julio de 1889. El Partido Demócrata agrupó al artesanado y a algunos núcleos de obreros, pero no jugó ningún rol importante y, por el contrario, provocó grandes daños a la masa popular. Su explicación reside en lo que el destacado publicista Alejandro, Venegas V. escribiera al respecto: "Desde su cuna le ha cubierto la sombra siniestra de un pecado original, la falta de ideales que para surgir adulan a las multitudes haciéndolas formarse un concepto errado de sus derechos y de cuáles deben ser los objetos de sus aspiraciones. Siempre ha sido una agrupación sin jefes, sólo con cabecillas egoístas, de ambiciosos vulgares, tal vez nadie ha hecho tanto daño a la causa del pueblo como el Partido Demócrata que, con su venalidad, con su codicia, con la rapiña de que ha hecho gala en los municipios que han caído en su poder la ha desacreditado y hecho profundamente antipática".[42]

De esta manera la descomposición política alcanza su máximo durante la época del parlamentarismo y la corrupción de las costumbres electorales ofrece caracteres sin precedentes. Este proceso se inicia desde las elecciones presidenciales de 1896 en las que el candidato de la Alianza Liberal, don Vicente Reyes, venció por cuatro electores, pero el personero de la Coalición, don Federico Errázuriz Echaurren, se compró a algunos de los electores aliancistas y, luego, en el Congreso Pleno sus numerosos parientes le dieron el triunfo. De esa manera el país tuvo un gobernante que había conseguido su alto cargo por el cohecho, la venalidad y el nepotismo, además que personalmente era de inteligencia mediocre y de costumbres disipadas.[43]

---

[41] Luis Galdámez "Valentín Letelier y su obra". El que quiera conocer el desarrollo interno de este Partido puede leerse el libro de Ángel Custodio Espejo: "El Partido Radical, sus obras y sus hombres".

[42] Valdés Canje. "Sinceridad". En sus primeras páginas se hace un excelente análisis crítico de los partidos políticos chilenos

[43] Carlos Vicuña en su notable obra "La Tiranía en Chile" expresa, que su gobierno fue prudente y pacífico "solo manchado por indignos actos de venganza contra sus enemigos políticos y por bacanales nocturnas, que eran una nota de escándalo a la que el país no estaba acostumbrado".

2. Las “cien familias” (oligarquía dominante y gobernante) imperan sin contrapeso. El inflacionismo sistemático que impulsan coincidió en su primera época con una gran prosperidad debido a las condiciones económicas mundiales favorables, que permitieron un gran auge a las industrias de exportación y, además, dieron lugar a una gran especulación, con motivo de haberse creado nuevas empresas, muchas de las cuales “tenían por objeto la explotación de substancias que no existían más que en la imaginación o en la malicia de sus organizadores”.

Por esta época comienza a desarrollarse la industria del cobre. Desde la guerra del Pacífico había declinado la importancia de la producción cuprífera, desplazada por el salitre, pero a partir de los comienzos de este siglo nuevamente se intensifica, gracias a las cuantiosas inversiones de capitales norteamericanos que hacen posible su producción en vasta escala. En 1905 se inició la explotación de “El Teniente”. En 1913 se dará principio a las faenas en el mineral de cobre más grande del mundo: Chuquicamata.

Algunas cifras nos permiten fijar el proceso de los negocios en estos años de orgía y especulación.

Año	Capitales en. moneda chilena	Capitales en £
1904.	28. 598,000	995,000
1905	216. 062,000	8. 393,240
1906.	88. 046,000	7. 999,000
1907	49. 858,387	851,000

En 1904 el Ejecutivo autorizó la existencia legal de 59 compañías anónimas con un capital de $ 93.663.900 (explotaciones de cobre, salitre, frigoríficos, carbón, productos agrícolas y ganaderos). En 1905 se autorizó la existencia legal de 170 sociedades industriales y comerciales con un capital de 271.000.000 de pesos.[44]

Este período de prosperidad tuvo un término catastrófico. En 1906 se produjo el colapso de muchas de las compañías recientemente creadas; la restricción del crédito y la disminución de las reservas bancarias. Con razón Valdés Canje al analizar está época de auge expresa que descansaba en bases artificiales, motivo por el que fatalmente debía producirse su derrumbe. La ley del 29 de diciembre de 1901 fijó el 1° de enero de 1910 para poner fin al curso forzoso, y al mismo tiempo lanzó al mercado 30 millones de pesos en billetes inconvertibles. Esta ley produjo un descenso del cambio y la emisión señalada “en una época de verdadera prosperidad tuvo que producir su consecuencia lógica: abundancia de capitales y facilidad para obtener préstamos, lo que fomenta las empresas aventuradas, que al fin y al cabo tienen que terminar con una liquidación desastrosa. Efectivamente, durante el año 5 se organizaron sin fundamento serio centenares de sociedades industriales que representaban centenares de millones de pesos”.[45]

La situación indicada se prestó para las más atrevidas especulaciones que luego causaron la ruina de muchas personas. Sin embargo, la crisis que se abre a continuación no afectó a los grandes magnates (agricultores y banqueros), pero se aprovecharon de ella para obtener nuevas emisiones que hicieron

[44] Daniel Martner “Historia Económica de Chile”
[45] Julio Valdés Canje. “Cartas a Pedro Montt”.

descender más el cambio, agravando la miseria de las masas, por el encarecimiento continuo de la vida, especialmente de los artículos de primera necesidad para el pueblo. Los malos negocios y las condiciones del crédito que siguen a la fase de bonanza eran, pues, la consecuencia natural de la especulación desenfrenada y que el gobierno agravó y profundizó al tratar de solucionarla recurriendo a nuevas emisiones, puesto que con ello no hizo otra cosa que elevar el costo de la vida y perjudicar a las grandes masas consumidoras. "Las clases asalariadas frente al alza de los precios comenzaron a luchar por obtener salarios más altos, lo que dio origen a que se desarrollara una conciencia de clase. El alza de los precios fue uno de los elementos más importantes en el desarrollo de la cuestión social en Chile".[46]

Así como el florecimiento económico del país, de principios de siglo, llevó aparejada en la base la intensificación de la explotación de la clase obrera, en tal forma que, en las regiones, del salitre y cobre alcanzó caracteres pavorosos, el alza del costo de la vida agudiza dicha situación. Es en contra de este injusto estado de cosas que se rebelan las masas trabajadoras, lo que provoca sangrientos conflictos.

3. En 1904 trabajaban en el salitre 24.445 obreros, de los cuales 17.398 eran chilenos. En las faenas del cobre laboraban grandes núcleos, los que, sumados a los ocupados en las minas de carbón y en las industrias nacientes, constituyen un proletariado en formación digno de tomarse en cuenta. Las condiciones de trabajo de este proletariado son terribles. Un historiador que no puede ser tachado de parcial, escribe, al referirse a los obreros de las salitreras, que si bien los salarios que recibían eran subidos en relación a las de las demás faenas, vivían en pésimas situación debido a las habitaciones inadecuadas, a la falta de seguridades en las faenas (riesgos a que se exponían en los cachuchos hirvientes), a los precios excesivos de los artículos en las pulperías, y agrega: "a la vista de este cuadro puede afirmarse que no era más miserable la condición de los indígenas, durante la época colonial, en los lavaderos de oro. Todos los dueños, de que gozan, considera que en los años de 1907-8 fluctuaban de 0.20 centavos a $ 1 en moneda corriente de 10 1/2 d. En cuanto a las peonadas ambulantes ("forasteros") ganaban un salario que variaba de 0.80 centavos a $ 1.60, sujeto a diversa escala (con "ración" o sin ella, a trato o al día) y según las localidades y faenas. Es así como en el campo al alza experimentada por los salarios de 1 real, a principios del siglo XIX era de 2 reales a mediados y de 10 reales a principios del actual; en cuanto al valor de la moneda había disminuido de 47 d. a mediados del siglo XIX, a 12 d. a comienzos del siglo XX.

Los salarios en las minas de Tarapacá y Antofagasta eran de $ 5 a 6 en el interior y de $ 4 a 5 en las costas en moneda de 10 1/2 d. En las provincias de Atacama, Coquimbo, y Aconcagua de $ 3.50 a 2 en las costas y de $ 4 a 2 en el interior. En las minas de carbón se pagaba basta $ 5.50. En Magallanes $ 6. En las industrias el salario medio para los hombres era de $ 3.80 y para las mujeres y niños de $ 1.80, en moneda de 10 1/2 d., con una jornada de 9 a 12 horas. Si a veces pueden considerarse elevados los salarios debe recordarse

[46] F. W. Fetter. "La inflación monetaria en Chile". Este libro ha sido muy atacado por los personeros de la oligarquía, especialmente por sus "economistas", Pero un integrante de ella, y gran magnate, don Agustín Ross, en su obra "Sesenta años de cuestiones monetarias y financieras y de problemas bancarios" (1851-1910), condena el régimen papel moneda, destacando que el pueblo tiene que soportar el daño principal causado por él.

que, desde la Revolución de 1891 hasta 1908, el costo de la vida se había duplicado y el valor de la moneda había descendido a la mitad, por lo que los precios de los artículos de consumo se cuadruplicaron".[47]

De paso anota N. Palacios que la ley que fijó en 18 d. el valor del peso chileno canceló de una plumada el cincuenta por ciento de las deudas de sus autores, pero causó, en cambio, la muerte de muchos millares de niños proletarios. Y en esta época, en que Palacios hacía sus cálculos, los salarios del campo habían experimentado aumentos, a causa de la influencia de los mejores salarios en la minería, industrias y obras públicas. Por otra parte, la introducción de algunas maquinarias en las faenas agrícolas era más corriente, pero éstas no mejoraron las condiciones de vida de los campesinos, sólo repercutieron en la obtención de mayores ganancias para los grandes hacendados. Situación tan curiosa e irritante ha sido observada basta por escritores totalmente ajenos a nuestro país. Así, por ejemplo, los geógrafos franceses, hermanos Reclus, expresan con aguda visión: "Los grandes progresos de la mecánica agrícola han aumentado los productos del suelo, pero no han mejorado la situación del labrador, es decir, del bracero del campo, antes bien la han empeorado, mientras que los terratenientes, algunos de los cuales poseen extensiones de 200.000 hectáreas, consiguen ahora con menor número de jornales cosechar los frutos de sus dilatadas fincas".[48]

Al analizar los movimientos obreros explica que se generan por las malas condiciones de vida, por la carencia de una protección adecuada al trabajo y por la indiferencia de las clases superiores. Con respecto

---

[47] Luis Galdames. "Los movimientos obreros en Chile". Presentado al Cuarto Congreso Científico (1° Pan Americano), celebrado en Santiago de Chile del 25 de diciembre de 1908 al 6 de enero de 1909. Publicado en el Vol. X. tomo III, págs. 361-81, junto con el trabajo de don Agustín Ross, que ya hemos citado.

[48] Onésimo y Elíseo Reclus. "Geografía Universal", (Traducción y Prólogo de Blasco Ibáñez. Tomo VI. Madrid 1907). En 100 páginas presentan un cuadro bien completo de la geografía de Chile en sus diversos aspectos. Además, emiten curiosos conceptos sobre el temprano desarrollo industrial de Chile, exagerados en verdad, pero que de todas maneras hablan el lenguaje que en Chile debió ser el de sus gobernantes, si hubieran tenido una exacta visión del porvenir. Contando, pues, los chilenos con la abundantísima riqueza mineral de que hemos hablado, además, de la sal gema, el bórax y las minas de combustible fósil, que se beneficia principalmente en las cercanías de Concepción, prefirieron establecer fábricas en el país para aprovechar en ellas las primeras materias, y mandarlos a la Gran Bretaña, desde donde salían, bajo distinta forma, para las demás naciones del globo. Comenzó en Chile la industria manufacturera por fundiciones de cobre, refinación de la plata, fabricación de productos químicos, altos hornos (comparables hoy a los que en Europa les sirvieron de modelo), y ha llegado a los mayores adelantos conocidos.
Los hermanos Reclus consideran portentosa la prosperidad industrial chilena con sus fábricas de harinas, refinerías de azúcar, fábricas de paños, de papel, de clavos, alfarería y cerámica. Destaca que solamente no se fabrican todavía rieles, máquinas y vagones, debiendo comprarse en el extranjero. Junto con señalar este importante desarrollo económico, ponen de relieve la energía, tenacidad y empresas guerreras de Chile, de tal modo que su comercio y movimiento marítimo han hecho que se levanten en estos lejanos parajes "los cimientos de un Estado marítimo, ni más o menos como Fenicia fueron -en lo antiguo, como Venecia en la Edad Media". El único peligro para Chile que ven estos escritores es la vecindad de Argentina, pues por mucho que Chile aventaja en lo militar y guerrero a las demás naciones, sudamericanas no deja de ser algo peligrosa para el porvenir la vecindad de la Argentina. De todas maneras, afirman que Chile "en realdad es un pueblo rico y de gran porvenir".
Desgraciadamente, los hermanos Reclus se han dejado llevar por su simpatía a nuestra nación presentando un cuadro demasiado risueño y halagador de su realidad, bastante distante de ser efectivo. Pero Chile debería ser lo que los Reclus pintan si sus riquezas se hubieran aprovechado con un criterio social, y no para disfrute de una minoría derrochadora, orgullosa e insensible. Es necesario sí conseguir que algún día la realidad descrita por los hermanos Reclus sea efectiva y aún sobrepasada.

a la mísera situación de los obreros del salitre dice: “no hay tal vez otra región del mundo civilizado en que la organización del trabajo sea más defectuosa y en que pueda observarse con caracteres más graves la omnipotencia del capital, que por ser en este caso extranjero y bailarse en un país en que la situación de las clases laboriosas se mira con cierta indiferencia y estar empleado todavía en una industria de la cual depende la mayor de las entradas fiscales, lleva sus imposiciones a extremos verdaderamente imponderables”.

No obstante, las conclusiones que Galdames saca de su exposición son muy confusas. Así expresa que los movimientos obreros obedecieron a razones políticas más bien que económicas y sociales, en circunstancias que se desprende nítidamente de su propio estudio que lo fueron a causa de las condiciones de su mísera existencia. Se refuerza esta conclusión cuando él mismo expresa que no obedecieron, a una agitación socialista, que no existía, sino que, a la política económica del Gobierno, agregando que no reivindican derechos de clases, sino que tratan de mejorar las condiciones de trabajo y de salud.

4. Los partidos políticos no atienden al clamor popular, ante su situación económica angustiosa. Se limitan a luchar entre sí por el reparto de las granjerías administrativas y por la defensa de los intereses que sirven, mientras las masas yacen en la pobreza y en la desesperación. Los presidentes, personeros de la clase dominante, solamente representan a la reacción y al imperialismo. Germán Riesco (1901-6) carecía de personalidad y de dotes de mando, había sido elegido por sus condiciones negativas, porque los jefes políticos de la Alianza, divididos en mil fracciones, estimaron “que no era una amenaza para nadie”. Y la época de Riesco fue de negocios y especulaciones sin freno, en la que pulularon los gestores administrativos con absoluta impudicia aprovechando la neutralidad benévola del primer mandatario. Pedro Montt (1906-10) que le sucedió era un político torpe, testarudo y atropellador interventor veterano, opositor obstinado al gobierno de Balmaceda y caudillo de la desgraciada revolución de 1891, enemigo de los humildes, por lo que realizó una administración antipopular y al servicio de la oligarquía insaciable.

El naciente proletariado por el desarrollo capitalista del país y la agudización de las contradicciones del régimen expresa sus primeras rebeldías en manifestaciones revolucionarias de grandes repercusiones, que espantan a la oligarquía y a los presidentes Riesco y Montt, representantes de la estabilidad económica de los terratenientes y burgueses.

Las huelgas y disturbios de Valparaíso (mayo de 1903), Santiago (octubre de 1905), Antofagasta (febrero de 1906) e Iquique (diciembre de 1907), demuestran la efervescencia de las masas que ya no aceptan resignadamente su miseria y, por el contrario, inician su lucha por una participación justa en la riqueza y lograr el mejoramiento de sus lamentables condiciones de vida. Era esto tanto más justo cuanto que los negocios de la clase plutocrática prosperaban ininterrumpidamente.

Algunos de los movimientos mencionados adquirieron proporciones extraordinarias. El de Santiago, en 1905, se originó en un mitin para protestar por el impuesto al ganado argentino, una de las leyes más impopulares y mantenida exclusivamente en beneficio de unos cuantos grandes agricultores incapaces y

de algunos centenares de contrabandistas, lo que siempre ha dado motivo para negociados y situaciones irritantes, a costa del pueblo.[49]

En el de Iquique, en 1907, participaron 10.000 trabajadores, pidiendo alza de salarios, seguridades en las faenas, comercio libre para poner fin a la explotación de las pulperías. Se le reprimió con una atroz matanza autorizada por el presidente Montt. Se ha manifestado por diversos conductos que fueron masacradas unas dos mil personas en esta feroz represión que comandara Silva Renard. La prensa al servicio del oro oligarca atenuó la matanza y el Congreso cometió la indignidad de aprobar la conducta de las autoridades, porque apoyaba en todo al gobierno de Montt, en una verdadera coalición, disfrazada bajo el nombre de "tregua doctrinaria" y en la que nacionales, radicales, conservadores y liberales doctrinarios daban su consentimiento a las más vergonzosas iniquidades.

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX[50]

F. W. Fetter en su obra citada, reproduce una nota del corresponsal de "The Economist" de Londres que comunicó, en abril de 1909, desde Iquique, que 500 obreros habían sido muertos o heridos en los disturbios de diciembre de 1907. El Dr. Julio Valdés Canje afirma en su libro "Sinceridad" que los obreros del salitre en Iquique, exasperados por los abusos, solicitaron respeto para su trabajo y educación para sus hijos, lo que fue estimado un audaz atentado por los magnates y autoridades y reprimido con el fusilamiento de dos mil de ellos en la Escuela Santa María. Luego, los niños debieron asistir a clases pasando por sobre las enormes costras de sangre, incluso sangre de sus parientes.

Carlos Vicuña dice... "el general Silva Renard hizo funcionar las ametralladoras desembarcadas del O'Higgins esa misma mañana y barrió la plaza y la escuela. Sólo funcionaron un minuto, pero estaba tan apiñada y desprevenida la gente, que más de setecientas personas, en su mayoría mujeres y niños, murieron bajo la metralla implacable. Fue tal la premura de Silva Renard que unos ocho soldados que habían entrado a la escuela de Santa María a notificar la orden de desalojo no alcanzaron a salir a tiempo y, cayeron también bajo las balas"[51].

---

[49] En el libro de Carlos Vicuña: "La Tiranía en Chile", se describan con bastantes datos las diversas masacres mencionadas y también, detenidamente, las de 1919, 1920, 1921 y 1925. Es muy interesante al respecto el libro del destacado dirigente anarquista Luis Heredia: "Cómo se construirá el socialismo", en el que junto con describir el origen y desarrollo de los primeros grupos socialistas y anarquistas hace un buen análisis del desenvolvimiento de las luchas de la clase obrera nacional y de las represiones inmisericordes que sufriera. Con respecto a este movimiento de Santiago, en 1905, ha publicado valiosos recuerdos el dirigentes obrero, socialista, actual senador de la República, Carlos Alberto Martínez, en una entrevista extensa concedida a la revista "Bases", N°2, de noviembre de 1937, que aparecía en Valparaíso. La crueldad de la clase dominante chilena ha sido increíble y tanto más odiosa cuanto que siempre ha tratado de ocultarla en las artimañas de las leyes y la Constitución, so pretexto de defender "el orden y la paz social", es decir, el libre ejercicio de la expoliación que realizan unas cuantas decenas de magnates, señores del país, con cuyos intereses se confunde el Estado, que manejan el Gobierno y sus instituciones, mientras el pueblo perezca lentamente.

[50] Atenea 265

[51] Según el testimonio de mi padre, Armando Jobet Angevin, que era suboficial del Carampangue en ese entonces, calcula que las bajas alcanzaron a 2.000. pues a él le correspondió el primer turno de entrega de cadáveres contando 900. Hombres, mujeres y niños estaban rebanados por las ametralladoras. Entre los incidentes curiosos de esa

Esta matanza autorizada por el Presidente Montt formó parte de los beneficios que le otorgara a la clase industrial-salitrera y latifundista. En seguida "permitió una emisión de 30 millones de pesos en billetes primero, y un nuevo aplazamiento de la conversión metálica después" ...

Con las emisiones de 1904 y 1906 y las anteriores a esos años, la moneda de curso forzoso llegaba a 150 millones de pesos. Estos hechos indican la torpeza criminal de la política económica de la oligarquía. Estaba determinada exclusivamente por sus intereses clasistas. Sin embargo, no faltaban voces autorizadas, de esa misma oligarquía, que se levantaban de vez en cuando a señalar esta pavorosa realidad y a exponer medidas para atajar los males. Don Enrique Mac-Iver decía en el Senado el 17 de mayo de 1906, "este estado de profunda agitación y excitación de las clases trabajadoras, esta carestía intolerable de la vida, que puede ser indiferente para los que tienen negocios en la Bolsa, ¿no piensan mis honorables colegas que pueden traer envueltas las huelgas futuras, con todas sus consecuencias? ... Los que estamos aquí podemos defendernos de la baja de la moneda, los que tienen ganados saben que éstos subirán de valor, los que tienen otros negocios, tienen campo donde reponerse de las perturbaciones del valor de la moneda; pero los pobres, los que están afuera, los que viven de salarios, esos no tienen medios de defensa; esos son los débiles en la lucha por la vida; esas son las víctimas de esta clase de proyectos".

Esta actitud de Mac-Iver envolvía una rectificación de sus afirmaciones de pocos años antes cuando expresaba que la cuestión social no existía en Chile. Tal como lo expresaba Mac-Iver los magnates no eran afectados por la desvalorización de la moneda, sino que ganaban con ella. En 1908 el valor del salitre exportado fue de $ 233.865.403; el del cobre de $ 7.073.728 y el del trigo de $ 12.115.770. Los negocios de la clase privilegiada prosperaban, mientras el pueblo agobiado soportaba una miseria creciente.

5. En estas primeras manifestaciones violentas de la lucha de clases, que hemos señalado, con la insurgencia pujante de la clase obrera, se destaca el conductor más valioso del proletariado nacional en su período de formación: LUIS EMILIO RECABARREN SERRANO, "don Reca", como cariñosamente lo llamaban los trabajadores chilenos. Recabarren era miembro del Partido Demócrata y desde 1901 luchó en su seno porque éste tuviera una política independiente de carácter popular y que no se ligara al carro de las coaliciones con la clase terrateniente y burguesa. En 1902 fundó la "Mancomunal" de Tocopilla. nuevo tipo de organismo obrero. En efecto, en vista de que el movimiento mutualista no jugaba ningún papel en las luchas de la clase trabajadora (en 1906 existían 206 sociedades mutualistas y nada significaban en el movimiento obrero), Recabarren trabajó por la constitución de lo que llamara "mancomunales" que tenían más de sindicato de resistencia que de órgano mutualista. Junto a ese trabajo organizativo instala periódicos obreros (El Despertar de los Trabajadores), que propugnan las ideas socialistas y defienden las reivindicaciones elementales del proletariado nacional.

El movimiento obrero naciente hace sentir su peso y el Gobierno se ve obligado a dictar algunas leyes sociales, destinadas a acallarlo. El 20 de febrero de 1906 la Ley de Habitaciones para obreros y el 29 de agosto de 1907 la Ley de Descanso Dominical Obligatorio, que nada remediaron.

El 18 de septiembre de 1909 se fundó la Federación Obrera de Chile, sobre bases mutualistas con finalidades de asistencia social, de mejoramiento económico y de perfeccionamiento cultural y moral. A

nefasta jornada destaca el que se relaciona con la negativa de un sargento primero a cargar con su pelotón de lanceros sobre la masa aterrada e indefensa, dando orden de retirada a sus hombres.

pesar de su carácter mutualista la Foch constituyó la base del principal organismo sindical-revolucionario del proletariado chileno. En su primera Convención, realizada en Santiago en 1911, sufrió una transformación de importancia, al ingresar las mancomunales de Recabarren, con lo que se superó su contenido exclusivamente mutualista. En su segunda Convención, en 1917, es ya un poderoso instrumento del movimiento obrero que reclama una mayor participación en el usufructo de la enorme riqueza obtenida, a consecuencia de la guerra mundial. Prosiguiendo en su lucha incansable Recabarren, con clara visión de dirigente, echó las bases de un partido político popular independiente, el Partido Socialista Obrero, fundado en junio de 1912, aunque no adquiere volumen debido a la falta de madurez política de la clase obrera. De todas maneras, es un antecedente interesante en la historia del movimiento obrero y que permite aquilatar el criterio certero de Recabarren y demás dirigentes, que ya planteaban la lucha sindical reivindicacionista inseparable de la acción política.

La figura de Recabarren se destaca inconfundiblemente como el guía de los trabajadores chilenos. Con razón don Ricardo Donoso expresa que el más caracterizado de los dirigentes populares "por sus perfiles verdaderamente apostólicos, y por la abnegación con que sirvió sus ideales, fue Luis Emilio Recabarren, tipógrafo de profesión, quien, trasladándose a la región salitrera, consagró todas sus energías al servicio de los intereses de las clases trabajadoras"[52]. La clase dominante gobierna sin mayores sobresaltos. En 1910 se conmemora el primer centenario de vida nacional independiente. Sube a la presidencia don Ramón Barros Luco, anciano de ochenta años, malicioso y socarrón, mediocre de inteligencia, sin idealismo ni talento, era solamente un macuco que compendia las características gobernantes de la aristocracia rural: absoluta falta de capacidad de estadista, macuquería en los procedimientos políticos, malicia en las relaciones personales, "ebrio de indolencia" como dijera Balmaceda del Presidente Pérez; duerme una permanente siesta "dejando hacer, dejando pasar". Para él los problemas se resuelven solos o no tienen solución. No cree en la acción orientadora, rectora y realizadora de los hombres. Es de aquellos ciudadanos muy comunes en nuestra patria, que "no son una amenaza para nadie" y cuando suben al gobierno no lo son "ni para los más rapaces", por lo que se les considera "buenas personas". De ahí que el país sea gobernado como un feudo en el que la minoritaria clase pudiente hace y deshace a su antojo.

En 1910, con motivo del Centenario, se lanzó la primera gran voz de alerta, honrada y valerosa, sobre la real situación del país, por el Dr. Julio Valdés Canje, seudónimo del educador Alejandro Venegas, en su notable libro: "SINCERIDAD. CHILE INTIIMO EN 1910", en cuyas páginas ardientes pone en descubierto la política de explotación y provecho exclusivista llevada a cabo por la clase dominante. Demuestra que la evolución republicana ha alcanzado un nivel formal elevado, pero asentada en débiles bases, pues la miseria de las grandes masas y su despojo sistemático han sido las normas en el curso de ese primer siglo de vida "independiente". ¿A qué se ha debido tan lamentable actitud, según Valdés Canje? A que "los que nos gobiernan, nacidos por lo común en la opulencia, educados lejos del pueblo, en establecimientos en que se rinde pleito homenaje a su fortuna y al nombre de su familia, dedicados después a la tarea no muy difícil de acrecentar su patrimonio con el sudor ajeno, han manejado la cosa pública en la misma forma y con los mismos fines que su propia hacienda, dictando las leyes para su propio y exclusivo provecho. Con este procedimiento han prosperado tanto, han ascendido a tal altura, que tienden las miradas a las clases inferiores y, no viendo más que los rasgos generales, la perspectiva engañosa, se creen en el mejor de los mundos y siguen resueltamente caminando hacia el abismo. Pero nosotros los que vivimos entre los de

[52] Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833

abajo, vemos todas las miserias, todos los vicios todas las angustias de este pueblo que se gloria de ser el más noble y viril de los nacidos en América".

Después de su crítica acerba y justa, Alejandro Venegas expresa con fervor la necesidad urgente de enmendar rumbos y volviendo los ojos al pueblo, los gobernantes deben democratizar efectivamente las instituciones. Sólo por ese medio se podrá poner término a la farsa que significa el Chile europeizado, con una ligera mano de barniz, después de cien años de vida republicana, y al contraste que existe entre la minoría lujosa y rica, de los magnates dueños de verdaderos dominios, mientras el pueblo, que es lo principal, permanece en un abandono deplorable; porque la verdad que "no a mucha distancia de los teatros, jardines y residencias señoriales, vive el pueblo, es decir las nueve décimas partes de la población de Chile, sumido en la más espantosa miseria económica, fisiológica y moral, degenerando rápidamente bajo el influjo del trabajo excesivo, la mala alimentación, la falta de hábitos de higiene, la ignorancia extrema y los vicios más groseros".

El valor moral ejemplar de Alejandro Venegas Valdés al trazar crudamente el dramático cuadro de la realidad social y política de Chile, índice de una personalidad nobilísima y avizora, es de una gravitación inmensa para las actuales generaciones y como una especie de legado que debemos responsablemente asumir y continuar hasta obtener la felicidad de nuestro pueblo. Fue un crítico amargo, pero movido por una sed insaciable de justicia y, además, no se limitó solamente a la crítica, ya que esbozó un amplio programa de reformas[53].

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX[54] (conclusión)

6. La política nefasta de los presidentes "buenas personas", que alcanza su máxima expresión con don Ramón Barros Luco, se afirma en la prosperidad creciente del salitre y cobre provocada por la guerra mundial. En 1915 se exportaron 2.023.321 toneladas métricas de salitre. Sin embargo, la deuda externa

[53] El historiador don Ricardo Donoso en su obra citada dice: "Un obscuro maestro de provincia, Alejandro Venegas, publicó con el título de *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*, un crudo análisis de los males que aquejaban al organismo político de la nación, los daños causados al país por el régimen del papel moneda, el lamentable estado de los servicios públicos y las lacras de que padecía el organismo social. Conocía Venegas como nadie su patria, que había recorrido de un extremo a otro con afán de estudioso y corazón vibrante de patriota, con una valentía que hacía recordar la de Francisco Bilbao, hundió su escalpelo escrutador en el palpitante organismo de las clases sociales chilenas".
Las graves situaciones y problemas que afligían a la sociedad chilena habían repercutido hasta en el campo de la literatura. Baldomero Lillo en su bella y dramática colección de cuentos *SUB-TERRA* recoge en esos relatos dolorosos y reales las vidas miserables y angustiadas de los obreros del carbón. Es una obra de arte y un documento patético de las condiciones de vida de ese importante sector de la clase trabajadora. Luis Orrego Luco en *CASA GRANDE*, aparecida en 1908, nos da el mejor documento para conocer las repercusiones sociales de la profunda transformación económica operada de la Revolución de 1891 hasta comienzo del siglo XX. Es una novela que refleja certeramente, desde el plano literario y psicológico, la decadencia de la vieja aristocracia reemplazada por la plutocracia del salitre industria en ascenso.
Para conocer el criterio de un intelectual de la oligarquía frente al despertar y desarrollo del movimiento obrero, puede leerse la obra de don Benjamín Vicuña Subercaseaux: "El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y en Chile". Santiago 1908.
[54] Atenea n°266 (1947)

era de $ 434.085.066.67 oro de 18 d. lo que obligaba a los gobernantes a tomar medidas para sanear las finanzas nacionales y mejorar las condiciones de vida de las masas trabajadoras, pero que ni siquiera intentaron, a pesar de que una Comisión Parlamentaria, que en 1913 recorrió las ciudades y pampas del norte (Pisagua, Iquique, Tocopilla, Antofagasta), presentó un cuadro macabro de la miseria y abandono de esa región, en la que el alcoholismo, la prostitución, la pobreza extremada, el abandono de los servicios públicos y la corrupción de los funcionarios eran las características normales.

Según el Cónsul inglés en Iquique, señor Fisher Hudson el capital invertido en la industria del salitre en 1910 era el siguiente:(en libras esterlinas)

Capitales británicos	10.700.000
Capitales chilenos	10.500.000
Capitales alemanes	3.300.000
Capitales varios	3.000.000
27.500.000	

De acuerdo con las exportaciones de 1911 y 1912 los intereses chilenos representaban el 38,5%, los ingleses el 37%, los alemanes el 15% y el resto los demás. Por esta fecha trabajaban 170 oficinas que daban labor a más de 45.000 obreros. En esta época, a pesar de la fuerte penetración imperialista, todavía los intereses y capitales chilenos eran importantes, de tal suerte que la riqueza salitrera aprovechaba en alto grado a la prosperidad nacional, más exactamente, de su clase dirigente que en la situación favorable afirma su dominación clasista.

Los complejos problemas de la economía del país y de la política económica seguida por sus gobernantes merecen un estudio extraordinariamente valioso debido a la pluma del historiador y sociólogo don Francisco Antonio Encina y en él quedan en descubierto las principales fallas de nuestra colectividad. Su título es: *NUESTRA INFERIORIDAD ECONOMICA* (Sus causas y consecuencias), y en el momento de su aparición, año de 1912, importó un patriótico grito de advertencia, que aún resuena con vivísima actualidad. En este libro se estudian con hondura y certera visión los diversos factores que han influido en el estancamiento de la economía nacional y en su atraso. Analiza la agricultura, principal actividad económica en Chile, limitada por las condiciones de su propio territorio, y la minería que no incorpora riqueza al suelo y que ha sido absorbida por el capitalismo extranjero, el que se lleva todas las utilidades, permitiendo sólo una débil y refleja prosperidad. Asimismo, define en sus diversos rasgos la psicología económica del chileno. Finalmente, traza un notable análisis de la necesidad del incremento industrial y comercial de la nación, como el verdadero camino que debe seguir para lograr su grandeza, y que debe conseguirse por la utilización racional de sus variadas materias primas y, especialmente, por una nueva orientación de la enseñanza, la que por estar ligada a la conservación y renovación de la sociedad juega

un rol decisivo en el cambio y creación de las aptitudes individuales, facilitando un desenvolvimiento económico efectivo y que basta ahora no ha existido.[55]

La guerra mundial permitió un gran florecimiento del país, por cuanto en 1915-1918 se produjeron enormes ventas de minerales y productos agrícolas (se exportaron más de 2.500.000 toneladas de salitre y 300.000 toneladas de cobre). La intensificación del trabajo en las Pampas del norte impulsó a la agricultura y entonó a las industrias existentes en función del mayor consumo de esa región en auge. La oligarquía plutocrática obtuvo ganancias fabulosas, que no redundaron en beneficio del país ni de su pueblo. Las masas se movilizaron para conseguir algunas reformas y beneficios, pero sin lograrlo, no obstante, diversas huelgas.

El gobierno dirigido por Sanfuentes (1915-1920), politiquero hábil, inescrupuloso, sin moralidad política ni idealismo, había triunfado por el fraude, la compra y la ayuda de un Congreso de parciales; y en el poder exclusivamente defendió las ganancias de la plutocracia, reprimiendo las diversas manifestaciones populares y cometiendo toda clase de inicuas persecuciones. Intentó acallar la efervescencia popular con la dictación de una ley sobre Accidentes del Trabajo el 30 de diciembre de 1917.

Al término de la guerra se paralizan nuestras fuentes de producción, lo que determina una crisis general. A fines de 1918, el derrumbe de la industria salitrera provoca la cesantía de miles de obreros. El costo de la vida se eleva considerablemente. La política al día del torpe y desgraciado gobierno exhibe su nefasta ineficacia, por haber carecido del más elemental criterio de previsión; el país queda sumido en una horrible crisis económica y social. Los millares de trabajadores luchan por conseguir trabajo y abaratamiento de la vida. Se suceden gigantescos Mítines de Hambre y a través de la Asamblea Obrera de Alimentación,

[55] Dice Encina: "contrariada por la naturaleza del suelo y del clima; por el descenso mundial de los precios, consecuencia del ingreso a la concurrencia de grandes regiones más favorecidas; y raleado y encarecido el brazo por la industrias extractivas, nuestra agricultura se encontró en la imposibilidad de competir con sus rivales en el mercado universal; y renunciando a una lucha que no podía soportar, concluyó por limitarse a subvenir las necesidades del mercado propio que el salitre creó en Tarapacá y Antofagasta al amparo del arancel aduanero". Así el desarrollo agrícola quedó subordinado al del desenvolvimiento de la industria salitrera. El descenso incesante del valor de la moneda disimulaba la baja enorme de los precios de los productos agrícolas en el mercado mundial. Por otro lado, la industria del salitre es una ilusoria riqueza para el país, según Encina, pues la casi totalidad de la participación del empresario en su utilidad ha salido fuera sin dejar rastros en nuestra economía y la considerable intensidad de vida que reflejamente provoca esta industria sólo en parte pequeñísima ha aprovechado a nuestra vitalidad. Los derechos percibidos por el Fisco han permitido liberar a la agricultura y demás industrias del aumento progresivo de las contribuciones que el desarrollo social y, la extensión y perfeccionamiento de la administración pública hacían ineludibles. Esos derechos han obrado en el sentido de desarrollar la riqueza privada en vez de acrecentar las rentas fiscales. Ha contribuido, también, a aumentar el parasitismo. Este parasitismo, determinado por la realidad feudal penetrada por el imperialismo, alcanza caracteres odiosos: Los individuos que no alcanzan empleos de planta recogen las migajas del Presupuesto fiscal por medio de las jubilaciones, de las pensiones y de los contratos y comisiones para los objetos más variados, o enteran los días voltejeando en rededor de los personajes influyentes, mientras les llega su turno".
Sus ideas generales acerca del cambio urgente de la finalidad de la enseñanza chilena, recargada de un intelectualismo artificial y de un desprecio absurdo, hacia las tareas productivas, cobran una actualidad dramática en estos instantes en que el país exige un desarrollo planificado y grandioso de su economía antes que perezca en la miseria y anarquía, y en estos momentos en que se intenta una reforma educacional en respuesta a tales exigencias.

auspiciada por la Foch, se agrupaban todos los elementos de la clase trabajadora para conseguir la solución de su apremiante y angustiosa situación. El 28 de agosto de 1919 se llevó a efecto un mitin al que asistieron alrededor de 100.000 personas, pero a pesar de tales manifestaciones, sin precedentes en la historia del país, nada se consiguió y el Gobierno se mantuvo sordo a tan legítimo clamor.

Desde 1880 hasta 1919 los valores han representado, según los cálculos del economista don Daniel Martner, la suma de $ 5.753.902 en oro de 18 d. proporcionando de esa cantidad al Fisco más de 1.000.000.000 en oro de igual clase, los que no permitieron crear una economía nacional grande, estable e independiente, debido a la voracidad de la clase dominante y a la incapacidad de sus gobernantes. Otro tanto quedó en el país por concepto de salarios y diversas inversiones, representando la utilidad neta de los capitalistas más de 2.500.000.000 en oro de 18 d. suma de la cual casi los dos tercios eran para el imperialismo. Carlos Vicuña, en su obra citada, calcula que el Estado, desde 1879 a 1928, recibió alrededor de 250.000.000 de £ por concepto de impuestos; 100.000.000 de £ por salarios y más de 500.000.000 de £ para los capitalistas.

Esta tremenda crisis económica y social de 1919 fue la consecuencia directa del término de la guerra en nuestro país, pero, además, como resultado del mismo fenómeno se producen otros hechos que repercuten fuertemente en nuestra nación. En primer lugar, el imperialismo alemán es aplastado y eliminado de la competencia mundial. Había alcanzado una situación preponderante, pero en la vasta contienda armada de 1914-18 es derrotado. Antes de serlo había intentado la dominación universal. Resumen de sus anhelos en lo que respecta a nuestro Continente en esa época es el libro de Otto Richard Tannenberg, “La gran Alemania” (1911) en el que analiza la cuestión colonial alemana e insiste en la necesidad de que la América del Sur, especialmente la cuenca del Plata y sus alrededores pasen a ser dominio alemán. En el Proyecto de Plan con que termina esa obra se señala expresamente en su acápite N°93 que Alemania debe tomar bajo su protección las Repúblicas de Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, el tercio meridional de Bolivia y la parte sur de Brasil. Nos concede Tannenberg por privilegio especial que Chile y Argentina conserven su lengua y autonomía; aunque el alemán debería ser enseñado en las escuelas como segunda lengua. Con motivo de la derrota de 1918, en Chile el imperialismo alemán que había realizado una fuerte penetración es desplazado por el inglés y la industria eléctrica pasa a manos de capitales británicos En 1919 la Compañía Alemana que controlaba la industria eléctrica de Chile fue rematada en Londres en la suma de 1 millón de £. Así entre los pagos de guerra que el capitalismo alemán tuvo que hacer al capitalismo inglés se consideró la “industria eléctrica chilena”. En esta forma el imperialismo inglés alcanza el máximo de su predominio en el país.

En segundo término, a consecuencia de la guerra mundial, se precipita en forma avasalladora la entrada en escena del imperialismo norteamericano. Estados Unidos que era deudor de Europa por la suma de 3.000 millones de dólares, cubrió rápidamente su deuda pasando a ser acreedor de ese continente por más de 15.000 millones de dólares. Su papel financiero se acrecentó por el hecho de que diversos países latinoamericanos importaron capital de Estados Unidos y no de Europa. Estados Unidos entra a desplazar, en gran parte a Inglaterra y acentúa su influencia en América, dándole una firme base material al “panamericanismo”, movimiento que ha servido de vehículo ideológico al imperialismo norteamericano. En Chile su influencia era muy débil. En 1912 sus inversiones se calcularon en 15 millones de dólares y en este mismo año las internaciones procedentes de dicho país sumaban $ 55.038.790. Pero aumenta su penetración desde que en 1913 sus capitales inician la explotación de Chuquicamata y, luego, a raíz de la

guerra. En 1918 las internaciones procedentes de ese país alcanzan la suma de $ 203.451.891 y sus inversiones empiezan a crecer notablemente, lo que desata una lucha sorda entre ambos imperialismos, inglés y norteamericano, en el seno de nuestra economía, lo que determinará en su mayor parte la política nacional de 1920 adelante.

En tercer lugar, estrechamente vinculado a la guerra mundial está el triunfo de la Revolución Socialista en Rusia, lo que difunde considerablemente las ideas marxistas revolucionarias, influyendo, también, en nuestro país, de tal suerte que el movimiento obrero nacional se orienta hacia caminos socialistas. Desde luego, la Foch se transforma en el Congreso de Concepción, el 25 de diciembre de 1920, en un organismo sindical revolucionario. Recabarren visita Rusia, la Rusia de Lenin, y a su vuelta inicia una cruzada en favor de "la patria de los trabajadores".[56]

Persistiendo en este proceso de radicalización, la Foch, que es el organismo obrero más poderoso, acuerda en su Congreso de Rancagua, el 25 de diciembre de 1921, la adhesión a la Internacional Comunista de Moscú y su organización a base de consejos industriales. Por otra parte, el Partido Socialista Obrero, que Recabarren fundara en 1912, fue transformado en el Partido Comunista, Sección Chilena, de la Tercera Internacional. A partir de esta época los sectores más importantes del proletariado nacional luchan por conseguir la abolición de la propiedad privada, que es la que genera la explotación del hombre por el hombre y obtener, en cambio, la socialización de los medios de producción y transporte.

De todas maneras, el movimiento obrero nacional está en su primera etapa, débil, con escasa conciencia de clase. Junto a las ideas socialistas marxistas florecen las ideas anarquistas que penetran en la juventud universitaria, en los medios intelectuales, y en ciertos sectores obreros. En 1919 se fundó la I. W. W. (Trabajadores Industriales del Mundo), que agrupó a varios miles de obreros de los gremios marítimos, de la construcción, del calzado. La I. W. W. se declaraba una organización revolucionaria que perseguía la supresión del asalariado por medio de la unión de los obreros y su organización de base por industrias en lugar de las entidades gremiales existentes, que debían tomar posesión de los medios de producción para construir la sociedad futura. Sus enemigos eran el capital, el clero y el gobierno y sus medios de lucha la huelga, el sabotaje y el boicot.

7. Sanfuentes fue el instrumento dócil de la plutocracia, defensor de sus negocios, de sus prebendas en la administración pública; facilitó sus negociados y especulaciones y amparó abiertamente estas condenables operaciones de la clase pudiente mientras reprimía cruelmente toda acción de las clases trabajadoras que, en esta época, a consecuencia de la grave crisis desatada en 1919, libraban una tenaz lucha reivindicacionista. En el mantenimiento de su política antipopular, Sanfuentes se manchó con varias represiones sangrientas y con diversos episodios que han caracterizado a su período como a uno de los más antipáticos de la historia nacional.

En 1919, a raíz de una huelga que comprendió a los miles de obreros de Puerto Natales, tropas de ejército obedeciendo órdenes superiores masacraron a numerosos trabajadores, cuyo delito consistía en haberse levantado contra la feroz explotación de los grandes estancieros, amos de aquellas lejanas comarcas. La cruel represión de Puerto Natales no tenía excusa de ninguna especie. Pero en vez de reparar los excesos cometidos, al año siguiente, en junio de 1920, las autoridades de la ciudad de Magallanes hicieron

[56] En su libro "Lo que vi en Rusia" se recopilan sus conferencias y artículos que dictara o escribiera al respecto.

incendiar el local de la Foch, repleto de obreros, mujeres y niños que celebraban una fiesta, provocando una matanza inhumana y bestial. Las personas, al tratar de huir del local, devorado por las llamas, eran muertas a tiros. Tanto en la represión de Puerto Natales como en la de Magallanes no se conformaron con la muerte de innumerables hombres, sino que, además, se persiguió y encarceló a los sobrevivientes acusados de haber cometido diversos delitos. Se les tramitó largos procesos y numerosos fueron fondeados. De aquellos espantosos tiempos queda un recuerdo vivo en la persona de Ulises Gallardo, cuya escapada milagrosa, después de haber sido fondeado, es verdaderamente providencial. Este dirigente obrero no decayó, a pesar de su trágica aventura, y siguió luchando en el movimiento obrero de esa zona. En 1938 fue elegido regidor socialista por la comuna de Puerto Natales.

Por otra parte, Sanfuentes hizo perseguir a los dirigentes obreros, estudiantiles y societarios, acusados de "agitadores y subversivos", estimándoseles como los causantes de los movimientos proletarios de la época. Entre estas odiosas persecuciones se destacó, por su crueldad sádica la que costara la vida al grande y noble dirigente anarquista Julio Rebosio; se procesó a los miembros de la I. W. W. por intermedio del tristemente famoso funcionario judicial José Astorquiza Líbano, que significó el apresamiento de varias docenas; se hizo allanar el local de la Federación de Estudiantes de Chile, centro de inquietud intelectual y de renovación social, aprehendiéndose al joven poeta José Domingo Gómez Rojas, quien sometido a toda suerte de vejámenes y malos tratos, murió trastornado el 29 de septiembre de 1920; se aplicó la ley de residencia a varios dirigentes, entre ellos al distinguido luchador, de origen español, Casimiro Barrios; se encarceló a Recabarren en Antofagasta, y así muchos otros atropellos se cometieron en esa turbia etapa. Las masas respondían con huelgas, concentraciones y una robustecida conciencia de lucha. En la zona del carbón se produjo un movimiento huelguístico que duró 83 días, dirigido por la Foch, y que abarcó la zona de Coronel, Lota, Curanilahue y Lebu.

Este año de 1920 señala una de las coyunturas sociales y políticas más dramáticas del país. La crisis de postguerra, el crecimiento del movimiento obrero y la agitación de las capas pequeñoburguesas, las especulaciones desenfrenadas de la clase dominante y la ineptitud del Gobierno crean un clima político de hondas resonancias, que se traduce en la quiebra del gobierno de la oligarquía. Se abre una era de fuerte lucha en pro de la democracia y de reformas sociales. Se aprovecha hábilmente de este clima, haciéndose eco de las esperanzas del pueblo, el político liberal don Arturo Alessandri Palma, hombre de talento y fácil oratoria, destacado al primer plano nacional con motivo de su elección senatorial victoriosa por la provincia de Tarapacá, en pugna con los magnates salitreros que poseían un verdadero feudo electoral en esa región. Con motivo de su inesperado triunfo fue bautizado con el apodo de "el León de Tarapacá", que se hizo ampliamente popular, y con verbosidad y demagogia inigualadas acaudilla el movimiento democrático-burgués, socialmente comandado por la pequeña burguesía, a través de la Alianza Liberal, conjunción de fuerzas populistas (partidos Radical, Demócrata y sectores del Liberal).

8. Con mucha certeza el historiador don Alberto. Edwards expresa que en 1920 "la verdadera lucha de clases se encendió entre la pequeña burguesía educada en los liceos y la sociedad tradicional". Y es él mismo quien ha trazado un cuadro preciso de la incapacidad económica y política de los gobiernos de la época del parlamentarismo, contra quienes se alzan las fuerzas populares en el año 1920. Tanto más cierta es esta afirmación cuanto que los dirigentes obreros con conciencia clasista definida levantaron la candidatura presidencial de Luis Emilio Recabarren, que fue proclamado en una Convención realizada los días 1-4 de junio de 1920 en Antofagasta, pero que no tuvo eco, porque las masas insuficientemente

organizadas, solamente entrenadas en la lucha sindical económica, no estaban preparadas para una lucha política independiente y de ahí que marcharan uncidas al carro de la pequeña burguesía, determinando su triunfo.

Frente al movimiento democrático en ascenso, la oligarquía demuestra su ineptitud y su corrupción. “En el orden financiero, la renta extraordinaria del salitre permitió, desde la época de Santa María, suprimir todas las contribuciones que gravaban la riqueza, dejando sólo en pie las de aduana. Así, a pesar del salitre y de la relativa economía de la administración, se producían de cuando en cuando dificultades rentísticas que se saldaban invariablemente con empréstitos... Desde la época de Pinto y, salvo un corto período de tres años, el país vivió bajo el funesto régimen de papel moneda. Las frecuentes crisis que con este motivo se producían se remediaban siempre con nuevas emisiones que, rebajando el valor del circulante, hacían buenos los malos negocios de la oligarquía bursátil y agraria, impidiendo al mismo tiempo la formación de capitales de ahorro y el desarrollo de un crédito sano y condenando a la miseria a los que vivían de sueldos, salarios y rentas fijas, a la clase media en masa, a los afiliados del Ejército, y a los obreros mismos. Pero como los demás problemas, el del papel moneda tampoco encontró entonces solución: iba a durar tanto como el régimen mismo”.[57]

Contra esta oligarquía incapaz y mediocre se alzaban las fuerzas populares. Alessandri interpretó sus confusas esperanzas y sus anhelos reivindicacionista, en un lenguaje abundante, demagógico y confuso como las aspiraciones de las masas. Su rival fue Luis Barros Borgoño, quien por familia, cargos y vinculaciones representaba mejor que nadie a la oligarquía. Su candidatura había surgido irresistible desde que el Club de la Unión, baluarte de la aristocracia, la había lanzado. Ya se ha dicho que “el Congreso y la Moneda han sido muchas veces tan sólo el proscenio público del drama político real desenredado en sus salones reservados” y de ellos nació la candidatura oligarca.

La lucha presidencial de 1920 coincide con un mayor desenfreno de los especuladores, gestores administrativos, saqueadores del Fisco. En la Bolsa se verificaban manejos sembríos y arruinadores, entre ellos es famosa, como cifra y compendio de la época, la vergonzosa especulación que con los bonos de las minas de estaño de Llallaguas, realizaron algunos íntimos de Sanfuentes, valiéndose de que el presidente retuvo un telegrama que importaba una amenaza de guerra con Bolivia. Y para cubrir el fraude y la grita de los estafados, a la vez que robarle el triunfo que Alessandri había alcanzado en las elecciones del 25 de junio de 1920, el Gobierno lanzó la noticia del peligro bélico, decretándose una movilización general para impedir una posible invasión boliviana. Era una maniobra cínica para ocultar la especulación mencionada, escamotearle el triunfo a Alessandri y ampliar el campo de operaciones de los gestores con el aprovisionamiento del ejército movilizado, para lo cual el Congreso dio autorización al Ministro de Guerra con el fin de que gastase varias decenas de millones de pesos y quien no se anduvo con chicas a este respecto realizando verdaderos derroches, lo que motivó a que a tan indigna pantomima se la denominase “la guerra de don Ladislao” .[58]

[57] Alberto Edwards "La fronda aristocrática"

[58] Carlos Vicuña en su valeroso libro “La Tiranía en Chile” describe de la siguiente manera la acción del ministro de Guerra: “Ladislao Errázuriz repartió en pocos días más de cuarenta millones a sus amigos y parientes por pastos azumagados y porotos empedernidos destinados al Ejército, que los aristócratas de Santiago vendían al Gobierno a precios fabulosos, por intermedio de la casa comercial Castagneto Hnos., interesada alcahuete de esos negociados.

Lo anterior significaba que la oligarquía pretendía a toda costa quedarse en el poder y para ello recurría a tales expedientes. Aún más, en la retaguardia se aprovechó la "guerra de don Ladislao" para apalear a los dirigentes de la juventud y del movimiento obrero. Don Enrique Zañartu Prieto desde el balcón de la Moneda, instigó a una poblada para que atacase a los "traidores y derrotistas" de la Federación de Estudiantes de Chile. El asalto se llevó a efecto el 21 de julio de 1920, destruyéndose el local, su biblioteca y diversos objetos. También se utilizaba este "clima bélico" para desacreditar al candidato triunfante acusándolo de "vendido al oro peruano" al mismo tiempo que lo enredaban en un pleito con el Banco de Chile. No obstante, todas estas triquiñuelas no lograron liquidarlo y debieron aceptar a regañadientes su triunfo.

En diciembre de 1920 asumió la Presidencia y desde el primer día el gobierno de Alessandri se demostró por debajo de las circunstancias históricas y de las responsabilidades contraídas para con el pueblo. Fue un gobierno desorientado y demagógico que no enfrentó ni solucionó ninguno de los problemas vitales de las masas. Por el contrario, al mes de estar en el poder, en enero de 1921, se produjo la horrible matanza de San Gregorio (Antofagasta), causada por la protesta de los trabajadores en vista de sus tremendas condiciones de trabajo, el aislamiento en que vivían, las persecuciones de que eran objeto y el lock-out repentino que paralizó diversas oficinas, a causa de la disminución de las exportaciones desde que el fin de la guerra había ocasionado una menor demanda.

Toda la acción de Alessandri se redujo a presentar un proyecto de "Código del Trabajo" que fue archivado en el Congreso, donde tenía mayoría la reacción plutocrática y donde obstaculizaba toda labor que pudiera emprenderse.

9. El gobierno de Alessandri fue de una trágica inoperancia. Es verdad que renovó el personal político en un sentido democrático, pero no reveló mayor capacidad ni probidad que sus antecesores. El historiador Ricardo Donoso expresa que se rodeó de gentes insignificantes intelectual y moralmente, la "execrable camarilla". Su carácter vehemente e impulsivo y su equipo de colaboradores mediocres más la enconada y ciega oposición de las fuerzas coalicionistas explican la incapacidad de esta época turbia. La afirmación de Ricardo Donoso no es aislada; antes que él ya le había formulado el mismo cargo Carlos Vicuña cuando escribe que eligió como ministros a hombres que carecían de inteligencia, de honradez y de prestigio y, naturalmente, con hombres mediocres o nulos o con pillastres desvergonzados, no era posible hacer una obra superior y mucho menos acometer la grandiosa transformación social ofrecida en los programas. Alessandri no fue capaz ni de desprenderse de sus compromisos electorales ni de tener a su lado hombres de valía ni de prescindir en materia pública de sus vivaces pasiones personales.[59] Al mismo tiempo fue

Naturalmente este despilfarro en beneficio de los tiburones no podía hacerse sin restringir el pan de los humildes. A principios de 1915, a propuesta del senador Claro Solar, una ley había cercenado por parejo a todos los empleados de la administración Pública un 15% de sus sueldos, a pretexto de la penuria que amenazaba al Estado con motivo de la guerra europea. En realidad, aquella catástrofe inaudita fue para Chile una fuente de prosperidad: su salitre se vendió a los aliados en cantidades fantásticas y a precios nunca vistos; su industria y su comercio marítimo adquirieron un vuelo extraordinario, la agricultura se tonificó con la demanda a gran precio de todos sus productos y la industria fabril libré de toda competencia adquirió un auge que ha durado hasta hace poco. Las rentas del Estado se triplicaron, pero nadie pensó en devolver a los humildes el 15% que se les había sido extorsionado".

[59] Véase "Desarrollo político y social de Chile desde la Constitución de 1833". Las afirmaciones del mencionado historiador le valieron una respuesta del propio don Arturo Alessandri que luego fue publicada con título de

acusado de servir los intereses del imperialismo inglés al tratar de otorgar la ampliación de la concesión a "The Nitrate Railway Company" para la explotación monopolista del ferrocarril salitrero de Tarapacá y que debió revocar por la intervención del Congreso.

La oligarquía atacaba obstinadamente a Alessandri por sus gastos y por los negociados de sus adeptos; pero guardaba silencio antes las obras de progreso, ante las demandas justas del gobierno para aliviar las penurias de las clases trabajadoras o antes aquellas inversiones y despilfarros que la beneficiaban y antes los subsidios a ciertas compañías y negocios que sólo enriquecían a costa del Estado a unos cuantos oligarcas y plutócratas por otra parte, mientras las fuerzas conservadoras llevaban a fondo su odioso ataque y oposición al gobierno se enriquecían en proporciones no vistas hasta entonces. La plutocracia, en una verdadera orgía bursátil, realizaba negocios pingües frente a las clases medias y populares que vivían en la más tremenda necesidad.

Entre los escándalos típicos de esta confusa época se destaca el de las cincuenta mil libras esterlinas, originado en uno de esos extraños pleitos salitreros, entre el Fisco y la Compañía de Salitres de Antofagasta, cuyos accionistas eran de lo más representativo de la oligarquía como también los defensores de los intereses contrarios al Fisco. Derrotada la compañía en el pleito convino con su abogado principal un honorario de 50.000 £ ($ 2.000.000) para que arreglara la situación y llegara a una transacción con el Gobierno, lo que logró con Alessandri y el arreglo fue aprobado por el Congreso, o sea, por los oligarcas que tenían fuertes intereses en el asunto. Era un escándalo de la oligarquía opositora que sobornó, corrompió y se benefició a costa del patrimonio fiscal y, luego, trató de utilizar su propio escándalo para manchar al presidente, ajeno a él.

"Rectificaciones al Tomo IX de la Historia de América de Ricardo Levene", Santiago, 1941. En realidad, los argumentos esgrimidos por el señor Alessandri son bastante débiles; los de más peso se refieren a citar con nombres y apellidos a sus colaboradores, muchos de los cuales pertenecían a la aristocracia.

En cuanto a Carlos Vicuña abunda en juicios certeros y severos pata enfocar la labor de Alessandri. Así en uno de sus párrafos escribe: "También demostró Alessandri su incapacidad política en el manejo de los caudales públicos. Jamás se había hecho una administración más dispendiosa. Muchos de los aumentos de los presupuestos eran justificados, y principalmente el de los sueldos da los empleados públicos, quienes no podían ya vivir con la depreciación de la moneda fiduciaria. Pero cada gasto razonable era obscurecido por una nube de despilfarros. Las prodigalidades de Ladislao Errázuriz en las postrimerías de la administración Sanfuentes, quedaron pálidas: solamente en los albergues que se decretaron para los cesantes de las salitreras, se botaron más de cincuenta millones, que se repartieron algunos felices proveedores. Los obreros albergados, corrompidos por el ocio y por las comedias y fraudes de la autoridad, vivían hacinados promiscuamente en grandes barracones, inmundos y llenos de piojos, y servían al presidente para organizar manifestaciones públicas contra sus enemigos políticos del Senado".

Es verdad que el Gobierno de Alessandri significó una apreciable transformación social, por cuanto se consiguió un avance en el proceso de democratización del país. La oligarquía fue cercenada en algunos de sus privilegios y, en cambio, ascendieron a diversos altos cargos de la administración pública, elementos de la clase media. Defendió una serie de leyes sociales que por lo menos trataban de infiltrar un criterio más humano frente a la cuestión social, agravada por el incremento del proletariado.

La obra de Alessandri tuvo un enemigo tenaz en la oligarquía plutocrática, políticamente organizada en la Unión Nacional y con mayoría en el Senado, baluarte de la enconada oposición a su Gobierno y donde critican sus presupuestos, empréstitos, leyes, ministerios y política exterior.

Un historiador mexicano ha enfocado con bastante exactitud el carácter y contenido del gobierno de Alessandri en las frases que reproduzco: "Era el primer presidente que anunciaba representar intereses opuestos a los de la casta dominante. Esta vinculación de Alessandri con las clases humildes, convencionalismo demagógico, no dejaba satisfechos a los verdaderos revolucionarios, para quienes el nuevo presidente, por su fortuna y por sus hábitos de epicúreo mundano, formaba parte de los privilegiados no separándolo de ellos sino el matiz de vagas tendencias reformistas que explota en las alturas la vanidad política al señalarse los lineamentos de una transición. Desde los tiempos de Balmaceda, la oligarquía hereditaria de las familias coloniales y de los republicanos de 1833 había empezado a sufrir cambios profundos en su composición, abriendo paso a elementos de procedencia plutocrática elevados por la riqueza de los nitratos. Hubo una irrupción de hombres que asaltaron audazmente el bastión senatorial. Muchos de ellos no llevaban otro mérito que el de la fortuna, y algunos careciendo hasta de este pasaporte, suplían todo lo que hasta entonces se había erigido en Chile para gobernar, con el arte de gastar los millones del salitre. La presidencia de Alessandri avanzó hacia un inevitable conflicto. La presión de los elementos trabajadores organizados erigía la constitución de un poder central que recogiese las más urgentes reivindicaciones del proletariado. El viejo partido oligárquico, dueño del imposibilismo senatorial, se oponía a toda evolución de inteligencia. Por otra parte, la Cámara de Diputados, lejos de comprender su papel de renovadora, o de revolucionaria, llegado el caso, perdió todo el prestigio que hubiera podido haberle quedado cuando, en momentos de estrechez económica, ocasionada por la baja del salitre y la paralización de las exportaciones, después del auge que les dio la gran guerra europea, cometió la acción indelicada y además torpe, de asignar exorbitantes dietas de dos mil pesos mensuales para sus miembros, en tanto que el Ejército, la Marina y la burocracia, sufrían la misma penuria de los obreros. Hubo un clamor público, ya no contra los senadores y los partidos favorables al estancamiento, sino contra los políticos en masa".[60]

El gobierno Alessandri careció de plan, de energía y de la firme voluntad creadora que los tiempos y los obstáculos exigían perentoriamente para ser superados. La masa trabajadora y la opinión independiente viven decepcionadas y desalentadas. Se crea un clima unánime de repudio a la politiquería y a los partidos políticos fracasados y estériles y en contra de los compadrazgos y latrocinios administrativos (asunto de los albergues, de las cincuenta mil libras, intervención electoral) y en contra de la incapacidad gubernativa. Más aún, el presidente en vez de actuar para dar solución a los asuntos y remediar la delicada situación la agrava con sus métodos equivocados, como los que empleara en las elecciones parlamentarias de marzo de 1924, en las que una intervención descarada y feroz dio la victoria a las fuerzas democráticas. La oligarquía vencida se refugia en una organización secreta semi terrorista, la Tea, cuyos fines, principios y organización eran secretos; agrupaba a connotados personeros de la aristocracia reaccionaria y cuyo principal rol se redujo a preparar y conseguir la intervención del Ejército en la política y en contra del movimiento democrático. Para ello utilizaron hábilmente su situación económica angustiosa derivada de los bajos sueldos, recortados por la depreciación de la moneda. Alessandri defendía el aumento de sueldos

[60] Véase Carlos Pereira: "Historia de América". Madrid, 1925. El tomo VIII trata de Chile. Es una obra bastante interesante, sobre todo en los capítulos dedicados a la Colonia y la Independencia, pero demasiado sucinta, y escueta al analizar la época republicana. Termina este libro con la elección presidencial de Figueroa Larraín y la amenaza del cesarismo militar. "Este pueblo, cuya significación étnica y cuya energía le han permitido desarrollarse dando a todas sus afirmaciones un sentido de originalidad, sabrá resolver nuevos problemas con fórmulas propias", tal es la afirmación final de Carlos Pereira.

y salarios, pero eran, precisamente, los miembros de la oligarquía quienes se oponían y le obstaculizaban a la vez que explotaban esa situación, de la que eran los únicos culpables, para desacreditar al Gobierno. Una actitud desgraciada y extemporánea del Parlamento elegido en las intervenidas elecciones de 1924, que, en vez de despachar el aumento solicitado y otros proyectos para arbitrar fondos al Erario, se dedicaron a discutir el proyecto de dieta parlamentaria, precipitó el descontento de las fuerzas armadas en una acción insurreccional.

En el fondo de la actitud de los militares se movían intereses cuantiosos provenientes de la acción encarnizada de la oligarquía para recuperar el poder y, además, se entremezclan y chocan los apetitos imperialistas ingleses y norteamericanos.[61]

[61] Documento curioso de esta convulsionada época es el libro de José Luis Riesco: La Revolución Social (De su génesis y su desarrollo), Santiago, 1924, por cuanto refleja las inquietudes sociales e ideológicas que conmovían al mundo y al país. Hace un análisis social a través de sus diversas teorías desde Rousseau hasta el Bolchevismo y Fascismo. Se detiene especialmente en las doctrinas de Marx; estudia los movimientos revolucionarios del siglo XIX y la I y II Internacionales; ahonda en la Revolución Rusa y la dictadura del proletariado, trazando un amplio cuadro de sus teorías y realizaciones a través de sus constituciones y medidas prácticas diversas. Analiza el desarrollo del comunismo en Europa y la creación y finalidades de la III Internacional. "El régimen bolchevista persigue, sistemáticamente, la nivelación por lo bajo de los seres humanos. El odio a toda superioridad, a todo altruismo, a toda nobleza del corazón o del espíritu, es uno de los sentimientos que los bolchevistas se empeñan y se complacen en desarrollar, principalmente en la mente y en el alma de los niños. La lección de Rusia mutilada puede ser una enseña, una triste enseña, que como un harapo desgarrado tremola sus girones en medio de un huracán revolucionario, para demostrar a loa hombres que no es fácil conculcar los principios establecidos por el derecho natural, por la justicia social y por la naturaleza humana". El Libro X de esta obra trata de nuestros problemas políticos y sociales afirmando que en Chile existen sólo dos clases sociales bien definidas: la clase alta, ilustrada y egoísta, y la clase baja, iletrada e indolente, que se va despertando para transformarse de clase dirigida en clase dirigente. Niega la existencia de una clase intermediaria, lo que agrava la lucha social. "Poseemos, un gobierno oligarca, porque el poder está en manos de un número de personas relativamente reducido... La oligarquía chilena es una oligarquía lugareña que ha de desaparecer tan pronto como el obrerismo plebeyo se unifique y se discipline". Cree que las medidas para afrontar la lucha social son dos: I. Aumentar la producción para mejorar los salarios y el desarrollo industrial y comercial. II. Establecer la legislación del trabajo para lograr la solución arbitral de los conflictos entre patrones y obreros, o sea entre el trabajo y el capital.
En seguida, describe las organizaciones obreras existentes; analiza el régimen parlamentario y sus defectos; el régimen electoral y sus vicios; el centralismo absorbente; y la crisis de los partidos políticos. Considera que las dos corrientes políticas: reaccionaria (Liberales y Conservadores) y reformistas (Liberales doctrinarios, Radicales y Demócratas), son, desde el punto de vista de sus tendencias sociales, burguesa (conservadores, liberales y radicales) y proletaria (demócratas y comunistas). Tanto la corriente reaccionaria, Unión Nacional, como la reformista. Alianza Liberal, carecen de prestigio y base, pues los hombres de una y otra están contaminados y corrompidos en el tráfico de la politiquería mercenaria y prostituida. El Partido Radical "está muy lejos de ser partido extremo o avanzado, pues para ello le falta aún recorrer muchas etapas de la evolución política, social y económica, que conduce a la transformación del régimen capitalista en régimen socialista".
La idea de salvar a la República de los traficantes politiqueros profesionales y de los abusos y excesos del parlamentarismo, solamente está en cada ciudadano honrado y patriota. Agrega que "la extrema izquierda, la cual no existe en la actualidad, habrán de constituirla, con el tiempo, el Partido Socialista, partido de orden y doctrina, y el Comunista, que no existe como colectividad organizada, pero que cuenta en Chile con fuerzas respetables, que sería inoficioso desconocer. Respecto del socialismo pensamos en que no está distante el día en que se organicen sus fuerzas a base de elementos que habrán de segregarse de los partidos avanzados, los cuales le proporcionarán aquellos elementos que en la actualidad no concuerdan dentro de estas organizaciones políticas, en el concepto

Notas sobre tres sociólogos nacionales[62]

1. La posición sociopolítica de Valentín Letelier 2. El nacionalismo fecundo y dinámico de Nicolás Palacios. 3. Francisco Antonio Encina y nuestra inferioridad económica.

Una de las figuras más interesantes de la historia nacional contemporánea es la de don Valentín Letelier (1852-1919). Letelier comenzó a distinguirse desde que regresara de Alemania, en 1886, cuando al presentarse a dos certámenes triunfo en ambos. Al Certamen Varela que propuso como tema el estado de la ciencia política en el país, y a uno de la Universidad de Chile, que implicaba responder a la pregunta: ¿Por qué se rehace la Historia? Su trabajo "La Ciencia Política en Chile" es un ensayo valioso en el que predomina el carácter crítico antes que la investigación sobre la ciencia política misma. Es interesante, porque ya alude en él a problemas profundos, como, por ejemplo, al del inquilinaje: "proletariado agrícola sumiso, abyecto, sin nociones morales ni aspiraciones y sin esperanzas de mejoramiento, fuente perenne de criminales". Para Letelier era este un problema característico del medio social de Chile, que al arte político le incumbía resolver a base de una investigación atinada y científica. "¿Por qué se rehace la Historia?", es un ensayo influido por Montesquieu y Buckle, refundido más tarde en su vasta obra: "La evolución de la Historia", aparecida en 1892.

Esta labor de filósofo de la historia la complementa con la de disciplinado investigador, a pesar de que no escribió ninguna obra histórica especial, al llevar a cabo una vasta compilación de documentos públicos de positivo mérito para la reconstrucción de un extenso período de la historia nacional: "Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (1811-1845)", que consta de 37 volúmenes, demorándole de 1886 a 1908 el realizarla. El Tomo I lo recopiló don Domingo Amunátegui Solar, fallecido el año pasado a una avanzada edad y después de efectuar una inmensa obra de investigador e historiador. Comprende los documentos del primer Congreso de 1811 y de los Senados de 1812 y 1814, es decir, el lapso de la Patria Vieja.

Valentín Letelier desempeñó, en la misma forma, una amplia labor en su profesión de abogado, conservándose 27 gruesos tomos con los borradores de sus vistas como Fiscal de las cuentas públicas a la Corte de Cuentas. De esos tomos se ha formado un libro de selección, publicado en 1923 bajo el rubro de "Dictámenes de don Valentín Letelier Fiscal del Tribunal de Cuentas, 1891-1918". Pero, quizás, donde Letelier ha brillado a mayor altura como publicista ha sido en la sociología jurídica. Así en "Génesis del Estado y de sus instituciones fundamentales", impresa como una introducción al derecho público en Buenos Aires, en 1917, se esfuerza por descubrir el sentido social del Derecho. Y en "Génesis del Derecho

---

moderno de partido de ideas reivindicacionistas, pero encuadradas doctrinariamente en la evolución de los regímenes políticos. Nuestro país debe iniciar cuanto antes la era de reforma política, social y económica, que se impone a las necesidades del presente, para salvaguardar los intereses del futuro, aunque no se nos escapa que toda reforma requiere meditación y un concepto clarividente de la transformación por que atraviesa la sociedad moderna, ha de encontrar resistencias, tropiezos y obstrucciones por parte de aquellos espíritus vacilantes que no desean darse el trabajo de estudiar la evolución histórica del momento presente en el gran evangelio de la vida".
Combate la falsa democracia y señala sus defectos: "El gobierno de las incapacidades y de aquellos que medran a su amparo, conduce, fatalmente, a la dictadura o a la revolución social. La falsa democracia no evoluciona hacia ideales de humanidad y de justicia social, porque se lo impiden intereses creados por la ambición de aquellos que usufructúan el poder". De ahí la necesidad de aceptar un gobierno reformista y verdaderamente democrático

[62] Atenea n°273 (1948)

y de las instituciones civiles fundamentales", aparecida en Santiago y en Buenos Aires en 1919, ahonda en esta rama jurídica con el mismo criterio y, alcance.

Valentín Letelier desarrolló una vasta labor educacional y fue un profesor magnífico. Es autor de diversos ensayos e informes educacionales; propuso reformas al funcionamiento del Liceo y de la Universidad; fue catedrático de Administración Pública en la Universidad, llegando a ser su Rector durante un importante período. No solamente enseñó, sino que ahondó en las teorías pedagógicas y llegó a redactar su "Filosofía de la Educación", cuyo fondo filosófico está considerablemente influido por el positivismo; doctrina de la que fue adepto y estudioso constante.

Esta obra la redactó durante la guerra civil de 1891 y entró en circulación al año siguiente. En ella se acredita como un buen sociólogo de la enseñanza.

De lo expuesto se deduce que Valentín Letelier se destacó como abogado y profesor, como filósofo de la educación y del derecho, y como sociólogo señalado.

También fue un político de relieve y en este sentido su gravitación ha sido considerable. Fue miembro del Partido Radical, en cuyas filas militó siempre en el sector de avanzada. Su posición fue renovadora enfrentándose, a menudo, con don Enrique Mac-Iver. La acción de Letelier en este aspecto fue una anticipación de las actuales innovaciones doctrínalas y programáticas del Partido Radical, determinadas por el desarrollo económico social del país. Ya en 1888 asistió en calidad de delegado de Constitución, junto con Enrique Mac-Iver, a la primera convención de ese partido. Posteriormente, al estallar la revolución de 1891 fue enemigo del gobierno de Balmaceda, a quien atacó en algunas "Cartas Políticas", en las que responsabilizaba al gran Presidente de la situación que vivía el país, llegando a extremos de inaudita violencia. Sin embargo, debió combatir después el parlamentarismo sui-generis que se implantó por los vencedores, a causa de los profundos vicios que entrañaba. Durante la contienda civil, aparte de los panfletos virulentos en los que acusaba a Balmaceda de tirano similar a Tiberio, se dedicó a refutar a la prensa del gobierno. Esta expresaba que la revolución era una lucha de clases, puesto que la oligarquía se había alzado en armas contra un gobierno popular que la despojaba de sus privilegios. Valentín Letelier rechazaba tal afirmación haciendo ver que en Chile no existía ninguna clase social privada del derecho de ascender a los más elevados cargos públicos, si el mérito destacaba al individuo. En Chile no hay patricios ni plebeyos por su estirpe, afirmaba Letelier, no hay más que un sólo pueblo indivisible, sin distinciones jerárquicas, para el goce de los derechos y beneficios que asegura el Estado. Insistió en negar el tinte clasista de la revolución junto con la existencia de una oligarquía en Chile. Admite sí que la insurrección no fue popular en un principio, por cuanto las masas la miraron con diferencia, como una contienda entre "futres", incorporándose en el movimiento solamente cuando de ellas se extrajo a viva fuerza la carne de cañón. La iniciativa en todo caso partió de las clases superiores, en las cuales residía la cultura; las inferiores, por su ignorancia y por su inopia, no estaban capacitadas para comprender el verdadero motivo de la lucha. Este desarrollo de Letelier indica claramente el carácter oligárquico de la sublevación, a pesar de su afirmación contraria, puesto que el pueblo no tenía quejas contra el Presidente, y se había beneficiado con su gestión. Pero, es verdad, que no fue gobiernista ni tampoco fue revolucionario. Fue indiferente o simple instrumento.

En 1888, en la primera Convención Radical, Letelier no se destacó ni expresó posición alguna ante la cuestión social. Es a fines del siglo XIX cuando inicia un viraje que lo llevará a ser el personero del

movimiento de renovación política del radicalismo. Ya en el año de 1896, en el diario "La Ley", publicó una monografía titulada: "Los Pobres", analizando la aparición de los partidos obreros, demócratas o socialistas, como un fenómeno de trascendencia. Al enfocar la razón de ser de tales grupos insinúa la conveniencia de un reajuste del Partido Radical que equidista, según él, de las clases populares y de las clases conservadoras. Juzga Letelier que, hasta ese momento, los gobiernos sólo habían satisfecho las necesidades de las clases superiores, dejando en completo olvido a las de las clases humildes. El culpable de tal injusticia era el liberalismo. Expresa: "todo lo que ha hecho por los pobres se reduce sustancialmente a la instrucción y al sufragio, esto es, a ilustrarles para que conozcan mejor sus miserias, y a armarlos para que puedan exigir por sí mismos el remedio de sus males. Sorprenderse del aparecimiento del socialismo es sorprenderse de que la instrucción popular rinda su fruto más genuino, el de dar capacidad al pueblo para estudiar sus propias necesidades". Después de este análisis deduce que el Partido Radical debe mirar hacia ellos, porque "la causa de los pobres fue siempre la causa de los corazones más generosos. La causa de los pobres debe ser la causa del radicalismo". A manera de deducción concreta de su planteamiento; en ese mismo año de 1896, propugnó la acción mancomunada radical-demócrata y defendió un programa de reformas sociales, (legislación sanitaria, obrera y reparto de tierras). Se manifestaba ya en él un poderoso espíritu de reforma social y en la Convención de 1899, mientras el líder principal del radicalismo, don Enrique Mac-Iver, defiende un individualismo liberal acérrimo. Letelier le opone su espíritu social avanzado. Mientras Mac-Iver, en 1903, llegó a expresar que el socialismo en Chile no tenía razón de ser por no vislumbrarse la "cuestión social", pues de existir algún sector del proletariado sería únicamente el de los campesinos "que hoy constituyen en el país una verdadera raza de ilotas" (afirmación que tuvo un trágico desmentido con la iniciación de los grandes, movimientos obreros de 1903, 1905, 1906 y 1907 en Valparaíso, Santiago. Antofagasta e Iquique), Letelier lo refuta y se inicia una polémica que alcanza su más dramática expresión en la Convención Radical de los primeros días de 1906, en Santiago. Con motivo de la discusión de un nuevo proyecto de programa contendieron Mac-Iver y Letelier, es decir, las tendencias individualistas y de reforma social. Este último defendió la ampliación del programa radical con el planteamiento de las cuestiones sociales que querían una solución jurídica. Su tendencia, concretada en la necesidad de una legislación social, se impuso y logró cierta renovación del radicalismo. Pero es un error creer que por esta actitud Valentín Letelier se señaló como un socialista, ya que él entiende por socialismo claramente la doctrina que propaga la alteración de las bases del orden social y jurídico, con el objeto de conseguir para el proletariado una definitiva situación de bienestar, actitud que él no comparte. Deseaba solamente una legislación protectora sobre la organización del trabajo y sobre las condiciones de vida de la masa obrera. Una especie de socialismo de cátedra. Aún más, su discípulo don Armando Quezada Acharan demostró, en dicho Congreso, que la legislación obrera no debía confundirse con el socialismo sistemático que aspiraba esencialmente a colectivizar la propiedad.

De todas maneras, por su acción en este torneo, don Valentín Letelier definió con respecto a la cuestión social, aparte de su reconocimiento (que Mac-Iver negaba), una política social que poco a poco se fue llevando a la práctica. Y además le señaló al radicalismo la necesidad de renovar su programa y marchar a tono con el desenvolvimiento económico-social del país, al lado de las fuerzas democráticas y populares.

Siguiendo aquella posición de Valentín Letelier el Partido Radical ha reconocido la existencia de la lucha de clases en el seno de nuestra sociedad y ha debido postular, como una manera de conjurarla, la urgencia de instaurar una democracia económica que, sobrepasando los estrechos y falsos límites de la democracia

política, de justicia social y económica a las grandes multitudes laboriosas. Tal cual planteara Valentín Letelier: o el Partido Radical se da un programa socialista mínimo o deja de ser partido Radical.

2. Nicolás Palacios es oriundo de la región de Colchagua. Estudió y trabajó en Santiago. A los 40 años de edad se radicó en las salitreras, ejerciendo su profesión de médico. A pesar de que en su madurez defendió los principios que enarbolaron los revolucionarios de 1891 en contra del gobierno de Balmaceda, por estimar que el régimen parlamentario y la libertad electoral eran las bases de una democracia genuina, pronto se transformó en un fervoroso adepto de la política patriótica del presidente mártir, al luchar decididamente por la nacionalización del crédito y de la industria salitrera, para ponerla a cubierto de la voracidad de los grandes capitales extranjeros. Es así como en aquella zona combatió Palacios el monopolio llamado "combinación salitrera", porque iba contra los intereses del Estado al ahogar la libre expansión de la industria. En la misma forma, entró a defender a nuestro pueblo, al que ve trabajar rudamente, sometido a duras condiciones de vida.

En 1904 apareció su libro "Raza Chilena", cuya publicación fue una patriótica señal de alarma frente a las injusticias sociales imperantes y una apasionada defensa de la clase popular. Para llevarla a cabo, Nicolás Palacios, influenciado por las doctrinas racistas del conde de Gobineau, que tanta boga tuvieran en nuestro tiempo, difundidas particularmente por H. S. Chamberlain, Lapouge y Ammon, se fundamenta en la biología y en la etnología para hacer del roto chileno un descendiente de germano, elemento racial al que le asigna todas las grandes cualidades creadoras, y de araucano, el más vigoroso conglomerado autóctono de América. Afirma que el roto es araucano-gótico, en tal forma que el chileno legítimo no tiene sangre latina en sus venas, por más que hable romance y lleve apellidos castellanos. El roto chileno es mestizo de padre germano, varonil, de psicología patriarcal, y de madre araucana.

Con todo lo discutible y falso que el libro de Palacios contiene en sus teorías racialistas, no obstante, es una obra valiosa que vuelca las angustias de un hombre sincero de la pequeña burguesía profesional, profundamente atormentado ante la crisis que en el país se abría en ese entonces. Desgobierno y desmoralización en los dirigentes políticos; corrupción en la clase gobernante, debido a la formación de una nueva capa social plutocrática; pérdida de la austeridad tradicional de la nación; ansia de dinero fácil; tendencia al derroche inusitado; lujo insultante en la oligarquía; costumbres escandalosas en los diversos sectores; decadencia moral de la administración pública, en la que menudean los desfalcos, sustracciones de documentos, falsificaciones e incompetencia; y miseria agobiadora de las clases populares, eran los perfiles sobresalientes de esa época y señalaban los síntomas alarmantes del caos social que se avecinaba,

En un párrafo certero dice Palacios: "El Fisco chileno es el más rico de cuantos existen, pues posee una renta de más de $18 por habitante, obtenida de las propiedades nacionales y de la renta precaria del salitre y yodo, situación anómala y que sería peligrosa para cualquier país, y que para Chile ha sido funesta. Nadie desconoce la conveniencia de que Chile se habitúe a cubrir los gastos ordinarios de su administración con el producto de contribuciones, por lo que los cincuenta y tantos millones de renta extraordinaria debieron dedicarse a las tres más premiosas necesidades, de urgencia asimismo extraordinaria, que hoy siente nuestro país: 1) la instrucción primaria, manual y técnica; 2) la implantación o introducción de industrias fabriles; 3) la población metódica de nuestro territorio con familias chilenas escogidas". El trozo reproducido condensa el programa de Nicolás Palacios para salvar a Chile de la situación lamentable en que se debatía, y darle, a su vez, prosperidad a la nación y bienestar al pueblo.

Nicolás Palacios cifra grandes esperanzas en la labor educacional para mejorar el pueblo y cambiar los destinos del país. Sobre todo, estima de gran necesidad darle una orientación técnica para hacerla servir a los fines de incremento material del país. Pero es a la urgencia de desarrollar la industria a la medida que le dedica mayor atención. Desde el punto de vista agrícola estima muy limitadas las posibilidades de Chile, dado su territorio quebrado y difícil, las reducidas extensiones aprovechables y el desgraciado régimen de las lluvias. En cambio, son excelentes sus bases y perspectivas para el desenvolvimiento de la industria pesada, de la industria de la pesca y de la navegación.

Chile debe ser industrial por la naturaleza de su territorio y por las condiciones de su raza, inteligente y fuerte, apta para comprender y dirigir cualquier maquinaria a poco que se le enseñe y capaz de repetir cualquier trabajo con sólo encomendarlo a su proverbial entusiasmo y buena voluntad.

Nicolás Palacios dice: “Chile debe ser país industrial y comerciante para que nuestra raza produzca por selección individuos capaces de manejar esos dínamos poderosos de la energía social que se llaman capitales, manejarlos en su poder productor de riquezas destinadas al consumo y en el de creador de nuevos capitales. La riqueza es la sangre de las naciones, ha dicho Spencer, por lo que toda sociedad para constituir un organismo superior debe poseer órganos que produzcan, acumulen y dirijan la riqueza”. Por eso prefiere a la política de obras públicas una política industrial. Estima, necesarias las obras públicas, pero éstas no son reproductivas y de ahí la necesidad de preferir el desarrollo industrial, máxime cuando en Chile “son las irregularidades escandalosas, denunciadas repetidas veces en el seno del Congreso, a que dan lugar los contratos de las obras públicas, el móvil de esa inusitada actividad de construcciones”.

Al analizar el problema de la colonización considera que, a pesar de sus posibilidades limitadas, la agricultura todavía posee amplio campo en nuestro país, pudiendo incorporarse grandes porciones de suelo de excelente calidad a la producción, el que debe ser, a su entender, poblado en forma sistemática por chilenos y no por emigrantes extranjeros. La población chilena aumenta en forma apreciable y si se la vincula a la tierra, en debidas condiciones, prospera y produce. Condena el régimen de colonización impuesto por los gobiernos desde 1870 adelante, cuya orientación sólo tuvo por móvil el que se hicieran dueños de la tierra los capitalistas y a través de ellos obtener algunos recursos para el Fisco. Tiene duros calificativos para referirse a los remates de tierras realizados en las comarcas sureñas. En uno de sus capítulos expresa: “La historia del ramo de remate de tierras no está menos exento de tropiezos que el de la ocupación de hijuelas por colonos nacionales. Como algunos rematantes obtenían vanos lotes a la vez, quedaron extensos campos en poder de algunos solamente. Sembraron las porciones de buena calidad, para obtener pingües ganancias, o las vendieron a precios más subidos. Las que no les ofrecían un negocio inmediato quedaron inexplorables para esperar que adquirieran el precio mayor que les daba el tiempo. Ha sido este un mal que subsiste hasta la actualidad en proporción excesiva. A medida que el tiempo transcurría, los abusos tomaban cuerpo y la inventiva del lucro ideaba mil medios para eludir las disposiciones de la ley”.

En este párrafo están contenidas las causas que generaron la gran propiedad sureña; los interminables litigios de tierras: el despojo de los mapuches, la burla al trabajo y sufrimientos de rudos colonos, que, después de 15 o 20 años de esfuerzos, son despojados de sus suelos, de los levantamientos y represiones: del bandidaje y cuatrerismo. En la misma forma, señala los abusos relacionados con la explotación de Magallanes condenando la actitud del Fisco que vendió grandes extensiones tan grandes como un

departamento, a ganaderos extranjeros sin que se le pasara por la mente la colonización a base de pequeños agricultores nacionales. Precisamente, las ventas y arriendos se llevaron a efecto sin respetar el derecho de los chilenos.

Finalmente, Nicolás Palacios ataca violentamente el criterio de colonizar con extranjeros cuando, por su natalidad. Chile tiene elemento humano de sobra para hacerlo, con la ventaja de asegurarle así condiciones de vida tolerables que impidan la mortalidad que nos agobia y no nos permite aprovechar el capital humano nacional. A este respecto cita un párrafo de la Memoria de Relaciones del año 1932, en donde se sustenta la excluyente teoría de la colonización extranjera: "El interés del país en el repartimiento de las tierras entre los propios nacionales, es mediocre comparado con la importancia que tiene el fomento de la inmigración extranjera. Debe, pues, en nuestro concepto, abandonarse la idea de formar colonias de nacionales que es contraria a las más claras reglas que dominan esta materia".

La aplicación del principio defendido por el Fisco chileno, en el párrafo reproducido, significó la carencia de estímulo, en la escala debida, a la colonización con familias chilenas y, por otro lado, se manifestó en el despojo de muchos colonos nacionales en beneficio de los extranjeros. Innumerables esforzados chilenos fueron privados de las tierras que ocupaban debiendo abandonarlas y emigrar a Argentina, donde varios millares de ellos hicieron producir lejanas comarcas, consiguiendo, a su vez, el bienestar que en su patria se les negaba. Esta situación fue tan grave que los diversos municipios de la Araucanía defendieron a los colonos despojados y a los aspirantes a colonos para evitar la emigración a la Patagonia. En la misma forma, las sociedades de obreros, y artesanos llevaron a cabo peticiones en el sentido indicado.

Nicolás Palacios no es enemigo de la colonización con núcleos extranjeros; la considera necesaria y útil; pero es partidario ardoroso de que en la colonización del territorio chileno se prefiera a los elementos escogidos de su población laboriosa que ansían transformarse en propietarios libres, protegidos adecuadamente por el Estado. En un apreciable sector de la nacionalidad existe una verdadera "hambre de tierra", que no ha sido satisfecha a causa del latifundismo imperante, el que prefiere mantener en calidad de inquilinos o siervos a millares de hombres que podrían ser excelentes cultivadores libres, técnica y efectivamente ayudados por el Estado. Prefieren un trabajo extensivo por medio de la explotación del hombre en vez de un trabajo moderno por la utilización amplia de la maquinaria agrícola.

El programa de este chileno eminente es claro y realista para lograr el progreso fecundo de Chile, ampliación de la enseñanza y ésta con una definida orientación práctica y productiva; desarrollo de la industria en todas sus manifestaciones hasta llegar a establecer la industria pesada; y desarrollo de la producción agropecuaria a base del mejoramiento de la agricultura y de una colonización sistemática, utilizando de preferencia elemento nacional.

A pesar de los cuarenta y tantos años transcurridos desde que Nicolás Palacios formulara este programa, todavía posee una actualidad grande, dado que constituye una aspiración a conquistar para bien de Chile. En estos días cuando las principales energías de los gobernantes están volcadas a eliminar el analfabetismo y a darle un contenido económico y práctico a la enseñanza; a industrializar el país por la electrificación y el aprovechamiento de sus materias primas: y a reestructurar la agricultura contemplando, entre otras medidas, una colonización sistemática, y todo ello con la finalidad de aumentar la producción, la riqueza y el bienestar, el recuerdo de las interesantes ideas programáticas de Nicolás Palacios es oportuno y enseñador.

3.- Francisco Antonio Encina se hizo notar en 1912 al publicar dos obras en las que se acreditaba buen historiador y sociólogo: una sobre la orientación económica de la enseñanza y otra acerca de las causas y consecuencias de nuestra postración económica. Esta última tiene una actualidad extraordinaria, a pesar de los años pasados desde su aparición, de donde deriva un interés permanente y la necesidad de que conozcamos algunas de sus ideas fundamentales. Es esta obra "Nuestra inferioridad económica. (Sus causas y consecuencias)", y en ella se evidencia como un discípulo del doctor Nicolás Palacios, cuyo nacionalismo encendido y dinámico informa el ensayo de Encina.

Es este un libro que estudia con gran hondura los diversos factores que han influido en la paralización del desarrollo económico nacional y en su atraso con respecto a los demás países americanos, después de haber sido el que iba a la cabeza. Encina afirma que existe en Chile una antinomia entre los elementos físicos inadecuados para una gran expansión agrícola y, en cambio, admirablemente adecuados para el desarrollo industrial, y las aptitudes de la raza apta para la agricultura e inepta para la actividad manufacturera y comercial, pues carece de las condiciones que exige vida industrial debido a la herencia, al grado relativamente atrasado de su evolución y a la inadecuada enseñanza.

Expresa Encina: "Las condiciones geológicas y climatéricas hacen imposible en Chile una vigorosa expansión agrícola. Nuestra agricultura sólo puede desarrollarse lentamente, dentro de horizontes muy limitados, merced al perfeccionamiento de los cultivos y a su expansión en suelos difíciles de aprovechar. Salvo los aumentos que los futuros avances de la técnica agrícola lleven a la productividad del suelo, no es probable que pueda alimentar más de doce millones de habitantes. Las industrias extractivas del salitre y del cobre en la actualidad las fuentes de riqueza más copiosas, después de la agricultura, son verdaderas industrias fabriles, porque tienen las mismas exigencias de capitales y aptitudes que ellas. En las industrias fabriles deben, también, cumplirse los destinos de nuestro país si está llamado a figurar honrosamente en la civilización del futuro. El medio físico obliga, pues, a Chile a ser ya un pueblo manufacturero, comercial y navegante, si no quiere interrumpir su desarrollo".

Es notable el análisis que Encina hace de la psicología económica del chileno y que vale la pena reproducir. El chileno es "física e intelectualmente fuerte, dotado de voluntad enérgica y audaz, sin embargo, carece o tiene mal desenvueltos todos los rasgos del carácter y todas las aptitudes que dan éxito en la actividad industrial: la regularidad, el orden y el método, factores del buen aprovechamiento del tiempo; el espíritu de observación y la prudencia en los cálculos, bases del juicio industrial y comercial; la perseverancia, la competencia técnica; la capacidad para la asociación; la moralidad elevada que requiere la concurrencia económica contemporánea; la ambición inexhausta que pone en juego todas las fuerzas del hombre, y el sentimiento fuerte de la nacionalidad y el deseo de la grandeza colectiva que hacen llevaderos los más duros sacrificios y fáciles las más grandes empresas. No quiero decir que el chileno adolece de incapacidad económica en el verdadero sentido de la expresión. No; entre las razas hispanoamericanas, la chilena es la más fuerte y la de mayor porvenir, aun económicamente hablando.... Hoy mismo, con todos sus vacíos y defectos, lucha en la agricultura con el extranjero y lo vence ... La incapacidad económica del chileno es relativa; se refiere sólo a la vocación y a las aptitudes para la actividad fabril y manufacturera; y deriva del estado social y de la educación monstruosamente absurda para este estado, que recibe".

Francisco A. Encina reconoce el papel económico de la agricultura y la vocación del chileno hacia ella, pero considera esta actividad limitada por la propia naturaleza de Chile. De ahí que si nuestro país desea un

porvenir grande y notable tiene que hacer radicar su poderío en otra rama de la actividad económica. ¿Y por qué no en la minería, que en nuestro país ha sido hasta ahora la base de su existencia? Según Encina el peligro reside en el hecho que la minería, al revés de la agricultura, permite la absorción por el capital extranjero más abundante y poderoso que el nacional, aún incipiente, de tal modo que con el tiempo solamente en el nombre es una actividad económica nacional. La minería no incorpora riqueza directamente al suelo ni tampoco crea lazos entre el suelo y el hombre, derramando prosperidad únicamente en forma refleja. Ofrece un campo propicio para el desplazamiento económico del nacional por pueblos más desarrollados. Una nación minera está más expuesta que otras a ser absorbida económicamente y a quedar en condición de factoría de civilizaciones más poderosas.

En Chile la agricultura tuvo un desarrollo importante hasta 1873, siendo posible una apreciable exportación de cereales, pero a raíz de la pobreza de nuestros suelos, el aumento de las dificultades en el cultivo y al descenso de los precios de los productos agrícolas en el comercio mundial, la agricultura pierde categoría sin lograr alcanzar ni remotamente un desarrollo que pudiera hacer de ella la base de nuestra economía, como sucede en Argentina, por ejemplo. Es por eso que Chile ha sido esencialmente un país minero. Plata y cobre a mediados del siglo XIX; salitre desde 1874; salitre y cobre en el siglo XX, han sido los productos principales de la minería chilena. Y. desgraciadamente, la minería ha sido dominada por los capitales extranjeros, los que se llevan la totalidad de las utilidades fuera del país, determinando la descapitalización nacional. Por otra parte, desde entonces la agricultura ha vivido subordinada al desarrollo de la industria salitrera.

Frente a esta situación ¿cuál es la solución que Chile debe darle a su economía? Para Francisco A. Encina no puede ser otra que la de desarrollar la industria. La naturaleza ha sido generosa con nuestro país en los factores que permiten a los pueblos enérgicos crear civilizaciones basadas en la manufactura, en el comercio y en la navegación, tales como: configuración geográfica que permite el acceso fácil al mar; existencia de magníficos depósitos de hierro y abundante energía motriz; numerosos y variados yacimientos minerales. De esto se desprende que la minería en Chile debe ser el sólido punto de apoyo para la industrialización, pero no la base de su economía. En este caso está condenado a ser productor de materias primas exclusivamente, subordinado al capital extranjero, lo que impide la expansión fabril manufacturera, que debe ser la base de su prosperidad y libertad económicas.

Ahora bien, para imponer esta realidad son necesarias no solamente la acción directa del Estado en el sentido indicado, por medio de las medidas del caso, sino que, para el señor Encina, son fundamentales los cambios que deben imprimirse a la orientación de la enseñanza. Considera que en la actualidad la enseñanza es un agente decisivo de transmutación y de ahí que pueda corregir la preferencia, contrarrestar las desviaciones y suplir los vacíos de nuestra evolución. Una educación sistemática puede completar la transformación aun imperfecta de nuestra primitiva energía militar en aptitudes industriales.

Esta educación sistemática una vez adaptada a nuestro estado social y a nuestro patrimonio hereditario puede contribuir directamente a la rehabilitación del sentimiento de nacionalidad y de los ideales que constituyen el nervio de la expansión material y moral de un pueblo. Una política económica, comercial y estable, basada en el conocimiento de nuestros medios, de nuestra posición y de nuestro porvenir, puede auxiliar a la enseñanza en la realización de la pesada tarea que el destino y nuestros errores han echado sobre nuestros hombros en el presente. Esta obra de F. A. Encina tiene un valor indudable, pues es uno de

los más claros y mejores ensayos en el intento le explicar nuestra realidad y de proponer soluciones radicales con el objeto de conseguirle una perspectiva nueva y más grandiosa a nuestro país.

Notas sobre los problemas de la Historia[63]

1. Historia e Historiografía. 2. Las diversas concepciones de la Filosofía de la Historia. 3. Filosofía de la Historia y la Sociología. 4. La Historiografía chilena.

Etimológicamente la palabra "Historia" proviene de la voz griega que significa, según unos, "narrar", y, según otros, "yo averiguo". Desde el punto de vista de su contenido, Historia es la ciencia de los hechos particulares del pasado humano, en su conexión universal y en su aspecto variado y multicolor. Es la Historia la ciencia más dependiente de todas. Precisa del apoyo y auxilio de otras muchas: Derecho, Economía, Etnografía, Sociología. Es por ello que algunos historiadores han expresado que la Historia es una ciencia eminentemente inexacta, en tal forma que el saber histórico de cada época tiene un carácter relativo y provisorio, lo que determina la imposibilidad de un conocimiento total y exacto. En la misma forma afirman, por las razones señaladas, que no existen leyes históricas, de tal manera que el concepto de evolución tendría validez limitada. Por ejemplo, el gran biógrafo inglés, Strachey, ha escrito que la Historia es, por, sobre todo, un arte y no una ciencia, rebatiendo a Fustel de Coulanges para quien "no es un arte; es una ciencia pura". Strachey le niega su carácter científico basándose en el hecho que es imposible consultar todos los documentos que existen sobre un determinado asunto y, además, porque no siempre está lo esencial en ellos. Expresa que ha habido conversaciones que no han dejado huellas y, sin embargo, han transformado la tierra. Por otra parte, los documentos son, a menudo, contradictorios, de tal suerte, que precisan una selección, lo que constituye de hecho una ruptura de la objetividad y de la necesidad de su estudio y lectura sin ideas preconcebidas, como pide Fustel de Coulanges al defender el carácter científico de la Historia. Strachey estima incorrecto denominarla ciencia ya que los caracteres propios de la ciencia: posibilidad de experimentación, posibilidad de verificar una ley y de comprobar tantas veces como se quiera la exactitud de relaciones ya conocidas, faltan en la Historia. Hace hincapié en el hecho de que la Historia ha sido en otro tiempo vida real entrecruzada por la más enorme multitud de factores. La historia de una conferencia, por ejemplo, no es solamente la expresión de los intereses económicos en juego, sino además de las teorías políticas en boga y de las reacciones mutuas de sus componentes, con innumerables pasiones, costumbres, ideas, padecimientos y formación intelectual diversas.

Una refutación brillante a estos hábiles argumentos de Strachey es la del historiador ruso M. N. Pokrovski. Primero recuerda que hay quienes afirman que la Historia no puede ser una ciencia porque sólo son objeto de ella los fenómenos que se reproducen y en la Historia nos hallamos en presencia de hechos individuales que sólo han ocurrido una vez y no habrían tenido lugar antes ni pueden tenerlo después. ("La Historia no se repite") y es la repetición de los fenómenos lo que nos da la posibilidad de establecer sus leyes, ya que para lo que no se reproduce no se puede establecer ninguna ley. Además, los dos recursos principales el conocimiento científico, la observación directa y la experiencia le están cerrados. En seguida, Pokrovski hace presente que en toda ciencia abunda lo individual, menos en las Matemáticas, y que en el caso de la Historia existen estrechas analogías entre períodos históricos separados. Por otra parte, la mayoría de las

[63] Atenea n°277 (1948)

ciencias exactas se ayudan de la observación indirecta o se contentan con ella (en Zoología, con algunos esqueletos para varias especies desaparecidas; en Paleontología, Arqueología, Geología, Astronomía, y aun Psicología, sucede algo similar). En Historia es posible una observación directa en los pueblos primitivos que aún subsisten. Tampoco le está cerrada la experiencia, pues la historia vivida, corriente, constituye una experiencia constante. El historiador que siente interés por lo que le rodea debe recurrir a cada paso al "pronóstico", a la "predicción"; debe hacer profecías que, luego, se ven confirmadas y refutadas por los acontecimientos, basándose en la analogía de hechos o situaciones. En el caso de los fenómenos accesibles a la Estadística, por lo demás, en esa experiencia se alcanza un grado de exactitud considerable. En una palabra, no hay ningún fundamento racional para negar que la Historia es una de las ciencias más importantes. Igualmente está fuera de toda discusión su importancia decisiva para la marcha de la sociedad, puesto que la Historia no sólo depende de otras ciencias sino también de la cultura y de la vida misma. Los objetos de la Historia son los de la vida social: acontecimientos, situaciones, relaciones (contar un suceso presenciado, o relatar el conocimiento de una persona importante, es hacer Historia). Esta conexión con la vida le da su universalidad e importancia para la sociedad. Es así como la Historia surge por todas partes: en el colegio, en el foro, en el monasterio, en la redacción del periódico, en el campamento, en el campo de deportes, en la concentración pública.

Es, precisamente, notable la cantidad de historiadores que se han encontrado actuando en el seno de la vida social de su pueblo, como políticos, funcionarios, magistrados o periodistas.

Las formas de escribir y concebir la Historia, o sea, lo que se denomina la Historiografía, han sido diversas. El eminente tratadista Bernheim, en su obra "Introducción a los estudios históricos", ha señalado tres etapas que, si bien son discutibles han sido aceptadas por la mayoría de los escritores en el terreno indicado. Ellas son: Historia narrativa, Historia pragmática e Historia genética. La primera etapa en las formas de concebir la Historia es la narrativa. Aparece en Grecia y su padre es Heródoto (482-425 A. C.), autor de "Los nueve Libros". Para él, Historia "es la narración verídica de los hechos pasados". Heródoto y los diversos historiadores griegos consideran exclusivamente "lo griego" como la esencia de la actividad humana; los demás pueblos son bárbaros. De ahí que carezcan de una concepción universalista. El tipo de historia narrativa se mantiene a través del tiempo y coexiste con las otras formas. Durante la Edad Media alcanza un considerable florecimiento en las diversas "Crónicas", género que subsiste en nuestros tiempos.

La segunda etapa en la Historiografía es la pragmática, siendo su precursor Tucídides (460-400 A. C.), autor de la "Historia de la guerra del Peloponeso" y cuyo iniciador es Polibio (210-127 A. C.). Esta concepción de la historia se caracteriza per el afán de desprender del pasado determinadas enseñanzas como ejemplos para las nuevas generaciones, Es decir, está dominada por una marcada "tendencia". En la Antigüedad modelos de este tipo son las "Vidas Paralelas" de Plutarco (45-125 D. C.), quien agrupa los diversos hechos alrededor de los hombres más señalados, y la "Germania" de Tácito (55-120 D. C.), quién los agrupa en torno a los pueblos germanos. Después de desaparecer en la Edad Media, reaparece en el Renacimiento con marcadas tendencias políticas, alcanzando su mayor expresión en las obras de Guicciardini y Maquiavelo (autor de las notables y discutidas obras: "Tratado del Príncipe" y "Comentarios a Tito Livio"). Este tipo de Historiografía alcanzó una boga extraordinaria en Alemania, donde fue formativa de la mentalidad de este país, desde comienzos del siglo XIX hasta la primera guerra mundial. En los tiempos actuales ha tenido un empleo grande en las historias oficiales de los países fascistas (Alemania e Italia) y de la Rusia Soviética, llegando incluso a adulterar los hechos históricos en beneficio de la tendencia. Esta

historia tendenciosa colocada al servicio de un nacionalismo sectario y furioso procede a eliminar todo lo que en el pasado contraría sus consignas, pretensiones o dogmas. No le basta con interpretar de nuevo los acontecimientos: llega hasta a adulterar o "renovar" los hechos y a suprimir los personajes que obstaculizan sus puntos de vista e intereses o que han caído en desgracia; transforma el papel que han desempeñado algunos de ellos que están "en la línea" hasta hacerlos figurar en el primer rol, a pesar de que en la realidad han sido obscuras y secundarias comparsas; finalmente, pecan por omisión y mentiras. En el presente es notable ejemplo de este tipo de historiografía la literatura histórica emanada de los medios oficiales soviéticos, con obras como la "Historia del Partido Comunista Ruso", que es una extraordinaria mistificación. En una reciente "Historia de la Diplomacia", publicada bajo la dirección de Vladimir Potemkin, a menudo seria y documentada, el autor, que es estalinista, habla de las negociaciones rusas de Brest-Litovsk, en 1917, sin citar el nombre de Trotsky, jefe de la delegación, salvo una vez para calificarlo de traidor, por no haber defendido las decisiones de Lenin.

La tercera etapa de la Historiografía es la genética. Trata de desprender de los hechos históricos sus orígenes y encadenamientos causales. Está caracterizada por su sentido orgánico y la búsqueda de un nexo común, del sujeto unitario de la heterogeneidad de los hechos históricos. Los iniciadores de esta concepción han sido Bossuet, Voltaire, Vico, Montesquieu y Condorcet. En el siglo XVIII predomina como ley causal del devenir histórico "la ilustración", es decir, la marcha constante de la Humanidad hacia la cultura racional. En el siglo XIX las leyes causales son la "evolución", el "progreso", la "humanidad".

En el siglo XX se habla de "clases", "raza", "espíritu" y "cultura". La historia genética ha imperado en el siglo pasado con nombres tan conocidos como Comte, Spencer, Marx, Gobineau y en el actual con Wells, Ferrero, Spengler, Huizinga.

La concepción genética de la historia ha sido ampliada en nuestros días con diversos alcances y han aparecido nuevas escuelas históricas que tratan de superar el esquema de Bernheim que hemos reseñado. Y ha tenido que ser así, porque es difícil poder separar claramente las formas de concebir la Historia, tal como el mencionado tratadista lo ha intentado. En toda Historia hay narración, es decir, reconstrucción del pasado y expresión de ella. También hay enseñanza, porque la Historia es una suma de experiencias que, por muy variables que sean el medio y los sujetos que se sucedan en el acontecer histórico, el conocimiento del pasado siempre servirá, en cierto grado, para explicar lo presente y guiar la acción futura. En la Historia, además, hay relaciones causales y condicionadoras entre los hechos humanos, aunque muchos de estos no encuentran su explicación en el pasado sino en nuevos factores y en la voluntad humana, de la cual deriva lo contingente e imprevisto.

Para resumir lo que hemos expresado hasta el momento, podemos decir que en el vocablo "Historia" se cobijan dos direcciones conceptuales: lo acontecido o sucedido, por el solo hecho de serlo; y lo reconstruido, previas una investigación y exposición. La primera, es decir los hechos y procesos reales, con una realidad determinada en el espacio y el tiempo, corresponde a la Historia en su acepción pura. La segunda, aquello que del pasado se investiga, reconstituye y escribe, importa lo que se denomina Historiografía. Lo interpretado y valorado, por medio de la razón, la intuición y la imaginación, constituye la Filosofía de la Historia o Historiosofía.

La Historia es reconstrucción artística del pasado, pero no todo el pasado se reconstituye sino sólo aquellos hechos y procesos que una adecuada valoración estima trascendentes, particulares o característicos de

formas de armonía o desequilibrio social; la labor del historiador no puede reducirse a la superposición de momentos en la vida de hombres, pueblos o culturas sino que precisa de una interpretación y comprensión de los hechos y procesos en sus relaciones condicionadoras o causales como formativos de un pasado, en función del presente y al servicio de un futuro que se desea mejor.

Con razón ha expresado el gran historiador holandés J. Huizinga: "La historia es una forma de la verdad acerca del mundo. Cultivarla es un modo de buscar el sentido de la vida".

La Historiosofía ha sido siempre la preocupación dominante de los grandes pensadores. Se le conoce preferentemente con la denominación de Filosofía de la Historia, según la acertada expresión de Jean Bodin.

Una de las primeras sistematizaciones filosóficas de la Historia es la de Juan Bautista Vico (1668-1743), en sus obras "Principios de la Filosofía de la Historia" y "Ciencia Nueva". La Filosofía de la Historia, o Historiosofía, impone la interpretación de la objetividad por la subjetividad, es decir, partiendo de la aceptación que los hechos se correlacionan entre sí como causa y efecto, se remonta a las causas lejanas y trata de responder a las interrogantes siguientes: ¿Existe o no una causa primera? ¿Dios o la materia? ¿Hay leyes que determinan la necesidad de las series causales? ¿Cuáles son los fines de la Historia? ¿Es la razón humana capaz de comprenderla?

Según Plejanov cada período histórico tiene su propia Filosofía. Para él la más primitiva es la "concepción teológica de la Historia", que está ligada a los primeros esfuerzos hechos por el pensamiento humano para explicarse el mundo exterior. Su representante más notable ha sido San Agustín, obispo de Hipona, norte de África (354-430). En su libro "De la Ciudad de Dios" hace provenir de Dios todo lo existente, tanto en el orden material como en el moral. Para él la Historia es el transcurso de la lucha entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Hombre, en la cual se impondrá la primera. Posteriormente, fue sostenida por Bossuet, obispo de Meaux, (1627-1704), en su obra "Discurso sobre la Historia Universal". Al igual que San Agustín encara los acontecimientos históricos como sometidos a la Providencia Divina. Según estos pensadores la Historia revela que existe una dirección divina de la Humanidad, siendo la voluntad de Dios arcano que el hombre no puede comprender, guiándolo solo la fe en que la Providencia procura conducirlos hacia la realización del reino de Dios. En el siglo XIX esta concepción ha sido sustentada por los providencialistas De Maistre y De Bonald.

En el siglo XVIII se abre paso la "Concepción Idealista de la Historia" que explica la evolución histórica por el desarrollo de las costumbres y de la "opinión", como se decía entonces representantes de esta escuela son: Voltaire, (1694-1778), con su "Ensayo sobre las costumbres"; Holbach, (1723-1789) y Helvetius, (1715-1:71). Estos filósofos son materialistas en su concepción de la naturaleza e idealistas en su análisis del desarrollo histórico, el más alto personero del idealismo histórico es Hegel, (1779-1831), con su obra: "Lecciones sobre la Filosofía de la Historia". Para Hegel es el espíritu, o la idea, lo que constituye el fondo y el alma de todo lo que existe. La materia misma no es más que una manera de ser del espíritu. La Historia es el desenvolvimiento del espíritu universal en el tiempo.

En el siglo XX una nueva teoría alcanza una gran popularidad. Es la "concepción materialista de la Historia", debida a Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895), quienes no la desarrollaron

sistemáticamente en una obra especial, sino que a través de sus numerosos escritos, y, sobre todo, en el prefacio de “Contribución a la crítica de la Economía Política”.

Para Marx no es la idea, no es lo espiritual ni lo divino, lo que constituye la fuerza de la evolución, sino que esta fuerza reside en la materia. Afirma que el estado económico de un pueblo es el que determina el estado social y éste, a su vez, su estado político, religioso e intelectual. El estado económico tiene su causa y ésta causa fundamental de toda evolución histórica, es la lucha que el hombre sostiene con la naturaleza para asegurar su existencia.

Marx y Engels no reconocen ningún Dios en la Historia; rechazan la noción de fuerzas o seres supra terrestres. Tampoco son las ideas las que determinan los sucesos históricos; tanto en la naturaleza como en la historia es la base material la que determina la base espiritual, las ideas: “Los hombres hacen su propia historia. Pero no la hacen según el deseo de su iniciativa ni en las circunstancias libremente elegidas; ellos están obligados por las circunstancias del momento, tales como las han creado los acontecimientos y la tradición”. (“El 18 Brumario de Luis Bonaparte”).

Algunos discípulos han exagerado la doctrina histórica marxista, elaborando, en cambio, un rígido determinismo económico que hace automático al proceso histórico, negando la importancia de los demás factores y, en especial, el rol de la personalidad humana en la Historia. En este sentido ha expresado, con gran exactitud, el orador socialista Jean Jaurès, y notable historiador de la revolución francesa, el siguiente juicio que sitúa en su verdadero terreno el alcance justo de la doctrina mencionada: “Pero no olvidemos, que las fuerzas económicas actúan sobre hombres, como no lo olvidó el mismo Marx, empequeñecido muchas veces por intérpretes mezquinos. Y los hombres tienen una diversidad prodigiosa de pasiones y de ideas y la complicación casi infinita de la vida humana no se deja reducir brutal ni mecánicamente a una fórmula económica. Además, aunque el hombre viva principalmente de la humanidad, aunque sufra sobre todo la influencia envolvente y continua del medio social, vive, también, por los sentidos y por el espíritu en un medio más vasto que es el universo... Tan vano y falso sería, por consiguiente, negar la dependencia del pensamiento respecto a la vida económica y de las fuerzas de la producción como pueril y grosero explicar sumariamente el movimiento del pensar humano sólo por la evolución de las formas económicas. El espíritu del hombre se apoya con mucha frecuencia en el sistema social para resistirlo y vencerlo, de modo que entre el espíritu individual y el poder social hay a un tiempo solidaridad y conflicto” ...

El materialismo histórico no es otra cosa que la tentativa de aplicar los métodos científicos generales al estudio de los fenómenos históricos. Los datos de la Historia permiten afirmar que la interpretación científica de la historia es su interpretación materialista, que supone, además, la adopción del determinismo histórico, o sea, que considera todos los fenómenos de la naturaleza y de la historia ligados y condicionados recíprocamente. Puesto que el hombre fisiológicamente se halla sometido a las mismas leyes que todos los seres orgánicos, su necesidad principal es el alimento (“todo lo que vive se alimenta, y todo lo que se alimenta vive”) y, por otra parte, su vida consciente presupone, como condición necesaria, su vida orgánica (“el organismo muerto carece de conciencia”). La necesidad de sostener el organismo, de alimentarse, es la necesidad fundamental del hombre, como de todo ser vivo; sólo después de satisfacerla puede pensar en otras, y la acción encaminada a satisfacer esta necesidad es la actividad fundamental del hombre. Por lo tanto, los hechos históricos principales son los materiales, económicos, determinadores en

grado supremo de todas las demás actividades humanas. De aquí la importancia decisiva de la economía cuya finalidad esencial es la obtención de alimento. Con razón Lenin señaló que Marx al reducir la complejidad de las relaciones sociales a su fundamento: las relaciones de producción, y al establecer la dependencia de éstas últimas del nivel de las fuerzas productivas, creó la posibilidad de representar la evolución de la sociedad como un proceso histórico natural y elevó la historia a la categoría de una ciencia.

El esquema de Plejanov es exacto en líneas generales, pero en lo que respecta al materialismo, es preciso considerar otros aspectos, pues dicha posición filosófica no se reduce exclusivamente al materialismo histórico de Marx y Engels. Existen por lo menos otras dos derivaciones: 1. El Positivismo, sostenido por Augusto Comte, (1798-1857), especialmente en su obra "Curso de Filosofía Positiva". El positivismo comtiano ha sido aplicado a la Sociología por los notables sabios Emule Durkheim, en sus obras "La Sociología y las reglas del método sociológico" y "División del Trabajo Social" y Levy Bruhl, en su obra "La mentalidad primitiva". También ha sido aplicado al Derecho, principalmente por Duguit en sus obras: "Transformaciones del Derecho Privado" y "Transformaciones del derecho público". 2. El materialismo biológico, representado en Biología por Darwin y en Sociología por Herbert Spencer, en diversas obras, como: "Principios de Sociología", "Las instituciones políticas", y otras. Tanto la concepción teológica como la materialista, en sus diversas direcciones, niegan la capacidad de la razón para comprender la Historia. La primera afirma que existe una dirección divina cuya voluntad es incomprensible para el hombre. El materialismo elimina la idea básica de un creador. Los atributos de la divinidad pasan a la substancia cósmica. A la observación, a la ciencia, cabe determinar el nexo causal constante que se constata entre los fenómenos. Es decir, la razón puede comprender el por qué en la Historia, pero no el para qué, rechazando una sujeción a fin, esto es, una regulación finalista de la vida de la humanidad.

Mientras las concepciones teológica y materialista colocan frente a frente los términos razón e historia, Hegel principal idealista, realiza la identidad de estos pretendidos opuestos Para, él la Historia universal es la exposición del espíritu, de cómo el espíritu elabora para llegar a saber lo que es en sí. La evolución consiste en que el espíritu adquiera conciencia de sí mismo y de su curso evolutivo en cuanto se realiza. La historia universal es "la explicación del espíritu en libertad", o el progreso en la conciencia de la libertad, esto es, progreso en la aclaración de la propia esencia y substancia, progreso en el saber, progreso lógico si se quiere y que, por lo tanto, se sirve de las formas lógicas y se consuma didácticamente en "tesis, antítesis y síntesis".

El discutido filósofo Nietzsche, cuyo pensamiento se ha prestado para tantas interpretaciones diversas, debido a que sostuvo juicios contradictorios, también enfocó la importancia y características de la Historia en su obra: "Consideraciones inactuales", en la que un capítulo está dedicado a esta materia con el título siguiente: "Del provecho y perjuicio de la Historia para la vida". Nietzsche la considera en su valor para la vida fundamentalmente. La vida necesita los servicios de la historia, pero un exceso de historia incapacita para vivir; debilita al individuo y desintegra la cultura; demasiada historia anula la personalidad. La Historia pensada como ciencia pura y proclamada soberana sería para la humanidad una especie de terminación de la vida y su liquidación. La Historia sirve para los que actúan y tienen aspiraciones, a ellos les da modelos, enseñanzas y el consuelo de pertenecer al gremio eterno de los grandes. Así surge la Historia Monumental que inflama a los poderosos. La Historia sirve, en segundo lugar, a quienes conservan y veneran, a quienes llenos de piedad se buscan en lo antiguo; hace agradable la nación y la patria, estimula la fidelidad, el sentimiento de bienestar, por estar arraigado en el pasado y en la conservación del mismo. Así surge la

Historia Anticuaria. Finalmente, la Historia sirve a los que sufren, a los que buscan la liberación; que sienten que lo ya formado es una carga y quieren otra cosa mejor. Así surge la Historia Crítica, que reclama la transformación e intenta "darse a sí misma un nuevo pasado". Para Nietzsche las tres clases de Historia que registra son peligrosas. Pues los mezquinos que son incapaces de grandes hechos se envanecen en los modelos, los hacen descender a su nivel y estorban a los grandes, porque conocen a los héroes sin tener su potencia; los patriotas se vuelven miopes, conservadores ilusos de toda bagatela, anticuarios sin piedad; y los que sufren se hacen en un santiamén reformadores del mundo o escépticos. Toda modalidad de Historia ha de variar tendenciosamente lo positivamente dado para servir a su objetivo. Solo así puede "estimular", "enseñar a amar" o "ayudar a reformar"; pero la tendencia falsea más de lo que debe.

En el presente ha surgido una nueva teoría contraria a las que ya hemos esbozado. Es el "Intuicionismo", filosofía irracionalista de la Historia. Su personero más representativo es Bergson, en sus varias obras, entre las cuales se destaca "La evolución creadora". Para Bergson el pensamiento científico o intelectual es incapaz de aprehender la vida y el espíritu, verdadero fondo de la realidad: "Sólo la intuición puede entender la vida: la intuición es una penetración artístico-mística en lo absoluto".

Lugar propio tiene Spengler, cuya posición filosófica es muy especial. En su obra: "La Decadencia de Occidente", expone una nueva concepción, según la cual ve la Historia Universal como "la imagen de una eterna formación y deformación, de un maravilloso advenimiento de formas orgánicas (las culturas)".

Spengler muestra que ha sido influenciado por el materialismo y la filosofía irracionalista y ello lo lleva a someter la Historia a un esquema violento, en el cual aplasta todo cuanto no cuadraba en su espíritu, como ser el cristianismo, los pueblos latinos, América. Concedió a sus culturas, a las que indicó tiránicamente su lugar, la figura de seres humanos, les atribuyó un proceso vital biológico, con lo que violó la Historia.

Notas sobre los problemas de la Historia[64]

La concepción irracionalista de la Historia influyo notablemente en días recientes en la tendencia que abusó conscientemente de la Historia con fines políticos, abandonando todo principio científico, para encadenarla y someterla servilmente a doctrinas transitorias y erradas. El fascismo nacionalista colocó la historia al servicio del interés determinado de un pueblo o estado con definida intención. Hizo de la Historia una caricatura por su carácter estrecho y tendencioso. Los dominadores que decretaban que toda salvación provenía de la raza y espíritu germánicos, en el fondo sabían que no era sí y que tal afirmación estaba reñida con la ciencia y por eso se refugian en la intuición bergsoniana como punto de partida para la intelección histórica, a pesar de que Bergson expuso sus teorías sin ninguna finalidad tendenciosa.

En la misma forma la filosofía irracionalista de la Historia ha influido en el anti-historicismo del poeta Paul Valery, quien rechazaba el valor del conocimiento histórico en su obra *Regards sur le monde actuel* en los siguientes términos: "La historia es el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto. Sus propiedades son de sobra conocidas. Hace soñar, embriagar a los pueblos, les engendra...recuerdos, exagera sus reflejos, les mantiene abiertas sus heridas, los atormenta en su descanso, le conduce al delirio de grandeza o al de la persecución y torna amargas, insoportables y vanas a las naciones".

[64] Atenea n°278 (1948)

A menudo se ha confundido a la Filosofía de la Historia con la Sociología y son numerosos los escritores que defienden esta identidad; sin embargo, son bien diferentes. Es verdad que, históricamente, la Sociología tiene sus raíces en la Ciencia Política y en la Filosofía de la Historia. Solamente en el siglo XIX se aparta y adquiere personalidad propia la Sociología. Ha sido Augusto Comte quien ha creado el vocablo. Lo emplea por primera vez en el tomo IV de su "Curso de Filosofía Positiva", cuya primera edición apareció en 1839, en vez de Física Social, como decía en sus primeras lecciones, para evitar confusiones con la "Física Social" de Quélet (1835). Dice Comte, en el tomo citado: "Creo que puedo aventurarme desde ahora a emplear este término, equivalente exacto de mi expresión física social ya introducido, con el objeto de poder designar con un solo nombre la parte complementaria de la filosofía natural que se refiere el estudio positivo de todas las leyes fundamentales relativas a los fenómenos sociales". Franklin E. Giddings en sus "Principios de Sociología" (análisis de los fenómenos de asociación y de organización social) define a la mencionada ciencia como "la descripción sistemática y la explicación de la sociedad considerada como un todo" y agrega que "es la tentativa de explicación del origen, desenvolvimiento, estructura y actividad de la sociedad por la acción de causas físicas, vitales y psíquicas que obran concertadamente en un proceso de evolución". Los tratadistas, William F. Ogburn y M. F. Nimkoff en su reciente libro "The handbook of Sociology", consideran que la Sociología tiene por objeto el estudio de la vida social y que ésta es el resultado de la interacción de cuatro factores principales: el organismo biológico, el medio geográfico, los procesos de grupo y la herencia cultural. El complejo campo de la Sociología es mirado bajo las directivas de la naturaleza humana, de la cultura, de la conducta colectiva, de las instituciones sociales, de las comunidades y del cambio social.

Estimo que es el profesor de la Universidad de Londres Morris Ginsberg, quien, en su "Manual de Sociología", resume mejor las funciones esenciales de la Sociología y que para él son las siguientes: 1. Intenta ofrecemos lo que puede llamarse una morfología o clasificación de los tipos y formas de las relaciones sociales, especialmente de aquéllas que se definen como instituciones y asociaciones. 2. Busca determinar la relación existente entre las diferentes partes o factores de la vida social; por ejemplo, entre el factor económico y el político, el moral y el religioso, el moral y el jurídico, el intelectual y los distintos elementos sociales. 3. Se esfuerza por desentrañar las condiciones fundamentales del cambio y la estabilidad social, ya que las relaciones sociales dependen verosímilmente de la naturaleza de los individuos y de sus relaciones entre sí, con la comunidad y con el medio externo. La Sociología pretende pasar de sus generalizaciones empíricas preliminares a las leyes más últimas de la biología y la psicología y, en lo posible, a leyes sociológicas específicas no reducibles a las que regulan la vida y la psique de los organismos individuales. Para ello debe mantener relaciones con la Historia, que le permite el conocimiento de los hechos sociales de los diversos pueblos y desde el tiempo pasado; con el Derecho Comparado, y con la Etnología, con la Biología y con Psicología. Además, con la Estadística que le permite conocer muchos casos de un mismo fenómeno social y al obtener conclusiones aproximadas acerca de su progresión y de las causas a que obedece. .

Algunos sociólogos consideran que la Sociología no debe permanecer en el plano meramente teórico, sino que debe tener aplicación concreta. Así el reputado sociólogo norteamericano Lester F. Ward (autor de un difundido "Compendio de Sociología") considera que existen sociología pura, que trata de los principios de la ciencia y sociología aplicada, que señala sus aplicaciones actuales o posibles (sus obras fundamentales se denominan: "Sociología Pura" y "Sociología Aplicada". Morris Ginsberg plantea

acertadamente una justa posición cuando expresa: “La Historia de la Humanidad es la historia de un conflicto creciente entre los elementos racionales e irracionales de la naturaleza humana. Los elementos que tienden a la unidad y la cooperación están mezclados con otros que favorecen la rivalidad y el exclusivismo, los temores y las envidias. A medida que la escala de su actividad se amplifica, se empeora el conflicto por la complejidad creciente de la vida y la multiplicación de las oportunidades de discordia. La idea de que este vasto proceso debe y puede ser conscientemente controlado y dirigido, ha surgido ya en teoría. Pero la concepción de una humanidad dirigida conscientemente por sí misma es nueva y hasta ahora en extremo vaga. Elaborar todas sus aplicaciones teóricas y, con la ayuda de las demás ciencias, adquirir las posibilidades de su realización, puede decirse que es el objeto supremo de la Sociología”.

Quién mejor ha delimitado el campo de la Filosofía de la historia y de la Sociología y ha dado los elementos para una definición de ambas ha sido el destacado sociólogo español Adolfo Posada (autor de un excelente tomo: “Principios de Sociología”), en la forma siguiente: “La Historia, la Filosofía de la Historia y la Sociología tienen, como materia, la realidad social, en un cierto sentido, la humanidad misma; pero, en la Historia importan los hechos que han existido, ocurrido; en la Filosofía, la explicación racional de estos hechos; y en la Sociología la interpretación de la realidad social, del orden social, en cuanto social. Además, la Historia abarca el hecho como tal y lo que importa no es que el hecho sea social, sino que sea histórico; la Filosofía de la Historia comprende la explicación del hecho por la razón mientras que en la Sociología lo que interesa es lo que la realidad tiene de social; quizás, aunque no sea humano, pues hay las sociedades animales. Aparte de estas diferencias cualitativas, hay otras cuantitativas; la Historia se detiene en el presente, mira hacia atrás tiene límites en el espacio donde el hecho ha ocurrido y en el tiempo en que los hechos se han realizado. La Filosofía de la Historia se pone por encima del tiempo y prescinde del espacio como condición de una localización dada del hecho dado, pues pretende explicar el proceso humano y social. La Sociología considera este proceso en cuanto es social y supone todos los problemas de la actualidad y del porvenir sociales”.

Con mucha exactitud el historiador francés Albert Mathiez ha escrito: “la erudición es una cosa y la historia otra. Aquella investiga y reúne los testimonios del pasado, estudiándolos uno a uno y confrontándolos para que de ellos surja la verdad. La Historia construye y expone. La erudición es análisis: la Historia síntesis”. En nuestro país la Historia ha sido eminentemente erudita y la de síntesis interpretativa está por hacerse. En el terreno de la historia erudita resplandecen figuras de contornos continentales como don Diego Barros Arana, José Toribio Medina, Enrique Matta Vial, Domingo Amunátegui Solar, que resumen y expresan las cualidades de los historiadores chilenos.

Don Guillermo Feliú Cruz en su excelente estudio “Barros Arana y el método analítico en la Historia”, que sirve de Prólogo a su edición de la obra titulada: “Orígenes de Chile” de Diego Barros Arana (reúne los capítulos sintéticos de su “Historia General de Chile”), dice en algunos párrafos sobresalientes: “Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de una construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos. Lo saben los eruditos a grandes trazos. El término medio de las gentes cultas, conforme a la escuela en que se han educado, está atiborrada de datos, fechas, nombres. Ignora la trama sociológica que ha ido anudando nuestros problemas, y nos ha hecho al fin, un pueblo de tales y tales características. Está en nuestros hábitos intelectuales porque así nos formaron, odiar las síntesis, las grandes explicaciones que descubren la interpretación de nuestro fenómeno político-social. Siempre creemos que reducir a términos

de síntesis histórica y sociológica nuestro pasado, es señal de un espíritu tropical y exaltado... Al extremarnos en el método analítico, al cerrarnos el camino de la especulación y de la abstracción, nos llevaron a despreciar la base filosófica de toda cultura. Siempre se confunde la ilustración con la cultura. La ilustración no es nada si no se tiene, una formación fuerte, sólida, poderosa en lo que el Renacimiento llamó el humanismo. El sentido práctico de la enseñanza de esos dos grandes maestros (Bello y Barros Arana) ha sido nuestra ruina moral a la larga. El profesionalismo nos inundó de viles apetitos. La Universidad se convirtió en fábrica espuria de ideales y allí se trizaron las grandes directivas de toda aspiración suprema, de toda idealidad superior... A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica, hay que añadir en la generación de ayer, de hoy y de mañana, una total ignorancia de la evolución de nuestra nacionalidad. Sabe poco de sus grandes hombres. Nada de sus virtudes. Desconoce las etapas porque ha cruzado el país, y si no ignora las grandes divisiones de su historia, no tiene la menor noción de lo fundamental en cada uno de esos períodos clásicos y artificiosos" ...

Los grandes historiadores liberales, como Barros Arana, los Amunátegui, Vicuña Mackenna, Tomás Guevara, Alejandro Fuenzalida Grandón, Luis Galdames, representan, desde un ángulo filosófico, discrepancias con los historiadores conservadores, como Ramón Sotomayor Valdés, Crescente Errázuriz, Gonzalo Bulnes, especialmente en el plano religioso y en el campo de la educación; pero en los problemas fundamentales de carácter económico-social, su posición es idéntica y su actitud de indiferencia frente al pueblo es la misma.

Don Diego Barros Arana compendia la posición liberal en el terreno religioso y educacional cuando en carta a Bartolomé Mitre le expresa, a propósito, de su separación del Instituto Nacional, lo siguiente: "Pero yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de la alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó a Jonás. Esta enseñanza enfureció al clero, que no perdió medio alguno para suscitarme dificultades". Por otro lado, trató Barros Arana, de darle a la investigación histórica un sentido científico con métodos y principios extraídos de las ciencias naturales y con un marcado afán de encontrar leyes causales inmutables en el acontecer histórico nacional, que es producido bajo la idea del evolucionismo y del principio del progreso. Pero sus discrepancias son bien pequeñas (las más graves son de orden personalista de acuerdo con la clásica pugna de carreristas y o'higginistas, de monttinos y anti-monttinos, de balmacedistas y anti-balmacedistas, sin siquiera profundizar en la realidad de fondo sobre la cual se levantaron y actuaron estos caudillos) y en la investigación minuciosa y resultados concretos de ella, en el análisis de los acontecimientos, de sus causas y consecuencias, en el enfoque de los hombres que ocuparon los planos dirigentes, en la atención y preferencia de sus temas, no se diferencian ni se separan en forma fundamental. La norma que ha imperado en la investigación es la minuciosidad erudita y, a menudo, baladí. La vocación histórica de nuestra raza ha tenido mucho de heráldica y biográfica y de coleccionadora de cuantas minucias inútiles existen en papeles desconocidos. Solamente en obras ocasionales, o en ensayos, han tocado algunos escritores en la médula de nuestro proceso histórico, en su fondo vital, interpretando la evolución del país, según causas bien definidas. José Victorino Lastarria en sus "Investigaciones sobre la influenza social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", acomete un análisis vertebral de la sociedad chilena y atribuye los vicios y la reacción imperante al régimen feudal de las encomiendas, y, en general, al sistema colonial establecido por los peninsulares y mantenido intacto una vez que se logró la Independencia. El ensayo de Lastarria constituyó una audacia

que fue sancionada con el anatema de Bello y sus discípulos. Santiago Arcos Arlegui en su célebre "Carta a Francisco Bilbao", aparecida en 1852, es el primero que lleva a efecto un estudio explicativo del desenvolvimiento de la sociedad chilena buscando sus causas últimas y determinantes. Para él es la lucha de clases, aristocracia terrateniente versus pueblo trabajador (artesanos, obreros y campesinos) la que caracteriza la fisonomía, condiciones y estado del país. Esta teoría interpretativa tan avanzada ha sido igualmente sustentada por el esclarecido periodista, político y orador liberal, don Isidoro Errázuriz, quien en "Historia de la Administración Errázuriz", de la que nos ha llegado únicamente la Introducción, ha llevado a cabo, en forma particularmente brillante, un ensayo de hondura y clarividencia notables señalando, al igual que Arcos, la existencia de una pugna de clases en la base de nuestro proceso histórico. Francisco Bilbao en "Sociabilidad Chilena" ataca el dogmatismo de la Iglesia y el fanatismo clerical, como causas de la reacción imperante. Vuelve a la misma afirmación, y amplía su estudio al plano social, en su "Carta a Santiago Arcos". Nicolás Palacios, en "Raza Chilena", trata de explicar la evolución nacional, tan destacada dentro del conjunto hispanoamericano, por razones de carácter étnico, influenciado por las doctrinas del conde Gobineau y sus seguidores Vacher de Lapouge y Ammon. Alejandro Venegas (doctor Julio Valdés Canje) en su libro "Sinceridad: Chile íntimo en 1910", lleva a cabo un detenido análisis de nuestro desarrollo indicando que las causas económicas han sido decisivas en la marcha de la historia patria, la injusta realidad económica ha generado el dominio de una clase que ha gobernado exclusivamente en su provecho a costa de la miseria y el atraso del pueblo. Alberto Edwards, en su popular obra "La Fronda Aristocrática", ha verificado un estudio original y sugerente de nuestro desenvolvimiento histórico republicano. Para él el motor animador del proceso chileno sería la lucha constante entre la aristocracia, clase ejidal en la sociabilidad nacional, y el Estado que, como creación portaliana, estaría por sobre los intereses clasistas. Aunque esta concepción es débil y discutible la obra de Alberto Edwards es notable por sus observaciones, juicios, puntos de vista nuevos y su construcción sintética. Carlos Vicuña Fuentes en "La Tiranía en Chile" enfoca el proceso social y político chileno con originalidad y vigor sintético.

La primera parte de su obra es valiosísima, pues en ella traza un bosquejo preciso de la formación de la sociedad chilena desde la Colonia hasta la primera guerra mundial. Las páginas en que expone el origen de las clases sociales existentes, de sus elementos constitutivos, de sus rasgos psicológicos y de sus intereses antagónicos, son de extraordinario mérito.

Don Domingo Amunátegui Solar, abandonando momentáneamente su labor erudita, trazó un excelente compendio sobre la historia del país en la que se esfuerza por señalar sus aspectos sociales hasta llegar, más tarde, a la publicación de su "Historia social de Chile", en la que afirma la importancia del pueblo y su real participación en el desenvolvimiento nacional. Don Luis Galdames ha dejado excelentes páginas y diversos ensayos en los que aborda con valor aspectos de la realidad económica y social del país y señala la dominación clasista, de carácter oligárquico, que ha imperado. Se aprecia este criterio de Luis Galdames en sus obras: "La evolución constitucional de Chile" y "Valentín Letelier". Guillermo Feliú-Cruz, dejando de lado sus búsquedas bibliográficas, ha escrito algunos buenos ensayos que presentan los problemas de la historiografía nacional y en su "Esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX" nos entrega una novedosa visión de dicha centuria.

Ricardo Donoso, minucioso biógrafo de Barros Arana, Vicuña Mackenna, A. J. de Irisarri y de Ambrosio O'Higgins, en su esquema titulado "Evolución social de Chile desde la constitución de 1833 hasta nuestros

días" expone diversos acontecimientos, hasta el presente soslayados, e indica el papel de figuras que no han sido debidamente consideradas.

En la actualidad acapara el interés de los círculos intelectuales don Francisco Antonio Encina, historiador vigoroso que se dio a conocer en 1912, con dos obras sociológicas notables: "La educación económica y el Liceo" y "Nuestra inferioridad económica". Ahora está dando a luz una vasta "Historia de Chile", que comprenderá 15 volúmenes. Encina ha atacado duramente a los diversos historiadores nacionales, chilenos; en especial a Barros Arana, en quien le sublevan su "sencillez indigente", el "simplismo", la "confusión de la cultura con el desarrollo cerebral", etc.; solamente encuentra bien dotado a Vicuña Mackenna, aunque lo demuele al agregar que "se dio en él el caso raro de que la forma imaginativa del niño persistiera más allá de los cincuenta años" ... Muchos de los reparos de Encina a nuestros historiadores son justos y perspicaces, pero, a menudo, cae en el insulto y en la más tremenda petulancia, haciéndose insoportable y antipático al pretender destacar su figura como la del historiador por antonomasia. Aparte de estos desbordes megalómanos, y de algunos juicios lapidarios y tremebundos, expuestos en un lenguaje muy personal y pintoresco, Encina es un historiador valioso que trata de innovar tanto en la concepción filosófica para apreciar la Historia como en el arte para presentarla. Es un adepto a las teorías étnicas de Gobineau, Vacher de Lapouge, Chamberlain, y a la filosofía intuitiva de Bergson y tiene más fe en la imaginación para reconstruir y animar el proceso histórico que en la mera frialdad escueta del razonamiento, aunque defiende, al igual que Barros Arana, la necesidad irreemplazable del documento y su análisis. De su obra "La literatura histórica nacional" se desprende que la esencia de sus doctrinas se concreta en la afirmación que todos nuestros historiadores, a excepción de Nicolás Palacios en "Raza Chilena", han partido de un doble error histórico y psicológico en la interpretación de la historia nacional. Según él consiste el primero en suponer que el conquistador americano y el colonizador de Chile tenían la misma composición étnica que la masa de la población peninsular; y el segundo, en prescindir de las consecuencias psicológicas del cruzamiento del conquistador con el aborigen. El español que llegó a Chile tenía un mayor porcentaje de sangre goda que los que llegaron a los demás países americanos lo cual influyó en el temperamento y carácter chilenos; la capa vasca sólo la recubrió, sin destruirla, a esa base goda a fines de la Colonia (Las ideas de Palacios ya han sido refutadas por carecer de realidad científica; sin embargo, su libro, es de gran valor y, sobre todo, es la expresión de un alma sinceramente patriota que deseaba levantar al pueblo chileno).

Las ideas del señor Encina son discutibles, por cuanto sus afirmaciones se basan, exclusivamente en su capacidad intuitiva y en su honorabilidad personal y no en hechos concretos y demostrables. Es un castellano arremetiendo en contra del autonomismo vasco en el campo de la historia nacional.

En el tomo III de su "Historia de Chile", en los capítulos III, IV y V que tratan sobre la formación de la raza chilena, estudia las sábanas progenitoras, el cruzamiento de las razas progenitoras y los resultados psicológicos del mestizaje, desarrollando con cierta extensión su teoría expuesta en "La Literatura Histórica Chilena", que hemos citado más arriba.

Aquí afirma: "la selección psicológica engendró una selección étnica: el castellano viejo, el andaluz, el leonés, el extremeño, etc. que pasaron a Chile, traían en sus venas una alta proporción de sangre germana. Esta sangre dispersa en la Península en un corto número de individuos, que salpicaban la gran masa, se concentró en Chile en los doce mil mestizos ibero-godos que vinieron hasta 1630, y, en menor proporción,

en los que continuaron llegando más tarde; y pesó sobre el temperamento, el carácter y el intelecto chilenos". Reconoce que "esta impresión traspasa los dominios de la historia; a lo menos no es susceptible de ser comprobada documentalmente ... La estimación sobre el porcentaje de sangre goda que traía el progenitor español del pueblo chileno no puede asentarse sobre ninguna base seria. Pero su influencia sicológica es tan viva que se necesita la insensibilidad cerebral los historiadores vascos del siglo XIX para no percibirla" ... A los historiadores jóvenes les corresponde presentar nuevos aspectos del proceso histórico nacional y, sobre todo, investigar en una raíz económico-social hasta entregarnos una visión exacta, verídica y de acuerdo con el real desenvolvimiento nacional, de la que hasta el momento carecemos.

"L´intelligence en guerre", de Luis Parrot[65]

En la resistencia general del pueblo francés al invasor nazi ocupa un sitio señalado la acción de los escritores y artistas.

Los intelectuales galos, leales a las tradiciones de libertad y dignidad humanas, llevaron a cabo una dura y permanente jomada de lucha desde la prensa y el libro clandestinos o en las filas combatientes del "maquis" y de las F.F.L. No es una paradoja la frase de Jean Paul Sartre aludiendo a esa época: "Jamás habíamos sido más libres". Esto se entiende en el dominio espiritual y ético.

Constituye una excelente obra de conjunto acerca de la actitud y labor de los escritores, músicos, actores, artistas y periodistas franceses en la contienda mencionada, la publicada por Louis Parrot: *L'Intelligence en guerre,* amplio y noticioso panorama del pensamiento francés en la clandestinidad.

Louis Parrot es un novelista, poeta y ensayista de nutrida obra y excelente traductor del castellano. Es así como realizó la versión de "España en el corazón", (*L'Espagne au cœur*), de Pablo Neruda.

En los diversos capítulos de *L'Intelligence en guerre* Parrot analiza detenidamente la posición y batalla de todos los grandes escritores franceses que permanecieron en los diversos puntos de su patria, en el norte de África, en Bélgica y Suiza a la vez que da a conocer lo que realizaron algunos otros lejos de Europa: en Estados Unidos, Brasil, Canadá, América Hispana. Dedica capítulos especiales, con abundantes datos al estudio del nacimiento y desarrollo de las "Ediciones de Medianoche" (*Les éditions de minuit*), iniciadas por Pierre de Lescure y Jean Bruller (Vercors), dando cuenta de los principales trabajos emprendidos, a la prensa clandestina, la que espontáneamente surgió en toda Francia en forma de pequeñas hojas o volantes hasta publicarse periódicos de alto valer, como "*Franc-Tireur*", "*Combat*", "*Gavroche*" "*Libération*" e infinidad de otros; a la revista "*Les lettres françaises*", que reunió al mayor número de intelectuales en su tomo y que debió su fundación a los afanes de Claude Morgan y Jacques Decour (fusilado por los alemanes); a los libros típicos de este período como "*Le radeau de la Méduse*" (La balsa de la medusa), diario de un prisionero político en 1940 a 1941, de León Morussinac; y "*Silence de la mer*", de Vercors (Jean Bruller). Al mismo tiempo en el Norte de África se verificaba una brillante labor, similar a la de la metrópolis. Aparecieron allí las revistas "L'Arche", dirigida por Gide y Amrouche; "Fontaine", dirigida por Max-Pol Fouchet; "*La Nef*", "*Renaissances*" y se manifiestan distinguidos escritores de alto valer, entre los cuales se destaca Albert Camus.

[65] Atenea 281-282 (1948)

Mientras tanto Maritain, en los EEUU; Bernanos en Brasil, Jean Richard Bloch en la URSS (este escritor sufrió una persecución tremenda y, la fatalidad se ensañó en él perdiendo a numerosos miembros de su familia en los campos de batalla, en las cárceles, torturados o asesinados, y en Moscú mismo, durante un bombardeo, se incendió el edificio donde vivía, quemándose todos los papeles y manuscritos que poseía) y tantos otros, llevan a cabo una ininterrumpida acción de propaganda en favor de su tierra. Muchos de los escritores franceses se enrolaron en la lucha armada, cubriéndose de gloria o pereciendo heroicamente. Por ejemplo, André Malraux combatió en el "maquis" y participó en numerosos golpes de manos, haciéndose conocer vastamente como el Coronel Berger. Escapó apenas de ser ejecutado por los alemanes. Una vez liberada Francia actuó en el Ejército del general De Lattre de Tassigny, en los combates de la orilla izquierda del Rin y, luego, hacia Austria. La misma actitud de Malraux tuvo André Chamson. Murieron heroicamente Jean Prévost y André Julien du Brecuil en las montañas de Vercors, donde perecieron 3.000 "*maquisards*", después de terribles combates, rodeados por 30.000 alemanes, en agosto de 1944; Rolland Simon, muerto durante el desembarco de Tolón; Antoine de Saint-Exupéry desaparecido en misión de guerra, notable novelista, autor de obras tan populares como "Vuelo de Noche", "Tierra de Hombres", "Piloto de Línea", "Piloto de Guerra", "Tren de Rehenes"); el joven poeta André Chenneviére, ultimado en las luchas callejeras de París poco antes de su liberación.

En la resistencia, clandestina fueron arrestados, torturados y asesinados, centenares de profesores, sabios, escritores, artistas y periodistas. El poeta Saint-Pol-Roux fue asesinado a los 80 años de edad, después de presenciar la violación bestial de su hija y la muerte de su sirvienta. Torturados y asesinados fueron: poetas Max Jacob, Louis Mandin, Robert Desnos; crítico Benjamin Crémieux; sabios Georges Politzer, Marc Bloch, Jean Cavaillès. Albert Lautmann, Fernand Halweck, Maurice Halbwachs, Henry Maspero, Raymond Naves, Georges Cruchat, etc. El fusilamiento de Jacques Decour, escritor que había sido director de la revista "Commune", alcanzó, por su odiosidad, los caracteres de cifra y compendio de la perversa actitud alemana. En su última carta, escrita una hora antes de ser fusilado, estampó estas frases: "*Dites-vous bien que je suis resté jusqu'au bout digne de vous, de notre pays que nous aimons. Je ne regrette pas d'avoir donné un sens á cette fin. Vous savez bien que je n'ai commis aucun crime, vous n'avez pas á rugir de moi, j'ai su faire mon devoir de française... Je ne pense pas que ma mort soit une catastrophe, songez qu'en ce moment des milliers de soldais de tous les pays meurent chaque jour, entrainés dans un grand vent qui m'emporte aussi. Vous savez que je m'attendais depuis deux mois á ce qu'm´arrive ce matin, aussi eu-je a le temps de m'y préparer, mais comme je suis sans religion, je n'ai pas sombré dans la méditation de la mort ; je me considère un peu comme une feuille qui tombe de l´arbre pour faite du terreau.*

« La qualité du terreau dépendra de celle des feuilles. Je veux parler de la jeunesse française, en qui je mets tout mon espoir. Il faut me pardonner de vous faire ce chagrin. Mon seul souci depuis trois mois a été votre inquiétude. En ce moment, c'est de vous laisser ainsi sans votre fils qui vous a causé plus des peines que de joies. Voyez-vous, il est content tout de même, de la vie qu'il a vécue qui a été bien belle ».

Todos los grandes escritores franceses lucharon con valor arrostrando la prisión, la tortura y la muerte, por su patria François, Mauriac, Jean Cassou, Paul Eluard, Claude Avéline, Louis Aragón, Elsa Triolet, Jean Paulhan, Padre Chaillet y Georges Duhamel (ambos han estado recientemente en Chile), Martin du Gard, Pierre Emmanuel, Blaise Cendras, Jean Cocteau, etc., etc. Algunos otros fallecieron durante la ocupación: Henri Bergson, Paul Hazard, Jean Giraudoux, Henri Pocillon, en cierto modo Paul Valéry, por las privaciones que debió soportar; Louis Gillet. El caso de Gillet es característico: hombre sinceramente católico vio sus

últimos días entristecido por la derrota de Francia y la ignominia del gobierno de Pétain, de quien escribió lo siguiente: *«Pétain est une des figures les plus hideuses de l'Histoire de France. Du 9 au 11 de novembre de 1942, il pouvait décider de la Résistance qui s'organisait partout. Depuis Verdun, Pétain s'est montré tel qu´il est, un ambitieux, un homme qui n'a jamais pensé qu'á être jaloux de ceux qui tenaient les premières places, Il a torpillé Joffre, et a été furieux de ne pas le remplacer. Depuis il n'a cessé de servir les gens qui voulaient la défaite de la France pour avoir la dictature ».* Y Gillet expresó este juicio con su autoridad de gran escritor, de fervoroso creyente y de padre de dos heroicos hijos enrolados en los ejércitos franceses: uno de ellos se distinguió en las luchas de África e Italia y otro murió heroicamente en los combates de Alemania.

Los grandes escritores franceses que traicionaron fueron pocos: Charles Maurras, Abel Bonnard, Henri Massis, Drieu de la Rochelle, A. de Chateaubriand, y otros de menor cuantía, que trataron de compensar su mediocridad con la traición, tales como Roberto Brasillach, director de la revista nazi "Je suis Partout" Jean Luchaire y comparsa.

La lectura del libro de Louis Parrot es altamente reconfortante, pues indica claramente que los escritores franceses supieron tomar la actitud digna que les correspondía y la mantuvieron con valor y entereza.

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico nacional durante el presente siglo (1924-1949)[66]

1. Intervención política de los militares y comienzos de su dictadura. 2. Luchas y fracasos de la clase obrera. 3. La dictadura de Ibáñez. 4. La penetración imperialista norteamericana capta la economía nacional. 5. Caída de Ibáñez, y triunfo del civilismo oligárquico. 6. La revolución socialista de 1932. 7. La segunda presidencia de Alessandri al servicio de la reacción. 8. Política de Ross en favor de la explotación imperialista y a costa del pueblo. 9. El movimiento nacional socialista enemigo de la clase obrera. 10. Nacimiento del Partido Socialista: sus principios, programa y acción política. 11. Orígenes y organización del Frente Popular. 12. La lucha presidencial de 1938. 13. La realidad del latifundio. 14. La penetración imperialista en sus diversos aspectos. 15. La industria monopolista. 16. Consecuencias y resultados de la dominación feudal-imperialista. 17. Los regímenes populares de 1938 a 1948. 18. El gobierno de Frente Popular: Pedro Aguirre Cerda. 19. El gobierno de Alianza Democrática: Juan Antonio Ríos. 20. Del Tercer Frente a la Unidad Nacional: Duhalde-González Videla. 21. Consideraciones finales.

1. El 5 de septiembre de 1924 se produjo el primer golpe de las fuerzas armadas, asumiendo el poder una Junta Militar (Altamirano, Gómez Carreño y Ward). Bajo su presión el Parlamento aprobó una serie de leyes sociales detenidas durante largo tiempo por la oposición, reaccionaria (leyes 4054, 4055 y otras), leyes cuya paternidad se atribuyen diversos partidos y distintos políticos, olvidando que las masas de obreros y empleados durante varios años las exigieron en sus reivindicaciones fundamentales, sufriendo numerosas represiones a raíz de las campañas desatadas para imponer su consideración en los poderes públicos. Esta legislación social de la clase trabajadora no se la debe a nadie en particular, sino a su propia

[66] Atenea 285.Véase los números 264, 265 y 266, correspondiente a los meses de junio, julio y agosto de 1947, de esta revista, en los cuales apareció la primera parte de este ensayo.

fuerza y lucha y, por lo demás, todavía está sin solución el problema de su ampliación, perfeccionamiento y vigencia real.

Los revolucionarios del 5 de septiembre atacaban como generadores "del estado de postración del país" a los políticos de menor cuantía, olvidando que en la oligarquía era donde se asilaban los grandes causantes de la grave situación nacional. Alessandri entregó el poder a su contendor de 1920, don Luis Barros Borgoño, quien, como director de la Caja de Crédito Hipotecario, institución fiscal que controla la casi totalidad del crédito predial del país, era un verdadero dictador económico. En Chile ha sido esa institución, el Banco de Chile y el Club de la Unión, los organismos en los que ha descansado especialmente la dominación financiera y política de la reacción imperante y ningún gobierno se ha atrevido a tocarlos.[67]

La Vice-Presidencia de Barros Borgoño, instrumento de la Junta Militar, significó un predominio reaccionario en el país y que se manifestó sin lugar a dudas en la designación de Ladislao Errázuriz como candidato a la presidencia, lo que constituía un verdadero desafío al pueblo, pues representaba a la oligarquía odiada que volvía nuevamente al poder: él era su corifeo más genuino, caracterizado por su soberbia aristocrática y por su ridícula pantomima de 1920 ("la movilización de don Ladislao"), la que dio pretexto a turbios manejos. El predominio que la oligarquía mantenía en la Junta Militar provocó otro golpe dirigido por la oficialidad joven, el 23 de enero de 1925, a raíz del cual se constituye una nueva Junta (Emilio Bello Codecido, Neff y Dartnell), cuya medida más trascendental fue la de llamar al gobierno al presidente Alessandri, que se había desterrado con motivo del primer movimiento militar. Las clases populares habían apoyado el nuevo pronunciamiento sobre la base del regreso de Alessandri y la convocación de una Asamblea Constituyente, con el objeto de reiniciar el reestructuramiento institucional del país.

El año de 1925 fue muy denso en acontecimientos de toda índole. En primer término, se dictó una nueva Constitución, de carácter presidencialista, como una reacción al desgobierno introducido por el sistema seudo parlamentario impuesto después del triunfo de la revolución de 1891. Esta constitución eliminó el sometimiento del Ejecutivo al Congreso, especialmente por las facultades que poseía éste de dictar las llamadas leyes periódicas (según la Constitución de 1833 el Congreso debía autorizar cada año los gastos públicos, los fijos y los variables; y cada dieciocho meses el cobro de las contribuciones y fijar las fuerzas de mar y tierra, armas que esgrimía en contra del Ejecutivo, produciendo un desorden en el país verdaderamente caótico) y, también, estableció la separación de la Iglesia y Estado. El Poder Ejecutivo fue considerablemente robustecido.

Luego, con la segunda administración de Alessandri entra a predominar el imperialismo-yanqui. La llegada en este año de 1925 de la Misión Kemmerer a poner orden en las finanzas, a estudiar la capacidad económica del país y a hacer el inventario de sus riquezas que podrían beneficiar a los consorcios

[67] Carlos Vicuña, en "La tiranía en Chile", define justamente el papel opresor de la institución aludida: "La Caja fue fundada en 1855 por el genio previsor de don Antonio Varas para estimular la agricultura. Su ley orgánica no establece que tenga utilidades, pues en la mente de su autor las acumulaciones de su fondo de reserva deberían servir para aliviar a los deudores, amortizando extraordinariamente sus deudas o rebajando sus intereses. Este propósito no se ha cumplido nunca y el monstruoso interés penal del 24% anual, que ganaban los intereses atrasados, ha acumulado en la Caja centenares de millones improductivos amasados con las lágrimas de los deudores humildes que no saben hallar gracia".

norteamericanos, significa el desplazamiento del imperialismo ingles por los capitalistas de Wall Street. El Banco Central organizado por Mr. Kemmerer aseguró el dominio de la oligarquía plutocrática nacional, sirviente del capital imperialista. La Misión Kemmerer como la Misión Long (médico del Departamento de Sanidad de los Estados Unidos), se manifestaron, en esa época, como la vanguardia de la arremetida intensa del capital norteamericano en el país.

2. A continuación, la clase trabajadora libra constantes luchas, aunque no logra conquistar ningún alivio y permanece al margen de las vicisitudes políticas de esos obscuros instantes de anarquía en el seno de la clase dominante y de sus grupos políticos. La lucha contra el encarecimiento de la vida y de los arriendos alcanzó un musitado vigor. La explotación de los «conventillos» y «cites» era un negocio muy lucrativo para algunos capitalistas y congregaciones religiosas debido a que rendían una rentabilidad enorme para los escasos capitales invertidos, de tal suerte que por la expoliación inhumana de millares de proletarios conseguían pingües utilidades. (La lucha en contra de la cesantía, la carestía de la vida y los arriendos elevados dio origen a un movimiento tan vasto como fue el de la Asamblea Obrera de la Alimentación, en 1919). A través de las Ligas de Arrendatarios, agitando las consignas del «no pago» y del «cincuenta por ciento de rebaja» movilizaron a la opinión pública. El gobierno alarmado creó los Tribunales de la Vivienda y tomó diversas otras medidas efectistas, de carácter demagógico, que en vez de solucionar el aflictivo problema lo agravó con una serie de consecuencias que ennegrecieron la triste realidad de la vivienda. Finalmente, el clamor popular fue acallado sin que obtuviera resultados concretos favorables

El movimiento obrero aprovechando las contradicciones del régimen y la anarquía política se había desarrollado y reforzado por la agitación de algunos importantes gremios de asalariados: los maestros que, en 1922, habían organizado la Asociación General de Maestros; y los empleados, agrupados en la Unión de Empleados de Chile, lo que incrementa considerablemente la acción de masas. Sin embargo, un hecho desgraciado había entristecido a la clase obrera nacional. En diciembre de 1924 se suicidó Luis Emilio Recabarren, en condiciones misteriosas. Algunos de sus compañeros creen que se quitó la vida, agobiado por el trabajo, las persecuciones e incomprensiones. Había sido diputado en el período de 1921-1924, sobresaliendo como un magnífico y esforzado defensor de las reivindicaciones sociales. Con su muerte los obreros perdieron a su más abnegado y constante dirigente. Recabarren era la figura máxima, indiscutida y reconocida, de la clase trabajadora chilena, motivo por el que su desaparecimiento fue de graves consecuencias. Recabarren, al final de su fecunda acción en pro de la organización de la clase obrera nacional, tendiente a conseguir sus reivindicaciones más sentidas, se afilió a la Internacional Comunista cuando la Revolución Rusa, comandada por Lenin, era la esperanza de todos los hombres de avanzada del mundo. De ahí que esté por encima del sectarismo estalinista y nada tenga que ver con el actual Partido Comunista «chileno», surgido oficialmente en 1932, año en que la III Internacional reconoció a la fracción de Elías Laferte como “la sección chilena de la Internacional Comunista”. Recabarren ingresó a la IC en 1921 y murió trágicamente tres años más tarde, o sea, después de librar una lucha de más de treinta años en favor de la clase trabajadora chilena, sin relaciones internacionales. Recabarren por su vida y por su acción es un genuino dirigente obrero nacional, de claro criterio socialista, como lo demuestran su fortalecimiento de la Foch y su fundación del Partido Socialista Obrero. Por su parte, los comunistas lo ha-atacado en forma hiriente, aunque por conveniencias prácticas los vinculan a su vida y desarrollo. La memoria de Recabarren no ha escapado a los continuos virajes de los estalinistas criollos.

En las Resoluciones de la Conferencia Nacional del P.C. realizada en julio de 1933, se expresa: «La ideología de Recabarren es la herencia que el partido debe superar rápidamente. Recabarren es nuestro, pero sus concepciones sobre el patriotismo, sobre la revolución, sobre la edificación del partido, etc., son, al presente, una seria traba para cumplir nuestra misión» … El Buró Sudamericano en la carta que aprueba las resoluciones de esa Conferencia, dirigiéndose al C.C. chileno expresa: «Sexto: El Bureau Sudamericano de la I.C. atribuye gran importancia a la discusión iniciada por el P.C. chileno para su liberación del lastre ideológico de Recabarren, que forma un obstáculo muy serio ideológica, política y orgánicamente para la penetración por el P.C. del marxismo-leninismo, para su transformación en verdadero partido de combate del proletariado. Sin disminuir los grandes méritos adquiridos por Recabarren en el movimiento obrero chileno, sin olvidar que su honestidad y sinceridad revolucionarias lo condujeron hasta las filas de la I.C. es preciso tener bien en cuenta que su ideología y política no fueron más lejos que las de la «democracia burguesa». Sus convicciones democráticas, su fe en el sufragio universal, su patriotismo burgués, su fundación de nuestro partido como partido de tipo social reformista, por su estructura y su formación como una federación de organizaciones con fines puramente electorales, su desconocimiento e incomprensión absoluta de la revolución obrero-campesina como una etapa dictada por todo el desarrollo, su planteamiento abstracto de la «revolución social» como un «ideal» remoto y, en fin, su colaboración con la burguesía explicada como una política «real», todo este bagaje ideológico legado por Recabarren al P. C. chileno ha pesado mucho en su desarrollo y no le ha permitido transformarse en verdadero guía del proletariado chileno, vanguardia capaz de encabezar y llevar a cabo la revolución obrera y campesina de Chile».

De los párrafos reproducidos deriva claramente el desprecio que en el fondo sienten los comunistas por Recabarren y si lo destacan como a su fundador nacional lo es solamente por motivos tácticos, aunque en este carácter también lo critica y según la consigna en boga, hasta lo relegan al más completo olvido. De ahí que podamos con toda razón afirmar que Recabarren es más bien un precursor genuino y auténtico del socialismo y del movimiento obrero chileno con perspectivas americanistas. Recabarren es una figura que pertenece al movimiento popular y democrático nacional, ajeno a toda concomitancia con el estalinismo soviético actual.

A esa desgracia se sumó la derivada de una de las más sangrientas represiones. Los obreros del salitre provocaron un vasto conflicto en defensa de sus reivindicaciones. El 4 de junio de 1925 estalló una gran huelga en las oficinas de La Coruña y Galicia (Iquique) por lo cual el ministro de Guerra del gobierno de Alessandri, coronel Carlos Ibáñez del Campo, ordenó una represión feroz, de una crueldad no superada. Todos los que estuvieron en aquella zona hacía subir de 1.000 los masacrados: pero los más entendidos afirman que eran 1.500 y otros hacen subir de 3.000 el número de los muertos. Los campamentos obreros fueron bombardeados con artillería de campaña. «A muchos infelices los hacían cavar sus propias fosas y los fusilaban en seguida... Se cuenta el caso espeluznante de un carro de ferrocarril lleno de hombres, despachados de la Pampa a la ciudad, que no llegó a su destino, y hasta hoy nada se sabe de la suerte de los infelices que iban en él» …

Muchos sobrevivientes fueron embarcados en el «O´Higgins» y fondeados. Otros asesinados en las calicheras donde se ocultaban. En medio del encarnizamiento sin nombre se destacó la actitud valerosa

de un oficial llamado Enrique Caballero, quien impidió a una ametralladora barrer a las mujeres y niños, por lo que fue sumariado.[68]

[68] Véanse detalles horripilantes de esta masacre en la obra de Carlos Vicuña: «La Tiranía en Chile», tomo II. He citado varias veces esta obra de Carlos Vicuña por estimarla de mérito decisivo y de extraordinario valor.
Para Vicuña Fuentes la causa fundamental de los males de Chile es la profunda división social existente y los antagonismos de clase que genera. En este sentido, traza un bosquejo admirable de exactitud y penetración sobre la formación y desarrollo de las clases sociales, sus características psicológicas y sus actitudes recíprocas. Constata la organización de tres clases: la llamada aristocracia, la clase media ciudadana y el pueblo bajo (campeamos y rotos). Estas clases conviven separadas, constituyendo tres sociedades diferentes, a pesar de su mismo origen, de su misma lengua, de las mismas pasiones y prejuicios, de que cultivan las mismas tierras y viven de los mismos negocios. El peor obstáculo para superar esta, odiosa división ha sido la aristocracia, cerrada y egoísta, igualmente separada del pueblo bajo de los campos y suburbios que de la clase media de las villas y ciudades. La aristocracia se empeña en impedir la unificación de nuestra sociedad, borrando las diferencias; fundiendo las familias, despertando las afinidades electivas, alimentando sentimientos e ideales comunes. La aristocracia se empeña en contrarrestar toda fuerza de mejoramiento común, subrayando a diario las diferencias sociales, a su juicio, infranqueables: desdenes, humillaciones, burlas, sarcasmos, vejámenes para la clase media: injusticia, explotación, desprecio para el pueblo bajo. La clase media se refina cada día con el estudio y la inmigración europea que le aporta sangre nueva, vigorosa, activa, rica de sentimentalidad y de inteligencia, lo que permite que sobresalgan tipos superiores; y el pueblo adquiere día a día mayor preparación y conciencia cívica. En la ascensión de estas dos clases reside la posibilidad de terminar con las absurdas divisiones, borrando los privilegios económicos, políticos y morales contrarios a la paz y a la justicia, al orden y al progreso.
A la causa anterior se junta otra no menos decisiva: la influencia corruptora del salitre en la oligarquía dirigente, antaño sobria, honrada y digna y por ende en la estructura nacional entera, de tal suerte que el fraude entró en todas partes: en el gobierno, en el congreso, en los tribunales, en la administración, en la prensa y en los espíritus: "La ley insidiosa, la concesión bastarda, el juicio villano, el fallo venal, el fraude administrativo, la falsificación notarial, la suplantación, la superchería, todo tuvo carta de ciudadanía en la vida del salitre y manchó con un estigma de robo y de prevaricación todas las conciencias y todas las nuevas fortunas. Esta gente aventurera y corrompida y sus secuaces mediocres o cobardes, así como sus cómplices, son los que han gobernado a Chile durante los últimos tiempos, en un progresivo descenso administrativo y social que se acentúa duramente desde la revolución de 1891, primera gran crisis de esta perturbación profunda. La más grave característica de esta crisis moral fue el reblandecimiento de las conciencias y la inconsistencia de los juicios. El honrado y el ladrón, el casto y el adúltero, el apóstol y el arribista, el maestro y el mercachifle de ideas, el político y el intrigante, el juez íntegro y el prevaricador, el hombre de carácter y el esclavo servil, fueron confundidos en la misma opinión amorfa e hipócrita, que bajo formas amables oculta el odio y el desprecio».
Carlos Vicuña analiza detenidamente los partidos políticos, sus programas, composición social, claudicaciones e inconsecuencias. Traza cuadros precisos de las diversas administraciones desde Balmaceda a la dictadura de Ibáñez. Señala con brochazos certeros, duros a menudos, pero siempre veraces y francos, la de Balmaceda el grande; la de Errázuriz Echaurren el crápula; de Riesco, mediocre y amorfo; la de Montt, torpe, testarudo, desacreditado por quienes le rodeaban, incluso sus familiares más cercanos; Barros Luco, incapaz, cuya incuria senil, se manifestó en un gobierno opaco y soñoliento; de Sanfuentes, trepado a la Presidencia en contra de la voluntad de la mayoría de la nación, por su habilidad, macuquera e impudor; de Alessandri con su facilidad oratoria, su demagogia popular que le permitió conquistar el apoyo del pueblo entero hasta considerarle un Mesías, y quien, a pesar de sus errores y fracasos, tiene el gran mérito de haber comprendido la transformación social que se operaba ayudando a ella por medio de una democratización débil; de Barros Borgoño, paladín de la oligarquía reaccionaria y negociante, de Emiliano Figueroa Larraín, vividor amable, jugador de naipes, hombre sin carácter; de Carlos Ibáñez del Campo dictador omnipotente, enemigo del pueblo, servidor de la oligarquía y del imperialismo norteamericano.
Analiza el papel reaccionario de diversas instituciones (Club de la Unión) en la misma forma que la acción proselitista de la Masonería (organización secreta de tendencia filosófica liberal-individualista, vehículo revolucionario de la

A fines de 1925 se constituyó la Usrach (Unión social-republicana de asalariados de Chile) que agrupó a las organizaciones de obreros y de empleados, llegando a contar con 100.000 adherentes. (La Foch había llegado a controlar una cifra semejante de obreros afiliados a lo largo del país en 214 sindicatos; pero después de la matanza de La Coruña. se produjo un retroceso que lo aumentó el desaliento causado por la muerte de Recabarren). La Usrach se organizó para conseguir la emancipación económica, social, política y espiritual de los asalariados e implantar una sociedad fundada en la justicia, la cooperación y la solidaridad. La Usrach enfrentó las elecciones presidenciales de 1926, llevando como abanderado al Dr. José Santos Salas en pugna con las fuerzas reaccionarias que se agruparon en torno a Emiliano Figueroa Larraín, personaje de la misma escuela de don Ramón Barros Luco. Salas obtuvo más de 70.000 votos, pero triunfó ampliamente Figueroa Larraín, quien gobernó alrededor de un año y medio envuelto en una gran descomposición política y bajo la presión creciente del coronel Ibáñez y las fuerzas armadas, hasta que éste sube al poder en 1927, iniciando una fuerte dictadura.

3. Ibáñez estableció una dura tiranía, ofreciendo «rasgos psicológicos de perfecta similitud con otros dictadores sudamericanos, en su pasión por el mando, en su desprecio por las manifestaciones del sentimiento público y en su repugnancia por las instituciones emanadas del sufragio universal y otros que lo diferencian también radicalmente de ellos. No lucró personalmente con los caudales públicos, aun cuando lo hicieron sus parientes y allegados, y su probidad fue reconocida por sus mismos enemigos".[69]

---

burguesía en su lucha contra el feudalismo, luego instrumento de su dominación de clase; que ataca el teologismo católico y propicia un deísmo vago; combate los dogmas y defiende la ciencia. Ha ejercido una gran labor proselitista en la oficialidad de las fuerzas armadas, en la magistratura y en la enseñanza pública). Este libro de Vicuña Fuentes reúne méritos sobresalientes por sus ideas generales; por la cantidad inmensa de hechos que narra prolijamente; por el carácter de memorias que, a veces, presenta, de tal manera que es un instrumento indispensable para conocer un turbio período de nuestra Historia, a través del testimonio de un luchador honesto e insobornable; por el retrato desnudo y feroz que traza de cada uno de los principales dirigentes que han actuado basta la época de Ibáñez; por la valentía con que descorre los telones que ocultan los verdaderos móviles en los asuntos políticos y en las vidas privadas de los grandes camaleones de la política profesional.

Para quienes dan importancia primordial al movimiento obrero, en sus luchas y sufrimientos, el libro que comentamos merece especial atención, pues describe varios de los más importantes hechos de la clase trabajadora nacional y de las inhumanas matanzas de que fuera objeto. Así las de Santiago, octubre de 1905; Iquique, diciembre de 1907; Natales, 1919; Magallanes, junio de 1920; de San Gregorio, enero de 1921; de La Coruña, junio de 1925: están descritos con abundantes detalles que nos permiten conocer las justas causas que las produjeron, la obcecada actitud de los patrones y fuerzas armadas: la despiadada crueldad de Silva Renard, Florentino de la Guardia, Pedro Montt, Carlos Ibáñez. etc. Este libro de Carlos Vicuña se detiene, principalmente, a narrar los orígenes del movimiento militar que surgió el 5 de septiembre de 1924, llevando al poder a este sector de la ciudadanía a jugar un papel determinante en la política nacional hasta que asume la Presidencia el coronel Carlos Ibáñez del Campo. Vicuña Fuentes es un declarado enemigo de la intromisión de los militares en la vida cívica, ataca aquella actitud y condena a los diversos personaros que desataron tan perniciosa manía. Especialmente las emprende contra la dictadura de Ibáñez denunciando todos sus manejos, atropellos, vejámenes y crímenes.

En esta singular obra pueden chocamos algunos retratos violentos; algunos juicios parciales y apasionados; cierta falta de visión para enfocar algunos acontecimientos y el papel jugado por diversos actores; pero, en su conjunto, es una obra formidable que coloca a Carlos Vicuña entre aquellos valores morales señeros de nuestra colectividad.

[69] Ricardo Donoso. "Desarrollo político y social, de Chile desde la Constitución de 1833".

Ibáñez destruyó los organismos políticos democráticos y sindicales; fueron, aprehendidos varios cientos de personas (una larga lista apareció en los diarios de Santiago): dirigentes obreros, oradores populares, dirigentes de instituciones sociales, periodistas, políticos de diversos pelajes. Muchos de ellos fueron relegados a diversos sitios: Isla de Más Afuera, Pascua, archipiélagos del extremo sur. Aysén, Magallanes, y otros debieron salir desterrados. Estas persecuciones tuvieron por objeto «mantener el orden público» y la «tranquilidad social», con lo cual se atrajo la adhesión de las clases conservadoras.

Para mantener su dictadura se cometieron toda clase de delitos: se entró a violar la correspondencia; se constituyó un vasto aparato de espionaje y delación; se expulsó del Poder Judicial a diversos funcionarios integérrimos; se adquirió por la fuerza los diarios de don Eliodoro Yáñez, para defender los intereses del nuevo gobierno; se persiguió en forma enconada a la familia Alessandri; se extorsionó al millonario Agustín Edwards Mac-Clure, representante de los intereses de los capitalistas ingleses y norteamericanos en el país, entre ellos de Guggenheim Brothers, (asuntos de la venta de la casa de la Legación de Chile en Londres al Gobierno y del Testamento de don Federico Santa María). El Ministro de Hacienda de la dictadura, don Pablo Ramírez, hacía insertar en El Mercurio, de propiedad de Agustín Edwards, violentos artículos en su contra y el propietario no podía defenderse.

Por otra parte, para darle una base política a su dictadura, creó la organización obrera estatal al servicio de la tiranía, denominada Crac (Confederación Republicana de Acción Cívica); hizo elegir un Congreso a su amaño (Congreso Termal). Con el objeto de contar con recursos pecuniarios contrató nueve empréstitos, hasta el 31 de diciembre de 1930, por la suma de $ 792.347.912, pesos de 6 peniques.

En su esencia el gobierno de Ibáñez fue una dictadura policial al servicio del imperialismo norteamericano. En este período su penetración alcanzó un nivel imprevisto. Sus inversiones, que en 1912 eran de 15 millones de dólares, subieron a 451 millones en 1928 y a 700 millones en 1930. A través de la COSACH (Compañía Salitrera de Chile), creada por Ley del 21 de Julio de 1930, se entregaba el 50% de la utilidad salitrera y parte de las reservas de salitres del Fisco al imperialismo norteamericano. En esta sociedad entraban como socios el Fisco y la mayor parte de los industriales salitreros, con el propósito de administrar por medio de un organismo único los intereses comerciales y fiscales de la industria. Esta sociedad significaba graves daños para la economía nacional, por cuanto, prácticamente importaba la supresión de los derechos de exportación a cambio del pago que haría la Compañía de la suma de 660 millones de pesos en los tres años siguientes. El desarrollo que había experimentado esta industria era considerable: en 1929-30, en pleno gobierno dictatorial, se exportaron 2.898.141 toneladas métricas: pero, a continuación, las exportaciones disminuyen en más de un millón de toneladas.

Esta inmensa riqueza, sin embargo, beneficia sólo en escasa parte a la economía nacional, como lo demostró un análisis que hiciera el diputado conservador Alcalde Cruchaga en el año 1937. El valor de la producción salitrera mencionada fue de 952 millones de pesos de 6 d. y de esa suma quedaron en el país 330 millones, incluyendo ahí los 220 millones percibidos por el Fisco por conceptos de derechos de exportación. En ese año, el 90% del salitre estaba en manos del capitalismo extranjero. Es así como siendo dueños del salitre, casi toda su renta sale para el extranjero. Hoy día con las nuevas leyes que reglan la industria, queda toda fuera del país. Nos deja el valor de algunas adquisiciones, tales como el carbón, leña, fierro viejo, los impuestos y los jornales. En el cobre sucede otro tanto, ya que en su 98% está en poder del capitalismo extranjero. Diversos economistas han señalado este hecho paradojal si se quiere, de que

la minería no ha reportado un beneficio real y verdadero a la nación; ha sido motivo de riqueza para los consorcios extranjeros y de explotación para grandes sectores de la ciudadanía nacional, a la vez que ha determinado una serie de fenómenos que han paralizado y obstaculizado un efectivo desarrollo económico de Chile, amén de otras consecuencias de orden social y ético muy perniciosas.[70]

Otro hecho que acredita la explotación imperialista es el siguiente: en este mismo año de 1929 se registra la exportación más alta de nuestra vida económica: 2.283.000. 000 millones de pesos de 6 d. superando las exportaciones en 682 millones a las importaciones y habiéndose contratado, además, grandes empréstitos, siempre la balanza de pagos fue desfavorable al país, como lo indica que el Banco Central disminuyera sus reservas de oro.

Durante los años de 1927 a 1933 se vendieron productos al extranjero por valor de $ 8.699.884.150 de 6 d. (exportaciones) y se trajeron productos por valor de $ 5.846.168.454 (importaciones) o sea, que se dejó en los mercados extranjeros un valor de $ 2.853.715.696, que no volvieron al país en forma de mercaderías. Este desequilibrio se produce a causa de que todas nuestras riquezas fundamentales están en manos de consorcios extranjeros y el valor de esos productos queda íntegro en otros mercados; y, también porque el comercio exterior, en su mayor parte, está en manos de consorcios internacionales, dueños de nuestras riquezas y es realizado por grandes casas comerciales extranjeras, cuyas utilidades no quedan en el país (Williamson Balfour y Cía., W. R. Grace y Co„ Gildemeister y Cía., Gianoli y Mustakis. etc.).

4. En 1930 se estimaba que las inversiones directas de los Estados Unidos ascendían a 440 millones de dólares: 330 millones en empresas mineras, 66 millones en medios de comunicaciones y transportes. Los títulos chilenos colocados en ese país se avaluaban en 260 millones de dólares. En total sus inversiones sumaban 700 millones de dólares. Las inversiones británicas se calculaban en 330 millones de dólares que se descomponían así: títulos de gobierno, 137 millones; ferrocarriles, 103 millones; salitre y empresas diversas. 91 millones.

Además, existían capitales alemanes calculados en 125 millones de dólares y capitales franceses de montó mucho más reducido, invertidos en las minas de cobre de Naltagua y Las Condes, en refinerías de azúcar y en diversas otras fábricas. Consorcios norteamericanos e ingleses (Guggenheim Brothers y Banco Anglo) controlan el salitre, en tal forma que solamente el 5% de la industria es manejada por nacionales, que indirectamente dependían de los consorcios indicados. El cobre y el fierro está en manos de los consorcios yanquis (Chile Exploration Co., Andes Copper Mining Co. Braden Copper Co. y Bethlelem Steel Corporation). El bórax pertenece a la compañía anglonorteamericana, Bórax Consolidated Ltd. El comercio de minerales está en manos de la American Smelting Co. El comercio exterior es controlado por casas comerciales inglesas (Williamson Balfour y Cía., Duncan Fox y Cía., Gibbs y Cía. Weir Scott y Cía.) y americanas (W. R. Grace y Cía.) que, además, poseen refinerías de azúcar, fábricas de tejidos, almacenes, etc. Existen poderosas sucursales de bancos extranjeros que no han traído capitales propios al país, sino que han movilizado capitales de depositantes nacionales (del comercio e industria que se desenvuelven en Chile por chilenos) y los han facilitado a empresas extranjeras. En esa forma los bancos han servido de avanzada en la penetración de los grandes consorcios extranjeros que ahogan la economía nacional.

[70] Véase la obra de F. A. Encina: “Nuestra inferioridad Económica”.

Ibáñez, en su política de favorecer el imperialismo yanqui le aseguró al monopolio de la energía eléctrica y tranvías por medio de un contrato leonino que se prestó para críticas y manejos variados. Ayudó a los magnates salitreros, además, haciendo reclutar a hombres del pueblo que eran enviados al norte, con lo que abarataban la mano de obra y beneficiaban más aún a los capitalistas salitreros, sostenes de la tiranía. Duplicó la deuda externa. Y todo esto provocó una serie ininterrumpida de derroches, gastos reservados, comisiones y fraudes en diversas reparticiones y obras (Dirección de Especies Valoradas. Impuestos Internos, Fondos de Retiro y de Previsión Social; Caja de Crédito Hipotecario, compra de armamentos, contratación de empréstitos, contratos de la Foundation Co., etc., etc.). Los favoritos del régimen, los "hombres de confianza", abusaban del poder hasta para presionar en sus negocios particulares. Una descomposición moral inmensa envolvió al país.

Es verdad, no obstante, que Ibáñez modernizó el país, dotando a las principales ciudades de pavimento, alumbrado, agua potable, alcantarillado, edificios, caminos; y dando una orientación técnica a la administración pública. Emprendió una vasta reorganización de la misma; del Poder Judicial, de las fuerzas policiales, por medio de la fusión de carabineros y policías; de la enseñanza pública (aunque resultó demagógica y terminó en las medidas del omnipotente ministro Pablo Ramírez, según las cuales exoneró a más de 200 maestros y relegó a numerosos de ellos, mientras dedicaba sus esfuerzos a construir algunas piscinas. En este afán hasta hizo destruir el simpático edificio de la Biblioteca del Instituto Nacional, lo que causó la pérdida de algunos millares de libros valiosos, para tratar de reemplazarla por una pileta que no logró realizar).

También inició el proceso de la incorporación a la economía nacional del territorio de Aysén, de cuya extensa superficie de 10.000.000 de hectáreas, por lo menos 500.000 son aptas para la colonización (los resultados de esta medida se pueden apreciar actualmente en los datos siguientes: en 1943 vivían más de 10.000 personas y los recursos ganaderos se estimaban en 50.000 ovejunos, 40.000 vacunos y 20.000 caballares).

Sin embargo, Ibáñez no logró crear un desarrollo económico propio basado en la industrialización del país, el que permaneció siendo proveedor de materias primas subordinado a la economía norteamericana. De ahí que, al producirse la grave crisis de 1930, que impidió a Wall Street, seguir otorgando empréstitos a las dictaduras latinoamericana, provocó sus derrumbes; Machado en Cuba; Leguía en el Perú; Ibáñez en nuestro país. La crisis norteamericana produjo el colapso de su economía y el de las nuestras.

Se puede afirmar con toda exactitud que, durante el gobierno de Ibáñez, el Estado fue el órgano fuerte de la minoría plutocrática del país; grandes hacendados, grandes industriales (industria liviana en desarrollo), grandes comerciantes y banqueros, a la vez que el instrumento para la presión del imperialismo, dueño en último término, de la economía nacional y formador de una burguesía industrial y financiera, verdaderamente colonial, agente del imperialismo. La economía, al quedar enteramente subordinada al capital extranjero, experimenta en las ramas de sus industrias las consecuencias de las medidas que adopta el imperialismo en las faenas extractivas, que son las básicas en la vida económica nuestra.

El imperialismo impide un libre y amplio desarrollo industrial que llegue basta el establecimiento de la industria pesada, porque ello supone dejar de ser exportador de materias primas y mercado de venta de artículos manufacturados; no obstante, permite un pequeño margen, de tal manera que nuestro país ha logrado un apreciable desarrollo capitalista, de carácter industrial, debido al esfuerzo de su propia

burguesía y a la acción del imperialismo. Precisamente, durante la época de Ibáñez, se logró en este sentido un avance innegable, con las características que tal desenvolvimiento en un sentido burgués-capitalista supone para las masas trabajadoras y consumidoras en general.

Un escritor estableció para la industria manufacturera nacional las siguientes cifras de desarrollo:[71]

1915	1920	1925	1928	
Capital Variable	51.897.695	94.863.948	152.578.772	259.383.912
Capital Constante	431.095.861	673.049.089	1.630.398.807	1.994.494.875
Utilidad	131.890.49	190.299.111	253.537.378	440.952.650
Tipo de plusvalía	254%	200%	166%	170%

De las cifras reproducidas se desprende que en nuestro país durante un período de 13 años el capital constante crece casi cinco veces; el capital variable, o sea, lo que se paga en salarios, se quintuplica; y la utilidad crece nueve veces en relación con el capital variable invertido en 1915. Es decir, con el desarrollo industrial capitalista las masas trabajadoras no obtienen un mayor poder adquisitivo. La desproporción anotada, que se ahonda con el crecimiento del capital constante, es la que obliga al capitalista a invertir en maquinarias para estar al día y producir más a un menor costo y con una utilidad mayor. El menor costo lo obtiene por la baja o detención de los salarios, por el empleo de mujeres y niños y por el perfeccionamiento de la maquinaria. Siempre a costa de la capacidad de consumo de las masas laboriosas.

5. El 26 de Jubo de 1931 cayó Ibáñez y sube al poder, nuevamente, la oligarquía latifundista-clerical, moviendo la consigna del «civilismo constitucional», frente al cesarismo militarista que había imperado con el general Carlos Ibáñez. Hábilmente exaltaron como presidente de la República a un distinguido jurista, de filiación radical, don Juan Esteban Montero (1931-1932), de carácter débil y contemporizador. Envuelto por los intereses poderosos toda su gestión gubernativa estuvo al servicio del latifundio, de la banca, del clero y de las empresas imperialistas. Las masas trabajadoras se debaten en penosas condiciones, agravadas por los efectos de la crisis mundial y de la bancarrota económica del país en que lo sumiera la política de empréstitos y despilfarraos de Ibáñez. El descontento de las masas se manifestó en diversos movimientos huelguísticos y en la sublevación de la marinería, que puso al país al borde de la guerra civil, siendo sofocada después de una gran movilización de fuerzas armadas. El civilismo esgrimido por la oligarquía, que había sido desplazada del poder político por las revoluciones militares (pero enriquecida en diversos negocios pingües en el control de la Caja de Crédito Hipotecario y Cajas de Ahorros, con los derroches fiscales de cientos de millones, la esclavitud inamovible de las clases trabajadoras, y con el apoyo de los capitalistas extranjeros) solamente era una pantalla para ocultar otra vez la exclusivista y desgraciada dominación política de las clases feudales y capitalistas en desmedro del pueblo.

A lo largo del país se produce un clima de efervescencia en contra del gobierno reaccionario e inoperante. Los funcionarios gubernamentales recurren al expediente habitual de la clase dominante: la represión

[71] Humberto Mendoza "¿Y Ahora? El socialismo móvil de postguerra"

sangrienta. En diciembre de 1931, en Vallenar y Copiapó se verifica una insensata masacre que cuesta la vida a numerosos trabajadores humildes.

A pesar de estas represiones las masas obreras se organizan aprovechando toda clase de medios. Toma cuerpo el denominado «Sindicalismo legal», es decir, el movimiento de sindicalización que se acoge a las disposiciones del Código de Trabajo. En 1931 existían alrededor de 250 sindicatos legales que agrupaban a más de 50.000 adherentes. Se reestructura la FOCH, que había sido quebrada por la dictadura Ibañista, y dirige la sindicalización de resistencia, politizando totalmente su organización bajo una orientación cerradamente comunista. Por otro lado, de los antiguos cuadros de la I. W. W. Nace, a fines de ese mismo año, la C.G.T. (Confederación General de Trabajadores) de orientación anarquista, que agrupa a algunos miles de afiliados.

En el campo obrero se produce una violenta época de luchas intestinas que esterilizan la acción uniforme de la clase trabajadora en contra de sus explotadores. La Foch ataca con virulencia al sindicalismo legal-reformista; la C.G.T. combate a la Foch y al sindicalismo político; la FOCH persiste en su posición partidista y rompe todas las organizaciones existentes, dando origen a organismos exclusivamente comunistas: Federación de Maestros, Federación de Empleados. Federación Ferroviaria, etcétera.

El Partido Comunista, cegado por un sectarismo intransigente, no logra agrupar a las masas. Vive desligado de nuestra realidad objetiva, sirviendo fielmente las orientaciones de la III Internacional (desde esta época el comunismo ha evidenciado su desprecio por la idiosincrasia de los pueblos, de sus defectos y virtudes; su rechazo a interpretar las ideas particulares y modalidades específicas que forja la vida diaria de los hombres en las diversas partes del globo; su insistencia para trasladar conceptos, juicios y fórmulas hechas para realidades y mentalidades distintas; su incapacidad para ser intérprete honrado y sincero de los deseos y aspiraciones de las masas de cada nación, por cuanto, solamente, les interesa servir de instrumentos de la política y diplomacia soviéticas, miembros disciplinados de la Tercera Internacional, aunque sus consignas y virajes, en muchos casos traten de representar anhelos de nuestros países. La más absoluta subordinación a los dictados del gobierno soviético determina su acción, y es eso lo que los incapacita para cumplir los imperativos y destinos de nuestros pueblos). El partido Comunista colocado en un plano teórico y verbalista no logra conmover a las masas y conducirlas por el camino de su liberación; sirve exclusivamente al Komintern.

Cs ante esta realidad que surgen diversos grupos revolucionarios que, orientados por los principios socialistas, inician una acción política más justa y certera, encausada a superar el panorama infecundo que vivía el movimiento obrero. (Nacen la ARS: Acción Revolucionaria Socialista; el Partido Socialista Marxista; el Partido Socialista Unificado; la Orden Socialista, la NAP o Nueva Acción Pública). La labor tenaz de esos grupos, el descontento de las masas, el desgobierno y las irritantes injusticias cometidas por los personeros de las clases poseedoras en el poder, dieron el triunfo a un movimiento revolucionario encabezado por el coronel Grove. El 4 de junio de 1932 cae derrocado Montero y se instaura un gobierno socialista.

6. La revolución socialista del 4 de junio significó una perspectiva fecunda para la organización de las masas dentro de los principios del socialismo. El pueblo entero se movilizó tras la Junta Revolucionaria de esos días en contra de la oligarquía terrateniente y plutocrática explotadora del país. Su consigna concreta de “Pan, Techo y Abrigo” resumía los anhelos insatisfechos de las mayorías nacionales. Precisamente, el Plan de los 50 puntos, que contenía las medidas esenciales que el equipo de la revolución intentaba llevar a

cabo, se podía resumir en la necesidad urgente e imprescindible de alimentar, vestir, domiciliar y educar a las grandes masas populares.

Los dirigentes revolucionarios comprenden que los soportes económicos en que descansa el régimen dominante son el latifundio y el capital imperialista y que mientras no se destruyan esos cimientos de opresión no podrá implantarse un nuevo sistema que permita el bienestar efectivo de la clase trabajadora; En su «Programa de acción Económica Inmediata» señalaron, entre otras cosas, con justeza, los efectos tremendos de la penetración imperialista en el país: «todo ha sido entregado sistemáticamente al extranjero. A consecuencia de esta política la administración del crédito, el ejercicio del comercio interno y externo y el control de los salarios y del mercado de los brazos se han escapado de nuestras manos. Hemos visto a los gobiernos y a los particulares recurrir constantemente al crédito exterior para movilizar la riqueza nacional, aun se ha recurrido a él en aquellos casos en que los artículos importados representaban una parte insignificante de las inversiones. Por su parte, las casas comerciales extranjeras han llegado a monopolizar nuestro comercio interno mayorista y el comercio externo de exportación e importación está exclusivamente en sus manos. Finalmente, empresas extranjeras tienen en su poder toda la industria pesada de producción de materias primas y una gran parte de los servicios públicos. Las funestas consecuencias de semejante política son claras: la afluencia desordenada de los créditos contra el exterior ha permitido, por una parte, a las casas y a las empresas extranjeras hacer efectivas en el exterior las pingües ganancias que obtenían en el interior y, por otra parte, ha transformado a nuestro país en un gran comprador de artículos superfluos y de lujo, ya que no es posible importar los créditos sino las mercaderías. Esta última circunstancia nos ha sido especialmente funesta para la economía y para el orden social, pues ha fomentado una vana prodigalidad en nuestra clase capitalista y un doloroso pauperismo en nuestra clase proletaria. El monopolio del comercio por las casas extranjeras las ha llevado a ser los árbitros de los precios en nuestro mercado, arma que ha sabido esgrimir para esquilmar a los productores y esclavizar a los consumidores. La entrega a empresas extranjeras de toda nuestra industria pesada y de gran parte de los servicios públicos ha puesto en sus manos el control de los salarios, el mercado de los brazos y el valor de la moneda. Nuestra clase privilegiada ha vivido embriagada con los lujos y la molicie que le proporcionaban el capitalismo extranjero a cambio de nuestras riquezas naturales y de la miseria del pueblo.

Por eso en la advenediza burguesía de Chile más que en ningún país que se diga libre se ha evidenciado un mayor respeto por todo lo que no es nacional» …

Los revolucionarios del 4 de junio contemplaban en su programa una serie de medidas radicales, para iniciar la transformación del país eliminando a la oligarquía plutocrática y al imperialismo. Entre ellas, la organización racional y científica de la producción en sus diversas ramas: agrícola, minera e industrial, mediante la creación del Ministerio de Economía Nacional; revisión de las concesiones al capital imperialista; creación del Banco del Estado; control del comercio interno y externo y del crédito en beneficio de las masas laboriosas, para impedir la explotación capitalista; modificación del sistema tributario, gravando las grandes rentas para hacer más equitativa la repartición de las riquezas; impuesto extraordinario y progresivo a las fortunas superiores a un millón; plan de colonización; reforma educacional; estanco del oro, yodo, bencina, azúcar, alcohol.

Durante su breve permanencia en el gobierno solamente alcanzaron a realizar algunas medidas elementales, como ser: amplia amnistía por delitos políticos y sociales, reposición de los maestros expulsados de sus cargos y anulación de las medidas disciplinarias del Consejo Universitario; clausura del ignominioso Congreso Termal; suspensión de los lanzamientos de arrendatarios que pagaban una renta mensual inferior a $ 200; envío de 300 colonos con sus familias al fundo fiscal “El Sauce”; se ordenó a las Cajas de Crédito Popular que devolvieran a los empeñantes los objetos indispensables para la vida y trabajo domésticos; se dispuso que la Caja Nacional de Ahorros concediera créditos hasta el 50% de su capital a los comerciantes que giraban con menos de $ 200.000; la autonomía universitaria, declarándose inviolables por las fuerzas armadas los recintos universitarios.

El programa de los revolucionarios no era socialista, sino que, de transición, por cuanto no hablaban de la socialización de la tierra ni de los medios de producción en general, tampoco de confiscación de las grandes fortunas laicas y del clero. No obstante, el gobierno del 4 de junio produjo un despertar popular gigantesco y todo el país se conmovió en una rumorosa marejada de esperanzas. La oligarquía vivió días de pavor y algunos de sus personeros hasta, alcanzaron a efectuar medidas socialistas en sus empresas para marchar a tono con los tiempos nuevos, (así, por ejemplo, don Agustín Edwards, acaudalado banquero y comerciante, decretó la socialización de El Mercurio», el diario más antiguo y poderoso del país, y el más neto vocero de la plutocracia nacional).

La acción mancomunada de la oligarquía y el imperialismo provocó la caída de los revolucionarios del 4 de junio, quienes no tuvieron un partido popular estructurado en qué apoyarse, m supieron tomar medidas radicales para desmontar la máquina administrativa reaccionaria ni para crear una fuerza armada popular. Estas debilidades Se explican por la carencia de homogeneidad en el equipo director del movimiento y por su falta de una madurada concepción teórica y política y su correspondiente programa. Sin embargo, a pesar de su corta duración (4-16 de junio de 1932), la revolución mencionada constituye un acontecimiento de extraordinario interés en la historia de las luchas sociales de nuestro país y abrió una nueva etapa en el movimiento obrero nacional de vastas proyecciones.

7. La amenaza que la efímera república socialista significó para la dominación de la clase plutocrática determinó, primeramente, un desarticulamiento grave en sus filas. Se demostró tal hecho en la lucha presidencial de fines de 1932, en la que la extrema derecha reaccionaria llevó dos candidatos; la burguesía y pequeña burguesía liberales se agruparon en torno a don Arturo Alessandri, cuyo pasado populista y hábil demagogia reformista, aún atraían a sectores del pueblo no politizados y se aprestaba admirablemente para esos tiempos de convulsiones sociales, en oposición a la candidatura popular de Marmaduke Grove, quien, a pesar de estar relegado en la isla de Pascua, obtuvo más de 60.000 votos, triunfando en Santiago y Valparaíso, los centros conscientes del país.

En torno a Alessandri se reagrupó y cohesionó la clase dominante: latifundistas, banqueros, grandes industriales y comerciantes, la Iglesia, el capital imperialista. Realiza durante sus seis años (1932-1938) un fuerte gobierno dictatorial, aunque manteniendo siempre un gran respeto formal por la Constitución y tratando de guardar las formas legales (por lo demás las clases conservadoras pisotean toda vez que es necesario sus leyes para aplastar el movimiento democrático de la clase obrera). Con razón expresa el historiador Ricardo Donoso que el señor Alessandri a poco de iniciar su nuevo gobierno inició una «política

abiertamente reaccionaria, de franca tendencia al más perfecto entronizamiento oligárquico, que se creyó un día barrido de la vida pública chilena.»

Por el cohecho y la intervención se había elegido un Congreso que pasó a ser el instrumento ciego de su política reaccionaria, el que aprobó continuas leyes represivas (leyes de facultades extraordinarias de abril de 1933 y de diciembre del mismo año) destinadas a sofocar el descontento y las manifestaciones del pueblo, aunque disfrazadas por el pretendido objeto de defender la estabilidad del régimen, el «orden» y la «tranquilidad pública», esto es, la explotación capitalista sobre la permanente pobreza popular. En la práctica fueron suprimidas, las libertades democráticas, se persiguió enconadamente a los dirigentes políticos y sindicales de la clase obrera: se organizaron con el apoyo gubernativo, cuerpos civiles armados dirigidos contra el pueblo (Milicias Republicanas); desató diversas represiones sangrientas (matanza inicua de campesinos y colonos en Ranquil, región del Alto Biobío; muerte de vanos obreros en el local de la Foch en Santiago); encarceló y relegó por largos períodos, en diversas oportunidades, a decenas de miembros de las organizaciones democráticas; hizo exonerar a 200 maestros; se expulsó de sus faenas a numerosos obreros municipales y ferroviarios; favoreció los intereses económicos de los terratenientes permitiendo la libre especulación con los productos de la tierra y de los consorcios imperialistas, entregándoles la totalidad de la riqueza salitrera. Finalmente, permitió la existencia y libre propaganda de un Movimiento Nacionalsocialista, calcado sobre el modelo hitleriano, que actúa en la calle desempeñando el papel de vanguardia de choque de la reacción nacional imperante, financiado en gran parte por consorcios industriales y comerciales alemanes.

El hombre fuerte del gobierno del señor Alessandri fue su Ministro de Hacienda, don Gustavo Ross Santa María, hombre de talento, pero hábil especulador, que estaba ligado a la banca internacional y desde su alto cargo tomó una serie de medidas que debilitaron la economía nacional, fortaleciendo, en cambio a la reacción y al imperialismo, a costa de la miseria del pueblo. No es un cargo gratuito. Uno de sus partidarios más destacados, don Edecio Torreblanca, escribió, en un folleto de propaganda al señor Ross, las siguientes líneas: «Es frecuente hacerle el cargo que ha especulado en la Bolsa. Especular es comprar desde luego lo que se sospecha que va a subir de precio, para venderlo después y ganarse la diferencia; o viceversa, vender desde luego lo que se calcula que va a bajar de precio, para entregarlo cuando haya bajado, porque entonces se puede adquirir por una suma inferior y se cumple el compromiso con menos dinero que el que se va a recibir por la venta… Y el señor Ross negociaba en la Bolsa donde no van los pobres sino los que tienen que perder y con el fin de ganar más de lo que tienen». El historiador don Ricardo Donoso se expresa en los términos siguientes: «el señor Ross no había figurado anteriormente en la política nacional y su personalidad, de agresivas aristas, suscitó desde el primer momento las mayores resistencias. Hombre sin escrúpulos morales ni jurídicos, ajeno a la cultura general más elemental, formado en la escuela de las especulaciones bursátiles, pero movido por una ambición sin freno, habría de ejercer desde la primera hora una influencia decisiva en la marcha de los negocios públicos».

8. Ross liquidó la COSACH en enero de 1933 y creó, en cambio, la Corporación de Ventas de Salitre y Yodo (Ley N°3350), organización que entregó el 75% de las utilidades del salitre a los consorcios extranjeros para el servicio y pago de los bonos Prior. Esa ley supuso, además, la renuncia por parte del gobierno a un crédito de 42,7 millones de dólares (más o menos unos mil 67 millones de pesos moneda corriente), a cambio de la suma de 140 millones de pesos.

Posteriormente, reanudó el pago de la deuda externa (Ley N°3580), destinando el 56% de las utilidades que el Fisco percibía por derecho de exportación del salitre y un 18% de las contribuciones del cobre a cumplir, dicho compromiso. Además, se llevó a cabo una gran especulación con los bonos de la Deuda Externa en los mercados extranjeros (hecho que fue denunciado por el propio diario «El Mercurio»).

En 1936-37 las utilidades de la industria salitrera, año en que se vendieron 1.465.000 toneladas, fueron de 12.1 millones de dólares (casi 300 millones en moneda corriente); las utilidades de la industria del cobre (compañías Chile Exploration Co., Andes Copper, y Braden Co., Poderosa y Naltagua) fueron de más de 21 millones de dólares (500 millones en moneda comente). De la utilidad salitrera la cuarta parte correspondió al Fisco chileno, o sea 3 millones de dólares, que se destinaron al pago de la deuda externa. El saldo de 9,1 millones de dólares se empleó en la siguiente forma: 3,6 millones para el servicio de los bonos Prior de la Corporación; 5,1 millones se entregaron a los productores y las tres grandes compañías salitreras (la Corporación, la Lautaro y la Anglo Chilena) destinaron 4,8 millones para el servicio de sus propias deudas. Así tenemos que el servicio total de la deuda externa de la industria salitrera fue de 8.4 millones de dólares. Por ambas leyes el Estado chileno perdió totalmente, para su economía, la riqueza del salitre y yodo.

El problema del salitre es de gravedad, tanto por lo que ya hemos expuesto como porque la Corporación de Ventas obliga a vender caro el salitre, pues debe soportar un recargo superior a su propio costo, lo que le impide competir con el sintético.

El valor del servicio y pago de bonos es superior a $ 150 por tonelada en circunstancias que el costo medio de extracción y elaboración del salitre en las oficinas de industriales chilenos era de $ 140. Así el peso, de las deudas existentes eleva considerablemente en forma artificial el costo del salitre. Por otra parte, es del caso anotar que en la industria salitrera el proceso de producción que se cumple es el llamado Shanks, a excepción de las oficinas Pedro de Valdivia y María Elena, en donde se practica el sistema Guggenheim (hoy día se construye en Tarapacá la planta mecanizada Brac que perfecciona los métodos anteriores); pero el sistema de organización de la producción y distribución es el creado por la Corporación de Ventas. En las pampas mismas se han producido algunos fenómenos de consecuencias graves: agotamiento de los terrenos de buena ley; incapacidad financiera de las oficinas para renovar la maquinaria; aumento de los precios de los elementos de producción y de los combustibles (petróleo); continuos conflictos obreros. Estos factores han reducido los márgenes de utilidades y en algunos casos los precios de costo sobrepasan a los de venta. En la fase actual de industrialización se ha presentado el fenómeno conocido con el nombre de «productividad decreciente». Estos hechos han sido agravados con la ley de Corporación de Ventas de Salitre y Yodo en cuanto a los costos medios y nivelación de precios que se establecen para fijar las utilidades que corresponden al Estado por cada tonelada de Salitre y Yodo, porque con dicho procedimiento salen perjudicados los industriales que trabajan con altos costos de producción. En junio 1933 - julio 1934, el consumo mundial fue de 14 millones de toneladas de salitre sintético y un millón de toneladas de salitre natural.

Lo único que Chile obtiene en el presente de la riqueza salitrera, es lo que dejan las compañías extranjeras por concepto de salarios; aunque también éstos han sido cercenados a causa de la constante desvalorización monetaria; de 6 d. a 1 1/2 d. En el año salitrero de 1928-29 los salarios fluctuaron alrededor de $ 12, que, al cambio de 6 d. por peso, significaban 1.50 dólar; en el año salitrero de 1936, los salarios

fueron de $ 21,50, término medio, o sea, al cambio de 1 1/2 d. 0,85 centavos dólar. En la masa total de 26.000 obreros del salitre, eso supone un robo de 5 millones de dólares, más o menos 125 millones de pesos moneda corriente. El aumento nominal de los salarios es burlado por la desvalorización monetaria; que produce, a su vez, el encarecimiento de los artículos de primera necesidad y de los arriendos, agudizando los problemas de la clase obrera.

Con respecto a la política de salarios, el imperialismo establece una irritante desigualdad entre los empleados y obreros nativos y los empleados del país origen. El exdiputado socialista, Carlos Gaete, obrero del mineral de cobre de El Teniente, hizo una exposición en la Cámara que lo demuestra. Según él, en 1933 trabajaban 3.389 obreros que ganaban en el mes de abril de ese año 1.137.008.10 pesos moneda legal; 400 empleados chilenos ganaron 270.590.63; y 218 empleados extranjeros (comprendidos algunos abogados nativos al servicio del imperialismo) $ 1.124.805.10, es decir, casi tanto como el total de obreros. En la misma, forma mientras un obrero yanqui del cobre ganaba 4 a 6 dólares, o sea, más de $ 100 diarios, los obreros chilenos ganaban alrededor de 20 pesos. La explotación imperialista se caracteriza por el bajo salario que paga al obrero nativo, lo que le permite obtener una mayor plusvalía y, por lo tanto, aumentar considerablemente sus utilidades. El capital imperialista no emigra si no encuentra mano de obra barata para explotar. Algunos técnicos extranjeros ocupan las posiciones claves; y algunos obreros especializados dirigen, al comienzo las faenas, mientras logran la especialización de los nativos que, luego, pasan a ocupar aquellas plazas por menor paga.

Un hecho más en la política de complacencia y entreguismo para con el capitalismo internacional fue el llamado «Pacto entre Caballeros». La Corte Suprema debió investigar la acusación de que la Compañía de Electricidad había sacado del país más de 100 millones de pesos a espaldas del Control de Cambios, burlando nuestra soberanía. De la investigación realizada se comprobó la efectividad de la acusación y la Corte Suprema condenó a dicha Compañía a pagar la suma de 55 millones de pesos de multa, por haber burlado las leyes nacionales. El señor Ross, pasando por sobre la independencia del Poder Judicial, celebró un Pacto de Caballeros con Mr. Calder, representante del consorcio norteamericano aludido, por el cual condonó a la Compañía la multa indicada.

En esta forma la Compañía de Electricidad ha gozado de una especial deferencia en los círculos de la burguesía dominante, sea en el gobierno de Ibáñez o en el de Alessandri, a pesar de su política de extorsión en la que se manifiesta más brutalmente la expoliación y rapiña imperialistas, como pasamos a demostrar. La explotación imperialista tiene caracteres distintos en las industrias de materias primas (salitre, cobre, hierro) que en las industrias de consumo (energía eléctrica, ferrocarriles, teléfonos). En Chile, por ejemplo, la explotación imperialista del cobre lo empobrece menos, porque el cobre no lo consumimos nosotros, sino que el capital extranjero que lo explota, lo vende fuera del país y nos paga los salarios de nuestros obreros del cobre y los impuestos al Fisco, con rentas del exterior. Es útil para el país, en la actual realidad, que la industria del cobre tenga las mayores utilidades para que el Estado la obligue a pagar salarios cada día más altos y cada día mayores tributos al Fisco chileno, porque esos pagos se hacen con dinero extranjero, puesto que el cobre se ha vendido en el mercado internacional

En la industria eléctrica, la explotación imperialista adquiere una forma más intensiva. En ella se vende su producto a nuestra población consumidora y es ella la que paga todos los gastos de la Compañía, de tal manera que los salarios de sus obreros y todas sus utilidades salen del bolsillo de los chilenos, por lo que

no necesita traer dólares del extranjero, como los debe traer la industria del cobre, para pagar sus gastos en Chile. Salarios, contribuciones, impuestos, todo lo que debe pagar en el país y las utilidades que se lleva al exterior salen de nuestra población consumidora, en el caso de la Compañía de Electricidad.

En 1937 esta Compañía declaró haber tenido una renta de 122 millones de pesos, 51 millones de gastos y 71 millones de utilidad neta, que salieron íntegramente de los chilenos, de su industria y de su comercio y de los salarios de los trabajadores.

Así, pues, esos 122 millones de pesos representan la riqueza chilena de la industria eléctrica, tanto en lo que se refiere a materia prima como el pago de su consumo y salen, exclusivamente del bolsillo de los consumidores nacionales. Esos 122 millones de la renta de la industria eléctrica, en el caso de la industria del cobre, habrían salido del mercado extranjero y de esa suma se habría traído a Chile la parte destinada al pago de jornales e impuestos (los 51 millones de gastos de la Compañía de Electricidad) y no de nuestros consumidores. En el caso de la industria del cobre el interés nuestro, en la realidad actual, está en que la utilidad que se obtiene en el mercado extranjero venga en mayor cantidad y proporción al país. En el caso de la industria eléctrica, el problema consiste en que sea menor la utilidad que obtenga el consorcio imperialista de los consumidores nacionales, porque esa utilidad sale del país.

El gobierno de Alessandri-Ross tan benévolo para servir las exigencias del imperialismo y de los terratenientes nacionales no llevó a cabo una política favorable para los medianos y pequeños productores. Por el contrario, abusó del sistema de los impuestos indirectos, 2% a las ventas, 5% a la base, que provocaron grandes trastornos a los consumidores y a la pequeña industria. (El impuesto del 2% se traducía en la práctica en un 10 o 12%, afectando gravemente al pequeño comercio y, en especial, a los consumidores quienes son, en último término, los que pagan los impuestos). Con razón en los albores de la República el Ministro de Hacienda, don Manuel Rengifo, condenó los impuestos indirectos, porque en ellos contribuía con más «el mísero gañán que el rico sibarita». El 2% rindió en 1933 la suma de $ 47.560.000; en 1934 la de $ 102.564.000; en 1935 la de $ 128.623.000 y en 1936 la de $ 29.816.000. El 5% a la base rindió $ 144.775.000 en 1936 y $ 141.000.000 en 1937. En cambio, los grandes terratenientes pagaban en 1937 apenas la suma de 62 millones de pesos como impuesto territorial al Fisco. Y el 31 de diciembre de 1937 las reservas de oro del Banco Central habían disminuido de 5 447.7 millones, que eran en 1929, a $ 144.2 millones.

Durante la administración de Alessandri-Ross la vida encareció en el doble. El proceso de inflación y encarecimiento que en Chile ha sido permanente se agudizó desde 1932 y es así como en los seis años del gobierno que mencionamos el costo de la vida experimentó un alza de 100%.

No obstante, este sombrío cuadro, la situación de los poderosos fue excelente realizando ganancias enormes: “A la sombra del movimiento económico, el comercio y la industria obtuvieron utilidades cuantiosas, mientras la situación de las clases asalariadas se hizo precaria, por el notable aumento del costo de la vida y la depreciación de la moneda”.

Los presupuestos nacionales crecieron en apreciable proporción: de 945 millones en 1933 a 1.596.666.994 en 1938, presupuesto aprobado, pero el gastado subió a 1.660.000.000. Claro que dicho aumento demostraba una mayor actividad, especialmente en obras públicas. Con razón el mismo señor Alessandri

exclamaba: “yo le digo al país que los presupuestos crecen, porque no puede detenerse el progreso de la Nación”.

9. En el gobierno de Alessandri-Ross se fortalece considerablemente el movimiento obrero, a pesar de la represión gubernativa. Los graves sucesos de 1932 que provocaron una terrible crisis en la clase dominante y el ascenso cada día más vigoroso de la clase obrera, son dos hechos esenciales que nos explican el nacimiento, desarrollo y acción terrorista del nacismo, al estilo alemán, amparado por el gobierno que le dejaba actuar. El Movimiento Nacionalsocialista de Chile nace en abril de 1932, aunque es desde 1933 cuando aparece en la calle, como una reacción ante la inminencia de la victoria de la clase obrera nacional. Ataca el régimen democrático-liberal, pero dirige sus fuegos más ardorosos en contra del marxismo y del movimiento obrero. Su finalidad es reconstruir el Estado fuerte de Portales, como expresión de los intereses de la burguesía financiera e industrial. Reconoce que la propiedad privada es la institución básica de la sociedad y que por lo tanto deben existir clases sociales rígidas y separadas: los poseedores y los desposeídos. Considera ficticia la actual división del Estado en tres poderes independientes, pues debilita la acción de la autoridad pública, por lo que anexa la facultad legislativa al poder presidencial y a éste, queda también sometido el control del poder judicial. Es la dictadura personal omnipotente. En una palabra, defiende un sistema político totalitario al igual que el que imperaba en la Alemania hitlerista, modelo del nacismo criollo. Si a esto se agrega el establecimiento del año de trabajo obligatorio aplicable al pueblo indudablemente) y la organización corporativa del trabajo nacional queda más claramente presentada esta tendencia.[72]

Sin embargo, su demagogia y concesión a la realidad social existente queda de manifiesto en el énfasis que gasta para condenar la era del liberalismo como definitivamente muerta y para destacar que se abre, en cambio, una nueva era socialista, caracterizada por el nacimiento de una economía socialista que requiere para fructificar, un sistema político socialista. Pero el socialismo del M.N.S. no tiene punto de contacto alguno con el socialismo marxista, porque éste se reduce, según los corifeos nacistas, a un material económico y, además, porque se basa en la lucha de clases, mientras que el socialismo del M. N. S. propicia el mantenimiento y la estratificación de las clases sociales. En cuanto a su organización estaba dirigido por un «jefe» quién lo manejaba con plena autoridad y responsabilidad, asesorado por un Consejo Consultivo. Constaba con una sección especial denominada “Tropas de Asalto” (T. N. A.) especializada para atacar las reuniones obreras y provocar la muerte de sus dirigentes más señalados, como manera de detener la marea de la clase trabajadora por el terror y la represión.

En cuanto a sus vinculaciones con el fascismo internacional, González von Marées declaró en un reportaje publicado en “El Imparcial” del 25 de octubre de 1932, ante la pregunta de si la tendencia nacista era muy semejante a la fascista: «No lo niego. Consideramos que el fascismo, en sus ideas fundamentales, no es

[72] Para conocer la doctrina, plan de acción y estructura del nacismo chileno, se pueden consultar sus numerosos folletos, entre ellos: “El movimiento nacionalista de Chile”. Santiago de 1933, que contiene: Manifiesto del jefe. Plan de Acción. Declaraciones fundamentales. Aspiraciones de acción pública y Organización. También los discursos de Jorge González von Marees: “El movimiento nacionalsocialista de Chile como única solución de la crisis política y social de la República” (pronunciado en la primera asamblea nacista, celebrada en Santiago el 21 de junio de 1932) y “La concepción nacista del Estado” (conferencia dada en Santiago el 9 de septiembre de 1932) y ampliada después en un folleto con el mismo título. Además, se pueden consultar los números de la revista “Acción Chilena” que dirigía Carlos Keller, uno de los teóricos del nacismo criollo.

sólo un movimiento italiano, sino que mundial. Él encarna la reacción espontánea y natural de los pueblos contra la descomposición política producida por el Estado democrático-liberal. Significa el triunfo de la "gran política", o sea, de la política dirigida por los pocos hombres superiores (!), de cada generación, sobre la mediocridad, que constituye la característica del liberalismo; significa también el predominio de la sangre y de la raza sobre el materialismo económico y el internacionalismo. El este sentido somos fascistas, sin que ello signifique por ningún motivo, que pretendemos copiar el fascismo italiano o el hitlerismo alemán. Nuestro movimiento se caracteriza por su tendencia esencialmente nacionalista.[73]

La acción armada y bestial del nacismo, la intensificación de la explotación económica de la oligarquía feudal-imperialista y la enconada persecución política repercuten en el robustecimiento del movimiento reivindicacionista de las grandes masas oprimidas, ayudando al desarrollo y maduración de su conciencia de clase.

Cuna de Cóndores de Mariano Latorre[74]

Se ha publicado la cuarta edición de "Cuna de Cóndores", uno de los primeros libros de Mariano Latorre, cuya producción alcanza ya a una quincena de títulos. La nueva edición ha sido hecha con el cuidado y primor habituales por la Editorial Nascimento. Ha aparecido en el 63° cumpleaños de su autor, aunque Mariano Latorre, rectifica afirmando que ha cumplido solamente tres veces 21 años.

Los primeros libros de Mariano Latorre, "Cuentos del Maule", 1912, y "Cuna de Cóndores", 1918, lo presentaron como a un escritor que innovaba en la literatura nacional, al hacer materia esencial de su creación literaria la tierra y pueblo de Chile; al enfocar con amorosa comprensión escenas y sucesos típicos; al describir opulentamente, y con fidelidad, el paisaje y su habitante rural en una ponderada ecuación artística. Por otra parte, desde su primera obra se demostró un escritor dueño de un estilo animado, rico en vocablos nuevos, de gran colorido y poder evocador, preciso para traducir las numerosas sensaciones y vanados matices de la realidad exterior. Latorre se define como un narrador de grandes condiciones, poseedor de un estilo de indudable calidad estética, que en las descripciones del paisaje alcanza las alturas del auténtico poeta. A partir de su primera obra responde con insuperable maestría al llamado secular de Lastarria, dando vida a una genuina literatura criolla que recoge, expone e interpreta una zona representativa y fundamental de la existencia patria. Desde "Cuentos del Maule" y "Cuna de Cóndores" ha proseguido laborando en la misma veta con resultados óptimos para el patrimonio literario de Chile. El camino recorrido es largo y sus numerosas obras atestiguan su devoción chilenísima, confirman su honda calidad artística y constituyen el más bello y amoroso registro del vanado paisaje y de la idiosincrasia del hombre rural patrios. Mariano Latorre ha ido más lejos y ha tratado de abrazar a Chile en sus diversos aspectos geográficos, anímicos y sociales, desarrollando temas y ubicándolos en las diversas regiones del territorio hasta lograr dar una visión literaria y artística total de nuestro complejo país. "Chile, país de rincones" es el título sugestivo que Latorre eligió para una excelente antología de sus cuentos, editada en Argentina, título que no es de azar, sino que expresa concretamente el carácter específico de la endiablada topografía física y espiritual de nuestra patria y que el autor mencionado ha querido aprehender e interpretar.

[73] Por extraña paradoja tan acérrimo enemigo del liberalismo ha ingresado, no hace mucho, al Partido Liberal
[74] ATENEA 283

En este instante Mariano Latorre prosigue en su labor literaria con vigor y son varios los libros que tiene anunciados y de los cuales ya han aparecido algunas páginas excelentes que nos permiten estimar su indudable calidad. Junto con saludar la cuarta edición de "Cuna de Cóndores" esperamos con interés la impresión de sus nuevos volúmenes indicados.

Historia de Chile[75]

Está en circulación el tomo undécimo de la vasta "Historia de Chile" de la que es autor don Francisco Antonio Encina y que abarcará 15 o 18 volúmenes. Es inoficioso subrayar el esfuerzo extraordinario de esta inmensa empresa histórica. El señor Encina la emprendió hace largos años leyendo y revisando todo lo existente en archivos, papeles familiares y colecciones documentales, animado por una sana formación filosófica y sociológica, que le ha permitido dar una nueva orientación a la historiografía nacional, animarla con un poderoso dinamismo estilístico, reinterpretar numerosos acontecimientos, rehacer la fisonomía de varios períodos y trazar nuevas semblanzas de los principales conductores del país.

Francisco Antonio Encina se inició en la tarea de las letras como un pensador de singulares dotes y de gran originalidad al entregarnos "Nuestra inferioridad económica" y "La educación económica y el Liceo", dos ensayos que señalan una etapa en la literatura sociológica y de ideas. Posteriormente, se destacó con la publicación de su extensa y desproporcionada biografía de don Diego Portales y de su conjunto de ensayos y notas sobre la investigación histórica en Chile. Encina emprendió la inmensa tarea de trazar un panorama profundo y completo de nuestro desarrollo histórico a la luz de sus modernas concepciones sociológicas y después del análisis detenido de la obra y tendencias de todos los anteriores maestros de la investigación erudita. Ha atacado duramente a los historiadores del siglo XIX, en especial a don Diego Barros Arana, haciéndole muchos reparos justos, pero que, a menudo, trata con incomprensión y hostilidad manifiestas. En cambio, ha admirado y seguido las teorías racialistas del doctor Nicolás Palacios, equivocadas y un poco mistificadoras. De todas maneras, incuestionablemente don F. A. Encina es un gran historiador y su "Historia de Chile" un colosal monumento de investigación y de exposición históricas. Esta obra, que abarcará desde la Prehistoria hasta la revolución de 1891, será indispensable en la biblioteca de todo chileno amante del desenvolvimiento de su patria, por cuanto revisa y completa, en una obra estructurada, homogénea y moderna, la de don Diego Barros Arana que alcanza solamente hasta los comienzos de la república organizada.

El tomo undécimo recién aparecido estudia el gobierno de don Joaquín Prieto (1831-1841) y lo hace con minuciosidad y perspicacia. Encina ya lo había enfocado a raíz de la publicación de su biografía de Portales, pero en este tomo ahonda varios aspectos e incluso reinterpreta en muchos matices a Diego Portales, el genio político de esa administración. Encina estima que "sociológicamente el gobierno de Prieto es el más trascendental en el curso de la historia de Chile"; que Portales "hizo todo lo que un estadista podía hacer por un pueblo: orientar en sentido creador el contenido actual de los elementos raciales que lo forman; corregir sus extravíos pasajeros; imponerle por sugestión la meta; colocarlo en el camino que debía recorrer y remover los obstáculos artificiales que lo embarazaban"; y que Prieto "realizó los designios del genio creador con rara fortuna; y entregó a su sucesor un pequeño pueblo joven, sano de espíritu y de cuerpo, modelo de orden y de laboriosidad dentro de la América española, animado por un alma nacional,

[75] ATENEA 283

tejida con las fuerzas espirituales que, en todo el curso de la historia, han labrado la grandeza de los pueblos, que debían presidir sus destinos por más de un siglo"…

Este tomo undécimo está llamado a tener el mismo éxito de los anteriores, tan favorablemente recibidos por el público lector.

Las grandes vacaciones[76]

Editado por las prensas Zigzag ha salido a luz la traducción del libro de Francis Ambriére: "*Les grandes vacances*", obra que mereció el Premio Goncourt, en 1946.

Francis Ambriére es un escritor francés de prestigio. Es el autor de novelas: *"Le mal d´étre homme"* y *"Le solitaire de la Cervara";* de obras de historia literaria: "Joachim du Bellay"; y de investigación erudita: "Le favori de François I". Al comenzar la última guerra fue llamado a las filas, combatiendo en la campaña de 1940. Derrotado el ejército francés fue tomado prisionero y llevado cautivo a Alemania, donde permaneció 56 meses. Este largo cautiverio constituyó "las grandes vacaciones" de Ambriére y de algunos cientos de miles de prisioneros como él. "Las Grandes Vacaciones" es el diario patético de la odisea tremenda de 1.700.000 soldados franceses que permanecieron aherrojados en Alemania. Millares entraron como trabajadores en las granjas agrícolas y otros tantos como obreros calificados en las usinas de las diversas regiones alemanas, reemplazando la mano de obra germánica, movilizada para sostener los frentes diversos, consumidores insaciables de combatientes. Varios millares de cautivos se negaron a trabajar en favor de los nazis y asilándose en las disposiciones internacionales sobre régimen de los prisioneros, defendieron su condición de tales rehusando toda sugestión alemana al respecto y, a pesar del slogan que "el trabajo reconforta y la ociosidad abate", proclamado por los agentes del Tercer Reich, los prisioneros recalcitrantes, junto con ridiculizarlo, se mantuvieron firmes en su actitud de no cooperación con el "nuevo orden", prefiriendo los más duros tratamientos. Fueron agrupados en grandes campos y sometidos a régimen militar estricto. Francis Ambriére, por ejemplo, estuvo en siete stalags, cinco en territorio del Reich y dos en Polonia (Rawarusha, en 1942, y Kobjercyn, cerca de Cracovia, durante 26 meses). La vida de estos inmensos campos; sus peripecias y sucesos diarios; el pensamiento, esperanza y reacciones de los internados; la actitud de sus carceleros; las noticias y comentarios que provocan, todo está registrado en sus aspectos más sobresalientes y reveladores por Ambriére. El libro es crudo, valeroso y ferozmente sincero. No hace concesiones al despiadado dominador, al exhibir sus crueldades horribles, ni tampoco las hace a sus compatriotas al exponer sus debilidades y cobardías. Fustiga a los débiles y aprovechadores, a los lacayos y oportunistas; expone las actitudes serviles de los funcionarios de Vichy y el espíritu rastrero y adulador de los dirigentes del régimen funesto de Pétain, llevado hasta el seno de los prisioneros, entre quienes realizan una propaganda tenaz con el objeto de que sirvan los planes de Hitler, provocando la división, la desmoralización y la corrupción de grandes sectores.

Francis Ambriére traza un cuadro admirable de la rebeldía y espíritu de lucha de los hombres más leales al indomable sentimiento libertario galo: da a conocer su resistencia inquebrantable, sus tentativas de evasión, a veces exitosas, la mayor parte fallidas en forma trágica. A través de su relato conocemos los cantos combativos que mantuvieron la moral de los resistentes; los periódicos que editaban y el carácter de sus artículos; las representaciones teatrales con las cuales se distraían; las artimañas y argucias con las

[76] ATENEA 283

cuales se reían de los tozudos alemanes; las relaciones que mantienen con la población civil y la rapidez extraordinaria con que los trabajadores franceses se imponen por su inteligencia y adaptabilidad a los lentos y pesados germanos; el problema sexual complejo, rico en notables escenas droláticas, derivado del reemplazo práctico que los prisioneros llevan a cabo en los hogares alemanes desprovistos de varones, a causa de las devoradoras exigencias de la guerra.

En fin, la obra de Francis Ambriére es de una densidad humana admirable y rica en toda clase de peripecias. La variedad de aspectos que enfoca es asombrosa y el lector desprevenido no tiene la menor idea, antes de iniciar su lectura, de ese mundo misterioso y desbordante que fue el de los cientos de miles de prisioneros franceses, desde 1940 hasta 1945, notablemente descrito y dado a conocer en sus hechos más destacados por la crónica de Ambriére.

Memorias, de Pio Baroja[77]

Solamente ahora hemos leído el tomo IV de las Memorias de don Pío, dedicado a presentarnos una "Galería de tipos de la época" y a través de la cual desfila una multitud de escritores, artistas, hombres de ciencias, bohemios, políticos y tipos extraños y pintorescos, enfocados por el ojo barojiano, certero y penetrante, que sabe señalar con oportunidad e ingenio el rasgo característico de la persona o relatar la anécdota reveladora. Ciro Bayo, Nicolás Estévanez, Miguel de Unamuno, Juan Maragall, Vicente Blasco Ibáñez, Corpus Barga, Pablo Iglesias, Buenaventura Durruti, Darío de Regoyos, Zuloaga, Pablo Picasso, Sorolla, Santiago Ramón y Cajal, y decenas de otros escritores, artistas y políticos son fijados notablemente en este tomo de Baroja. Es de un interés extraordinario. Además, en la primera parte del volumen, verifica algunas disquisiciones acerca de su pensamiento y posición ante la vida y en torno a la época en que le ha tocado existir y actuar. Estas opiniones y análisis de don Pío son de gran interés y lo retratan como a un hombre independiente, valeroso, inconformista y preocupado seriamente por el sentido ético de la vida. Se puede hacer una pequeña antología barojiana con las opiniones siguientes; "Yo he vivido una vida modesta, oscura, sin un momento de suerte ni de ilusión. No creo que me haya faltado capacidad de trabajo. No he tenido el éxito. Si he conseguido algún pequeño éxito en literatura ha sido a destiempo y casi más bien fuera de España que en España. Con escasos medios, sin protección y sin conocimientos de personas influyentes he llegado a la vejez y a la vejez de artrítico. . . Yo al menos no sé variar. Siempre he sido el mismo. En literatura realista, con algo de romántico; en filosofía, agnóstico; en política, individualista y liberal, es decir, apolítico. Así era a los veinte años, así soy pasados los setenta. No he encontrado nada en la vida que me haya hecho cambiar de opinión... Yo no me zafo de mi responsabilidad política porque no la tengo. Si la tuviera no podría zafarme de ella. . . Así como la parte estética de la vida no me ha preocupado mucho, la parte moral sí. En la literatura me ha pasado lo mismo. La laxitud de la ética siempre me ha parecido desagradable" ...

En la misma forma vale la pena conocer algunos de sus juicios generales: "El hombre de por sí es un animal bastante miserable para recordar con fruición sus abyecciones... El hombre de nuestro tiempo, más que inmoral es bruto. Le gustan las diversiones estúpidas y un poco infantiles, quiere comer, beber y lucir. Lo mismo les pasa a las mujeres. Este lucimiento no lo buscan en la gracia o en el espíritu, ya saben que no lo tienen ni lo necesitan, sino en el físico, en el dinero y en el traje... La vida se va haciendo cada vez más

[77] ATENEA 283

pobre y más miserable. Como remedio al instinto sexual, el prostíbulo; como resolución por la lucha por la existencia, la intriga y el engaño; como diversión, el fútbol y los toros. La literatura y el arte secos, la ciencia moderna que el hombre medianamente culto no la entiende. Guerras civiles y guerras internacionales a cada paso. Las utopías echando a los hombres al crimen, sin libertad posible de opinión. Esta pobre Europa va mal, cada vez peor... El hombre huero manda y dispone y la gente inteligente no se atreve a dirigir los destinos humanos. Tiene miedo... En los escritores, y sobre todo en los artistas, no hay más que cuquería, envidia y pasiones un poco ruines. Los celos entre unos y otros se dan como entre las cupletistas" ...

La España que vi y viví[78]

El incansable escritor don Emilio Rodríguez Mendoza ha publicado un grueso volumen sobre España que ha vivido y visto durante vanos años y en dos oportunidades: primeramente, a comienzos del siglo XX, cuando "era sólo un mequetrefe lleno de arresto y proyectos literarios" y, en seguida, en 1925, en que volvió "cincuentón y hombre de estado, es decir casado". Rodríguez Mendoza ha sido un escritor inquieto, variado y buscador de caminos. Durante más de medio siglo ha consagrado su talento originalísimo a las letras y a la diplomacia. Desde los tiempos en que se firmaba A. de Géry hasta el momento en el cual entrega "La España que vi viví", pulcramente editada por Nascimento, una firme devoción literaria ha dado carácter y valor a su existencia azarosa.

Por la obra mencionada, a través de un recuerdo depurado y de una evocación pintoresca, desfilan sabrosas escenas, anécdotas risueñas, viñetas artísticas, personajes de elevada categoría o de extraña condición, pero tanto unos como los otros ligados por un común interés humano, que hacen de este libro elemento de indispensable lectura y consulta para comprender a España en uno de los períodos más revueltos de su historia: el de los postreros años de la monarquía de Alfonso XIII y la dictadura de Primo de Rivera. En la obra de Rodríguez Mendoza campea un enorme cariño por España, su gente, sus cosas y su patrimonio artístico. Es el amor de quien habla su idioma, posee su sangre y se ha formado culturalmente en sus generosas fuentes. El señor Rodríguez es español de vieja cepa, ligado a los conquistadores ibéricos, según genealogía que adjunta en densa nota, lo que explica su fidelidad hispánica. Es de destacar en esta movida obra los animados cuadros que el autor traza de diversas regiones y ciudades españolas que él visitara con especial dedicación.

Travesía[79]

La simpática revista austral "Travesía", editada en Temuco, cuyo primer número comentamos tiempo atrás, ha logrado mantenerse y aparecer regularmente. Ha llegado hasta nuestras manos el número tres, correspondiente al bimestre noviembre-diciembre. Trae poesías de Altenor Guerrero, Aldo Torres Púa, Augusto Lied y Miguel Arteche; reproduce algunos poemas de T. S. Elliot; agrega una sección de poetas nuevos con versos de Iván Robledo, Alfredo Rosas y Alfonso Calderón; artículos de Antonio Acevedo Hernández, Luis Merino Reyes y Fernando Santiván; un recio cuento de Daniel Belmar y un extenso y

[78] ATENEA 283
[79] ATENEA 283

valioso ensayo de Julio César Jobet sobre Luis E. Recabarren. Completa este número una buena sección de comentarios de libros y autores y un apreciable conjunto de notas diversas.

"Travesía" significa un esfuerzo magnífico y su realización, debido a un pequeño grupo de escritores temuquenses, es digna de señalarse como una empresa de calidad. Deseamos un éxito cierto y perdurable a esta revista, ágil y seria, para bien de la cultura literaria en la bella región austral.

Flora Tristán precursora del movimiento obrero y feminista[80]

Entre los precursores del movimiento obrero y feminista se distingue una mujer notable y poco conocida, Flora Tristán, de origen franco-peruano, la primera que lanzó el llamado de unión a la clase obrera y, también, la primera que llevó a cabo una cruzada ardorosa por realizarla prácticamente. De la biografía de Jules L. Puech: "La vida y la obra de Flora Tristán", y del trabajo más reciente de Charles Kunstler: "Flora Tristán", sintetizamos los datos más interesantes de su existencia y de su obra.

Flora Tristán Laisney nació en París el 7 de abril de 1803 de la unión religiosa del coronel peruano don Mariano Tristán y Moscoso y de la dama francesa doña Teresa Laisney, realizada en la ciudad de Bilbao. Flora perdió a su padre a la edad de 6 años y vivió con su madre en una miseria total hasta los 17 años, en que casó con el litógrafo André Chazal, en cuya casa había entrado en calidad de obrera. Fue desgraciada en su matrimonio y sintiéndose incomprendida, y al no existir el divorcio, pues había sido abolido en 1816 con la Restauración, abandonó el hogar en 1825, llevándose sus dos niños y estando embarazada de un tercero. Todos concuerdan en que Flora era una noble y muy hermosa mujer, de largos bucles castaños, rodeando un rostro de rasgos regulares y delicados. Sus ojos negros tenían una mirada dominante y acariciadora, y su piel aterciopelada como la de durazno tenía un color ligeramente dorado, muy propio de las andaluzas. Se colocó de doncella al lado de una dama inglesa y viajó varias veces a Inglaterra, Suiza e Italia. Expuesta a las persecuciones de un marido celoso y ofendido decidió partir al Perú para reclamar a su tío paterno, don Pío de Tristán, hombre inmensamente rico e influyente, la parte de su herencia. El 8 de abril de 1833 se embarcó para el Perú en un brik. Fue un viaje largo y penoso (duró 133 días) que reveló a Flora Tristán su vocación de apóstol revolucionario. Permaneció siete meses en el Perú (Arequipa), donde don Pío. Este refugiándose en la ley, negó a la hija natural de su hermano todo derecho a la fortuna que le correspondía; solamente le otorgó una modesta pensión de 2.500 francos anuales. En su obra "Peregrinaciones de una Paria" cuenta sus desgracias conyugales y algunas aventuras sentimentales que le ocurrieran durante su viaje al Perú y en este país.

De regreso a París datan sus comienzos literarios. En 1835 apareció su escrito: "Necesidad de dar buena acogida a las mujeres extranjeras", que le señaló como feminista e internacionalista. Se apasiona por las ideas de Víctor Considerant, el discípulo más importante de Fourier, y por la *"Phalange",* entrando a dirigir peticiones a la Cámara por el restablecimiento del divorcio y la abolición de la pena de muerte. Asimismo, estudia la cuestión de los salarios, del trabajo de los niños en la industria y el de la mujer a domicilio.

En 1838 fue víctima de un atentado de su marido, quien la hirió de un balazo, y por lo que éste fue condenado a 20 años de trabajos forzados. Sana de su herida y libre, Flora Tristán llevará en lo sucesivo solamente el apellido, de Tristán. En este mismo año aparecieron su relato autobiográfico

[80] ATENEA 283 febrero 1949

“Peregrinaciones de una Paria” y su novela de tesis social *“Méphis”*. En 1839 hizo una larga estada en Inglaterra, dedicándose a hacer el análisis minucioso de la sociedad sajona. Realizó una encuesta profunda sobre la situación de los trabajadores; frecuentó las clases dirigentes y las clases pobres; asistió a los debates de la Cámara de los Comunes (disfrazada de turco, pues le estaba prohibida la entrada a las mujeres); concurrió a los meetings populares y convivió en los sitios de trabajo. Vio a los obreros amontonados en salas bajas, privadas de aire, trabajando 14 horas por un salario ínfimo. De esta experiencia nació su libro áspero, emocionante y notable “Paseos en Londres”. Cuando en 1840 apareció “Paseos en Londres” (siete años antes que el libro de Federico Engels “La situación de la clase obrera en Inglaterra”) atrajo la atención de la prensa libre, especialmente de “La Colmena Popular”. La edición popular de este libro, hecha en 1842, llevaba esta dedicatoria a las clases obreras: “Trabajadores: Es a ustedes, todos y todas, a quienes yo dedico mi libro; es para instruiros sobre vuestra posición que yo lo he escrito; pues bien, os pertenece”.

Á mediados de 1843 apareció su opúsculo intitulado “La Unión Obrera”, obra que la coloca como la más genuina precursora del movimiento feminista y del unionismo obrero. Con motivo de la publicación de este librito, Flora Tristán inició su nuevo apostolado, recorriendo durante varios meses toda Francia, principalmente sus grandes centros industriales. Contrajo una fiebre tifoidea en Burdeos, donde murió el 14 de noviembre de 1844. Sus funerales fueron emocionantes. El poeta popular Vigier celebró en versos ingenuos y conmovedores las virtudes de la “Santa de los Trabajadores”. Fue una verdadera precursora de la Revolución de 1848 en Francia, del “Manifiesto Comunista” de Marx-Engels y de las Internacionales obreras.

Una hija de Flora Tristán, Aline Chazal de Tristán casó con el marino bretón Clovis Gauguin, de cuyo matrimonio nació el genial pintor Paul Gauguin, nieto de Flora Tristán.

En su tumba, en Burdeos, se lee la inscripción siguiente: “A la memoria de Mme. Flora Tristán, autora de la Unión Obrera, los trabajadores reconocidos”.

Es así, pues, como la autoemancipación del proletariado moderno, tema esencial de la enseñanza de Marx-Engels, fue proclamada por primera vez bajo la forma de un nuevo evangelio, por Flora Tristán, cuyo nombre ha quedado sepultado en el olvido ante la avalancha de la literatura pro-Marx.

El folleto “La Unión-Obrera” tuvo varias ediciones, gracias a las espontáneas suscripciones populares, durante la vida de su autora. Su contenido puede resumirse en nueve puntos esenciales: 1. Constituir a la clase obrera por medio de la unión compacta; sólida e indisoluble. 2. Hacer representar a la clase obrera ante la nación por un defensor, escogido por la Unión Obrera y rentado por ella, a fin de que quede bien comprobado que esta clase tiene su derecho de ser y que las otras clases la aceptan y reconozcan. 3. Reclamar en nombre del Derecho contra las usurpaciones y privilegios. 4. Hacer reconocer la legitimidad de la propiedad de los brazos (en Francia 25 millones de proletarios tienen por toda propiedad solamente sus brazos). 5. Hacer reconocer la legitimidad del derecho al trabajo para todos y para todas. 6. Examinar la posibilidad de organizar el trabajo en el estado social actual. 7. Levantar en cada departamento palacios de la Unión Obrera, donde se instruirán los niños de la clase obrera, intelectual y profesionalmente, y donde serán admitido los obreros y obreras heridos en el trabajo y los que están enfermos y viejos. 8. Reconocer la urgente necesidad de dar a las mujeres del pueblo una educación moral, intelectual y profesional, a fin de que lleguen a ser las agentes moralizadoras de los hombres del pueblo. 9. Reconocer,

en principio, la igualdad jurídica del hombre y la mujer como único medio de constituir la "unidad humana".

Junto con exponer estas ideas actuó concretamente para darles realidad, organización y existencia. Se mantuvo en contacto con los obreros, predicó, recibió centenares de cartas y dejó esta idea y esta acción en marcha. Desgraciadamente, su muerte prematura le impidió lograr resultados más duraderos, pero Marx y Engels tomarán su idea y la expondrán con una fuerza explosiva en las páginas del "Manifiesto Comunista", en 1848, resumida en la frase: "Proletarios de todos los países, uníos". Uno de los partidarios de Flora Tristán le escribió estas líneas perspicaces: "Vuestro libro tiene un valor práctico inmenso. No es pura expresión de teorías y doctrinas cien veces enseñadas en vano; es un acto…Se ha discutido bastante, hoy es preciso actuar so pena de permanecer en el mismo lugar o, aún, retroceder. La especulación pura no ha realizado jamás un progreso brillante, una revolución, en este mundo. Sólo la acción tiene este poder".

Lorenz von Stein autor de una "Historia del Socialismo y del Comunismo en Francia" juzga de esta manera a Flora Tristán: "Es, tal vez, en ella en quien se manifiesta con más fuerza que en los otros reformadores, la conciencia de que la clase obrera es un todo, y que debe hacerse conocer como un todo, actuar solidariamente, y con una voluntad y fuerzas comunes, según un objetivo común, si quiere salir de su condición".

En una palabra, el sentido del mensaje de Flora Tristán es la necesidad de la autoemancipación del proletariado o, como se dirá más tarde, "la emancipación de los trabajado obra de los trabajadores mismos".

Síntesis interpretativa del desarrollo histórico de Chile durante el siglo XX. (1924-1949)[81]

(Conclusión)[82]

II

10. Durante esta época, señalada fundamentalmente por la penetración del imperialismo norteamericano, en vasta escala, permitió, por una parte, la formación de una burguesía financiera, administradora de sus intereses, y, por otra parte, la explotación intensiva de las materias primas y el desarrollo de un apreciadle margen de industrialización del país, con lo que se fortalece extraordinariamente la clase obrera. Aparece como clase definida, separada de las otras, con intereses permanentes que le dan homogeneidad y que hace de ella una clase en sí. Luego, el choque de sus intereses de clase en sí contra los intereses de las otras clases sociales le forjan su conciencia de clase. Es decir, la conciencia de sus intereses específicos, de su rol social, de su papel histórico como clase nueva y vigorosa. Entonces se hizo una clase para sí, que sabía lo que era, a donde debía ir, no sólo económicamente, sino también en el terreno de la política.

[81] ATENEA 285

[82] Véase los números 264, 265, 266 y 283-284 de esta revista, en los cuales se publican las partes precedentes de este ensayo.

El hecho demostrativo de lo expuesto fue el nacimiento del Partido Socialista Chileno, el 19 de abril de 1933, como resultado de los intereses de la clase trabajadora nacional y como heredero del programa esbozado por los revolucionarios de junio de1932. La formación del Partido Socialista significaba la soldadura de la contradicción existente, en ese año, entre el incremento de la clase trabajadora y de su conciencia clasista y la profunda crisis de dirección y organización que sufría el movimiento obrero chileno.

El Partido Socialista reconoce los principios del socialismo científico como fundamento filosófico y político de su programa. Enfoca dialécticamente nuestra vida nacional y se remonta al análisis de la realidad continental, condenando los errores de los partidos adheridos a la II y III Internacionales. Constata que la realidad económica-social semifeudal de Chile es diversa a la de los países industrializados y de ahí afirma la importancia de las clases medias, o pequeña burguesía, numerosa y empobrecida lo mismo que los obreros y campesinos. El P. S. se constituye en un movimiento revolucionario a base de la unión de los trabajadores manuales e intelectuales, proletariado y pequeña burguesía, hasta lograr la implantación de un gobierno de trabajadores organizados. Y, también destaca la necesidad de coordinar más allá de los límites nacionales su acción, aunque repudia por igual a la II Internacional, por su posición reformista y conciliadora, y a la III Internacional, por su sectarismo intransigente y continuos virajes. A ambas por sus errores y por estar divorciadas de nuestra realidad. En cambio, propicia la unidad de todos los pueblos de América para llegar a la constitución de la Confederación de Repúblicas Socialistas del Continente. Así el P. S. levantó su internacionalismo enraizado en Latino-América con todas las perspectivas abiertas hacia los otros continentes. La unidad de Latino-América es el objetivo internacional inmediato del P. S., primer paso para obtener más tarde la unidad de los trabajadores del mundo. El P. S. defiende el internacionalismo por constituir él el reflejo teórico y político del desarrollo de las fuerzas productivas y del impulso mundial de la lucha de clases[83].

El Partido Socialista emprendió una vasta tarea para unificar a la clase obrera y para orientar el movimiento sindical y fortalecer el avance democrático-popular. De ahí que propiciara la unidad de acción con los grupos políticos afines, a objeto de enfrentar a la poderosa reacción gobernante. Así surgió el Bloc de Izquierdas (formado por el Partido Socialista, el Partido Democrático. Partido Radical-Socialista e Izquierda Comunista) que llevó a cabo, en 1934-35. una labor decisiva en la paralización de la ofensiva reaccionaria y de la amenaza fascista, y en la ampliación del movimiento popular, fortaleciendo sus cuadros políticos y sindicales. Aunque breve su papel fue importante, porque en un momento de crisis política reagrupó a las fuerzas populares. El Bloc de Izquierdas también se opuso victoriosamente al nacismo. por cuanto pudo aglutinar, a las clases medias que el fascismo reclutaba de preferencia, aprovechando su impaciencia y desesperación encendidas por la ineficacia socialdemócrata y los virajes desatentados del comunismo

[83] Para conocer en detalle loa principios y programa del Partido Socialista se pueden consultar sus numerosas publicaciones, como ser: el semanario "Consigna", la revista mensual "Rumbo" (1939-40); entre los folletos más importantes: "Política Socialista", de Oscar Schnake, Santiago. 1937; "El Partido Socialista en la política nacional", de Luis Zúñiga. Santiago, 1938; "El Partido Socialista frente a la penetración imperialista", Santiago, 1939 y "Significado del P. S. en la realidad nacional", Santiago, 1940, ambos de Julio César Jobet; "La juventud socialista en el frente del pueblo", de Raúl Ampuero, Santiago 1940; "La Contradicción de Chile", de Salvador Allende. Santiago 1943. Entre los libros se destacan los dos de Humberto Mendoza: "¿Y Ahora? El socialismo móvil de postguerra". Santiago 1942. (Esta obra lleva un extenso prólogo nuestro acerca del "desarrollo de las clases sociales y de los partidos políticos chilenos"), y "Socialismo camino de la libertad", Santiago, 1945.

estalinista. Su acción detuvo en Chile la amenaza del fascismo y permitió la creación del más sólido punto de apoyo para el triunfo posterior del movimiento democrático chileno.

11. A fines de 1935 el Partido Comunista desató una fuerte ofensiva para constituir el Frente Popular, de acuerdo con las consignas del Komintern en su VII Congreso, de julio-agosto de 1935, que encontró eco en un poderoso sector del Partido Radical. La consigna del Frente Popular surgió internacionalmente como una alianza determinada por la coincidencia de las necesidades de la burocracia soviética con las de la burguesía francesa.

En el fondo brillaba la esperanza de un mejoramiento de la economía soviética en vista de la deficiencia del primer plan quinquenal y, por el otro lado, la de lograr una reestabilización del capitalismo mundial. Se le defiende como una necesidad para conseguir el mantenimiento de la democracia e impedir el triunfo del fascismo. El comunismo no hacía la menor mención a que tanto en la democracia burguesa y capitalista como en el régimen fascista, es la clase dueña de los medios de producción la que posee el Estado. En la primera, la explotación se apoya en las mismas clases expoliadas por intermedio de los órganos de la democracia; y en el segundo, la explotación se consolida con la destrucción de todos los órganos de la democracia proletaria (partidos, sindicatos, clubes, locales, etc.). Es cierto que esta diferencia importa mucho para impedir la transformación de una en otro y para aprovechar la democracia burguesa como base de apoyo en favor del mantenimiento y ampliación de la democracia proletaria hasta crear las bases de un régimen socialista. En estas consideraciones se fundamentaba la defensa y necesidad transitoria del Frente Popular. Sin embargo, en la práctica esta combinación permitió mundialmente la consolidación del fascismo en Alemania e Italia, su triunfo en España por el Comité de No-intervención, ideado por el Frente Popular francés y, luego, la derrota de Francia. Finalmente, la propia URSS, lo liquidó por el Pacto de No-Agresión y ayuda mutua que firmar, con la Alemania nacista (Molotov-von Ribbentrop) que fue e| viraje de la burocracia soviética para impulsar la guerra entre el fascismo y las democracias, en la esperanza de su debilite, miento hasta permitir la hegemonía estalinista. Indirectamente después de haber estado a punto de sucumbir en los años de 1941-43 a manos de su aliada, ha logrado obtener, en parte considerable, sus finalidades al destruir el fascismo alemán reemplazándolo en su espíritu ex pensionista, frente a los Estados Unidos. que ha surgido más poderoso y temible que nunca.

El Frente Popular pasó a constituir una alianza de fuerzas obreras y democrático-burguesas con un programa que, contemplando los intereses de clases antagónicas, tendía a eliminar las asperezas de sus posiciones opuestas. Lo más destacado de él eran los puntos dedicados a la defensa de las libertades democráticas y a algunas reformas económico-sociales, en vista de las aflictivas condiciones de vida de las grandes masas laboriosas.

Desde 1936, organizado el Frente Popular, la lucha política en el país adquiere caracteres dramáticos. La reacción fuertemente cohesionada en el Gobierno y en torno a Alessandri-Ross, lleva a efecto una constante ofensiva en contra de las fuerzas populares. Estas responden, con la constitución, al cabo de variadas peripecias, de la Confederación de Trabajadores de Chile (C. T. CH.). que unificó sindicalmente a la clase obrera, con excepción de cierto núcleo de orientación anarquista, organizado en la C. G. T. (Confederación General del Trabajo). En las elecciones parlamentarias de marzo de 1937 obtuvo un débil triunfo la combinación de gobierno; pero la gran sorpresa política la dio el Partido Socialista que hizo triunfar 20 diputados y senadores en las listas del Frente Popular, con más o menos 45.000 votos.

Hasta mediados de este año de 1937 el Frente Popular disfrutó de cierta unidad política si bien careció de cohesión orgánica subsistiendo como anhelo más bien que como realidad y, sobre todo, porque a raíz de la derrota en las elecciones desarrolló acciones comunes en contra del Gobierno, atacando violentamente los procedimientos que empleara para conseguir su triunfo. El pueblo apreció claramente que su derrota lo había sido por el cohecho e intervención, de donde aumentó su energía combativa, recobró su esperanza en el poderío de las fuerzas democráticas y llevó a cabo luchas definidas.

12. En estas condiciones se llega al año 1938, señalado por una lucha presidencial de caracteres apasionantes. La reacción se agrupó en torno a su personero más genuino, don Gustavo Ross Santa María. En el sector de Izquierda, el movimiento socialista defiende y agita la candidatura de Grove mientras los radicales exaltan a don Pedro Aguirre Cerda, los comunistas permanecen sin definirse por un candidato determinado lo que aprovechan los nacistas y grupos dispersos, algunos de ellos en los propios partidos del Frente Popular, para levantar la candidatura de Carlos Ibáñez del Campo.

En estas circunstancias se realizó la Convención de Izquierdas. en abril de 1938, para designar el candidato único que debería enfrentar a Ross. Después de varias votaciones, el socialismo retiró su personero para apoyar a don Pedro Aguirre Cerda, abanderado del Partido Radical. Es así como este fogueado político pasó a ser el candidato único de las izquierdas.

La inmensa agitación en favor de la campaña presidencial de Aguirre Cerda con una consigna clara y definida: “Todo Chile con Aguirre”, la que le dio el triunfo sobre Ross. Fue una victoria estrecha en cuanto al número de votos de mayoría, pero rotunda y decisiva dadas las circunstancias desfavorables en que libró la contienda. La campaña presidencial de 1938 estuvo rubricada por un terrible hecho de sangre: la masacre de 63 jóvenes fascistas, después de un fracasado putsch, el 5 de septiembre de 1938. Cayeron víctimas de los propios métodos que predicaban y que habían practicado contra la clase obrera, aunque el gobierno empleó una crueldad despiadada. A consecuencia de la masacre mencionada las fuerzas ibañistas se plegaron a la candidatura democrática de Aguirre Cerda influyendo en su triunfo.

Después de esta victoria del 25 de octubre de 1938, sin duda fecha memorable en la historia de las luchas del movimiento democrático y popular de Chile, sube a la Presidencia de la República don Pedro Aguirre Cerda, triunfando la plataforma programática y política de las fuerzas populares que proclamaba la necesidad urgente de proceder al reestructuramiento económico y social del país, como único medio de solucionar los graves problemas nacionales.

Es interesante hacer el estudio somero, por medio de algunas estadísticas fundamentales, del estado general del país a fines de ese año.

13. Según las estadísticas corrientes la distribución de la tierra se estima en la siguiente forma: existen 87.790 propiedades menores de 5 hectáreas, con un total de 139.445 has., lo que da un término medio de 1.5 ha. por persona; 41.437 propiedades de 5 a 20 has., con un total de 469.339 has., lo que da un término medio de poco más de 11 has. para cada propietario. 21.341 propiedades de 20 a 50 has., con un total de 691,581 has. o sea, un término medio de 32 has. por persona; 6.000 propiedades con predios de 100 a 200 has., 5.323 propietarios con predios de 200 a 500 has. 3.560 propietarios con predios de 500 a 2.000 has. con un total de 2 1/2 millones de has. Frente a ellos existen 626 grandes latifundistas, cuyos predios tienen más de 5.000 has., con un total de 14 1/2 millones de has., lo que da un término medio de 23.000 has.

para cada terrateniente. Estos 626 grandes terratenientes tienen más tierras que loa 180.000 propietarios, incluidos los que poseen hasta 5.000 has.

La población campesina chilena comprende, en cifras redondas, 150.000 pequeños propietarios con menos de 30 has. Y a su lado, más de 300.000 trabajadores del campo, que viven dependientes de los 626 grandes latifundistas. Estos inquilinos y peones viven en ranchos miserables, con piso de tierra, muros de adobes o tablas, sin luz ni aire: húmedos en los meses de invierno, insoportables de calor en verano; su vestuario es raído e insuficiente; carecen de calzado y cuando más usan ojotas o envolturas de gangochos viejos; su alimentación es deficiente y su trabajo excesivo, lo que se traduce en su debilitamiento físico y en el menoscabo de su salud. Sus jornales fluctúan de sesenta centavos diarios a dos pesos cincuenta, según las regiones, más para los inquilinos el goce de una cuadra de siembra que representa entre $ 200 a 500 anuales, según las zonas; como alimentación reciben una galleta diaria y un plato de porotos. todo lo cual puede avaluarse en $ 1 por día. Puede agregarse a esto el talaje para algunos animales y un pequeño cerco. Con todo, jornales y regalías, el salario medio del trabajador agrícola, sea inquilino o peón, no alcanza a $ 4.50 diarios. Si a todo lo anterior agregamos las dificultades de aprovisionamiento y las circunstancias de ser las familias campesinas muy numerosas, nos encontramos que el término medio disponible para la vida de cada persona dependiente del trabajo del campesino alcanza, en esta época, a $ 1 diario. Y en cuanto a su jornada de labor, varía de 10 a 12 horas. En una encuesta hecha en 1935-36 por la Inspección General del Trabajo en todo el país, y que comprendió a más de 12.000 familias campesinas, se revelaron casos angustiosos. Así el 99% de los inquilinos y peones comían carne solamente una vez al mes; el 97% no bebía leche; el 76% vivía en el rancho inmundo que ya hemos descrito. Por otra parte, en los grandes fundos costinos y andinos no existen escuelas, por lo que el porcentaje de analfabetos es extraordinariamente elevado. Consecuencias de todo lo expuesto son la desnutrición, la miseria y la ignorancia de las grandes masas campesinas, prácticamente al margen de las más elementales conquistas de la civilización.

El latifundio significa, por otra parte, que imperan métodos primitivos en el cultivo de la tierra, anarquía en la producción por la ausencia de control (siembran lo que se les ocurre y como se les ocurre); falta de industrialización en la explotación; pobreza de los suelos (carencia de cal) debido al abusivo y atrasado sistema de trabajo y falta de abonos (a pesar de tener el monopolio del fertilizante natural), lo que determina un bajo rendimiento y una mala calidad de los productos. Además, faltan las obras de regadío indispensables; el crédito es escaso y caro (las diversas instituciones relacionadas con la agricultura: Caja de Crédito Hipotecario, Caja de Crédito Agrario, Caja de Colonización) han servido y sirven esencialmente los intereses de la clase poseedora; los pequeños y medianos propietarios venden su producción antes de la cosecha (en verde) a intermediarios (molinos y bodegueros) o a las grandes casas importadoras y exportadoras extranjeras, que obtienen enormes ganancias sin trabajar ni arriesgar nada, a costa de las miserias y sufrimientos de los pequeños agricultores. La falta de racionalización origina a menudo la pérdida de cosechas de determinados productos por falta de mercado comprador.

El atraso, la rutina, el cultivo extensivo, la escasa producción y la explotación humana son los resultados del latifundio. En Chile para producir una hectárea de trigo se necesita el esfuerzo de 130 horas de trabajo por hombre mientras que en los Estados Unidos se requieren solamente 30 horas. El latifundio, al explotar a grandes masas humanas, se traduce políticamente en la disposición de un ganado electoral al servicio de los intereses de los señores feudales, lo que impone en la realidad una falsa e irritante “democracia”.

Basado en el poder económico y político de la gran propiedad es que los grandes propietarios han orientado la vida económica, política y cultural del país, desde la Independencia hasta nuestros días, a través del gobierno, los bancos, la desvalorización sistemática de la moneda en su provecho, y sus leyes.

Su dominio ha negado sistemáticamente a la masa laboriosa la nación el acceso justo a que tienen derecho al bienestar material y a la cultura[84].

14. Según un estudio que hiciera Carlos Keller, en 1939, sobre el monto total de las inversiones extranjeras en nuestro país, ellas alcanzaban a la suma de 1.111,2 millones de dólares, que se descomponían de la siguiente manera[85].

	Deuda Pública
Minería	434.8 millones de dólares
Industrias manufactureras	402.0
Electricidad y tranvías	55.7
Bancos y Seguros	13.0
Comercio	37.0
Comunicaciones	151.0

La cifra de la minería se descomponía en la siguiente forma: salitre, 218.9 millones de dólares; cobre, 175.3; hierro, 4.3; bórax 3.0 y comercio de minerales, 0.5; la de comunicaciones se descomponía en: ferrocarriles, 121.6; telégrafos, 3.1 y teléfonos, 26.3. En lo que respecta a bancos eran 8.3 millones, y a seguros 4.7 millones de dólares.

A estos datos pueden hacérseles algunos reparos. La cifra de la deuda pública externa tomada del estado del 31 de diciembre de 1937 aparece más abultada de lo que era en verdad. Los datos más exactos fueron dados en la Cámara de Diputados al analizarse el Presupuesto Nacional aprobado por la Derecha para 1939, según los cuales, el 31 de diciembre de 1938 la Deuda Externa alcanzaba las siguientes cantidades:

A largo plazo 350.000,000 de dólares, o sea, 2.887.500,000 $ de 6 d, A corto plazo 44.500.000 de dólares, o sea, 367.125,000 $ de 6 d.

[84] El problema está tratado en varias de las obras, que hemos citado en el curso de este trabajo. Correa Vergara, Mac Bride, Valdés Canje, Nicolás Palacios y otros. También ha escrito un buen estudio sobre nuestro problema agrario don Moisés Poblete Troncoso, aparecido en 1918; además es autor del libro: "Los problemas sociales y económicos de América Latina", valioso por las numerosas estadísticas que colecciona sobre la repartición de la propiedad de la tierra y las inversiones de capitales extranjeros en los diversos países hispanoamericanos. Es muy importante el trabajo de Adolfo Matthei: "Política Agraria Chilena". 1935. Igualmente se pueden consultar con provecho, las obras del ingeniero agrónomo don Leoncio Chaparro Ruminot y de don Pedro Aguirre Cerda y los capítulos sobre la agricultura que le dedica don Santiago Macchiavello Varas en su obra sobre "Política Económica Nacional".

[85] Carlos Keller es autor de dos obras sobre los problemas de Chile: "La eterna crisis chilena" y "Un país al garete", interesantes de leer por las diversas observaciones y puntos de vista que presenta.

Total: Deuda Externa 394.500,000 de dólares, o sea. 3.254.625,000 pesos de 6 d.

En moneda corriente de la época representaba casi 10.000.000.000 de pesos. En la actualidad, según el Mensaje Presidencial de 1948, la Deuda Externa está reducida a 250 millones de dólares. En 1937 se destinaron para el servicio de la Deuda Externa las siguientes sumas:

De la deuda a largo plazo 6.106.763 de dólares

De la deuda a corto plazo 1.515.910 de dólares

es decir, un total de 7.622.673 de dólares, representando en moneda corriente más o menos 190.000.000 de pesos. De la suma indicada se destinaron 3.500.000 dólares al pago de intereses y 4.100.000 dólares para amortizaciones.

Por otro lado, en el cuadro reproducido sobre las inversiones imperialistas, aparecen disminuidas las de las industrias del cobre. hierro y electricidad. El escritor norteamericano Archibald Mac-Leish estampa en su monografía sobre Chile, publicado en la revista Fortune (y traducida y reproducida por la revista "Hoy") algunas cifras sobre las inversiones de capital extranjero en el país, dignas de ser consideradas, porque ellas completan el estudio ya indicado. Expresa que las inversiones de ese tipo en el país no llegan a 1.500 millones de dólares. En 1937 las inversiones yanquis alcanzaban un valor nominal de 800 millones de dólares y real de 500 millones. Las inglesas se redujeron de 500 a 300 millones, distribuidas así: 140 millones en la deuda pública; 100 millones en el salitre y el resto en el ferrocarril de Antofagasta a Bolivia y en las diversas casas comerciales (Williamson Balfour y Cía.; Duncan Fox y Cía.) Mac-Leish detalla que la Anaconda Copper Mining Co. (a través de su filial Chile Exploration Co.) tiene 220 millones de dólares invertidos en Chuquicamata, el mineral de cobre más grande del mundo, que contiene el 25% de las reservas mundiales de ese mineral. La Braden Copper tiene 60 millones de dólares invertidos en los minerales de cobre de El Teniente, que poseen el 10% de las reservas mundiales. La Bethlehem Steel Co. tiene 40 millones de dólares invertidos en el mineral de hierro de El Tofo y 30 millones de dólares en 5 barcos que transportan el mineral, a EE. UU. La Compañía Internacional de Teléfonos y Telégrafos tiene invertidos 12.500.000 dólares más 2.500.000 en la All America Cables. La Compañía de Electricidad y Tracción tiene 80 millones de dólares invertidos en la energía eléctrica para la luz y tracción (este consorcio posee vanas empresas subsidiarias: la Compañía de Tracción de Santiago; la Cía. de Valparaíso; la Cía. Hidroeléctrica de El Volcán; la Cía. Hidroeléctrica de Florida; la Empresa Eléctrica de Los Andes y la Empresa Eléctrica de San Antonio). La Casa Grace tiene 10 millones de dólares en diversas empresas comerciales.

Los datos reproducidos nos indican que el inversionismo extranjero ha llegado a Chile como una forma de expansión del capitalismo anglo norteamericano explotando en vasta escala a sus clases trabajadoras y subyugando y empobreciendo al país en su totalidad. Chile es una factoría económica de los grandes consorcios extranjeros. Es verdad que su penetración ha sido sin violencia; han sido la diplomacia, la compra a bajo precio, la contratación de empréstitos, la concesión a largo plazo y el monopolio, los que han entregado las riquezas nacionales. La diplomacia ha actuado acá, así como la violencia y la intervención armada en México, Nicaragua, Cuba, Puerto Rico y Panamá.

El gran capital dueño de nuestras materias primas y medios de comunicaciones ha llegado a tener un absoluto control económico sobre la nación, determinando, en su mayor parte, la política interna. Es así como el imperialismo siendo un fenómeno de carácter económico (explotación y despojo de las riquezas

y rentas nacionales) tiene, también, consecuencias políticas (menoscabo de la soberanía e independencia políticas y morales, corrupción de la clase gobernante que le sirve entregándole el patrimonio nacional e intensificando la expoliación de sus clases laboriosas).

Su explotación consiste en llevarse las utilidades chilenas, las rentas de Chile, el trabajo de los chilenos, al extranjero. Esto es lo que impide que el país se capitalice y que pueda contar con los fondos suficientes para crear industrias y perfeccionar las escasas que existen; desarrollar y estimular la agricultura; dar, en general, un fuerte impulso a la economía nacional. Cada año nos empobrecemos más, porque cada año son mayores las utilidades y rentas del trabajo de los chilenos que salen en forma de exportación para servir de utilidades al capitalismo extranjero, que paga sus intereses y utilidades fuera de Chile, esto es, su servicio figura en el debe de nuestra balanza de pagos. Este fenómeno nos permite comprender que a pesar de que nuestras exportaciones son mayores que las importaciones, lo que hace decir a muchos que la balanza internacional es favorable a Chile, eso significa únicamente que ese exceso de exportaciones pertenece al imperialismo y, por lo tanto, no significa bienestar para el país, sino que, por el contrario, se traduce en su empobrecimiento sistemático y en su ruina. Los consorcios trasladan nuestros productos minerales exportando su renta, que es el precio de la producción nacional, al extranjero, donde quedan su valor y utilidades; aquí dejan apenas los bajos salarios de nuestros obreros, el valor de algunas adquisiciones que realizan, impuestos y derechos que imponen las necesidades de explotación y las leyes. Y ello se debe a que “desgraciadamente, ni el metal de nuestras montañas, ni el salitre de nuestro desierto, ni la energía nuestros ríos nos pertenecen, todo, absolutamente todo, está en poder del capital extranjero no domiciliado en Chile”. (Palabras del diputado conservador Enrique Alcalde Cruchaga).

Debido a la anterior circunstancia Chile trabaja y produce no para sí, sino que para el extranjero. Produce en calidad de colonia. Los consorcios extranjeros que nos explotan nos hacen pagar a todos los consumidores chilenos las utilidades que llevan a sus capitalistas. Esta explotación de las riquezas nacionales en la forma indicada explica el empobrecimiento del país, puesto que impide la capitalización y disminuye la productividad del trabajo de los nacionales.

La gravedad de este fenómeno ya fue considerada certeramente por Francisco Antonio Encina, en su obra citada, expresando, entre otros conceptos, lo siguiente: “La intensidad del contacto con economías considerablemente más avanzadas, benéfico en otra época desde el punto de vista del desarrollo de la riqueza, constituye en la hora actual su más serio estorbo. Colocados por la naturaleza en la necesidad ineludible de ser pueblo manufacturero y comerciante, la realización de nuestros destinos tropieza con los hábitos de consumos improductivos, con el debilitamiento de las fuerzas morales y con la competencia dentro de la propia casa, originada por él. No es, pues, una paradoja, como a primera vista parece, contarlo entre los factores de nuestra inferioridad”.

Si el gran capital ha creado las industrias extractivas, sin embargo, no permite un desarrollo industrial del país, puesto que nos considera y mantiene siempre como mercado de materias primas y en tal caso las industrias están en el país de origen de donde luego parten los productos manufacturados a nuestro país que es a la vez mercado de venta (por ejemplo, el valor recibido por Chile por tonelada de fierro exportado, entre los años 1937 a 1941, fue de $ 8.50 de 6 d. y en el mismo período a Chile le costó la tonelada de mercaderías importada correspondientes a manufacturas derivadas del fierro, $ 1.333 de 6 d.). En tal forma impide toda posibilidad de verdadero desarrollo industrial, puesto que desenvuelve sólo las fuerzas

productivas que le convienen y no todas las fuerzas productivas. Empobrece al país e impide que se formen grandes capitales a causa de la exportación de las utilidades del trabajo de los nacionales, con lo que no se puede desarrollar económicamente al país en la escala que necesita. Aún más, se puede afirmar que es condición previa, para su desarrollo industrial verdadero y armónico, la eliminación de esta explotación. Hasta ahora ello ha sido el obstáculo para el incremento económico del país y para el bienestar de sus grandes masas productoras. Su única concurrencia positiva es la formación de un proletariado vigoroso, originado al industrializar las faenas de extracción de las materias primas, fuerza social en que reside uno de los más sólidos apoyos para emancipar económicamente a nuestra sociedad y obtener nuestra liberación nacional.

15. Las industrias nacionales se desenvuelven en forma de irritantes monopolios que se enriquecen a costa del pueblo. El crédito ha estado monopolizado por el capital extranjero y los industriales del país. Los bancos nacionales han mirado solamente los intereses de la clase pudiente. El Banco Central y el Banco de Chile han tenido un control estricto sobre el crédito nacional. Han estimulado y levantado negocios perjudiciales para el Estado; han perseguido ganancias para sus accionistas y no el interés de la industria, agricultura y comercio; El Banco de Chile, con su Departamento de Comisiones de Confianza, utilizando los depósitos de ahorro que recibe, por los cuales paga el 2 1/2%, y con los préstamos que hace, por los cuales cobra el 11%, ejerce una poderosa influencia en la industria, controlando diversas empresas, tales como: Fábrica Textil Yarur, Compañía Azucarera, Compañía Sudamericana de Vapores, Saavedra Bénard, Sociedad de Comercio Exterior, Mademsa, Industria Hotelera, terrenos para barrios residenciales, edificios de renta, etc. Los Bancos particulares, así como las Compañías de Seguros, obtienen ganancias elevadísimas. Las instituciones fiscales y semifiscales de crédito (Banco Central, Institutos de Fomento Minero de Tarapacá y Antofagasta, Cajas de Crédito Agrario, Minero, Hipotecario, popular e Instituto de Crédito Industrial) han favorecido siempre el beneficio de los particulares y de las grandes empresas y sociedades anónimas en perjuicio de la economía colectiva.

Numerosos otros monopolios han acaparado diversos medios de producción y productos fundamentales: la Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager y la Compañía Carbonífera Industrial de Lota, tienen el monopolio del carbón; las Compañías de Gas de Santiago y Valparaíso el del coque y gas de alumbrado; las sociedades. Explotadora de Tierra del Fuego y Ganadera Gente Grande el del ganado lanar y carnes (en realidad las riquezas de Magallanes están controladas por empresas nacionales y extranjeras extraordinariamente poderosas. Por ejemplo, las empresas de John Dick dominan el giro de los negocios, porque es dueño de grandes estancias, administra otras y representa a varias firmas, la Sociedad Anónima Agrícola y Ganadera José Montes, con un capital de un millón de libras esterlinas, según su balance de 1943, tiene grandes establecimientos industriales y comerciales; es accionista de empresas bancarias e industriales y tiene poderosos intereses en Argentina; Mauricio Braun, fundador de la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, del frigorífico de Río Seco, del Banco de Punta Arenas, de la firma naviera Braun y Blanchard, controla numerosas estancias, industrias y negocios; la Sociedad Anónima y Comercial Menéndez Behety dispone de grandes estancias en el país y en Argentina, y tiene fuerte participación en la Sociedad Explotadora Tierra del Fuego, y controla minas, industrias y establecimientos comerciales. La Fábrica de Cemento El Melón, la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, la Compañía de Cervecerías Unidas, la Compañía de Refinería de Azúcar de Viña del Mar, la Compañía Chilena de Fósforos, la Compañía Chilena de Tabacos, poseen el monopolio de los elementos que indica su razón comercial.

Existen numerosos otros monopolios, como del alcohol, velas, clavos, arroz, aceite de pepitas, etc. En atención a tal hecho imponen los precios que desean, provocan escasez artificial especulando en una forma verdaderamente indigna, en la más absoluta impunidad, porque los gobiernos se preocupan de reglamentar el mediano y pequeño comercio, en vez de herir los privilegios de estos monopolios. No es raro, entonces, que obtengan utilidades del 30%, 40% y hasta del 60%, mientras la vida encarece y el pueblo consumidor se agota en la desesperación.

Si a lo anterior se suma la constante y sistemática desvalorización de la moneda, tenemos un cuadro completo de la pavorosa realidad económica nacional en este período.

16. El dominio del latifundio, de los consorcios extranjeros y de los monopolios industriales, más la desvalorización de la moneda, han provocado una explotación terrible de las masas trabajadoras y consumidoras. Sus consecuencias inmediatas son: existencia de bajos salarios (la mayoría de los obreros campesinos ganan salarios por debajo de la cifra vital y carestía creciente de la vida (desde 1928 a 1938 la vida encareció en el doble, proporción que se ha acrecentado, en tal forma, que diversos medios de subsistencias esenciales no están al alcance de los salarios de los trabajadores).

En estas condiciones la población chilena está desnutrida, debido al no consumo de alimentos protectores en la cantidad requerida por el organismo, especialmente de leche y sus derivados, carne y huevos; lo que se manifiesta en el poco desarrollo actual de la raza y en el escaso rendimiento de los obreros (se comprueba esta afirmación en el examen de los escolares y en el de los llamados al servicio militar). El vestuario de los trabajadores es deficiente, la mayor parte viste harapos. Carece de viviendas sanas y confortables (un millón y medio de personas viven en habitaciones insalubres), en tal forma que la mayor parte de la población vive hacinada en conventillos y los campesinos en ranchos inmundos (por término medio viven 7.5 personas por habitación y duermen 3,2 por cama). Para solucionar el problema de la vivienda sería menester construir alrededor de 500.000 casas.

La tremenda situación descrita explica que Chile tenga la más alta mortalidad infantil del mundo: en 1934 fue de 262 por cada mil nacidos vivos: en 1935 fue de 251; en 1936 de 252. En la misma forma se explica que tenga una de las más altas mortalidades por tuberculosis: en 1934 fue de 25,3 por cada 10.000 habitantes: en 1935 de 25,1: en 1936 de 25,0. En 1936 murieron 11.811 tuberculosos y en 1937 fallecieron 12.155. El término medio de vida en nuestro país alcanza a la baja cifra de 23 años y el aprovechamiento de nuestra elevada natalidad apenas llega al 27%. Por otra parte, existen en el país 40.000 niños ilegítimos, 20.000 niños abandonados y 400.000 niños que no concurren a la escuela[86].

Del mismo modo, la educación ha estado entregada a manos de la reacción o de una burocracia inerte y fosilizada y no ha estado informada por un verdadero sentido democrático y económico. Los profesores han sido siempre perseguidos, porque han profesado ideas renovadoras y han sido mantenidos en duras condiciones de vida a causa de los sueldos exiguos que perciben. Ha imperado el desprecio propio de la mentalidad colonial por la enseñanza, en general, y por la educación técnica en especial. En un país minero como el nuestro la Universidad otorgó, desde 1898 a 1918 1.700 títulos de abogados y solamente 22 de ingenieros de minas La población analfabeta alcanza al 28% y sólo el 5% de los niños que concurren a la

[86] Para conocer en detalle la penosa situación de Chile en estos aspectos debe consultarse el completo libro del doctor Salvador Allende, actual senador. “La realidad médico-social de Chile”. Santiago. 1939.

escuela primaria llegan a cursar el 5° año de dicha enseñanza. Este es el estado de atraso y miseria en que yace el país por el efecto de la dominación clasista que ha predominado a lo largo de su desarrollo histórico y es tan evidente que uno de los documentos más lapidarios, en este sentido, es el Informe de los técnicos Dragoni y Burnett, miembros de la Oficina Internacional del Trabajo, al exhibir las pésimas condiciones de vida de las masas laboriosas chilenas. Según este Informe, Chile es uno de los países más pobres y atrasados de la tierra en el plano económico-social.

Este atraso económico-social ha determinado una gran decadencia moral. A causa de la permanente miseria la moralidad nacional ha descendido en forma alarmante, de tal suerte que la austeridad, el profundo sentido de responsabilidad y la sobriedad que durante el siglo XIX constituyeron los puntos de apoyo básicos para el desenvolvimiento del país, se han desmoronado para dar paso a un desenfrenado ambiente de corrupción, mediocridad. compadrazgo, oportunismo y decadencia. La clase dominante que en el pasado poseyó tales valores, a pesar de su egoísmo, ahora los ha perdido.

En este balance tétrico de nuestro país, situándonos en el año 1938-1939, tal vez el hecho más alarmante, que indica un descenso de nuestra colectividad, es la constante decadencia de la moralidad nacional. Durante el siglo pasado Chile se organizó institucionalmente sobre bases jurídicas firmes. Es verdad que consagraban la dominación y privilegios de una pequeña oligarquía sobre las grandes muchedumbres productoras, pero no es menos cierto que la nación, en su conjunto, se hizo notar por su energía pujante y laboriosa al explotar minas de plata y cobre, al impulsar una agricultura poderosa y, más allá de su fronteras, dar vida y actividad a innumerables faenas salitreras; por la seriedad temprana de sus organismos político-jurídicos; por sus empresas guerreras y por la práctica general y respeto severo de los valores éticos.

Los escritores extranjeros que se han preocupado de estudiar nuestro país en su evolución han expresado juicios destacando lo que hemos afirmado. El peruano Francisco García Calderón, el brasileño Joaquín Nabuco, el mexicano Carlos Pereira, el español Gonzalo de Reparaz, los franceses Elíseo y Onésimo Reclus, por nombrar algunos, han abundado en conceptos llenos de admiración sobre el desarrollo económico y político de Chile durante el siglo XIX, que pueden resumirse en la frase de los Reclus cuando expresaban que Chile “en realidad es un pueblo rico y de gran porvenir”. Sin embargo, durante la época de la república parlamentaria comienzan a manifestarse síntomas de desmoralización que con el tiempo se tornarán en trágica realidad. Pareciera que la conquista del salitre significó un factor corruptor, que adormece la voluntad chilena y reblandece su nacionalismo creador. Por una parte, porción pequeñísima de la sociedad se enriqueció en forma desmesurada, mientras la inmensa mayoría quedó en la pobreza. Este contraste creó un antagonismo de clases que ayudó a disgregar la conciencia nacional existente. Además, este hecho se tradujo en la liberalidad asombrosa con que se entregan las riquezas mineras al capital extranjero desnacionalizándose la economía.

En la dirección política predominan los hombres indolentes, incapaces de emprender cosas grandes y renovadoras. Son los estadistas que defienden el principio de que “las cosas no tienen arreglo o se solucionan solas”. De aquí que no se haya intentado nunca gobernar de acuerdo con una política económica definida tendiente a desarrollar las fuerzas productivas del país, a industrializarlo y hacerlo poderoso y próspero. Esto unido a la errada orientación de la enseñanza y al desprecio feudal por el profesor mal rentado y subestimado en su rol social de forjador de las nuevas generaciones y, por ende,

del porvenir de la patria, determinan la decadencia del país y la pérdida de nuestros anteriores valores. Y no es que no haya habido hombres que señalaran esta realidad y que, a su vez, propusieran ideas atinabas para modificarla en beneficio del porvenir de Chile. Balmaceda, N. Palacios, Recabarren, Valdés Canje y otros, así lo demuestran. En el discurso de don José Manuel Balmaceda en el seno de la Convención Liberal, el 17 de enero de 1886, al ser proclamado candidato a la presidencia de la República, decía: "El cuadro económico de los últimos años prueba que, dentro del justo equilibrio de los gastos y las rentas, se puede y se debe emprender obras nacionales reproductivas que alienten muy especialmente la hacienda pública y la industria nacional… Y pues que hablo de industria nacional, debo declarar que ella es débil e incierta por la desconfianza del capital y por nuestra común resistencia a sus corrientes benéficas... Si a ejemplo de Washington y de la gran República del Norte, preferimos consumir la producción nacional, aunque no sea tan perfecta y acabada como la producción extranjera; si el agricultor, el minero y el fabricante construyen útiles o sus máquinas de posible construcción chilena en las maestranzas del país; si ensanchamos y hacemos más variada la producción de la materia prima, la elaboramos y transformamos en substancias u objetos útiles para la vida o la comodidad personal; si ennoblecemos el trabajo industrial aumentando los salarios en proporción a la mayor inteligencia y aplicación de la clase obrera; si el Estado, conservando el nivel de sus rentas y de sus gastos, dedica una porción de su riqueza a la protección de la industria nacional, sosteniéndola y alimentándola en sus primeras pruebas, si hacemos concurrir al Estado con su capital y sus leyes económicas, y concurrimos todos individual o colectivamente a producir más y mejor y a consumir lo que producimos, una savia más fecunda circulará por el organismo industrial de la República y un mayor grado de riqueza nos dará este bien supremo de pueblo trabajador y honrado; vivir y vestirnos por nosotros mismos". Podemos ver cómo Balmaceda, en aquellos lejanos años, propiciaba ya la intervención del Estado en la economía para lograr la industrialización y la producción diversificada con el propósito de transformar la estructura económica nacional, aumentar la producción, y mejorar las condiciones de vida de la población. De ninguna manera pensaba que pudiera el país subordinarse al predominio de la industria extractiva, basada en el salitre, sino que deseaba que ésta fuera el punto de partida del desenvolvimiento industrial propio de Chile. Y su gobierno, precisamente, como hemos visto, tuvo por objeto llevar a efecto estas ideas orientadoras de su programa de estadista.

Ya vimos cómo llevó a cabo una obra admirable de progreso material y educacional y cómo inició la resolución de los grandes problemas estructurales de la nación: nacionalización de su minería, socialización del crédito y reorganización de la agricultura. Desgraciadamente, las fuerzas poseedoras nacionales y el imperialismo inglés lo derribaron e impidieron que Chile siguiera la línea de progreso y avance que venía experimentando desde 1833 y en la que Balmaceda representa su culminación.

Desde la caída del gran Balmaceda la tendencia al lucro a costa del patrimonio nacional y de la explotación de las grandes multitudes, el parasitismo, el derroche y la ostentación, los vicios infamantes (alcoholismo, juegos de azar, pillaje, prostitución), la malicia y el engaño, pasan a ser normas corrientes en las relaciones sociales y no las excepciones como ocurre en otros países. Tampoco existe la sanción moral para quienes delinquen y, por el contrario, con el tiempo se les aplaude y reverencia, porque fueron hábiles y listos. Francisco A. Encina ha señalado con mano maestra los aspectos negativos que predominan en la psicología económica del chileno, que si no son eliminados radicalmente no aseguran una perspectiva muy halagüeña para el desenvolvimiento del país, sobre todo para un cambio profundo como el que debe experimentar, si quiere seguir jugando el rol importante que siempre ha desempeñado en América. En la misma forma

el doctor Julio Valdés Canje anotó con extraordinaria valentía estos síntomas alarmantes de nuestra decadencia moral en sus "Cartas a don Pedro Montt" y en "Sinceridad Chile íntimo en 1910", en uno de cuyos párrafos hace una acertada síntesis de ellos y que paso a reproducir: "Esta podredumbre interna no se manifiesta sino de cerca y al ojo experimentado; por eso, las naciones extranjeras siguen atribuyéndonos muchas de las cualidades que en otro tiempo nos adornaban, y nosotros mismos tratamos de engañarnos ensalzando con necia arrogancia las extraordinarias virtudes de nuestro pueblo y de nuestros hombres dirigentes ... Arrullados por estas farsas y arrogancias pueriles nos adormecemos y nos contentamos con las apariencias de la grandeza y de la gloria. Nuestro pobre roto, entretanto, víctima de la ignorancia, del fanatismo y de la miseria, se embrutece cada día más en las tabernas y su raza degenera con una rapidez asombrosa que sólo los ciegos no pueden ver. Nuestra clase decente, cubierta de oropeles, vive una existencia frívola y llena de mentiras e hipocresías ... Alardeamos de patriotismo, baladroneando cada vez que se ofrece, a voz en cuello, como cualquier perdonavidas: somos patrioteros y nada más, porque el espíritu cívico es una cosa tan rara que no se encuentra ni para ejemplo. Los que más hablan de patriotismo son cabalmente los que más explotan a la Patria. En esto pasa como en política: los que siempre llevan en los labios el nombre del pueblo son sus peores verdugos" ...

En el presente los fenómenos fundamentales que aquejan a Chile son: atraso económico-social, derivado de la estructura semifeudal y semicolonial que impera, y decadencia moral, lo que determina la existencia de clases sociales antagónicas y en permanente pugna[87].

[87] Carlos Vicuña, en su obra y a citada, traza un cuadro de la formación y características psicológicas de las clases sociales chilenas, muy interesante. Afirma que los trastornos que ha debido sufrir el país han sido ocasionados por la existencia y luchas de estas clases, separadas por barreras odiosas.
Vicuña estima que son tres las clases sociales que constituyen la comunidad nacional. La llamada aristocracia, formada por la fusión de los comerciantes y aventureros vascos con los vástagos más ricos y pudientes de los criollos primitivos, a la que han tendido a vincularse los togados, primero los venidos de España, como oidores y letras, y más tarde, infructuosamente, los que el estudio, la industria o la política, han hecho sobresalir. Se llaman asimismo "caballeros" o "gente de sociedad" o "de familia". La clase media formada en las ciudades con los descendientes venidos a menos de los antiguos conquistadores, empobrecidos por la ociosidad, amargados por la inferioridad social, avergonzados de su bastardía originaria, mordidos de ambición, roídos de envidias y rencores, pero fuertes, porfiados, tenaces y mareados de amor propio. Son designados por la aristocracia como "siúticos". Pero esta clase no tiene caracteres tan uniformes, más que una clase es una vasta gama social, que va desde los confines superiores del pueblo bajo hasta el límite inferior de la aristocracia. En último lugar, el pueblo bajo, que vive hoy día no sólo disperso en los campos sino también agrupado por migración progresiva en aldeas, villorrios y suburbios, adonde va en busca de mayor seguridad y de vida más fácil. Este pueblo viene en su casi totalidad del indio encomendado y del cruce de las indias y mestizos con los castellanos de la conquista y sus sucesores en el dominio del suelo. Es en los campos sumiso, triste, esforzado y huraño, hospitalario con el viajero, sobrio y sufrido. En su juventud es pendenciero, sobre todo si ha bebido, lo que es para él ineludible cuando quiere emocionarse; sólo con el trago se divierte y se entusiasma: asiste a reuniones y velorios, disipa sus penas, se enamora o práctica la amistad. En las aldeas y suburbios se despeja y anima: se hace diligente y decidor, abandona la tristeza apática y cultiva su soberbia quisquillosa; el respeto humilde y resignado desaparece y el orgullo comprimido, por reacción violenta, estalla en tempestades de insolencia. Este elemento constituye el "roto", como lo llaman las demás clases sociales, esforzado y sagaz, trabajador e ingenioso, valiente y pendenciero, abnegado y generoso, ladrón y liberal, duro para el sufrimiento y despreciador de la muerte. Es curioso y andariego por curiosidad. Todo lo quiere ver por sus ojos "para que no le cuenten cuentos". Con tal afán recorre los continentes y los mares y pasea su desparpajo y su fraternidad entrañable por dondequiera que haya tierras habitadas.

Mientras la plutocracia domina el Estado y sus instituciones, disponiendo en parte decisiva de los poderes públicos, el pueblo yace mísero y utilizado únicamente como masa de maniobras políticas. La miseria, la especulación y la inoperancia para poner término a tan triste realidad, producen un desaliento y pesimismo grandes en los sectores sanos de la nacionalidad, mientras en todas las esferas y lugares se repite una misma y espantosa desmoralización. En todos los sectores el mismo afán de enriquecerse, no mediante la producción, o sea, por el esfuerzo constante, doloroso y creador, sino por el escamoteo de la riqueza ajena ya creada. En todas partes el mismo fraude descarado, la misma mentira e idéntica irresponsabilidad.

En las cimas de la sociedad burguesa y rica sale a la superficie el desenfreno por la satisfacción de los apetitos más malsanos y desordenados, que a cada paso chocan con sus misma, leyes, desenfreno en el cual por ley natural va a buscar su satisfacción la riqueza procedente del agio y el juego: desenfreno por el que el placer se convierte en crápula y en el que confluyen el dinero, el lodo y la sangre. Es así como la aristocracia del dinero lo mismo en sus métodos de adquisición que en sus placeres no es más que el renacimiento del lumpenproletariado en las cumbres de la sociedad. Frente a las orgías desvergonzadas de los privilegiados, la perversión de los oprimidos y, en general, la lucha dura y amarga de todo el pueblo por los víveres más indispensables.

A causa de la permanente miseria, el pueblo sumido en los más bajos índices de vida y en los más espantosos vicios presenta una realidad que abisma.

Pareciera que la condición necesaria para el funcionamiento de nuestra democracia y para que el país pueda desenvolverse bajo el régimen de “sufragio universal” es el predominio del vicio, y de la ignorancia. A causa de estas condiciones de explotación y pobreza se va formando al lado del obrero industrial, que más o menos subsiste con su salario, un lumpenproletariado que se distingue claramente de él. Esta capa es un centro de reclutamiento para rateros y delincuentes de todas layas que viven de los despojos de la sociedad, gente sin profesión fija, vagabundos, gentes sin hogar. De ahí que para salvar al pueblo es preciso conocer su desgraciada situación económica y su estado moral tales como son; junto a la miseria del cuerpo la del alma; junto a los harapos del vestido y de los miasmas de la pocilga, que sirve de vivienda, los andrajos de los vicios y las emanaciones terribles de esa concupiscencia del tugurio. La miseria del pueblo es material y es, también, su podredumbre moral, de donde hay que atender a su salud física y a salvar su espíritu. Entre la aristocracia del dinero y el pueblo se extiende la vasta clase media, emprendedora y ambiciosa; pero, también, vegeta comida por una vanidad antipática e irracional, con su afán de fingir fortuna y gastar como si la tuviera, reflejo muchas veces de una corrupción estúpida que vende cuerpos y honras por el boato, por trapos y muebles costosos, por pieles, por objetos suntuarios y licores finos. Una pobreza real, con su corte de apuros, disimulos, esperanzas y desesperaciones es la realidad cotidiana de esta clase. En ella se forma el pequeño burgués charlatán, difuso y leguleyo, desvinculado de la producción y de todo trabajo creador, viviendo del excesivo comercio intermediario, del profesionalismo agobiador y de la burocracia inútil. Y, desgraciadamente, parece que ha impuesto su sello mediocre y mezquino a la sociedad actual. Constituyen una clase parasitaria por excelencia, cuyo ideal es una pega cualquiera y cuya realidad es la estrechez con su respectivo acompañamiento de pretensiones ridículas, de ambiente social cursi, de apuros positivos, grandes y constantes, de miserias caseras y de significar harturas que son ensueños. De esta pobreza encopetada y ostentosa de la clase media surgen en afortunadas especulaciones los enriquecidos de última hora que representan el dinero

que se gasta mal, que se desperdicia en locuras y en tonterías, en sobornar a la virtud y levantar templos a la prostitución, juntándose al dinero de los bolsistas y agiotistas que se pierde por jugarse a espaldas de la ley, demasiado ancha y complaciente; el dinero que va y viene en especulaciones artificiales que nada tienen que ver con la natural circulación del capital en la vida de la riqueza. Con mucha razón el ensayista Benjamín Subercaseaux (en "Reportaje a mí mismo") ha escrito que si existen un par de causas legítimas que nos permiten explicarnos las dificultades de la economía nacional, son innumerables las artificiales provenientes del grave descenso moral que se advierte en el país. Industrias demasiado caras que persiguen ganancias demasiado crecidas, predominio de los chilenos de industria sobre los chilenos industriales; exceso de intermediarios que persiguen impunemente utilidades hasta del 200%; muchos comerciantes inescrupulosos enriquecidos con tal actitud; psicología económica basada en un afán de engaño y de lucro, de tal manera que a la industria nacional para que sea perfecta le falta rectitud de proceder, mercado exterior dirigido, obrero consciente de su deber y técnicamente capacitado.

Es patriótico descubrir estas verdades dolorosas para que el chileno otrora pujante, austero, sobrio y enérgico no siga como en la actualidad convertido en un individuo sensual, cómodo, flojo, derrochador y arribista que trata de levantarse aplastando a la inmensa mayoría de los miserables y olvidados. El chileno abdica su fe. su voluntad, todos sus motivos elevados de vivir en el alcoholismo, en las dispensadoras del placer y en la politiquería, semejando un pueblo viejo y liquidado.

Es necesario corregir estos defectos graves y es necesario devolver la fe al pueblo; terminar con ese sentido fácil de la vida que ahora predomina. Los que trabajan en el país constituyen apenas un tercio de la población y el resto vive a sus expensas.

y de ese tercio que trabaja es preciso rebajar todavía a los burócratas inútiles, a los comerciantes especuladores y a los malos profesionales. Día a día aumentan loe burócratas, los jubilados, los que se dedican a minúsculos comercios intermediarios o a explotar los vicios como sucede con las cantinas, bodegas de vinos y garitos.

Ha llegado el tiempo de que "los estadistas se convenzan de que su obligación no es hacer poderoso al país, como tampoco es hacerlo agrícola, minero, comercial o fabril, porque todas esas cosas son medios y no fines... El ideal del gobernante debe ser conseguir la felicidad de su pueblo y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes que hoy rigen a la sociedad y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la miseria y la ignorancia". Para lograr este criterio en los dirigentes es necesario que ellos sean verdaderamente estadistas y no políticos profesionales. Entre estos políticos predominan las superficialidades profundas y las nulidades solemnes, que se pasan años y años ocultando la taimada vaciedad de sus espíritus, por sus maniobras dudosas, por la gravedad de sus lugares comunes, por sus demagogias o por el empaque grave de sus cuerpos. En las diversas campañas electorales actúan como terribles Sansones dispuestos a remover los cimientos del país, pero al llegar a los Ministerios, Congreso o Presidencia, se convierten en simples y lamentables filisteos, ayudándose para realizar sus ínfimos trabajos de los viejos trapos de fregar que se llaman pomposamente a sí mismos "estadistas". Es por eso que tenemos el deber de impedir que simples politiqueros, que no poseen las cualidades y virtudes de la parte sana de la raza, puedan en un momento dado de su historia influir para que Chile parezca en el futuro diferente de lo que es en realidad ...

Por otra parte, es decisivo que se emprenda una política económica nueva que contemple el reestructuramiento económico y social de Chile y que se verifique una reforma educacional amplia, práctica y utilitaria, que exprese las nuevas realidades y aspiraciones del porvenir chileno y americano, de tal modo que la enseñanza en sus diversas ramas converja hacia la aportación de nuevos ideales económicos, sociales y morales. Si la educación es una función social ligada a la conservación y renovación de la vida de los pueblos es, pues, el mejor instrumento para construir las bases de una nacionalidad nueva. Y los objetivos esenciales para edificarla son los que se relacionan con la creación de un régimen de democracia social, extendiendo el ejercicio de la libertad, por medio de una amplia realización de la justicia social y, luego, darle una orientación económica, formar hábitos de trabajo y espíritu de empresa, afirmar sólidos valores éticos que permitan valorizar el territorio nacional, fomentar la cooperación, eliminar el parasitismo y crear la riqueza necesaria que consiga elevar el nivel material y espiritual del pueblo, recuperándose, de esta suerte, el empuje y austeridad de la raza, junto con la dignificación económica y social del magisterio, sector decisivo de nuestra comunidad y llamado a emprender y realizar dicha reforma.

Esta gigantesca tarea la podremos realizar si desde luego se inicia el trabajo, pues estimamos al igual que el historiador mexicano Carlos Pereira que “este pueblo cuya significación étnica y cuya energía le ha permitido desarrollarse dando a todas sus afirmaciones un sentido de originalidad, sabrá resolver nuevos problemas con fórmulas propias”.

Biografía de Joseph Conrad[88]

No hace mucho que terminamos de leer una hermosa biografía de Joseph Conrad, escrita por G. Jean Aubry, reputado conocedor de la vasta novelística conradiana. Consagrado durante largos años a la traducción de sus principales relatos al francés, ahora nos entrega una notable biografía de su admirado amigo y genial escritor. En ella se unen el conocimiento profundo y minucioso de su producción, la devoción honda y fiel al amigo y una fina y segura comprensión del artista. Desde todo punto de vista es una biografía apasionante.

Hemos admirado las novelas y cuentos de Conrad en las pulcras traducciones hechas por la Editorial Montaner y Simón, de Barcelona. Y guía interpretativa inicial fue el estudio de don Juan Estelrich, colocado como prólogo a “Alma Rusa” (o “Bajo la mirada de Occidente”). Recordamos el prefacio del propio Conrad puesto a su bella novela “El negro del Narciso”, significativo para la definición de su arte. Asimismo, no olvidamos el trozo final de esa obra: “Un camarada de a bordo que se deja como a otro hombre cualquiera, se va para siempre; y a ninguno de éstos volví a ver yo nunca. Pero hay días en que la corriente del recuerdo rechaza con fuerza el obscuro Río de los Nueve Meandros. Entonces veo deslizarse entre desoladas riberas un barco, barco fantasma maniobrado por sombras. Pasan, y me hacen señas, gritando vagamente. ¿No conquistamos todos juntos sobre el mar inmortal el perdón de nuestras vidas pecadoras? ¡Adiós, hermanos! Erais buenos marineros. Jamás mejores embridaron con gritos salvajes la ondulante tela de un pesado trinquete, ni, balanceados en la arboladura, perdidos en la noche, contestaron mejor, alarido por alarido, al asalto de un temporal del Oeste”.

[88] Atenea N°285

“La locura de Almayer”, “El paria de las islas”, “El Rescate”, “El cabo de la cuerda”, “Lord Jim”, “Victoria”, “El agente secreto”, “Tifón”, “Falk”, “Gaspar Ruiz”, “Nostromo”, “La perla del océano”, “El corazón de las Tinieblas”, “El colono de Málata”, “Por causa de los dólares”, son novelas y cuentos maravillosos que aseguran la inmortalidad a Joseph Conrad. Su obra se impone a medida que pasa el tiempo, no obstante, la incomprensión de muchos críticos. Y aún escritores de talento no han dejado de darle sus pinchazos. Lawrence, artista eximio en un ensayo sobre Melville defiende uno de sus personajes porque “no lloriquea como Lord Jim en su pañuelo”; y Maugham, en su novelita “El archipiélago de las sirenas”, hace decir en forma despectiva a uno de sus protagonistas que el mundo asiático pintado por Conrad “es el Extremo Oriente visto desde la cubierta de un barco”. Son juicios apresurados, que no han calado a fondo en la densa y compleja producción conradiana. Y es el propio autor quien la ha definido mejor. En “Línea de sombra” (una confesión), en la nota introductiva escrita por el traductor Ricardo Baeza se reproducen dos fragmentos de dos cartas de Joseph Conrad a sir Sídney Colvin, donde dice lo siguiente: “Toda mi preocupación ha sido el valor ideal de las cosas, de los acontecimientos y de las personas. Esto, y nada más. Los aspectos irónicos, apasionados, sentimentales se han presentado por sí solos, pero en verdad, son los valores ideales de los hechos y gestos humanos los que se han impuesto a mi actividad artística”.

La biografía de G. J. Aubry nos pone en contacto directo y minucioso con la vida dramática de Joseph Conrad y, luego, con su fascinante creación literaria. Leerla es una enseñanza y un placer. Las editoriales chilenas deberían hacerla traducir cuanto antes y prestarían un señalado servicio a los lectores de buena cepa.

Un manual sobre Chile[89]

El Mayor de Ejército y Oficial de Estado Mayor, don Oscar Kaplan C., ha publicado una “Geografía de Chile”, que lo estudia, primeramente, en su conjunto; en seguida, analiza en forma detenida el territorio desde el punto de vista de su vegetación, dividiéndolo en siete zonas geográficas y, por último, describe sus veinticinco provincias. Cada una de las tres partes están tratadas en lo físico, en lo político y en lo económico. Es una obra de casi 700 páginas, nutridas de datos, referencias, estadísticas, gráficos y excelentes fotografías. Constituye, de tal modo, una visión total y minuciosa del país. Su Bibliografía es extensa y, sobre todo, aprovecha las publicaciones oficiales de los organismos técnicos y vinculados con la economía y defensa nacionales; no obstante, se advierten algunas omisiones de importancia.

La obra del señor Kaplan es, indudablemente, de apreciable utilidad y se agrega como una manifestación más del loable afán de muchos estudiosos por elaborar panoramas geográficos del país con carácter científico: Elías Almeida Arroyo, Humberto Fuenzalida V., Carlos Keller; o con criterio literario: Mariano Latorre, Benjamín Subercaseaux, Mario Osses. A la obra del señor Kaplan se le pueden hacer algunos reparos modestos. En primer término, su extensión es desmesurada innecesariamente a causa de una repetición evidente al tratar la misma materia en tres partes distintas: al comienzo, en forma general; luego, más detallada por zonas geográficas y, finalmente, con morosa minuciosidad por provincias. En segundo lugar, se nota que es más una obra de recopilación poco elaborada que de paciente asimilación e interpretación. Muchos aspectos son latamente desarrollados y otros, en cambio, lo están en forma demasiado escueta. Asimismo, se aprecian omisiones de consideración en el trato de algunas materias

[89] Atenea N°285

(por ejemplo, en el capítulo de Geografía económica no incluye el estudio de las Finanzas y Crédito ni tampoco el de la Previsión Social). Enfocando la obra del señor Kaplan desde un punto de vista dinámico e interpretativo se descubre una gran pobreza. No presenta ni analiza fenómenos tan importantes como el de la subsistencia del régimen feudal en la agricultura, basado en el latifundio; de la penetración imperialista en la minería y medios de comunicaciones, lo que empobrece al país y le asigna el carácter de semicolonia (fenómenos estudiados bastante bien, sobre todo el de la dominación imperialista, en la obra de Luis Muñoz Horz: "Geografía de Chile", que es altamente merecedora de una nueva edición con sus estadísticas al día), de la monopolización creciente de la industria y otros.

De aquí que sea una Geografía meramente expositiva y estática en el aspecto económico, que es el más fundamental en estos instantes de desenvolvimiento y reestructuración económico-social. En el plan y desarrollo de esta obra encontramos una semejanza muy marcada con la recopilación del Anuario de la DIC., editado en 1946, y que estudia a Chile en todos sus aspectos; especialmente, su geografía, enfocada provincia por provincia, en sus planos administrativo y económico; su organización política y su economía está sintetizada en un completísimo ensayo de doscientas páginas con una imponente exhibición de estadísticas oficiales.

Hechos estos reparos siempre se destaca la obra del señor Kaplan como valiosa y útil. Creemos que se complementa con el "Atlas Geográfico de Chile", compilado por José Anesi, impreso en las Ediciones Peuser de Buenos Aires, en 1946. Este Atlas está precedido de una "Síntesis Geográfica de la República de Chile", por Elías Almeida A.

Sobre la Piedra, por Ricardo Marín[90]

Recién ahora llega a nuestras manos este librito de Ricardo Marín, conteniendo tres elegías: la primera de ellas está inspirada en la muerte de su padre; la segunda, en la piedra, cifra misteriosa del tiempo; la tercera la dedica a la memoria de Miguel Hernández.

Esta poesía se diferencia claramente de otros poetas jóvenes, por su sello de honestidad y, hasta cierto punto, personal estilo. La voz fluye espontánea e inspiradamente, reflejando un sentido tormento interior, ya sea desde el punto de vista de la simple emoción entristecida o de las reflexiones más generales sobre el ser del hombre. Referencias al Mar, con su canto eterno de transformación y permanencia, a las arenas, los peces; la raíz, la piedra sin luz, pero vigilante. Elementos simples y con contenido poético, naturales, sigilosos, con cúbalas y fórmulas, como toda creación interior honda y humilde, sin pecar de vulgar. En no pocos pasajes de estas elegías, el poeta se expresa en forma artística, trabajada, filosófica: "En pura eternidad mi pensamiento / cayendo de rodillas y turbado, / penetra ya sin voz, ¡oh, gran momento!, / río de espíritu en cantos dilatados".

Emplea de preferencia el verso libre, sin grandes ripios, tan comunes a toda la expresión de nuestra poesía joven. Un hálito adolorido recorre sus limpias páginas, sonando en nuestros oídos como un fino mensaje de angustia y sincera emoción.

[90] Atenea N°285

El librito de Ricardo Marín que comentamos es un buen aporte a la literatura más joven de nuestro país, y anuncia a un escritor delicado y honesto, quien, cuidando un poco más las formas, puede llegar a ser, ya lo es, un nuevo exponente de la interesante producción poética nacional.

En torno a Bolívar[91]

La lectura de algunas biografías de Bolívar y de su correspondencia (Vicente Lecuna: Cartas del Libertador, tomo XI, de 1802 a 1830, Nueva York, 1948) nos mueven a hacer algunas consideraciones sobre la personalidad de tan ilustre hombre americano. Como todo personaje colocado en el primer sitio de la Historia, Bolívar ha merecido estudios favorables y panfletos condenatorios, sin transiciones.

El punto de vista favorable al libertador, en un estilo apologético, queda claramente expuesto, a nuestro entender, en los párrafos que a continuación se reproducen. El primero dice: "por ese, y por otros aspectos e innovaciones de su genio, Bolívar es en el sentido de innovación y modernidad, el primer hombre del mundo moderno, como Julio César fue el primer hombre del mundo antiguo". Este trozo pertenece al escritor Rufino Blanco Fombona, quien se ha señalado como un estudioso y crítico fervoroso de la vida, hechos y escritos de Simón Bolívar. Sus juicios son los de un apasionado adepto que le exalta hasta colocarlo en el sitio máximo de las grandes figuras históricas, de tal suerte que, ante su estatura, los demás hombres del Continente, tales Washington, San Martín, Miranda, O'Higgins, aparecen insignificantes.

El segundo fragmento, en el mismo tono indicado, corresponde a la pluma de uno de los críticos bolivarianos extranjeros, el francés Valery Larbaud, que dice: "Nadie puede comparársele como hombre de acción en el siglo XIX; y como hombre de pensamiento iguala a los más grandes: Mazzani, Proudhon, Augusto Comte, Karl Marx" ... Este juicio desproporcionado de Valery Larbaud complementa el de Blanco Fombona y ambos dan una visión idolátrica de Bolívar.

En cambio, el punto de vista opuesto, es decir, de ataque enconado, lo puede representar muy bien Carlos Marx. Marx, que se preocupó de conocer la estructura de la sociedad de su tiempo para explicar su mecanismo fue, además, un atento y avizor analista de los acontecimientos internacionales, de la misma manera que un estudioso de la historia universal. Entre los diversos trabajos que sobre estos tópicos dejara, existe un ensayo sobre Bolívar, redactado a base de una extensa documentación, aprovechando, especialmente, la que provenía de los oficiales ingleses que lucharon en la Independencia venezolana. Este juicio marxista sobre Bolívar fue publicado en castellano por primera vez, en la revista "Dialéctica", que salía a luz en Buenos Aires, dirigida por el gran humanista Aníbal Ponce. El esquema de Marx es implacable para tratar de demostrar que Bolívar fue un mediocre militar, un mal político, un representante típico de los intereses de la aristocracia criolla en lo que ésta tenía de más reaccionario. Marx solamente destaca los hechos criticables, o las flaquezas de Bolívar, pero no hace el balance de lo favorable, de lo que sobrevive, de su ardua empresa. Del mismo modo, no lo enfoca en la justa perspectiva de su época, de su medio y del carácter que tuvo la lucha por la independencia de América Latina. Tan cierto es esto que los fieles adeptos de Marx, los historiadores soviéticos actuales, han reconocido que, a pesar de los reparos violentos de Marx, Bolívar ha jugado un papel progresista en los hechos que dieron nacimiento a la independencia americana. Como toda figura histórica de contornos singulares y absorbentes, Bolívar determina, desde el primer momento que actúa, una controversia constante sobre las decisiones que

[91] Atenea N°285

llevara a efecto. Sin embargo, en su caso quizás la anterior situación haya cobrado una mayor beligerancia por ser natural de Venezuela y del trópico, lo que ha creado en su alrededor una literatura frondosa y exuberante con caracteres de tropicalismo, reñidos con la serenidad y objetividad que debe, en lo posible, tener la historia. Pasando por sobre esta enredada y tupida red de juicios apasionados o equivocados, podemos enfocar con justeza la tarea que llevara a cabo este hombre ilustre por tantos conceptos y la cual arroja un saldo muy apreciable en su favor.

Si, en verdad, Bolívar tuvo una actitud muy obscura y turbia en la entrega de Miranda a las fuerzas españolas; luego, en los acontecimientos del año 1816; en seguida, en el fusilamiento de los generales Piar y Padilla y en muchos otros que enumerarlos sería adentrarse ya en el análisis detenido de su vida; es lo cierto, asimismo, que su gigantesca y obstinada labor para dar la independencia a su tierra y a los países americanos del Pacífico sur, es magnífica por su alcance y constancia. En la misma forma, su pensamiento guía en el sentido que América Latina se agrupara como una confederación de naciones republicanas y fraternas para desarrollarse y pesar en el plano de las relaciones internacionales es una aspiración aún por alcanzar y que los sucesos cada día imponen con más urgencia.

En su célebre Carta de Jamaica (escrita en Kingston el 6 de septiembre de 1815) se demuestra contrario a la Monarquía en forma terminante y piensa, por el contrario, que sólo la República es viable para este extremo del Universo. Estima que debían crearse 17 naciones confederadas en una poderosa y superior agrupación. Señala ahí la importancia de los estados del istmo de Panamá hasta Guatemala, asociación poderosa, a causa de su magnífica posición entre los dos océanos, que con el tiempo sería el emporio del universo. Se adelanta a enunciar la idea de la construcción, en esa zona, de canales interoceánicos, porque así se acortarían las distancias del mundo y se estrecharían los, lazos comerciales de Europa. América y Asia, trayendo a tan feliz región los tributos de las diversas partes del globo. Y piensa que acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra. En esta misma carta de Jamaica expone con nitidez su primitivo pensamiento político que se ha prestado, no obstante, para diversas interpretaciones, porque ha sido contradictorio para fijarlo en sus detalles. Así piensa en dicho documento, que Colombia debiera tener un régimen republicano basado en un Ejecutivo electivo, tal vez vitalicio, aunque jamás hereditario y un cuerpo legislativo de libre elección. Estima que no conviene un sistema federal por exigir una cultura y una riqueza que aún no poseían esas tierras.

En esta célebre Carta emite un juicio extraordinariamente elogioso para Chile y su organización, que vale la pena recordar: “El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes y virtuosas de sus moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una república. Si alguna permanece largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad: los vicios de la Europa y del Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del universo. Su territorio es limitado: estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres: no alterará sus leyes, usos y prácticas; preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile puede ser libre” ...

Las opiniones de Bolívar sobre nuestro país, altamente conceptuosas, constituyen un juicio profético con respecto a su destino, desde que Portales afirmara las bases del sistema que ha imperado. Es cierto que este juicio de Bolívar tuvo su contrapartida cuando en Carta del 11 de marzo de 1825, dirigida a general

Francisco de Paula Santander, en Bogotá, habla del "desgobierno absoluto de Chile" por ese entonces. De cualquier suerte que se estimen las variaciones que haya experimentado el pensamiento de Bolívar con respecto a Chile el que formulara en la Carta de Jamaica guarda estrecha conexión con la realidad histórica nacional desde 1833 hasta comienzos del presente siglo.

Bolívar reafirma sus ideas republicanas en su famoso Discurso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, cuando expresa: "Un gobierno republicano ha sido, es y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la Monarquía y de los privilegios". Posteriormente, el espectáculo de la anarquía, de las ambiciones caudillescas, de los divisionismos localistas, lo hicieron modificar algunas de sus ideas. Aunque permaneció siempre siendo republicano le introdujo un contenido que se acercaba bastante a la monarquía. Así, por ejemplo, al estudiar las vicisitudes de la república negra de Haití, sumida siempre en un tremendo caos, encuentra la acción de Petion y Boyer aplicable a toda América, exclamando: "Prueba triunfante de que un Presidente vitalicio, con derecho para elegir el sucesor, es la inspiración más sublime en el orden republicano" (Mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia, fechado en Lima a 25 de mayo de 1826). Idea que nada tiene de republicana y democrática. Es la monarquía disfrazada levemente.

Con todos los reparos que puedan hacérsele o las contradicciones que puedan existir en su vida y en sus pensamientos, la figura de Bolívar es de gran interés y su acción, de inmensas proyecciones.

Desde la última vuelta del camino[92]

Pío Baroja prosigue regularmente la publicación de sus Memorias. Ha aparecido el tomo V, bajo el título de "La Intuición y el Estilo".

Parte importantísima de la producción barojiana está constituida, en su trama esencial, por las alternativas de su propia vida. Las vicisitudes de su infancia y adolescencia; sus estudios y lecturas; el ejercicio de su profesión de médico rural y de industrial panadero en Madrid; sus comienzos de escritor; sus viajes por las diversas regiones de España y a través de los distintos países de la Europa Occidental; su conocimiento de tipos raros, de escritores y artistas, de obreros y agitadores; y sus opiniones literarias y políticas han sido narradas en libros notables como: "Juventud, egolatría", "Las horas solitarias", "El tablado de Arlequín", "Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox", "El árbol de la ciencia", "La sensualidad pervertida" y otras. Los tomos II, III y IV de sus Memorias abarcan igualmente este lapso formativo y de madurez de don Pío. El tomo I es una especie de enfoque e interpretación de conjunto de su obra literaria y de Baroja en su papel de escritor, a través de su propia explicación y según el juicio de sus diversos críticos.

El tomo V, que recién aparece, con el título de "La Intuición y el Estilo" es un complemento a los anteriores en los cuales ha hablado de su vida, de las gentes de su tiempo y de su obra literaria, con aspereza y sin ilusiones. Ahora, nos expone los aspectos sobresalientes de su formación intelectual, de su cultura, de sus preferencias y repudios en el campo de las ideas y de la literatura, a la vez que nos ofrece sus propias concepciones acerca del mundo y de la vida y su manera particular de concebir la creación literaria y el estilo, de enfocar las distintas corrientes literarias y los grandes escritores de las diversas épocas.

[92] Atenea N°285

Esta exposición de sus teorías y opiniones la lleva a cabo compilando muchas de sus cosas escritas en las obras que tienen estricto carácter autobiográfico y de las ideas enunciadas por los numerosos personajes de sus mejores novelas. Agrega a esta compilación minuciosa el resultado de sus reflexiones y experiencias de sus largos años de existencia y de su fecunda obra de escritor. No cree Baroja que su trabajo sea original, puesto que él no es un especialista en las materias que trata. Sin embargo, no lo estimamos así. Pensamos que este tomo tiene indudable originalidad y el apasionante interés que le da su inteligencia superior; su espíritu crítico perspicaz y arbitrario; su finura interpretativa y su habilidad para enfocar las teorías más opuestas armado de su conocimiento profundo de la vida y de los hombres.

Baroja actúa con gran sinceridad y con un extraordinario afán de comprender. Es verdad que él mismo afirma que la sinceridad integral no existe. Sólo es posible a medias. La sinceridad, la veracidad y la franqueza pugnan con el trato social, de tal modo que el hombre que quiera entregarse a ellas tiene que hacerse un solitario. Confiesa que su lema es: la verdad siempre, el sueño y la fantasía a veces. Baroja cree que el entusiasmo por lo verídico y la antipatía por el fraude constante terminan, a la larga, en la misantropía; el otro camino de la contemporización conduce a la hipocresía y a la vulgaridad. Para manejarse bien es necesario un fondo de malicia, de sindéresis y de energía. Baroja confiesa que no ha sabido tener ese fondo.

Premunido de su sincero afán de verdad examina con mirada de aficionado inteligente y penetrante las teorías físicas, químicas, biológicas, racialistas y filosóficas y sus más destacados representantes. Sabe hacer un buen resumen, presentar una perspicaz acotación o emitir un juicio exacto de cada una de ellas. También juzga a los grandes pensadores y escritores, sus obras características y sus ideas más típicas y aprovecha esos análisis para hablar de sus autores predilectos y de sus obras favoritas, lo que le permite enunciar algunas de opiniones realmente interesantes. Así dice: “la retórica y la elocuencia es lo que encuentro más aburrido en la literatura” ... “la habilidad es lo que más cansa en la literatura y en el arte” ... “la crítica se presta mucho a la malevolencia y a la envidia. Si a esto se une la vulgaridad, entonces es un desastre” ... “me gusta siempre el autor que se expresa con mayor claridad, con mayor precisión, con más rapidez y, al mismo tiempo, con los mayores matices” ... “yo nunca he sido partidario de ir del libro a las cosas de la vida, sino de ir de las cosas de la vida al libro” ... “las dos tendencias modernas, comunismo y fascismo, son tan tristes, tan lúgubres, tan verdaderamente siniestras, que matan la alegría en todas partes” ...

Son de especial interés para conocer los secretos de la obra barojiana, los capítulos que dedica a la intuición y su papel en la creación literaria, a la técnica novelesca y al estilo.

Algunos trozos son de particular atractivo: “Esta tendencia mía de no apreciar gran cosa la composición me ha hecho descuidarla un tanto en mis libros. Muchos novelistas, Galdós entre ellos, por lo que él me dijo, pensaba un plan y luego lo proyectaba sobre un lugar, una ciudad, un paisaje, o un campo. Este procedimiento me parece novelista dramático. Yo no procedo así. A mí, en general, es un tipo o un lugar lo que me sugiere la obra. Veo un personaje extraño que me sorprende, un pueblo o una casa, y siento el deseo de hablar de ellos. Yo escribo mis libros sin plan; si hiciera un plan no llegaría al fin. Cuando he intentado hacer un drama, no he podido seguirlo hasta el desenlace. Ya el desenlace no me interesa. Yo necesito ir entreteniéndome en el detalle, como el que va por el camino distraído, mirando este árbol, aquel arroyo y sin pensar demasiado donde va. Para mí, en general, la tesis stendhaliana de que la

originalidad y el interés está en el detalle me parece exacta ... Para mí, en la novela y en todo el arte literario, lo difícil es el inventar; más que nada el inventar personajes que tengan vida y que nos sean necesarios sentimentalmente por algo. La imaginación, la fantasía, en la mayoría de los hombres constituye un filón tan pobre, que cuando se encuentra una veta abundante produce asombro y deja maravillado. El estilo y la composición de un libro tienen importancia, claro es, pero como son cosas que se pueden mejorar a fuerza de trabajo y de estudio no dan esa impresión fuerte y sugestiva de la creación intuitiva ... ".

En cuanto al estilo cree Baroja que debe ser una manifestación completa de la personalidad y de la individualidad literaria. El estilo refinado tiende a la retórica y a la elocuencia y el estilo alambicado y correcto es propio para los discursos. En general los estilos perfectos aburren, porque se siente en ellos el trabajo y la mecánica. "Una prosa recargada y con pretensiones, siempre con el mismo ritmo, me aburre. Me gusta, en cambio, la forma directa, escueta y sencilla ... Para mí no es el ideal del estilo, ni el casticismo, ni el adorno, ni la elocuencia; lo es, la claridad, la precisión y la rapidez."

Síntesis histórica "Historia de Chile", de Francisco Frías V[93]

Don Francisco Frías V., distinguido profesor de Estado, ha terminado de publicar una "Historia de Chile", que es un magnífico ensayo de síntesis y cuyo objetivo es el de colocar al alcance del público el estado actual de la investigación e interpretación de la Historia nacional.

Los dos primeros volúmenes sobre nuestros orígenes y emancipación merecieron unánimes elogios de entendidos y aficionados. Los tomos tercero y cuarto, recientemente aparecidos, estudian la evolución republicana desde 1830, año de la victoria de los pelucones, hasta las elecciones de parlamentarios del 6 de marzo recién pasado.

Los tomos indicados revelan la misma seguridad de información que los anteriores e idéntico método de exposición, claro y bien coordinado. Al considerar este manual en su conjunto estimamos que existe un estrecho paralelismo entre él y la vasta obra de Francisco A. Encina. Es como una síntesis inteligentísima y dinámica de aquélla, de tal suerte que su lectura es previa y necesaria, a manera de ensayo introductivo, para la mejor comprensión del magno esfuerzo de Encina. De ningún modo significa este juicio disminuir el valor y originalidad de la obra del señor Frías quien ha manejado una extensa y completa bibliografía y, más que nada, ha sabido elaborarla y presentarla, con un envidiable método, novedoso y fecundo. Es sólo una asociación determinada por la coincidencia temporal y a raíz de la amplitud desmesurada de la obra de Encina.

En los tomos tercero y cuarto, que enfocan el desarrollo republicano del país, es completísimo el análisis de su movimiento político-institucional. Las distintas presidencias, los ministerios principales, los diversos partidos, las leyes y reformas fundamentales están tratados en cuadros nutridos de hechos, referencias y peripecias. Por otro lado, es particularmente brillante, y originalísimo, el estudio, en varios ordenados capítulos, del proceso económico y social del país. La minería, la agricultura, la industria manufacturera, el comercio interior y exterior, las finanzas, los bancos, las vías y obras públicas; en resumen, todas las actividades económicas están presentadas en sus diversos aspectos. Asimismo, sus más destacados

[93] Atenea n°286 (1949)

pioneros merecen interesantes semblanzas. Fenómenos tan importantes como los de la penetración del gran capital extranjero en la minería; de la colonización de las desoladas regiones de Valdivia, Llanquihue, Magallanes y Araucanía; de la desvalorización monetaria, desde que se estableció la inconvertibilidad del billete de banco, en 1878; de los adelantos urbanos en general y de la transformación de Santiago, en particular; y muchos otras, están especialmente considerados.

Es de esta suerte que el señor Frías ha sabido darle la importancia que se merece al análisis de la economía y las instituciones sociales y a sus egregios animadores. Casi siempre los historiadores vulgares ponen su acento exclusivamente en el desenvolvimiento político de los países, de tal modo que para ellos pareciera que sólo cuentan los sucesos de ese tipo y que lo demás no es historia, o, bien, simple reflejo de la acción de los políticos.

Y, sin embargo, en la mayor parte de los casos, la política no expresa otra cosa que intereses económicos y sociales en pugna.

Igualmente, valiosos son los capítulos que dedica a la organización social, y a las transformaciones que experimenta de acuerdo con el desarrollo económico; a la evolución educacional en todos sus grados; y al movimiento intelectual, a partir de 1842.

De paso nos permitimos rectificarle al señor Frías un pequeño error. En la página 244, del tomo cuarto, refiriéndose a Santiago, dice que “había presenciado y sufrido la influencia de la revolución republicano-socialista del 48 en Francia”. En verdad, Arcos no la presenció, pues partió a Chile en agosto o septiembre de 1847, pasando por los Estados Unidos para juntarse con Sarmiento y con quien viajará durante cuatro meses. Llegaron a Chile a comienzos de 1848. (El padre de Santiago Arcos lo presenció y, a raíz del espanto que le causó, se embarcó para Chile ese mismo año). Lo que es cierto es que Santiago Arcos fue muy influenciado en su formación doctrinaria por los socialistas, como Saint-Simon, Bazard y Fourier, a quienes leyó en Francia, en el momento de su formación intelectual. La época de la república plutocrática y parlamentaria está enfocada con justeza y se destaca especialmente el capítulo en el cual, el señor Frías, traza el cuadro de las transformaciones económicas, industriales, financieras y sociales. Durante ese período, y que nos permiten explicarnos claramente el nacimiento y crecimiento de la llamada “cuestión Social”. El lapso más reciente, desde primera administración de don Arturo Alessandri basta el presente, está estudiado en forma sucinta, aunque contienen todos los datos y detalles fundamentales.

De la exposición que hemos hecho del libro del señor Frías se desprende, sin lugar a dudas, que es una obra de mérito excepcional y que viene a ocupar un sitio destacado en la literatura histórica nacional. Será un elemento de consulta y manejo diario indispensable en la mesa de todo estudioso de la patria.

El Indio. Cuestiones de su vida y de su pasión[94]

La obra del escritor ecuatoriano Luía Monsalve Pozo "El Indio. Cuestiones de su vida y de su pasión”, no es sólo válida para el conocimiento de los problemas indígenas ecuatorianos en los diversos aspectos que presenta, sino que es muy útil para la mayor parte de la América Indiana. Es un ensayo sociológico que constituye la síntesis más completa de cuanto se ha investigado y escrito en tales materias. Monsalve Pozo

[94] Atenea n°286 (1949)

sólo estudia al indio ecuatoriano; pero su trabajo es fundamental para conocer la vida de los indígenas que formaron parte del vasto imperio incásico.

Lo analiza en el período primitivo, que corresponde al "ayllu"; en el período precolonial, o del incanato; en el período colonial, o sea, del régimen feudal español; y en el período republicano, es decir, del demo-liberalismo individualista. Presenta los diversos grupos indígenas; las teorías sobre su origen y procedencia de sus rasgos etnológicos. Profundiza en el estudio de sus caracteres anatomo fisiológicos, en las características de su alma y vida psíquica, en sus relaciones sexuales. Describe minuciosamente su organización sociopolítica; la división de las clases, formas de trabajo, régimen de propiedad (en el que predomina la colectiva sobre la particular) y el estado de cultura.

La investigación sobre la sociedad indígena durante la época del incanato es de un interés extraordinario. Esta etapa de la vida aborigen supone, principalmente, el reemplazo de la vida tribal anterior por una nueva forma de relaciones sociales: el Estado, lo que significa una evolución política enorme. Así como la comunidad agraria era la base y alma del "ayllu", lo fue, igualmente, en el incanato. Por eso, a través del desenvolvimiento de la sociedad indígena del Ecuador, Perú y Bolivia, el hilo conductor de ella, que le da médula y solidez, es la comunidad agraria. Es verdad que, durante el incanato junto a la propiedad colectiva, de las comunidades, con explotación común y explotación familiar, existían la propiedad nacional (del Estado), que comprendía tierras públicas, bosques, minas y edificios públicos y la propiedad privada: la casa, el campo cercado, y las tierras provenientes de donaciones. Ahora bien, este régimen de propiedad estaba bien reglamentado en la misma forma que su cultivo, de acuerdo con el principio que era primordial satisfacer las necesidades del culto y de la sociedad, para atender, luego, las del individuo. Primeramente, se cultivaban las tierras del Sol (culto); a continuación, las de los impedidos de trabajar; en seguida, la de los capaces o aptos para el trabajo; las de los jefes militares, magistrados, funcionarios y, finalmente, las del Inca. En el incanato el trabajo estaba bien reglamentado en el sentido de conseguir que todos trabajasen, que en lo posible se eliminasen los parásitos, al mismo tiempo que se procuraba dignificarlo y hacerlo de una grata necesidad, que fuera realizado con emoción y placer.

Son los rasgos señalados acerca de la estructura del incanato los que han llevado a afirmar a muchos escritores que dicho sistema fue socialista. En realidad, es difícil darle tal denominación. Fue más bien un régimen de economía estatal al servicio de la colectividad, una especie de transición entre el socialismo y el liberalismo.

Con la llegada de los españoles es destruido y todas las tierras son repartidas entre los conquistadores (repartimientos) en la misma forma que los indígenas (encomiendas), debiendo trabajar obligatoriamente para sus amos (Mita). Los indios son exterminados en gran parte por los trabajos pesados y el trato bestial, a pesar de que la Legislación de Indias contenía gran número de disposiciones en su favor (estableciendo la duración de la jornada de trabajo, salarios, descanso, atención médica y diversas otras normas de asistencia social e indemnizaciones de diversa índole), pero que no fue respetada. Quedó en el papel para que diversos tratadistas modernos, apoyándose en ella, hablan de la humanitaria y justa organización de los conquistadores españoles en América.

Loa peninsulares establecieron una variante del feudalismo europeo en nuestro Continente. El feudo español pasó a denominarse «hacienda", que comprendía vastas extensiones de tierras y gran cantidad de indios. Después del reparto de América subsistieron tres grupos de propiedades: 1° Propiedad

individual y privada: las tierras adjudicadas a los conquistadores en propiedad absoluta; las tierras de «composición», o sea, las que excediendo territorialmente a las demarcaciones fijadas en los títulos de propiedad, podían ser incorporadas en virtud de una composición, o pago del precio a las Cajas reales; y las tierras de encomiendas, que eran vastas extensiones de terreno que se daban en usufructo por una o dos vidas a los conquistadores, reservándose el rey el dominio de las mismas, pero que después se hicieron vitalicias y hereditarias; 2° Propiedad colectiva: tierras de comunidad indígena, agrupaciones del «ayllu» primitivo, supervivencia de la vida colectiva, con el señalamiento transitorio de la parcela para la faena individual; tierras de «ejidos», de origen español, creadas por Felipe II, quién mandó que «los sitios en que se han de formar los pueblos y reducciones tengan comunidad de aguas, tierras y montes, entradas y salidas, y labranzas y un ejido de una legua de largo, donde los indios puedan tener sus ganados, sin que se revuelvan con otros de españoles; tierras de propios, o sea, terrenos que se dejaban al fundar los pueblos, ya sea para el cultivo colectivo o para arrendarlos, debiendo ingresar los productos al presupuesto de gastos públicos del lugar; y tierras de hatos, es decir, terrenos situados en los páramos de los cuales son de propiedad privada la casa y una pequeña porción de pastos, siendo comunes las montañas y pajonales; 3° Propiedad eclesiástica proveniente donaciones, censos, cofradías y adquisiciones, que constituía un porcentaje muy elevado de la propiedad.

Las tierras de composición, de encomiendas y de propios debían revertir la propiedad al dominio real cuando no fueran aplicadas a su objeto, y se les denominaba tierras de «reversión» o «realengas» (del Rey) para nuevas ventas y adjudicaciones.

Para los efectos de la venta de las tierras del Rey, se distinguían en su calidad por estas clases: de pan sembrar (propias para cultivar trigo), de pan coger (tierras de riego) y de pan llevar (tierras de secano).

En cuanto a la manera de repartir las tierras, se distinguían entre los españoles que fuesen hombres a caballo o peones, de donde la denominación de caballería y peonía. Posteriormente, la peonía era un solar de 50 pies de ancho y 100 de largo y la caballería era igual a un solar de 100 pies de ancho y 200 de largo, y en todo lo demás como 5 peonías.

Esta fue la estructura formal que implantó el conquistador español; pero con el rápido correr de los días se transformó desapareciendo, casi en su totalidad, la propiedad colectiva para dar vida al feudo o latifundio. El feudo laico o eclesiástico se creó la base de las tierras dadas en propiedad a los conquistadores con los de composición vendidas por la Corona, sobre las encomiendas hechas hereditarias, y sobre las comunidades, reducciones y parcialidades indígenas. Asimismo, el indio pasó a transformarse en siervo explotado y maltratado.

Con el establecimiento de la República y del ideario liberal, desgraciadamente, no se cambió en nada el fondo económico-social. Las instituciones coloniales quedaron como instituciones republicanas: las mismas haciendas, la misma servidumbre, iguales amos, y los indios sujetos a idéntica opresión y miseria. El indio vive en sus comunidades o entra como peón en las haciendas. Las comunidades son divididas de acuerdo con la legislación liberal-individualista, en su mayor parte, con lo que el indio se ve forzado a transformarse en jornalero o en lo que en Ecuador se llama «peón concierto» (amarrado a las haciendas por una pequeña posesión, el «huasipungo", donde levantaba su choza y a veces ganaba un pequeño salario).

La República no se ha traducido para el indio en ningún adelanto y beneficio con respecto al sistema feudal de la colonia. De ahí que viva pobre, explotado, miserable, ignorante y disminuido en su capacidad física. De ello deriva el gran problema que Latino-América, en esta etapa de su vida, debe afrontar valerosamente para resolverlo conforme a los dictados de la justicia social y de la libertad, pues en ello se contiene grande un porvenir mejor y más fecundo.

Vida del poeta[95]

Hemos leído con verdadero deleite el nuevo libro de poemas de Julio Barrenechea: “Vida del Poeta", publicado en Bogotá ciudad donde el autor desempeña las altas y delicadas funciones de excelentísimo Embajador de Chile ante el gobierno de Colombia.

La obra poética de Barrenechea comprende cinco títulos:

“El Mitin de las Mariposas” (obra de juventud, cuando el autor era el dirigente universitario de mayor elocuencia y cuya lectura nos permitía suavizar las áridas teorías marxistas, tan en boga, en su contenido ultra revolucionario, en esa época), “Espejo de Sueño”, “Rumor del Mundo”, “El libro del amor” (publicado en Colombia en 1946) y, ahora, “Vida del poeta”.

Desde “Mitin de las Mariposas” hasta “Vida del Poeta”, la trayectoria de la poesía de Barrenechea es larga y fecunda, pues ha ido puliendo su estrofa hasta entregarnos una creación delicada, fina, repleta de imágenes y en la que vibra luminosamente una nota íntima de sorprendente riqueza metafórica y de gran claridad conceptual. El poeta ha evolucionado de los simpáticos y hábiles juegos y malabares de juventud hacia una poesía subjetiva densa, emocionada y sensible al mundo angustiado que le rodea: “El arte de sufrir no es llanto propio. Es trabajar con lágrimas ajenas, es sentir al dolor que anda por fuera como naciendo desde nuestras venas”.

Barrenechea es un poeta vinculado estrechamente por sangre y afectos, a la bella región de la Frontera, cuna de numerosos poetas de calidad, lo que, tal vez, explica su facilidad y perfección lírica para captar el paisaje y hacérnoslo sentir hondamente, lo mismo que su riqueza metafórica y cierto panteísmo que se desliza cual suave vertiente en muchos de sus poemas.

Barrenechea vive en el recuerdo afectuoso de sus amigos como el poeta fino que es y, también, como el más brillante orador de los años de 1930 a 1940. Era su oratoria diáfana y elegante, cortada por agudas ironías y por relampagueantes mandobles. Siempre un depurado lirismo algo romántico atemperaba la aridez de un planteamiento político o la monotonía de los hechos que denunciaba. Era un descanso, y un placer escucharle.

De las asambleas estudiantiles y de las concentraciones populares pasó a la Cámara, donde fue diputado durante dos períodos. Su primera diputación la ganó en la provincia de Cautín en 1937, al captarse la simpatía del pueblo con su oratoria encendida, sugerente y lírica que contrastaba agudamente con el ritmo lento y prosaico de la vida local y la mentalidad agropecuaria de sus políticos. Campaña emocionante para quienes la realizaron, y cuyo nervio decisivo fue el inolvidable muchacho Juan Picasso Ellena, extraordinario espíritu, personificación los más altos atributos de la amistad, inteligencia y generosidad.

[95] Atenea N°286

Barrenechea se destacó en el Parlamento y pudo haber continuado una carrera política brillante. Prefirió entrar a la diplomacia donde hoy día exhibe sus cualidades de hombre cordial, amable, ingenioso y buen vividor. La diplomacia ha salvado al poeta pues en la política hubiera sido difícil que pudiera escapar como lo ha hecho, del partidarismo fanático y agostador, partidarismo que obliga a los vates a cultivar una poesía ocasional de compromiso artificial, y falsamente sentida, condenada a tener la existencia efímera de la consigna del momento.

Al leer su nuevo libro, "Vida del Poeta", nos alegramos de que Julio Barrenechea haya ingresado a la diplomacia, por lo que tal actitud ha significado de provechoso para su condición de escritor y le perdonamos el aburguesamiento y protocolo en que ahora se desenvuelve.

Hacia una teoría marxista del Estado[96]

Desde la caída del gobierno del General Ibáñez se intensificó en Chile la penetración de las ideas marxistas; especialmente en los centros universitarios y en los medios intelectuales de clase media. Los grupos "Avance" y "Vanguardia" reunieron los sectores más numerosos de los estudiantes adeptos a las doctrinas de Marx y Engels, entre los años 1931 a 1934. Por otro lado, se desarrolló un apreciable movimiento político inspirado en las teorías de los ideólogos mencionados. Crece el Partido Comunista, sección chilena de la Tercera Internacional; actúa la Izquierda Comunista, conjunto partidario de León Trotsky; y se forman diversos grupos socialistas, que, en abril de 1933, se fusionan para dar vida al Partido Socialista de Chile. Todos estos conglomerados que se reconocían devotos de la ideología de Marx fueron absorbidos por la acción y no se preocuparon de crear una literatura marxista chilena, salvo los artículos o pequeños ensayos desperdigados en revistas y periódicos ocasionales. Sólo algunos de los egresados de la Escuela de Derecho presentaron modestas memorias de prueba en que analizaban fenómenos de la realidad económico-social o jurídica con criterio marxista, aunque con un carácter esquemático y de mera vulgarización. En cuanto a los partidos, el Comunista estalinista, se evidencia como el vehículo importador de la literatura soviética oficial, que designándose heredera genuina de Marx-Engels, sirve al nacionalismo ruso. El comunismo trotskista se consume en una polémica violenta sobre la realidad rusa y en la lucha política nacional hasta que desaparece ingresando a las filas del Partido Socialista. Y este movimiento se preocupa, preferentemente de la organización de sus cuadros y de la oposición al gobierno de la época y cuando, a causa de su rápido crecimiento llega a formar parte de él se consume en tareas burocráticas y en el intento de imponer algunas reformas; pero sus intelectuales no llevan a cabo ningún trabajo teórico o técnico orientado por la teoría y método a que adhiere su declaración de principios.

Uno que otro folleto de batalla, alguna modesta traducción de obras importantes de la literatura europea y varios ensayos ocasionales es todo lo que se hizo, con el criterio indicado desde aquella época hasta el presente. No deja de ser curioso, pues que a pesar de haber tenido los partidos y grupos marxistas miles de adherentes, de haber gozado de considerable influencia en el movimiento político democrático y en el gobierno desde 1938 adelante y de militar en ellos algunos de los más destacados escritores y artistas del país, no hayan creado una base siquiera modesta, de literatura marxista en el estudio del desarrollo histórico nacional, en el análisis de la realidad actual con sus variados y complejos problemas y en el enfoque de las perspectivas políticas chilenas.

[96] Atenea N°286

Y es curioso que lo que no se hizo en los momentos de triunfo y de poder se esté tratando de realizar en los instantes en que parece que las doctrinas marxistas sufren una decadencia o quiebra, o, por lo menos, cuando los partidos que se reconocen seguidores de tales teorías han desaparecido o se encuentran en un estado de profunda debilidad.

Son algunos jóvenes universitarios los que, de nuevo, en el presente, tratan de llenar el vacío que hemos anotado. La obra de Ignacio Aliaga Ibar: "La industria del cobre en la economía nacional" es un valioso ensayo de aplicación del método marxista al estudio de uno de los aspectos fundamentales de la economía chilena y es una obra irreemplazable en el análisis y conocimiento de todo lo relacionado con la minería. Por la misma época, Miguel Saidel, para optar a su título de Licenciado, en Ciencias Jurídicas, publicó una Memoria de Prueba sobre "El Trabajo y el Hombre", que es un excelente ensayo sobre el humanismo marxista. A fines del año recién pasado, don Clodomiro Almeyda Medina, para recibir su título de Abogado, ha impreso una Memoria de prueba de gran extensión y extraordinario valor: "Hacia una teoría marxista del Estado". Y a través de sus páginas comprendemos el inmenso esfuerzo de investigación, síntesis e interpretación que ha llevado a cabo, resumido en doscientas páginas en tamaño grande.

Clodomiro Almeyda, es un joven de gran disciplina de estudio y poseedor de una notable capacidad de comprensión de los difíciles problemas que plantea la teoría marxista en sus diversos planos. En efecto, su libro mencionado es de gran mérito y de una originalidad poderosa, por cuanto, en América, sobre este tema, no se ha escrito ninguna obra de primera mano. La publicación de Almeyda es el producto de una profunda inquietud intelectual, que ve en el socialismo el único medio de superar la permanente crisis en que se debate la sociedad moderna. Y de su lectura se desprende nítidamente que, si los movimientos políticos marxistas han sufrido colapsos graves, ello se debe al olvido de los postulados fundamentales de sus doctrinas; en ningún instante, porque pudieran ser falsas o erradas. El fracaso del comunismo soviético se debe al reemplazo del marxismo, teoría crítica y científica, por un misticismo nacional-imperialista que está en pugna con él, aunque se le encubra en las místicas palabras de "socialismo" y "dialéctica". El fracaso del socialismo político se ha debido al abandono completo de la esencia revolucionaria del marxismo, para acomodar su programa y acción a un reformismo inofensivo, de tipo liberal.

En cambio, la realidad mundial, sus crisis, trastornos, problemas y angustias le dan la razón más cabal a la justeza de los análisis verificados por quienes siguen la doctrina y método marxistas.

Es algo indiscutible que las teorías de Marx y Engels, depuradas de algunas obscuridades, son una concepción del mundo y de la sociedad contemporánea de gran riqueza y fecundidad que hoy día nadie puede excluirlas de su formación cultural.

Clodomiro Almeyda realiza, en su libro, un trabajo a fondo desmenuzando todos los aspectos que el Estado presenta.

Primeramente, traza un penetrante cuadro de conjunto sobre la teoría marxista en sus planos filosófico y social; en seguida, describe el Estado en su esencia y en sus relaciones con el derecho, la administración, el gobierno, la autoridad, la Nación y el Estado como autoridad de clase. A continuación, lleva a efecto un bosquejo perspicaz del desarrollo del Estado desde la Edad Media basta el presente, época de la sociedad capitalista, durante la cual se advierten los síntomas claros de la descomposición del llamado estado demoliberal y de su soporte económico, el sistema capitalista. Enfoca con precisión y justeza las dos

soluciones que se postulan ante el fracaso del estado demoliberal y la crisis del capitalismo: la solución burguesa del corporativismo fascista y del intervencionismo demoliberal, (a pesar de la aparente contradicción con la tesis del abstencionismo del Estado liberal en el campo de la economía), y la solución socialista.

Al analizar la solución socialista hunde su escalpelo en todos los complejos puntos que abarca. Es así como los asuntos de la dictadura del proletariado, la democracia y la libertad son especialmente considerados, lo que tiene un gran interés en estos momentos de reajuste y de lucha entre «totalitarios» y "demócratas». Y particularmente valiosos son los capítulos en que analiza las condiciones reales de la sociedad capitalista y dentro de ella, la acción política y sindical de las clases trabajadoras para transformar el régimen y el Estado. De este antagonismo y choque surgen las relaciones entre el Estado capitalista y movimiento revolucionario de la clase obrera a través de sus partidos de clase, planteados concretamente en los problemas de la conquista de “reformas”, de la “colaboración” (asunto que deja convenientemente debatido y aclarado), del “legalismo” y de la “violencia”. En estos notables capítulos VI y VII están enfocados los más arduos asuntos que han conmovido, en los últimos años, al socialismo mundial y tienen para nuestro país un extraordinario interés práctico.

Los dos últimos capítulos estudian la constitución del Estado proletario en las condiciones históricas de la sociedad contemporánea, o sea, el Estado socialista y la sociedad socialista; y la sociedad comunista sin clases y sin Estado, verificando una comparación entre ambas y caracterizando su contenido.

Tanto por su inteligente y erudito desarrollo como por su claridad metodológica, la obra de Clodomiro Almeyda es de mérito sobresaliente. La seriedad del trabajo realizado está abonada por una vastísima bibliografía.

Al mismo tiempo que aparecía el ensayo de Almeyda que comentamos, ha circulado un importante libro, que afirma y robustece los resultados de la investigación de Almeyda. Es la obra de Antón Pannekoek: “La Filosofía de Lenin”, traducida directamente del alemán por el estudioso y versado conocedor de las ciencias sociales, ingeniero Laín Diez, autor, también, de varios ensayos sobre los problemas nacionales.

Antón Pannekoek, astrónomo y alto dirigente y eminente teórico del socialismo holandés, es el autor de varias obras: "Introducción a las obras filosóficas de J. Dietzgen", "Ética y socialismo", "Marxismo y darwinismo".

Este estudio traducido por Laín Diez, “La Filosofía de Lenin”, es un conjunto de importantísimas consideraciones críticas sobre los fundamentos filosóficos del leninismo. Estudia los aspectos esenciales del marxismo, el materialismo burgués, las doctrinas de Dietzgen (adepto a las doctrinas sociales de Marx) y en lo filosófico pensador independiente de grandes condiciones, a Mach y Avenarius contra quienes polemiza Lenin en su obra capital: “Materialismo y Empiriocriticismo”, para entrar, a continuación, al análisis detenido de las doctrinas filosóficas leninistas. Pannekoek somete a una aguda crítica a Lenin y le comprueba algunas desviaciones que han repercutido hondamente en la acción del gran agitador y del comunismo y, luego, en la revolución rusa y en la realización soviética, hasta llegar a afirmar que el marxismo de Lenin y del partido bolchevique es una leyenda.

Y tal afirmación se demuestra prácticamente en el régimen soviético iniciado por Lenin y consolidado por Stalin, reñido profundamente con las grandes directivas marxistas.

Es un libro de interés y actualidad por su afán polémico de alto rango y por su espíritu esclarecedor y deshacedor de mitos perjudiciales.

El Mariscal Foch y la frontera del Rhin[97]

Hace poco leímos "Foch", grueso volumen biográfico realizado por el General Weygand, estratega famoso y miembro de la Academia francesa, puesto que es también, un ilustre escritor.

Son conocidas sus obras: *Turenne*, *Histoire de l´armée française* y *Le 11 novembre*.

Esta obra es el mejor estudio biográfico del genial vencedor de la guerra mundial de 1914-1918 y lo ha hecho con el afecto y veneración del colaborador constante e inteligente que fuera Weygand, quien estima que el honor y felicidad de su vida son haber servido bajo un hombre como Foch. Su temor al realizar la biografía que comentamos es el de ser inferior a su tema, pero una vez que terminamos de leerla comprendemos que ese temor es infundado, pues en ella ha sabido presentarnos a Ferdinand Foch tal cual era: un soldado en quien la inteligencia y el saber se unen a la intrepidez moral y a una potencia sin igual de carácter.

De ahí que fuera un soldado firme e inquebrantable que se impuso a todos obstáculos y condujo a la victoria a los ejércitos aliados.

Weygand, ha conocido a Foch mejor que nadie, por cuanto fue llamado a su lado en agosto de 1914, en calidad de Jefe de Estado Mayor, y no lo abandonó hasta abril de 1923. Lo sirvió durante toda la guerra y mientras se construía laboriosamente la paz.

Foch fue un gran soldado y un ejemplar ciudadano. Pocos conductores han calado más profundamente en el conocimiento del corazón humano; supo afrontar los reveses y lograr las victorias decisivas, pero, además, puso lo mejor de su acción y prestigio en encontrar y asegurar la paz y la seguridad de Francia, finalidad en la que fue vencido por los intereses políticos y las rivalidades nacionales. Sin embargo, a pesar de su derrota en este campo, sus ideas sobrevivieron y, después del desastre de 1940, nuevamente están a la orden del día: lograr que el Rin sea defensa del mundo occidental. Foch nació en los Pirineos (Valentine: Haute Garonne). Pasó por la Escuela Politécnica y por la Escuela Superior de Guerra. Luego, integró el Estado Mayor del Ejército y fue profesor de Historia militar y Táctica general en la Escuela de Guerra. Sus lecciones constituyeron dos libros: *Principes de la Guerra* y *La conduite de la guerre.*

Al estallar la guerra de 1914 se distinguió con el XX Cuerpo en la batalla de Morhange (batalla de la frontera de Lorena) y poco después como jefe del IX Ejército en la batalla del Marne. Apenas había terminado la batalla supo la muerte de su hijo, y la de uno de sus yernos, caídos en Longwy, el 22 de agosto de 1914.

Fue designado Adjunto al Comandante en Jefe para coordinar la acción de los Ejércitos del Norte y como tal ganó la famosa *mêlée des Flandres*, o sea, la batalla del Isère, 18 al 31 de octubre, y la batalla de Ypres, del 21 de octubre al 12 de noviembre de 1914. Con esta victoria, Foch salvó las ricas regiones del norte de Francia; los puertos del Canal que comunicaban con Inglaterra; a esta nación de una amenaza grave, y permitió a los belgas que se mantuvieran dueños de una porción de su patria; asimismo, al ocupar a

[97] Atenea n°286 (1949)

inmensas fuerzas alemanas, permitió descongestionar el frente ruso, cancelando la similar actitud de los ejércitos moscovitas en los comienzos de la conflagración, lo que influyó en la victoria del Marne.

En 1915 y 1916, Foch ejerció el comando del grupo de Ejércitos del Norte, donde le correspondió dirigir las ofensivas de Artois, para ayudar una vez más al frente ruso, y del Somme, para aliviar el frente de Verdún. En 1917 cayó en desgracia, junto con su jefe el General Joffre. Este fue elevado a la dignidad de Mariscal, sucediéndole en la jefatura de las tropas el general Nivelle. Foch fue destinado a estudiar el plan H, relacionado con la eventual violación del territorio suizo, suposición que Foch rechazó considerando, en cambio, la posibilidad de un ataque a Italia, tal como se produciría más tarde, en 1917, (desastre de Caporetto).

El general Nivelle fracasó en forma cruel. El 11 de mayo de 1917, Foch fue nombrado jefe del Estado Mayor General y a fines de ese año, en octubre, roto el frente italiano, debió trasladarse allá para ayudar a conjurar el desastre. El año 1917 fue calamitoso para los aliados, debido, principalmente, al cambio del Alto Comando en los momentos que tenía preparada una colosal ofensiva, aprovechando la delicada situación de las fuerzas alemanas: impotentes ante Verdún y rechazadas en el Somme, lo que redujo a una gran debilidad como lo demuestra su repliegue estratégico y el intento de negociar una paz blanca. Según Foch, ese año pudo ser decisivo en favor de los aliados si se deja que Joffre llevara a cabo su gran plan de operaciones. En cambio, con Nivelle se provocó una grave derrota y una crisis sumamente peligrosa en el ejército, lo que Alemania aprovechó magníficamente, logrando algunas victorias resonantes.

El año 1918 se inició amenazador. Alemania estaba libre de preocupaciones en el este, por el derrumbe de Rusia, y a pesar de la declaración de guerra de los Estados Unidos, no era una amenaza efectiva aun, pues su ejército no estaba preparado. Foch advirtió el peligro de la situación y expuso sus ideas para conjurarlo: unidad de acción, nuevas tácticas de lucha y nuevas armas; sobre todo lucha por lograr la unidad de comando, pues de lo contrario estima que no se puede resistir a los poderosos ejércitos alemanes dirigidos por Ludendorff. La ofensiva de Alemania, desatada el 21 de marzo, le da la razón. Ante la crítica situación que provoca, en la reunión de Doullens, el 26 de marzo, se asegura la unidad de comando, designándose a Foch para coordinar la acción de los ejércitos aliados del frente occidental; el 15 de abril fue nombrado General en Jefe de los Ejércitos Aliados en Francia y en mayo se le extienden sus poderes a Italia. Después de una enconada batalla, Foch logró hacer triunfar su teoría del Comando único y se impuso él, porque era el jefe por excelencia, por su espíritu combativo, su tenacidad, su clarividencia y su voluntad inquebrantable de vencer. Sus disposiciones rápidas permitieron resistir victoriosamente la formidable embestida de Ludendorff, contenerla y, luego, desencadenar el contraataque general que aplastaría a los ejércitos alemanes.

En la batalla de Francia, Foch mostró su capacidad superior y su habilidad para despertar el espíritu de lucha de los ejércitos francés e inglés, a la vez que desarrolló su genial visión militar al resistir el empuje alemán y darse tiempo para preparar las unidades que llevarán a cabo la contraofensiva que le permitirá conquistar la victoria desde julio-agosto de 1918.

A través de su comando, Foch demostró que no era un intuitivo, como algunos lo han motejado, sino que un racional de alto vuelo y un trabajador metódico e infatigable. Su conducción victoriosa de la guerra fue la culminación de 35 años de estudios obstinados y de labores inmensas.

El 7 de agosto de 1918 se le confirió el bastón de Mariscal y el 8 de agosto, al desatarse una poderosa contraofensiva en el sector inglés, se logran las primeras victorias decisivas. Ludendorff escribirá más tarde: “El 8 de agosto fue un día de duelo para el ejército alemán”, como, igualmente, lo fue el 20 de agosto al desatarse la contraofensiva en el sector francés. En el desarrollo de la batalla de Francia, Foch no se obstinó nunca en una sola dirección; amplía siempre la batalla por sucesivas acciones de ala, pues no busca la ruptura de una parte del frente, sino que la batalla general y así condujo las operaciones hasta el 11 de noviembre en que los alemanes firmaron el armisticio que habían solicitado desde el 4 de octubre. Foch fue el jefe en grado supremo y supo obtener una disciplina activa y viril, base fundamental de su éxito.

Los expertos alemanes han expresado que en 1918 no fueron batidos, pero lo cierto es que cuando “se sintieron incapaces de detener la ola victoriosa de los aliados, los jefes de Alemania quisieron evitar que los ejércitos enemigos entraran combatiendo en el territorio del Reich. Temían ver las regiones alemanas invadidas, sufrir la suerte que ellas habían impuesto implacablemente a los países ocupados y sobre todo se reservaban, disfrazándole la visión directa del desastre, la posibilidad de actuar sobre la credulidad disciplinada de su pueblo y de construir el mito de la Alemania no vencida”.

Joffre y Foch fueron los grandes jefes militares de la primera guerra mundial. Foch reconoció siempre que Joffre fue el vencedor del Marne, Isère e Ypres, en 1914, victorias con las cuales rompió el plan inicial de Alemania, y que nadie hubiera sido capaz de lo que él había realizado. Sus fuertes espaldas habían soportado entonces el destino de Francia. En cuanto a sus enemigos, Foch estima que es una de las razones fundamentales por las cuales se hundió Ludendorff fue su desenfrenado totalitarismo, que lo llevó a mezclarse en los asuntos políticos y, en general, en todas las actividades de Alemania. En cambio, en el lado de los aliados, los jefes políticos gobernaban y los jefes militares solo comandaban. Es cierto que al comienzo la falta de un comando único puso a los aliados a dos dedos del desastre, pero Foch se levantó contra esa falla y la conjuró.

En Foch sobresalen dos sentimientos, que son los elementos esenciales de su temperamento guerrero y que marcaron los actos de sus comandos: la voluntad ofensiva y el sentido de la solidaridad, aplicado con estricta objetividad e imparcialidad. Para Francia la victoria de Foch en 1918 le significó ganar un triunfo fundamentalmente francés por el espíritu y grandeza de sus sacrificios y no una victoria anglosajona como lo habría sido en 1919. Si genial fue la actuación de Foch en la victoria militar, su actuación por asegurar la paz es, tal vez, de mayor trascendencia para los destinos, del mundo.

En las largas negociaciones del armisticio, los alemanes maniobraron con habilidad al solicitar a Wilson el fin de la guerra, de tal suerte que Estados Unidos se colocara como árbitro en vez de beligerante aliado. Cuando se le pidió a Foch que expresara si aceptaba el armisticio, exclamó: “Yo no hago la guerra por hacerla, sino para obtener resultados. Si los alemanes firman un armisticio en condiciones estimadas necesarias para garantizar esos resultados yo estoy satisfecho. Nadie tiene el derecho de prolongar por más tiempo la efusión de sangre”.

En la discusión del Tratado de Paz, Foch, como Generalísimo de los Ejércitos Aliados, intervino extensamente en dos asuntos: Estatuto Militar de Alemania y frontera del Rin.

En lo que respecta al Estatuto Militar, aunque severo en apariencia, en el fondo no fue otra cosa para Alemania que la base excelente para la formación de cuadros altamente entrenados. Y en cuanto a la entrega del material de guerra no hizo más que desembarazarse de todo su material ya anticuado.

En cuanto a su lucha por la frontera del Rin, Foch manifestó en parte su pensamiento en una nota del 28 de noviembre de 1918, al indicar las condiciones para lograr la ejecución completa de las condiciones del Tratado. Lo desarrolla ampliamente en dos Notas oficiales: 1° A los Plenipotenciarios de las Potencias aliadas, el 10 de enero de 1919, en su calidad de Mariscal Comandante en Jefe de los Ejércitos Aliados. En esa nota, Foch coloca el problema de la frontera occidental de Alemania, desde el punto de vista de la segundad de las potencias aliadas.

No examina ahí la cuestión de las fronteras de Francia o de Bélgica, sino que la garantía europea, colectiva, internacional, necesaria al conjunto de las naciones aliadas. Según esa nota, Foch deseaba que el Rin fuera la frontera occidental de los pueblos alemanes, privados de toda entrada y bases en la orilla izquierda, pues de otra manera tendrían siempre todas las facilidades para invadir sin dificultades Francia y Bélgica, ganar las costas del mar del Norte y amenazar a Inglaterra. Deseaba que en esa zona se constituyeran estados autónomos administrándose ellos mismos. Jamás pidió la anexión de tales territorios. Reclamó el Rin como frontera del Reich alemán, no como frontera de Francia. Para afirmar su tesis recuerda como desde los Tratados de 1815, que habían dado a Prusia el país de la orilla izquierda del Rin, ésta no había cesado de perfeccionar las organizaciones para hacerla la base de partida contra Francia, lo que había sucedido en 1870 y en 1914. Por eso Foch estimaba fundamental para la paz de Europa la neutralización de los territorios renanos y la guardia cuidadosa de los pasos del Rin. Y, proclamaba solemnemente que la seguridad y la paz estaban contenidas en las medidas que propiciaba. Este ideal de paz no sería realizable más que al abrigo de las medidas de seguridad expuestas, de lo contrario “la civilización será puesta en peligro por una mueva agresión germánica, que esta vez no podrá ser detenida a tiempo”. (Impresionante vaticinio de lo que Hitler llevará a cabo en mayo de 1940). 2° Nota del 31 de marzo de 1919, en la que recuerda la necesidad para las potencias occidentales de tener como frontera militar una barrera natural que detenga “La invasión germánica de 70 millones de individuos más o menos, que puede, además, ser aumentada por una masa eslava de una cifra más elevada” y la insuficiencia de cualquier otra medida por ineficaz o por el tiempo que demoraría en actuar.

Esta medida demorosa en actuar a que alude Foch es la promesa de una alianza hecha por Estados Unidos e Inglaterra por cuanto estimaba que una alianza americana, por muy leal que fuera, sólo aportaba una ayuda tardía. En cambio, la neutralización de las provincias renanas, el control de los pasos de Rin, consolidadas por una fuerte alianza, eran una garantía efectiva, segura y factible. La no adopción de estas medidas significaría: “nuevamente la Bélgica y el norte de Francia transformados en campos de batalla, en campo de derrota, es el enemigo alcanzando pronto las costas de Ostende y de Calais, los mismos países arrasados una vez más. Si en 1914, nosotros pudimos resistir el tiempo necesario para que Inglaterra pudiera preparar sus grandes ejércitos, si pudimos resistir en el Mame, en Arras, y finalmente, en el Iser, es que Rusia, de su lado, retenía una parte considerable de las fuerzas alemanas, invadía Silesia y amenazaba Berlín”. Y en razón de tal argumento “Renunciar a la barrera del Rin es admitir esta monstruosidad inimaginable que, aunque batida, Alemania cubierta de sangre y de crímenes, la Alemania responsable de la muerte de millones de seres humanos, la Alemania que quería destruir nuestro país y dejarlo en ruinas, la Alemania que pretendía dominar el mundo por la fuerza, sería mantenida todavía, por

nuestro abandono voluntario del Rin, en la posibilidad de recomenzar sus empresas, como si hubiera sido victoriosa".

El Mariscal no fue escuchado y los tratados de paz no contemplaron las efectivas medidas de seguridad para Francia y para el Occidente, defendidas ardorosamente por Foch. La razón que le asistía para pedir medidas concretas de seguridad, y no basarse en vagas promesas de alianza, quedó de manifiesto cuando el Senado norteamericano no ratificó la obra de Wilson e Inglaterra se hizo la desentendida de sus compromisos.

De tal suerte la paz significó para Francia: 1) una frontera de vencida, la de 1815, rota a gusto; 2) una industria arrasada, en frente de una intacta, muy adelantada para la batalla económica del porvenir; 3) la nación más endeudada y cargada de compromisos que sus enemigos. Las ideas de Foch se perdieron, principalmente, en la indiferencia de Inglaterra satisfecha con las colonias de Alemania y con la destrucción de su escuadra. Así rehusó a Francia las condiciones indispensables a su seguridad por temor de una Alemania demasiado débil en frente de una Francia demasiado poderosa. Sólo más tarde Poincaré reconoció, al recibir a Foch en la Academia Francesa, la justeza de su posición: "No estaba en vos hacer la paz. Teníais, sin embargo, el derecho de decir lo que, según vos, debía ser la paz para impedir mejor la reiniciación de la guerra... Deseamos que el mundo no tenga jamás que arrepentirse de no haberse inspirado más que incompletamente en vuestro criterio".

Las advertencias de Foch tuvieron una trágica realidad en la acción de Hitler y el nacismo desde 1935 en adelante. Y en 1940, Francia e Inglaterra, pagaron con espantosas desgracias su miopía e incomprensión de 1919.

Y, ahora, al término de una nueva y gigantesca conflagración, eliminado el secular peligro alemán, se alza más ávido y tremendo el peligro eslavo-soviético. El mundo occidental no tiene otra barrera firme para contenerlo que la del Rin, tan defendida por Foch.

Las naciones aliadas no pueden olvidar que su seguridad está en las márgenes de ese milenario río, que, desde antes de Cristo, ha sido la frontera entre la barbarie y la civilización. El Pacto reciente de las naciones europeas occidentales: Benelux, Francia e Inglaterra, tiende a lograr el propósito de Foch; en este instante frente a la voraz URSS, de mantener el Rin como frontera y así tratar de contener la masa eslava que ha reemplazado a la masa germánica en su expansión hacia el Oeste.

Una frontera natural poderosa, unida a una economía fuerte y a armas nuevas, son las garantías de la seguridad de la civilización occidental. El Rin, la rehabilitación económica del occidente europeo, el desenvolvimiento económico de América Latina y la atómica, son las garantías de que el mundo no caiga desbordado por las masas eslavas y asiáticas, reeditando la trayectoria de Genghis-Khan y Tamerlán.

Foch, Mariscal de Francia, de Gran Bretaña y de Polonia, que condujo a la victoria los ejércitos aliados; para la defensa del Derecho, fue de esos hombres que hacen honor al hombre. Si su vida estuvo consagrada por entero a Francia no es menos cierto que sirvió con igual decisión los valores universales de la Humanidad y del Espíritu. Foch decía que "por encima de la tierra está la paz" y que nadie puede apartarse de la ley moral de sociedades hechas de respeto al individuo y a los principios de libertad, igualdad y fraternidad. Tal es la enseñanza y ejemplo de su notable existencia.

Fantasmas necesarios de Juan Tejeda[98]

La Editorial Nascimento ha iniciado una nueva colección literaria, exclusivamente chilena, en la que se publicarán novelas y cuentos. “Araucaria” es el símbolo que cobija a esta oportuna serie y expresa con exactitud su carácter y raigambre criollas.

La primera obra aparecida en esta sugerente Colección Araucaria es la de Juan Tejeda: “Fantasmas Necesarios” (novela para tímidos). Próximamente conoceremos libros inéditos de autores jóvenes y de escritores consagrados, en democrático contubernio. Así sabemos que saldrá una obra de Marta Jara: “El vaquero de Dios”, prometiendo ser una magnífica revelación; de Nicomedes Guzmán, autor de varias obras de recia contextura social; de Francisco Coloane, quien desde hace tiempo trabaja en un tema magallánico de grandes posibilidades. Junto a estos jóvenes artistas aparecerán las figuras proceres de Joaquín Edwards Bello, Mariano Latorre y Luis Durand.

La Colección Araucaria, tanto por la calidad de las firmas que incluirá como por su esmerada presentación material, estará llamada a cumplir un rol destacadísimo en la producción literaria nacional y a señalar un hito de superación en nuestra industria editorial.

El primer volumen, la novela “Fantasmas Necesarios”, es demostrativa de una singular personalidad. Su autor, Juan Tejeda, era hasta este instante desconocido como novelista. Sin embargo, para muchos es familiar su pseudónimo Máximo Severo, popularizado en la página principal del diario “La Nación”. Máximo Severo es un humorista que, en breves sentencias, o en crónicas de cierta extensión, con relativo ingenio, enfoca problemas y situaciones del momento. En este plano humorístico guarda marcada analogía con el popular César Cascabel, escritor que, en años ya lejanos, y en el mismo diario, se destacó como un humorista cáustico, de grandes recursos y de innegable talento.

Juan Tejeda, dejando de lado la personalidad periodística de Máximo Severo, nos proporciona su novela para tímidos “Fantasmas Necesarios”. Es una obra breve, de estilo sobrio y directo, ágil y desenvuelto, densa en buceos psicológicos y en cuadros de despiadada crítica social. A través de la descripción de las tribulaciones espirituales de Alejo Moreno, realizada por la exposición exacta de sus angustiados soliloquios, durante un movido día de su existencia, nos introduce en su compleja y revuelta vida interior, tornadiza y dramática, vida limitada aunque intensa, propia de un estudiante universitario que pasa por la edad y trance en que su propio cerebro es “el centro del mundo”; nos presenta un cuadro familiar curioso y enredado, del cual el joven Alejo es unidad de importancia; y, además, nos describe en pinceladas breves y afortunadas, zonas del marco ambiental en que se mueve este personaje, con observaciones agudas y reflexiones inteligentes. A lo largo de su desarrollo la novela mantiene el interés del lector en razón de su técnica dinámica y rica en matices, por sus felices aciertos analíticos y por los originales juicios de todo orden que formula el joven Alejo. La novela de Juan Tejeda se destaca por su novedad temática y por su estructura, que guarda semejanza con las buenas novelas europeas modernas.

Los soliloquios de Alejo Moreno nos permiten conocer los problemas que lo atormentan, el carácter de sus hermanos y de su padre, y los sucesos más sobresalientes de su familia, aplastada por el “fantasma del silencio”. Este fantasma los mantiene replegados en sí mismos, cada uno alejado del otro, sin

[98] Atenea 287

comunicación afectiva ni el menor asomo de una inquietud comprensiva. Viven en proximidad material, diana y rutinaria, pero espiritualmente extraños e impermeables. En este medio familiar se forman y nutren los fantasmas que persiguen y agobian a Alejo Moreno y a los cuales se agregan los que su espíritu observador y crítico capta y absorbe en la realidad social que le rodea, tan pobre y chata como la de su familia. Es cruel, pero exacta, la disección que en vanas páginas lleva a cabo de la clase media, mezquina y egoísta, clase numerosa que ha impuesto su sello estrecho y sin idealismo a la sociedad actual. "Vio casas de huéspedes detrás de cuyas puertas salían hijas que se miraban de especial manera con los pensionistas; vio esposos confundidos en una rara hermandad. Vio miserables oficinistas trabajando atados a un reloj de control para ganar más y pavonearse mejor, con satisfactorio orgullo; vio pálidas, humildes muchachitas privándose del alimento para ataviarse y atraer... Anduvo una cuadra por Huérfanos. Era continuación de Cienfuegos en su palidez y monotonía, esta calle venida a menos, con grandes edificios antiguos que habían sido mansiones y ahora eran casas de pensión que ocultaban el palpitar de una clase media timorata, vulgar y detestable en sus ambiciones siempre moderadas, en ese saberse poner siempre donde le corresponde, *hablando de la pobreza de cuello blanco* y siempre ávidamente pronta a subir en la escala económica. Alejo sintió odio contra la clase media, hecha de buenas gentes sin personalidad, caparazón amortiguador de las clases altas; conscientes de su propia medianía, de la que han hecho una virtud casera y conveniente. Pero la gran mayoría era compuesta por gente igual; por números; tres podían salir y tres entrar, lo mismo daba. Era falta de espíritu; eran cuerpos que manifestaban la corporal presencia de la clase media, adoradora del dinero y del éxito".

"Fantasmas Necesarios" de Juan Tejeda es una novela de indudable originalidad en la reciente literatura nacional por su tema y técnica. Es una novela para público inteligente.

Reportajes de Pío Baroja[99]

Don Pío Batoja acaba de agregar el tomo VI a sus Memorias, bajo el título de REPORTAJES. En este volumen nos confiesa que ha tenido gran afición por el reporterismo de carácter semi geográfico, semi social, no habiéndole interesado el de carácter político, estético y arqueológico. El definido gusto reporteril de Baroja guarda conexión precisa con su constante pasión por los viajes y su perenne callejear por barrios y afueras de las distintas ciudades en que ha vivido o que ha visitado. En estos "Reportajes" incluye varios de interés, que exhiben muy claramente sus aficiones y sus cualidades de escritor vivo y curioso.

En el primero, sobre "lo que desaparece en España", hace un análisis de los usos y costumbres que han desaparecido, o variado, en la península, provocando con ello, una verdadera transformación de sus hábitos más pintorescos. Así registra la eliminación de los aguadores, pescaderos o maragatos, memorialistas, hombres de "do-re-mi-fa-sol" (llevaban a cuestas una porción de instrumentos musicales), charlatanes, santeros, peregrinos, curanderos, tipos extravagantes, pregoneros, que anunciaban ingeniosamente sus mercaderías o que recitaban romances de asesinatos en ferias y villorrios, la literatura de cordel (llamada en forma tan extraña porque se imprimía en pliegos que se anunciaban para venderlos doblados sobre un bramante) y los cambios de la indumentaria tradicional en campos y ciudades. La parte más extensa de este primer reportaje está dedicado a recordar, describir y comentar todo aquello que tenía más carácter en el Madrid antiguo. Y acopia observaciones sabrosas y detalles pintorescos. Calles,

[99] Atenea N°287

paseos, fuentes, parques, palacios, negocios, letreros curiosos, datos históricos relacionados con algún edificio o sector, teatros, fiestas, librerías de viejo, tipos raros, todo está visto con simpatía y expuesto con ingenio.

En el reportaje sobre "Música Callejera" realiza una verdadera antología de la música popular española de su tiempo, reproduciendo numerosos trozos de romanzas, tangos y cuplés diversos, y traza una silueta del maestro Chueca, autor de música alegre y ligera, que fue "como el alma del Madrid sonriente y sin encono, del siglo XIX". "La gran vía" es una de sus zarzuelas que siempre se oye con agrado.

"Don Salvador" es un reportaje biográfico-literario, hecho por Baroja sólo a causa de su interés por la gente que pasa, por el hombre sin historia, cuya personalidad quisiera fijar como un naturalista una especie nueva o una variedad desconocida. "Ha contemplado uno durante largo tiempo un tipo extraño, raro, misterioso. Hemos hablado con él. Hemos oído sus fantasías, le hemos dado algunas bromas. Un día hemos sabido su muerte, y entonces la curiosidad nos asalta. ¿Quién demonios era este hombre? ¿De dónde venía? ¿Qué vida llevaba?" Es lo que le sucedió a Baroja con don Salvador Borbón y llevado por su insaciable curiosidad, trata de reconstituir su vida y de verificar su borbonismo. Tal empresa le permite escribir amenas páginas, plenas de detalles sugestivos y amables, y desenvolver las más extrañas complicaciones y relaciones. Concluye afirmando que en su vida y en sus asuntos, don Salvador "era un fantástico, con un fondo de mitomanía y de afán por lo fabuloso".

Es de evidente atractivo su reportaje sobre don Sebastián Iradier y Samaniego (1807-1865) el alavés oscuro, desconocido, que pasó por el mundo como un bohemio, dejando por donde fue "una sonrisa y una canción", y de quien se cantan diariamente sus populares habaneras, "La Paloma", y, a través de la famosa ópera "Carmen" de Georges Bizet, la hermosísima *"L'amour est enfant de bohéme"* que se la apropió, sin mayor escrúpulo, el genial compositor galo. Iradier fue amigo de escritores, músicos y artistas famosos; de cantantes y actrices notables y de la emperatriz Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III. Tocaba varios instrumentos musicales e improvisaba con facilidad seguidillas, boleros, canciones de todas layas. Fue un dandy vasco, un tanto trovador, amigo de las luces brillantes.

Para los que hemos leído las "Memorias de un hombre de acción" es de particular agrado su reportaje sobre la "expedición de Gómez". Aquí relata la más curiosa de las operaciones militares de la primera guerra carlista. En efecto, don Miguel Gómez y Damas, militar celebérrimo, durante medio año trazó las más caprichosas vueltas y revueltas sobre el mapa de España, cruzándola, en permanente zigzag, desde el país vasco hasta la tierra andaluza, para regresar a la región de partida, después de librar batallas, emboscadas, asaltos, saqueos y cometer diversas fechorías. Baroja repitió en auto el complicado itinerario del jefe carlista, lo que le permite trazar animados cuadros de toda una zona de España, mezclando las visiones actuales de los diversos lugares con los datos históricos de las marchas y contramarchas de las fuerzas facciosas. A sus agudas miniaturas paisajistas y a sus datos curiosos, agrega fragmentos de algunos de sus romances y de coplas populares. Este reportaje histórico- geográfico-literario lo lleva a cabo, Baroja, con gran habilidad, por cuanto, a raíz de su novelación de la azarosa existencia de don Eugenio de Aviraneta, el gran conspirador de la época de la guerra civil carlista conoce de primera mano todas las peripecias y los vericuetos de esa etapa tumultuosa y romántica de la vida española.

En su reportaje final incorpora las siluetas de diversos tipos oscuros retratados en sus rasgos curiosos. Varias de éstas ya estaban incluidas en obras anteriores. En la séptima semblanza, titulada "El cura de

Hamburgo", analiza brevemente el conocimiento que tuvo, en ese puerto alemán, de un vasco que había colgado la sotana y vivía dando clases de castellano. Según relata Baroja, este vasco habría logrado que Casanella, asesino de Dato, pasara a Rusia, según su propia confesión. Baroja al mencionarlo hace hincapié en que es judeo-filo y filo-semita. Por uno de esos extraños avatares de la vida tuvimos el extraordinario placer de conocer a este excura vasco. Era un hombre de estatura más que mediana, de facciones regulares y simpáticas. Vivió largos años en Alemania y Francia. Cuando se produjeron los sucesos de 1939 se vino a América y, luego, se radicó en Chile, donde le tratamos.

En nuestras conversaciones recordamos este incidente con Baroja y nos contó que con motivo de la publicación que hiciera el gran novelista relatando su actuación en la fuga de Casanella, él entregó un artículo contestándole, en donde con el ánimo de molestarle, desarrolló una tesis muy doctoral tratando de demostrar que Baroja no era auténticamente vasco, sino que descendiente de judío. De ahí que Baroja herido por este análisis genealógico lo trata de filo-semita.

Hace ya algunos años que no hemos vuelto a saber de este simpático y curioso vasco, contra quien las emprende don Pío, después de haber sido, según creo, su acompañante en una gira que llevara a efecto por el norte de Alemania y Dinamarca.

En este ameno tomo de "Reportajes", Baroja anuncia un nuevo volumen de Memorias: "Bagatelas de Otoño".

Primer consejo a los arcángeles del viento[100]

Alfonso Calderón, joven poeta de Temuco, actual estudiante de Castellano del Instituto Pedagógico acaba de publicar su primer libro. El título "Primer Consejo a los Arcángeles del Viento", un poco rebuscado, pero claro exponente de la tendencia modernista de la mayoría de los noveles escritores nacionales, refleja, por un lado, cierta tendencia a la madurez; por el otro, la natural exposición lírica de su autor. La oscilación espiritual que se advierte en el título se acentúa más francamente en el contenido de las breves poesías. Estas se inician con cuatro versos de Vicente Huidobro, en los cuales se manifiesta una original reflexión sobre la vida, ligada emocionalmente a la muerte. Un sutil hálito de melancolía conmueve al poeta sureño en presencia de la vida. Versos tranquilos, algo forzados a veces, con toques paradojales, libres, certeros también, con tintes de novedad: "luna efímera", "rosa de escarcha", "pez de magnolia", "espuma amarillenta de las lágrimas", "...silencio hermoso como la delirante soledad de una tormenta", "... calor infinito escondido en la nieve". Junto a la soledad sin ruido del poeta, un juvenil sensualismo (muslos, besos, bocas) corre a parejas. La segunda parte, precedida por una cita de Pedro Salinas, está dedicada a Anita, "habitadora pertinaz de los sueños".

La forma esquemática, conceptual, se aproxima bastante a la producción tan característica del bardo español. Salvando las necesarias distancias, Alfonso Calderón ha sabido influenciarse, tal vez, inconscientemente, con algunos de los puros metales de Salinas. Finalmente, Pablo Neruda, en la tercera parte, sirve de pórtico a este joven poeta de La Frontera. Se acentúa la nota desolada de su emoción, con descuidos formales lamentables: "tal la luz que un día acarició", "Tal la tristeza ciega", "El sol caía tal alba entre las hojas", "tal espuma interpretada en sabor". Pese a esto, no se podrá desconocer la sincera

[100] Atenea N°287

inspiración de Alfonso Calderón, su precoz, aunque trabajada madurez de sentimiento, la tersura no escasa de sus versos, la límpida emoción frente a lo bello. Del primer libro de un joven no se puede exigir más. Atisbos y promesas que podrán mejorar en estimables frutos de verdadera creación, con contenido, si se sabe aprovechar la inspiración moldeada duramente por el tiempo.

Revistas chilenas[101]

OCCIDENTE, revista mensual de información y cultura, ha cumplido cinco años de vida. El número 44, correspondiente al mes de abril, está consagrado a conmemorar tan significativa fecha. Durante este lapso de existencia. Occidente se ha acreditado como una magnifica revista que ha sabido presentar y estudiar los grandes problemas filosóficos, económicos, sociales, políticos y literarios que interesan al hombre de nuestra época, con un criterio amplio, serio y crítico. Es así como ha merecido su especial consideración el enfoque de los acontecimientos que afectan al mundo en su totalidad y el análisis detenido de los asuntos de nuestro Continente.

En cuanto a la orientación perseguida por la directiva de Occidente, es preciso destacar ejemplarmente, el espíritu genuinamente democrático que la ha guiado, hasta hacer de sus páginas una tribuna ideológica en la que la verdad, la tolerancia y el criterio científico se confunden en una maciza trama para definirla y caracterizarla.

Su director, el señor Armando González Rodríguez, y el equipo de redacción asesor, se han demostrado eficientes y expertos realizadores de esta importante empresa, de tan difícil éxito en nuestro país.

El número 44 trae, como de costumbre, un variado material de ensayos, firmados por diversos escritores y estudiosos de categoría, pero, además, es del caso señalar el valioso trabajo realizado por su director al incorporar un doble índice, de autores y de materias, que abarca los cinco años de vida de la revista. Es un esfuerzo digno de aplauso, que constituye toda una norma para las revistas que se publican y se publiquen. Destacamos este trabajo como un acierto de Occidente y deseamos que se imite y generalice por los resultados provechosos que determina.

Los índices señalados nos permiten darnos cuenta, objetivamente, que el número y calidad de los colaboradores de Occidente es respetable y que es, del mismo modo, inmensa la riqueza ideológica de sus ensayos y artículos, hechos que explican claramente la razón de su firme mantenimiento y de su influencia creciente en la cultura nacional.

Felicitamos a la dirección y cuerpo redactor de OCCIDENTE por el éxito que han logrado y le deseamos la continuación próspera de su trayectoria, de tanta resonancia para el pensamiento chileno.

BABEL es una revista de arte y crítica que se publica desde hace varios años. La dirige don Enrique Espinoza y colaboran con él, en la redacción y administración, los distinguidos escritores Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera, Laín Diez y Mauricio Amster.

Babel se destaca entre las revistas nacionales por su esmerada presentación, por la calidad y finura de su material, siempre escogido e interesante. Este criterio de selección se advierte en sus poemas, ensayos y artículos. Por otra parte, el espíritu que la anima y le da contenido de valer permanente, es su

[101] Atenea N°287

independencia ideológica y su tendencia crítica. En tal sentido cumple un rol único, dado el ambiente de partidarismo estrecho y de sectarismo que predomina en las diversas publicaciones de la época.

Es una extraordinaria hazaña que esta delicada revista se mantenga, por casi diez años, sin ayuda oficial ni privada de ninguna especie. Sólo existe por la acción desinteresada de su Comité directivo y por las suscripciones de numerosas personas de estudio, apreciadoras de su selecta calidad.

Sin reclame ni bullicio, Babel vive y entrega un mensaje de ideas y belleza, que ha logrado una densa gravitación espiritual. En sus páginas leemos excelentes escritos de González Vera, el fino y notable artista de "Vidas Mínimas" y "Alhué"; de Manuel Rojas, cuentista y novelista de recios perfiles en "Hombres del Sur", "Travesía", "Lanchas en la Bahía"; de Luis Franco, Enrique Espinoza, Laín Diez y numerosos escritores jóvenes de nuestro país y del extranjero.

Recientemente ha aparecido el número de Babel correspondiente al primer trimestre del presenta año (en su lucha por subsistir ha debido dejar de ser bimestral para salir cada tres meses) con vigorosas colaboraciones de los escritores arriba mencionados, de Richard Wright, notable novelista negro-estadounidense y de Horacio Quiroga.

León Blum escritor y político[102]

En la actividad de León Blum es preciso distinguir al escritor y al político. Su obra literaria ha permanecido ignorada, en gran parte, oculta por la acción política de primer plano que ha llevado a cabo durante varias decenas de años. Recientes ensayos crítico-biográficos han puesto de relieve ambas facetas de la vida intensa y dramática del gran dirigente del pueblo y del socialismo francés.

León Blum nació en París en 1872. Hizo brillantes estudios en los liceos Carlomagno y Enrique IV. Ingresó, a continuación, a la Escuela Normal Superior, pero fue la carrera jurídica la que lo interesó, en definitiva. Desde temprano demostró una gran inquietud literaria y resultado de ella es un modesto periódico *"La Conque"* ("La Concha"), aparecido a comienzos de 1891, en donde se publican los primeros versos de Paul Valery, poeta metafísico que llegará a ser miembro de la Academia y uno de los valores literarios de mayor categoría de Francia, y poemas de Pierre Louys y del propio Blum. Después de algunos pocos números de vida este periódico fallece para ser reemplazado por *"Le Banquet"* ("El Banquete"), donde Blum colaborará junto a Marcel Proust, Ferdinand Gregh, Jacques Bizet y Daniel Halevy. En seguida pasa a *"La Revue Blanche"* ("La Revista Blanca") en la que durante varios años tendrá a su cargo la crónica bibliográfica. Esta revista publica prosa y verso y en ella colaboran Paul Adam, Stephane Mallarme, Tristán Bernard y Emille Verharaen, caracterizándose por su espíritu ardiente, combativo y radical.

Con motivo del proceso Dreyfus, León Blum abandona su torre de marfil estética y literaria y, al igual que la inmensa mayoría de los escritores galos, se pone al lado de Zola y France con el propósito de obtener la revisión del bullado asunto. Toda la redacción de *"La Revue Blanche"* es dreyfusista y antimilitarista. Y Blum se señala como adepto colaborador, pleno de energías, de la actitud de Zola cuando se le intenta enjuiciar ante la Corte del Sena en vista de la osadía de su *"J´acusse"*.

[102] Atenea N°287

Fue a raíz de la tormenta desencadenada por el "affaire Dreyfus" que León Blum se puso en contacto con los jóvenes socialistas del Barrio Latino. En la librería Georges Bellais se reunían diversos estudiantes y normalistas, como Albert Thomas, Paul Langevin, Jean Perrin, Charles Andler, Hubert Lagardelle, Jean Longuet y Lucien Herr, entre otros. No son marxistas, sino socialistas a lo Jaurès. La librería Georges Bellais inaugura una "Biblioteca Socialista", con el objeto de editar obras de propaganda y de doctrina, estudios históricos y biográficos, reimpresiones y traducciones de libros socialistas importantes. Se dan a luz estudios de Vandevelde, Thomas y varios más. León Blum aporta dos pequeños volúmenes titulados: *"Les congres ouvriers et socialistes français, 1876-1900"* ("Los congresos obreros y socialistas franceses"), que son muy valiosos e indican su paso definido del individualismo al socialismo.

Olvidado el asunto Dreyfus, Blum volvió a sus afanes literarios especializándose en la crítica dramática y en la crítica literaria (primeros años de L´Humanité); y de este período provienen varias obras: "Au Théatre" (En el teatro) y "En Lisant" (Lectura), que suman cuatro volúmenes de crítica; las *"Nouvelles Conversations de Goethe avec Eckermann"* (Nuevas conversaciones de Goethe con Eckermann); un ensayo titulado *"Le Mariage"* (El Matrimonio) y un estudio sobre *"Stendhal et le Beyhsme"* (Stendhal y el beylismo).

En su obra "Nuevas Conversaciones" se imagina las charlas que Goethe, vivo aún en 1900, podría tener sobre los sucesos del día y sobre los más destacados de sus contemporáneos. Se expresa bastante maliciosamente sobre Barres, Jules Claretie y Pierre Loti; comenta los debates del Congreso Socialista celebrado en 1899 y nos participa la notable impresión que le causaron sus tres líderes: Jules Guesde, Jean Jaurès y Allemane. Este libro de Blum es la recopilación de crónicas satíricas, llenas de ironía.

En resumen, León Blum escritor nos ha entregado más de media docena de volúmenes, una docena de folletos políticos, algunos centenares de artículos críticos y algunos millares de artículos políticos, lo que constituye una obra regular y valiosa.

En cuanto a su labor política, León Blum cayó bajo la influencia avasalladora de Jaurès integrando la redacción de *L'Humanité* órgano periodístico del movimiento socialista francés hasta producirse la escisión de Tours, a consecuencia de la cual quedó en manos del sector que adhirió a la tercera Internacional y constituyó el Partido Comunista. Entonces los socialistas fundaron *"Le Populaire"* en el que aparecerá regularmente la colaboración de Blum. En 1914 fue Subsecretario del Ministerio de Obras Públicas y en 1919 era Jefe del Partido Socialista y el indiscutible sucesor de Jean Jaurès, su maestro. Dictó su programa y fue diputado en varias oportunidades: desde ese día no ha bebido nunca un vaso de vino y sólo ha comido verduras y pan blanco. En la Cámara se distinguió por su preparación y competencia. Tan es así que, en 1929, cuando volvió a ella, después de una breve ausencia, su formidable enemigo. Raymond Poincaré interrumpió un discurso para decir: "Bienvenido, señor. Hemos necesitado vuestra luz y consejo. Es un bien para Francia que hombres como vos, tengan asiento en esta Cámara".

A partir del año 1919 en que se incorporó a la Cámara Blum con su talento y su sarcasmo hiriente fue el terror de cada Premier francés cuya política no estuviera de acuerdo con la del P. S. Esto le suscitó el odio frenético de la extrema derecha reaccionaria y del nacionalismo jingoísta. Y es así como el miope Charles Maurras, que dijo, en 1914, poco antes del estallido de la primera guerra mundial, en su pasquín "Acción francesa realista" que debía dispararse doce balas sobre Jaurès (y quién cayó asesinado por un hombre cuyo extraño apellido era Villain), escribió, en *"Action Française",* en abril de 1935: "matemos a Blum, pero

por la espalda". En obedecimiento a su consigna, en febrero de 1936, cuando Blum regresaba de la Cámara, 200 *"camelots du roi"* accidentaron su coche y casi le mataron a golpes junto a su mujer. Charles Maurras que fue acusado judicialmente al día siguiente por instigar el asesinato, gritó: "Lamento el fracaso y me siento humillado al verme considerado sólo como un cómplice en este asunto". Blum se salvó y siguió leal a Francia y su pueblo. El furibundo Maurras traicionó a su patria para servir a Hitler durante el triste gobierno de Vichy.

Posteriormente, León Blum aceptó el cargo de Premier y subió al Poder como jefe del Frente Popular francés. Cuando asumió el Gobierno había un millón de obreros en huelga. Blum en una conferencia dramática, de doce horas, en la que se reunieron los jefes sindicales y los representantes industriales más conservadores y reaccionarios, logró un acuerdo que puso término a dicho movimiento e inició una verdadera renovación social del país por la dictación de una serie de leyes sociales que consideraban las más urgentes reivindicaciones del proletariado francés. De esta manera se modificó fundamentalmente la anticuada estructura económico-social francesa. León Blum fue un combatiente tenaz del fascismo y por ello concentró los ataques de ese sector. Cuando cayó Francia vencida por las huestes de Hitler, el "Atila Mecanizado", como lo denominara Blum, después de algunas vicisitudes, fue internado en uno de los numerosos campos de concentración alemanes, de donde fue libertado con motivo de la derrota de Alemania. Inmediatamente se reintegró a la política de su patria en la que nuevamente ha jugado un rol de primera magnitud, dadas su experiencia y capacidad inmensas y su recia gravitación intelectual y ética sobre el pueblo galo.

De esta época data un excelente libro de Blum: *"A L´echelle humaine",* escrito a fines de 1941, en las prisiones de Vichy. Algunos pocos ejemplares circularon clandestinamente, y solamente apareció en forma después de la liberación. Blum declara con impresionante franqueza: "*La genération a laquelle j'appartiens n´a pas reussi dans sa tache"* (La generación a que pertenezco no ha tenido éxito en su tarea) y su trabajo mira por eso, exclusivamente, al porvenir y está dirigido a la juventud. En esta obra insiste en el carácter profundamente democrático, moral y humano del verdadero socialismo: "Conciliar los derechos de los pueblos con la paz, los derechos del hombre con el orden, combinar la organización colectiva de la producción y del consumo con el desarrollo de las libertades personales tales son sus objetivos esenciales", según Blum. Y la razón le asiste desde que hemos visto tantas bárbaras degradaciones en nombre del socialismo, de tal modo que la asociación de los valores de justicia y de libertad debe ser considerada como un dogma fundamental del socialismo.

León Blum es un típico representante del socialismo humanista francés, elevado a cumbre señera por Jaurès, y su figura es inconfundible dentro de él, porque "es demasiado culto para amar la popularidad, demasiado honrado para ser demagogo y sagaz para ser un doctrinario".

En un reciente y luminoso informe sobre la esencia y porvenir del socialismo francés definía sus rasgos de la siguiente manera: "Somos el Partido Socialista y nuestro objeto es la transformación revolucionaria de la estructura social, es decir, del régimen de la producción y de la propiedad. Trabajamos por esa trasformación no solo en interés del individuo sino también en interés de la colectividad, porque nosotros consideramos ambos intereses absolutamente solidarios. Es esta transformación esencial de la estructura social, esta mutación, lo que para nosotros constituye la revolución. Creemos que esta transformación es revolucionaria, aunque se lleve a cabo por medios legales; y a la inversa, no sería revolucionario un

levantamiento popular victorioso que no buscara esa transformación social. Si luchamos por esta transformación no es sólo porque ella emana de una ley histórica, o porque traduce el progreso de las fuerzas de producción y de las relaciones sociales que esas fuerzas determinan, es también porque responde a un ideal de justicia".

La sociedad socialista, según Blum, no es el cuartel ni el convento; la igualdad no es la uniformidad y consiste, por el contrario, en colocar a cada individuo en su lugar exacto, en el puesto social que le conviene, en el que le asigna su vocación natural reconocida y cultivada por la sociedad misma. El socialismo no niega, sino que valoriza, desarrolla y trata de utilizar para el bienestar colectivo todos los méritos y originalidades personales.

Mientras "en el fondo del capitalismo está la negación del hombre" en el socialismo el individuo no es oprimido ni anulado; por el contrario, la finalidad última del socialismo es la liberación integral de la personalidad humana.

Estructura de nuestra economía, de Francisco A. Pinto[103]

El año pasado salió a luz el libro "Estructura de nuestra economía", impreso con su acostumbrado primor por Editorial del Pacífico, de nuestra capital. Esta obra se suma, con singular relieve, a los varios volúmenes de calidad conceptual que ha entregado esta joven y prestigiosa empresa. A pesar del año transcurrido desde su aparición, el ensayo que motiva el presente artículo no ha merecido comentarios periodísticos de consideración, como debiera haber sucedido, dado el interés extraordinario de sus diversos y nutridos capítulos, todos ellos de resonancias y gravitaciones actualísimas, en estos instantes en que se habla excesivamente del proceso de "revolución industrial" en que se encontraría empeñado el gobierno. Precisamente, el libro que indicamos hace un completo balance de la realidad económica nacional, a la vez que señala las líneas esenciales de una nueva política que permita una verdadera y fecunda "revolución industrial" chilena.

El autor, señor Francisco A. Pinto, se demuestra un experto conocedor del desarrollo histórico y del estado actual de la economía del país, del mismo modo que poseedor de un método lúcido de exposición y crítica. En la formulación de un plan económico moderno revela un criterio seguro y realista, resultado de una comprensión perfecta de la existencia y de las posibilidades de Chile y su pueblo. Por otra parte, la seriedad del trabajo cumplido por el señor Pinto se evidencia en la vasta y variada bibliografía que ha utilizado. Las mejores obras nacionales sobre la materia, las estadísticas oficiales, los informes a las Cámaras y sus debates, las memorias ministeriales, las obras de expertos y observadores extranjeros, las publicaciones de gobierno, todo ha sido consultado y aprovechado inteligentemente por el autor. Carecíamos de una visión de conjunto, seria y completa, de la realidad económica de Chile. Sólo existían libros parciales, o monografías limitadas, excelentes en su género, pero, de todos modos, restringidas (Fernando Illanes: "La economía chilena y el comercio exterior"; Ignacio Aliaga: "La industria del cobre; y la economía nacional"; Corporación de Fomento de la Producción: "Renta Nacional"; Ministerio de Agricultura: "Plan Agrario", etc.). La obra de F. A. Pinto llena el vacío anotado y nos entrega una síntesis vigorosa y acertada del proceso económico nacional en lo que es y en lo que debe ser.

[103] Atenea 287

Para nosotros ha sido de especial agrado la lectura de tan certero ensayo, pues lo hemos apreciado como el cuadro de concreción de los resultados a que hemos llegado en el análisis extenso, aunque sintético, del desarrollo económico-social de Chile, desde mediados del siglo XIX hasta 1938, cuando sube al poder la conjunción política del Frente Popular; análisis emprendido y llevado a cabo con el objetivo de poner de relieve el atraso económico pernicioso de nuestro país, el carácter heterogéneo de su estructura económica y el divorcio doloroso que existe entre las disposiciones de su avanzada legislación y la realidad efectiva de miseria y explotación, a la vez que el señalamiento de las causas y formas que han determinado el origen de tan lamentable trayectoria y panorama.

En este libro de F. A. Pinto, en un lenguaje moderado y sereno, está hecho el balance escueto, preciso y veraz, de la situación dramática del país como resultado de más de cien años de control de la 'vida económica por una reducida clase poseedora de los medios de producción, en su exclusivo y egoísta beneficio. Asimismo, están expuestas las líneas fundamentales de una nueva política económica, que, conociendo esta cruda realidad y abarcándola en su total complejidad, plantea reformas y medidas acertadas para iniciar la transformación y reestructuramiento económico-social de nuestra patria tras nobles perspectivas de grandeza material y bienestar colectivo.

En nuestro estudio sobre el desenvolvimiento histórico nacional llegamos a la conclusión que Chile no tiene una estructura económica y social homogénea, pues en ella se entrelazan las formas y relaciones de producción feudales, derivadas de la Conquista y Colonia, con las formas y relaciones de producción capitalista desarrolladas por la burguesía nacional y la penetración imperialista. Sus características son las de un país semifeudal y semicolonial. Subordinación de la economía del país a la minería, dominada en su casi totalidad por el capitalismo extranjero; atraso feudal de la explotación agraria debido al predominio del latifundio; industria reducida, localizada y de sostenimiento artificial, que no labora materias primas nacionales y vive a la sombra de aranceles prohibitivos, con una predominante tendencia monopolista; moneda en desvalorizaron constante, a causa de la errada política monetaria imperante: carencia de una acción económica coordinada y eficaz del Estado, son los rasgos que retratan justamente la economía nacional y de aquí que sea increíble el contraste existente entre el adelantado desarrollo jurídico-institucional del país con su atrasada y misérrima estructura económica.

El libro de F. A. Pinto desmenuza técnica y eruditamente cada uno de los aspectos indicados en capítulos de gran riqueza, de datos y números. Demuestra que la economía chilena depende fuertemente de su comercio exterior, manteniendo un cuadro de relaciones que la definen como una economía semicolonial, pues, si es verdad que posee su independencia política, los vínculos económicos con las naciones industriales son de tipo colonial; señala como la minería, que constituye uno de los puntales decisivos de la economía nacional, es controlada por los grandes consorcios internacionales, provocando en su organización y resultados situaciones que no concuerdan con los intereses patrios y advierte que, a pesar de ser buenas las perspectivas de la gran minería, puede esperarse, el plazo prudencial, un descenso en el precio y ventas de cobre, mineral sobre el cual descansa fundamentalmente la economía chilena en el presente (a un año de haberse publicado este libro los hechos corroboran su temor: el cobre ha experimentado una baja de cinco centavos por libra, lo que representa una pérdida, para Chile, de 20 millones de dólares anuales, y su tendencia a bajar persiste). Y un dato más: el Estado chileno no tiene ninguna participación efectiva en esta industria de tanta trascendencia para la economía general del país; se desenvuelve como un elemento independiente y ajeno a la realidad de la nación, de tal modo que Chile

no sabe nada de los costos, mercados y otros resortes esenciales de una industria cuyos auges y depresiones repercuten en forma gravísima en los niveles de ocupación, de consumo, rendimiento de tributación y en el activo de nuestra balanza de pagos.

Al estudiar nuestra economía agraria demuestra abundantemente que la producción agrícola es insuficiente para las necesidades del país; se logra con altos costos, a causa de los métodos atrasados de trabajo y escasa mecanización, lo que, además, se traduce en bajas condiciones de vida de los trabajadores del campo. Y la causa original de la deficiente producción agrícola radica en el defectuoso régimen de propiedad de la tierra, al predominar el latifundio.

En su análisis de la actividad industrial llega a la conclusión que no está montada sobre el cimiento natural de nuestras materias primas básicas; hierro, cobre, salitre, lana, madera, sino con materias primas ajenas, de tal suerte que es dependiente del extranjero por ese capítulo y en lo que respecta al equipo mecánico. Además, trabaja con reducidos capitales, deficiente mecanización y en pequeñas unidades de producción; dispone de un limitado mercado interno, por las bajas condiciones de vida de la masa asalariada, y carece de mano de obra especializada o técnica. Sin embargo, su rentabilidad ha sido elevada a causa del alto nivel general de precios, utilizando su posición privilegiada por su monopolización y protección estatal, con sacrificio evidente de la masa consumidora del país.

Al enfocar el régimen monetario o financiero, aparte de destacar el hecho, de todos conocidos, de su progresiva y permanente desvalorización, reflejo de las debilidades estructurales de nuestra economía, estudia a fondo el fenómeno que lo envuelve: la inflación, para llegar a la afirmación innegable de que los fenómenos de desvalorización e inflación son el resultado lógico del caótico e injusto régimen económico imperante y caracterizado por la dependencia casi absoluta a un par de productos mineros en manos de consorcios capitalistas extranjeros, la deficiente producción agrícola y la marcada debilidad industrial. Mientras no se solucionen las fallas fundamentales de la estructura del sistema económico nacional no será posible poner término al mal de la inflación, mal endémico de nuestro país por las razones anotadas.

Frente a este triste balance ¿cuál ha sido el rol del Estado?

Si se examina su intervención a través del análisis de la Ley de Presupuestos, que debiera ser el cauce principal para una acción eficaz y creadora, el señor F. A. Pinto, anota los defectos visibles. Afirma, con toda justicia, que ha habido una total falta de orientación que guíe la acción del Estado en función de objetivos precisos, aprovechando para ello todos los recursos públicos, ha habido una deficiente distribución de los gastos del Estado, con una cuota exagerada de inversiones no reproductivas, tanto entre los diversos servicios públicos como en la naturaleza de los gastos, en que la casi totalidad se absorbe en consumos; y no ha existido una política tributaria justa, pues la obtención de los ingresos públicos no atiende a la equidad, es decir, no considera la condición social de los contribuyentes, ni tampoco está orientada con el fin económico de lograr una mejor distribución de la renta nacional.

Del análisis hecho por el señor F. A. Pinto sobre nuestra estructura económica se desprende nítidamente que nuestras clases gobernantes no han conseguido desarrollar, en lo económico y social como tampoco en lo político y cultural, la totalidad de sus posibilidades como clases dominantes. De ahí, las contradicciones de fondo que dificultan toda acción técnica y fecunda para impulsar un efectivo progreso. Las clases dirigentes, tomadas en su conjunto, se encuentran social y psicológicamente retrasadas en el

campo de las rápidas exigencias y transformaciones de la economía moderna. No han sabido echar las bases de una economía creada para el servicio del hombre, cuyo objetivo sea el aumento de la producción con el propósito de disponer de las riquezas necesarias para satisfacer todas las necesidades la población, según una equitativa distribución.

En un ensayo que publicamos tiempo atrás decíamos al enfrentar la situación señalada, que la solución a este atraso es el establecimiento de un régimen que pueda trazar una política económica y social moderna, cuya línea de fondo abarque una planificación integral, o sea, que comprenda el total de la vida económica en todas las fases del proceso y en todas sus modalidades, controlando y dirigiendo las diversas actividades privadas y promoviendo la transformación de las bases estructurales de la economía nacional. Solamente una planificación económica de esta especie puede realizar el aprovechamiento intensivo de nuestros recursos naturales y asegurar el alza del nivel de vida de las masas. Podemos afirmar que, a la luz del desarrollo histórico del país, esta época es el momero de tránsito de una economía semifeudal y semicolonial, orientada con criterio liberal-capitalista "a una economía superior, planificada, de espíritu y orientación socialistas, tendiente a superar el atraso imperante y con una finalidad de servicio social. El proceso económico ligado a la acción de las grandes masas trabajadoras tiende al reestructuramiento económico-social del país por medio de una economía planificada de Estado, como transición hacia un sistema socialista, para cumplir los objetivos que las clases dominantes hasta ahora han frustrado. La economía de Estado, en su primera fase, supone una amplia reforma agraria y una vasta industrialización, como un proceso dialéctico que comprende simultáneamente el incremento cuantitativo de las fuerzas productivas y la transformación cualitativa de la estructura económica, con lo que el Estado y el Derecho adquieren una nueva definición".

Las líneas anteriores, en su esencia, están en perfecta concordancia con las ideas que formula el señor Francisco A. Pinto en la parte constructiva de su obra. En efecto, después de exponer y criticar las diversas soluciones parciales, de tipo liberal, que se han propuesto para reajustar la economía del país, se inclina francamente por una solución de fondo, de tipo social, que concentre todas las energías y esfuerzos nacionales en aquellas medidas que tiendan a reformar la estructura del país, para hacer desaparecer los males congénitos a nuestra economía actual e indudablemente, dentro de un régimen nuevo que exprese estos anhelos. Sólo un Plan orgánico, en el cual se precisen los objetivos finales y próximos que se buscan obtener, les medios que se emplearán y los recursos humanos, financieros, técnicos y mecánicos que se destinarán a la acción reformadora, puede salvar los escollos de la actual realidad caótica del país e iniciar el proceso de progreso que todos anhelamos. El señor Pinto señala como objetivos de un Plan económico, en estricta concordancia con la realidad chilena estos cuatro, aunque en estrecha interdependencia y precisando, de todas maneras, que para Chile el primero es condición previa para lograr los otros tres: 1. Aumento cualitativo de la renta nacional (o sea, el país debe concentrar sus esfuerzos productivos en aquellos rubros que le signifiquen positivo mejoramiento humano y económico, lo que supone dedicarle una atención preferente al desarrollo de los grandes rubros económicos: a) de los productos o artículos destinados a satisfacer necesidades esenciales de la población: alimentación, vestuario y vivienda; b) el desarrollo de aquellas producciones que, por la condición natural del país, constituyen "rubros legítimos" de la economía chilena, o sea, aquellos en que : la disponibilidad de materias primas y demás elementos necesarios, aseguren una producción nacional y de bajo costo, que, a su vez, garantiza su colocación en el mercado nacional y extranjero, permite facilidades en su industrialización y, representa un valor

económico apreciable, tales como: la siderurgia, las manufacturas del cobre, la madera y el carbón, la química y la pesca. 2. Estabilidad de la renta nacional (o sea, fortalecimiento de la economía interna del país, por el desarrollo de la llamada legítima producción chilena, que la diversifique sobre bases de mejor rentabilidad y la aleje del eje único que representan hoy las exportaciones de cobre y salitre, lo que le hace depender, prácticamente, de un solo mercado, Estados Unidos y darle una marcada inestabilidad, para permitirle, por el contrario el intercambio positivo, amplio y favorable con los diversos países, al disponer de una variada producción exportable, creando un comercio internacional estable y equitativo.

3. Ocupación plena y óptima de la población y de los recursos (o sea, es indispensable que los miembros de la comunidad participen activamente en el esfuerzo productivo, que significará cubrir las necesidades sociales; por lo que en un planeamiento justo es de capital importancia asegurar un nivel de ocupación plena, es decir, que ningún individuo permanezca sin trabajo; y, también, que la población activa trabaje en aquellas labores en que su esfuerzo significará un máximo de productividad.

4. Distribución equitativa de la renta nacional (es decir, atender a la justa repartición de los beneficios del proceso productivo. puesto que es imperativo innegable el de que la acción económica debe asegurar a todos los habitantes una cuota de la renta nacional que le permita hacer frente a sus necesidades primordiales. De ahí un objetivo esencial del Plan Económico en Chile: eliminar las injusticias del actual régimen de repartición que consagra anomalías sociales y humanas y serios trastornos económicos).

Junto con señalar estos objetivos precisos, el señor F. A. Pinto, esclarece que, si bien ellos representan el medio más directo para un mejoramiento de nuestra economía, no llegan en sí mismos a constituir el fin de la acción económica. Se requieren otros objetivos más amplios para que los bienes y servicios logrados por el mayor desarrollo de la economía beneficien al elemento humano a que están destinados. En efecto, lo que interesa es tener presente que un volumen abundante de bienes y servicios constituye la condición primordial para que la comunidad pueda satisfacer todas las necesidades humanas y no sólo su subsistencia vegetativa.

Este oportuno esclarecimiento coincide con el criterio de Alejandro Venegas, quien, en la parte constructiva de su obra notable, “Sinceridad”, al enfocar las reformas que deberían llevarse a cabo en Chile, para transformarlo y modernizarlo, advierte previamente que ha llegado el tiempo “de que los estadistas se convenzan de que su obligación no es hacer poderoso al país, como tampoco lo es hacerlo agrícola, o minero, o comercial, o fabril, porque todas estas cosas son medios y no fines. El ideal del gobernante debe ser conseguir la felicidad de su pueblo y ésta no se alcanza sino libertando a todos los ciudadanos de la esclavitud económica en que le tienen las leyes, que hoy rigen la sociedad, y de la esclavitud moral a que le tiene condenado la ignorancia”.

Se detiene, luego, el señor Pinto, en el análisis vasto del fin más urgente del Plan Económico, esto es: ¿cómo obtener el incremento de la renta nacional? Y para ello lleva a cabo completa investigación sobre la capitalización actual del país, acerca del mayor rendimiento que se podría lograr de esa capitalización por la mejor inversión de los excedentes de rentas; por la acertada utilización de los recursos del crédito, de los fondos de previsión y de las entradas fiscales; por el máximo aprovechamiento de los saldos de nuestra balanza de pagos; y por mejor rendimiento del trabajo humano. En seguida, pasa a señalar los rubros principales que constituirían recursos para capitalización nacional, tales como elevación de tributos, el actual régimen tributario del país es sórdido e injusto, de modo que su revisión y reajuste a

base de la progresividad orientado hacia el tributo directo suministraría grandes recursos sin dolores ni injusticias), control e inversión racional de las posibilidades de nuestra balanza de pagos a la vez que enmienda de diversas anomalías perjudiciales existentes en este campo: aprovechamiento de empréstitos externos e incorporación capitales extranjeros, que bien invertidos representan una positiva ventaja en los esfuerzos de fortalecimiento económico (aquí verifica un análisis valioso sobre las posibilidades y condiciones en que los empréstitos y capitales extranjeros serían recursos reales de capitalización). Después del estudio de los recursos para la capitalización del país, el señor F. A. Pinto, termina su completo trabajo con un substancioso capítulo en el que índica los rubros que, dentro de un Plan Orgánico, constituirían el destino de esa capitalización nacional. Al enfocar la inversión adecuada de la capitalización enumera las actividades de mayor trascendencia para el desarrollo económico del país en las cuales deben colocarse los mayores esfuerzos y medios: siderurgia, industria del cobre, vivienda popular, industria maderera, alimentación, industria de la pesca y energía eléctrica. Desarrollando estos rubros Chile lograría solucionar sus más angustiosos problemas y establecer una economía moderna, próspera y en progreso ininterrumpido. F. A. Pinto en su magnífico libro realiza una tarea de esclarecimiento altamente valiosa y brillante; constituye un manual indispensable de orientación en el intrincado dédalo de nuestra heterogénea y anticuada economía a la vez que una ruta seria y realista en un intento de creación de un bien fundamentado plan económico que contenga los elementos necesarios para obtener una elevada capitalización humana y económica, que haga posible, a su vez, la transformación progresiva de Chile.

Termina su libro con las siguientes palabras: “Para obtener lo deseado será necesario, como hemos dicho, abordar los problemas fundamentales, que miran a la estructura misma de nuestra economía. La sola formulación de este objetivo, sobre el cual debieran concentrarse las voluntades y los recursos del país, nos demuestran la dificultad de la empresa. Hay aún muchos sectores de Chile, que parecen ignorar la urgencia de reformas profundas en nuestra organización económica; unos por ignorancia y otros por egoísmo, creen que pueden mantenerse viejos moldes. Sin embargo, el hondo clamor de todo un pueblo, y el advenimiento de orientaciones más justas, que dan primacía a los requerimientos del hombre y del espíritu por sobre los del lucro, hará que hagan camino directivas como las señaladas. Es esa la tarea de esta generación”.

Recomendamos sinceramente la lectura de este libro instructivo, del que apenas hemos conseguido dar un débil resumen, insinuador de mínima parte de su gran riqueza en observaciones, e ideas renovadoras. Lo estimamos un libro de esclarecedor contenido y, por ello, de permanente consulta.

Federico de Onís en Chile[104]

En el mes recién pasado permaneció varios días entre nosotros, el distinguido catedrático y escritor español, avecindado, desde hace más de treinta años, en los Estados Unidos, don Federico de Onís. En el país del Norte ha llevado a cabo una extensa y brillante obra en favor del conocimiento y divulgación del patrimonio literario hispánico e hispanoamericano. La visita de Federico de Onís a nuestro país tuvo las características de un acontecimiento intelectual en razón de su recia personalidad de profesor y ensayista y por la nutrida labor que llevó a cabo. Dictó varias conferencias eruditas y dirigió foros de interés, con

[104] Atenea N°288

asistencia de profesores, alumnos, escritores, aficionados y curiosos, todos los que le rindieron unánimes demostraciones de admiración, cariño y reconocimiento a este gran castellano.

La estada de Federico de Onís entre nosotros ha sido especialmente significativa. No podemos olvidar, en ningún instante, que su fina comprensión artística y su desinteresada acción de maestro permitieron la publicación del primer libro de nuestra gran poetisa Gabriela Mistral: "Desolación", libro señero que la dio a conocer en el mundo y atrajo hacia su obra la atención de los diversos medios literarios. "Desolación" ha sido el cimiento indestructible de la producción poética de Gabriela Mistral, hoy día consagrada universalmente al obtener el Premio Nobel de Literatura.

Federico de Onís nació el 20 de diciembre de 1885, en Salamanca. Se licenció en Filosofía y Letras, siendo guiado en sus estudios superiores por Miguel de Unamuno, su primer maestro. Se doctoró en Madrid en 1917. Obtuvo la cátedra de Profesor de Literatura Española en la Universidad de Oviedo y, luego, en la de Salamanca. Trabajó con Menéndez Pidal en el Centro de Estudios Históricos y en la "Revista de Filología", y colaboró en la Colección de "Clásicos Castellanos de la Lectura". Es amigo de Ortega y Gasset y escribe en el semanario "España". En 1916 se trasladó en calidad de profesor visitante a la Universidad de Columbia, donde se ha quedado. Desde este sitio ha verificado una intensa labor docente y crítica. Al frente del Instituto Hispánico, organización extraacadémica adjunta al Departamento de Español de la Universidad, dirige un movimiento de difusión cultural que ha dado a conocer los aspectos sobresalientes de la civilización hispánica y latinoamericana. Lo ha hecho por medio de la publicación de libros, de invitaciones a conferenciantes españoles e hispanoamericanos, de la Revista de Estudios Hispánicos (1928-1929) y de la Revista Hispánica Moderna, creada en 1934.

Federico de Onís ha dado cursos en las Universidades de Puerto Rico, Méjico y Oxford.

Las principales publicaciones de Federico de Onís son las siguientes: "El problema histórico de la Universidad española" (discurso pronunciado en la Universidad de Oviedo, en 1912); "Fray Luis de León" (estudio que sirve de introducción a "Los Nombres de Cristo", de la colección de Clásicos Castellanos, en 1914); "Diego de Torres Villarroel" (estudio introductivo a la "Vida" de Torres Villarroel, en la colección de Clásicos Castellanos, 1912); "Disciplina y Rebeldía" (conferencia-ensayo, en 1915); "Ensayos sobre el sentido de la Cultura Española", Madrid 1932; y "Antología de la poesía española e hispanoamericana" (1882-1932). Madrid. 1934.

Es, además, el autor de numerosos estudios literarios, de gran valer, sobre Galdós, Benavente, Azorín. Baroja, T. R. Jiménez. Camba, Blasco Ibáñez, Martínez Sierra, Linares Rivas, Marquina, S y J. Álvarez Quinteros, Palacios Valdés C. Espina y Rubén Darío.

Tal es, a grandes rasgos, la personalidad y la obra del ilustre catedrático hispanista don Federico de Onís. Su permanencia en nuestro país ha sido provechosa y fecunda, a pesar de la brevedad, por su dinamismo intelectual y entusiasmo didáctico. Perdurará en el recuerdo cordial de quienes le escucharon y trataron y en los resultados prácticos de sus enseñanzas entre tantos estudiantes fervorosos.

Lautaro Cortés, novela de Enrique Campos Menéndez[105]

No conocíamos al señor Campos Menéndez como escritor. Nuestras informaciones sobre su persona eran limitadas y sólo de carácter político. A fines del año recién pasado supimos que un señor Enrique Campos Menéndez había sido proclamado candidato a diputado del Partido Liberal por la agrupación electoral de Cautín. La noticia provocó comentarios diversos: se dijo que el señor Campos Menéndez era relativamente joven, miembro de una acaudalada familia magallánica, que había pasado la mayor parte de su vida en Argentina y que desconocía totalmente la zona por donde se le ungía candidato. Se agregaba que si se mantenía su candidatura lo era únicamente por su situación financiera poderosa y por sus vinculaciones estrechas con los sectores gobernantes. Regresamos a la capital cuando empezaba la campana electoral en Cautín y no tuvimos noticias de sus alternativas sino hasta principios de marzo. Nuestros amigos, que la presenciaron y actuaron en ella nos expresaron que el "candidato importado", señor Campos Menéndez, se demostró un magnífico político: dinámico, de gran simpatía y excelente oratoria. Rápidamente se compenetró de los problemas, economía, historia, paisaje y formas de existencia de la región. Desde sus primeras palabras pronunciadas exhibió "ese enajenamiento propio del orador nato", deleitando a las concurrencias agropecuarias con variados e interesantes discursos. Fue uno de los mejores candidatos. La colocación preferencial en la lista, su oratoria de calidad y su generoso dinero le dieron un triunfo, que sus contrincantes no esperaban.

Habíamos olvidado este episodio cuando cayó en nuestras manos, por gentileza de don Luis Durand, una novela del señor Campos Menéndez, editada por Zigzag, recién aparecida: "Lautaro Cortés". La leímos con interés y nos tomó desde la primera página.

Lautaro Cortés, el personaje principal, es el prototipo del arribista, de origen muy humilde, que en su triste infancia sólo almacena rencor, infinito rencor, y, luego, por un azar de la suerte, logra ascender, transformándose en un trepador que no conoce la introspección y el retraimiento, exhibiéndose como un dandy amoral, preocupado de triunfar aplastando a quienes le rodean. Así consigue, por medio de un feliz matrimonio, emparentarse con una de las familias de mayor abolengo, matrimonio al que aporta su nombre vacío, "sin más historia que la de su propia vida", y al que, en el día de la ceremonia, se dio cita en la Iglesia "lo más granado de la intelectualidad, del alto comercio, de las finanzas y de la sociedad, que venía a contemplar cómo se bastardeaba el abolengo de los de la Peña, entretejiendo acerbos pelambres y conmiseraciones por el derrumbe estrepitoso de un apellido".

La vida de Lautaro Cortés se desliza en un afiebrado tren: timonea una empresa editorial; se vincula a las operaciones de la Bolsa; saca un diario propio; se incorpora a la política activa y, finalmente, termina en una triste locura, provocada por su desmedida y frenética ambición.

Al novelar la trayectoria de la vida de Lautaro Cortés, el autor nos describe los más variados sitios e instituciones que presenta la sociedad contemporánea. Se inician con un notable comentario de la pensión de doña Rosalía, similar a muchas de las que existen en nuestra capital.

Nos presenta un cuadro animado de la aristocrática familia de don Juan Esteban de la Peña, "descendiente directo de un miembro de la Primera Junta Nacional, diputado en sus mocedades, senador en su madurez,

[105] Atenea N°288

Ministro de Educación en su senectud y, en todo tiempo, periodista de florida prosa". A pretexto de una fiesta de Lautaro Cortés, al calor de la cual los participantes salen "a pastorear los campos de Eros", apreciamos una excelente viñeta de un prostíbulo, en cuyas salas "algunos desnudos ... hacían *pendant* en las paredes con la litografía de un ex Presidente de la República con su banda terciada". Un viaje de descanso del personaje principal, acompañado de su joven esposa, a unas Termas de famosas aguas medicinales, nos hace saborear una acertada descripción del lugar, donde sus clientes viejos, premunidos de inmensa fe, ganan más con ésta que con el poder de sus aguas. Frente a sus parroquianos, "vejeces anémicas y neuróticas que buscaban ilusas, como en los primeros tiempos de la ingenua credulidad humana, la fuente de Juvencia", el autor opone la realidad de un villorrio próximo que ofrecía "el secreto de la vida inextinguible y natural, sencilla y espontánea", pero que vegetaba en el atraso, sin progresar, porque en él no se practicaban los siete pecados capitales, pues "los pecados son progresistas", constituyen elementos vitales para el desarrollo da la vida y de la sociedad.

Con motivo de la experiencia periodística de Lautaro Cortés, asistimos al proceso de gestación y montaje de un diario moderno. El verdadero fin que persigue y el slogan disimulador que lo oculta. "La Calle", "una voz independiente, para decir la verdad y nada más que la verdad". A través de gruesos titulares, sugerentes resúmenes y, sobre todo, de muchas fotografías, que enfocaban en forma directa y realista los problemas palpitantes de la masa, el diario se introduce en el público y entra a orientarlo. Pero, "los títulos equívocos, las omisiones, las desestimaciones, las supervaloraciones, las vaguedades, los pospretéritos conjeturales, en que los "habría" y las citas a las "fuentes generalmente bien informadas" abundaban, la reproducción simultánea de declaraciones contradictorias hechas en distinta época por un mismo político, con el deliberado propósito de hacer notar su claudicación, eran los síntomas más o menos precisos de ese "diario que no se publica", cuyo ejercicio y pingüe aprovechamiento práctico, constituían su entrada principal.

Pronto "La Calle", a pesar de su pomposo epígrafe, pasa a ser el sumidero donde desembocaban todos los residuos y acudían a él venales magistrados, diplomáticos pérfidos, agiotistas, políticos profesionales, en busca de formas de propaganda para falsos valores o inyecciones en el ánimo público para fraudulentas componendas.

La actuación política de Lautaro Cortés da motivo, al autor, para llevar a cabo una certera evocación de lo que fueran los esperpentos fascistas en nuestra América y, en especial, del Movimiento Nacional Socialista Chileno. El P. U. R. O. (Partido Único Revolucionario Orgánico) con su Jefe, su mística de incondicional servidumbre, su organización militarista, su martirologio y su desprecio hacia la convivencia democrática, es la exacta reproducción del nacismo criollo.

"El P. U. R. O… reclutaba adeptos en todas las esferas. La contenida neurosis del ambiente, la necesidad de una mística como contrapunto de la francachela ideológica y moral de una demagogia de políticos profesionales, los complejos de inferioridad, las ansias fallidas de una clase media postergada en el lucro del poder, la necesidad que sentía la clase alta de hallar un anticuerpo eficaz contra las doctrinas demoledoras, se combinaron para avivar la llama".

Y pronto sus núcleos se esparcieron por barrios y ciudades; cuarteles improvisados en viejos edificios, con guardia permanente, y en todos ellos, "el adolescente mostrando su cara triste y torturada, precozmente angustiada". Centinelas, jefes, subjefes, cantos marciales, saludos a toda hora con la mano cruzada sobre

el pecho, luciendo camisas grises, constituían la organización y distintivo de este nuevo partido. “Pronto fue la violencia su única dialéctica. El fanatismo prendido en aquellas mentalidades ávidas y fantasiosas, el sentido del heroísmo que siempre espera agazapado tras los primeros matorrales de la hombría, la creación del martirologio en que iban a encasillarse “los muertos por la causa”, montaron una poderosa máquina de acción vindicativa”.

Tan terrible movimiento, a pesar de su dinámica y de su fanatismo, sólo llegó al fracaso y a la muerte de sus principales dirigentes y de su juventud. Lautaro Cortés fue encarcelado y torturado. Una vez en libertad la locura lo cogió con sus tremendas garras transformándolo en un lamentable pelele sin destino.

En esta novela, la figura de Lautaro Cortés está dramáticamente perfilada y lograda en todas sus facetas, y el medio complejo en que actúa está analizado en sus diversos pormenores, con riqueza y perspicacia.

Los caracteres secundarios están, igualmente, bien logrados. De entre ellos sobresale nítidamente la simpática figura del intelectual Marcial Narváez, utópico, pleno de bondad y comprensión, a quien le encanta montar continuamente en “el Rocinante de sus lucubraciones”, mientras callejea por la ciudad. Es un andariego lento, que vive enfrascado en la buena lectura, a quien agrada la conversación; es cordial, comprensivo y con una inmensa piedad hacia sus semejantes. Otro personaje característico es Llépez, un detritus de la descomposición social, cínico y rufián, capaz de todo para mantener sus vicios y su pereza vergonzosa. Don Leónidas Marticorena, funcionario apacible, pero que vive la horrorosa tragedia de tener que alimentar a su esposa e hijas, quienes consideran deshonra el trabajo y sólo les interesa y apasionan los chirimbolos nobiliarios: “Eran cuatro mujeres que querían telas y joyas y brillo social”, pues las pobres chicas no estaban acostumbradas a trabajar, por lo que don Leónidas tenía que satisfacerlas y por lograrlo llegó al delito y a la ruina.

La novela abunda en cuadros de costumbres sociales, en juicios lapidarios, en caracteres típicos y en situaciones de todo orden, que nos la definen como un vasto fresco social de este instante.

La Revolución Francesa. Cronología sintética. Nuevas investigaciones e interpretaciones. Fases principales y caudillos destacados[106]

La Revolución francesa es uno de los acontecimientos más trascendentales de la historia universal. De ahí el interés de innumerables investigadores por estudiarla y analizarla en sus diversos detalles. A medida que el tiempo ha transcurrido nuevos aspectos han sido presentados y nuevas condiciones han surgido para enfocar sus alternativas y su carácter fundamental. Al cumplirse el 160° aniversario de su estallido, hemos estimado de interés llevar a cabo un ensayo de conjunto sobre su historiografía más reciente y sobre sus rasgos más esenciales.

CRONOLOGÍA SINTÉTICA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

Año 1789:

5 de mayo. Primera sesión de los Estados Generales.

[106] Atenea n°289-290

17 de junio. El Estado Llano se constituye en Asamblea Nacional.

20 de junio. Juramento del Frontón.

27 de junio. Reunión de los tres estados en Asamblea Constituyente.

14 de julio. Toma de la Bastilla. Comienzo de la emigración. Sublevaciones campesinas en contra de los derechos feudales.

4 de agosto. La Asamblea Constituyente, en forma unánime, abolió los privilegios.

20-26 de agosto. Es decretada y votada la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.

5-6 de octubre. Invasión del palacio de Versalles e instalación de la familia real en las Tullerías.

19 de octubre. La Asamblea tiene sus sesiones en París. Mirabeau es su principal animador. Se inicia el desarrollo de los clubs: de los Bernardos (moderados); de los Jacobinos (Robespierre); de los Franciscanos (Marat y Dantón).

Año 1790:

14 de julio. Fiesta de la Federación.

24 de agosto. El rey acepta la Constitución civil del clero.

39 de octubre. La Asamblea exige a los eclesiásticos el juramento cívico en respuesta a una protesta de los Obispos.

Año 1791:

2 de abril. Muerte de Mirabeau.

20-21-25 de junio. A raíz de la prohibición del Papa del juramento cívico, el Rey rompe con la Asamblea y huye de París. Es reconocido y detenido en Varennes. Conducido a la capital es suspendido de sus funciones.

17 de julio. La guardia nacional reprime un motín en el Campo de Marte, lo que produce la escisión entre monarquistas y republicanos.

14 de septiembre. Luis XVI, que había sido restablecido en sus atribuciones por la Asamblea, acepta la Constitución.

30 de septiembre. La Asamblea Constituyente se disuelve.

1° de octubre. Se reúne la Asamblea Legislativa.

Año 1792

12 de marzo. Formación de un Ministerio girondino.

20 de marzo. Declaración de guerra al Austria.

13 de junio. Ministerio Bernardo, de tendencia realista, en reemplazo de los girondinos.

11 de julio. Se proclama la Patria en peligro.

9-10 de agosto. Se forma una comuna insurreccional en París, con sede en el Municipio. Son atacadas y tomadas las Tullerías. La familia real es encerrada en el Temple. Con la caída de la realeza se alza el poder revolucionario del Municipio de París.

2-G de septiembre. Masacre de 1.000 detenidos políticos en las prisiones de París.

20 de septiembre. Victoria de Valmy. El ejército prusiano debe retroceder. La Asamblea Legislativa cede su lugar a la Convención.

Octubre. Creación del Comité de Seguridad General.

Año 1793

21 de enero. Ejecución de Luis XVI.

1° de marzo. Creación del Tribunal Revolucionario. Insurrección de la Vendée.

6 de abril. Creación del Comité de Salvación Pública.

2 de junio. Arresto de los girondinos.

24 de junio. Proclamación de la Constitución de 1793.

13 de julio. Asesinato de Marat. Aplastamiento de insurrecciones girondinas y realistas.

Agosto-septiembre. Implantación del terror a consecuencia del peligro exterior: levantamiento en masa, empréstito forzoso, ley de sospechosos, colocación fuera de la ley de los sacerdotes refractarios y los emigrados.

16 de octubre. Ejecución de María Antonieta.

31 de octubre. Ejecución de 21 diputados girondinos.

10 de noviembre. Fiesta de la Razón.

Año 1794

24 de marzo. Ejecución de los hebertistas, enemigos de todos los cultos.

5 de abril. Ejecución de Dantón. Dictadura de Robespierre y comienzo del gran Terror.

26-27-28 de julio. Caída y ejecución de Robespierre. Fin del Terror, durante el cual fueron ejecutadas, sólo en París, 2.695 personas. (Esta fecha corresponde al 8-9-10 Termidor, del año II).

Año 1795:

1° de abril y 20 de mayo. Represión de insurrecciones jacobinas.

Junio-julio. Los emigrados que intentan un desembarco en Quiberon son masacrados.

22 de agosto. Constitución del año III.

6 de octubre. Bonaparte aplasta una insurrección realista.

26 de octubre. Se disuelve la Convención y se instala el Directorio, dirigido por Barras.

Desde esta fecha el Directorio, que representa la República burguesa, gobierna en medio de una creciente impopularidad. Debió reprimir levantamientos jacobinos y el 25 de mayo de 1797 hizo ejecutar a Gracchus Babeuf, y sus principales partidarios, quien es el primer enunciador de una teoría verdaderamente comunista. El Directorio cae el 9 de noviembre de 1799 (13 Brumario del ano VIII), por un golpe militar de Bonaparte, con motivo del cual el Consulado reemplaza al Directorio y pone fin a la República.

LAS NUEVAS INVESTIGACIONES E INTERPRETACIONES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

Numerosos escritores, Thiers, Michelet, Aulard, entre otros, han presentado la Revolución francesa como la obra de los filósofos, es decir, sería un hecho esencialmente ideológico. Este criterio guarda relación con la extraordinaria labor de los grandes escritores del siglo XVIII en la crítica del Antiguo Régimen y en la exposición de la nueva ideología liberal. Los pensadores franceses de ese siglo mantuvieron una sistemática ofensiva ideológica en contra del régimen feudal-absolutista.

Lo cierto es que, en la segunda mitad del siglo XVIII, la Francia absolutista estaba en vísperas de una revolución económica. Está “preñada por el capitalismo industrial al que la lleva el desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Pero el régimen de la producción y. sobre todo, su expresión jurídica frena ese desarrollo. La superestructura política que los traduce consagra las viejas relaciones sociales semifeudales. En una palabra, se ve madurar el conflicto gigantesco que no se resolverá, sino que, en 1789, por la revolución burguesa clásica".

Sí consideramos que “las ideas dominantes de una época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante” podemos explicarnos por qué las ideas avasalladoras del siglo XVIII eran las de la burguesía. Esta era la clase más fuerte, por cuanto poseía el poder económico, estaba bien organizada y tenía una firme conciencia clasista. En esta época no existía otro conglomerado social renovador que se le pudiera oponer De ahí que la burguesía proclamaba sus ideas como verdades eternas a las que no se podía lanzar ninguna otra verdad de clase. Los teóricos de la burguesía en este siglo: Voltaire, los Fisiócratas. Montesquieu, los Enciclopedistas (Diderot) y Rousseau, socavan los fundamentos del sistema feudal-absolutista y ponen en descubierto sus contradicciones y errores, a la vez que exponen, con inigualada elocuencia, nuevas concepciones, de acuerdo con el rápido desarrollo de la sociedad.

A propósito de ellos ha escrito una página penetrante Federico Engels, en su gran obra “Anti-Duhring”, que vale la pena reproducir: “Los grandes hombres que en Francia prepararon las cabezas para la revolución que había de desencadenarse adoptaron ya una posición decididamente revolucionaria.

No reconocían autoridad exterior de ningún género. La religión. la observación de la naturaleza, la propiedad, el orden público: todo lo sometían a la crítica más despiadada, y cuanto existía había de justificar los títulos de su existencia en el foro de la razón o renunciar a seguir existiendo. A todo se aplicaba como rasero único la razón pensante… Todas las formas anteriores de la sociedad y el Estado, todas las ideas tradicionales fueron arrinconadas en el desván corno irracionales; hasta allí el mundo se había dejado gobernar por puros prejuicios; el pasado no merecía más que conmiseración y desprecio. Hasta

entonces el mundo había estado envuelto en tinieblas, en lo sucesivo, la superstición, la injusticia, el privilegio y la opresión serían desplazados por la verdad eterna, por la eterna justicia, por la igualdad basada en la naturaleza y por los derechos inalienables del hombre. Hoy sabemos ya que ese reino de la razón no era más que el reino idealizado de la burguesía; que la justicia eterna vino a tomar cuerpo en la justicia burguesa; que la igualdad se redujo a la igualdad burguesa ante la ley; que los derechos esenciales del hombre, proclamados por los racionalistas, tenían por cifra la sociedad burguesa y que el Estado de la razón, el contrato social de Rousseau no nació ni podía nacer a la vida más que bajo la forma de una República democrática burguesa.

Los grandes pensadores del siglo XVIII, lo mismo que todos sus antecesores, no podían trasponer los límites que les había fijado su época".

Es por eso que, sin dejar de reconocer la importancia de las ideas de los grandes filósofos del siglo XVIII en la dirección posterior de la Revolución francesa, es más acertado, y está más de acuerdo con la realidad social, buscar en el desarrollo económico y en los grandes cambios anexos la causa última de aquel gran acontecimiento histórico.

Precisamente, desde hace algunas décadas, varios grandes investigadores comenzaron a considerar en forma preferente las cuestiones sociales y económicas, entre los cuales el más brillante precursor es Luis Blanc, penetrante escritor, y destacado dirigente en las jornadas revolucionarias de 1843, en representación de los sectores republicanos socialistas.

Ha sido Jean Jaurès, secundado por hombres de ciencia enciclopédica como Lucien Herr y Charles Andler, quién orientó definitivamente estos estudios en el sentido económico-social, sin dejar por esto de considerar la importancia del movimiento filosófico. Jean Jaurès que se destacó como un notable político socialista y un brillante orador parlamentario es el autor de una "Historia Socialista de la Revolución Francesa" en la que dirige la investigación hacia el plano de los fenómenos económicos y sociales como decisivos en el estallido y peripecias de dicho suceso. Jaurès, gran humanista, señala también las causas ideológicas, teorías políticas y filosóficas, en su gestación y desenvolvimiento, pero es el factor económico-social al que otorga mayor rol. Desde la aparición del magistral estudio de Jean Jaurès la revolución francesa se nos presenta como el coronamiento de una larga evolución económica y social en la que el poder de la burguesía, que llegaba a su madurez, se impuso y logró su lógica consagración hasta transformarse en la dominadora del mundo. La Revolución de 1789 no fue un movimiento socialista; se inspiró en las ideas del liberalismo económico e hizo más por salvaguardar los derechos de la propiedad que para proteger los del hombre, incorporando al listado a la burguesía en beneficio de la que se lograron nuevos privilegios. El drama de la revolución francesa, según lo nota Jaurès, es que, a pesar del derrocamiento de las clases feudales privilegiadas y de la transformación del individuo en ciudadano, lo esencial de los privilegios antiguos fue mantenido.

El continuador más afortunado y sistemático de Jean Jaurès ha sido Albert Mathiez, profesor de la Universidad de París. Mathiez ha escrito varios libros de extraordinario mérito sobre los hechos y dirigentes de la revolución francesa, tales como: "En torno a Dantón". "En torno a Robespierre", "La vida cara y el movimiento social bajo el terror", "La reacción termidoriana" y una gran obra de conjunto: "La Revolución Francesa".

Albert Mathiez afirma que las verdaderas revoluciones son aquellas que no se limitan a cambiar las formas políticas y el personal gobernante, sino que transforman las instituciones y desplazan la propiedad resultando de una larga y obscura gestación hasta estallar al conjuro de circunstancias fortuitas. Tal es el profundo contenido de la revolución francesa que se preparó a lo largo de un siglo, a causa del divorcio cada día más profundo entre la realidad y las leyes, entre las instituciones y las costumbres. Los productores sobre quienes reposaba la vida de la sociedad acrecentaban incesantemente su poder, pero el trabajo, de acuerdo con la legislación y costumbres, era considerado una tarea de vileza. Se era noble en la misma medida en que se era parásito e inútil. El nacimiento y la ociosidad conferían privilegios cada vez más irritantes para los que laboraban y poseían la riqueza y que estaban excluidos del gobierno.

El sistema feudal reposaba sobre la propiedad territorial y la servidumbre, aunque ésta desaparece con el tiempo, de tal suerte que la gleba emancipada permaneció unida al señor por el lazo de las rentas feudales, especie de arrendamientos perpetuos, que eran percibidos en especie, terrazgos o en dinero, censos. Durante la época de la revolución casi las dos quintas partes del suelo de Francia se encentraba ya en manos de propietarios campesinos, aunque rara vez eran, desde un punto de vista legal, propietarios absolutos: pagaban un censo anual por su tierra y quedaban sujetos a la jurisprudencia feudal de su señor, lo que los exponía a tributos y cargas vejatorias, pero gozaban de la seguridad de su posesión y podían pasarla a sus hijos. Los mayorazgos aseguraban la existencia del patrimonio feudal, pero creaban el problema de los segundones que pasaban a constituir, cuando no encontraban plaza en el clero o en la milicia, una plebe nobiliaria, que detestaba a la alta nobleza y a la burguesía rica.

La alta nobleza tenía por núcleo a las 4.00 familias cortesanas (en una población de 20.000.000) que vivían en la Corte y ocupaban los puestos elevados del Ejército, alto clero y gobernaciones. consumiéndose la mitad del Presupuesto de la nación. (Sus bienes eran enormes, de tal modo que por su venta durante Terror se sobrepasó la suma de 4.000 millones). La nobleza de toga era casi tan rica y orgullosa: compra las mejores tierras, aspira a dirigir el Estado por lo que vive en constantes conflictos con la nobleza de sangre y con el Rey y sus Ministros.

A pesar del régimen corporativo, de las aduanas interiores, de los derechos de peaje y similares, de las diferencias de pesos y medidas, la industria y el comercio aumentan considerablemente. En la cuantía del comercio Francia ocupa un lugar inmediato después de Inglaterra. Es dueña del monopolio de su producción colonial; la posesión de Santo Domingo le proporciona la mitad del azúcar que se consume en el mundo; su industria sedera no tiene rival y en Lyon solamente ocupa 65.000 obreros; sus vinos, aguardientes y confecciones se venden en el mundo entero; la metalurgia también se había desarrollado en escala apreciable (en centros como Mont Cems, Creuzot, Baja Alsacia); en Marsella, Nantes, Burdeos, El Havre. Rúan, el gran tráfico marítimo y comercial levanta fortunas numerosas (el armador Bonaffé, de Burdeos, por ejemplo, poseía en 1791, una flota de 30 navíos y una fortuna de 16 millones); los bancos se multiplicaban y los capitales comenzaban a agruparse en sociedades por acciones. De esta manera en frente de los privilegiados y de los funcionarios en posesión del Estado, se levantan las nuevas fuerzas nacidas del comercio y de la industria. De un lado la propiedad feudal y de la tierra; de otro, la propiedad inmobiliaria y burguesa; en el choque de ambas residirá la razón del estallido revolucionario.

En vísperas de la revolución Francia no era un país agotado; era floreciente y estaba en pleno auge, aunque también existía una gran miseria. Máximo Leroy, en una interesante obra que ya mencionaremos, estampa

datos al respecto: a fines de la década de 1780-90 había 118.884 indigentes en París; 30.000 mendigos en una población de 650.000 personas; 3.000.000 de pobres en una masa de 18.000.000 de franceses. El pueblo, al decir de Mercier, era "flojo, pálido, pequeño, achaparrado" y formaba la clase más numerosa y más miserable, según la frase de Necker. Pero esta miseria podía provocar revueltas y motines, nunca originar una gran conmoción social. Esta surgió del desequilibrio de clases. Mientras la burguesía aumentaba su influencia y poseía la mayor parte de la riqueza, progresando sin cesar, las clases privilegiadas se arruinaban y debilitaban a la vez que sus consumos y derroches provocaron la bancarrota y quiebra del Fisco, lo que dará el motivo inmediato de la Revolución. Su mismo desarrollo hacía sentir a la burguesía las inferioridades legales a que seguía condenada y su ningún rol político. La revolución sólo; podía venir de arriba y la clase revolucionaria era la burguesía. La clase trabajadora en ese entonces era incapaz de tomar la iniciativa y menos su dirección, pues era débil y sin conciencia de clase, dado que la industria estaba en sus comienzos y los centros industriales muy dispersos, casi no existiendo grandes grupos coherentes; además que las corporaciones estaban divididas en hermandades rivales, que se querellaban por razones mezquinas en vez de formar un frente contra los patrones. La pequeña industria domiciliaria era la forma predominante de la producción industrial de la época. Las pocas grandes fábricas que se establecen ocupan, en su mayor parte, a campesinos que consideraban su salario fabril como ayuda o complemento de sus recursos agrícolas. En cuanto a los campesinos son las bestias de carga de la sociedad francesa: diezmos, censos, terrazgos, prestaciones personales, impuestos reales, servicio militar, todas las cargas pesaban sobre ellos. Vivían una existencia miserable, oprimidos y explotados. Es así como obreros y campesinos no son capaces de discernir sobre la necesidad y medios de subvertir el orden social. Al lado de los campesinos se alineaba el bajo clero, que, pobre y menospreciado, veía la miseria horrible del pueblo frente al derroche de los privilegiados, incluso el alto clero, por lo que ya no predica la resignación sino más bien pone indignación en los corazones campesinos.

En la cúspide de esta estructura social heterogénea y bamboleante, el rey Luis XVI actúa vacilante y tímido; era un infeliz y mediocre; el trabajo intelectual le fatigaba, durmiéndose en el Consejo, al mismo tiempo que había vivido lamentables sucesos domésticos que lo habían desacreditado al igual que a su esposa, la frívola y coqueta María Antonieta. Así la Monarquía estaba profundamente desprestigiada, ya que al inepto y crapuloso Luis XV le sucedió el pobre Luis XVI.

Otro historiador notable de la Revolución francesa, especializado sobre todo en el estudio de los problemas campesinos es Georges Lefebvre, quien los ha abordado en numerosos trabajos y ensayos y de quien hemos releído: *Questions agraires au temps de la Terreur*. Sus investigaciones arrojan considerable luz a este respecto.

Dentro de la Revolución tiene una autonomía propia el levantamiento campesino, tanto por su origen, ya que la masa rural fermentó espontáneamente bajo la influencia de la ruina y de las esperanzas que hicieron nacer los Estados Generales, corno por sus procedimientos, puesto que hasta el 14 de julio la burguesía no había tocado ni los diezmos ni los derechos feudales en circunstancias que los campesinos se estaban levantando desde marzo de 1789 contra sus señores y rechazaban los censos con gran descontento de los burgueses. Los campesinos queman los castillos, eliminan a sus propietarios y destruyen las cédulas reales en virtud de las cuales cobrábanse los innumerables derechos señoriales; rebelión que se dirigía, además, en contra de los acaparadores de mercancías, contra los impuestos y malos jueces; en una palabra, en contra de todos los que explotaban a la población y lucraban con su trabajo. La burguesía contempla con

temor al Cuarto Estado, pues no podía dejar expropiar a la nobleza, sin temer por sí misma, dueña, en gran parte, de las tierras nobles y que recibía de los campesinos rentas señoriales. Es por eso que la burguesía unida a la nobleza inició la represión en contra de los campesinos, quienes cuentan como aliados a los obreros, provocándose una verdadera guerra de clases que agitó constantemente a los campos.

El levantamiento campesino fue autónomo, también, por sus crisis ya que las revueltas agrarias se repiten hasta 1793; por sus resultados, por cuanto sin él "se puedo asegurar que la Constituyente no habría hecho mellas profundas al régimen feudal y es muy dudoso que lo hubiese abolido sin indemnización". Los campesinos resistieron la legislación clasista de la Constituyente durante los tres años de su gobierno, hasta que, durante la convención, en 1793, lograron la eliminación total de todas las rentas y pagos feudales, cualesquiera que fuesen, consiguiendo que se otorgara al campesino la propiedad libre y sin reservas de su posesión: se le promovió de una especie de arrendatario hereditario a la situación de propietario legal y absoluto.

Si la revolución campesina es autónoma por sus tendencias anticapitalistas, en contra de todos los privilegiados: nobles, burgueses hacendados; la revolución finalmente, por medio de la burguesía, hizo entrar a la agricultura en el cuadro de la producción capitalista, con la libertad personal del individuo, la libertad de la producción y circulación y la movilidad de la propiedad. En vez de fortificar a la comunidad precipitó su disolución introduciendo en ella el egoísmo individual; acentuó y confirmó la diferencia entre los campesinos acomodados y el proletariado agrícola, sujetando más el jornalero al salario que consintiera en pagarle el hacendado, y preparó el éxodo del campesino pobre hacia la ciudad.

Una obra muy reciente, de extraordinario interés, sobre la revolución francesa es la de Daniel Guérin: *La lutte des classes sous la premiére République—Bourgeois et Bras nus. 1793- 1797*, en dos volúmenes. Este trabajo es una interpretación marxista. Karl Marx que había sacado de la Revolución Francesa su idea de la revolución permanente proyectó escribir una historia de la Convención. Su discípulo Karl Kautsky publicó un folleto de vulgarización sobre los orígenes del proceso revolucionario. Existen otros ensayos de este mismo carácter, como, por ejemplo, el capítulo respectivo en la *Historia de la época del capitalismo industrial* de Efimov y Freiberg; y un cuadernillo de la *Historia del movimiento obrero* de Duncker, Goldschmidt y Wittvogel. También la han estudiado desde el punto de vista marxista algunos historiadores soviéticos. Entre los franceses es Daniel Guérin quien realiza concienzudamente este propósito en la obra que indicamos.

Guérin para llevar a cabo su estudio somete a una severa crítica previa a los historiadores más importantes que le han precedido. Así, para él, Luis Blanc, historiador socialista, permanece siempre "en el camino trillado de la democracia burguesa". Jean Jaurès. más socialdemócrata que socialista, "no ha roto el cordón umbilical que lo une a la democracia burguesa" y permanece "materialista con Marx y místico con Michelet" por lo que los conflictos de clases le parecen menos importantes que las luchas de los partidos, y es injusto con respecto a los Enragés (rabiosos) a quienes Marx consideraba como a los representantes principales del movimiento revolucionario a la vez que ha comprendido mal a los hebertistas y a los Babuvistas.

En lo que respecta a Albert Mathiez expresa que a pesar de estar familiarizado con algunos aspectos del materialismo histórico y ser autor de páginas clásicas sobre muchos episodios de la revolución "no quiere admitir que la lucha de clases forma el fondo de la historia" y por amor a Robespierre y odio a Danton

(defendido antes con encarnizamiento por Aulard) ha desvirtuado algunos de los sucesos más significativos de la revolución, de tal suerte que Mathiez es “culpable de haber reducido el acontecimiento más grande de los tiempos modernos al nivel de asquerosos enredos, de turbias intrigas de una quinta columna”. En cambio, estima que Georges Lefebvre es un historiador de gran corazón que adelantó en muchos aspectos la historia del conflicto revolucionario que analizamos.

Por los antecedentes mencionados Daniel Guérin aporta una visión de la Revolución enteramente diferente de la de sus predecesores. A pesar de que ataca a Jaurès es una frase de este historiador la que mejor define el intento de Daniel Guérin: “De la verdad por sobre todo, es de lo que tiene necesidad el proletariado que lucha”.

En el libro de Guérin no se da tanta importancia a la resurrección de las grandes figuras, sino al estudio del movimiento de las masas. Desde la caída de los girondinos hasta la ejecución de Babeuf nos muestra cómo se han combinado una revolución burguesa y un embrión de revolución proletaria, por cuanto en este período revolucionario las dos corrientes han cabalgado siempre la una sobre la otra. Este proletariado inorganizado de 1793, *los Sans Culottes*, que Michelet llama *les bras nus*, se oponen a los pequeños burgueses, quienes parecían tan próximos a ellos. Mientras que los historiadores burgueses, y aún el mismo Jaurès, cortan la historia en fajas rígidas: feudalismo, revolución burguesa, revolución proletaria, y no admiten que haya cabalgado uno de esos periodos sobre otro. Guérin trata de demostrar como en el seno de la fase burguesa se preparan y se manifiestan movimientos proletarios. Según Guérin, a Jaurès “el comunismo de Babeuf se le aparece por momentos como una excrecencia anacrónica más bien que como el término lógico de la Revolución... Al contrario, el marxismo auténtico descubre, disimulados en el árbol espeso de la revolución burguesa, los jóvenes retoños de otra lucha de clases, de otra revolución, prolongación y fin último de la que comenzó en Francia en 1789”. Esta yuxtaposición de dos tendencias revolucionarias en el seno de la Revolución francesa tiene, como en todos los acontecimientos históricos, causas económicas: “Es que la Francia de 1793 era, desde el punto de vista de la evolución de las formas de producción y de propiedad, una combinación heteróclita de elementos retrógrados y de elementos modernos, de elementos retrasados sobre la revolución burguesa y de elementos que tendían a saltar la revolución burguesa". Son los *bras nus* quienes han forzado la mano de la burguesía para tomar la Bastilla; para trasladar la reyecía de Versalles a París: para hacer sancionar por el Rey la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano; para actuar en la insurrección del 1° de agosto y en las masacres de septiembre; para ejecutar a Luis XVI, para castigar a los Girondinos, mientras que por temor al torrente revolucionario la Montaña, amante del orden, ha frenado bruscamente la descristianización. Una vanguardia proletaria exigente y agresiva obligó a la burguesía a conducir la revolución hasta el fin. En 1793 Guérin cree poder reconocer una línea de acción puramente proletaria en su violencia antiparlamentaria que se expresa en el dramático conflicto que opone a la Comuna del año II a la Convención y su apogeo se produce en las jornadas de septiembre de 1793 cuando los *ventres-creux* (los estómagos vacíos) arrancan a los montañeses medidas económicas de excepción: la fijación del máximum, la pena de muerte contra los acaparadores, la creación del ejército revolucionario destinado a inspirar un sano terror a los ricos hacendados. Para Guérin fue Robespierre quien domesticó la Comuna, dispersó las sociedades populares, contuvo las alzas de salarios y reprimió las huelgas. Se demuestra un hombre de orden, un pequeño burgués tentado por la dictadura, más cerca de Thiers que de Bonaparte. Su opositor Hébert según Guérin, solamente ha servido ocasionalmente los intereses de los bras nus, pero en el fondo

es un burgués demagogo en busca de ventajas políticas; él y sus partidarios consideraban a la revolución únicamente como una carrera y no según decía Jaurès, "como un ideal y una carrera a un tiempo".

Hébert y sus acólitos en cuanto toman conciencia, en septiembre de 1793, del peligro que han suscitado, a raíz de la violencia de las reivindicaciones sociales de los oprimidos, buscan cómo derivar esta cólera hacia otro plano y así empiezan la campaña de descristianización. El éxito de esta campaña fulminante y la explosión de odio anticlerical en un principio, después francamente antirreligioso, sobrepasó la esperanza de los hebertistas. Pero Robespierre en su discurso en los Jacobinos, el 21 de noviembre de 1793, hizo una declaración de guerra a los descristianizadores. He aquí para Guérin la vuelta capital, pues es de aquí cuando data el sobresalto burgués, el reflujo revolucionario y una a una van a ser perdidas las conquistas sociales del proletariado. Robespierre había rehusado aplicar la Constitución de 1793, por lo que el 20 de mayo de 1795, los elementos populares amotinados invadiendo la Convención gritaban a los diputados "¡Váyanse todos! ¡Nosotros mismo vamos a formar la Convención!". Es que Robespierre y la burguesía revolucionaria querían "una dictadura por arriba" y los bras nus reclamaban "una revolución por abajo" en los clubes y en la Comuna. He ahí todo el drama de la revolución.

La interpretación de Daniel Guérin aporta un indudable enriquecimiento sobre los relatos anteriores de la revolución francesa. Tal vez su visión está limitada desde que para el solamente el marxismo ortodoxo constituye la única llave de la historia. Por tal motivo enfrenta el estudio y explicación de la historia con un espíritu a priori con un lote de ideas preconcebidas, que empleadas sistemáticamente terminan por esterilizar la historia en vez de diversificarla. Sin embargo, a pesar de su punto de vista estrecho y sectario, al pretender renovar la explicación de los hechos históricos, aclara uno de los aspectos más obscuros y menos considerados de la revolución francesa. Por otra parte, la seriedad del inmenso trabajo realizado y la generosa pasión por los desheredados que lo anima hace útil y necesaria su lectura.

Desde el punto de vista del criterio que debe imperar en la investigación histórica representa un punto de vista opuesto al de Guérin el que sustenta Máximo Leroy y por ello digno de conocerse, por lo menos en su planteamiento general. Lo formula en el prefacio y en la introducción de su notable obra: *L´Histoire des idees sociales en France* (Tomo I. *De Montesquieu y Robespierre*. Según Leroy "la historia enseña que persiste la constante de un terrible duradero humano bajo las fluctuaciones de la moda, del lenguaje, de la ambición, del saber". Pues bien, "es ese duradero que tenemos que conocer en su detalle, en su horrible detalle, terrorista, rojo o blanco, detalle tan a menudo atroz y desesperante"

Lo que M. Leroy busca en la historia son las enseñanzas que derivan del "duradero psicológico" y no las tesis partidarias sociales o políticas. Leroy no es marxista, es más bien de formación proudhoniana. Estima que los marxistas a pesar de sus pretensiones para substituir el socialismo utópico de Saint-Simon o de Fourier por un socialismo científico, no son menos utópicos que sus antecesores. Para él "la utopía de Saint-Simon o de Fourier radica en la descripción de sus instituciones del porvenir; ellos habían sido utópicos, sobre todo Fourier, por sus planes. La utopía de Marx radica en el rol que él ha creído que jugarían las circunstancias económicas en tanto que creadoras revolucionarias del porvenir".

A Leroy le repugna todo sistema, o dogmatismo simplificador y evita todo fanatismo político y social. Para salir de la utopía, para despejar, sin mutilarla, la realidad de una época, la historia debe ser pluralista y tener en cuenta todos los aspectos del espíritu humano. La búsqueda histórica constituye "una obra de ensanchamiento espiritual que conviene perseguir con una especie de piedad humana, para no perder

nada de la experiencia de quienes nos han precedido en las vías dolorosas de la historia". Es enemigo de la tendencia a esquematizar, a caricaturizar lo real, a penetrar por fractura en la interpretación de los hechos.

La revolución de 1789 no fue un movimiento socialista, como algunos escritores han manifestado. El único movimiento de esa tendencia fue la Conspiración de los Iguales, acaudillada por Gracchus Babeuf, en 1797, contra el Directorio, que fue vencida y aplastada.

Los propietarios, la burguesía y los campesinos acomodados fueron los que sacaron provecho de la revolución. Precisamente, los rasgos distintivos de la revolución agraria elaborada durante ese proceso fueron la emancipación de la agricultura de las restricciones de un feudalismo anticuado y la transformación del campesino cultivador en propietario independiente. Desde la revolución la unidad de propiedad agraria en Francia es pequeña, de tal suerte que se transformó en un país de campesinos propietarios. Mientras el número de propiedades agrícolas es de cinco y medio millones, el número de trabajadores agrícolas es de tres y medio millones. Por otra parte, nada, ganó el trabajador industrial, obrero sin propiedad, al que ni siquiera se le permitió asociarse (la Ley Chapelier declaró ilegales las asociaciones de los trabajadores, situación que reforzó el Código de Napoleón) ni tampoco la estéril libertad que la Declaración de los Derechos del Hombre afirmaba ser suya por ley natural. La ley controlaba sus movimientos por medio de reglamentos a la vez que prohibía estrictamente su asociación, de tal modo que se enfrentaban indefensos a sus patrones en las disputas industriales. De ahí que la revolución haya consagrado solamente el triunfo de la burguesía, de sus reivindicaciones, de su dominio, de su ideario filosófico, económico y político: el liberalismo, concretado en el régimen democrático burgués.

FASES PRINCIPALES Y CAUDILLOS DESTACADOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.

La Revolución estalló en 1789 y duró hasta 1799, cuando Napoleón asume el poder, a raíz del golpe del 18 Brumario. Su momento culminante ocurrió en los años de 1793-1794, declinando a partir del 9 Termidor (27 de julio de 1794).

Durante su primera fase, desde junio de 1789 hasta el 10 de agosto de 1792, domina la gran burguesía que se esfuerza por hacer pactar la revolución con el Antiguo Régimen, declarando, en seguida, la guerra a las masas populares: campesinos en abierta rebelión contra los privilegios feudales y obreros de las ciudades que protestan por la escasez de alimentos y el encarecimiento de la vida. En la segunda etapa, desde el 10 de agosto hasta el 9 Termidor (1792-1794), el poder fue ejercido por la pequeña burguesía revolucionaria, políticamente organizada en el Club Jacobino, comandado por Marat, Danton y Robespierre. Durante este período la tarea de la pequeña burguesía fue la de eliminar todas las supervivencias feudales y crear las condiciones políticas que permitiesen a los poseedores desarrollar libremente sus actividades. En su contienda por desplazar el feudalismo para implantar el liberalismo, frente a la nobleza nacional y la reacción europea, los jacobinos representaron el papel de partido revolucionario (El año pasado, 1948, apareció, editado por Hachette, el libro de Jacques de Castelnau: *Le Club des Jacobins* (1789-1795), en el que analiza detenidamente la existencia de este poderoso partido, enfocada como la historia de la ascensión popular francesa hacia la cima de la libertad y como una especie de prefacio del socialismo contemporáneo. Hay una etapa de la vida en la que no se puede ser sino jacobino, y el propio Napoleón se jactaba, con cierto orgullo, de haber sido jacobino en su juventud).

En la tercera fase, a partir de la reacción termidoriana, de nuevo entran a predominar los elementos de la alta burguesía. A lo largo del curso de la revolución, los grandes comerciantes, industriales y propietarios, presentaron un frente común para hacer fracasar la obra revolucionaria en favor de las reivindicaciones populares. Y es así como, a pesar de la destrucción del feudalismo, la condición social y económica de los grandes sectores laboriosos no mejoró. El Directorio consagró abiertamente la victoria de la burguesía y con ella se impuso el capitalismo. A raíz de su triunfo, la agricultura entró en el cuadro de la producción capitalista, que acentúa la diferencia entre el propietario agrícola y el proletariado agrario, amarrado éste al salario que consentía en pagarle el gran hacendado, o bien lo desplaza hacia las ciudades y las fábricas. Por otra parte, el desarrollo de la industria sobre la base capitalista hizo de la pobreza y de la miseria de las masas obreras la condición vital de la sociedad mercantilista contemporánea. Con mucha razón expresa Albert Mathiez, al resumir los resultados de la revolución: "Puede decirse que el pueblo pagó las costas de la revolución junto con los clérigos y los emigrados. La burguesía que estuvo a punto de ser desposeída en el año II, terminó por afirmar su poder gracias a la inflación. Gracias a la inflación adquirió casi por nada la tierra del clero y de los emigrados. Gracias a la inflación venció a sus enemigos del interior y del exterior. Gracias a la inflación proveyó sus usinas de guerra. Gracias a la inflación, en fin, domesticó por un siglo a las clases populares"

El documento más difundido de la Revolución francesa, y que es la síntesis teórica del anhelo del pueblo en esa grandiosa jornada, es la "Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano", publicada en 1789. En uno de sus acápites principales dice: "Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las diferencias sociales no pueden tener más base que el bienestar general ... El fin de todas las relaciones entre los ciudadanos es la conservación de los derechos naturales e inalienables del hombre, estos son: la libertad, la propiedad, la segundad y la resistencia contra cualquier opresión".

Son muchos los caudillos de la Revolución francesa que merecen señalarse. En su primera fase quien jugó el rol principal fue, sin duda, el conde Mirabeau. Mirabeau ha sido el sujeto de innumerables biografías. Últimamente hemos leído el vasto estudio de Jean-Jacques Chevalier: *Mirabeau (Un grand destín manqué)*, publicado por Hachette, en 1947. De acuerdo con el epígrafe, tomado de Sainte-Beuve, donde afirma que "es la primera gran figura que abre la era de las revoluciones", Chevalier estudia en forma minuciosa y hábil al ciudadano Mirabeau y al proceso colectivo de la Revolución en los años de 1789 a comienzos de 1791. Analiza hondamente la actuación política de Mirabeau, desde el mes de enero de 1789, cuando la apertura de los Estados Provinciales de Aix-en-Provence, hasta su muerte, en marzo de 1791.

En cuanto a Danton, el tribuno más poderoso de la época ha sido estudiado en numerosas biografías. Tal vez la más completa es la de Louis Madelín (autor, también, de un estudio completo sobre Foucbé), que ha sido reeditada por Hachette el año recién pasado, en su Colección *Figures du passé*.

Robespierre encarnó fielmente el espíritu de rebeldía del pueblo francés en contra del feudalismo y personifica al partido jacobino. Fue un sincero y honesto defensor de los derechos del pueblo. Según Mathiez, que le ha consagrado un valioso libro; es el primer apóstol del socialismo de Estado. Quizás la biografía más completa sobre Robespierre es la de Gérard Walter. Este laborioso investigador publicó en 1936, *chez Gallimard*, su trabajo; pero recientemente, ha sido reeditado, totalmente rehecho con una abundancia de datos, que asombra, en dos nutridos, volúmenes. Robespierre fue un ardiente discípulo de

Rousseau y, sin embargo, tuvo frases de desprecio para las formas de vida de los filósofos. Decía de ellos: “Eran algunos hombres estimables y un mayor número de charlatanes ambiciosos. Declamaban contra el despotismo y estaban pensionados por los déspotas ... Hacían tantos libros contra la corte, como dedicatorias para los reyes, discursos para los palaciegos y madrigales para las damas: eran tan orgullosos en sus escritos como serviles en las antecámaras” ...

Poseyó una inflexible voluntad revolucionaria y una de sus máximas favoritas era ésta: “Debe existir una voluntad”. Es el autor de esa bella frase de la Declaración de los Derechos del Hombre: “El objeto de la sociedad es la felicidad común”. Uno de sus tantos biógrafos, al tratar de definir su personalidad compleja, ha estampado este juicio: “Si algo es cierto acerca de él, es su plena segundad de haber triunfado en la empresa de conciliar las cosas aparentemente más opuestas. Creía en la libertad, a pesar de preconizar una política de intimidación; amaba al pueblo, aunque despreciaba a los individuos; no era partidario de la pena de muerte, no obstante haber ordenado algunas ejecuciones; odiaba el militarismo, a pesar de lo cual quería una guerra nacional, y creía en una Providencia todopoderosa con una inquisición vengativa y sin tregua para todos sus opositores”.

El amigo, y colaborador inseparable de Robespierre, fue el joven e intrépido Saint-Just. A pesar de su juventud (murió guillotinado a los 2L años) fue un ejemplo de austeridad y energía y un magnífico organizador y conductor de masas. Representó a menudo el pensamiento extremo del partido Jacobino. Fervoroso republicano sintetizó su credo en esta frase: “La primera de todas las leyes es la conservación de la República”. Es conocida la biografía que le dedicara Emmanuel Aegerter. En su párrafo final escribe: “Fue una inexorable voluntad al servicio de la justicia absoluta... En todas las horas de trastorno y de duda, cuando una audaz revisión de los valores sociales engendra en demasiados espíritus el escepticismo primero, la vacilación después; cuando una civilización se disuelve falta de principios, Saint-Just indica el único medio de salvación: Querer implacablemente y hasta la muerte. Querer la justicia”.

La personalidad de Saint-Just ha sido el motivo de notables trabajos recientes como los de: Jean Gratien: *Oeuvres de Saint- Just*, en el que se traza una semblanza biográfica y se reproducen algunos de sus mejores escritos; y de C. J. Gignoux: *Saint- Just*, publicado en ediciones La Table Ronde. En esta última biografía se hace un estudio completo de su acción y de su obra. Saint-Just era un joven y temible revolucionario, de hermosa estampa física, dueño de una oratoria sentenciosa y cortante, de glacial presencia unida a una impenetrable sangre fría y de un valor a toda prueba, que no flaqueó ni ante la muerte. Saint- Just fue el Arcángel de la guillotina.

Su credo revolucionario, en lo social y político, puede sintetizarse en estas frases: “El revolucionario sabe que para que la Revolución se afirme, es preciso ser tan bueno como se era malo antes ... Un revolucionario es un héroe de buen sentido y probidad ... Es necesario que Europa se entere que no queréis un desgraciado ni un opresor en el territorio francés. Que este ejemplo fructifique sobre la tierra; que propague sobre ella el amor a la virtud y a la felicidad. La felicidad es una idea nueva en Europa”.

Marat poseía un ardiente espíritu de clase, por lo que ha atraído la atención de los revolucionarios y, entre ellos, la de Carlos Marx, quien admiraba su férrea voluntad y su intransigencia e intrepidez revolucionarias.

Marat estimaba que un profundo y perpetuo antagonismo de clases domina las relaciones de la sociedad en su interior y que el problema de la desigualdad social es el más grave y que más urge resolver entre

todos los que se presentan al legislador. Para Marat, el primero de los derechos que debe conquistar el oprimido es el de "asegurar su existencia material", por cuanto, ante todo, el hombre debe subsistir. La igualdad y la justicia únicamente se pueden conseguir por el camino de la lucha de clases y afirmaba que los pobres deben reivindicar, a mano armada, contra los ricos, los derechos sagrados de la naturaleza. Marat quería que desaparecieran "esas instituciones odiosas que hacen que algunas clases del pueblo sean enemigas de otras". Es bastante manejada su biografía que escribieran Barthou y Walter, ambos versados investigadores de los sucesos y de las más destacadas personalidades de la Revolución francesa.

La lectura de esta obra nos entrega una visión de Marat muy distinta de la tradicional que lo presenta como a un hombre sediento de sangre. No hay tal. Lo que pasa es que su ideario era extraordinariamente avanzado: Defiende ideas como estas: "Sin duda, el fruto de vuestro trabajo os pertenece; pero la agricultura necesita del suelo y ¿bajo qué título os apropiáis un rincón de esta tierra que fue dada en común a todos sus habitantes? ¿No creéis vosotros que después de una repartición equitativa de todo, os podíais asignar vuestra parte? Además, después de esta repartición, no tendríais derecho sobre el terreno que cultivasteis, sino sobre la parte necesaria a vuestra existencia". Su intransigencia revolucionaria está contenida en esta máxima: "Pretender agradar a todos en tiempo de paz es obra de locos; pero pretender agradar a todos en tiempos de revolución es propio de traidores".

En una colección francesa titulada *A la lumière des textes oublies* se ha publicado el trabajo de Gracchus Babeuf: *Le problème social paysan pendant la Révolution,* con una introducción y comentarios de Jean Auger Duvignaud. Babeuf fue el dirigente de la "Conspiración de los Iguales", que trató de derrocar el Directorio para establecer un gobierno popular. Babeuf es quien primero ha expuesto un programa verdaderamente comunista. Afirmaba que todo el mundo debía tener medios para satisfacer sus necesidades: aspiraba a la destrucción de las grandes fortunas y a la abolición del derecho de herencia. Según Babeuf. "la tierra no es de nadie. Todo lo que el individuo acapara más allá de lo que necesita para su alimento es un robo social". A fin de conseguir una nueva sociedad, en la que no existan desigualdades, es necesario, según Babeuf, en primer lugar, establecer una administración común; luego, la propiedad particular debe ser suprimida; cada hombre debe ser destinado a la industria que conoce, teniendo el deber de depositar el fruto de su trabajo en el almacén común. Para realizar estas medidas se crearía un simple mecanismo de distribución, una administración de subsistencias, que llevando un registro de todos los individuos y de todas las cosas haría repartir estas últimas con la más escrupulosa igualdad, depositándolas en el domicilio de cada ciudadano. Con tales medidas desaparecerían todas las miserias e injusticias y la inquietud económica en general, que, según Babeuf. es "perpetua de cada uno de nosotros, sobre nuestra suerte del día siguiente, de nuestra vejez, de nuestros hijos".

Otros personajes secundarios, en cuanto a figuración, pero de ideas muy interesantes, son Lange y Buonarotti. Lange, de origen alemán, fue un crítico perspicaz del proceso revolucionario. Atacó rudamente la constitución de 1791, que estaba dirigida a defender los intereses de la burguesía, considerándola atentatoria al principio de la igualdad de todos los hombres ante la ley, por la división que hacía en ciudadanos activos y pasivos, es decir, entre poseedores y trabajadores, otorgándole derecho a sufragio solamente a los activos. Por otra parte, fue el creador de las primeras cooperativas agrarias, con el objeto de terminar con el hambre del pueblo, evitando la perjudicial acción de los acaparadores y especuladores. Recomienda, para concluir con los intermediarios. que encarecen la producción, la organización de una vasta red de cooperativas agrarias. Con estas ideas, Lange influye notoriamente en Fourier y Owen.

Buonarotti fue compañero de Babeuf en la jefatura de la Conspiración de los Iguales. Sus convicciones eran avanzadas. Distinguía claramente dos épocas en la revolución: la primera, de 1789 a 1792, en la cual se proponían únicamente establecer una Monarquía constitucional con un gobierno burgués: la segunda, que comenzaba en 1793, se caracterizaba por la lucha entre los que poseían y los que nada tenían, entre poseedores y desposeídos. De este análisis partía para considerar la necesidad de derrocar al Directorio, con el propósito de organizar, tan pronto cayera, una Asamblea Nacional que tendría por finalidad controlar el poder y dictar una Constitución Socialista para Francia. Escapó de la guillotina, con motivo de su arresto junto a Babeuf. Será el historiador de este frustrado movimiento, cuyo "Manifiesto" decía: "La Revolución francesa es solamente la precursora de otra revolución más grande e imponente, que será la última".

Notas sobre la historiografía chilena[107]

Con mucha exactitud el historiador francés Albert Mathiez ha escrito: "la erudición es una cosa y la historia es otra. Aquélla investiga y reúne los testimonios del pasado, estudiándolos uno a uno y confrontándolos para que de ellos surja la verdad. La Historia reconstituye y expone. La erudición es análisis; síntesis". En nuestro país la Historia ha sido eminentemente erudita y la de síntesis e interpretativa está por hacerse. En el terreno de la historia erudita resplandecen figuras de contornos continentales como don Diego Barros Arana, Ramón Sotomayor Valdés, José Toribio Medina, Enrique Matta Vial, Domingo Amunátegui Solar, que resumen y expresan las cualidades y limitaciones de los historiadores chilenos.

Guillermo Feliú-Cruz, en su excelente estudio "Barros Arana y el método analítico en la Historia", dice en algunos párrafos sobresalientes: "Nos faltan las grandes síntesis. En el plano de la historia de Chile se percibe, mejor que en ningún otro, la ausencia de una construcción orgánica y substantiva, sintética y esquemática, de lo que fuimos y ahora somos. Lo saben los eruditos a grandes trazos. El término medio de las gentes cultas, conforme a la escuela en que se han educado, está atiborrada de datos, fechas, nombres. Ignora la trama sociológica que ha ido anudando nuestros problemas, y nos ha hecho al fin, un pueblo de tales y cuales características. Está en nuestros hábitos intelectuales porque así nos formaron, odiar las síntesis, las grandes explicaciones que descubren la interpretación de nuestro fenómeno político-social. Siempre creemos que reducir a términos de síntesis histórica y sociológica nuestro pasado, es señal de un espíritu tropical y exaltado... Al extremarnos en el método analítico, al cerrarnos el camino de la especulación y de la abstracción, nos llevaron a despreciar la base filosófica de toda cultura. Siempre se confunde la ilustración con la cultura. La ilustración no es nada si no se tiene una formación fuerte, sólida, poderosa en lo que el Renacimiento llamó el humanismo. El sentido práctico de la enseñanza de esos dos grandes maestros (Bello y Barros Arana) ha sido nuestra ruma moral a la larga. El profesionalismo nos inundó de viles apetitos. La Universidad se convirtió en fábrica espuria de ideales y allí se trizaron las grandes directivas de toda aspiración suprema, de toda idealidad superior... A la carencia de una escuela intelectual con base filosófica, hay que añadir en la generación de ayer, de hoy y de mañana, una total

[107] Atenea 291-292 septiembre-octubre 1949. Julio César Jobet. Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica. Periodista. Ha sido redactor en diversos diarios y revistas. Ha publicado varios folletos y un libro: "Santiago Arcos y la Sociedad de la Igualdad". Su nuevo libro: "Esquema del desarrollo económico-social de Chile", apareció en esta revista en los números de abril y mayo de 1946; junio, julio y agosto de 1947 y de enero-febrero y marzo de 1949. Son numerosos los ensayos sobre temas históricos y sociales que ha dado a la publicidad en distintas revistas nacionales y extranjeras. Desde comienzos del presente año tiene a su cargo el Noticiario de Atenea.

ignorancia de la evolución de nuestra nacionalidad. Sabe poco de sus grandes hombres. Nada de sus virtudes. Desconoce las etapas por que ha cruzado el país, y si no ignora las grandes divisiones de su historia, no tiene la menor noción de lo fundamental en cada uno de esos períodos clásicos y artificiosos" ...

Si en verdad que en nuestro país se ha cultivado en forma preferente el género histórico, con una constancia y delectación especiales, lo ha sido siempre con un criterio narrativo y erudito, de tal manera que por una curiosa paradoja, el verdadero desarrollo histórico de Chile, por lo menos desde la Independencia, es conocido de modo deformado; ignorado en hechos capitales; adherido a personalidades exaltadas desproporcionadamente a su importancia intrínseca o a su rol jugado realmente, a causa del espíritu de familia o de clase que ha guiado el criterio de la mayor parte de nuestros historiadores, mientras que otros personajes de mérito efectivo y de gravitación poderosa han sido injustamente rebajados o mistificados en su acción e ideas. Por otra parte, casi todos nuestros historiadores han entendido por Historia solamente la historia política, o "historia de los acontecimientos" (denominación errónea, pues las invenciones mecánicas y la introducción de nuevas maquinarias, como el descubrimiento de las bacterias y de nuevas drogas para combatirlas, constituyen acontecimientos no menos importantes, pero son relegados a segundo término por la historia pragmática de los sucesos). Tales historiadores subestiman la historia de "la manera de vivir", o de la "civilización" como la designan otros, para darle importancia primordial a la cronología y a los nombres, a las guerras y a los caudillos. Es corriente oír decir que se enseña poco y mal la Historia, especialmente la nacional, porque no se indican las fechas precisas de innumerables hechos baladíes o los detalles minúsculos de la vida de los próceres o las anécdotas insulsas de los malos gobernantes.

Si los grandes historiadores liberales, como Barros Arana, los Amunátegui, Vicuña Mackenna, Tomás Guevara, Pedro Fuenzalida Grandón, Luis Galdames, representan, desde un ángulo filosófico, discrepancias apreciables con los historiadores conservadores, como Sotomayor Valdés, Crescente Errázuriz, Gonzalo Bulnes, especialmente en el plano religioso y en el campo de la educación, en los problemas fundamentales de carácter económico social, su posición es idéntica y su actitud de indiferencia frente a las condiciones de vida del pueblo es la misma.

Barros Arana compendia la posición liberal en el terreno religioso y educacional cuando en carta a Bartolomé Mitré le expresa, a propósito de su separación del Instituto Nacional, lo siguiente: "Pero yo enseñaba la historia sin milagros, la literatura sin decir que Voltaire era un bandido y un ignorante, la física sin demostrar que el arco iris era el signo de la alianza, y la historia natural sin mencionar la ballena que se tragó a Jonás. Esta enseñanza enfureció al clero, que no perdió medio alguno para suscitarme dificultades". Por otro lado. Barros Arana trató de darle a la investigación histórica un sentido científico con métodos y principios extraídos de las ciencias naturales y, con un marcado afán de encontrar leyes causales inmutables en el acontecer histórico nacional, que es producido bajo la idea del evolucionismo y del principio del progreso. Pero sus discrepancias son bien pequeñas (las más graves son de orden político, o personalista, de acuerdo con las clásicas pugnas de carreristas y o'higginistas, de pelucones y pipiolos, de monttino y anti monttino, de balmacedistas y anti balmacedistas, sin siquiera profundizar en la realidad de fondo sobre la cual se levantaron y actuaron esos grupos y caudillos) y en la investigación minuciosa y resultados concretos de ella, en el análisis de los acontecimientos, de sus causas y consecuencias, en el enfoque de los hombres que ocuparon los planos dirigentes, en la atención y preferencia de sus temas, en

la evocación de conjunto del desenvolvimiento histórico nacional, no se diferencian ni se separan en forma fundamental. La norma que ha imperado en la investigación es la minuciosidad erudita y, a menudo, baladí, dentro de un marco parcial y unilateral. La vocación histórica de nuestra raza, según la afirmación corriente, ha tenido mucho de heráldica, biográfica y coleccionadora de cuantas minucias inútiles existen en papeles desconocidos. Solamente en obras ocasionales, o en ensayos reducidos, han tocado algunos escritores en la médula de nuestro proceso histórico, o en su fondo vital, interpretando la evolución del país, según causas bien definidas.

* * *

José Victorino Lastarria en sus "Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile", acomete un análisis vertebral de la sociedad chilena y atribuye los vicios y la reacción imperantes al régimen feudal de las encomiendas y, en general, al sistema colonial establecido por los peninsulares y mantenido intacto una vez que se logró la Independencia. El ensayo de Lastarria constituyó una audacia que fue sancionado con el anatema de Bello y sus discípulos.

En verdad, el trabajo de Lastarria adolece de numerosos vacíos, a causa, en gran parte, de las deficiencias dé información por la carencia de materiales de primera mano. Antes de escribir un trabajo de interpretación de tal índole era necesario revisar los archivos, ordenar las colecciones documentales y los testimonios de la época, lo que se llevará a cabo en el curso de la segunda mitad del siglo XIX.

Santiago Arcos Arlegui, en su célebre "Carta a Francisco Bilbao", aparecida en 1852, influido por el pensamiento de los socialistas utopistas franceses, es el primero que lleva a efecto un estudio explicativo del desenvolvimiento de la sociedad chilena buscando sus causas últimas y determinantes. Para él es la lucha de clases, aristocracia terrateniente versus pueblo trabajador (artesanos, obreros y, principalmente, campesinos) la que caracteriza la fisonomía, condiciones y estado del país. Es el primer escritor nacional que ha señalado la existencia de una lucha de clases en el seno de nuestra sociedad, contienda que le da carácter y color a su desarrollo económico, social, político y cultural. Esta teoría interpretativa tan avanzada ha sido igualmente sustentada por el esclarecido político, periodista y orador liberal, don Isidoro Errázuriz, quien en la "Historia de la administración Errázuriz", de la que nos ha llegado únicamente la "Introducción", ha llevado a cabo, en forma particularmente brillante, un ensayo de hondura y clarividencia notables señalando, al igual que Arcos, la existencia de una pugna de clases en la base de nuestro proceso histórico.

Francisco Bilbao en "Sociabilidad Chilena" ataca el dogmatismo de la Iglesia y el fanatismo clerical, como causas de la reacción imperante. Vuelve a la misma afirmación, y amplía su estudio al plano social, en su "Carta a Santiago Arcos".

Nicolás Palacios, en "Raza Chilena", trata de explicar la evolución nacional, tan destacada dentro del conjunto hispano americano, por razones de carácter étnico, influenciado por las doctrinas del conde de Gobineau y sus seguidores Vacher de Lapouge y Ammon.

Alejandro Venegas (doctor Julio Valdés Canje) en su libro "Sinceridad. Chile íntimo en 1910", lleva a cabo un detenido análisis de nuestro desarrollo indicando que las causas económicas han sido decisivas en la marcha de la historia patria. Una injusta realidad económica ha generado el dominio de una clase que ha gobernado exclusivamente en su provecho, a costa de la miseria y el atraso del pueblo y el debilitamiento

del país, realidad que se ha mantenido sobre todo por una serie de maniobras financieras que han destruido la moneda y esclavizado a las grandes multitudes consumidoras.

Alberto Edwards, en su popular obra “La Fronda Aristocrática”, ha verificado un estudio original y sugerente de nuestro desenvolvimiento histórico republicano. Para él el motor animador del proceso chileno es la lucha constante entre la aristocracia, clase ejidal en la sociabilidad nacional, y el Estado, que, según la creación portaliana, estaría por sobre los intereses clasistas.

Aunque esta concepción es débil y discutible, puesto que el Estado durante la República no es otra cosa que el instrumento fuerte de la clase latifundista, a la cual se agrega más tarde una clase minero-industrial, la obra de Alberto Edwards es notable por sus observaciones, juicios, puntos de vista nuevos y su construcción sintética.

Carlos Vicuña Fuentes, en su discutido libro “La Tiranía en Chile”, enfoca el proceso social y político chileno con originalidad y vigor sintético. La primera parte de su obra es valiosísima, pues en ella traza un bosquejo preciso de la formación de la sociedad chilena desde la Colonia hasta la primera guerra mundial. Las páginas en que expone el origen de las clases sociales existentes, de sus elementos constitutivos, de sus rasgos psicológicos y de sus intereses antagónicos, son de extraordinario mérito.

Domingo Amunátegui Solar, abandonando momentáneamente su labor erudita, trazó un excelente compendio sobre la historia del país, en la que se esfuerza por señalar sus aspectos sociales hasta llegar, más tarde, a la publicación de su “Historia social de Chile”, en la que afirma la importancia del pueblo y su real participación en el desenvolvimiento nacional.

Luis Galdames ha dejado brillantes páginas y diversos ensayos en los que aborda con valor, aspectos de la realidad económica y social del país y señala la dominación clasista, de carácter oligárquico, que ha imperado. Se aprecia este criterio en sus obras: “La evolución constitucional de Chile” y “Valentín Letelier”.

Guillermo Feliú-Cruz, dejando de lado sus búsquedas bibliográficas, ha escrito algunos penetrantes ensayos que presentan los problemas de la historiografía nacional y en su “Esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX” nos entrega una visión novedosa de esa centuria. Continúa este trabajo en un estudio similar que abarca desde la revolución de 1891 hasta la primera administración de Arturo Alessandri.

Ricardo Donoso, minucioso biógrafo de Barros Arana, Vicuña Mackenna, Antonio José de Irisarri y Ambrosio O'Higgins, en su bosquejo titulado: “Evolución social de Chile desde la constitución de 1833 basta nuestros días” expone diversos acontecimientos, hasta el presente soslayados, e indica el papel de figuras que no han sido debidamente consideradas.

En la actualidad, acapara el interés de los círculos intelectuales don Francisco Antonio Encina, historiador vigoroso que se dio a conocer en 1912, con dos obras sociológicas notables: «La educación económica y el Liceo» y “Nuestra inferioridad económica”. Ahora, está dando a luz una vasta “Historia de Chile”, de la que han aparecido trece volúmenes y que abarcará alrededor de dieciocho.

Encina ha atacado duramente a los diversos historiadores nacionales, en especial a Barros Arana, en quien le sublevan su sencillez “indigente”, el “simplismo”, la “confusión de la cultura con el desarrollo cerebral”,

etc. Sólo encuentra bien dotado a Vicuña Mackenna, aunque lo demuele al agregar que “se dio en él el caso raro de que la forma imaginativa del niño persistiera más allá de los cincuenta años” …

Muchos de los reparos de Encina a nuestros historiadores son justos y perspicaces, pero, a menudo cae en un apasionamiento estéril. Aparte de algunos juicios lapidarios y tremebundos, expuestos en un lenguaje muy personal y pintoresco en el cual abundan las denominaciones anticuadas, Encina es un historiador valioso que trata de innovar tanto en la concepción filosófica para apreciar la Historia como en el arte de presentarla.

Al comentar la obra de Sotomayor Valdés señala que la falta de profundidad cerebral de éste, le impide aprehender el fondo del suceder histórico; que delante de los hombres y de los sucesos titubea; no se atreve o no puede discriminar lo que simboliza el período que historia, de lo que debe arrojarse al canasto de los papeles inútiles o relegarse a las historias especiales; y al hacerle esta crítica aprovecha el señor Encina para exponer en parte su propia concepción, afirmando que la historia de un pueblo no está al alcance de las dotes del erudito ni del literato, y que exige un cerebro capaz de abarcar a la vez la forma y el fondo del devenir histórico, de digerir el contenido de los materiales, transformarlo en una imagen real y viva del pasado, de simbolizarla en los mismos sucesos y en los propios hombres que lo encarnaron y de destacarla en una representación plástica y coloreada ante los ojos del lector. De ésta, su manera de enfocar lo que debe ser la historia, surgen todos sus reparos a los historiadores nacionales. Así como critica a Sotomayor Valdés también menudea bus ataques a Barros Arana en quien resume los defectos y las pocas excelencias de la historiografía chilena. Dice que como ya observara el crítico Omer Emeth, la “Historia General de Chile”, no responde a ninguna de las formas de la creación histórica.

Aun prescindiendo de la debilidad de la base documental (puesto que desde 1880 en adelante ha aumentado en forma impresionante la documentación) y de la tergiversación sistemática del contenido genuino de los documentos, para ensamblarlos en una armazón ideológica y sentimental preconcebida, un relato de la materialidad del pasado revestido con los sentimientos, las pasiones y las ideas del presente del autor, carece de todo valor para nuestros actuales cerebros. Pero, agrega que, en Chile, en esa época, no era posible hacer otra cosa; y en la ardua tarea de adaptar la historia a las exigencias del infantilismo mental de la época, Barros Arana desplegó una notable capacidad de juicio y una rara sagacidad, obteniendo, además, de sus modestas dotes intelectuales, un rendimiento que nunca se admirará en exceso.

F. A. Encina se jacta de haber concebido y trazado su “Historia de Chile” como conocimiento objetivo, ajena a todos los postulados y los sentimientos extraños al propio suceder, ayudado por el estudio de la nueva e inmensa documentación y de su poderosa capacidad cerebral. Y aunque escrita hace tiempo la ha dado a luz mucho después, cuando «el desarrollo de la sensibilidad cerebral y de la cultura, hicieran posible su asimilación».

Sin embargo, es difícil creer en la afirmación del señor Encina de que su obra está trazada como conocimiento objetivo. No sólo está limitada por su pertenencia de clase, su posición política y su sensibilidad cerebral, sino que también por su concepción filosófica general.

El señor Encina es un adepto a las teorías étnicas de Gobineau, Vacher de Lapouge y H. S. Chamberlain, y a la filosofía intuitiva de Bergson, y tiene, a menudo, más fe en la intuición y en la imaginación para

reconstruir y animar el proceso histórico que en la mera frialdad escueta del razonamiento, aunque defiende, al igual que Barros Arana, la necesidad irremplazable del documento y su análisis. De su obra «La literatura histórica nacional» se desprende que la esencia de sus doctrinas se concreta en la afirmación que todos nuestros historiadores, a excepción de Nicolás Palacios, en "Raza Chilena", han partido de un doble error histórico y psicológico en la interpretación de la historia nacional. Según él, consiste el primero en suponer que el conquistador americano y el colonizador de Chile tenían la misma composición étnica que la masa de la población peninsular; y el segundo, en prescindir de las consecuencias psicológicas del cruzamiento del conquistador con el aborigen. El español que llegó a Chile tenía un mayor porcentaje de sangre goda que los que llegaron a los demás países americanos, lo cual influyó en el temperamento y carácter chilenos; la capa vasca sólo la recubrió, sin destruirla, a esa base goda, a fines de la Colonia (las ideas de Palacios han sido refutadas por carecer de realidad científica; sin embargo, su libro es de gran valor y, sobre todo, es la expresión de una alma sinceramente patriota que indicaba valerosamente la postración del pueblo por la injusticia económica y social y que deseaba redimirlo y levantarlo al sitio que le correspondía por su valer y labor). Las ideas del señor Encina son discutibles, por cuanto sus afirmaciones, a pesar del brillo de que están revestidas, se basan exclusivamente en su capacidad intuitiva y en su honorabilidad personal, y no en hechos concretos y demostrables. Es, ante todo, un castellano violento arremetiendo en contra del autonomismo vasco en el campo de la historia nacional.

En el tomo III de su "Historia de Chile", en los capítulos III, IV y V que tratan sobre la formación de la raza chilena, estudia las sábanas progenitor as, su cruzamiento y los resultados psicológicos del mestizaje, desarrollando con cierta extensión su teoría expuesta en la «Literatura histórica chilena», que hemos citado. Aquí en los capítulos enumerados, afirma: "la selección psicológica engendró una selección étnica: el castellano viejo, el andaluz, el leonés, el extremeño, etc. que pasaron a Chile, traían en sus venas una alta proporción de sangre germana. Esta sangre dispersa en la Península en un corto número de individuos, que salpicaban la gran masa, se concentró en Chile en los doce mil mestizos ibero-godos que vinieron hasta 1630 y, en menor proporción, en los que continuaron llegando más tarde; y pesó sobre el temperamento, el carácter y el intelecto chilenos". Reconoce que "esta impresión traspasa los dominios de la historia; a lo menos no es susceptible de ser comprobada documentalmente... La estimación sobre el porcentaje de sangre goda que traía el progenitor español del pueblo chileno no puede asentarse sobre ninguna base seria. Pero su influencia psicológica es tan viva que se necesita la insensibilidad cerebral de los historiadores vascos del siglo XIX para no percibirla" ...

***

Del análisis que hemos hecho creemos justo deducir que, en la historiografía nacional, con excepción de los ensayos históricos que hemos mencionado especialmente, predomina un criterio estrecho y cerrado, el que nos explica que no se haya dado la trascendencia que posee al estudio de los fenómenos económico-sociales, gestadores, en grado decisivo, del desenvolvimiento de la sociedad.

Monod, destacado representante de la ciencia histórica francesa, ha escrito algo que se aplica con mucha exactitud a la historiografía nacional: "los historiadores se han acostumbrado demasiado a prestar exclusiva atención a las manifestaciones brillantes, ruidosas y efímeras de la actividad humana, a los grandes acontecimientos y a los grandes hombres, en lugar de presentar los grandes y lentos movimientos de las condiciones económicas y de las instituciones sociales que constituyen la parte verdaderamente

interesante y permanente del desarrollo de la humanidad, la parte que, en cierta medida, puede ser sintetizada en leyes y sometida hasta cierto grado a un análisis exacto. En efecto, los acontecimientos y las personalidades destacadas lo son precisamente como signos y símbolos de diferentes etapas de dicho desarrollo. En cambio, la mayoría de los acontecimientos llamados históricos son para la verdadera historia lo que para el movimiento profundo y constante del flujo y reflujo las olas que nacen en la superficie del mar brillan un momento con su luz viva y van a estrellarse luego contra la costa arenosa, desapareciendo sin dejar huellas".

Según Monod, pues, la tarea primordial de la ciencia histórica en el presente es el estudio de las instituciones sociales y de las condiciones económicas de una determinada colectividad. Es lo que se echa de menos en forma impresionante en nuestro país. Y es curioso que los trabajos de investigación sobre dicho aspecto son, en su mayor parte, de especialistas extranjeros: Mac-Bride, F. W. Fetter, Ellsworth y otros. Es, por esta razón, a los historiadores jóvenes a quienes corresponde presentar nuevos aspectos del proceso histórico nacional y, sobre todo, investigar en su raíz económico-social hasta entregarnos una visión exacta, verídica y de acuerdo con el real desenvolvimiento nacional, de la que hasta el momento carecemos. Indudablemente, esta vasta labor tendrá que ser emprendida y llevada a término por equipos de historiadores.

Para escribir la Historia es necesario conocer todos los hechos, sin exclusivismos, y, luego, hay que analizar la dependencia recíproca de los mismos, discerniendo cuáles son los principales y cuáles los secundarios. De aquí que la historiografía supone una elección de los hechos, en la que influyen no solamente las pasiones del historiador, sino también los intereses de la clase a que pertenece, sobre todo en lo que se refiere a la interpretación. Es ingenuo aceptar el punto de vista de algunos historiadores liberales que consideran a la Historia una ciencia tan objetiva como las Matemáticas ni es posible imaginarse al historiador como a un ser inmaterial inspirado por un interés científico abstracto únicamente. Jean Jaurès, gran político, y excelente historiador, ha expresado este juicio acertado: "A medida que una clase social surge y afirma su fuerza, no busca solamente preparar el porvenir, sino que desea comprender el pasado e interpretarlo según las nuevas luces de su conciencia. Ha llegado la hora para el proletariado obrero y campesino de tomar posesión, por su pensamiento, del siglo que ha terminado, así como se apoderará por la acción, del siglo que comienza" ...

El historiador es un hombre vivo, es decir, el hombre de una época, de un país, de una clase social determinada. Hasta ahora en Chile, las clases oprimidas nunca han tenido sus propios historiadores. Todos pertenecen a la clase dominante.

La historia en Chile ha sido eminentemente narrativa y erudita y se ha desenvuelto en función de la pequeña oligarquía gobernante. Los diversos historiadores proceden de dicha clase o se incorporan a ella.

Quizás esta afirmación parezca exagerada y parcial, no obstante, algo similar expone el historiador don Guillermo Feliú-Cruz, investigador paciente y ensayista de aguda comprensión, quien ha enfocado certeramente, como ya lo hicimos notar, algunos rasgos del carácter de la historiografía nacional en su estudio aludido. En un trozo, especialmente revelador expresa: "Uno quisiera proclamar el fracaso rotundo de los historiadores chilenos como maestros y orientadores de la cultura histórica.

Fueron incapaces de desenvolver el sentido de la vida del Pasado, por más que ese pasado esté encerrado en limitaciones bien estrechas. Arrastrados en la carrera loca de la investigación puramente erudita, que vino a convertirse al fin, en una especie de manía por desentrañar papeles inéditos, no nos dejaron conocer lo que éramos para explicarnos nuestra formación de pueblo, nuestra condición de raza. Y en pocos países de América se ha escrito más historia que en Chile y se ha exaltado más el patriotismo. Se ha exagerado nuestra grandeza. Nos han hecho creer que somos un pueblo superior. Nuestras virtudes aparecen dominando, avasalladoras sobre las lacras de nuestros vicios.

No nos dejaron ver nuestros defectos y el orgullo, el heroísmo, el desprecio, han adquirido las proporciones de una elefantiasis.

Pero la historia escrita por nuestros mejores historiadores sólo sirvió siempre para fortalecer las pretensiones de una casta y asegurar su posición. No rozó la epidermis del gran pueblo. La misma oligarquía chilena, de la cual salieron los más aventajados maestros de la composición histórica, no puede decirse que los leyera con ánimos de buscar en ellos, en sus páginas, una enseñanza.

Se complacía en encontrar reflejada en esos libros las altas glorias de sus antepasados. El espíritu de clase de nuestra sociabilidad todavía discute apasionada el carrerismo y el o'higginismo, el montt-varismo y el balmacedismo. No polemiza por los ideales políticos o sociales que esos caudillos sostuvieron. Les interesa más saber que se les recuerda como hombres que cubren de gloria una familia o una dinastía de familias... Y el orgullo de la tribu se hincha".

Este fragmento resume muy claramente el contenido de la historiografía nacional a la vez que apunta justamente los vacíos y deficiencias de ella. Ya hemos anotado que los grandes historiadores liberales representan, desde un ángulo filosófico, discrepancias con los historiadores conservadores, pero en los problemas fundamentales de carácter económico-social su posición es idéntica, de tal modo que sólo en obras ocasionales, o en ensayos aislados, algunos historiadores y escritores han enfocado el fondo medular de nuestro proceso histórico, aunque sin obedecer a un plan sistemático y continuado.

No es un juicio aventurado afirmar que la histona de Chile está por hacerse. Hasta el presente no ha sido más que el relato de los grandes magnates del país y la crónica de la clase pudiente, cuyos privilegios ocupan el sitio preponderante como si no existiera nada fuera de ellas. Es necesario, por eso, llevar a cabo la histona del pueblo chileno, cuyas condiciones de vida se han desconocido, para destacar el papel decisivo y fundamental que ha jugado en la evolución de la nacionalidad. Es que al escribir la historia nacional se han utilizado de preferencia los documentos provenientes de los miembros de las clases privilegiadas (magistrados, altos jerarcas de la Iglesia, jefes de las fuerzas armadas, diplomáticos., miembros del Parlamento y de la alta burocracia) desconocedores muchas veces de la vida popular, por no haber mantenido nunca contacto con ella o por haberla considerado propia de una clase inferior. De otro lado, junto con pertenecer a esa clase privilegiada, han estado vinculados directamente al poder, lo que los ha llevado a exagerar la acción, importancia y virtudes de los personajes de la política del país, presentándolos a todos como a grandes estadistas y dechados de perfección y haciendo, entonces, de la Historia una exclusiva actuación de hombres superiores de una determinada clase social.

Las clases dominantes interpretan siempre la historia desde un punto de vista «idealista» y se imaginan que solamente ellas y sus núcleos dedicados a la actividad intelectual son los que la hacen; que la Historia

se mueve gracias al trabajo de la inteligencia humana en las formas «superiores» de su actividad, o sea, las más alejadas de la trama diaria y pesada de la vida. Convierten la Historia en la historia de la ilustración, olvidando todo el papel primordial de las clases populares, laboriosas. Reducen la creación de la historia a la acción de los jefes y de los "héroes" de la clase dominante, sin tomar en cuenta para nada a las clases trabajadoras: obreros, campesinos, artesanos. Si en verdad los jefes y héroes desempeñan un gran papel lo es cuando se apoyan en las masas, en el pueblo, expresando sus necesidades y aspiraciones.

Es así como esta interpretación "idealista" de la Historia es la que ha reducido el campo real de la historia, eliminando el análisis de las clases bajas, y no dándole ninguna atención a la historia del hombre en el mundo de las necesidades y la de los pueblos en su terrible lucha por la existencia. Con razón Malthus, el conocido economista, ha dicho que "las historias de la humanidad que poseemos son por lo general historias de las clases superiores".

Para formarnos una idea clara del fondo del proceso histórico es particularmente útil la lectura del libro de Parmalee Prentice: "El hambre en la Historia". En sus páginas se puede apreciar el alcance de la interpretación "idealista". Es difícil conciliarla con la realidad viva, según la cual el hombre libra una contienda atormentadora para adquirir el pan de cada día, renovada incesantemente, que aniquila y absorbe totalmente al individuo; que agobia a los pueblos y los lanza a tremendos conflictos; que mantiene a la humanidad en una lucha feroz y permanente.

Más justo es el criterio que reconoce que la acción del hombre, en general, tiende fundamentalmente a producir para tener la posibilidad de subsistir y que por ello la Historia tiene su base más vasta en las necesidades materiales, de tal modo que, a causa de lo expresado, es la masa laboriosa, el pueblo, la decisiva en el desarrollo de la sociedad y que son los millones de trabajadores que alimentan y visten al mundo entero los verdaderos héroes de la vida, ya que su tarea inmensa decide la suerte de las colectividades, de las naciones, de la Historia. Y esta interpretación sencilla y objetiva del proceso de la sociedad y de la Historia es el materialismo histórico.

La base del desarrollo de la sociedad humana reside en la economía, o sea, la lucha que el hombre sostiene con la naturaleza por la existencia, de tal modo que la Historia se halla movida por intereses materiales, es decir, por la necesidad que el hombre tiene de alimentación, vestido, vivienda, calefacción y herramientas. Y el motor de la Historia es la lucha de las clases sociales, según el sitio que ocupan en la producción económica. De las clases oprimidas, explotadas, contra las clases que la oprimen y explotan. La esencia de la Historia consiste en el desarrollo y modificación graduales de la sociedad humana con el objeto de satisfacer en una forma más adecuada las necesidades materiales y porque sean satisfechas de la manera más justa posible, de tal suerte que los bienes terrenales se distribuyan entre todos según sus necesidades. Claro está que no solamente influyen las necesidades materiales que caen en el campo de la técnica económica, aunque son las decisivas; también tienen un rol importante las teorías políticas, que responden a una concepción racional de la sociedad; e, igualmente, la voluntad humana, o sea el hombre muchas veces más allá de su pertenencia de clase y de sus exigencias materiales se mueve por aspiraciones, pasiones, instintos, que en un momento dado ocupan su existencia hasta provocar acciones trascendentales desligadas de motivos puramente económicos, como son el heroísmo, la santidad, el honor, la amistad y muchos aspectos de la creación estética. Y es preciso, además, darle un sitio a la casualidad o azar.

Creo que el filósofo Rodolfo Mondolfo interpreta correctamente los principios del materialismo histórico cuando afirma que la fuerza dinámica de la Historia son los hombres impulsados por sus necesidades, pero que no hay una dialéctica fatal y automática de las cosas sobrepuestas al hombre, sino que hay siempre la lucha de los hombres hacedores de la Historia. Por eso el materialismo histórico se opone al determinismo económico; y aquellos que han querido interpretar a Carlos Marx, principal sostenedor de esta teoría, por medio de la doctrina del determinismo económico, han olvidado que para éste la propia economía, es una creación del hombre, y todo el movimiento y desarrollo de la historia es un intercambio continuo y reacción recíproca de efectos que se transforman en causas y de causas que se convierten en efectos. Todo el curso de la Historia es un desarrollo progresivo de lucha de clases. En cada momento histórico las fuerzas de producción se sistematizan en formas de equilibrio social, pero el desarrollo ulterior pone a las fuerzas productoras en lucha contra las formas ya establecidas y contra las clases interesadas en su conservación. Esta lucha se produce a raíz de las necesidades humanas, entre las cuales la necesidad económica es fundamental; pero ella misma no opera sino por medio de los hombres creadores activos de la economía y de los instrumentos técnicos. Los hombres no son un producto pasivo de la estructura económica, porque intervienen siempre dinámicamente con sus necesidades, aspiraciones, voluntad y sentimientos en la transformación de la estructura económica.

El método materialista enfoca las luchas de intereses de las clases sociales y fracciones de clases, determinadas por el desarrollo económico y, pone de manifiesto que los partidos son la expresión política más o menos adecuada de estas mismas clases y fracciones de clase. A veces una minoría dominante, amolda de nuevo a sus intereses las instituciones estatales, debido a que por el desarrollo económico los anhelos de esta minoría están más en consonancia con la situación general y logran contar con el apoyo o la pasividad de la gran mayoría dominada lo que le da a la acción del grupo minoritario la apariencia de ser representante de todo el pueblo.

Esta fecunda teoría, y científico método de investigación, que es el materialismo histórico aplicado al estudio del desarrollo nacional, nos permite una comprensión y explicación claras de su desenvolvimiento, sucesos, hombres y fenómenos “típicos”.

A los nuevos historiadores corresponde la enorme tarea de analizar y comprender el pasado nacional en su verdadera raíz con el objeto de poder presentar más exacta y realmente el momento actual tan denso de problemas graves y necesidades agudas, cuya resolución adecuada, exige la interpretación franca y valerosa de la realidad, sin prejuicios y sin mezquinas limitaciones, como único camino para conseguir la verdadera transformación estructural y progresiva que Chile requiere si no pretende quedar a la zaga de la historia. Es una tarea que estimamos urgente e ineludible para las actuales generaciones.

***

Después de un estudio constante y atento de nuestra evolución histórica y por una observación directa de la vida diaria, con un criterio materialista y científico, hemos podido constatar de manera irrefutable el profundo divorcio existente entre lo escrito y proclamado en innumerables libros de Historia, que exaltan la grandeza y la superioridad de nuestro país, y la verdadera realidad económico-social trágica y dolorosa, de atraso y miseria, en que se debate. Del mismo modo hemos comprobado la contradicción violenta entre las conquistas sociales y garantías de todo orden establecidas en centenares de leyes de prolijas disposiciones y bien intencionados fines, y la increíble pobreza e inicua explotación que predominan en el

ambiente, sin el menor asomo de ser remediadas por la aplicación real de esas leyes. Es que este legalismo chileno, producto del criterio abogadil y dialéctico de las legiones de juristas que hacen nata en la política profesional, es idéntico al legal ismo feudal que hizo de la Colonia un modelo de despotismo bárbaro con un régimen legal que es un modelo de humanismo y sentido social. Así, por este afán de dar "solución jurídica" a los problemas que nos agobian, vivimos con una plétora de leyes avanzadísimas, pero a espaldas de ellas, porque ha sido una misma oligarquía gobernante que las ha elaborado, interpretado y ejecutado y siempre con el pensamiento oculto de falsearlas y engañar a las masas reivindicacionista. Este legalismo ha llevado, además, a la entrega del país a los consorcios extranjeros conforme a contratos y leyes aprobadas por brillantes parlamentos, entre cuyos miembros sobresalían los más destacados abogados de los consorcios imperialistas interesados en reducirnos a colonia, y después de abundantes consideraciones sobre el patriotismo, la soberanía y la libertad de Chile.

De esta manera la democracia que ha imperado ha sido limitada, formalista y falsa, pues existe en el papel, y no en la práctica, caracterizándonos como a un país de simulaciones políticas. Así se habla del respecto a la voluntad popular y se veneran al Ejecutivo y al Parlamento como poderes públicos de alta calidad democrática, pero todos los grandes partidos políticos asientan su dominio sobre un electorado reducido, en relación a la masa de la población, y éste convertido en mesnada, que solamente entrega su sufragio a quien le paga más. A los poderes públicos se les hace emanar de "feudos electorales" y del poder del dinero. Se habla del "culto a la ley" y las leyes quedan escritas o son interpretadas en favor de los poderosos, o, sencillamente, deformadas. Se habla de las libertades ciudadanas y se da amplia garantía a las libertades de palabra, reunión y pensamiento, pero no hay órganos donde se pueda realizarlas, ya que la amenaza de leyes represivas permanentes lo impide, y, además, porque los diarios, teatros, radios, están sujetos a monopolios comerciales, o políticos o dependen de las autoridades del gobierno, siempre prestas para perseguir a quienes traten de proclamar su verdad, que no es la verdad oficial.

Este panorama tan tétrico es el resultado de la evolución nacional subordinada al exclusivo provecho de una ínfima oligarquía plutocrática. Dicha minoría, acaparándose la Patria y su Historia, ha tratado siempre de reducirla a sus intereses y tras las bellas palabras patrióticas no ha hecho otra cosa que negociar, enriquecerse a costa del patrimonio nacional y expoliar a sus grandes masas trabajadoras. Las ha mantenido en la más injusta y degradante condición y las ha reprimido cruelmente cuando han solicitado el otorgamiento de sus derechos elementales y la satisfacción de sus reivindicaciones mínimas, con lo que no solamente ha explotado y agobiado a un sector social de la nacionalidad, sino que, además, ha debilitado al país, a Chile en su conjunto, como nación y potencia. Pocas clases dominantes más egoístas, tartufos y crueles que la oligarquía chilena. Ha mantenido el latifundio y el inquilinaje feudales, negándose a toda reforma agraria democrática; ha desvalorizado sistemáticamente la moneda; ha entregado las materias primas al capital extranjero imperialista; ha creado una incipiente y artificial industria en forma de monopolios abusivos; ha dominado el crédito con fines de lucro, por medio de bancos de su absoluto control; ha mantenido el pueblo laborioso en misérrimas condiciones de vida; ha impedido el funcionamiento de un sistema político democrático verdadero, y ha generado un estado de desmoralización total.

Esta realidad que se oculta con leyes adelantadas, pero sin aplicación efectiva, y con una organización institucional formal muy perfecta, aunque en la práctica casi no rige, o lo es para el disfrute de una escasa minoría, ha asombrado a los observadores extranjeros que llegan al país y que no se basan en las leyes y

libros oficiales para enfocarla, sino que se adentran en la observación directa de nuestras formas de vida diana. Así el escritor francés André Bellessort en su obra La *Jeune Amérique* (3ª edición en 1923), después de recorrer todo Chile, escribe algo que resume la impresión general que se forman estos observadores independientes y perspicaces: "Trescientas familias detentan la propiedad del territorio y a la vista de los extranjeros se traspasan una a otra la fortuna pública... La República se compone de una clase que lo posee todo y de otra clase, más numerosa, que no posee nada. Lo que admira es que esta última nada exige tampoco... De este modo en esta joven república, que parece la mejor organizada de la América del Sur, se encuentra una plebe tan miserable, tan falta de esperanza, que no tiene ni bastante energía, ni bastante conciencia para manifestar ninguna aspiración... La pereza y la embriaguez la mantienen su estado de ignorancia. Ha heredado de los indígenas que ella ha absorbido su fisonomía grave y su individualismo taciturno".

La Araucanía ha conquistado el alma de sus últimos vencedores.

Y este juicio se ha reproducido constantemente en las observaciones y publicaciones de numerosos tratadistas extranjeros, especialmente norteamericanos, como Mac-Bride, F. W. Fetter, Mac-Leish, Ellswortb, y se ha fundamentado en forma dramática con los resultados impresionantes de la encuesta de los técnicos Dragoni y Burnett, sobre las condiciones de vida de las masas laboriosas chilenas, verificada en los años finales de la segunda administración Alessandri.

Tal vez las consideraciones anteriores sean tomadas como apresuradas y unilaterales, producto del desconocimiento de la realidad nacional. Pero no es así. Por el contrario, el estudio directo del país entero y de las condiciones, de vida de su población; la lectura y estudio de las estadísticas oficiales y de innumerables obras de gran calidad que han abordado de preferencia loa problemas económico-sociales de Chile; y el manejo constante de sus principales obras históricas, nos han llevado a formular las anotaciones que desarrollamos.

Existen varias obras emanadas de organismos estatales que exhiben claramente los hechos que afirmamos, entre ellas, principalmente, el "Plan Agrario", publicado por el Ministerio de Agricultura, y la "Renta Nacional", patrocinada por la Corporación de Fomento de la Producción. Asimismo, son varios los libros de altos personeros de gobierno, que ratifican la mencionada a situación; basta señalar los dos estudios de don Pedro Aguirre Cerda: "El problema agrario" y "El problema industrial".

Por otra parte, son numerosos los libros de investigación seria y especializada que enfocan y exhiben este lamentable cuadro. Léanse, por ejemplo, "La economía chilena y el comercio exterior", de Fernando Manes; "Estructura de nuestra economía", de Francisco A. Pinto; "La economía de Chile y la industria del cobre", de Ignacio Aliaga; "Política agraria chilena", de Adolfo Matthei; "Expansión y estructura agraria", de Hugo Trivelli; "La realidad médico-social", de Salvador Allende; y a esta lista sumaria pueden agregarse diversas obras generales, publicadas en el extranjero, por sus capítulos relacionados con Chile, que ratifican los juicios que hemos formulados sobre el atraso y dependencia de nuestro país, tales como: "Problemas económicos de América Latina", de Harris S. E. y otros; "Dólares en la América Latina", de Feuerlein W. y Hannan E.; "La economía internacional latinoamericana", de Olson R. R. e Hickman C. A.

Si el conocimiento de la renta nacional de un país, de su composición, de su distribución, de sus fuentes de origen y de sus diversas características, es indispensable para tener una idea exacta de su estructura

económica y social y, a la vez, para la formulación de todo plan económico seno, que tienda a transformarla y desarrollarla, la lectura y meditación de la obra sobre esta materia, ya mencionada, es particularmente concluyente. De sus análisis más importantes resulta que en la economía nacional predomina un escaso nivel de vida y una fuerte dependencia de factores externos. De los extensos desarrollos y numerosas cifras de la obra citada se desprende que la renta nacional es un reflejo de la atrasada estructura económica del país; que sus características son desfavorables, por cuanto es muy baja, y se reparte injustamente, de tal suerte que es perentorio un reajuste económico que tienda a superar esos factores tratando de acelerar la capitalización a fin de incrementar la renta nacional y con ello elevar los niveles de vida e impedir el atraso, miseria y sujeción de nuestra patria.

La razón de esta atrasada estructura económica, generadora de una bajísima renta nacional, y resultado de la evolución republicana subordinada a una clase social profitadora, reside en los siguientes hechos, como concreción del desarrollo histórico de más de un siglo: 1° Sujeción absoluta al capitalismo extranjero, lo que hace que la estructura económica chilena se distinga por la extremada dependencia de la exportación de productos minerales (plata, cobre, salitre) y, en especial de uno solo en la actualidad, el cobre, donde se concentra el inversionismo extranjero, de carácter imperialista. Esta circunstancia afecta tanto la economía fiscal como la privada; da origen a la mayor fuente de recursos del Estado (en el presente con la disminución del precio de venta del cobre, el Fisco dejará de percibir varios cientos de millones de pesos); crea el principal poder de compra en la economía interna y provocada la mayor disponibilidad de divisas extranjeras, con los efectos y riesgos que todos conocemos. 2° Atraso considerable en la explotación agraria, a causa del predominio del latifundio, lo que determina un escaso aprovechamiento de la superficie agrícola; reducida mecanización de sus faenas; bajos rendimientos; bajas rentas de la población campesina, de tal modo que se encuentra prácticamente fuera de la órbita monetaria, además que sus escasas e invariables rentas no guardan relación con los cambios que ocurren en las rentas monetarias del resto de la población. Todo esto hace que exista anualmente déficit de producción en la mayoría de los artículos alimenticios e ínfimas condiciones de vida, atraso y analfabetismo en las masas rurales. 3° Incipiente y localizada industria, de sostenimiento artificial, que no labora materias primas nacionales, sino importadas y vive a la sombra de aranceles prohibitivos. Es así como el abastecimiento del país se hace fundamentalmente con artículos importados. Por otra parte, esta reducida producción industrial nacional se halla organizada en monopolios abusivos que obtienen enormes porcentajes de utilidad a costa de los consumidores. Aparte de ser escasa y cara nuestra producción industrial es de mala calidad en razón de su reducido y anticuado equipo de maquinarias y de la limitada mano de obra con la experiencia y técnica necesarias. 4° Régimen financiero caracterizado por una permanente desvalorización monetaria, como consecuencia y reflejo ele las debilidades de la estructura económica, lo que provoca una disminución ininterrumpida del poder adquisitivo de los sectores asalariados, y ayuda al fuerte proceso de permanente inflación. 5° Acción dispersa y torpe, cuando no se margina, del Estado, que ha carecido de un plan y de upa política definida, lo que ha significado que la Ley de Presupuestos carezca de una orientación precisa, como elemento básico de una política fiscal creadora. Esta estructura económica anticuada y apoyada en la injusticia y el privilegio, que se ha formado y mantenido a lo largo de la tan exaltada evolución histórica nuestra, por “extraordinaria” y “superior”, ha provocado una realidad social, demográfica, sanitaria y cultural lamentable. Son evidentes un estado de miseria grave y un empobrecimiento sistemático de la masa nacional, déficit alimenticio, escasez de vivienda sana y confortable, deficiente vestuario, salarios reducidos, enfermedades destructivas, todo lo que está

causando una alarmante decadencia en las condiciones físicas de la población, a población, que daña y compromete a nuestro capital humano, elemento y sujeto primordiales de la gestión económica.

La realidad económica y social que hemos señalado, en donde una reducida clase ha tenido el control de los medios de producción, lo que le ha permitido un enriquecimiento desmesurado, mientras la inmensa mayoría ha quedado en la pobreza. Este contraste ha dado origen a un duro antagonismo de clase que ha ayudado a disgregar la conciencia nacional y a mantener una fuerte pugna, la denominada "cuestión social", que se ha agravado en los últimos años.

El atraso económico-social, derivado de la estructura semifeudal y semicolonial que impera, ha dado origen a la formación y desarrollo de clases sociales antagónicas en permanente lucha, y la clase dominante ha impedido un reestructuramiento económico-social progresista, que saque al país del atraso y la pobreza. La pugna señalada ha tenido su repercusión aguda en el plano político, de tal manera que nuestro régimen democrático lo es sólo en el nombre, pero en la práctica está fuertemente limitado por los intereses económicos privilegiados. A pesar de que nuestro país es reputado en todo el Continente como ejemplar en cuanto a su amplitud democrática, madurez política y perfección jurídico-institucional, es el hecho que el sector ciudadano que elige y es elegido, con plena conciencia política es limitadísimo, de tal suerte que la base del régimen democrático: determinación de los destinos de la nación por la voluntad de las mayorías no funciona en la práctica y, por el contrario, como en los sistemas oligárquico-aristocráticos, una ínfima minoría es la que decide la marcha y destino del país.

La democracia que ha imperado en Chile ha sido formalista y burocrática, puesto que ha funcionado sin una conciencia política en vastos sectores del pueblo y sin una verdadera organización de la voluntad popular, falseada sistemáticamente por vicios diversos: cohecho, fraudes e intervención; y porque los partidos que han disfrutado el poder han carecido de una concepción técnica del Estado y de un sentido orgánico y constructivo, manejándolo con un criterio electoral y burocrático. Además, la democracia de que se alardea ha estado entregada al control extra nacional de unos cuantos grandes consorcios internacionales, pues la economía de la nación depende de los grandes capitales internacionales que dominan el salitre y el cobre y, dentro del país, le sirven de aliados, a cambio de una intensa expoliación de sus masas consumidoras, los reducidos capitales que manejan una incipiente industria, los bancos y la propiedad de la tierra. Así la libertad y la democracia son un espejismo. La democracia concebida como un método para controlar científicamente la economía y la técnica en beneficio de la sociedad desarrollándolas planificadamente, y como un gobierno de verdadera representación popular, es desconocida en nuestro país.

No puede existir democracia mientras la economía sea colonial y la organización política sea generada por una pequeña minoría de su población, orientada por partidos o fracciones de tales, sin programas ni ideales legítimos.

La historia política del país, muy distinta a la escrita por los historiadores oficiales, nos lleva a la conclusión de que los partidos llamados «históricos», han desperdiciado más de un siglo de vida para la superación de la Colonia y la construcción de un país efectivamente libre y progresista. Su preocupación ha sido mantener y defender privilegios económicos de una reducida minoría, bajo una apariencia de régimen democrático, y establecer una inocua tradición de respeto a la ley, que no es más que respeto a la oligarquía dominante.

El liberalismo, como doctrina económica y como ideario político, no ha logrado encarnar en instituciones renovadoras al servicio de los auténticos intereses y necesidades de Chile.

Hasta mediados del siglo XIX sobrevive intacto el orden colonial, consagrado jurídicamente en la Constitución de 1833. La república consistía, en la práctica, en un régimen de privilegios que favorecía a los terratenientes, a la Iglesia y a los togados A partir de la década de 1850-1860 se verifican grandes transformaciones económicas y sociales. Surge una burguesía activa y emprendedora, adepta apasionada a las teorías liberales y librecambistas. En lo político tiende a la liberalización del Estado y al laicismo en las instituciones, y por eso lleva a cabo una ofensiva sistemática en contra de la aristocracia y de la Iglesia y una abierta oposición al gobierno, defensor de aquellos intereses. En lo económico defiende la fórmula del "*laissez faire, laissez passer*" y tiende a eliminar toda intervención del Estado en la economía.

Las teorías liberales se expanden y afirman en razón del desarrollo de la burguesía minera y comercial desde la administración Montt y cuando la economía del país pierde su carácter nacional vinculándose al mercado internacional, del que entra a depender en alto grado. El liberalismo se impone en lo económico. El Estado ajusta su acción por los principios del "*laissez faire, laissez passer*"; se margina de la vida económica y sólo vela por la seguridad de las personas y sus bienes; el Estado no debe ya entorpecer el libre juego de los intereses individuales; debe limitarse a defenderlos y para ello se convierte en el Estado gendarme. La política económica del «dejar hacer» se impuso fácilmente porque en la práctica no hirió los intereses feudales, al dejarlos en completa libertad de acción. Y como ellos tenían el control de la oferta gozaban de hecho de verdaderos monopolios. En cambio, por otra parte, desató la producción minera, desarrolló los transportes e. intensificó la creación de bancos y el comercio, bases económicas sobre las cuales se asienta y afirma la burguesía.

Es así como la política económica literal fue la aliada en el fortalecimiento de la vieja economía agraria monopolista y su correspondiente orden social de la Colonia, al revés de lo que hizo en Europa donde destruyó el régimen feudal, a la vez que desató la expansión de la economía burguesa, minera y comercial, que entra a coexistir con el feudalismo agrario.

El radical individualismo reinante y el absoluto marginamiento del Estado de la vida económica se traducirá en el desarrollo de una economía clasista atrasada, feudal-capitalista, fortalecida por el apoderamiento de las tierras del sur (Magallanes y Araucanía) por grandes concesionarios y particulares privilegiados, y de las minas de salitre en el norte, que luego son enajenadas a los capitalistas internacionales. Este falso liberalismo importado de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, hecho sobre los intereses de esas naciones, pero ajeno a nuestra realidad económica y social, han servido para fortalecer los grupos tradicionales que tan detentado la riqueza.

La política liberal en Chile ha servido para dos cosas: 1) Afirmar el sometimiento de la sociedad chilena a la rígida esclavitud en manos de unas cuantas familias, las que controlan la «libertad de la economía»; 2) Estimular la ineptitud del Estado chileno, que durante un largo y decisivo período no se sintió obligado a actuar y hacer, aceptando pasivamente los principios del liberalismo anti intervencionista, defendido por Courcelle-Seneuil y las familias gobernantes, porque convenía a sus intereses (Gustavo Courcelle-Seneuil. por espacio de siete años 1855-1863, orientó la política económica del Gobierno, en su calidad de consultor técnico del Ministerio de Hacienda y sus discípulos, como Zorobabel Rodríguez, Miguel Cruchaga Montt y otros, la continuaron. Courcelle-Seneuil formado en la Francia liberal y capitalista del siglo XIX,

era un partidario ardoroso de esas teorías, las que, aplicadas rígidamente a Chile, país de economía débil, fueron desastrosas frente a las grandes potencias. No logró modificar las bases de la economía interna y no supo defenderla de los embates de las economías desarrolladas europeas; por eso la influencia del economista francés, considerada dentro del desarrollo general de la economía, fue perniciosa para el país. Con su admirable erudición asentó el predominio de las doctrinas liberales y librecambistas en circunstancias que los grandes imperialismos pugnaban por establecer su hegemonía universal. Y escudada bajo el manto de tan sabias teorías, la oligarquía chilena pudo ceder tranquilamente al capitalismo extranjero, a cambio del disfrute del poder, las principales fuentes de nuestra riqueza nacional.

Esta libertad y liberalismo han consistido en dejar manos libres a terratenientes y capitalistas para manejar el mercado interior y el mecanismo simple de los precios, es decir, para que funcione la economía en orden a un pequeño grupo de intereses sin tomar en cuenta las necesidades y posibilidades de las mayorías trabajadoras. Es una libertad para destruir la verdadera libertad. A la vez que este liberalismo desenfrenado entregó las materias primas al capitalismo extranjero y así la economía nacional quedó subordinada a una o dos de ellas y, por lo tanto, sujeta a las fluctuaciones de sus precios en el mercado mundial, controlado por el imperialismo.

El gran presidente Balmaceda luchó por una vigorosa política de intervención estatal para lograr un desarrollo económico armónico y diversificado, industrializador y nacional, y para hacer frente al imperialismo (a este respecto es sugestivo su notable discurso pronunciado en la Convención que lo proclamo candidato a la presidencia de la República). Fue vencido y el régimen parlamentario que lo sucede paso a ser el vehículo del más desenfrenado liberalismo, favorecedor de los negocios de la oligarquía y de la penetración imperialista. Desde la crisis de postguerra, 1919-1922, en la que Chile empieza a recibir una enorme corriente de capitales de nuevo se lucha por eliminar el espíritu rígidamente liberal que ha predominado en nuestro sistema político administrativo y en la posición pasiva del Estado, con funciones policiales solamente (represiones del movimiento obrero surgente en 1903, 1905, 1906, 1907, 1919, 1921 y 1925). Desde esta época de 1920-1925 se preconiza la intervención del Estado en la vida económica, y se inicia un intervencionismo tibio (dictación de las leyes sociales y del trabajo), que se lleva a cabo sin menoscabo de la adhesión a los principios liberales y bajo el predominio de las fuerzas sociales y políticas de tal inspiración, por lo que se transforma en la práctica en una acción desorganizada, torpe y burocrática. Su intervención en vez de crear la libertad económica y desarrollar las fuerzas productivas (o sea con un objetivo liberal) ha tendido más bien a dar vida a empresas monopolistas, a robustecer las existentes, dejándolas operar libremente en el mercado nacional por medio de medidas de rígido proteccionismo, a costa de los consumidores del país. No interviene para crear riqueza, sino para fomentar la concentración de riqueza en manos de algunas industrias privilegiadas, sin intentar siquiera repartir los beneficios traídos por las restricciones o privilegios aduaneros entre las diversas clases sociales que concurren en la economía nacional.

Si en el plano económico el liberalismo se impuso sin mayor oposición, en el campo político e institucional debió librar una contienda violenta con la aristocracia colonial y la Iglesia, fuerzas sociales conservadoras, apegadas a sus prejuicios y creencias, y que ejercían el control absoluto del Estado, de sus instituciones y de las conciencias. Desde la abolición de los mayorazgos basta la dictación de las leyes laicas, en el gobierno de Santa María, durante vanas décadas se desarrolló un vasto conflicto entre la burguesía liberal y la aristocracia e Iglesia, conflicto que le da bastante color a la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo,

durante el gobierno de Balmaceda, ambas clases se unen y se entrelazan para oponerse resueltamente a sus grandes reformas económicas por medio de una acción planeada e intervención técnica del Estado tendiente a modificar la anticuada estructura económica nacional, lo que suponía una amenaza para las clases privilegiadas y para el imperialismo inglés que ya había captado gran parte de la riqueza salitrera.

En la revolución de 1891 triunfaron esas fuerzas y de ella surgió poderosa y ávida una plutocracia que sólo anhela conservar sus prebendas económicas y disfrutar del gobierno, a costa del pueblo y del patrimonio nacional. Desde 1891 basta 1924 el liberal ismo político se concreta en el sistema parlamentario, el que expresa la ineficacia e irresponsabilidad de los llamados partidos históricos. La representación al Parlamento, órgano decisivo de este nuevo régimen, proviene de un juego sin alternativa de feudos electorales y del cohecho. Y al examinar las nóminas de parlamentarios se llega a la conclusión que, a pesar de renovarse periódicamente, el Parlamento fue prácticamente vitalicio, ya que en él figuran siempre los mismos diputados y senadores. No había selección ni renovación de valores. Desde este instante se establece la «profesión parlamentaria», que era compatible con la profesión de litigar y de actuar al servicio de los intereses contrarios al país, representados por las compañías, bancos y consorcios extranjeros. Los parlamentarios no se consideran con ninguna responsabilidad frente a sus electores, puesto que compran sus asientos. Y los ciudadanos no tenían ninguna autoridad sobre ellos, desde que constituían una masa pasiva, que en el día de las elecciones se vendía, desvinculándose de sus representantes desde el mismo momento en que los elegía.

En estas condiciones, aunque legalmente puede ser elegido cualquier ciudadano, de hecho, no lo son más que quienes poseen dinero e influencias, o sea, terratenientes, capitalistas y altos profesionales. El parlamento es, por su origen y carácter, aristocrático-plutocrático. Grupos de familias se lo transmiten hereditariamente, como representantes del pueblo, así como los tribunales, en calidad de jueces; y el Ejecutivo, cómo gobernantes. Tíos, sobrinos y primos dominan en la Presidencia, Congreso y Tribunales.

Ante esta patética realidad, sólo los movimientos militares de 1924-1932 han provocado ciertos cambios en el panorama social, abriendo brecha en la muralla de los privilegios y posibilidades de ascenso a grupos sociales nuevos. El odiado militarismo, que ya en la Independencia trató de imponer un régimen liberal en desmedro de la aristocracia colonial; hasta que fue aplastado por Diego Portales y la reacción colonial, ha realizado más por la democratización del país que los tranquilos y “normales” períodos de civilismo legalista oligárquico.

En el presente, después de siglo y cuarto de evolución republicana, y a pesar de una década de “régimen popular”, se mantienen intactos los privilegios económicos y políticos, aunque disimulados por algunas leyes avanzadas, por la propia costumbre y por la actuación en el primer plano de elementos descastados de las clases de abajo, incorporados como sirvientes al séquito de los poderosos. Los partidos históricos dominan sin contrapeso y siempre existen los apellidos tabúes de la aristocracia colonial, terratenientes viñateros, y de la plutocracia bancaria, bolsista e industrial, que prestan a quienes lo poseen, sin beneficio de inventario, un poder mágico y universal; son los apellidos que no pueden discutirse y que se emplean de preferencia en las crisis políticas.

Esta es la realidad económica, social y política que llena nuestra historia, la que, por haber sido escrita por cronistas de familias, por vulgares desecadores de hechos y hombres o por escribas cortesanos, nada

trascendental y cierto ha dicho sobre el tiránico, negativo y tartufo papel desempeñado por los privilegios hereditarios en una república democrática de ficción, pero de contenido feudal.

Las nuevas generaciones tenemos una doble misión: de una parte, realizar un estudio e interpretación del pasado con un criterio y una orientación científicas, que estén acordes con la verdadera realidad histórica del país: y de otro lado, emprender una acción sostenida y sistemática en favor de la transformación de Chile en sus bases económicas y sociales, hasta conseguir el funcionamiento de una verdadera democracia en la que imperen la justicia económica, la igualdad social y la libertad, que permitan un desarrollo histórico armonioso y fecundo.

25° Aniversario del fallecimiento de Recabarren[108]

Hace veinticinco años, el 19 de diciembre de 1924, se suicidó Luis Emilio Recabarren, el gran dirigente de la clase obrera nacional. El trabajo agobiador de treinta años, las persecuciones sistemáticas, los sinsabores constantes, la incomprensión de los propios sectores defendidos por su acción y prédica, quebraron su recia contextura de luchador y deshicieron su voluntad batalladora, conduciéndolo al suicidio. Dejó el recuerdo imborrable de hombre recto en sus procedimientos, sincero en sus convicciones, insobornable en su combate, capaz y honrado, con todas las mejores cualidades de líder y de apóstol.

Luis Emilio Recabarren fue un demócrata de verdad, organizador del movimiento obrero y precursor del socialismo democrático. La clase trabajadora nacional ha tenido en él su más genuino y talentoso conductor. Además, es preciso asignarle un sitio importante en el pensamiento social chileno, pues su vasta obra de publicista en el periódico y en el folleto, de conferencista popular y de parlamentario posee gran calidad y en su tiempo logró profunda influencia en las masas y en las capas democráticas del país.

Recabarren es el creador de la prensa obrera, por cuanto fundó numerosos periódicos y diarios. “La Defensa Obrera”, en Tocopilla; “El Despertar de los Trabajadores”, en Iquique; “Justicia”, en Santiago; y otros como “El Proletario”, “El Socialista”, “La Democracia” y “La Federación Obrera”. Es autor de numerosos folletos sobre diversos tópicos económicos, sociales, sindicales y políticos. En 1906 fue elegido diputado por Tocopilla y Antofagasta, pero una mayoría ocasional, de carácter político- religioso, lo privó, de su mandato. La razón que se dio para cometer este despojo fue la de que Recabarren no había prestado el juramento que se exigía, según las normas establecidas. No fue así: Recabarren fue excluido de la Cámara por “razones de moralidad social”, a fin de impedirle que difundiera sus ideas de “disolución social”.

Recabarren, después de este fracaso, dedicó sus esfuerzos principales a la labor sindical; y por la incorporación de las “mancomúnales”, organismos creados por su talento organizativo, a la Federación Obrera de Chile, fundada con carácter mutualista, ¡a transforma en una central sindical que permite la acción sistemática del elemento obrero para lograr la satisfacción de numerosas reivindicaciones económicas y sociales.

En 1921, Recabarren fue nuevamente, elegido diputado por el Norte. El mismo se encargó de definir su mandato en las siguientes palabras: “Represento a los peones de la pampa del salitre, a esos hombres que han proporcionado a este país tanta riqueza con el esfuerzo de sus músculos vigorosos. ¡Esos son mis

[108] Atenea n°293-294

representados! Para exponer sus ideas he venido aquí". Sin embargo, su misión fue más vasta y abarcó el análisis de todos los problemas que afectaban al pueblo y a la nación entera. Representó una posición independiente, ajena a las combinaciones que entonces se disputaban la dirección política del país y, por lo demás, a ambas las denunció como causantes de la situación imperante. En un memorable discurso con motivo del recibimiento, en el seno de la Cámara, de uno de los tantos ministerios de la época, dijo: "Tanto ha hecho crisis la Coalición, hoy llamada Unión Nacional, como crisis ha hecho la Alianza; tanta incapacidad y desorientación ha demostrado la fracción llamada Coalición como la fracción llamada Alianza. No debo ir a buscar muy lejos las pruebas para demostrar a la Cámara y al país entero la verdad de estas afirmaciones. En el trascurso de la historia de este país, año por año ha ido descendiendo el precio de nuestra moneda, año por año ha sido subiendo el valor del poroto, de la harina, de los artículos de vestir, de la habitación, etc. De manera que año por año va deprimiéndose el valor de nuestra moneda, y subiendo el costo de la vida; y año por año va empeorándose y haciéndose más crítica la condición económica de nuestra nación, de nuestro pueblo, a quien tanto halagan cuando necesitan llevarlo al matadero… En el régimen de Coalición se deprimió el valor de nuestra moneda y se encareció la vida, y en el régimen de Alianza se ha continuado por el mismo camino, siempre en marcha descendente de nuestra situación económica. De manera que el país no tiene ahora confianza en estas combinaciones políticas, ya no puede tener más confianza en ellas... ¡Cuidado, Honorables Diputados! No vaya a ser cosa que esta crisis sea precursora de una revolución. No hay que tomar con cierta sorna los hechos que se van marcando en nuestra historia. Nosotros, como ya lo hemos dicho, no querríamos que nuestro país se viera envuelto en una lucha fratricida; pero no somos nosotros los llamados a remediar las cosas; sois vosotros, los legisladores y los gobernantes del país, los que tenéis el deber de prevenir los hechos. Pero no prevenirlos con coacción, con amenazas, con disminución de los derechos populares, sino con un programa que coloque al pueblo día a día en una situación mejor, que le permita cifrar una esperanza para después" ...

La actuación de Recabarren en la Cámara de Diputados fue brillante, conquistándose el respeto de todos. Desde su primera intervención manifestó una sorprendente desenvoltura y gran seguridad. Demostró e impuso su talento natural, su cultura social y política y, sobre todo, su conocimiento profundo de la vida de la clase obrera, a la cual pertenecía y de la que nunca se desligó. Sus discursos sencillos y directos, apretados de hechos y datos, unidos por justas y generosas consideraciones de tipo general, fueron irrefutables. Una gran serenidad, un alto idealismo y una elevada nobleza de tono y forma confirieron a Recabarren un estilo propio e inconfundible que se impuso a la Cámara con respeto y simpatía. Lo que decía era sabio, por haberlo vivido dramáticamente; no eran palabras vanas ni eran demagogias oportunistas; de ahí que no pudo ser menoscabado, o cogido en falta, o mirado en menos. Su hombría, su franqueza y su indudable talento fueron unánimemente reconocidos.

Un arraigado y ecuánime propósito de justicia social informó toda su labor y dignificó su existencia. Por eso sus acciones, sus ideas y sus luchas generosas son un aporte de mérito al patrimonio ideológico nacional y le otorgan un importante sitio en el desarrollo político y en el pensamiento social de nuestro país.

Es en tal sentido que lo recordamos con afecto y admiración, al cumplirse el primer cuarto de siglo de su trágico fallecimiento, y que destacamos su figura luminosa de hombre y apóstol.

Stalin visto por Trotsky[109]

En los últimos meses hemos leído algunas interesantes biografías. Así, por ejemplo, *Zola y su época* de Matthew Josephson, que nos entrega una completa y atractiva evocación de la segunda mitad del tumultuoso siglo XIX en Francia. La personalidad combativa y poderosa de Emile Zola esta magistralmente retratada en sus diversos períodos y en sus distintas reacciones; su portentosa creación novelística es analizada con finura y comprensión; y el marco social, político literario y familiar, en donde actúa, está notablemente presentado en sus hechos y rasgos más característicos y apasionantes. De la vasta producción zolaciana brillarán permanentemente media docena de obras extraordinarias. De su vida ciudadana, su gesto de combatiente intrépido de la verdad, en el asunto Dreyfus, vivirá eternamente como ejemplo de valor cívico y de entereza moral.

Otra biografía de gran interés es la de *Anatole France* por Jacques Suffel. En cierto modo se complementa con la de Zola, que hemos mencionado. Es un estudio completo de la extraña personalidad del tímido y refinado A. France y de la segunda mitad del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, en Francia, en sus hechos más importantes y pintorescos. La carrera literaria de France es seguida paso a paso; sus obras son criticadas con rudeza y, finalmente, el balance no le es muy favorable. Muchos de sus libros, que en su tiempo gozaron del favor del público, hoy nos dejan fríos e indiferentes; nos damos cuenta rápidamente que la obra de fichero y marquetería ocupa un espacio desproporcionado en la construcción franciana.

Sin duda son dos biografías de especial interés que nos trasladan a una de las épocas literarias más interesantes y que nos ponen en contacto con dos de sus valores más representativos. Pero, en esta ocasión, deseamos llamar la atención sobro otra biografía, de carácter y contenido distintos a las que hemos nombrado. Nos referimos al estudio inmenso que León Trotsky consagró a Stalin y en el que trabajaba intensamente, cuando fue asesinado en forma alevosa y siniestra. *Stalin* de Trotsky es una vasta y minuciosa biografía publicada por Harper y Brothers de Nueva York. La hemos leído en la edición española, aparecida en Barcelona, en la casa José Janés.

León Trotsky no alcanzó a terminarla, al ser asesinado, a mediados de 1940, mientras trabajaba en ella. Sus manuscritos fueron dispersados y averiados en el forcejeo que sostuvo con el asesino; numerosas páginas quedaron empapadas con su sangre ardiente y combativa. Por eso, para lograr la publicación, fue necesario que sus papeles se sometieran a una cuidadosa revisión y compilación. Tan delicada tarea estuvo a cargo de Charles Malamuth, quien contó, además, con la ayuda y consejo de algunos especialistas. Charles Malamuth agregó notas explicativas y un extenso y completo índice de hechos y personajes vinculados con el desarrollo de la biografía.

A pesar de su imponente extensión es una obra que se lee con profundo interés y voraz curiosidad. Trotsky trata de adoptar un tono objetivo, para llevar a cabo su estudio; pero, en el fondo, es una apasionada diatriba que exhibe una cantidad inmensa de hechos desconocidos, de documentos valiosísimos y de vanados juicios de miembros del partido Bolchevique y de los demás que participaron en la revolución de 1917.

[109] Atenea n°293-294

En realidad, no se le puede exigir a Trotsky una objetividad completa, por cuanto fue uno de los actores principales en el drama ruso, desde 1917 a 1927. En esos diez dramáticos años asistió al proceso de derrumbamiento del viejo orden autocrático zarista y, luego, al de intento de creación de una moderna sociedad. Fue uno de los artesanos más señalados de este nuevo régimen y conoció a todos sus principales dirigentes, desde Lenin hasta el último bolchevique, por lo que su pluma, a menudo, traza palabras plenas de pasión y de furor.

Trotsky es autor de una notable "Historia de la Revolución rusa", de un admirable estudio sobre "Lenin" y de bellísimas páginas autobiográficas, en "Mi Vida", donde toca la revolución y la participación que le cupo. De aquí que era ineludible para él culminar dicha labor con un trabajo vasto sobre Stalin, su rival victorioso en el comando definitivo del experimento soviético. Por otra parte, la misión de Trotsky era inevitable desde que Stalin inició la liquidación sistemática de todos los grandes líderes bolcheviques de la Revolución de octubre-noviembre de 1917, y es de creer que Trotsky no se haría ilusiones en cuanto a su existencia: tarde o temprano tendría que caer segado por la despiadada maquinaria de Stalin.

El desarrollo del plan de destrucción de la vieja guardia revolucionaria es impresionante: 18 de junio de 1936, muerte de Máximo Gorki, causada por la Guepeú, según confesión posterior de Yagoda, su jefe, y ejecutado a raíz de uno de los célebres procesos; 19-21 de agosto de 1930, juicio de los Dieciséis, siendo inmolados Zinoviev y Kamenev y otros destacados dirigentes; 23-30 de enero de 1937, juicio de los Diecisiete, en el que fueron ejecutados trece y Radek y Sokolnikov, junto a dos obscuros compañeros, condenados a prisión; 18 de febrero de 1937, muerte súbita de Sergio Ordzhonikidzé, viejo bolchevique caucasiano, de gran prestigio; 12 de jumo de 1937, ejecución del Mariscal Tukachevsky, héroe de la guerra civil junto con siete generales famosos. Diciembre de 1937, ejecuciones de Yenukidzé, Karajan y otros; 2-13 de marzo de 1938. juicio de los Veintiuno, de los cuales dieciocho son ejecutados, entre ellos Bujarín, Rykov (quien había sucedido a Lenin, en 1924), Krestinsky, Rakovsky y dos más fueron condenados a prisión; 20 de agosto de 1940, asesinato de Trotsky, en Méjico, por un agente de la Guepeú.

Ahora bien, ¿cómo se explica que Stalin haya sido el vencedor en la lucha por la sucesión de Lenin y que haya logrado vencer a sus rivales, todos ellos de mayores antecedentes? El libro de Trotsky analiza este fenómeno en largas páginas. Stalin representa un fenómeno sumamente excepcional. No es un pensador, ni un escritor, ni un orador y, no obstante, tomó posesión del poder antes de que las masas aprendiesen a distinguir su figura de otras durante los triunfales desfiles a través de la Plaza Roja. Es que Stalin tomó posesión del poder no valiéndose de sus cualidades personales, sino que, con ayuda de una máquina impersonal, que no fue él quien la creó, sino que la máquina fue quien lo creó. Tomó posesión de la máquina para lo cual se necesitaban cualidades especiales y de excepción, pero que no eran las cualidades del iniciador histórico, del pensador, del escritor ni del orador.

Trotsky traza un retrato digno de conocerse de su rival: "José Djugashvili fue miembro de esa Orden (la orden de los "revolucionarios profesionales") y compartió parte de sus atributos; muchos, pero no todos. Vio la finalidad de su vida en derribar los poderes existentes. El odio a ellos era en su espíritu infinitamente más activo que el amor a los oprimidos. La prisión, el destierro, los sacrificios, las privaciones no le asustaban. Sabía mirar al peligro cara a cara. AI mismo tiempo, se daba cuenta muy bien de ciertos defectos suyos, como son su torpeza, su falta de talento, la general mediocridad de su continente físico y moral. Su arrogante ambición estaba impregnada de envidia y malevolencia. Su pertinacia corría parejas

con su espíritu vengativo. El destello ictérico de su mirada inducía a las personas sensibles a la cautela. Ya en sus días de colegio se hizo notar por su maña en advertir las flaquezas de los demás y por insistir sobre ellas despiadadamente. El ambiente del Cáucaso resultó sumamente favorable para fomentar estos atributos básicos de su carácter. Sin perder pie en medio de sus entusiasmos, sin enardecerse entre quienes se inflamaban fácilmente y con igual facilidad se enfriaban, aprendió pronto en la vida a apreciar las ventajas de la entereza fría, de la circunspección y, especialmente, de la astucia, que, en su caso, se transformó sutilmente en marrullería. Especiales circunstancias históricas habrían de investir de primera importancia esos atributos esencialmente secundarios".

Trotsky deshace muchas leyendas sobre las actuaciones de Stalin. Así el asalto a un convoy de cosacos custodiando dinero, el 12 de junio de 1907, en Tiflis, fue realizado por el guerrillero armenio Petrosyan, apodado Kamo, admirado amigo de Lenin. Stalin no tuvo ninguna participación en este hecho. El gran fabricante de explosivos para tales operaciones era el ingeniero Krassin, formidable economista, además, y quien tendrá un papel de primera magnitud en los años iniciales del régimen soviético. El admirable organizador de los cuadros del partido y, luego, desde el gobierno de la administración, fue Sverdlov, extraordinario bolchevique por su capacidad de trabajo y su habilidad organizativa. La batalla de Tsantsyn (hoy día Stalingrado) que ha sido levantada al rango de acción decisiva para el destino de la revolución rusa, y en la cual habría demostrado Stalin condiciones de guerrero, según Trotsky, fue un episodio secundario en la guerra civil; en cambio, la batalla trascendental que salvó al nuevo régimen se libró cerca de Kazán, en contra de los checos y de los guardias blancos y en ella no tuvo participación Stalin; ese triunfo salvó a Moscú y fue la primera gran victoria soviética, en septiembre de 1918. También estima Trotsky que la desobediencia y deslealtad de Stalin, fueron las que determinaron la derrota de los ejércitos bolcheviques frente a Varsovia. En efecto, Tukachevsky fue dejado sin apoyo por el grupo occidental de los ejércitos del sur que avanzaban hacia Lemberg y cuya principal figura política en su Consejo revolucionario de guerra era Stalin. En vez de atacar el flanco de las tropas polacas, próximas a Varsovia, se alejaron y dejaron en descubierto a Tujachevsky, quien tuvo que retroceder.

En las luchas de 1924, después de uno de los plenos de Comité Central, Trotsky habría dicho a Y. N. Smirnov: "Stalin se hará dictador de la URSS."; y éste habría respondido: "¿Stalin? ¡Pero si es una mediocridad, una nulidad incolora!" y agrega, Trotsky: "Mediocridad, sí; nulidad, no... La dialéctica de la historia le ha enganchado y le llevará. Le necesitan todos: los fatigados radicales, los burócratas, los de la NEP, los kulaks, los advenedizos, los rastreros, todos los gusanos que surgen del revuelto y abonado suelo de la Revolución. Él sabe cómo tratarlos en su propio terreno, habla su lenguaje y conoce el modo de conducirlos. Tiene la merecida reputación de viejo revolucionario, que le hace inapreciable para ellos como visera para cubrir los ojos del país. Le sobra voluntad y audacia. No vacilará en utilizarlos y moverlos contra el Partido; ya ha comenzado a hacerlo. Ahora mismo está disponiendo en torno suyo a los solapados bribones del partido, a los diestros trampistas. Como es natural, pueden producirse en Europa, en Asia y en nuestro país grandes acontecimientos que trastornen todos estos planes. Pero si todo continúa automáticamente como hasta aquí, Stalin se convertirá automáticamente en dictador".

Trotsky para expresar este juicio se basaba en el conocimiento de los atributos especiales del carácter de Stalin. Afirma que la astucia, la perfidia, la habilidad de explotar los más ruines instintos de la naturaleza humana, están desarrollados en grado extraordinario en Stalin y ellos constituyen sus terribles armas, sobre todo para seleccionar a los hombres para puestos privilegiados y unirlos en el espíritu de casta; para

debilitar y disciplinar a las masas, tareas en las que se destaca, y de donde pudo convertirse en el caudillo de la reacción burocrática, transformándose en el adalid del Termidor. Trotsky expresa que la falta de imaginación creadora y su incapacidad para generalizar y prever mataron en Stalin al revolucionario tan pronto empuñó por su cuenta el timón del estado soviético, "pero esos mismos rasgos, respaldados por su autoridad de antiguo revolucionario, le permitieron disimular el auge de la burocracia termidoriana". Para Trotsky, la dictadura posterior de Stalin alcanza contornos increíbles: su ambición adquirió un tinte de asiática incultura, intensificada por la técnica europea. Le es indispensable que la prensa le ensalce a diario con extravagancia, publique sus retratos, e imprima su nombre en grandes titulares. Por eso hoy día la prensa, la novela, la ópera, el cine, la pintura, la escultura, incluso las exposiciones agrícolas y ganaderas, todo ha de girar en torno a Stalin como en torno a su eje. Se le llama padre del pueblo, gran maestro, genio, sabio, filósofo, y el escritor Alexis Tolstoi escribió lo siguiente, que indica la medida del servilismo al respecto: "Tú, refulgente sol de las naciones, sol sin ocaso de nuestra época, y más que sol, pues el sol no es sapiente ..."

Historia de los Partidos Políticos chilenos[110]

Alberto Edwards y Eduardo Frei. Editorial del Pacífico.

La Editorial del Pacífico ha entregado recientemente una reedición de la obra de Alberto Edwards Vives: "Historia de los partidos políticos chilenos", completada por Eduardo Frei Montalva.

Alberto Edwards es uno de los historiadores más leídos del país, porque su obra, además de su valor intrínseco, tuvo un carácter periodístico, prodigándola en ensayos y artículos que aparecieron en diversas revistas y diarios. Su "Historia de los partidos políticos chilenos" salió a luz en 1903 y abarca el período comprendido entre la Independencia y la gran crisis de 1891. En esta obra de juventud se contienen muchos de los puntos de vista originales que Alberto Edwards aportará a la interpretación y comprensión de nuestro desarrollo patrio. Más tarde abordará este mismo tema en algunos ensayos que nutrieron las páginas de la revista "Pacífico-Magazine" y en uno de los cuales utilizó, por primera vez, su pseudónimo: "El último pelucón", tan grato a sus convicciones y afectos. En El Mercurio, entre los meses de agosto a diciembre de 1912, publicó varios artículos, bajo el título general de: "Siete años de recuerdos políticos", 1905-1912, de gran interés, por analizar con agudeza un período, poco conocido, o poco recordado, y que él vivió intensamente, pues fue diputado desde 1909 a 1912. En 1913 insertó en la "Revista Chilena de Historia y Geografía", su estudio: "La organización política de Chile", 1810-1833, recogida más tarde en volumen por la editorial Difusión. En El Mercurio, durante agosto a octubre de 1928, dio a luz una serie de artículos sobre "Problemas políticos de actualidad", indicando de tal manera su permanente preocupación por el desarrollo político nacional e internacional.

La obra fundamental de Alberto Edwards es "La Fronda Aristocrática", publicada en forma de artículos en El Mercurio y reunidos en volumen en 1928. Esta obra clásica de la historiografía de síntesis e interpretativa de nuestro país, es como la visión total, aunque en panorama, de su concepción histórica, influenciada por la lectura y reflexión de la vasta creación de Spengler, quien, según su propia confesión, logró poderosa gravitación sobre sus ideas; a la vez que es la quinta esencia de sus vastos estudios y afanes

[110] Atenea n°293-294

de investigación. En esta obra incorpora y reelabora el contenido de su estudio sobre los partidos políticos chilenos.

El señor Alberto Edwards tuvo el propósito de escribir una vasta Historia de Chile durante el primer siglo de su evolución republicana, objetivo que no cumplió, dejando solamente su resumen que es «La Fronda Aristocrática». De los materiales acumulados para llevar a cabo su propósito inicial se encontraron, después de su muerte, los correspondientes a la época de 1851 a 1861, y que han sido publicados con el título de "El Gobierno de Manuel Montt", con un extenso proemio de don Luis Barros Borgoño.

La Editorial del Pacífico reeditó "La Fronda Aristocrática"; ahora agrega esta cuidada y primorosa reedición de la "Historia de los partidos políticos chilenos", completada por Eduardo Frei Montalva. Es de desear que prosiga en su empeño recogiendo, en uno o dos volúmenes, los numerosos artículos políticos, que hemos indicado, pues creemos que tendrían gran acogida tanto entre los partidarios entusiastas del señor Alberto Edwards como entre los estudiosos del desenvolvimiento nacional.

Estimamos un acierto que esta nueva edición de la obra señalada agregue el notable ensayo de Eduardo Frei Montalva, en donde estudia el desarrollo social y político de Chile desde 1891 hasta 1938.

El señor Eduardo Frei es un joven y dinámico político de las nuevas generaciones del país. Ha sido uno de los fundadores de la falange Nacional, agrupación política de los últimos años, empapada en los ideales socialcristianos emanados de los Evangelios y de la Encíclica papal "Rerum Novarum", analizados y ampliados por pensadores tan notables como Berdaieff, Maritain y los padres Ducattiilon y Lebret. Fue ministro eficiente durante la administración de don Juan Antonio Ríos y, en la actualidad, es un mesurado y talentoso senador de la República. Pero lo digno de subrayarse en la personalidad del señor Frei es que la política no ha segado en él sus fuentes espirituales creadoras. Es así como nos ha entregado tres obras de mérito: "Chile desconocido", valeroso ensayo en el que describe la realidad económica, social y ética del país, con musitada franqueza, hundiendo su escalpelo crítico en los graves males que aquejan al pueblo e indicando nuevas rutas de acción; "Política y Espíritu", obra densa de teoría filosófica y política, que defiende una nueva actitud ante los problemas complejos de la sociedad, de acuerdo con sus concepciones cristianas sociales; y "Aún es tiempo…", opúsculo político, publicado en momentos de crisis e incertidumbre y que fue como una alerta clarinada para abandonar equivocados rumbos y con decisión y honestidad enfrentar nuevas tareas. Es con este bagaje teórico y práctico con el cual el señor Eduardo Frei abordó la continuación del ensayo de Alberto Edwards. Y dicha empresa la ha realizado con responsabilidad y talento. Y a pesar de que existe una estrecha conexión entre ambas partes, la de Edwards y la de Frei, se nota de inmediato una profunda diferencia entre ambas, diferencia que no brota sólo de las características distintas de los períodos analizados y de las concepciones diversas de ambos autores, sino que, principalmente, de sus opuestas sensibilidades ante los problemas sociales y políticos.

Para usar el pintoresco lenguaje de nuestro gran historiador actual, don Francisco Antonio Encina, la «conformación cerebral» de Alberto Edwards permaneció siempre ajena a la consideración de la vida y reacciones del pueblo. No le interesaron los grandes cambios económicos y anexas transformaciones sociales, como determinadores de las acciones políticas, de los programas y posiciones de los partidos, de las actitudes de sus dirigentes. Consideró a los partidos muy desligados de aquellas estructuras básicas y de sus evidentes repercusiones, estimando como fundamentales las ideas abstractas y los programas teóricos, y así los hombres aparecen moviéndose y actuando por elevados principios o grandes

concepciones idealistas. La trama de la lucha política del siglo XIX es para él la contienda entre el presidencialismo y el parlamentarismo, o sea, traducida a fórmula ideológica, la pugna entre conservantismo y liberalismo. Esto es demasiado simple y no responde a las alternativas de la lucha; sobre todo si tenemos presente el nacimiento de nuevas fuerzas sociales, que se constituyen y desarrollan desde mediados del siglo XIX, en razón del proceso económico creciente, y las vinculaciones de ese proceso a la economía internacional, lo que se traducirá en la presencia y acción de factores extra nacionales no sólo en su desenvolvimiento económico, sino que en sus luchas políticas. Y la consideración de estas realidades económicas y sociales nuevas aclaradas extrañas alianzas entre conservadores y liberales, a pesar de sus oposiciones «ideológicas».

Aquí reside también la ceguera obtusa del señor Edwards para ver y comprender el nacimiento de los partidos populares, como vehículos expresivos de los nuevos sectores sociales de clase media y pequeña burguesía, artesanado y clase obrera. Siempre se refiere con desprecio a las clases inferiores a las que no le reconoce ningún papel y los organismos que constituyen sólo los explica por la obra de agitadores que, con el pretexto de ilustrar a las masas, las preparan para la sedición y los trastornos aprovechando de hacer inclinar la balanza política con el peso de todas las pasiones que fomentan la ignorancia y la miseria. Es todo su análisis y comprensión de la existencia de las clases populares del país.

La miopía reaccionaria del señor Edwards lo lleva, incluso a considerar utopías desquiciadoras a las reformas políticas de libertad patrocinadas por sectores del liberalismo; y el análisis del gobierno de Balmaceda es somero y superficial, reducido exclusivamente al choque abierto de este mandatario con las clases dirigentes del país, por querer «derribar sus venerables instituciones constitucionales" y haberse arrojado en brazos de una minoría débil, obscura e irresponsable. Está ausente el análisis hondo que le permitiría exhibir los trementes intereses de clase y particulares, antinacionales, heridos por la acción y reformas de Balmaceda, lo que llevó a unirse a enemigos ideológicos tan connotados como radicales y conservadores, masones y clericales. Es que todo está planteado desde el ángulo de meras contiendas jurídicas e ideológicas, de carácter político, separadas de los graves intereses materiales, económicos y sociales.

Al enfocar los diversos partidos no demuestra tampoco mayor clarividencia. En el Partido Radical advierte, como algo artificial y anacrónico, el aparecimiento de una tendencia socialista que surge en forma de «animadversión contra las clases ricas y consideradas». Luego, acusa a la agrupación obrera, llamada Partido Demócrata, de pretender que «el país debe ser gobernado por las clases inferiores de la sociedad a despecho de la escasa cultura moral e intelectual que ordinariamente alcanzan». También combate el sufragio universal «que entrega a las masas venales los destinos de la nación»; pero nada dice de quienes realizan el cohecho, con qué fines, y cuál es el sistema que permite tal situación.

En cambio, la “sensibilidad cerebral” del señor Eduardo Frei Montalva, es fina y atenta para aprehender las diversas facetas del proceso histórico nacional y para comprender el acceso justo, lógico e ininterrumpido de las clases populares a la política.

Inicia su estudio con un análisis del gobierno de Balmaceda y de la revolución de 1891, en el que menciona varios aspectos económicos y sociales, cuya influencia en los sucesos de la época es innegable, motivo por el que enriquece la visión estrecha y reducida de Alberto Edwards. A continuación, entra de lleno en el estudio de los años posteriores al triunfo de los insurrectos de 1891, y que, acertadamente, denomina «los

años inútiles», por la carencia de una política gubernativa eficaz y creadora y durante los cuales, por el contrario, la anarquía política, la vida rumbosa y derrochadora de las capas dirigentes, la pobreza y la explotación del pueblo, hacen que el país se estagna, y retroceda con respecto a las administraciones anteriores; además que las riquezas mineras del país caen en manos de los consorcios internacionales. La degeneración del régimen parlamentario, las leyes engañosas por ineficaces, la acción de agiotistas y gestores, la miseria popular a causa de los bajos salarios y de las pésimas condiciones de existencia, agotándose en conventillos y tugurios; las especulaciones bursátiles; la sed de enriquecimiento a costa del patrimonio nacional y de la explotación del hombre humilde pasan a ser las características dolorosas de una etapa turbia e ignominiosa.

Las clases dirigentes, aristocracia y burguesía, llevan una vida dispendiosa y brillante con ambición de viajes rumbosos; sus políticos se hacen gestores, preocupados de los negocios lucrativos: sus profesionales se transforman en abogados de las empresas extranjeras y por un suculento honorario se ponen a su entero servicio, aunque esto sea dañino para el país. En seguida, verifica un estudio detenido de la formación y desarrollo de las clases medias, de los principales hitos de su desenvolvimiento y de los sucesos que protagoniza y cómo se organiza políticamente en el Partido Radical y en el Partido Demócrata; su heterogeneidad, sus ambiciones y arribismo, de tal modo que sus dirigentes se mueven más por envidia que por amor a la justicia social". Describe la formación del proletariado; sus rebeliones desde 1903 hasta 1925; sus publicaciones y organismos; sus hombres, entre los cuales se destaca, con rasgos inconfundibles, la figura de Luis Emilio Recabarren (quien se suicidó el 19 de diciembre de 1924, hace veinticinco años).

Analiza la deforme evolución económica del país y al hacerlo dedica un capítulo al fenómeno de las desvalorizaciones monetarias, que tantos males ha ocasionado, impidiendo una sana capitalización y empobreciendo a las masas asalariadas.

Al efectuar el balance de la evolución de estos años inútiles, el señor Frei hace la siguiente recapitulación: "...En lo económico, es el despilfarro de las rentas del salitre y la periódica desvalorización monetaria, que permite pagar fácilmente sus deudas a los que podían contraerlas, pues hace recaer en el hecho, sobre la gran masa de la población, el pago de aquéllas, mediante la disminución crónica del poder adquisitivo de sueldos y salarios que provoca; en lo social, es el nacimiento y desarrollo de una clase media y de un proletariado industrial y minero, que van adquiriendo madurez, consistencia e influencia y que, al abandonar los antiguos cuadros ideológicos y políticos, transforman la división que existía entre dos o más partidos cuyas directivas provienen de una misma categoría social, para llevar al terreno político una lucha clasista, fundada en motivos económicos; en lo psicológico, es un pronunciado resentimiento y antagonismo; en lo político, es un régimen parlamentario que se esterilizó por el abuso y la exageración, en lo que participan, sin excepción, todos los grupos partidistas que, incapaces de canalizar o interpretar los cambios más hondos, han de ver sobrevenir la crisis del sistema; y en la vida, algo así como la desviación de los objetivos nacionales".

El señor Frei traza la silueta de los gobernantes y políticos de la época, que son meros "nombres que pasan", sin dejar más huella que la de sus bizantinos enredos o de su incapacidad; se detiene en la exposición de la gran coyuntura social y política de 1920 y de la administración que surge de su desenlace; la esterilidad en que se desenvuelve; la participación de los militares para romper el nudo gordiano de la oposición entre el Senado y el Ejecutivo, oposición en la que mueren las pocas iniciativas de bien público

del gobierno y los diversos movimientos a que da origen esa intervención hasta conseguirse una breve estabilidad civil, durante la cual se dicta la Constitución de 1925, que reorganiza la estructura institucional del país, según las líneas de un régimen presidencialista. Pero los militares no se marginan de la política actuante y, después de algunas curiosas peripecias, asumen el poder, por intermedio del general don Carlos Ibáñez del Campo, dictador omnipotente durante los años de 1927 a 1931. Durante su dictadura policial, el capital imperialista absorbe completamente la economía nacional y nos transforma en una mera factoría, a la vez que permite una vasta política de obras públicas que cambia la faz del país. Es verdad que la dictadura de Ibáñez destruyó las libertades democráticas, redujo a prisión y desterró a centenares de dirigentes políticos y obreros y, en general, persiguió toda manifestación de crítica e independencia; pero de otro lado, modernizó al país con obras públicas indispensables; mejoró y amplió la administración pública y le dio un elevado carácter técnico, al crear organismos eficientes y necesarios y valorizó nuevas regiones del país, como el territorio de Aysén. Sin embargo, esta dictadura no creó nuevas fuentes de producción que hubieran diversificado la incipiente economía del país, de tal suerte que, apenas dejó de recibir la corriente de empréstitos norteamericanos que la sostenían, se derrumbó con motivo de la gran crisis de 1930-1931. La caída de Ibáñez abre un período de anarquía en el país: primeramente, se restablece la oligarquía en el poder, oculta tras la raída cortina del civilismo; pero su insensibilidad ante la angustia de las muchedumbres lleva nuevamente a los militares a intervenir en la cosa pública. Se suceden una serie de “pronunciamientos”.

El señor Frei al mencionarlos no puede desligarse de su formación jurídica y los condena en forma somera y contundente; así para él, el 4 de junio de 1932 “es una fecha sombría en nuestra historia» y si «parecía una revolución» en realidad «no era sino un asalto descabellado”. No compartimos este juicio, por cuanto, a pesar de no ser partidarios de la intervención de las fuerzas armadas en la política, no podemos dejar de reconocer que, a causa de la incapacidad y egoísmo de la clase oligárquica, muy civilista y legalista, han sido los movimientos militares los que han roto la muralla de sus privilegios para abrir camino a las nuevas clases sociales en pugna por ascender hasta el Estado y la economía. Los movimientos militares, y no sé si es doloroso decirlo, han hecho más por el progreso de Chile, en estos últimos años, que los inertes partidos políticos de las clases dominantes. En relación con su juicio sobre los motines militares el gobierno de Alessandri-Ross tuvo por mérito fundamental “afianzar el régimen legal, y restaurar el prestigio y la firmeza del poder civil”.

En esta parte de su estudio es digno del mayor interés el análisis que lleva a cabo de los diferentes partidos políticos actuales. La clase dominante se agrupa en los partidos Conservador y Liberal, ya que “ambos partidos tienen la misma composición social; prácticamente, la totalidad de sus directivas y parlamentarios pertenecen a la antigua aristocracia chilena; son los poseedores de la mayor parte de las propiedades agrícolas, donde, además, tienen una fuerte base electoral y dominan sin contrapelo en los directorios de las sociedades industriales y bancarías. En una palabra, representan, en lo económico, al capital; en lo social, a la antigua clase dirigente; en lo político, necesariamente la defensa del régimen económico liberal-capitalista”. Analiza, igualmente, al Partido Radical y reproduce su declaración de principios, aprobada en la Convención de 1931, la que resume su evolución y actual actitud. Es brillante su calificación social, como expresión de los fluctuantes intereses de las clases medias, la que en sus estratos superiores se vincula con la plutocracia, de donde deriva su política vacilante y sus alianzas alternativas con la extrema izquierda y la extrema derecha. Asimismo, dedica nutridos párrafos a la organización política del proletariado, el que

ha dado vida a dos grandes partidos: el comunista, hoy barrido de la escena política, después de una actuación todopoderosa y determinante y el Socialista, que, también, jugó un rol extraordinario para caer, en seguida, despedazado en numerosas fracciones, a raíz de periódicas y regulares escisiones. Además, traza un rápido y preciso esquema de la breve y dramática existencia de un grupo Nacionalsocialista, calcado del modelo hitlerista, desaparecido a consecuencia de la aplicación de sus propios métodos hecha por el señor Alessandri. Finalmente, bosqueja una completa reseña del origen y desarrollo de la Falange Nacional, movimiento socialcristiano, de apreciable influencia, no obstante, su electorado reducido.

El señor Frei termina su magnífico ensayo con algunas ponderadas reflexiones sobre la importancia y necesidad de los partidos políticos y acerca de sus responsabilidades, sobre todo en esta hora de tan grandes dificultades patrias y cuando se hace urgente proceder a una verdadera revolución material y espiritual que destaque al primer plano a nuestro pueblo.

El ensayo del señor Frei Montalva es notable y de lo mejor que se ha realizado en este campo. Su lectura es indispensable para todos los que se preocupan por comprender la situación del país y de sus graves problemas. Nos es particularmente grato dejar constancia de este juicio, por cuanto, del mismo modo hemos abordado en algunos ensayos estos asuntos, desde un punto de vista social y político, tal como ha tenido la gentileza el señor Freí Montalva de señalarlo en una muy benévola nota su enjundioso trabajo.

Breve digresión en favor de la paz[111]

Si alguna “idea-fuerza” debe imponerse en este nuevo año de 1950, mitad de un siglo belicoso y dramático, es la de la paz. La paz a toda costa y por, sobre todo, hasta desterrar la posibilidad de una nueva guerra, porque en caso de producirse puede significar la completa aniquilación de la Humanidad.

Es cierto que en la actualidad la paz internacional es más difícil que nunca. Si hemos considerado anteriormente que las potencias capitalistas periódicamente llegan a desatar conflictos sangrientos, para dar salida momentánea a sus graves contradicciones internas y salvar sus hondas crisis económicas, en los últimos años los factores se han complicado y se han extendido. Ahora es preciso considerar en primer plano la acción absorbente de las potencias totalitarias que amenazan continuamente la paz por su política y métodos de agresión, que derivan de tipos de ideologías mesiánicas. Hoy día la amenaza directa para la paz reside en la política de los estados que, sea cual fuere su estructura social, persisten en querer sojuzgar a otros pueblos y destruir su independencia y soberanía, y en desconocer su derecho a ser tratados en condiciones de igualdad.

Las ideologías que estiman inevitable la guerra ayudan a la preparación para ella. Los regímenes que consideran que la fuerza es un aspecto inseparable de su gobierno interno, fatalmente llegan a sostener que la guerra es ineludible en las relaciones entre estados.

La ignorancia engendra el temor y el temor conduce a la guerra. Es de importancia capital, entonces, que exista el más amplio intercambio entre todos los países del mundo. Deben desaparecer las barreras y las “cortinas de hierro”, para que las naciones se conozcan a fondo y se compenetren de su destino común.

[111] Atenea N°295-296

Sólo el conocimiento atento de los pueblos, de sus necesidades y modos de ser, puede llevar a una perfecta comprensión que se concrete en una amplia política de cooperación pacífica, de tolerancia amable, de desarrollo pacífico y creador.

La separación violenta por artificiales barreras de odios ideológicos, religiosos, raciales, económicos y políticos conduce, en forma inevitable, a la guerra. La formación de esferas de influencia, regidas por potencias dominantes, soberbias y orgullosas, tienden ineludiblemente a pugnas destructivas y sangrientas.

Sólo la integración de todos los pueblos en una comunidad internacional seria y respetada, en un pie de igualdad y mutuo respeto, puede llevar a la solución efectiva y fecunda de los diversos problemas existentes y al mantenimiento de la paz, de una paz estable y creadora, de beneficio para el mundo entero. Cuando se haga conciencia sincera y general esta idea tan simple, podremos tener la certeza de que la paz se hará posible y duradera.

Libros chilenos recientes[112]

El fecundo escritor y funcionario diplomático, doctor Juan Marín Rojas, ha agregado una obra más a su ya nutrida producción literaria: “CUENTOS DE VIENTO Y AGUA”. Son catorce relatos ubicados en diversos lugares del mundo y escritos en un castellano ágil y coloreado, repletos de frases en inglés y en francés, que nos indican, de inmediato, los numerosos viajes del autor. Es que ha vivido, desde el triunfo del Frente Popular, en 1939, en China, El Salvador, Egipto e India, como representante del gobierno chileno, lo que le ha permitido, además, cruzar el mundo en todas direcciones y visitar sus principales países. Estos cuentos han sido escritos a lo largo de un extenso lapso y varios de ellos los habíamos leído en distintos diarios nacionales. Algunos son realistas y criollos, otros cosmopolitas y dramáticos; varios son fantásticos y absurdos, percibiéndose en su desarrollo influencias de Hoffmann, E. A. Poe y G. H. Wells junto a las propias inquietudes freudianas de su creador. Estas huellas se advierten en los cuentos: “El hombre del funeral”, “Lázaro”, “El hombre de medianoche”, “El Techo del mundo”. En el relato “El Curco Meléndez” hay una simpática reminiscencia de las luchas estudiantiles que agitaron a la Escuela de Medicina; “La cacería de un hombre” es una dramática anécdota ocurrida en la región salitrera, con los caracteres que, únicamente. se dan en esa áspera y ruda región. El primer cuento del volumen: “Puerto Negro”, trata de la zona del carbón, que ha ejercido una fuerte atracción en este autor, y ha alimentado su novela “Viento Negro” donde enfoca la trágica realidad humana de este desgraciado sector del país. “Puerto Negro” presenta una visión de aquella comarca, fijada ya, con rasgos patéticos, a comienzos del siglo, en los inolvidables relatos de Baldomero Lillo agrupados en “SUBTERRA”. “Puerto Negro” es un trozo dramático y real de las tragedias que frecuentemente ocurren en Lota. Algunas de las consideraciones de Juan Marín, para presentar los contrastes pavorosos de ese punto, son de gran justeza y exhiben una realidad que exige ser modificada por un elemental sentido de humanidad y de progreso: “En Puerto Negro se trabaja día y noche, sin descanso. Mientras en el fondo de la mina, centenares de hombres, sumergidos en el fango hasta la cintura, extraen con sus picotas el codiciado mineral, otros en el muelle descargan los carros que les trae el ferrocarril y vuelcan el carbón en las lanchas. Permanentemente seis o siete buques, todos

[112] Atenea N°295-296

con mucha prisa por partir, esperan en la bahía su ración de combustible. Desde hace cincuenta años, la Compañía no cesa de acrecentar sus riquezas: sus piques se extienden ya docenas de millas por debajo del océano. Con las fabulosas ganancias obtenidas a expensas del oro negro, se han alzado palacios en la capital chilena y villas en las playas europeas de moda. Allí mismo, a pocos metros del muelle misérrimo se ha formado un parque de prodigiosa belleza, en cuyas avenidas, diosas de mármol y fuentes cantarinas decoran la simetría floral y la suave perspectiva de las colinas pobladas de fragantes bosquecillos en donde podrían tejer juegos de amor personajes escapados de las telas delicadas de un Fragonard o de un Watteau. De ese manantial de riquezas, nada ha quedado para las poblaciones obreras, que languidecen y se achatan, extendiéndose como una costra leprosa entre la playa y los cerros. Nada tampoco para construir un muelle al cual pudieran atracarse los barcos y recibir automáticamente, por medio de "buzones", el carbón que necesitan para sus travesías por el océano".

Este nuevo libro del doctor Juan Marín se lee con interés. En muchos de sus relatos se advierte esa poderosa garra que exhibiera en su inolvidable novela-reportaje, "Paralelo 53 Sur".

* * *

En una cuidada edición ha aparecido el erudito ensayo de don Juan Uribe-Echevarría, titulado: "Cervantes en las letras hispanoamericanas". (Antología y Crítica). El señor Juan Uribe-Echevarría es profesor de Literatura Chilena e Hispanoamericana en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y se ha señalado por su inquietud docente y su afán de investigación en los dominios de la historia literaria. No hace mucho regresó de un viaje de estudio por España y Portugal. Ha colaborado en distintas publicaciones nacionales y la revista Atenea lo cuenta entre el equipo de sus articulistas permanentes. Aquí le hemos leído, entre otras cosas, una movida y valiosa crónica sobre Pío Baroja y su actual existencia en Madrid.

"Cervantes en las letras hispanoamericanas" es un estudio, de carácter antológico y descriptivo, acerca de la influencia y repercusiones de la producción del genial escritor español en la novela, el cuento, teatro, poesía, folklore y pensamiento latinoamericanos. Tenemos entendido que este trabajo fue premiado en el Concurso literario abierto con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, sobre el tema "Influencia de Cervantes en América", auspiciado por la Academia Chilena de la Lengua, Universidad de Chile y Círculo de Profesores hispanoamericanos. Así, pues, es un libro serio y de calidad, útil e indispensable para todo estudioso de estos especializados temas literarios.

Don Juan Uribe-Echevarría Uriarte pasa a ocupar un ancho sitio en el campo de la erudición por su minucioso y original estudio. Y este hecho no nos sorprende, pues tan distinguido catedrático, además de la posesión de sus resonantes apellidos vascos, es un hombre dotado de gran dinamismo cultural y, como diría don Francisco A. Encina, de la adecuada "conformación cerebral" para tales trabajos. Pertenece a una generación de profesores que, a pesar de su relativa juventud, ya está cargada de abundante ciencia filológica, literaria y pedagógica.

* * *

Ha aparecido la segunda edición de la extraordinaria novela de Pedro Prado: "Un Juez Rural", y es como un homenaje que la Editorial Nascimento le ha rendido a su autor al obtener, merecidamente, el Premio Nacional de Literatura, correspondiente a 1949. Esta segunda edición de tan bellísima obra aparece, exactamente, a un cuarto de siglo de la primera, que vio la luz pública en 1924, y ha sido realizada con

especial cuidado: fino papel, claro tipo de letra, esmerada impresión, que hace de tan hermosa novela una primorosa obra de arte editorial.

Es un placer volver a leer "Un juez rural" en esta segunda edición. Pareciera que se destaca mejor la belleza honda y sencilla de sus páginas cristalinas, apretadas de humanidad, fina y sagazmente observada, de transparente lirismo y de tan cálida comprensión de la vida humilde.

Tratado de Geología[113]

Circula la segunda edición de la "Geología" del doctor Juan Brüggen, profesor del ramo en la Universidad de Chile.

Don Juan Brüggen fue nuestro profesor en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico, junto a los señores Juan Gómez Millas, Eugenio Pereira Salas, Luis Galdames, Luis Alberto Puga y Guillermo Feliú-Cruz, todos brillantes maestros y cordiales amigos. El Dr. Brüggen era un catedrático magnífico por el dominio profundo de la materia que exponía y por su excelente método. Sus clases, muy animadas, constituían un novedoso y atrayente viaje a través de la entraña del planeta. Por medio de proyecciones con el epidiascopio, croquis en la pizarra, análisis de mapas y excursiones al terreno, nos entregaba una visión directa, pintoresca y viva, de los fenómenos geológicos.

El Dr. Juan Brüggen es un verdadero sabio, nutrido en la severa disciplina germánica, que ha formado una vasta generación de profesores de geografía. Pertenece a esa misma falange de sabios y maestros alemanes que tanto han hecho por el desarrollo de la cultura chilena, como Lenz, Johow, Hanssen, Poenisch, Mann, Voigt y otros. Y, en efecto, el Dr. Brüggen no se limitó a ser un profesor brillante, que dominaba su materia, sino que ha sido un investigador acucioso del territorio nacional, de tal modo que los mejores estudios geológicos sobre Chile se deben a su apasionado interés y a su constante exploración. Ha publicado en varias revistas alemanas y chilenas originales monografías sobre la realidad geológica de nuestro país. Y el mérito indiscutible de su tratado de "Geología", consiste, aparte de su excelente presentación de las materias generales de esa ciencia, en el análisis sistemático que lleva a cabo del fondo geológico chileno. A pesar de ser una obra científica extensa se lee con agrado y encanto por la manera clara y comprensible con que están estudiados sus diversos elementos y por la referencia continua al territorio chileno en sus característicos y notables fenómenos geológicos. El Dr. Brüggen durante sus meses de clases trabajaba intensamente, puesto que, con frecuencia, salía por días enteros con sus alumnos a estudiar en el terreno (nosotros recorrimos toda la provincia de Santiago con motivo de sus clases) y, sin embargo, al salir de vacaciones éstas le demandaban mayor esfuerzo: era el momento que aprovechaba para trasladarse a distintas regiones del país, a estudiar su geología llevando la dura y sobria vida del explorador. La cordillera de los Andes, la de la Costa, los desiertos del norte, las costas, los lagos, ríos, planicies, todas las diversas formaciones del territorio nacional han sido examinadas minuciosamente por el Dr. Brüggen. Y su texto de "Geología" contiene esta gran riqueza de observaciones, lo que le da su extraordinario valor y lo hace un libro indispensable para todo chileno amante de su tierra.

Al redactar esta modesta nota sobre la valiosa obra del Dr. Brüggen recordamos, asimismo, a nuestro gran profesor de Geografía universal, don Luis Alberto Puga, maestro y amigo ejemplares en bondad, sabiduría

[113] Atenea n°297 (1950)

e ingenio. Su cátedra estaba estrechamente asociada a la del Dr. Brüggen y, precisamente, recordamos con nitidez los conceptos básicos de su primera clase: La vida del hombre se desarrolla en un determinado medio físico que es estudiado por la Geografía; ésta se define como la ciencia que estudia los fenómenos físicos, biológicos y sociales considerados desde el punto de vista de su repartición en la superficie del globo, de sus causas y de sus relaciones recíprocas. El campo de la investigación geográfica se limita, por lo tanto, a los fenómenos de la superficie del planeta, debiendo entenderse por tal la zona de contacto o de fricción de los tres elementos que integran la tierra: la corteza sólida, la masa líquida oceánica y la atmósfera. El fundamento de todo estudio geográfico es el estudio de la Tierra, es decir, es un estudio físico. La Geografía Física estudia el suelo actual, cuya historia la ha explicado la Geología; interpreta y clasifica las formas del suelo, examina las modificaciones de estas formas bajo la acción de los agentes atmosféricos. Al estudio de la corteza terrestre agrega el de la envoltura gaseosa y el del elemento líquido que la rodea. En la superficie de esta tierra y en el seno de los mares viven animales y vegetales cuyo conocimiento no puede dejar indiferente al ser más elevado de los seres vivientes: el hombre. El hombre es el punto de concurrencia en la creación de los seres; lo es también en el examen del mundo estudiado por la Geografía. Mediante el hombre se une la Geografía Física a la Geografía Humana, o Antropogeografía, de la cual la geografía política y la geografía económica son dos aspectos especiales. La Geografía es así una ciencia concreta cuyo objetivo es la descripción de la Tierra y el estudio razonado de las relaciones de la Tierra con el Hombre.

En estrecha conexión con la Geografía, la Geología explica la historia de la tierra; es decir, estudia el orden de sucesión de los terrenos que constituyen la costra terrestre y determinan su edad relativa, o, como dice el Dr. Brüggen, “es la ciencia que estudia la formación y composición de nuestro globo terrestre y las fuerzas que trabajan por transformar a superficie de la tierra”.

Este es el contenido del libro del Dr. Brüggen, realizado con insuperable maestría y poderosa originalidad, vinculado a la ciencia en general y al conocimiento particular y profundo de nuestro hermoso territorio.

El trabajo y el hombre[114]

Son numerosos los egresados de la Escuela de Derecho que, para optar al grado de Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, dejan de mano los temas estrictamente jurídicos y elaboran Memorias de Prueba que constituyen verdaderos ensayos, de gran categoría, sobre materias de Filosofía Social, Economía, Política y Sociología.

Hace algún tiempo nos referimos al extenso y valioso estudio de don Clodomiro Almeida M.: “Hacia una concepción marxista del Estado”, que demostraba un apreciable dominio de las teorías de Marx y Engels y, a la vez, era un opúsculo original, ya que en América Latina no se había llevado a cabo una empresa similar.

Ahora trazaremos algunos breves comentarios sobre una Memoria de Prueba que sobrepasa los limitados marcos de una tarea de tal índole, para alcanzar los contornos de un notable libro, de gran originalidad. Es la obra de Miguel Saidel W., titulada: “El Trabajo y el Hombre”, de gran riqueza interpretativa, que analiza a fondo el humanismo marxista. Miguel Saidel W., joven abogado se revela poseedor de una seria cultura

[114] Atenea n°297 (1950)

filosófica y social y de un loable poder de crítica y de síntesis. Su ensayo demuestra un laborioso trabajo de investigación, calidad reflexiva y sentido hondo de comprensión. Sólo en francés habíamos leído algunos estudios de valer en el terreno en que sitúa Saidel sus observaciones; en castellano creemos que es uno de los primeros y más senos.

Este libro enfrenta los problemas del trabajo, el hombre y el humanismo en la concepción marxista. Es un análisis de los principales puntos filosóficos y sociales del marxismo, reducidos a tres campos: 1° La significación general del trabajo, el hombre y la historia, de acuerdo con los postulados del socialismo científico. 2.° El trabajo y el régimen capitalista, examinando las características del sistema capitalista y la condición humana del proletariado. 3.° El concepto del Humanismo, estudiando el humanismo burgués y el humanismo proletario.

En estos tres planos engloba fenómenos de capital importancia para un conocimiento cabal del marxismo y para una exacta comprensión y definición de su contenido verdadero.

El desarrollo complejo y hondo de este trabajo, realizado con toda acuciosidad por el señor Miguel Saidel, puede sintetizarse en las siguientes proposiciones: El hombre, ser natural, es eminentemente social y en su vida entera mantiene contacto con la naturaleza física a través de la sociedad; lo social tiene una base fundamentalmente práctica, radicando en las necesidades el nexo que une a los individuos entre sí; esta vida práctica del hombre es sobre todo de orden económico, dado que atiende en forma primordial a sus necesidades básicas. De aquí que sea a través del trabajo como puede sintetizarse la concepción marxista del hombre. El trabajo es la función humana fundamental, es un proceso de esfuerzo y conquista sobre cuya creadora tensión se sustentan todas las adquisiciones humanas... En el trabajo se confirma el ser natural, social y activo, el ser genérico y en trance de continua superación histórica que ve el marxismo en el hombre. El marxismo encierra una gran concepción filosófica del trabajo y la Historia “no es más que la producción del hombre por el trabajo”.

A continuación, Miguel Saidel desmenuza el origen de la burguesía y la consolidación del régimen capitalista; su mecanismo basado en la ley del valor y en la producción de plusvalía; la contradicción esencial de dicho régimen; la explotación del hombre, de tal suerte que en la entraña de la propiedad capitalista, está su negación: ahí yace un hombre deshumanizado, opreso y despersonalizado, como mero hombre-instrumento. El marxismo, por medio de su teoría de la alienación, desentraña el carácter del trabajo y delata a un régimen que, suponiendo la negación completa de la más humanizadora de las funciones, manifiesta oponerse al hombre como ser genérico y social, dueño y sujeto de su propia actividad y de sí.

Por eso en la elaboración del humanismo marxista el aspecto más profundo de su doctrina es la teoría de la alienación. El trabajo alienado en el régimen de propiedad capitalista supone la negación del ser genérico del hombre; resta al individuo categoría humana; determina una separación del producto de su hacedor: el producto de su trabajo alienado no es de él, sino del capitalista y su existencia entra a depender de la demanda del mercado. El trabajador carece de dominio sobre su propia fuerza de trabajo dado que, vendiéndola por un salario, pasa ella a pertenecer a otro. Es así como el trabajo construye grandes y maravillosas obras para los ricos y para sí produce privación; levanta palacios, y para el trabajador, tugurios; produce espíritu, y para el trabajador produce imbecibilidad y cretinismo; es que, percibiendo el

salario, la fuerza de trabajo sólo se sustenta y logra reproducirse como tal, agobiada, impotente y siempre más sierva.

En estas condiciones, dado que por la venta de su fuerza de trabajo pierde los frutos del mismo, y crea la riqueza frente a sí, el trabajo aparece como exterior al trabajador, deformándolo; aparece como una mortificación y un trabajo forzado. No se afirma el trabajador en él, se niega; en vez de desarrollar sus energías físicas y mentales, las arruina. La función humana no lo vivifica, lo desrealiza; en vez de permitirle desenvolverse, lo coarta y lo limita; en lugar de humanizarlo, lo deshumaniza; llega a significar pérdida y no ganancia para sí. Es en verdad como si la fuerza de su trabajo no le perteneciera al obrero sino al comprador de ella y él mismo en su trabajo no se perteneciera a sí.

Luego, Miguel Saidel analiza el ideal humanista de la burguesía en su pasado y en sus actuales posiciones; el irracionalismo fascista, anti humanista, y que es el modo de reacción burgués en el instante de máxima convulsión interna del capitalismo; el humanismo cristiano, religioso e idealista; aunque de orientación antiburguesa, anticapitalista y antifascista; puntos todos que merecen al señor Saidel nutridas observaciones y críticas.

Termina su vigoroso ensayo con el estudio del socialismo como expresión del verdadero humanismo y del proletariado como la clase que lo representa. Todo humanismo contemporáneo no puede ser sino proletario. Sólo con la liberación del trabajo por la instauración de la sociedad socialista puede el hombre emanciparse efectivamente. La liberación del trabajo se hace posible bajo el régimen socialista: pone fin a su alienación por la supresión de la propiedad privada de los medios de producción lo que permite al trabajador disfrutar de las conquistas de su esfuerzo laborioso.

El ideal vital del humanismo socialista y proletario radica en la idea del renacimiento de la humanidad como consecuencia de la liberación del trabajo. Considerado desde un punto de vista ético, si la libertad y la justicia constituyen los grandes valores de este humanismo, el hombre, y sólo él, es el fin por conquistar: historia llamamos a su devenir real y el trabajo es su modo profundo de realización, radicando en los oprimidos el fermento dinámico y constructivo.

Historia de Chile de F. A. Encina[115]

Hemos leído los tomos XIII y XIV de la monumental “Historia de Chile”, de don Francisco A. Encina Armanet. En ellos contempla las administraciones de los presidentes Manuel Montt (1851-1861) y José Joaquín Pérez (1861-1871).

El gobierno de Manuel Montt merece un detenido y muy favorable estudio del señor Encina. En sus páginas se refleja la pasión admirativa del monttino fervoroso que ha sido el autor, siguiendo una precisa línea familiar. Trata de demostrar cómo Montt fue impuesto presidente por la aristocracia, poro que ésta jamás lo consideró enteramente suyo. Su fuerza residió en el elemento modesto de la administración pública, en los acaudalados propietarios provincianos, en los sectores militares y civiles descendientes de la vieja aristocracia colonial arruinada y desplazada del poder. Lo apoyaron devotamente, aunque no era psicológicamente uno de los suyos: pero era el Mesías que su subconsciente esperaba; el vengador cuya planta debía hollar la soberbia del vasco advenedizo que suplantó a sus antepasados. De ahí que Manuel

[115] Atenea n°297 (1950)

Montt haya tenido que luchar no sólo contra sus enemigos doctrinarios, ideológicos, los liberales, o neoliberales, como dice el señor Encina, sino que, con la fronda aristocrática, sobre todo desde que se agrega el motivo religioso en esta contienda.

El retrato psicológico de Montt ocupa vanas páginas y en ella menudean los más generosos elogios; lo recarga de tal manera que la personalidad histórica real de Montt se esfuma para dejar un cuadro ideal, una grandiosa, perfecta y solemne estatua. Montt, según el señor Encina, posee admirable claridad y corduras intelectuales; recio andamiaje moral; poderoso instinto político; un fondo de profunda bondad humana; una fuerza magnética avasalladora, que emana directa sobre los hombres y los domina; es un gran conocedor de hombres, "tal vez el mayor de los que registra la historia de la América española", y, en un remache de conjunto, afirma que "no afloraron en don Manuel Montt desconformaciones cerebrales; su psiquis fue sana y normal. Pero, más allá de su intelecto, claro, poderoso, positivo y lógico, de genuina cepa catalana, latía un fondo místico inaparente, que se inflamó en el grandioso propósito de forjar una nación ordenada, sobria, culta y progresista, con los pobres elementos que nos legó la Colonia y las fuerzas espirituales de la sugestión portaliana".

A su colaborador cercano, don Antonio Varas, lo considera igualmente un cerebro poderoso, "de un vigor semigenial", con un vivo sentido de la realidad, una asombrosa amplitud de pensamiento y una vivísima sensibilidad cerebral, única en la larga serie de los estadistas y políticos chilenos.

En el tomo XIV trata el gobierno de J. J. Pérez, que "durmió una siesta de diez años". Este volumen es interesante porque en él don F. A. Encina se mueve por sus propios medios; ya no puede aprovechar los trabajos generales que lo ayudaron en sus anteriores volúmenes. Barros Arana lo acompaña hasta 1833 y en el decenio de Bulnes; Sotomayor Valdés en el de Prieto y Alberto Edwards en el de Montt. Desde 1861 no existen trabajos de conjunto: el señor Encina es el primero quien lo realiza (no tomamos en cuenta la obra del señor Agustín Edwards M. C.: "Cuatro Presidentes de Chile", por estimarla muy somera) en este tomo, en forma amplia y abundante. Y de aquí en adelante continuará solo hasta terminar en el conflicto de 1891 y el gobierno de Balmaceda, período sobre el que existen valiosos estudios.

En estos dos tomos son admirables los capítulos dedicados al desarrollo económico. La evolución económica durante los años 1841-1861, con su brillante período de expansión, 1849- 1856 (época de los mercados de California, 1849-1853, y de Australia, 1856-1863) y, luego, de grave depresión y crisis. 1857-1861, está considerada en forma magistral. Estos capítulos los estimamos de gran importancia e interés, porque es desde esta fecha que se constituye vigorosamente la burguesía nacional, que le imprimirá carácter peculiar a toda la segunda mitad del siglo XIX. Lo extraño es que el señor Encina, que en su obra trata de llenar el vacío de la deficiente información económica y social de los anteriores historiadores, no establezca ningún nexo entre el avance y transformaciones de la base económica y la acción política, para darle una explicación sociológica al proceso histórico. Prefiere señalar los factores de raza y los psicológicos, como los determinantes de la acción colectiva e individual.

Los dos tomos mencionados abundan en las excelencias y en los defectos de la particular creación enciniana. Lo que es indiscutible es que se leen con interés y agrado.

* * *

Desde 1940 comienzan a salir a luz los volúmenes de la magna “Historia de Chile”, de don Francisco A. Encina. Esta inmensa empresa tiene por objetivos esenciales los siguientes: 1° Dotar a la literatura nacional de una historia general del país que presente su desarrollo desde la Prehistoria hasta 1891, con un criterio vertebrado y uniforme, llenando el vacío existente desde 1861 a 1891. 2.° Entregar una renovada interpretación de todo el proceso nacional a la luz de la nueva e inmensa documentación acumulada desde fines del siglo pasado en adelante y de acuerdo con las actuales concepciones históricas. 3.° Presentar tan imponente trabajo con un estilo animado, evocador y sugerente, pleno de vida, imaginación y colorido, salvando el rasgo saliente de los historiadores chilenos, que, según el señor Encina, es: “la inercia o miopía cerebral que limita la visión del suceder a un hacinamiento material de hechos y hombres”.

En tal sentido, para servirnos de la tríada dialéctica, F. A. Encina continúa, niega y supera la “Historia General de Chile", de Diego Barros Arana. Su principal empeño es el de enmendar los errores que habrían cometido los grandes historiadores del siglo XIX; llenar los vacíos en cuanto a documentación e interpretación; delimitar los campos de la erudición fatigosa y de la historia selectiva. Afirma que, a Barros Arana, M. L. Amunátegui, R. Sotomayor Valdés, C; Errázuriz, su “insensibilidad cerebral” no les permite aprehender el fondo de los sucesos, de los hombres y del encadenamiento histórico, y la pobreza de imaginación evocativa les impide representarse acertadamente el suceder con sus contornos coloreados y brillantes. Para él los historiadores vascos del siglo XIX son “miopes cerebrales que cogen los hechos al bulto, sin captar su sentido histórico”. Asimismo, los acusa de no dominar la historiografía en cuanto teoría de la historia, ni las ciencias afines: la antropología, la sociología, la psicología y la economía política. Esta acusación supone que la cultura de esos historiadores habría sido muy débil y que la capacidad cerebral de cada uno de ellos era muy mediocre.

El señor Encina demuestra cierta simpatía por Vicuña Mackenna, pero, entre otros reparos, lo acusa de exagerarlo todo sistemáticamente. Estimas opuestas las dotes que hacen al erudito y las que hacen al historiador y, en su concepto, el mérito de la literatura histórica chilena del siglo XIX reside, exclusivamente, en la investigación y en el acopio de materiales para la historia. Por otra parte, les reprocha a los historiadores del siglo XIX, y en particular a los de tendencia liberal, su endoctrinamiento y sus postulados políticos, porque ellos los llevaron a ahondar la distancia entre la realidad y el esquema histórico que la representa. Es así como los hechos en sus obras están engastados en la armazón preconcebida, impuesta por los enciclopedistas y los demás autores de la leyenda negra contra España, dándoles una equivocada visión del régimen colonial español y del desarrollo histórico del pueblo chileno. Confiesa el señor Encina su violenta reacción contra la mística liberal y antirreligiosa de los historiadores liberales del siglo XIX y contra su deslumbramiento por el “saber de ropa hecha”. Y de esos historiadores quién recibe sus descargas más nutridas y constantes es don Diego Barros Arana.

F. A. Encina estima que Barros Arana se habría propuesto dar a su obra un doble carácter de enciclopedia o diccionario histórico y de una crónica con ribetes de historia. El erudito logró el primer objetivo en una forma que no ha sido superada en la América española: en cambio, fracasó en su segundo proyecto, porque los dos objetivos se excluían: el diccionario histórico exige el registro de todos los sucesos y datos; y la historia, la selección del material en el sentido de producir la imagen fiel y viva del pasado. Es que Barros Arana, según Encina, es más un erudito que un historiador y así lo expresa en un párrafo que pasamos a reproducir: “Las dotes intelectuales de Barros Arana, se avenían con la erudición, pero no con el cultivo de la historia. La inercia cerebral le impedía captar los factores espirituales del suceder, absorber

el contenido del material y transfigurarlo en una imagen del pasado. Su excesiva limitación intelectual lo condenaba a resbalar por la superficie de los sucesos y de los actores. Su apasionamiento, deliberadamente disimulado por la frialdad de la narración, deformaba los sucesos y los hombres en una medida incompatible con la historia objetiva».

Este trozo sintetiza los reparos del señor Encina a Barros Arana y evita reproducir los numerosos juicios de todo orden en su contra que, desgraciadamente, emite con demasiada frecuencia c injusticia. Le reprocha endoctrinamiento y apasionamiento, en circunstancias que el señor Encina peca con mayor intensidad en este aspecto; llega a negarle competencia y el largo trabajo preparatorio que hace posible la ardua tarea de escribir la historia de un pueblo, cuando Barros Arana desde joven se alistó para esa empresa y sus diversos trabajos parciales o especializados los hizo en función de su Historia General de Chile‘>, y cuando llegó a poseer una cultura enciclopédica asombrosa, hechos que el mismo señor Encina reconoce en ocasiones aisladas, a la vez que alaba la penetración de muchos de sus juicios y retratos. Frente a este sombrío panorama de la historiografía del siglo XIX esbozado por el señor Encina ¿cuáles son sus condiciones y méritos que le han llevado a emprender la tarea que ha tenido por objetivo superarla y rehacerla?

Sabemos por sus propias declaraciones que desde niño ha poseído una permanente vocación por los estudios filosóficos y científicos. Ha analizado y dominado los grandes sistemas filosóficos; la ciencia histórica; la etnología y economía política; la sociología, psicología y biología. Su preparación filosófica y científica, según sus confesiones, sería vasta e indiscutible. En 1912, con la aparición de sus ensayos “Nuestra inferioridad económica” y “La educación económica y el Liceo”, se reveló como un experto sociólogo. Y también demostró una competencia similar en el campo de la economía política, según lo acreditan polémicas, discursos y artículos diversos de esa época.

Por otra parte, él mismo, que concede una extraordinaria importancia a la imaginación y a la intuición en el análisis histórico, se reconoce “una sagacidad psicológica espontánea, que le permite coger los hombres y los acontecimientos directamente de la realidad, sin razonarlos”, misterioso poder que, indudablemente, le ha dado una gran ventaja con respecto a los anteriores investigadores y que ha explotado abundantemente en su obra histórica.

En seguida, afirma que ha concebido y trazado su historia de Chile como conocimiento objetivo, ajeno a todos los postulados y los sentimientos extraños al propio suceder, ayudado por el estudio de la nueva e inmensa documentación acumulada desde el comienzo de la labor titánica de don José Toribio Medina; y por su poderosa capacidad y sensibilidad cerebrales.

Tampoco es de desdeñar el conocimiento directo y concreto de la vida, en sus múltiples facetas, que ha poseído el señor Encina antes de emprender su obra: agricultor acaudalado; político de figuración, del partido nacional o monttino; parlamentario en dos períodos (1906-1912); articulista en diarios capitalinos y amigo personal de muchos de los grandes figurones en el manejo de la «cosa pública». Como todo auténtico historiador no se ha marginado de la vida activa de su patria, sino que ha participado con intensidad en ella. ¿Ha conseguido el señor Encina, con sus dotes indicadas, llevar a cabo en forma exitosa su propósito? Desde un punto de vista material lo ha logrado, puesto que su obra, según el plan inicial, está terminada y casi próxima a aparecer en su totalidad. Sabemos que está en prensa el volumen

decimoquinto y los demás saldrán en el curso del presente año, de tal suerte que a comienzos del próximo año se habrá publicado totalmente.

En cuanto a la actitud del público, decisivo juez en este pleito ha sido de una calurosa adhesión. Los diversos tomos se han agotado. El primero y segundo han merecido tres ediciones y los demás ya las exigen.

Sin lugar a dudas, el señor Encina se hace leer con agrado; su obra arrastra y fascina, llamando la atención su estilo fácil, pleno de pasión y nervio, sembrado de comparaciones extraídas de la vida rural, tan cara a todos los chilenos; su terminología característica y pintoresca; su capacidad de invectiva y su total falta de respeto hacia las grandes figuras, a las que despoja del mármol que las rodea, para inyectarles vida y movimiento, no ocultando sus vicios y flaquezas, sus errores y éxitos, en extensos retratos. Ha conseguido su finalidad primordial: renovar los moldes de la historiografía nacional, hasta aquí descriptiva. inanimada, sin calor ni color; y entregar, en su reemplazo. una obra dinámica, jugosa, repleta de vigor y frescura.

Encina nos traza una historia del país que no olvida ninguno de sus aspectos: analiza las personas y los hechos, no individualizados secamente, como coleccionista, sino subordinados a los movimientos generales, al conjunto de la vida, de donde dimanan su energía vital y su interés.

¿Cuáles son sus defectos más resaltantes y que tornan peligrosa su interpretación histórica? Los defectos más graves del señor Encina fluyen de su obstinada adhesión a las teorías que ven en la raza el factor más importante de la historia, tal como Gobineau, Vacher de Lapoude y H. S. Chamberlain, lo han sostenido en el siglo XI X. Y para estar en perfecto acuerdo con sus maestros ha desempolvado la envejecida teoría de Nicolás Palacios, formulada en su libro «Raza Chilena», según la cual los españoles que conquistaron a Chile eran de ascendencia germánica. Este mayor porcentaje de sangre goda que circula por las venas de la población chilena ha influido en su temperamento y carácter, diferenciándolos de los demás pueblos latinoamericanos. En términos concretos, según esta teoría de Gobineau-Palacios-Encina, los chilenos somos «de raza superior dentro del conjunto latinoamericano. Para superar la contradicción que supone esta teoría con la realidad, en la que los vascos se constituyeron en clase dominante, a la que se agregan después elementos franceses, irlandeses, sajones, etc., el señor Encina afirma que la capa vasca sólo recubrió la base goda, sin destruirla, a fines de la Colonia. Su insistencia sobre la alta proporción de sangre germana de los peninsulares que dominaron a Chile, donde se concentra en forma tal que habría influido poderosamente en su constitución étnica y en sus rasgos psicológicos, no puede asentarse sobre ninguna base seria; entonces, el señor Encina, recurre exclusivamente a sus fina sensibilidad cerebral» y a su sagacidad intuitiva, de la que carecieron los historiadores vascos del siglo XI X. para demostrarla y explicarla: así es corriente que hechos complejos o actitudes extrañas dentro del proceso histórico, los despache con la somera afirmación de que los primitivos impulsos de legítima cepa germana fueron substituidos por los de genuina cepa española.

La teoría del señor Encina acerca del fondo germánico del pueblo chileno. es más peregrina aún si consideramos el panorama étnico de la península ibérica. El fondo racial que da carácter y fisonomía a España está constituido por elementos iberos, celtas, (quienes aportan el tipo rubio tan relativamente frecuente en las capas populares ibéricas), romanos, semitas, (fenicios, cartagineses, árabes y judíos sefarditas), bereberes, parientes de los iberos y vascos. Los germanos que se establecen en los siglos V y VI, formarán la aristocracia feudaloide sobre el pueblo hispano celtíbero en su mayoría, superficialmente

romanizado. Y, pasada la Reconquista, que dejó raudales de sangre árabe y berebere, y también judía, en más de dos tercios de la península, no la abandona en el siglo XVI para venir a América; permanece en los puestos de comando de España y su actividad internacional se encauza hacia la consecución de la hegemonía en Europa. A América se dirigen los elementos populares desesperados por la miseria y la sujeción los que se juegan el todo por el todo (campesinos humildes cuidadores de cerdos, presidiarios, marinos, moriscos y sefarditas, temerosos de las medidas represivas de la Inquisición), deseando mejorar de condición social, y capaces de las mayores empresas a trueque de lograr riquezas y honores. El valor, la codicia y la crueldad, forman el simple andamiaje psicológico de estos conquistadores sin el menor freno que provenga de la cultura o de la moralidad, y que se manifiesta a cada instante en contra de los aborígenes y de sí mismos. Lo germánico que pueda existir en la masa peninsular, en todo caso, es muy inferior a los anteriores aportes y es imposible que la reducida cuota entre los que vinieron a América y Chile pueda ser tan importante como para influir y determinar nuestras modalidades raciales e históricas. Basta observar el tipo nacional corriente para darse cuenta de que su germanismo es producto de un estado delirante. El propio señor Encina, descendiente de castellanos y franceses, presenta un marcado tipo étnico mediterráneo mientras que su fantasía es más bien de tipo árabe-semita.

Con esta adhesión a las teorías racistas indicadas se relaciona su simpatía por la filosofía irracionalista de Bergson, quien afirma que. únicamente, la intuición puede entregarnos la total posibilidad de aprehender la realidad. De aquí saca el señor Encina su ilimitada confianza en la intuición como método para lograr la resurrección del pasado y para comprender las acciones y móviles de los personajes. Y en este terreno es evidente que el señor Encina abusa en forma desmesurada. Analiza con impresionante segundad el subconsciente de numerosos hombres y conoce claramente los «avisos de la sangre de muchos otros; traza extensos retratos psicológicos, que, a menudo, son meros pretextos para sus desbordes intuitivos. De tal modo se acumulan las páginas que se leen con agrado, pero que nada sólido dejan en el ánimo, salvo el amable recuerdo de su fantasía.

Su adhesión a los racistas y a Bergson lo lleva a admirar a Spengler, cuya influencia directa, y a través de Alberto Edwards, es palpable en la obra del señor Encina. Spengler aplica en su concepción histórica, la psicología irracionalista bergsoniana y un marcado materialismo biológico, al dividir el proceso histórico universal arbitrariamente, en culturas separadas y éstas sujetas a un proceso biológico. Dicha teorización es atrayente por la elocuencia y los mitos que forja. El señor Encina, precisamente, no sólo reproduce la particular terminología espengleriana, sino que levanta innumerables mitos, que enredan y obscurecen el devenir histórico nacional, sobre todo cuando disminuye y rebaja a determinados personajes para exaltar y endiosar a otros. En concepto del señor Encina, los santos de su devoción: Portales, Tocornal. Prieto, Montt, Varas, etc. son todos genios o semigenios y, al revés, quienes provocan sus antipatías, infaliblemente los hombres de ideas democráticas, son «desconformados cerebrales, histéricos, turbulentos, tarados mentales, violentos, agraviados, miopes mentales e hipocondríacos; en el endiosamiento de Portales-Montt y en el aniquilamiento de Pinto, Infante, Lastarria, Pedro Félix Vicuña, Bilbao, Barros Arana, etc., por odio frenético al movimiento democrático, que fluye anexo y en oposición al dominio de la aristocracia conservadora, y al que ni siquiera le reconoce un modesto papel de acicateador de la pacata y estática clase conservadora, no es más que altavoz, con mayor caudal fraseológico, de Alberto Edwards y los historiadores reaccionarios.

El señor Encina ha acusado a nuestros historiadores de concederle una exagerada importancia al desarrollo político y que han dejado «en los demás aspectos de la evolución social, lagunas que hacen difícil su aprehensión». En verdad, colma este vacío y agrega excelentes capítulos sobre la evolución social, económica y educacional del país, en cada período enfocado. Es indudable que los factores económicos y sociológicos tienen una importancia decisiva en la constitución y marcha de la historia; pero, don F. A. Encina, no establece una conexión estrecha entre el proceso económico, que tan precisamente reseña, y la acción política, para darle un fundamento sociológico al proceso histórico. Prefiere considerarlo determinado, en forma decisiva, por los escurridizos factores de raza y sangre y los psicológicos. Les da una importancia primordial a los fenómenos políticos y éstos se hacen y deshacen de acuerdo con la acción de individuos destacados, que se unen o dividen según tengan su psiquis normal o sean desconformados cerebrales; según sean castellanos-godos o vascos advenedizos. De esta suerte aclara, según él, asuntos que se tornaban ininteligibles en manos de los historiadores del siglo XIX. No obstante, los aprovecha abundantemente y las huellas de su copiosa producción están, con frecuencia, patentes en sus volúmenes, y, en especial, la del monumental Barros Arana.

Por otro lado, los utiliza atacándolos, que es una hábil manera de hacer historia novedosa; sobre todo, si quien lleva a cabo el ataque no reinterpreta a fondo, con una concepción totalmente opuesta, el proceso histórico nacional. F. A. Encina emplea con largueza los materiales acumulados, y las sugestiones, de Ricardo Latcham, Max Uhle, Tomas Thayer Ojeda, Julio Alemparte (“El cabildo en Chile colonial”), Domingo Amunátegui. Feliú-Cruz, Ricardo Donoso, etc. Algunos de ellos son citados, otros no. Así, por ejemplo, el señor Encina reivindica generosamente el régimen colonial español. Ya había verificado una obra similar, en forma constante, el señor Domingo Amunátegui. basándose en el estudio de la Legislación de Indias. Don F. A. Encina vuelve a realizar esta tarea. Consideramos justo reivindicar a España en el sentido que su régimen implantado no fue inferior ni distinto frente al de los demás países colonialistas. Pero de ahí a destacarlo como un modelo de justicia y progreso, es engañar por pasión partidista. Es más justo describir objetivamente la realidad demostrando el desacuerdo palpable que existía entre ella y la legislación, avanzada en la letra, aunque sin aplicación efectiva, y caracterizarla como propia de un régimen universal, de estructura feudal-absolutista. penetrado por la exasperada codicia del capitalismo naciente y cuyo propósito era vivir a costa del saqueo sistemático de los territorios dominados y cuya organización práctica constituía una perfecta maquinaria para expoliarlos.

Esta reivindicación del régimen colonial español, guarda estrecha conexión con el ataque sistemático a los padres de la patria, quienes, en su mayor parte, educados fuera del país en el ideario liberal, ansiaban sacudir el peso del colonialismo hasta enfrentarse con los chapetones y los mayorazgos criollos. Estos padres de la patria, de ideas liberales, son masacrados en copiosas páginas por “ilusos y tarados mentales”.

Posteriormente, a comienzos del régimen republicano, experimentan igual suerte los pipiolos y, a continuación, todos los personeros adeptos al ideario democrático y libertario. Los hombres que defienden estas posiciones son “ideólogos, soñadores, desconformados cerebrales, que vivían en estado delirante, verdaderas excrecencias del desarrollo nacional”. No se les reconoce ningún papel en el curso del devenir nacional, a pesar de que, a menudo, enfoca el papel negativo de la aristocracia por indolente, incapaz y egoísta, condiciones que indignaban al apacible Andrés Bello. Este movimiento democrático puede ser estimado de importancia en su papel de inquietador y estimulador del proceso de progreso y democratización del país; pero el señor Encina no lo entiende así y nada le reconoce.

Es por esto que la obra del señor Encina, tan interesante y atrayente por motivos de estilo, espíritu contemporáneo, y soltura de interpretación, es, al mismo tiempo, extremadamente peligrosa, a causa de la fantasía que abunda en sus páginas y por su reiterativo afán de desprecio y condenación de las ideas y actitudes liberales y democráticas. En este aspecto es un verdadero arsenal histórico de la reacción nacional, estrecha y miope, que bloquea el progreso del país al impedir el desencadenamiento libre de todas sus fuerzas materiales y espirituales avasalladas, en gran parte, por los privilegios y las injusticias que ella mantiene intransigentemente.

Notas sobre dos trabajos de Guillermo Feliú Cruz[116]

Hemos leído con gran interés los últimos trabajos del distinguido historiador y catedrático don Guillermo Feliú Cruz. Ellos son: "La Universidad de Chile. Universidad de América", discurso pronunciado al inaugurar los cursos de Verano de la Escuela de Temporada de la Universidad de Chile, el 2 de enero de 1950, y "Chile visto a través de Agustín Ross", extenso ensayo de comprensión de las ideas de ese destacado hombre de negocios y político de relieve y, además, hondo análisis del período del parlamentarismo. Tiene para nosotros especial significado anotar la aparición de estas obras de don Guillermo Feliú Cruz, porque ha sido nuestro profesor y guía en muchos estudios, y a quien debemos innumerables enseñanzas y valiosas sugestiones. Guillermo Feliú Cruz se ha señalado como un investigador de excepcionales aptitudes y como un ensayista de aguda penetración: además, es un catedrático brillante que ha derramado, con generosidad, su vasto saber en clases de gran estilo. Sus exposiciones claras y vibrantes, con una pasión comunicativa y estimuladora, han inoculado a multitud de discípulos el deseo ardiente de estudiar y conocer a fondo el pasado patrio, en función del perfeccionamiento de nuestra cultura y del logro de una sociedad mejor.

Guillermo Feliú Cruz nació en Talca, a principios de 1900, y al cumplir medio siglo de existencia exhibe una obra inmensa en la que casi una cincuentena de títulos, folletos, opúsculos y libros diversos constituye el balance fecundo, de una vida consagrada por entero a la investigación histórica, a la enseñanza universitaria y al periodismo de alta calidad. Guillermo Feliú Cruz es profesor de Historia Americana y de Chile en el Instituto Pedagógico y de Historia Constitucional de Chile en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Ha sido colaborador sistemático de las grandes publicaciones del país, entre otras, de "Revista Chilena", "Revista Chilena de Bibliografía", "Revista Chilena de Historia y Geografía", "El Mercurio", "La Nación", "Atenea". Ha llevado a cabo una extensa obra de organización en Museos y Bibliotecas de la capital y, desde fines de 1925, es el Conservador de la Biblioteca Americana José Toribio Medina, sección importantísima de la Biblioteca Nacional. Sería largo enumerar las diversas e importantes obras de Guillermo Feliú Cruz, muchas de ellas fundamentales en el conocimiento del pasado nacional. Para nosotros son particularmente interesantes sus agudos ensayos de interpretación de esclarecidos personajes de la literatura y de la política, tales como Vicente Pérez Rosales, Vicente Reyes, Ramón Sotomayor Valdés, M. L. Amunátegui, Benjamín Vicuña Mackenna, Diego Barros Arana, Enrique Matta Vial, José Toribio Medina, estudios en los cuales se aúnan el dominio completo de la obra de los personajes con el conocimiento perspicaz de la época en que actúan, entregándonos acertadas y novedosas semblanzas tanto por la riqueza de ideas y sugerencias como por el estilo rebosante de vida y de pasión. Estimamos que sería de considerable provecho que Guillermo Feliú Cruz agrupara todos esos ensayos en un amplio

[116] Atenea n°297 (1950)

volumen, el que, sin duda, constituiría un vertebrado trabajo acerca del desarrollo del pensamiento chileno, y de su fondo social.

En cuanto a su discurso "La Universidad de Chile, Universidad de América", publicado en un primoroso folleto, tiene un significado especialísimo. Aquí traza un cuadro completo y preciso del carácter y tradición de nuestra Universidad, señalando los hechos y nombres más representativos de su evolución, para destacar, nítidamente, su inmensa labor científica y cultural y sus elevados propósitos americanistas. Y al respecto es todo un símbolo, que compendia con exactitud su finalidad indicada, y sobre todo en conexión con su ideal americanista, que su primer rector haya sido el admirable sabio caraqueño, formado en Londres, Andrés Bello y quien, ocupando tan alto cargo, diera a luz las obras gramaticales y jurídicas que permitieron la estructura uniforme y armónica del idioma español en América y de la sociedad de nuestras jóvenes repúblicas. La tradición sustentada por Bello será continuada, invariablemente, por los grandes maestros chilenos. Barros Arana, Lastarria, Valentín Letelier, enseñando codo a codo con ilustres americanos venidos a nuestra patria de los diversos países del continente: Sarmiento, Mitre, Alberdi. Hostos. Rene Moreno, García del Río y tantos otros.

En nuestra Universidad "es el espíritu de América, sin limitaciones, el que aquí se ha formado para hacer del americanismo un sentimiento, primero, una doctrina después, un dogma, en seguida, una fuerza moral, social y espiritual...". Nuestra Universidad por obra de su ideal, metódicamente aplicado en la práctica de los hechos y de las relaciones, es la Universidad de América.

En este notable discurso, Guillermo Feliú Cruz pasa revista detenida a los diversos escritores y maestros latinoamericanos que han pasado por Chile y su Universidad, que han actuado en su vida cívica y cultural; lo que nos han dado y lo que le hemos entregado. No nos resistimos a reproducir un elocuente párrafo en el cual el autor explica la razón de querer hacernos sentir en América por nuestra cultura, cultura inspirada en ideales americanistas y que la propugnamos libre, clara, con un profundo sentido social, igualitario, democrático, civil, republicano y reparador de injusticias:

"De nuestra propia estructura moral nace la secuencia de la hegemonía espiritual a que aspiramos en América. Somos un pueblo que ha dado a este Continente un ejemplo recto de organización jurídica, de estabilidad social, de ponderación política, y de firmeza granítica institucional, de esfuerzo y de voluntad para forjar su destino. Somos una democracia civil auténticamente lograda. Aquí se han destacado los más grandes historiadores de América. Aquí se han singularizado los más eminentes juristas. Aquí han brillado, en la enseñanza, maestros incomparables. Aquí han florecido los poetas y novelistas que hacen capítulo amplio en la historia de la literatura hispanoamericana. Aquí la prensa ha servido de tribuna de bien público y de orientación democrática, y engendrado una tradición civil en una ciudadanía consciente de sus deberes. Aquí la prensa libre ha ahogado las tiranías, y las dictaduras, y condenado a los que se han alzado con el poder. Aquí la opinión pública ha prevalecido sobre el caudillaje, y ha hecho impersonal, superior e intangible, el poder civil a los imperios demagógicos del militarismo. Aquí nuestra organización administrativa ha servido de modelo a nuestros hermanos. Aquí los métodos de nuestra enseñanza han inspirado e inspiran a las naciones hermanas, que ven en Chile un laboratorio de experiencias serias. No nos ha ofuscado nunca el nacionalismo con sus estridencias; conocemos el valor moral de nuestra estirpe; tenemos la conciencia de una raza y de un pueblo que sabe de sus finalidades superiores en América".

Es en razón de tal realidad y antecedentes que aspiramos a mantener y acrecentar nuestro papel espiritual y moral en América Latina y nuestra Universidad es el vehículo principal de tan noble anhelo.

Pero de la Universidad de Chile no sólo ha irradiado el progreso intelectual, moral, político y social de la República y se ha expandido a América, a través de los alumnos americanos que se han formado en sus aulas; de sus catedráticos y misiones educacionales que han visitado periódicamente los países del Continente y que han actuado en Bolivia, Ecuador, Panamá, Venezuela, Centroamérica y las Antillas, sino que, también, ha sabido asimilar lo mejor de la milenaria cultura europea. Es así como sus puertas han estado abiertas siempre para los sabios y profesores europeos y varias decenas han realizado una grandiosa tarea en la formación y desenvolvimiento culturales de nuestra patria: Gay, Domeyko, Gorbea, Sazié, Blest, Courcelle-Seneuil, Monvoisin, Phillippi, Moesta, Pissis, Lenz, Petit, Hansen, Johow, Latcham, Noé, Mann, Nicolai, y numerosos otros, han aportado el esfuerzo y saber europeos a nuestra nación, a la vez que han entregado perdurables obras de ciencia.

La Universidad de Chile ha sabido conjugar en sus aulas el pensamiento nacional con el americano y europeo y dar vida a una poderosa obra profundamente chilena y, al mismo tiempo, hondamente americana y universal.

El mérito del discurso de Guillermo Feliú Cruz consiste en haber destacado, en una elocuente síntesis, exhibiendo los hechos más señalados, esta tradición cultural de nuestra Universidad y su honrosa misión espiritual en el Continente.

El segundo trabajo de Guillermo Feliú Cruz: “Chile visto a través de Agustín Ross”, es un análisis detenido de las ideas económicas y políticas de don Agustín Ross, por medio del inteligente comentario de sus diversos escritos y por la reproducción de los párrafos más brillantes de su obra: “Sesenta años de cuestiones monetarias y financieras y de problemas bancarios”, y, a través de él, del libro de Roberto Espinoza: “Cuestiones financieras de Chile”.

Los rasgos más sobresalientes de la vida y actuación de don Agustín Ross y, especialmente, lo original de su pensamiento: sus ideas financieras, son estudiados prolijamente. Sustanciosas notas para su bibliografía y bio-bibliografía completan la nutrida silueta de este importante personaje.

Sin embargo, a pesar de su minuciosidad, la semblanza de Agustín Ross sólo es parte del trabajo de fondo de Feliú Cruz. En efecto, el enfoque de sus ideas financieras constituye una sección del ensayo más amplio en que el autor estudia el desarrollo sociopolítico de Chile desde 1891 hasta 1924. Este estudio es la continuación de otro excelente trabajo intitulado: “Un esquema de la evolución social de Chile en el siglo XIX hasta 1891”, acertadamente incluido en el libro que comentamos. De esta suerte, el nuevo volumen de Guillermo Feliú Cruz es una visión totalizadora del desenvolvimiento social de Chile durante la Independencia y la República, robustecido en la parte económica y financiera por los estudios y críticas de Agustín Ross.

Y más aún, este valioso tomo incluye un estudio preliminar de don Francisco Antonio Encina, donde traza un breve esquema de nuestro desarrollo social hasta la época en que actúa Agustín Ross; destaca los factores esenciales que permitieron la organización de Chile; indica algunos de sus rasgos negativos; resume las ideas económicas de Ross y expone los errores de los “papeleros” y de los “oreros” en el drama de la desvalorización monetaria. Con una actitud de huaso ladino y de agricultor pudiente no se detiene

en el profundizamiento del papel jugado por dicha clase en el mantenimiento del régimen de papel moneda y su sistemática desvalorización y sólo de paso, expresa que "los agricultores, banqueros y agiotistas" nunca tuvieron la influencia que Ross les atribuye en ese proceso.

Agustín Ross nació en La Serena en 1844. Era de origen escocés. Su nacimiento tiene lugar en la época en que el cambio internacional de Chile fluctuaba entre los 45 y 48 peniques. Murió en 1926, a los 82 años, cuando ese mismo cambio había descendido a 1/8 de su valor primitivo, oscilando en los 6 peniques. La vida adulta de Agustín Ross se desarrolla paralelamente a la sistemática desvalorización monetaria provocada por las fuerzas sociales a que pertenecía, pero que él denunciará y combatirá sin tregua.

Su comentador expresa que fue un hombre de ejemplar honradez cívica, de acrisolado patriotismo e inspirado en el amor a los desposeídos. Por su esfuerzo y capacidad levantó una poderosa fortuna y sobresalió en los negocios mineros y bancarios. Desde joven sintió una fuerte inclinación por las cuestiones financieras y, tempranamente, se dio cuenta del manejo equivocado de las finanzas nacionales a causa de la gestión egoísta de los grandes agricultores y mineros, de los bancos de emisión, de los especuladores de bolsa y de los agiotistas de todos los pelajes.

Publicó numerosos libros, folletos y discursos para atacar los equivocados rumbos de la orientación económica impuesta por la oligarquía dominante. Algunos de los títulos más destacados son: "La cuestión económica", "Los bancos de Chile", "La conversión metálica", "El problema financiero", "Reseña del comercio de Chile durante la era colonial" y "Sesenta años de cuestiones monetarias y bancarias"'. En sus diversas publicaciones, así como en sus actos de hombre de negocios y de político, procedió animado por el deseo sincero de encontrar las adecuadas soluciones a los grandes problemas nacionales.

Agustín Ross fue un denodado enemigo de las maniobras monetarias de la oligarquía dominante y luchó con tenacidad sajona por obtener la abolición del régimen papel moneda y volver a la conversión metálica, que permitiera el mantenimiento de una moneda sana y firme, única garantía del bienestar de los sectores trabajadores y de una capitalización adecuada en la que se basara un desarrollo económico fecundo.

En sus publicaciones analiza con abundancia de datos y hechos la acción sostenida de las fuerzas sociales que deprimieron conscientemente la moneda nacional: "Los hacendados formaron en el Congreso un grupo que siempre, en nombre del país, protestó de todo proyecto de conversión del papel moneda; así como siempre se quejaron de toda reacción observada en el billete de curso forzoso (o de toda elevación en la tasa del cambio internacional de Chile, en los momentos en que se preparaban para vender sus cosechas de trigo; de tal suerte que, en gran parte, las expectativas de sus negocios se cifraban en la depreciación cada vez más profunda del circulante. Los hacendados en estos anhelos de depresión monetaria han estado siempre acompañados por los mineros del país, y, en general, por todos los que han tenido valores que exportar. Las obligaciones no se elevan, aunque el papel moneda baje; ni se elevan las contribuciones, ni los fletes, ni los salarios; pero, eso sí, se alzan los precios de la tierra, de los arriendos, de las maderas, del trigo, de los animales, de la leche, del pasto, de los vinos, del salitre, del cobre, del carbón, proporcionalmente al descenso del circulante fiduciario, y a veces en una proporción algo más elevada. Se nos dirá que también se alzan los fletes y los salarios; sí, pero siempre con mucha lentitud, y jamás en proporción al descenso del papel moneda. Como se ve, son los agricultores propietarios principalmente, los que en Chile aprovechan de la depreciación de la unidad monetaria de papel. Son principalmente ellos los que han contraído compromisos en los bancos, y han negociado deudas

hipotecarias que están representadas por muchos millones de bonos hipotecarios en circulación. Los deudores hipotecarios tienen que pagar esos bonos y otras deudas en papel moneda, y de ahí su conveniencia de que ese circulante valga lo menos que sea posible".

Según el señor Ross, la prosperidad de los hacendados se ha debido a los altos precios que han alcanzado los productos de la agricultura; a los bajos salarios que han pagado a los trabajadores del campo; a sus contribuciones ínfimas y a que han podido pagar sus deudas hipotecarias con valores reales cada vez más pequeños, siempre mediante el papel moneda. Los juicios del señor Ross, en vista de la autoridad de su personalidad política y financiera, tienen una importancia decisiva y ellos nos permiten comprender el porqué del sistemático descenso del valor de nuestra moneda hasta decaer a fracciones de penique y la causa de la permanente inflación en que ha vivido el país y que ha agobiado a las grandes masas asalariadas.

No olvidemos que el esclarecido y valeroso maestro don Alejandro Venegas (Dr. Julio Valdés Canje), en sus obras: "Cartas a don Pedro Montt" y "Sinceridad", llevó a cabo, del mismo modo que el señor Ross, un estudio detenido de la evolución del país en sus diversos aspectos hasta llegar a la conclusión que los innumerables males anotados en su desarrollo y la miseria predominante se debían a la ininterrumpida desvalorización monetaria verificada por las fuerzas económicas de la agricultura, minería y banca, o sea, de la oligarquía plutocrática dueña del poder. Más recientemente, escritores norteamericanos, como Frank W. Fetter y Archibald Mac-Leish, se han sorprendido de esta actitud antinacional de la clase gobernante chilena y han llegado a idénticos resultados que Ross y Alejandro Venegas en su explicación.

El diputado Puelma Tupper resumió tan desgraciada gestión en este juicio muy gráfico: "En Chile existen dos industrias: una, la de los rotos que recortan las carabinas para robarle a los ricos: y otra, la de los ricos que recortan los pesos para robarle a los rotos".

Este proceso de la desvalorización monetaria, impuesto por la oligarquía terrateniente, bancaria y minera, sumado a la extorsión de los consorcios internacionales, que explotan nuestras materias primas, llevándose las utilidades fuera del país e impidiendo la instalación de una industria pesada, más la subsistencia de un agrarismo colonial, basado en métodos anticuados de cultivo y en la servidumbre de grandes masas rurales, constituyen la estructura económica del país y explica su realidad social y su movimiento político. Es el fondo que determina una superficie, a menudo brillante, pero en realidad gravísima para el porvenir del país en su conjunto.

Guillermo Feliú Cruz, después de verificar la antología, del pensamiento económico de Agustín Ross y comentar juiciosamente su contenido en relación con la trama social y política del país, lleva a cabo su profundo ensayo de interpretación del desenvolvimiento nacional desde 1891 a 1924. El régimen parlamentario con su tremenda rotativa ministerial (incluye una abismante estadística al respecto); los partidos políticos existentes: sus programas y los intereses que representan; sus características y la anarquía en que desenvuelven, trasladándola al país entero; la cuestión social que surge en este instante, a raíz de la formación y desarrollo de un poderoso proletariado que adquiere una apreciable conciencia de clase; la posición de los diversos partidos políticos frente a esta nueva situación y las huelgas que se desatan, como protesta de la clase obrera en vista de sus degradantes condiciones de vida y ante la incuria de los poderes públicos, están tratados en forma magistral.

Tiene indudable novedad la parte de su ensayo en que expone las aspiraciones de la clase obrera, el contenido de sus reivindicaciones y el carácter de las huelgas; la formación de su conciencia de clase hasta crearse una mentalidad independiente, que se nutre en la comprensión exacta de su papel en la sociedad en la escasa retribución que recibe, y en el estudio y lectura de una literatura propia. Esta conciencia de clase se concreta en la fundación de la prensa obrera y en la constitución de sus organismos de clase, sindicatos y gremios, estimulada por la actuación de dirigentes notables, surgidos de su seno, y entre los cuales descuella Luis Emilio Recabarren, hombre de talento natural, de gran capacidad organizativa y de extraordinario arrojo.

Las reacciones obreras determinan en los partidos políticos posiciones distintas, aunque todos reconocen la gravedad de la "cuestión social". En sus programas entran a considerarse diversas medidas con el objeto de traducirlas en la dictación de una legislación social que permita satisfacer las demandas más importantes del elemento trabajador. La lentitud con que actúan el Gobierno y el Congreso agrava la pugna clasista, mientras en la superficie hacen equilibrios los diversos partidos. Su primer estallido político se manifiesta en la gran lucha presidencial de 1920; dándole su carácter dramático y apasionante. A pesar del triunfo de las fuerzas democráticas populistas, que se habían hecho eco de las reivindicaciones de los trabajadores, no se logró la solución de ninguno de sus problemas fundamentales y el nuevo período pereció en medio de la descomposición total del parlamentarismo, reemplazado, luego, por la dictadura militar.

Esta brevísima reseña del trabajo de Guillermo Feliú Cruz nos permite afirmar que es un estudio de gran riqueza sintética e interpretativa. Aparece en un momento oportunísimo, cuando cruzamos una etapa difícil de la evolución nacional, que exige el conocimiento justo del pasado inmediato a objeto de proceder a las revisiones y confrontaciones que nos obliguen a esclarecer programas y a definir rumbos.

No hace mucho comentamos, en estas páginas, el ensayo de Eduardo Frei sobre la evolución de los partidos políticos chilenos desde 1891 basta 1938, en el cual sobresalía un marcado acento social que le daba hondura y modernidad. Este nuevo ensayo de Feliú Cruz, sobre la misma época que presenta materiales y puntos de vista de gran calidad para la adecuada valoración de nuestro desarrollo nacional, guarda estrecha conexión con aquél por la similitud de objetivo. Y, a la vez, nos entregan dos versiones interesantes y novedosas sobre una trascendental época de la historia patria, determinadas por la filosofía socialcristiana del señor Eduardo Frei y por la concepción social-racionalista del señor Guillermo Feliú Cruz.

Breve defensa de la democracia social[117]

En medio del caos actual que envuelve a la Humanidad en razón del predominio de doctrinas y sistemas tiránicos que contienden a muerte, sin lograr darle eficaz solución a los apremiantes problemas económicos, sociales, políticos y espirituales de la sociedad y el hombre, y, por el contrario, en las zonas que do-minan se limitan, únicamente, a explotarlo en lo económico; a avasallarlo en lo político; y a envilecerlo en lo moral; los ciudadanos libres y de buena voluntad, los que creemos en el perfeccionamiento de la sociedad y del individuo, y tenemos fe en su destino, defendemos una posición racional, ética y humana, que estimamos que responde a los verdaderos sentimientos y anhelos de paz y

[117] Atenea n°298 (1950)

progreso de las grandes multitudes del orbe. Esta posición es la que corresponde a lo que podemos llamar de la democracia social, que trata de reconciliar al hombre con la sociedad.

Si el hombre es la base de la sociedad no quiere decir que el individuo solo es todo, como proclama un individualismo egoísta, y la humanidad cero; o al revés, la colectividad lo es todo y el individuo una mera cifra que se puede borrar en cualquier instante, como proclama el totalitarismo. La sociedad es un medio indispensable para la realización del hombre, que depende del individuo tanto como se somete a ella el hombre que le da vida. Hombre y sociedad son interdependientes. La sociedad tiene deberes hacia cada uno de sus miembros. Acepta su vida, pero, en cambio, le garantiza la justicia, la libertad y el honor.

La democracia social trata de lograr el equilibrio entre lo que hay de inevitable y necesario en las formas colectivas de la sociedad y lo que hay de sagrado en la libertad de la persona. La libertad y la dignidad de la persona humana están amenazadas tanto por el totalitarismo, expresión fatal de toda iglesia, de cualquier especie que sea, apoyado en inquisiciones, policías secretas y partidos únicos; y por el materialismo capitalista con su afán de lucro y provecho personal y, también, por la abdicación de sí de los indiferentes, de los resignados, de los satisfechos y de los derrotistas. Para superar los vicios que derivan de estas concepciones: el dogmatismo intolerante, el fanatismo militante del hombre de partido o de secta, la explotación del hombre por el hombre es necesario la liberación de la persona humana cambiando la base material de la sociedad y obteniendo la transformación del burgués y el proletario en un tipo superior de hombre y de humanidad.

Una democracia social, de auténtico carácter popular, exige, al lado de la libertad, la instauración de la justicia económica, la igualdad social y una fuerte disciplina colectiva e individual. Y. únicamente, una democracia de este tipo puede lograr el progreso material de la comunidad y el ennoblecimiento espiritual del hombre.

La democracia no solamente necesita el mantenimiento y respeto de las libertades públicas; urge de algo más hondo para que sea el camino y la posición superiores frente al totalitarismo avasallador y al capitalismo expoliador, negadores del hombre; tiene la obligación de proceder a una regeneración material, social y moral de la sociedad, para crear nuevas condiciones de vida de las que participen todos sus miembros, estableciéndose una comunidad sin clases, sobre bases económicas nuevas, en la que se haya substituido la producción anárquica, inspirada en el provecho y lucro, por una producción dirigida en vista del consumo, o sea, de la satisfacción de las necesidades humanas; por el fortalecimiento de esta comunidad elevándose el standard de vida: habitación sana y confortable, vestuario adecuado, asistencia médica y segundad de trabajo para todos sus miembros; por la rehabilitación moral y espiritual del hombre y la comunidad, es decir, por el desarrollo de la personalidad, de la cultura, el civismo y la moralidad, por la reforma de las instituciones y de la depuración de los cuadros llamados a influir en esta renovación: justicia, administración, prensa, enseñanza y por un llamado personal a un esfuerzo individual de superación.

He aquí la finalidad de la democracia social. El problema más grave de la democracia social se deriva de que requiere no sólo la democratización de la riqueza y del Estado, a lo que se oponen los reducidos sectores privilegiados, sino de que, forzosamente, necesita la purificación de sus métodos y prácticas y su perfeccionamiento constante imponiendo la virtud en cada uno de sus ciudadanos, tendiente a superar ese oportunismo innato de la actividad del hombre. Y para conseguirlo funda esperanzas dilatadas en el

rol de la educación sistemática. La democracia social no puede existir sobre individuos egoístas, irresponsables, parásitos y corrompidos. Cuando así sucede la democracia sucumbe a causa de que se enseñorea de la sociedad un cínico desdén por el honor, espíritu de lucro y engaño, egoísmo, deslealtad, irresolución, deshonestidad, loca ansia de placer y entrega general a los vicios infamantes de la bebida, juego y prostitución. Y, tal vez, la falla capital de la civilización contemporánea estriba, aparte de haber sido incapaz, hasta el presente, de eliminar la injusticia económica y la tendencia al lucro y a la explotación, en la imposibilidad de lograr el perfeccionamiento del hombre. Se ha tergiversado la finalidad del hombre y se le ha puesto al servicio de una economía de lucro, en vez de colocar la economía al servicio del hombre; se han orientado las más nobles conquistas de la ciencia en su lucha por dominar la naturaleza y el universo hacia móviles de destrucción y predominio. Y por ello llegamos a pensar, en medio del caos y del miedo que nos circunda, que nada ha progresado el hombre en lo ético y en su espíritu desde la época de la caverna y el hacha de piedra hasta el Estado-Leviatán y la bomba atómica.

Las grandes conquistas del hombre son pervertidas en su sentido y en su uso, porque las máximas virtudes y cualidades humanas, individuales y colectivas: las de justicia, solidaridad, protección al débil, respeto de la palabra dada, fraternidad universal, han sido descuidadas y vulneradas. Ante este dramático y poco consolador espectáculo del mundo, donde las grandes potencias gastan sus energías principales en el desarrollo de las más espantosas armas de destrucción guardando celosamente su secreto, como manera de abatir al adversario, y en el desarrollo de colosales aparatos de propaganda, para mistificar y engañar, a la enseñanza y a los educadores nos corresponde un papel inconmensurable y somos quienes debemos dar el ejemplo de alta humanidad dedicándonos al perfeccionamiento del hombre, a defender la paz, a proclamar los derechos humanos decisivos, a instaurar una sociedad nueva regida por las normas de la democracia social.

Impongamos la concepción de que el más alto objetivo por conquistar es el imperio de la dignidad humana mediante el perfeccionamiento del individuo y de la sociedad, que la «virtud moral es el único camino para llegar al bien», pues más importante que el progreso material y técnico es la evolución espiritual y ética de nuestra especie, auténtica meta humana.

El mensaje socrático de conocer al hombre, educar sus instintos naturales y elevarlos hacia el bien, por cuanto sólo los corazones puros pueden entender la verdad», está plenamente vigente y debe ocupar un sitio tan destacado como el de conocer la sociedad y el mundo.

Centenario de la Sociedad de la Igualdad[118]

En abril de 1850 se fundó la SOCIEDAD DE LA IGUALDAD, primer organismo democrático, de carácter popular, donde participaron artesanos junto aúna nutrida juventud liberal. El autor de la idea, e iniciativa para crearla, fue Santiago Arcos Arlegui, siendo acompañado en sus gestiones por Francisco Bilbao, Eusebio Lillo, José Zapiola, Francisco Prado Aldunate y por los obreros Ambrosio Larrechea, Cecilio Cerda, Rudecindo Rojas, Manuel Guerrero, Luciano Pina y Ramón Mondaca. La fórmula de admisión aprobada, propuesta por Francisco Bilbao, y que debía ser, previamente, aceptada por todo el que deseara ingresar, era la siguiente: 1) La soberanía de la razón como autoridad de autoridades. 2) La soberanía del pueblo como base de toda política. 3) El amor y la fraternidad universal como vida moral. Los Estatutos fueron

[118] Atenea n°298 (1950)

redactados por Santiago Arcos y José Zapiola. Tuvo su himno oficial: «La Igualitaria», compuesto por don Eusebio Lillo; asimismo, su diario propio: “El amigo del pueblo”, dirigido por Eusebio Lillo. su primer número apareció el 1° de abril de 1850, siendo suprimido a raíz del escrito de Bilbao: “Los Boletines del espíritu” y reemplazado por “La Barra”.

La organización de la Sociedad de la Igualdad perseguía un doble objetivo: económico y político. Tenía una orientación económica en cuanto daba una gran importancia al estudio de las medidas tendientes a mejorar las condiciones de vida de las clases laboriosas, para lo cual sus componentes debían elaborar proyectos, los que después de ser discutidos por todos los miembros eran expuestos públicamente tratando de lograr su despacho en el Congreso. Su objetivo político quedaba de manifiesto en su lucha por la conquista de las libertades electorales y el mantenimiento de las libertades públicas, concediéndole primordial importancia a la incorporación de la clase popular en esa acción.

En la organización de la Sociedad de la Igualdad hay un lejano antecedente de los partidos populares modernos y, en general, del movimiento obrero y democrático del presente, pues aquella sociedad ya propugnaba una posición independiente de las capas pobres con el propósito de lograr la satisfacción de sus propios anhelos. Su misma estructura a base de grupos, del control de sus miembros por medio de boletas especiales, de la participación democrática de todos sus afiliados en el estudio y resolución de los diversos problemas que se planteaban y la realización de asambleas públicas periódicas, donde exponía su actitud frente a los diversos asuntos sociales y políticos, guarda una apreciable similitud con el funcionamiento de los partidos y gremios populares de nuestra época.

Paralela a su acción política, la Sociedad de la Igualdad desarrolló una amplia labor de difusión cultural. En sus diversos grupos se discutió un proyecto de escuelas populares, que fueron abiertas en septiembre de 1850, con más de 300 alumnos, número que aumentó, considerablemente, una vez iniciadas las clases, a cargo de los más destacados dirigentes de la Sociedad.

En las actividades desarrolladas por la Sociedad de la Igualdad se dictaron conferencias, se hicieron clases de castellano, aritmética, historia, economía política, música, etc., y se discutieron públicamente proyectos de mejoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora.

Los dirigentes de la Sociedad de la Igualdad se preocuparon de dar educación política a sus afiliados al mismo tiempo que exigían la práctica de la moralidad en sus costumbres y la bondad en el trato.

La Sociedad de la Igualdad inauguró el sistema de las conferencias populares y de la discusión pública de los problemas que afectaban directamente a las masas necesitadas.

La breve existencia de este curioso organismo está ligada a una de las coyunturas políticas más dramáticas de la historia patria. La Sociedad de la Igualdad fue el punto de reunión y de apoyo de todos los elementos opositores al gobierno de don Manuel Bulnes y, en especial, Je la candidatura presidencial de don Manuel Montt. En su sesión pública del 28 de octubre, con una asistencia superior a 3.000 personas, se atacó duramente al gobierno y a su candidato oficial, traduciendo su actitud en un famoso voto, en el que rechaza la candidatura de Manuel Montt por representar los estados de sitio, las relegaciones, los destierros, los tribunales militares, la ley de imprenta y la represión en todas sus formas.

Su decidida posición en contra de la candidatura de Montt, la resonancia de sus campañas en el seno del elemento artesanal de la capital llevó a las autoridades a considerar su disolución. A pretexto de un incidente acaecido en la provincia de Aconcagua, el Gobierno decretó el estado de sitio y puso término a sus actividades, apresando y desterrando a algunos de sus principales dirigentes.

A pesar de que la Sociedad de la Igualdad vivió poco más de medio año, su gravitación no deja de ser importante. Influye en la constitución de las primeras sociedades de socorros mutuos y del movimiento mutualista; repercute en la organización del Partido Radical, que ha reivindicado a Francisco Bilbao como a su precursor más notable; y más tarde el Partido Demócrata hace suyos muchos de sus proyectos. Podemos considerarla, además, como un antecedente histórico del movimiento sindical y del Partido Socialista de nuestros días.

En el seno de la Sociedad de la Igualdad hicieron sus primeras armas políticas hombres de la talla de Federico Errázuriz Zañartu y Domingo Santa María, futuros presidentes de la República; Benjamín Vicuña Mackenna, Eusebio Lillo, José Victorino Lastarria, Santiago Arcos y Francisco Bilbao. Y lo que es más notable, dada la época de su acción, se destacaron diversos obreros y artesanos capaces, como Ambrosio Larrechea, Cecilio Cerda, Rudecindo Rojas, Manuel Guerrero, Luciano Pina, Ramón Mondaca, J. M. López y otros, lo que traducía la existencia de sectores de la masa popular que podían actuar con responsabilidad en la vida cívica nacional.

Es interesante, al cumplirse el primer siglo de su fundación, recordarla como un escalón inicial en la larga contienda de la clase popular por conseguir su liberación cultural, política y económica.

Dos muertos ilustres[119]

Con escaso intervalo han fallecido dos de las más ilustres figuras del pensamiento y de la política socialistas del mundo contemporáneo: Harold Laski y León Blum.

Harold Laski ha sido el más brillante teórico del laborismo inglés, autor de vanas obras de alta calidad por su contenido y estilo. «El Liberalismo inglés , es un interesante estudio de los fundamentos filosóficos de la doctrina liberal en Inglaterra; “El Comunismo”, obra traducida por la editorial Labor, es un ensayo completo sobre el pensamiento marxista, en sus diversas fases y aspectos, desde sus precursores hasta la interpretación particular de los revolucionarios soviéticos rusos; «Reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo , es uno de los libros más densos acerca de los hondos trastornos que ha experimentado la sociedad en que vivimos.

Harold Laski fue un brillante y prestigioso profesor universitario y un esclarecido ensayista. Es quien ha llevado a cabo la crítica más profunda y certera del fascismo y sus aberraciones sociales y políticas; asimismo, ha sido un erudito analista de la sociedad capitalista y un defensor tenaz de nuevas ideas y de renovadores programas para reajustar el mundo. Su pérdida afecta no sólo a una tendencia del pensamiento contemporáneo, a un movimiento político determinado, sino que es una irreparable desgracia para los inmensos sectores de la Humanidad que defienden la libertad y la justicia, que combaten

[119] Atenea n°298 (1950)

todo dogmatismo e intolerancia y que desean una mejor sociedad, libre de temores, de odios y de injusticias.

León Blum ha dejado de existir a una avanzada edad, después de haber jugado, durante largos años, un rol de primera magnitud en la política francesa y europea. Su personalidad como alta figura del socialismo francés es demasiado conocida para insistir en ella. Lo interesante de recordar en este momento, y en estas páginas, es la importancia indiscutible que León Blum tiene en el movimiento literario francés. Fue uno de los jóvenes de mayor cultura y capacidad crítica de la generación de fines del siglo XIX. En compañía de André Gide y de Paul Valery fundó *La Revue Blanche* y, posteriormente, otras. Ahí sobresalió como un crítico de arte perspicaz, fino y original. A continuación, publicó vanos estudios de gran mérito, sobre todo un volumen acerca del llamado beylismo, o sea, sobre la personalidad de Stendhal, el gran novelista francés montado sobre los siglos XVIII y XIX.

Más tarde a León Blum lo absorbió la política, debido a la influencia del gran tribuno Jean Jaurès, pero dentro de ella le dio amplia cabida al ejercicio del periodismo. En *"L'Humanité",* primero, y en *"Le Populaire*", después, se singularizó como un redactor y editorialista brillante e influyente.

León Blum ocupa, pues, un amplio sitio en la literatura francesa, como lo destacamos en una extensa nota en este mismo Noticiario algunos meses atrás. Su desaparecimiento es una pérdida para el movimiento democrático mundial y para el humanismo francés, del cual era un representante tan característico

Libros chilenos[120]

Entre los varios libros aparecidos recientemente se señala la obra de Julio Silva Lazo: "Hombres del Reloncaví", conjunto de relatos que tienen por escenario la zona de Llanquihue y Chiloé continental, que no había sido interpretada literariamente.

La obra de Julio Silva Lazo, prologada inteligentemente por Mariano Latorre, maestro en este tipo de literatura que aprehende al hombre esencial y primitivo en conexión estrecha con el paisaje dominante que lo envuelve, es un acierto de observación fina y natural, sin adornos ni afeites de ninguna especie. Varios de sus relatos demuestran singular maestría para presentar tipos y escenas desacostumbradas, entregando una visión novedosa y original de aquellas lejanas y duras soledades. Es una zona más de nuestro largo país de rincones que queda fijada literariamente en un libro de indudable calidad emocional y artística.

En una cuidadosa segunda edición, la Editorial Nascimento nos ha entregado la hermosa obra de Luis Durand: "Campesinos", conjunto de cuentos de gran relieve realista y de hondo espíritu vernáculo.

En esto grupo de relatos, Luis Durand exhibe las cualidades que le han dado su nombradía de escritor chilenísimo, conocedor profundo de la región y de los pobladores que describe; interpretador emocionado y rico en matices del paisaje y de la vida que en sus límites se desenvuelve. Varios de sus mejores cuentos figuran en este tomo, que es particularmente expresivo de las grandes cualidades de Luis Durand como escritor criollo y humano.

120

Libros de historia[121]

Don Raúl Silva Castro, disciplinado y minucioso investigador, ha entregado una prolija bibliografía de don Juan Egaña (1768-1836) y ha reunido sus escritos inéditos y dispersos. Los dos tomos: el de don Raúl Silva Castro: «Bibliografía de don Juan Egaña» y el de don Juan Egaña: "Escritos inéditos y dispersos", permiten un conocimiento acabado de la obra política, jurídica y publicitaria de este notable padre de la patria. Entre sus ensayos, a nuestro entender, sobresalen los titulados: "Plan de defensa general de toda la América", "Dieta soberana de Sud América" y "Proyecto de un acta de confederación y mutua garantía de la independencia de los estados que en él se mencionan", por cuanto constituyen un valioso intento en pro de la unidad y federación de los pueblos latinoamericanos, idea que, con posterioridad y en más amplio escenario, defenderán otros proceres, sobre todo el ilustre venezolano Simón Bolívar, Consideramos de gran importancia, además, sus "Apuntes para el manifiesto que debe hacerse en la declaración de la independencia de Chile", en vista de los conceptos que emite para calificar el régimen colonial español, reveladores de la opinión que éste merecía, a los criollos más ilustres y anhelosos de progreso de la época, y que, a menudo, está en abierta pugna con los defensores actuales del sistema represivo peninsular.

Don Alejandro Soto Cárdenas ha impreso su Memoria de Prueba para optar al título de profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica: "Guerra del Pacífico. Los Tribunales Arbitrales. 1882-1888". Es una novedosa obra que enriquece la literatura histórica nacional. Los catedráticos que la informaron, señores Ricardo Donoso, Guillermo Feliú Cruz y Eugenio Pereira Salas, junto con aprobarla con distinción máxima, recomendaron al Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, su inmediata impresión en vista de su alta calidad, resultado de una investigación dilatada y minuciosa, de primera mano, en el Archivo Nacional, en el Ministerio de Relaciones Exteriores y en el de Ytamaraty (Río de Janeiro); en archivos particulares, como los de don Domingo Santa María y Luis Aldunate Carrera, y en la prensa de la época.

La obra mencionada es de un interés extraordinario, pues estudia todos los complejos problemas suscitados a consecuencia de la liquidación de la guerra del Pacífico. Una vez que Chile venció en ese conflicto tuvo que atender dos clases de reclamaciones extranjeras: las provenientes de las estipulaciones del Tratado de Ancón y que se referían a los acreedores extranjeros del Perú, y las que tuvieron origen en los perjuicios que nuestras tropas causaron en el teatro de la guerra. Analiza, del mismo modo, la forma en que se solucionaron tan graves asuntos por medio de los tribunales arbitrales y arroja, en este aspecto, abundante luz sobre la política de la Cancillería chilena y de las europeas.

El tema de esta obra es de gran interés ya que aclara las numerosas reclamaciones y triquiñuelas de las potencias europeas, que en el fondo tenían por objeto despojar a Chile de los frutos de su legítima victoria. Al mismo tiempo señala, brillantemente, la actitud y resolución del gobierno de Chile que, por intermedio de talentosos y patriotas representantes, supo mantener una política clara, digna, inteligente y ecuánime, hasta imponerse con toda justicia.

[121] Atenea n°299 (1950)

Lo que hemos expuesto sobre este libro indica que posee una gran originalidad y supone un esfuerzo de investigación enorme, primero en su género, de tal modo que es un aporte irreemplazable en la historia de la diplomacia chilena.

Don Germán Riesco, excanciller de la República, acaba de publicar un extenso estudio de la presidencia de su padre don Germán Riesco Errázuriz (1901-1906). quien subió a la primera magistratura para suceder a su primo, don Federico Errázuriz Echaurren. Naturalmente, este trabajo ha sido alentado por un criterio reivindicativo muy favorable a esa administración.

Circula el tomo VII del "Archivo de don Bernardo O´Higgins". Este volumen trae un prólogo de don Guillermo Feliú Cruz y contiene abundante material, en gran parte inédito, sobre la preparación y organización del Ejército de los Andes, la expedición a Chile y la asunción al poder de Bernardo O Higgins como Director Supremo del Estado.

Ediciones Flor Nacional[122]

El poeta y ensayista Francisco Santana organizó, con gran despliegue de entusiasmo y energía, a fines del año pasado, una pequeña empresa editorial, bajo el evocador signo del copihue araucano, con el propósito primordial de dar a conocer novelas cortas, cuentos y ensayos de escritores jóvenes, quienes sufren toda suerte de limitaciones para lograr dar a luz sus obras. Esta modesta y valerosa tarea le ha significado a Francisco Santana esfuerzos y afanes innumerables, que los ha vencido en razón de la elevada finalidad de su editorial y por el apoyo fraternal y comprensivo de un reducido número de colaboradores.

Ediciones Flor Nacional ha logrado completar la primera serie de publicaciones, compuesta de cuatro títulos: Leoncio Guerrero: "Las dos caras de Guenechén"; Homero Bascuñán: "La rebelión de los árboles"; José Zamudio: "La novela histórica en Chile"; y Reinaldo Lomboy: "Aguas fuertes de Chile". Las obritas indicadas han sido bien recibidas, lo que ha permitido a Francisco Santana planear la publicación de una segunda serie, en la que incluirá una novela de Alejandro Gaete; otra de Daniel Belmar, titulada "Oleaje", y un conjunto de cuatro ensayos: "Sociólogos y educadores", del profesor Julio César Jobet.

Esperamos que el dinamismo de Francisco Santana se imponga con éxito a la comprensión y ayuda cordial del público lector, en vista de la magnitud de su acción y por la calidad de sus ediciones.

La civilización puesta a prueba[123]

La obra del historiador inglés Arnold J. Toynbee: «La civilización puesta a prueba», traducida en Argentina, desde que llegó a nuestro país ha tenido una acogida muy favorable. Existía un gran interés por leer en castellano algo de este renombrado filósofo de la historia. En España fue objeto de un curso de doce lecciones por parte del pensador don José Ortega y Gasset y, precisamente, la versión de las tres primeras conferencias, hecha por Juana Uribe Echavarría, fue publicada en nuestra revista a mediados del año pasado.

[122] Atenea n°299 (1950)
[123] Atenea n°299 (1950)

La fama de Arnold J. Toynbee deriva de su “Estudio de la Historia”, dividido en trece partes, y que abarca vanos volúmenes, en los cuales pasa revista a las veintiuna civilizaciones que él considera en el devenir histórico universal. Este amplio «Estudio de la Historia» aparecerá pronto en castellano, editado en la vecina república.

La notoriedad de A. J. Toynbee tiene cierta similitud con la que gozara hace un cuarto de siglo, el pensador alemán Oswald Spengler, autor de “La decadencia de Occidente”. Y al igual que aquél dicha popularidad se desprende tanto del valor intrínseco de la obra, por la relativa originalidad de sus nuevos puntos de vista y afirmaciones, como a causa de cierta propaganda y mistificación hábilmente dirigidas.

Cada cierto período surge una misteriosa y atrayente interpretación del devenir histórico universal, que entra a gozar de inusitada adhesión durante un par de decenios. Luego, queda reducida a modestas proporciones, como expresión de los estudios históricos y de la mentalidad de una época.

“La civilización puesta a prueba” contiene trece ensayos escritos a base de conferencias dudas entre 1926 y 1947. Algunos de ellos tratan de problemas de la filosofía de la historia, (“Mi visión de la Historia”, “Nuestro tiempo en la Historia”, “¿Se repite la Historia?”); otros exponen reflexiones y generalizaciones sobre épocas o hechos históricos determinados, (“La civilización grecorromana”, “La herencia bizantina de Rusia”, “El Islam, el Occidente y el futuro”).

La concepción original de Toynbee, manifestada en estos ensayos, parece ser la que se desprende del último trabajo del volumen, titulado: “El sentido de la Historia para el alma”, conferencia dictada en marzo de 1947, esto es, bastante cercana y coronadora de su vasta síntesis historiográfica. Ahí rehúsa admitir que, para el alma, el sentido de su existencia esté enteramente en la historia (concepción puramente terrenal) o enteramente fuera de ella (concepción puramente sobrenatural) y, en cambio, estima que este mundo es una provincia del reino de Dios; este mundo no sería un campo de ejercicios espirituales más allá de las fronteras del reino de Dios; es tan sólo una provincia de ese reino.

Debemos confesar que hemos quedado defraudados con esta conclusión, pues no supera en mucho los sermones que hemos escuchado a algunos elocuentes representantes de las iglesias vigentes.

Exposición del texto escolar chileno[124]

El Museo Pedagógico de Chile se fundó por Decreto N°4608, de 13 de septiembre de 1941, con el objeto de “conservar enriquecer, exhibir y divulgar todos aquellos antecedentes de carácter material, didáctico, intelectual o artístico, relacionado con la evolución de la enseñanza nacional”. Este organismo, desde su creación, se ha preocupado por acumular materiales que nos presenten una visión objetiva y directa del desarrollo educacional del país. Cuenta con una biblioteca de obras didácticas, que suma vanos miles de ejemplares; posee una galería de educadores y una sección de útiles y mobiliario escolares, todo lo que permite conocer y evocar gráficamente dicha evolución.

De acuerdo con el claro propósito que orienta su existencia, el Museo Pedagógico de Chile ha patrocinado una interesante exposición del texto escolar chileno que permanecerá abierta al público durante los meses de junio y julio. En ella se exhibe la literatura docente en uso desde 1930 en adelante. Esta exposición

[124] Atenea n°299 (1950)

pretende dar a conocer la importancia científica y técnica de la producción didáctica nacional y su influencia en el desenvolvimiento de nuestro sistema educativo. Es indudable su alto significado desde que ayuda a valorizar nuestra educación, a demostrar la actividad creadora de su magisterio y a expresar, objetivamente, el desarrollo de una literatura pedagógica de auténtica calidad. Los textos de Historia universal y de Chile, de Francisco Frías Valenzuela; de Geografía universal y de Chile, de Julio Montebruno; de Filosofía, de Pedro Fernández Riffo y Francisco Guerrero; de Biología, de Carlos Silva Figueroa y Guillermo Ebel; de Química, de Adrián Soto y Horacio Riffo; de Física, de Ziegler y Gostling; de Matemáticas, de Próschle y Poenish; de Literatura castellana, de Solar Correa; de Francés, de Lenz-Diez, Zapata Lillo, Vera y Edelstein; de Inglés, de Raúl Ramírez y Orestes Vera; de Economía Política, de Guillermo Izquierdo y G. Gandarillas, y muchos otros, son de mérito sobresaliente y, por lo mismo, complemento indispensable, en las funciones de la enseñanza. Todos estos manuales, y numerosos más, se encuentran colocados en los estantes y vitrinas de la interesante exposición que señalamos, dando una visión bastante amplia y real del progreso alcanzado en este campo de la tarca docente nacional.

Lo particularmente asombroso es la variedad y cantidad de obras didácticas en uso, tanto en los planteles fiscales como en los particulares, lo que demuestra una preocupación constante y una capacidad realizadora eficaz del profesorado, que. hasta el momento, no han sido debidamente apreciadas. Tal vez el resultado principal de este torneo es haberlo logrado destacar en forma brillante.

Apuntes sobre la estructura económica chilena[125]

Hemos considerado de interés presentar, en esta sección, un panorama objetivo de la estructura económica nacional sintetizado de algunas excelentes publicaciones oficiales, de la calidad de “Renta Nacional” y “Plan Agrario”, y de varios estudios de alto valor técnico, tales como los de Fernando Illanes: “La economía chilena y el comercio exterior”; Francisco A. Pinto: “Estructura de nuestra economía”; Ignacio Aliaga: “La economía de Chile y la industria del cobre”, y de numerosos otros. AI llevarlo a cabo escogemos este momento en que la revista “Atenea” alcanza su número 300, después de más de un cuarto de siglo de ininterrumpida existencia, como un aporte desapasionado para la comprensión de los graves problemas que agitan a nuestro país en el presente.

Desde hace algunos meses un ambiente de angustia económica, de intranquilidad social y de inquietud política, envuelve a toda la ciudadanía, sin que pueda ser eliminado, a pesar de las diversas medidas ensayadas. Es que la armazón básica de Chile está mal conformada, y mientras no se la modifique, fundamentalmente, no habrá posibilidad de paz, bienestar y progreso efectivo.

Este panorama que hemos trazado, a manera de exposición explicativa de la realidad profunda de Chile, lo deja ver con toda claridad y habla con dramática urgencia de la necesidad de atacar ahí, en lo hondo, la causa de los trastornos que conmueven a la nación, actitud vital y salvadora, a la que se oponen algunos intereses privilegiados, cuyo egoísmo está comprometiendo la salud de la patria.

REALIDAD MINERA.

Chile es un país productor de materias primas. Un elevado porcentaje de esa producción se exporta en bruto, sin transformación alguna, lo que le crea factores negativos que determinan una fuerte

[125] Atenea N°300

dependencia de la economía interna y el nivel de vida de su población con respecto al comercio exterior; el comercio de exportación es el centro decisivo, y sus cambios marcan les auges y depresiones materiales de la nación entera. En 1944. el valor de la exportación representó el 26% del valor total de la producción; en 1945. el 39%. Una reducción cualquiera en las faenas principales de exportación, cobre y salitre acarrea de inmediato desocupación, debilitamiento de la capacidad compradora que, para desenvolverse, requieren la industria, la agricultura y el comercio. Por otro lado, el descenso de las ventas en el exterior supone el decrecimiento de las importaciones, que están compuestas de mercancías y artículos imprescindibles para la economía nacional, ya que más del 90% de ellas la representan materias primas para la industria, combustibles, medios de producción y bienes de consumo indispensables. Al no contar el país, en un momento dado, con las divisas necesarias provenientes casi exclusivamente, de nuestro comercio de exportación, tiene que restringir la adquisición de maquinarias y herramientas, comprometiendo sus posibilidades de mejoramiento económico. Además, la repercusión de las entradas provenientes del comercio exterior en las finanzas del Estado es decisiva; la tributación de la minería extranjera supone más del 50% del total de los impuestos directos recaudados. Y de esas entradas ha dependido el financiamiento de los planes de la Corporación de Fomento y de Obras Públicas.

La economía chilena es de exportación y el país depende de la venta de un producto: salitre años atrás; cobre en la actualidad, por lo que sufre las modalidades propias de la mono explotación. El comercio de importación es flojo y de menor valor que el de exportación, manteniéndose una relación constante entre ambos valores:

1942. Exportación 869.5 millones pesos oro

Importación 622,8 millones pesos oro

1943. Exportación 877,3 millones pesos oro

Importación 637,3 millones pesos oro

Podría creerse que el saldo neto de las exportaciones supone una situación de prosperidad, pero esa balanza comercial favorable solamente acusa el raquitismo de la economía nacional, o sea, indica su condición de país deudor y de escasa renta nacional. Chile interna productos de consumo directo (tejidos, artículos alimenticios elaborados, productos químicos, papel, etc.); materias primas industriales (petróleo, carbón, hierro); bienes de capital (maquinarias, herramientas, útiles) que comprenden sólo un 25% de las importaciones lo que evidencia el estancamiento de la economía del país. El saldo de la exportación que no retorna emigra al extranjero para servir de utilidades a los grandes consorcios internacionales. De aquí que la taza de capitalización, que permite medir el progreso real de un pueblo, en el nuestro es ínfima.

La balanza de pagos que examina tanto las cifras del comercio internacional de mercaderías como los movimientos ocultos e invisibles de capitales es desfavorable para Chile. Los débitos en el exterior que Chile debe pagar no son sólo el precio de las mercaderías importadas, sino el servicio de los intereses y amortización de los empréstitos; los réditos de capitales invertidos en Chile; las utilidades de todas las casas extranjeras instaladas en el país. Por eso la balanza de pagos arroja déficit e indica el creciente endeudamiento del país. El capital internacional actúa en nuestra balanza de pagos produciendo un déficit crónico, el que pesa sobre nuestro signo monetario, tiranizando su naturaleza y valor. Esta consecuencia acentúa la deformación económica al impedir el desarrollo industrial y mantener la miseria del país.

La dependencia de la economía nacional con respecto el comercio exterior tiene el agravante de que la producción exportada está constituida por dos elementos: salitre y cobre. Por esta causa es vulnerable a los cambios que se produzcan en el estado general del comercio mundial y a los reajustes provocados por descubrimientos científicos, hallazgos de nuevas fuentes de aprovisionamiento, alza de tarifas u otras variaciones o restricciones de un mercado que no domina por lo general un país exportador. Para comprender este hecho basta recordar el caso del salitre que. al ser desplazado por la producción sintética, provocó el derrumbe de la economía nacional y un largo período de trastornos. Las ventas de salitre y cobre bajaron de $ 2.293.000.000. de 6 d., en 1929; a 282 millones en 1932; y las importaciones descendieron de $ 1.674.000.000 a $ 183.000.000, en los mismos anos. Más tarde, rehecha la industria minera, entre 1937 y 1939, nuevamente el cobre y el salitre cubren el 72% del valor de la exportación, porcentaje que se elevó a raíz de la guerra: en 1942, 80%; en 1943, 75%; en 1944, 74% y en 1945, 67%.

A lo anterior se agrega otro hecho desfavorable para los países productores de materias primas y es la desigualdad cada vez mayor de los precios de las materias primas y los de los productos manufacturados. En 1945, el índice de precios de los productos mineros fue de 341.0 y el de los productos importados fue de 1.527.6; en 1946, los índices fueron de 369 y 1.749.9, respectivamente. Es así como la producción y venta de materias primas a cambio de productos elaborados impone condiciones negativas permanentes y que tienden a agravarse en forma progresiva.

La explotación de las riquezas mineras ha sido el principal incentivo de atracción del gran capital. Las industrias extractivas básicas son propiedad de capitales extranjeros y están ligadas a organizaciones comerciales de carácter internacional. Estas inversiones extranjeras son de tipo imperialista, pues se dedican a la explotación de nuestras materias primas, de tal suerte que en ningún instante tratan de desarrollar la economía interna en función de los intereses nacionales. Su exclusivo objeto es crear fuentes de aprovisionamiento para la industria del país de origen, de donde en seguida nos envían sus artículos manufacturados realizando un negocio lucrativo a costa de la nación colonial.

El desarrollo hipertrofiado de uno o dos productos mineros; la dependencia de estas industrias al mercado mundial, el desnivel de técnica y medios entre la producción de la gran minería de los inversionistas extranjeros y la minería chica de los nacionales; la pobreza y atraso a que se ve constreñida la minería relegada a un costoso proceso meramente extractivo, son expresiones de nuestra dependencia del capital extranjero, de donde deriva nuestro atraso económico.

Chile es, después de Cuba, en América Latina, el principal destino de las inversiones extranjeras, especialmente de los Estados Unidos. En 1946, el capital y reservas de las 632 sociedades anónimas chilenas registradas (varias de ellas formadas con aporte extranjero, como algunas salitreras, teléfonos y electricidad), alcanzaban a$ 15.124.679.839; y el capital con que giraban en Chile las 61 agencias de sociedades extranjeras, ascendió, según la Superintendencia del ramo, a $ 12.285.036.000. El interés y beneficio que lograron estas agencias extranjeras alcanzó a una suma que equivale a los 2/3 de la cifra del rendimiento total de las sociedades chilenas.

Las consecuencias de que las faenas vitales para la economía nacional, como son las industrias del cobre y del salitre, que proveen más de la mitad de las divisas con que cuenta el país, estén en manos del capital extranjero, son dos: 1° Una crecida parte del valor de esa producción no retorna al país; 2° La existencia y actividad de esas industrias están subordinadas a controles y dirección extraños. El 40% de las divisas que

normalmente debía producir nuestra minería emigran del país; es el tributo que paga nuestro atraso minero y es el síntoma de nuestra dependencia económica.

Según la obra "Renta Nacional", en 1943, mientras el valor de la producción de la gran minería extranjera llegó a $ 4.388.059.222, la renta neta de esas labores, para Chile, sólo sumó $ 2.102.765.470, o sea, menos de la mitad; en cambio, la pequeña y mediana minería nacional, cuya producción ascendió a $ 881.971.928, ese mismo año, significó una renta neta para el país de $ 657.200.000, esto es, los 3/4 del total.

El cobre y el salitre han representado más del 95% del valor de las exportaciones mineras, y ellos solos han cubierto entre el 67% y el 80% de la exportación total del país. El cobre sólo representa el 80% de las divisas retornadas por las grandes empresas mineras, el 70% de los valores retornados de toda la minería y el 52% del total de nuestras exportaciones.

El cobre y la plata fueron nuestras principales riquezas de exportación hasta la época de la guerra del Pacifico; a continuación, cedieron su lugar al salitre. Después de la primera guerra mundial, estimulado por la producción en escala gigantesca por los grandes consorcios norteamericanos, el cobre vuelve a ocupar el primer sitio. Durante el siglo XIX el promedio de producción del cobre fue de 18.000 toneladas anuales; en la década de 1861-70, fue de 40.080 toneladas; en la década de 1871-80, fue de 45.677. En 1876, se alcanzó la más alta cuota de producción, 53.000 toneladas, el 61% de la producción mundial lo que nos asignaba el primer lugar en la producción universal, de este mineral. Algunos minerales de cobre fueron famosos, como el de Tamaya, con ley del 30%. Por otra parte, se levantaron numerosas fundiciones en Caldera, La Serena, Carrizal. Tongoy, Guayacán, que permitían enviar beneficiado el cobre hacia los mercados de consumo. El Gobierno ayudó al desarrollo de la industria haciendo construir los puertos de Tongoy, Carrizal y Chañaral. Los productos de cobre chileno de la gran fundición de Tongoy eran famosos en el mundo entero. Toda esta poderosa industria nacional desaparece. Sobre sus ruinas surge una nueva industria del cobre dominada por grandes consorcios norteamericanos.

La Anaconda Copper Mining es dueña de la Chile Exploration Co., que posee el mineral de Chuquicamata, con las mayores reservas mundiales de cobre. Comienza a trabajar en 1915, entregando 4.962 toneladas; en 1943, produjo 23.000 toneladas. Sus inversiones alcanzan a 120.000.000 de dólares y en el presente ultima los planes para invertir 130.000.000 de dólares con el objeto de tratar y explotar los minerales sulfurosos. También es dueña de la Andes Copper Mining Co., que posee el mineral de Potrerillos. Inició sus labores en 1927 con una producción de 24.500 toneladas; en 1943, alcanzó la cuota de 84.000 toneladas. Sus inversiones suman 80.000.000 de dólares.

La Kennecott Copper Corporation es dueña de la Braden Copper, ubicada en Sewell. Inició la producción en el mineral El Teniente en 1911, con una producción de 4.523 toneladas; en 1943, alcanzó 150.000 toneladas. Sus inversiones suman 62.000.000 de dólares.

La elaboración del cobre de estos consorcios está entregada a compañías subsidiarias de ellos. Hoy día las empresas norteamericanas de cobre representan el 95% de la producción total; Chagres y Naltagua, en manos de capitales franceses, el 2,5%; y la minería cuprífera nacional un 2,5%.

En 1943 el retorno de divisas por la exportación del cobre, que comprende tres rubros se distribuyó en la siguiente forma:

Costo legal	43.799.970
Adquisición con cambios propios	17.056.496
Tributación	25.380.606
	86.237.072

Desde esta época se logró un aumento apreciable de los salarios y de la tributación, que benefician al país. No obstante, un porcentaje elevadísimo quedó en el extranjero pagando las utilidades de las grandes compañías.

En la realidad actual, la única manera de aumentar los beneficios para la nación, de esta industria tan importante, es por medio de una participación creciente del Estado y los trabajadores chilenos en las utilidades de las compañías cobreras y por la aplicación de un impuesto a los “beneficios excesivos” y un control mayor en sus manejos financieros.

En 1940-43 las exportaciones del cobre alcanzaron un promedio de 435.000 toneladas y su industria dio trabajo a 19.000 obreros. Su aporte en divisas, en 1944, fue de 83.1 millones de dólares (44.7 costo legal; 15.8 compras con disponibilidades propias, y 22.6 tributación); en 1945, fue de 79.1 millones, y en 1946, de 73.5 millones.

Es un hecho que la economía nacional está subordinada al cobre. Y en cualquier momento los consorcios extranjeros, por estimar conveniente para sus intereses particulares, pueden reducir su explotación, como sucedió en 1946, cuando disminuyeron la producción en más de 100.000 toneladas, provocando trastornos graves al Estado chileno. La paralización de las faenas de exportación dominadas por el capital extranjero afecta a la economía nacional en su totalidad. Asimismo, una baja en el precio del cobre determina, inmediatamente, disminuciones graves y dolorosos en las entradas del Fisco chileno, tal cual sucedió en 1949, en que el precio del metal rojo descendió varios centavos -dólar por libra- Chile, a consecuencia de estos fenómenos. mantiene un cuadro de relaciones que le aseguran el carácter de país de economía semicolonial, pues, a pesar de poseer independencia política, los vínculos económicos con las naciones industriales son de tipo colonial.

Hoy día radican, en el cobre parte del servicio de la deuda externa, el crédito externo, los planes de fomento de la producción nacional y de obras públicas, los gastos de la defensa nacional, el mantenimiento y adelanto de diversos servicios de carácter social, el 60% de nuestras disponibilidades de divisas, o sea, las bases del andamiaje económico del país descansan en la suerte de la industria cuprífera de tal modo que una crisis cualquiera significaría una catástrofe nacional.

A pesar de las grandes entradas suministradas por el cobre, una cantidad importante no retorna al país, destinada al servicio y utilidades de los capitales extranjeros invertidos en su explotación. Es así como el cobre no contribuye efectivamente a mejorar nuestra condición de país deudor con una balanza de pagos de pasividad crónica. Chile pierde alrededor de 40.000.000 de dólares, anualmente, que se quedan en el exterior para servir de utilidades a los consorcios cupríferos (como utilidades reales de las empresas, en el ano de 1946, aparece una cifra ascendente a 26.024.000 dólares, que comprenden las utilidades declaradas, amortizaciones y reservas para el agotamiento de minas y contingencias de las empresas, cifra que, sin duda, es muy inferior a la real).

Aunque Chile vive del cobre y es el país que posee las más grandes reservas cupríferas del mundo, todo lo relacionado con la fijación de precios cuotas de producción y desarrollo técnico de la industria está entregado a la exclusiva decisión de los capitales extranjeros invertidos en las minas de Chuquicamata, Potrerillos y El Teniente, sin intervención de nuestro gobierno, donde las minas están situadas y cuyos obreros suministran la mano de obra necesaria para su explotación. De ahí que, por lo menos, debiera crearse la Corporación de Ventas de Cobre, a objeto de que el Gobierno chileno intervenga en lo que el concierne a la industria del cobre y la política a seguir.

En lo que respecta al salitre el panorama es el siguiente: da trabajo a cerca de 20.000 obreros y empleados y aporta alrededor de 40 millones de dólares. En 1946 entregó 44.230.415 de dólares (31.5 por retorno de costos; 9 por compras industriales y 3.7 de participación fiscal).

La industria del salitre está, también, controlada por el capital extranjero. Prácticamente está en las manos de la Anglo-Chilena y la Lautaro Nitrate, consorcios dependientes del grupo financiero Guggenheim, y de la Compañía Tarapacá y Antofagasta, ligada a intereses británicos. En el caso de esta industria, el Estado ejerce una tuición, de la que no goza en la industria del cobre, por intermedio de la Corporación de Ventas de Salitre y Yodo.

La producción de salitre alcanza a 1.700.000 toneladas. Según el balance de 1946, las ventas que realizó la Corporación significaron un valor de 8.591.759 libras esterlinas, descontados los gastos apreciables que significa la administración de la empresa, en que un alto porcentaje del personal es extranjero y se contrata fuera del país, con remuneraciones enormes, en comparación con los sueldos chilenos, la Corporación, obtuvo una utilidad de £ 3.614.054. De acuerdo con la ley 5.350, le correspondió al Fisco un 25% de dicha utilidad, o sea la suma de £ 903.513, valor exiguo si se considera que es el único tributo a una industria que está totalmente en manos de capitales extranjeros. Del salitre retorna al país el costo de producción en forma semejante a las empresas del cobre, y cubre cerca de un 25% de nuestras disponibilidades de divisas. Esta industria se encuentra sobre capitalizada y su administración es gravosa, en forma que las utilidades son muchos mayores que las oficiales y resistirían una mayor tributación en favor del Estado chileno.

En lo referente al hierro, que se extrae del mineral de El Tofo, existe idéntica situación. Está en manos de la Bethlehem Steel Corporation, consorcio norteamericano, por medio de un contrato de arrendamiento con el consorcio francés Hauts Fourneaux, forges et acieries du Chili, primitivo concesionario de esos minerales, de tal modo que nuestro país ni siquiera ha tenido intervención como intermediario en la enajenación de su riqueza del hierro. En 1941, se exportaron 1.696.000 toneladas y la economía chilena recibió un ingreso de 1.085.466 dólares, correspondiente al retorno del costo legal de producción, adquisiciones y tributación. En 1946 se exportaron 1.158.386 toneladas, con un retorno de 1.360.321 dólares: 869.000 dólares por costo de producción; 449.000, por adquisiciones industriales; 36.015 por derechos de aduana y 6.300 por tributación. Del precio de 6.80 dólares la tonelada, puesta en fundición, al flete, desde los puertos chilenos se le asignan 5 dólares. El hecho de que la Bethlehem Co. exporte el mineral en bruto hace que, sobre una producción media de 1.700.000 toneladas, con ley de 60%, se incurra en un gasto de flete para 680.000 toneladas de piedras y tierra. Ocupa apenas 450 obreros y, aunque Chile es el primer productor de hierro de América Latina, debe importar 90.000 toneladas de fierro y acero, el 66% de su consumo total.

El actual estado de cosas del hierro es altamente negativo para los intereses nacionales, pues Chile está entregando sus reservas de hierro, de ley muy alta, para recibir, en cambio, una retribución ridícula.

En cuanto a otros minerales la situación es la siguiente: sus yacimientos de bórax son los más grandes del mundo y casi no dejan beneficios al país; consorcios extranjeros poseen grandes yacimientos sin explotar (por ejemplo, el de Chilcaya en el departamento de Arica). En el siglo pasado éramos el principal exportador de manganeso; así, en 1890, se exportaron 51.000 toneladas. Ahora nos superan Cuba y Brasil y sólo producimos unas 11.000 toneladas. Desde la Conquista hasta 1938. Chile produjo 384 toneladas de oro, el 1% de la producción mundial. En 1940 se produjeron 9.565 kg. de oro fino. Las reservas minerales de oro se han estimado en 5.000.000 de toneladas, con leyes que oscilan entre 5 y 20 gramos fino por tonelada.

La minería nacional, toda pequeña, representa poco frente a la extranjera, a la vez que trabaja con métodos atrasados y bajos rendimientos; no obstante, es la que entrega mayor renta al país.

El hecho de señalar la realidad indicada no quiere decir, en ningún momento, que se desdeñe la importancia y necesidad del aporte de capitales extranjeros a la economía nacional. Es urgente que se atraigan capitales extranjeros a nuestro país, garantizándoles utilidades equitativas. Pero tales capitales deben incorporarse de manera efectiva por medio de la asociación con los capitales nacionales, sean del Estado o de particulares. Hemos visto que el inversionismo extranjero concentrado en las industrias extractivas ha dado origen a una deformación completa de nuestra economía. Pues bien, para impedirla es necesario que los capitales extranjeros que se obtengan se apliquen al desenvolvimiento de otras actividades económicas, con el propósito de lograr el desarrollo sincrónico y uniforme de todas las actividades nacionales. Y este desarrollo económico, de acuerdo con una política científica, debe estar orientado por la idea fundamental de que un país debe producir al máximo para el consumo, destinando al comercio de exportación a incrementar nuestra capitalización nacional.

REALIDAD AGRARIA.

Según las estadísticas corrientes (Censo Agrícola de 1935- 36) sobre la distribución de la propiedad agraria, existen 150.000 pequeños propietarios de hasta 50 hectáreas, con un total de 1.300.000 hect.; 28.000 medianos propietarios de 50 a 5.000 hect., con 9.300.000 hect.; y 626 grandes propietarios, cuyos predios tienen más de 5.000 hect., con un total de 14 1/2 millones de hectáreas, lo que da un término medio de 23.000 hect. para cada terrateniente. Estos 626 grandes propietarios tienen más tierras que todos los demás, incluidos los que poseen hasta 5.000 hect.

La agricultura ocupa el 33% de la población activa y el 40% de la población total, y su producción constituye sólo el 15% de la renta nacional. En 1943, la renta nacional fue de $ 29.650.090.000 y en ella la renta agrícola fue de $ 4.671.000.000. La productividad anual por cada trabajador alcanzó apenas a $ 10.000. Este 15% de la renta nacional producida por la agricultura se distribuye en una forma dispareja. Los grandes terratenientes absorben $ 1.905.00.000 y, en cambio, los trabajadores agrícolas sólo retienen $ 1.205.000.000, de los cuales $ 722.000.000 se traducen en el mercado monetario y el resto, $ 483.000.000, lo reciben en especies y regalías. Los empleados reciben $ 277.000.000 y para leyes sociales $ 35.000.000. Queda un excedente neto de $ 1.248.000.000. O sea, los salarios constituyen el 25.8% (en dinero, 15.5%,

en regalías. 10.3%); sueldos de empleados, 5.9%; sueldos patronales, 40.3%; excedente neto, 26.7%. La agricultura casi no paga impuestos (1.5%) y para leyes sociales apenas entrega el 0.6%.

La producción agrícola nacional, a consecuencia de los datos dados, es insuficiente, desorganizada y de altos costos. Do acuerdo con el estudio del Plan Agrario, sobre un total de 20 millones de hectáreas de suelos agrícolas, sólo se aprovechan con cultivos anuales, barbechos, frutales, viñas y praderas naturales, que, según la índole climatológica, son generalmente de temporada y, en consecuencia, su aprovechamiento es muy limitado. La extensión total sembrada se ha mantenido alrededor de 1.200.000 hectáreas.

En las condiciones actuales nuestra agricultura, antes que incremento, lo que se produce son desplazamientos en la producción de los diversos artículos, ya que el aumento de unos implica la disminución de otros, dentro de los límites que supone la disponibilidad estacionaria de terrenos cultivables. No se ha operado un mejoramiento real en cuanto a trabajos de adaptación de tierras improductivas por obras de regadío u otros medios, ni se ha desarrollado una mecanización en la agricultura con la finalidad de mejorar el rendimiento humano y aplicar cultivo intensivo a predios más extensos, lo que ha provocado una sensible disminución de diversos artículos esenciales.

La agricultura, por su atraso, no está en condiciones de producir a costos bajos, y, a pesar de que en los costos no influye casi para nada el índice de remuneraciones del trabajador agrícola, cuyos salarios y beneficios son tan exiguos, que la población agraria tiene un poder de consumo casi nulo. En 1943, por ejemplo, el jornal diario de un inquilino fue de $ 24.81 (en dinero, $ 6.33, y en regalías, $ 18.48) y el de un afuerino fue de $ 11.47. El jornal anual, según días trabajados, fue para el inquilino de $ 5.433 (en dinero, $ 1.386 y en regalías, $ 4.047); y el del afuerino de $ 2.512.

En la agricultura nacional existe una tendencia decreciente de los rendimientos de la tierra que sólo puede contrarrestarse por la incorporación de los adelantos técnicos y de organización que permitan mayores rendimientos y costos más bajos. En 1936 se precisaban en Estados Unidos 3.5 horas de trabajo humano por hectáreas; en Argentina, en la actualidad se requieren 13.4 horas-hombre por hectárea; en Chile so necesitan 160 horas-hombre por hectárea. Ello se debe a que en nuestra producción agropecuaria los implementos mecánicos que multiplican el trabajo humano y bajan considerablemente los costos, son escasos y no constituyen un factor de importancia.

El problema más grave de la agricultura nacional es el relacionado con el injusto régimen de propiedad de la tierra, situación que no solo tiene conexión con las cuestiones agrarias, sino que alcanza y representa uno de los determinantes de nuestra defectuosa realidad económica y social. Según escritores nacionales y estudiosos extranjeros (Mac-Bride, Ellsworth, Wallace: “El problema fundamental de la agricultura chilena es el actual sistema de propiedad de la tierra, que concentra la mayor parte de la tierra agrícola en relativamente pocas grandes posiciones, y el cual tiende a perpetuar pasadas técnicas agrícolas y un aprovechamiento antieconómico de la tierra”.

Este sistema de gran propiedad agrícola lleva anexo un ineficaz método de cultivo, lo que explica su reducido rendimiento medio. La agricultura chilena ofrece grandes posibilidades de desarrollo mediante su modernización, pero el obstáculo para lograrlo ha sido la gran hacienda o fundo. Es preciso reconocer, además, que junto a este problema se presenta también el del minifundio, o sea, de la pequeña propiedad

que no alcanza a proveer de medios de vida para una familia. Se ve claramente en la siguiente estadística: 142.787 propiedades pequeñas, que constituyen el 78.7% del total de predios, sólo cubren el 8.44% de la superficie agrícola. En el otro extremo, 1.341 grandes propiedades que representan el 0.74% del número de predios, cubren el 45.30% de la superficie agrícola.

Podemos afirmar, con toda razón, que el latifundio está caracterizado en lo económico por la mantención de un sistema primitivo de explotación, sin adelanto técnico; en lo social por un régimen semi patriarcal claramente opuesto al régimen asalariado industrial: políticamente ha permitido la existencia de una reducida clase de aristócratas que ha detentado el poder, y de una clase de siervos a su exclusivo servicio. Basado en el poder económico y político de la gran propiedad, la clase poseedora ha orientado la vida económica, política y cultural del país en su provecho.

En cuanto a las tierras australes, que abarcan un tercio del territorio nacional, están escasamente explotadas y muy poco subdivididas. Han sido entregadas por el Estado en grandes extensiones a compañías, la mayoría de ellas extranjeras, sobre todo en cuanto al nexo o beneficio que representan para el país. Así las tierras fiscales de Magallanes están dominadas por tres o cuatro grandes compañías.

Otros problemas de la agricultura dicen relación con el regadío artificial, que es escaso y mal aprovechado, y con los caminos, faltando vías permanentes y transversales. Las obras, a este respecto, son costosas y lentas, porque el Estado sólo debe emprenderlas y recupera una mínima parte de los valores invertidos, a pesar de la enorme valorización y plusvalía que obtienen los propietarios beneficiados con ellas. De ahí la imposibilidad, o la extremada lentitud, para realizar nuevas obras. El crédito es restringido, caro y mal orientado. El Plan Agrario expresa que el crédito agrícola es caro, que está mal financiado, que no es dirigido y que sólo es parcialmente controlado; por otra parte, no da el mismo tratamiento al grande y al pequeño agricultor. Las instituciones de crédito agrícola que existen sirven a los grandes propietarios y a los intermediarios que explotan a los pequeños productores. También existe escasez de abonos y su uso es limitado por parte de los agricultores. En el país sólo se produce el 25% de los abonos necesarios para los terrenos agrícolas. Los abonos fosfatados son escasos, únicamente son suficientes los nitrogenados. Igualmente, se anota la falta de bodegas para guardar la producción y evitar la explotación que realizan las grandes casas importadoras y exportadoras y los molinos con los pequeños y medianos agricultores. En resumen, atraso, rutina, cultivo extensivo, escasa producción, explotación humana y déficit de artículos alimenticios, son los resultados del actual régimen agrario, semifeudal, basado en la gran propiedad, que todavía subsiste y predomina en el país.

REALIDAD INDUSTRIAL.

La industria ocupa el 17% de la población activa y su renta sobrepasa los $ 5.880.000.000, superando a la agricultura y a la minería. La industria, a pesar de su limitación, contribuye con el más alto porcentaje al Estado, por concepto de impuestos y proporciona a la masa consumidora del país numerosos artículos que antes se importaban; además, tiene un carácter nacional, y sus beneficios, al contrario de lo que sucede en la minería, quedan en su mayor porcentaje en el país. La industria chilena aprovecha en escaso margen las materias primas nacionales, como ser cobre, hierro, salitre, maderas, lanas. Un 40% del valor de las materias primas consumidas son extranjeras, lo que expone a la industria a las alternativas del comercio internacional, y, por otro lado, si es verdad que el desarrollo industrial significa un ahorro de divisas extranjeras, de otra parte, esto progreso queda constreñido, por cuanto la adquisición de materias primas

recarga el pasivo de nuestra balanza de pagos, y gran parte de la producción industrial queda dependiendo de cualquier fenómeno que torne bruscamente negativo dicho comercio exterior.

No ha existido en el país la necesaria acumulación capitalista que permita un desarrollo industrial poderoso. La acumulación capitalista consiste en invertir en el proceso de reproducción gran parte de la plusvalía obtenida en la producción de mercancías; transformar la plusvalía obtenido en capital constante, o sea, en nuevos medios de producción. El desarrollo del capital constante (maquinarias) permite un mayor crecimiento de la acumulación. Este fenómeno de capitalización es indispensable para desarrollar la producción fabril. El semi feudalismo ha impedido el desarrollo amplio de una clase "libre" de asalariados y el capital imperialista al absorber nuestras principales fuentes de riquezas y al mantenernos sujetos a un déficit crónico en nuestra balanza de cuentas internacionales, ha impedido la acumulación de capitales y ha mantenido estancado el proceso de capitalización. En 1900 existían 6.855 establecimientos industriales; 7.881 en 1917 y en 1937, según el Censo Industrial de ese año, había 19.439 establecimientos industriales, de los cuales el 37% está en Santiago. Las cifras anotadas indican que el desarrollo industrial ha sido lento y está subordinado a la suerte del capital imperialista. Del Censo indicado se desprende que el régimen artesanal se mantiene sólido con el 90% de los establecimientos sujetos a su sistema (9.700 establecimientos son atendidos por sus dueños y familiares, y 7.694 constan de un personal término medio de 3.2 personas por establecimiento).

La gran industria está concentrada en 251 establecimientos, con un término medio de 363 asalariados por cada uno. Los 2.000 establecimientos que constituyen el andamiaje industrial ocupan, por término medio, 158 asalariados por cada uno.

La escasa proporción de nuestra concentración industrial determina un alto costo de producción y da a un importante número de empresas un carácter de artificialidad, que obliga a protecciones injustificadas del Estado con perjuicio de la masa consumidora. Asimismo, es deficiente su mecanización. En las empresas controladas por la estadística, se comprueba que, en un capital, incluyendo beneficios de $ 6.309.2 millones, la maquinaria, instalaciones y herramientas, sólo representaban 2.010 millones, o sea, poco más del 30%. Esto se traduce en la baja productividad del esfuerzo industrial del país. En los costos de producción el 50% lo absorbe el factor materias primas; el 30 a 40%, el factor capital; y el 10%, el factor trabajo. Así es un sofisma burdo afirmar que el asalariado se lleva la mayor parte de los costos y que el aumento de los salarios debe llevar implícito el alza de los precios.

El desenvolvimiento industrial del país no descansa en la base de una sana tasa de capitalización sino en el apoyo de medidas gubernativas llevadas a un grado increíble. Por otra parte, la industria mira decisivamente al mercado interno, por lo que el standard de vida de la población determina su capacidad de compra, factor primordial en el desarrollo industrial que urge una expansión ilimitada, y a este respecto Chile es un país de bajísimo standard de vida. Hay un porcentaje elevado de la población que casi no consume y, además, de la población en condiciones de trabajar casi un 20% no lo hace, es un sector parasitario.

De lo dicho se desprende que el desarrollo de la industria es lento por la insuficiencia de equipo y el reducido mercado, a causa de la situación miserable del pueblo (de todas maneras es preciso señalar que en el rendimiento productivo de una nación no influye solamente la población mayor o menor, sino que es fundamental el factor de la mecanización, o sea la producción que agrega el motor es el factor real que

contribuye a acrecentar el rendimiento de la producción; no es la reducida población la que determina lo precario del desarrollo industrial y la pobreza de la nación). Esta industria se orienta a la industria liviana y a la manufactura de artículos de consumo. Carece de industria pesada.

La pobreza de equipo mecánico, la falta de concentración en la producción, la inexistencia de una industria pesada, contribuyen a que nuestra industria nacional sea dependiente del extranjero y produzca a altos costos. Esta industria cara, de bajo rendimiento y mala calidad se ha mantenido por el apoyo que le ha suministrado el Gobierno, y por el dominio tiránico del mercado interno, explotando a los consumidores.

Por otro lado, existe una evidente localización, ya que las empresas se concentran en 3 o 4 lugares del país. En Santiago y Valparaíso se logra el 73% de la producción total; el resto se obtiene principalmente en Concepción y Valdivia. Esta localización, unida a las deficiencias del transporte, crea graves trastornos para las regiones sin desarrollo manufacturero. También es necesario señalar que la disponibilidad de mano de obra técnica o calificada es muy limitada, lo que implica una apreciable escasez de obreros especializados, supliéndose esta falla con la improvisación, aprovechando la habilidad natural de nuestro elemento humano; es aquí donde reside la exigencia de una reforma educacional práctica para conseguir que un sector de la población tenga capacitación económica y técnica que sirva al desarrollo industrial y al progreso general del país.

En la actualidad existe, además, un arancel aduanero que protege sin discriminación a todas las actividades industriales del país, mantenido por el simple interés tributario del Fisco y por el interés privado de los industriales, para ponerse a resguardo cómodamente de la competencia internacional. Por la protección del arancel aduanero, la industria mantiene en muchos rubros, un carácter de artificialidad, acreditado en el hecho de que sus materias primas ocupan un alto porcentaje del presupuesto de divisas; se internan materias primas que consumen el 60% de las divisas y, en cambio, en la producción de las mismas, el aporte de la industria no significa más del 12 o 15%.

En seguida, por la falta de competencia, la industria no ha tenido interés en perfeccionar sus métodos y medios de producción y, por las mismas razones se han desarrollado las tendencias monopolistas que sacrifican a la masa consumidora, de tal suerte que casi todos los rubros industriales principales se desenvuelven como irritantes monopolios que sólo persiguen el más alto beneficio a costa del consumidor nacional.

De estos rasgos desfavorables de la industria con respecto a la economía nacional, derivan, sin embargo, excepcionales ventajas para los industriales. En primer lugar, logran un alto nivel de utilidades, que llega casi a un 20%, pues imponen precios altos, y éstos se fijan y regulan por el empresario de costos más altos, de tal modo que las empresas más modernas, en cuanto a maquinarias y organización, obtienen beneficios extraordinarios que les han permitido transformarse en entidades poderosas a corto plazo. Algunas industrias obtienen utilidades del 40, 50 y 60% (en 1943, la Compañía de Textiles Caupolicán Chiguayante obtuvo 50,2%; la Sociedad Yarur, 58,3%). A pesar de estas cuantiosas utilidades, la industria no ha remunerado en forma satisfactoria a sus trabajadores. No obstante, las grandes alzas de 1946, el promedio de las remuneraciones industriales alcanzó solamente a $ 56.50 diarios.

REALIDAD FINANCIERA.

El régimen financiero chileno se ha caracterizado por una permanente desvalorización monetaria (de 46 d a fracciones de d. por peso) como consecuencia y reflejo de las debilidades de la estructura económica nacional, que hemos analizado. El proceso económico envuelto en este fenómeno monetario, que recibo el nombre de "inflación", nos agobia desde hace largo tiempo.

La depreciación constante de nuestra moneda se ha debido a los fenómenos desfavorables que, en repetidas épocas, ha sufrido el comercio exterior chileno, que tiene factores negativos permanentes; a la errada política de los gobiernos y a la acción de aquellos grupos o sectores fuertemente endeudados, con grandes influencias en el gobierno, a quienes ha beneficiado la desvalorización del peso. En la época actual han repercutido las emisiones del Estado para adquirir el excedente de dólares que existía en el mercado chileno, a fin de acumular una fuerte cantidad de moneda extranjera destinada a comprar equipo y maquinaria industrial necesarios para el desarrollo de la economía, disponibilidad de dólares que luego se malgastó con la más criticable ligereza, contribuyendo a ello el Parlamento y el Gobierno; la escasez de productos y artículos que se presentó en el país con motivo de la restricción de las importaciones, lo que generó alzas de precios y violentas especulaciones; las emisiones monetarias para financiar déficit fiscales, con motivo de los gastos públicos y de fomento a la producción y la influencia nociva del crédito bancario privado (la expansión del crédito bancario aprovechado por el interés particular de los bancos y su clientela para efectuar operaciones de tipo especulativo).

La falta de una política crediticia general, que el Estado podría aplicar por medio de las Cajas de Ahorros, crédito agrario, hipotecario, industrial, y Corporación de Fomento, ha hecho que los bancos particulares realicen especulaciones injustas, incluso aprovechando los centenares de millones de pesos de las instituciones semifiscales.

Muchos sectores han querido señalar el aumento de sueldos y salarios como el factor determinante del proceso inflacionista. Pero las alzas casi siempre son solicitadas con motivo de la subida de los precios. En verdad, los reajustes de sueldos y salarios son efecto y no causa de la inflación. Los asalariados no tienen otro medio de adquirir los bienes indispensables, siempre a mayor precio, que, solicitando una elevación de sus remuneraciones, ya que con rentas fijas no queda a cubierto del alza de los precios con las mayores utilidades del comercio o de la industria, la valorización general de los bienes raíces o valores mobiliarios, o la disminución real del monto de las deudas con que se favorecen los empresarios y sectores acaudalados por el proceso inflacionista. Por lo demás, en la agricultura los salarios son tan bajos que casi no influyen en el costo de producción; asimismo, en la industria, en donde apenas constituyen el 10% del costo.

Según la obra "Renta Nacional", la distribución de la renta es la siguiente: sueldos 22%, salarios 21.9%, sueldos patronales 22.4%; utilidades e intereses 16.4%, rentas 11.5%; otros 5.8%. Los salarios subieron de $ 7.400.000.000 millones en 1940 a $ 13.400.000.000 en 1943; pero los sueldos patronales subieron también de $ 4.000.000.000 a $ 7.300.000.000; las rentas de 1.690 millones a 2.110; las utilidades e intereses de 2.780 millones a 4.818 millones. Es decir, aumentaron en igual o mayor proporción las remuneraciones del capital que la de los trabajadores en general. Por eso decimos que los salarios y sueldos no tienen influencia en el proceso inflacionista, porque son reducidos. En 1945, por ejemplo, sobre un total de 97.599 imponentes de la Caja de Empleados Particulares, solamente, 17.698 recibían sueldos superiores a $ 2.000 mensuales. Y según las estadísticas de 1946, el promedio de los jornales en la industria fue de $ 56.51. El grupo de personas afecto al impuesto global complementario de 54.405 personas,

declaró en 1946, una renta de $ 6.083.000.000 y el total de salarios pagados ese año alcanzó a 6.536 millones.

La producción nacional aumentó en un 61% desde 1937 a 1946; en el mismo período el costo de la vida subió, en un 183% y el poder adquisitivo de la moneda bajó de 100 a 31,1.

A pesar de los aumentos de producción, la capacidad de compra de los asalariados y su condición social disminuyó, porque sus remuneraciones alzadas nominalmente perdieron poder adquisitivo.

El aumento de producción ha sido cuantitativo, no tocó a aquellos rubros decisivos para la masa popular y, al no introducirse reformas en los métodos de explotación, se tradujo en una violenta alza de éstos.

La inflación sólo puede abordarse y resolverse si se eliminan las fallas y debilidades de nuestra economía, lo demás significa una política de parches que agrava a la larga el problema nacional.

Biografías de los grandes caudillos de la Revolución Francesa[126]

Los grandes dirigentes de la revolución francesa, como Mirabeau, Danton, Marat, Robespierre y Saint-Just, han merecido numerosas y completas biografías.

El comienzo y el término de la revolución lo representan muy bien dos políticos corrompidos, de origen noble, al servicio de la burguesía y de sus ideales: Mirabeau, el orador más notable de la Asamblea Nacional Constituyente; y Barras, el principal artesano de la reacción termidoriana y del Directorio.

Mirabeau ha sido estudiado magistralmente por Louis Bartbou; recientemente por Pierre Dominique: *Mirabeau* (publicado por la editorial Flammarion); por Antonina Vallentin: *Mirabeau avant la révolution* (publicado en la Casa Grasset); y por Jean-Jacques Chevalier: *Mirabeau: un grand destin manqué* (publicado en la casa Hachette).

Mirabeau es el político por excelencia, de gran inteligencia, fría y realista, y de costumbres depravadas. Incapaz de separar sus intereses particulares de los de la Nación. Feo y picado de viruelas, tenía, sin embargo, un gran poder de seducción y las mujeres ocupan un lugar enorme en su existencia. Parte de su vida la pasó encarcelado (Château d´If, Château de Joux, Vincennes) o en el destierro (Holanda a Inglaterra) acosado por los acreedores y por su padre.

El vasto estudio de Jean-Jacques Chevalier, de acuerdo con el epígrafe tomado de Sainte-Beuve, donde afirma que “es la primera gran figura que abre la era de las revoluciones”, estudia en forma minuciosa la existencia del ciudadano Mirabeau y el proceso colectivo de la Revolución en los años de 1789 basta comienzos de 1791. La actuación política de Mirabeau es analizada prolijamente desde el mes de enero de 1789, cuando la apertura de los Estados Provinciales de Aix-en-Provence, hasta su muerte en marzo de 1791.

Mirabeau encarna al hombre de acción y al político típico, sujeto de compromisos y oportunista: comprado por la Monarquía intriga para impulsar la revolución. Su rol desempeñado y su gran influencia, a pesar de estas condiciones amorales, los debe a su indudable talento político y a su extraordinaria elocuencia.

[126] Atenea n°300 (1950)

Desde que Mirabeau estuvo asalariado por la Corte, vivió en la mayor abundancia. Sus amigos le reprochan sus gastos escandalosos y uno de ellos exclama: “Mirabeau está muy mal aconsejado; se diría que tiene temor de pasar por hombre honrado”.

Mirabeau fue considerado siempre un orador excepcional y un penetrante observador político. No obstante, raras veces improvisó. Para hablar, según él mismo declara, es preciso “conocer muy bien el asunto”. Sus discursos eran escritos y esta labor la realizaba un nutrido cuerpo de secretarios, quienes se los redactaban enteros, limitándose él a revisarlos, a ponerle el calor adecuado con la magnificencia de brillantes imágenes y de algunas llamas verbales. Luego, los leía en la tribuna con una acabada ciencia de gestos y de las actitudes, y con una dicción perfecta, como la de los actores más consumados. Entre sus secretarios, o *faiseurs*, sobresalían el provenzal Pellenc, jefe de su oficina personal; y el ginebrino Reybaz, experto en economía y finanzas. Lo mismo sucede con sus notas políticas que entrega a la Corte, y la más notable, que lleva el número cuarenta y siete, “Resumen de la situación de Francia y medios de conciliar la libertad pública con la autoridad real”, la trabajó todo su equipo de *faiseurs*, Pellenc a la cabeza. Mirabeau sólo corrigió e insertó palabras y trozos propios de su estilo imperioso, para dejar la marca de su garra poderosa.

Sólo en contadas y memorables ocasiones improvisa, movido por el desarrollo del debate. Alcanzó fama, en este aspecto, su discurso en defensa del plan del primer Ministro Necker, el que permitió su aprobación en forma unánime.

El rival más notable que tuvo Mirabeau fue Barnave, orador magnífico, que no leía, sino que improvisaba con brillo, firme dialéctica y poderosa lógica. Era el mejor *debater* de la Asamblea Nacional Constituyente.

Barras, ubicado en la época del fin y degeneración del movimiento revolucionario, era un hombre corrompido, podrido en vicios, conocedor de vinos, mujeres y elegancia; traidor y mentiroso se vendía a todos y a todos engañaba. Las siluetas que le han trazado Albert Vandal (*L’avènement de Bonaparte)* y Funck-Brentano (*Scènes et tableaux de la Révolution)* concuerdan en presentarlo como a un vulgar enredador y agiotista; era un alma vil en un cuerpo bello y varonil; coimero y ladrón, entró a la revolución tan pobre como Job y al final del régimen que presidió se revolcaba en oro. Fue un político sin escrúpulos, experimentado y desvergonzado, que actuaba con prontitud y decisión, no con discursos ni guiado por una doctrina, sino movido por sus exclusivos intereses particulares y su provecho personal.

En cuanto a Danton, el tribuno más poderoso de la época, propugnador de la audacia permanente para enfrentar a los enemigos de la revolución, ha sido estudiado en numerosas biografías. Es valiosa y valiente la que le dedicara Albert Mathiez. Tal vez la más completa es la de Louis Madelin (autor, también, de un estudio completo sobre Fouché, en dos volúmenes, el siniestro policía durante el Terror y bajo la tiranía napoleónica), que ha sido reeditada por Hachette el año recién pasado, en su Colección *Figures du passé*.

Georges-Jacques Danton fue el “atleta de la revolución” que salvó a Francia en el verano de 1792 (meses de agosto a octubre). En esos dos meses culminantes de su carrera política de cinco años, se demostró un hombre de estado, un alma intrépida y fuerte, y de una elocuencia irresistible. En su famoso llamado a la nación francesa, en la noche del 1° al 2 de septiembre de 1792, lanzó estas frases famosas: “El toque a rebato no es una señal de alarma: es el toque de carga sobre los enemigos de la patria... Para vencerlos, señores, necesitamos audacia, más audacia, siempre audacia, y Francia se salva”.

Sin embargo, Danton, agitador extraordinario, poseyó un carácter típicamente burgués, hecho de realismo conservador y oportunista. Proclamó sin rodeos el dogma de la propiedad eterna ("declaremos que todas las propiedades territoriales, individuales e industriales, serán mantenidas eternamente", discurso del 21 de septiembre en la Convención, y en plena revolución aumentó y redondeó su propiedad en *Arcis-sur-l'Aube),* y declara que es preciso "tender a la igualdad de derechos, no a la igualdad imposible de bienes".

En su época fue acusado de venalidad, pues recibió subvenciones de la Corte, y rindió cuentas oscuras en el manejo de cuantiosos fondos cuando estuvo a la cabeza del gobierno revolucionario como Ministro de Justicia. Asimismo, lo rodeó una camarilla de aprovechadores arribistas (*les fripons*), que le desacreditó bastante, sobre todo en su lucha contra Robespierre, ayudando a su caída.

Robespierre, él "incorruptible", encarna las cualidades opuestas a las de Mirabeau y Barras. Fue un revolucionario sincero, dominado por una exigencia de pureza y una sed de integridad política, sacrificándolo todo al interés público. Afirma: "En el sistema de la revolución francesa lo que es inmoral es impolítico, lo que es corrompido es contrarrevolucionario". Robespierre vivía sobriamente y murió pobre, tal cual había entrado a la lucha. Sus deseos fueron los de instaurar un orden político más fecundo y, principalmente, regenerar al individuo y el género humano.

Robespierre encarnó fielmente el espíritu de rebeldía del pueblo francés en contra el feudalismo y personifica al partido Jacobino. Fue un apasionado y honesto defensor de los derechos del pueblo. Según Mathiez, que le ha consagrado un valioso libro, es el primer apóstol del socialismo de Estado. Quizás la biografía más completa sobre Robespierre es la de Gérard Walter. Este laborioso investigador publicó, en 1936, en la casa *Gallimard*, su trabajo, pero recientemente ha sido reeditado, totalmente rehecho con una abundancia de datos que asombra, en dos nutridos volúmenes. Robespierre fue un ardiente discípulo de Rousseau y, sin embargo, tuvo frases de desprecio para las formas de vida de los filósofos. Decía de ellos: "Eran algunos hombres estimables y un mayor número de charlatanes ambiciosos. Declamaban contra el despotismo y estaban pensionados por los déspotas... Hacían tantos libros contra la corte, como dedicatorias para los reyes, discursos para los palaciegos y madrigales para las damas: eran tan orgullosos en sus escritos como serviles en las antecámaras".

Poseyó Robespierre una inflexible voluntad revolucionaria y una de sus máximas favoritas era ésta: "Debe existir una voluntad". Es el autor de la bella frase de la Declaración de los Derechos del Hombre: "El objeto de la sociedad es la felicidad común". Uno de sus tantos biógrafos, al tratar de definir su personalidad compleja ha estampado este juicio: "Si algo es cierto acerca de él, es su plena seguridad de haber triunfado en la empresa de conciliar las cosas aparentemente más opuestas. Creía en la libertad, a pesar de preconizar una política de intimidación; amaba al pueblo, aunque despreciaba a los individuos; no era partidario de la pena de muerte, no obstante haber ordenado algunas ejecuciones; odiaba el militarismo, a pesar de lo cual quería una guerra nacional, y creía en una Providencia Todopoderosa con una inquisición vengativa y sin tregua para todos sus opositores".

El amigo y colaborador inseparable de Robespierre fue el joven e intrépido Saint-Just. A pesar de su juventud (murió guillotinado a los veintisiete años) fue un ejemplo de austeridad y energía y un magnífico organizador y conductor de masas. Representó, a menudo, el pensamiento extremo del partido jacobino. Fervoroso republicano sintetizó su credo en esta frase: "La primera de todas las leyes es la conservación de la República". Es conocida la biografía que le dedicara Emmanuel Aegerter. En su párrafo final escribe:

“Fue una inexorable voluntad al servicio de la justicia absoluta... En todas las horas de trastorno y de duda, cuando una audaz revisión de los valores sociales engendra en demasiados espíritus el escepticismo primero, la vacilación después; cuando una civilización se disuelve falta de principios, Saint-Just indica el único medio de salvación: Querer implacablemente y hasta la muerte. Querer la justicia”.

La personalidad de Saint-Just ha sido el motivo de notables trabajos recientes, como los de Jean Gratien: *Œuvres de Saint- Just*, en donde traza una semblanza biográfica y se reproducen algunos de sus mejores escritos; y de C. J. Gignoux: *Saint- Just*, publicado en las ediciones La Table Ronde. En esta última biografía se hace un estudio completo de su acción y de su obra. Saint-Just era un joven y temible revolucionario, de hermosa estampa física, dueño de una oratoria sentenciosa y cortante, de glacial presencia unida a una impenetrable sangre fría y de un valor a toda prueba, que no flaqueó ni ante la muerte. Saint-Just fue el Arcángel de la guillotina. Su credo revolucionario, en lo social y político, puede sintetizarse en algunas frases: “El revolucionario sabe que para que la Revolución se afirme, es preciso ser tan bueno como se era malo antes... Un revolucionario es un héroe de buen sentido y probidad... Es necesario que Europa se entere que no queréis un desgraciado ni un opresor en el territorio francés. Que este ejemplo fructifique sobre la tierra; que propague sobre ella el amor a la virtud y a la felicidad. La felicidad es una idea nueva en Europa”. Revolucionario intrépido, su acción se resume en esta frase: “El secreto de la revolución está en la palabra: atreveos”.

Marat poseía un ardiente espíritu de clase, por lo que ha atraído la atención de los revolucionarios posteriores y, entre ellos, la de Carlos Marx, quien admiraba su férrea voluntad y su intransigencia e intrepidez revolucionarias. Marat estimaba que un profundo y perpetuo antagonismo de clases domina las relaciones de la sociedad en su interior y que el problema de la desigualdad social es el más grave y que más urge resolver entre todos los que se presentan al legislador. Para Marat, el primero de los derechos que debe conquistar el oprimido es el de “asegurar su existencia material”, por cuanto, ante todo, el hombre debe subsistir. La igualdad y la justicia únicamente se pueden conseguir por el camino de la lucha de clases y afirmaba que los pobres deben reivindicar, a mano armada, contra los ricos, los derechos sagrados de la naturaleza. Marat quería que desaparecieran “esas instituciones odiosas que hacen que algunas clases del pueblo sean enemigas de otras”.

Es bastante conocida la biografía de G. Martin: *Marat, el ojo y el amigo del pueblo*, y muy manejada la que escribieran Barthou y Walter, ambos versados investigadores de los sucesos y de las más destacadas personalidades de la revolución francesa.

La lectura de estas obras nos entrega una visión de Marat muy distinta de la tradicional que lo presenta como a un hombre sediento de sangre. No hay tal. Lo que pasa es que su ideario era extraordinariamente avanzado; defiende ideas como la que reproducimos: “Sin duda, el fruto de vuestro trabajo os pertenece; pero la agricultura necesita del suelo y ¿bajo qué título os apropiáis un rincón de esta tierra que fue dada en común a todos sus habitantes? ¿No creéis vosotros que después de una repartición equitativa de todo, os podíais asignar vuestra parte? Además, después de esta repartición, no tendríais derecho sobre el terreno que cultivasteis, sino sobre la parte necesaria a vuestra existencia”. Su intransigencia revolucionaria está contenida en esta máxima: “Pretender agradar a todos en tiempo de paz es obra de locos; pero pretender agradar a todos en tiempos de revolución es propio de traidores”.

El mismo Gérard Walter, ha tratado la vida de Hebert, a quien juzga con mucha indulgencia, en una reciente biografía: *Hébert et le Père Duchesne*.

Otro gran dirigente, aunque de figuración no tan brillante como la de los mencionados, que merece una semblanza más detenida en razón de sus hechos, ideas y posición, es Gracchus Babeuf. No hace mucho en París, en una nueva colección histórica titulada: *A la lumière des textes oubliés*, que tiene por objeto la reedición de obras olvidadas o desconocidas, se ha publicado el ensayo de Babeuf: *Le problème social paysan pendant la Révolution*, con introducción, notas y comentarios de Jean Auger Duvignaud.

François Noel Babeuf nació en Saint Quentin, el 23 de diciembre de 1760. Desde temprano tuvo que trabajar y proveer a sus necesidades, haciéndolo en casa de un feudista en Noyon y Roye. Esa clase de personas se dedicaban al mantenimiento y vigilancia de los derechos patrimoniales, feudales y de los censos. Después abrió por su cuenta un estudio parecido en Roye.

En su correspondencia con Dubois de Fosseux (secretario de la Academia Real de Bellas Letras de Arras, de la que Maximiliano Robespierre formaba parte) le confiesa que educa a sus hijos en los principios de Juan Jacobo Rousseau, y el 21 de marzo de 1787 le propone el tema siguiente para un concurso: “Con la suma general de los conocimientos adquiridos ¿cuál sería el estado de un pueblo cuyas instituciones sociales fueran tales que reinara indistintamente entre cada uno de sus miembros individuales la más perfecta igualdad, que el suelo que habitaría no fuera de nadie sino que perteneciera a todos; que, en fin, todo fuera común, hasta el producto de todos los géneros de industrias?”. En 1789, por su instigación fueron quemados los archivos feudales de Roye y él fue quien redactó los *Cuadernos de Quejas y Peticiones» de la Bailía*, donde se reclamaba la abolición de los feudos, el rescate de los censos, la supresión del derecho de mayorazgos, la substitución de los impuestos de diversa naturaleza que existían, por una contribución única y, finalmente, la creación de una educación nacional. Publicó *Le Cadastre Perpétuel* (El Catastro Perpetuo), cuyo discurso preliminar es un verdadero programa político y financiero. Fue encarcelado en Roye por hacer adoptar peticiones en contra de las ayudas a las gabelas; llevado a París salió en libertad por la intervención de Marat. En Noyon sacó a luz *Le Correspondant Picard* (El Corresponsal picardo) por el que sufrió una nueva prisión, en 1791. En 1792 fue elegido administrador del Somme y después del distrito de Montdidier, donde se vio envuelto en un asunto obscuro, en 1793, siendo condenado se fugó; pero fue arrestado para ser puesto en libertad, en julio de 1794. Después de Termidor fundó *La liberté de Presse* (La libertad de prensa). Lo persiguieron y volvió a ser arrestado después de cinco meses de clandestinidad, en febrero de 1795. Lo transformó en *Le tribun du peuple* (El tribuno del pueblo). El mismo cambió su nombre Camille por *Gracchus*. Fue transferido a Arras, desde donde empezó a preparar la Conjuración de los Iguales. Amnistiado, vuelve a publicar su diario, en el que ataca la Constitución del año III, pues los conjurados desean la Constitución de 1793. Fundó la *Société de la réunion des amis de la république,* más conocida con el nombre de Sociedad del Panteón, cuyo objetivo era el de derrocar el Directorio y fundar la República de los Iguales, o sea, establecer en verdad un gobierno popular. El Directorio hizo cerrar la Sociedad del Panteón por Bonaparte en persona.

Entonces Babeuf lanzó, primero, una memoria o panfleto: ¿Se debe obediencia a la Constitución de 1795? (*Doit-on obéissance a la Constitution de 1795?),* y después “El Manifiesto de los Iguales”, que exigía una grande y última revolución para establecer la comunidad de bienes. Una excelente organización, cuya red

secreta abarcaba los doce distritos de París, preparaba la insurrección contra el Directorio. Fue descubierta por la traición de un afiliado, el capitán Grisel que la denunció a la Policía.

Fueron detenidos sus dirigentes, entre ellos el diputado Drouet (él que había hecho arrestar a Luis XVI en Varennes), quien logró escapar. Los implicados eran sesenta y cinco (dieciocho de ellos ausentes). El proceso duró nueve meses, durante los cuales los acusados se defendieron con valor. Babeuf fue ejecutado el 27 de mayo de 1797. Siete fueron deportados, entre ellos Buonarotti, descendiente del gran artista del Renacimiento, quien será el historiador de esta frustrada insurrección.

Las ideas de Babeuf son muy avanzadas y es el primero quien expuso un programa verdaderamente comunista. Afirmaba que todo el mundo debía tener medios para satisfacer sus necesidades; aspiraba a la destrucción de las grandes fortunas y a la abolición del derecho de herencia. Según Babeuf "la tierra no es de nadie. Todo lo que el individuo acapara más allá de lo que necesita para su alimento es un robo social". A fin de conseguir una nueva sociedad, en la que no existan desigualdades, es necesario, según Babeuf, en primer término, establecer una administración común; luego, la propiedad particular debe ser suprimida; cada hombre debe ser destinado a la industria que conoce, teniendo el deber de depositar el fruto de su trabajo en el almacén común. Para realizar estas medidas se crearía un simple mecanismo de distribución, una administración de subsistencias, que llevando un registro de todos los individuos y de todas las cosas haría repartir estas últimas con la más escrupulosa igualdad, depositándolas en el domicilio de cada ciudadano. Con tales medidas desaparecerían todas las miserias y las injusticias y la inquietud económica en general, que, según Babeuf, es "perpetua de cada uno de nosotros, sobre nuestra suerte del día siguiente, de nuestra vejez, de nuestros hijos".

Otros personajes secundarios, en cuanto a figuración, cero de ideas muy interesantes, son Buonarotti y Lange. Buonarotti fue compañero de Babeuf en la jefatura de la "Conspiración de los Iguales". Sus convicciones eran avanzadas. Distinguía claramente dos épocas en la revolución: la primera, de 1789 a 1792, en la cual se proponían únicamente establecer una Monarquía constitucional con un gobierno burgués; la segunda, que comenzaba en 1793, se caracterizaba por la lucha entre los que poseían y los que nada tenían, entre poseedores y desposeídos. De este análisis partía para considerar la necesidad de derrocar al Directorio, con el propósito de organizar, tan pronto cayera, una Asamblea Nacional que tendría por finalidad controlar el poder y dictar una Constitución Socialista para Francia. Escapó de la guillotina, con motivo de su arresto junto a Babeuf. Será el historiador de este frustrado movimiento, cuyo Manifiesto decía: "La revolución francesa es solamente la precursora de otra revolución más grande y más imponente que será la última". Lange, de origen alemán, fue un crítico perspicaz del proceso revolucionario. Atacó rudamente la Constitución de 1791, que estaba dirigida a defender los intereses de la burguesía, considerándola atentatoria al principio de la igualdad de todos los hombres ante la ley, por la división que hacía en ciudadanos activos y pasivos, es decir, entre poseedores y trabajadores, otorgándole derecho a sufragio solamente a los activos.

Siendo funcionario municipal de Lyon, en 1792, propuso todo un sistema de nacionalización general de las subsistencias, en un folleto titulado: "Medios simples y fáciles para lograr la abundancia y el justo precio del pan". Michelet considera a Babeuf y a Lange como a los precursores del socialismo moderno. Lange fue, además, el creador de las primeras cooperativas agrarias, con el objeto de terminar con el hambre del pueblo, evitando la perjudicial acción de los acaparadores y especuladores. Recomienda, para concluir con

los intermediarios, que encarecen la producción, la organización de una vasta red de cooperativas agrarias. Con estas ideas Lange influye notoriamente en Fourier y Owen, caracterizados socialistas utopistas. Sin embargo, la Revolución de 1789 no fue un movimiento socialista. El único movimiento de esa tendencia fue la Conspiración de los Iguales, acaudillada por Babeuf en 1797, contra el Directorio, que fue vencida y aplastada.

Los propietarios, la burguesía y los campesinos acomodados fueron los que sacaron provecho de la revolución. Precisamente, los rasgos distintivos de la revolución agraria, elaborada durante ese proceso, fueron la emancipación de la agricultura de las restricciones de un feudalismo anticuado y la transformación del campesino cultivador en propietario independiente. Desde la revolución, la unidad de propiedad agraria en Francia es pequeña, de tal suerte que se transformó en un país de campesinos propietarios. Mientras el número de propiedades agrícolas es de cinco y medio millones, el número de trabajadores agrícolas es de tres y medio millones. Por otra parte, nada ganó el trabajador industrial, obrero sin propiedad, al que ni siquiera se le permitió asociarse (la Ley Chapelier declaró ilegales las asociaciones de trabajadores, situación que reforzó el Código de Napoleón y otra en 1834), ni tampoco se benefició con la estéril libertad que la Declaración de los Derechos del Hombre afirmaba ser suya por ley natural. La ley controlaba sus movimientos por medio de reglamentos a la vez que prohibía estrictamente su asociación, de tal modo que se enfrentaban indefensos a sus patrones en las disputas industriales. De ahí que la revolución naya consagrado solamente el triunfo de la burguesía, de sus reivindicaciones y de su dominio, de su ideario filosófico económico y político: el liberalismo, concretado en el régimen democrático- burgués.

Jean Jaurès, demócrata y pacifista[127]

Jean Jaurès nació en Castres, departamento del Tarn, el 3 de septiembre de 1859. Después de realizar sus estudios secundarios entró a la Escuela Normal Superior en 1878. De allí salió como "Agregado de Filosofía", tres años más tarde.

Fue designado profesor de Filosofía en el Liceo de Albi, donde enseñó de 1881 a 1883, y se incorporó a la Facultad de Letras de Tolosa. Lo designaron diputado, por primera vez, en las elecciones de 1885, por el Tarn, su comarca natal, integrando una lista política de centroizquierda. Es durante el ejercicio de esta diputación cuando comienza a nacer en Jaurès el pensamiento socialista. En las elecciones de 1889 se presentó por Castres, siendo derrotado. Se reincorporó a la Facultad de Tolosa y se recibió de Doctor en Letras con sus tesis sobre "La realidad del mundo sensible" y "Los orígenes del socialismo alemán".

A comienzos de 1892, al sostener en la Sorbona su tesis de doctorado sobre los orígenes del socialismo alemán, se puede considerar que ha sido conquistado plenamente por la doctrina socialista. En esta tesis Jaurès busca, y encuentra en gran parte, los orígenes del socialismo alemán contemporáneo, no, como el marxismo, en el proceso económico y el desarrollo del capitalismo moderno, no en el materialismo de la extrema izquierda hegeliana, sino en los filósofos idealistas; en las aspiraciones morales y sociales de Lutero y el movimiento de la Reforma; en el idealismo de Kant; en la teoría del progreso indefinido de Fichte y en la doctrina de Hegel.

[127] Atenea n°302-303 (1950)

Tal vez la orientación de esta tesis señala ya el carácter de la posición socialista, muy particular, de Jaurès. Adepto al materialismo histórico, a la luz del cual ensayó interpretar el desarrollo de Francia desde la gran revolución, es al mismo tiempo un filósofo idealista; afirmando la realidad de la lucha de clases, permanecía ligado a la vieja herencia republicana, y pretendía unir el socialismo a la tradición revolucionaria de la burguesía por una república abierta a las reformas sociales. Jaurès fue elegido diputado, de nuevo, en una elección parcial realizada en enero de 1893, poco después de la gran huelga de los mineros de Carmaux, en la segunda circunscripción de Albi, defendiendo el programa socialista. En las elecciones generales del mismo año logró una resonante victoria. Derrotado en 1898, vuelve a triunfar en 1902 y desde entonces, representa sin interrupción la segunda circunscripción de Albi hasta el día de su muerte, el 31 de julio de 1914.

En Jaurès es preciso distinguir dos aspectos bien definidos; uno que corresponde al escritor de vasta obra creadora. Historiador de singular erudición y penetración crítica y periodista múltiple, combativo y razonador poderoso; y otro que se relaciona con el político activo, de extraordinario dinamismo, que se destacó como orador incomparable en el mitin y en la Cámara, y fue el líder del socialismo francés desde 1905 hasta 1914.

En estos instantes, de su amplia actividad, impresiona su denodada contienda contra la guerra y su defensa intransigente de la democracia y la paz. La posición política de Jaurès merece muchas críticas, dado su reformismo conciliador; pero su larga y consecuente jomado pacifista es admirable. Permaneció invariablemente leal al pacifismo y gastó sus mejores esfuerzos en su propaganda hasta entregarle su vida. Y es esta noble actitud de Jaurès la que compromete nuestro reconocimiento emocionado y nuestra adhesión.

Jean Jaurès emprendió la tarea de redactar una historia socialista del desarrollo de Francia desde 1789 hasta 1900. En esta vasta obra Jaurès escribió los tomos correspondientes a la gran revolución: “La Constituyente”, “La Legislativa” y “La Convención”. También redactó el tomo sobre “La guerra francoalemana”. Con el objeto de contribuir a la explicación del programa socialista publicó “El nuevo ejército”, para exponer sus ideas sobre una nueva organización de las fuerzas armadas. Su labor periodística es de gran importancia y son innumerables los artículos de prensa que dejó dispersos en *La Dépêche*, de Tolosa; *La petite République*; *L'Humanité*, que fundó en 1904, transformándose en el diario oficial del Partido Socialista francés (S.F.I.O.) hasta su división en el Congreso de Tours en 1920. También insertó vanos ensayos en *La revue socialiste*. Algunos de estos artículos han sido coleccionados. Los que publicó sobre el asunto Dreyfus fueron agrupados en el tomo *Les Preuves*; otros lo han sido en los volúmenes *Action Socialiste* y *Etudes socialistes*.

Jaurès en su historia socialista de la revolución francesa dirige la investigación hacia el plano de los fenómenos económicos y sociales como decisivos en el curso de dicho suceso, sin dejar de señalar la importancia de las causas ideológicas, teorías políticas y filosóficas. Desde la aparición del magistral estudio de Jaurès la revolución francesa se nos presenta como el coronamiento de una larga evolución económica y social en la que el poder de la burguesía, que llegaba a su madurez, se impuso y logró su lógica consagración hasta ser la dominadora del mundo. La gran revolución no tuvo un carácter socialista, pero de ella, sin embargo, salieron en el siglo XIX la democracia francesa y la democracia europea. Su obra fundamental consistió, en el orden económico y social, en romper las antiguas formas de producción, en

destruir los antiguos moldes que se oponían al desarrollo industrial; y en lo político consistió en abolir los privilegios de la nobleza y del clero, en poner fin a la monarquía de derecho divino y en proclamar los derechos del hombre y del ciudadano. Y no podía hacer más, puesto que el socialismo exige un estado de la evolución económica, un desarrollo de las fuerzas productivas, un perfeccionamiento de la técnica y una conciencia de las clases trabajadoras, que no existían en 1789-1793.

La Revolución francesa se inspiró en las ideas del liberalismo económico e hizo más por salvaguardar los derechos de la propiedad que para proteger los del hombre, incorporando a la burguesía al Estado y a la riqueza en beneficio de la cual se lograron nuevos privilegios. El drama de la revolución francesa, según lo nota Jaurès, es que a pesar del derrocamiento de las clases feudales y de la transformación del individuo en ciudadano, lo esencial de los privilegios antiguos fue mantenido.

Jaurès señaló un nuevo método, y abrió una etapa fecunda, en la reinterpretación del proceso revolucionario de 1789 y su huella ha sido seguida por los diversos historiadores que, después de él, se han preocupado de este magno acontecimiento histórico.

* * *

A principios de 1893, a consecuencia de la huelga de los mineros de Carmaux, se produjo una elección complementaria en la segunda circunscripción electoral de Albi, a la cual pertenece Carmaux. Los obreros levantan y hacen triunfar la candidatura de Jaurès. A partir de ese instante entra a figurar en el estado mayor del movimiento socialista francés. Su llegada a la Cámara, como diputado socialista, coincide con el estallido del famoso escándalo de Panamá, uno de los más típicos del régimen burgués en Francia. Dio motivo para que Jaurès fustigara la plutocracia y presentara una orden del día afirmando que la aplicación resuelta y metódica de la política socialista es la única que puede poner fin a los escándalos que son la consecuencia natural y necesaria del régimen económico capitalista.

Con gran rapidez, Jaurès se destacó en el seno del Parlamento por su versación sociológica y su brillante oratoria. Pronuncia discursos elocuentes, exhibiendo los abusos y las injusticias inicuas del sistema dominante. Casi al terminar su mandato, Francia es sacudida por el famoso asunto Dreyfus, que alcanza caracteres dramáticos cuando el 13 de enero de 1898 estalla el formidable trueno del «Yo Acuso» de Emile Zola. Jaurès interviene a fondo en favor de Dreyfus; defiende y elogia a Zola; denuncia la complicidad del Estado Mayor en ese turbio enredo, creado por el militarismo antirrepublicano y por el nacionalismo reaccionario y antisemita, un abrumador ataque cae sobre la persona de Jaurès y la acusación de «traidor a la patria» es propagada por toda Francia. Esta campaña, concertada por las fuerzas hostiles a la democracia, le provoca la derrota en las elecciones de 1898. Pero Jaurès no desmayó en su actividad por esclarecer el asunto Dreyfus y fue uno de los principales artesanos de su reivindicación.

En el gabinete constituido, a mediados de 1899, por Waldeck-Rousseau, se incorporó, como Ministro de Comercio, el socialista Alejandro Millerand, de acuerdo con Jaurès y en abierta pugna con los principios y actitud del socialista francés, declarado enemigo de la participación en el gobierno. La actitud Millerand-Jaurès dio motivo a una desgraciada escisión. El sector doctrinario, leal al programa socialista, conducido por el gran líder Jules Guesde, combatió violentamente la posición de los partidarios de Millerand y la lucha se enconó por la actitud represiva de los ministeriales en las huelgas que se suceden.

La discrepancia producida se tradujo en el seno del campo obrero en una contienda entre los socialistas reformistas, colaboracionistas, dirigidos por Jean Jaurès, Arístides Briand y Rene Viviani, y los socialistas revolucionarios, que se apoyan en la lucha de clases, conducidos por Guesde, Lafarque, Deville y Vaillant. Los "millerandistas" mantienen en su campo una parte del proletariado francés, valiéndose de las odiosas prácticas de corrupción que introducen en ciertos medios obreros a la sombra de las influencias del poder y atrayéndose a los hombres sensibles a los favores y a las ventajas personales. El Congreso de Ámsterdam, de la Segunda Internacional, reunido en 1904, escuchó a los divididos socialistas franceses y después de oír un memorable debate entre Jaurès, sostenedor de la tesis reformista y ministerialista, y Guesde, defensor de la posición basada en una firme adhesión a la lucha de clases, se pronunció ampliamente por la tesis de Guesde y su resolución pasó a ser la "Carta de las reglas internacionales de la política socialista". Al mismo tiempo que definía la política del socialismo de acuerdo con su contenido revolucionario, condenando la participación ministerial, aprobó una segunda resolución en que llamaba a la unidad al socialismo francés.

Apenas terminado el Congreso de Ámsterdam se reunieron los delegados de los dos grupos y acordaron su unidad, según una declaración conjunta donde afirman que el "Partido Socialista es un partido de clase que tiene por objeto socializar los medios de producción y de cambio, y por medio de la organización económica y política del proletariado. Por su objetivo el Partido Socialista no es un partido de reforma, sino un partido de lucha de clase y de revolución. Los elegidos del partido al Parlamento forman un grupo único en frente de todas las fracciones políticas burguesas; ellos deben rechazar los créditos militares, los créditos de conquistas coloniales, los fondos secretos y el conjunto del presupuesto".

Esta declaración fue ratificada en un Congreso nacional de unidad, a fines de abril de 1905. Quedaba fundado el Partido Socialista Unificado, sección francesa de la Internacional Obrera (S.F.I.O.). Había triunfado la tesis de Guesde, pero el jefe del partido lo será, hasta su muerte en 1914, Jean Jaurès y poco a poco pierde su carácter específicamente revolucionario para transformarse en una agrupación de reforma y de democracia social, no de lucha de clase y de revolución. En 1914 obtuvo 1.400.000 sufragios y 104 diputados.

Desde este período de 1905 en adelante se afirma la posición pacifista del socialismo francés y Jean Jaurès se destaca, magníficamente, en su defensa. Es este el aspecto de su personalidad que atrae nuestras simpatías y merece nuestro respeto. Es esta actividad pacifista la que otorga al socialismo francés de preguerra una señalada ejecutoria moral. Combate la intervención en Marruecos, la ley militar de los tres años y los crecidos gastos armamentistas. En sus diversos congresos discute su posición frente a la guerra hasta concretarla en una resolución, defendida por los líderes Vaillant y Jaurès, que contempla la lucha contra el militarismo y la supresión de los ejércitos permanentes y en caso de conflagración la huelga general y la insurrección.

En el séptimo Congreso de la Segunda Internacional, celebrado en Stuttgart en agosto de 1907, se discutió con calor este punto. La posición del socialismo francés, defendida por Vaillant-Jaurès, fue aceptada. En una resolución aprobada por la unanimidad de los delegados, y en la que se confirman anteriores votos contra el militarismo, el imperialismo y la guerra, se expresa en el párrafo final, tomado de una enmienda de Lenin y Rosa Luxemburgo, que en caso de que la guerra estalle la clase obrera tiene el deber, para hacerla cesar, de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada para agitar las capas

populares más profundas y precipitar la caída de la dominación capitalista. Esta concepción de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil es la que Lenin aplicó en 1917 en Rusia, permitiéndole triunfar.

Jaurès pronunció en estos dramáticos meses vanos discursos combatiendo la guerra, en los grandes centros de Francia. Advierte a los gobiernos capitalistas los peligros a que se exponen y señala a los trabajadores que su deber es el de no derrochar sus energías en favor de un gobierno belicista, sino que el de retener las armas puestas en sus manos y servirse de ellas para abatirlo revolucionariamente.

Su campaña pacifista es denunciada como «traición a la patria», pero Jaurès no desmaya en ella. Es respaldada en el congreso internacional extraordinario de Basilea, reunido en noviembre de 1912, y donde se revelan una vez más las maniobras de los gobiernos que conducen directamente a la guerra: asunto de Agadir, guerra ítalo-turca, guerra balcánica, política reaccionaria del zarismo, que es denunciado como el peor enemigo de la democracia europea. El congreso indica a los gobiernos que se ponen en peligro ellos mismos si desencadenan la guerra.

Un Congreso extraordinario del Partido Socialista, realizado en París, en los días 14-16 de julio de 1914, da una nueva ocasión a Jaurès para que se pronuncie por la huelga general como el medio más seguro de conjurar el azote de la guerra e inspirada en sus ideas, se aprueba una moción que la recomienda para impedir el conflicto que los amenaza.

Los hechos se suceden con increíble celeridad en los diez días posteriores a esa reunión. En el último discurso que pronunció Jaurès, en Lyon, a pesar de la gravedad de la situación, aun exclama con fe: “Tengo la esperanza que el crimen no será consumado”.

El 31 de julio realiza múltiples gestiones en favor de la paz ante el gobierno. En la tarde, después de permanecer en el diario *L'Humanité*, concurre al restaurante Croissant, en Montmartre, donde es asesinado, a balazos, por un individuo medio loco, llamado Raoul Villain.

Así cayó Jean Jaurès, primera víctima de la espantosa guerra de 1914-1918. No podemos olvidar su tenaz y valerosa campaña para impedirla y mantener la armonía de las naciones.

Jaurès luchó por establecer una democracia social amplia y justiciera y defendió al hombre y sus valores espirituales. Pereció por lograr que se mantuviera la paz, palabra simple, elocuente y humana que resume los anhelos de todos los seres humanos. Jaurès fue un mártir en esta cruzada pacifista y es un símbolo para todos los hombres amantes de la libertad, la justicia y la paz.

El movimiento social obrero en Chile[128]

Desde un punto de vista social el lapso de 1900 a 1950, en nuestro país, se caracteriza por la presencia y acción de la clase obrera como conjunto poderoso con intereses, anhelos y aspiraciones propias, claramente delimitadas ante las demás clases.

La clase obrera se constituye, desde mediados del siglo XIX, en la minería de la plata, cobre, carbón y salitre; en la construcción de obras públicas (ferrocarriles, caminos, puertos y edificios); en las faenas

[128] ATENEA 317-318 mayo 1956

portuarias; en la industria manufacturera liviana; en los servicios públicos y en las labores ganadero-industriales de Magallanes. Su crecimiento es notable desde la conquista y monopolio del salitre, durante la administración de Domingo Santa María. Expresa sus primeras manifestaciones reivindicativas durante el gobierno de José Manuel Balmaceda, y en el año de 1890 se produce una huelga de proporciones en la provincia de Tarapacá. Los obreros de las oficinas salitreras exigen que sus salarios les sean pagados en dinero efectivo y no en vales contra los almacenes de las compañías (pulperías). Ante el rechazo de sus peticiones se declaran en huelga y se les unen los trabajadores portuarios de Iquique. Se originaron numerosos incidentes y el incendio de la Oficina San Donato. Esta huelga repercutió hondamente en el seno del Congreso Nacional, donde ya existía una mayoría violentamente adversa al gobierno de Balmaceda. Fue censurado con dureza por negarse a autorizar la represión armada. También estallan disturbios en Valparaíso; y en Santiago, poco antes, ocurrieron trastornos inquietantes. Son las rebeldías iniciales de una clase social que empieza a sacudir los grilletes que la oprimen dolorosamente.

En esta época las masas trabajadoras no tenían ninguna participación en la vida nacional, aparte de ser el elemento pasivo y explotado de la producción. A pesar del gran adelanto material durante la laboriosa administración de Balmaceda, el país en su conjunto, desde el punto de vista económico-social, está bastante atrasado, presentando un carácter marcadamente feudal. Esta realidad la hicieron notar algunos sagaces observadores extranjeros. El noticioso escritor y diplomático francés Charles Wiener, en su libro "Chile y los chilenos", aparecido en París en 1888, señala los contrastes violentos entre la clase dirigente, rica y poderosa, y el pueblo inculto, miserable y extrañamente resignado. El escritor argentino Gabriel Carrasco, en su libro "Del Atlántico al Pacífico y un argentino en Europa. Cartas de viaje", dado a luz en Rosario, en 1890, traza un cuadro bastante acertado de la existencia chilena en esta época. Señala que en Chile impera una aristocracia muy reducida sobre un pueblo laborioso, pero que gana salarios bajísimos. Anota la carencia de una clase media importante y escribe: "La población está clara y netamente deslindada; de un lado, la parte culta, ilustrada, rica, que es poseedora de casi todo el territorio, y que gobierna su feudo o su propiedad de manera que siempre continúe perteneciendo a la familia; del otro, el proletario, los pequeños industriales, los comerciantes de esos articulejos insignificantes que casi nada valen y que se renuevan diariamente, y los arrendatarios de cortas fracciones de tierra, cuyo cultivo apenas produce lo bastante para dar de vivir y pagar la mensualidad al propietario"... Reconoce que la inmensa mayoría de la población de Chile vive sometida al imperio de la tiranía social a que la tienen condenada las clases elevadas y ricas. Agrega que es admirable "la laboriosidad de las clases inferiores del pueblo chileno que se ha dedicado a todas las industrias, que las ejerce con éxito que se ha hecho fortísimo, casi infatigable", pero, como los jornales que recibe son muy pequeños, se aprecia una fuerte emigración que desborda de Chile hacía las naciones vecinas.

Esta última observación del escritor argentino es justa. Si es verdad que el chileno es andariego, no es menos cierto que, a causa de su miseria y de las limitadas condiciones de trabajo en su patria, ha emigrado en grandes masas con el propósito de mejorar su situación. Ya son proverbiales sus búsquedas de oro en California y Australia, a mediados del siglo XIX. Posteriormente, desde 1868 basta fines de 1872, pasó de 25.000 el número de chilenos, sin contar las mujeres y los hijos que los acompañaron, que se trasladaron al Perú a trabajar en la construcción de ferrocarriles, a cargo del ingeniero Meiggs. Millares murieron por las penalidades y las contiendas civiles de los peruanos. Tarapacá y Antofagasta fueron "puestas en valor" por más de 20.000 obreros y exploradores chilenos, de tal modo que la soberanía peruana y boliviana de

esas dos provincias pasó a ser meramente formal, hasta que la guerra del Pacífico corrigió tan anómala situación. A fines del siglo XIX y comienzos del XX, más de 20.000 chilenos se establecieron en las zonas andinas y patagónicas de la Argentina, donde han prosperado como agricultores esforzados. En época más reciente concurrieron en importantes contingentes a trabajar en las faenas de la construcción del canal de Panamá.

Esta emigración tiene su causa honda en el atraso de la explotación agraria del país y en la carencia de industrias.

A fines del siglo XIX, a consecuencia de la evolución capitalista basada en el desarrollo creciente de la minería, surge el proletariado que empieza a luchar, con marcada conciencia clasista, por sus reivindicaciones económicas. Se organizan los primeros grupos revolucionarios y aparecen sus publicaciones iniciales: folletos doctrinarios y periódicos de lucha. Todos ellos influenciados por las doctrinas anarcosindicalistas y socialistas. Según datos del publicista sobre cuestiones obreras, don Luis Álvarez Andrews, en octubre de 1897, Alejandro Escobar Carvallo, Luis Olea C. y Magno Espinoza fundan las primeras uniones socialistas, que, al ser perseguidas por las autoridades, se transforman en sociedades en resistencia. En ese mismo año se fundó la primera sociedad en resistencia de los ferroviarios de la maestranza de los ferrocarriles de Santiago, bajo la dirección de Esteban Caviedes. En 1898, los obreros de Lota fundan la Unión de Obreros en Resistencia del Carbón, dirigida por Luis Morales. En 1899, Magno Espinoza organiza, en Valparaíso, al gremio de panificadores, fundando, en el local social, una escuela nocturna. En 1901, los obreros marítimos del mismo puerto fundan la Sociedad de Tripulantes de Vapores, que establece una Cooperativa de Consumo para sus asociados y cuyo principal dirigente es Manuel A. Guerra. En 1902, se funda, en Santiago, la Federación de Obreros de Imprenta, de tendencia sindical revolucionaria, y en 1905, Luis Cuadri funda la Unión en Resistencia de Carpinteros, de orientación anarcosindicalista.

Surge la prensa obrera y menudean los títulos reveladores: “El Trabajo”, “El Obrero”, “El Pueblo”, “La Democracia”, “El Proletario”, “La Vanguardia”, aunque estos mismos nombres son utilizados para dar a luz periódicos contrarios a la organización y anhelos de las clases populares.

En 1896 aparece, en Santiago, el semanario “La Voz del Pueblo”, que se proclama defensor de los intereses de las clases trabajadoras; en septiembre de 1897, “El Proletario”; en noviembre de 1898, “El Rebelde”, periódico anarquista; en marzo de 1898, “La Tromba”, semanario de sociología, ciencias, artes, filosofía y socialismo; en agosto de 1899, “La Campaña”, publicación quincenal de artes y propaganda social; en febrero del mismo año salió a luz “El Trabajo”, periódico defensor de la doctrina del partido obrero “Francisco Bilbao”; en febrero de 1900 aparece “El Ácrata”; al año siguiente “La Agitación”, periódico eventual, y “El Socialista”, publicación quincenal, de carácter social y político. Más tarde aparece “La Protesta”, semanario anarquista fundado en 1908 y que se mantiene largo tiempo; “El Proletario” periódico mensual de ideas ácratas, en 1913; “La Batalla”, periódico anarquista quincenal, fundado el 1° de noviembre de 1912, y que se sostuvo algunos años. En 1910 se fundó “La Gran Federación Obrera de Chile”, como órgano de la central obrera que se había creado en 1909; con el número 54, del 1° de mayo de 1912, lleva el título de “La Federación Obrera”, simplemente.

En 1913 se publicó el semanario “La Internacional”.

Esta misma eclosión de publicaciones populares se manifiesta en las regiones industriales del país. "El Obrero", órgano de la Unión Obrera y defensor de los intereses de la clase trabajadora, aparece en diciembre de 1897, en Punta Arenas; "El Proletario", órgano de los derechos del proletariado, en 1899, en Carrizal Alto; "El Trabajo", órgano de la Combinación Mancomunal de Obreros, en Iquique, en 1901; "El Obrero", periódico defensor de las clases obreras de la república, en La Serena, en 1901; "Germinal", periódico demócrata-socialista, en Valparaíso, en 1901; y en este mismo puerto salen "El Grito del Pueblo", órgano de defensa del pueblo oprimido, en 1902; y "El Obrero", defensor de la clase trabajadora; "El Obrero Mancomunal", semanario fundado en 1903, en Iquique; "La Voz del Obrero", órgano de la clase obrera, en Taltal, semi diario fundado en 1902 y que aparece regularmente durante una decena de años; "El Proletario", en Tocopilla, semi diario fundado en 1904 y que, también, sale regularmente durante una decena de años; "El 1° de mayo", órgano de la Sociedad Mancomunal Organizada, de Chañaral; "La Revuelta", en 1903, en Valparaíso. Más tarde salen "Germinal", revista sociológica quincenal, órgano de la agrupación socialista, en 1913, en Valparaíso; y en Punta Arenas, en el mismo año, el periódico quincenal "El Socialista", órgano del Partido Socialista.

Los periódicos obreros, de tendencias socialistas o anarquistas, surgen en Santiago, Valparaíso, región salitrera y Magallanes, únicas zonas con industrias importantes y, por lo tanto, con sectores obreros de cierta conciencia clasista, y traducen las aspiraciones tumultuosas de un sector social que despierta vigorosamente.

Junto al florecimiento de la prensa obrera empieza a desarrollarse la organización sindical de la clase trabajadora. A comienzos del siglo actual era apreciable el desenvolvimiento mutualista y, en 1906, existían 206 sociedades mutuales. No obstante, su acción práctica en el mejoramiento económico de los sectores obreros, o en la formación de una conciencia clasista, es casi nula.[129]

Ce mayor trascendencia es la constitución de nuevos organismos de lucha en la zona salitrera: la mancomunal, que tiene más de sindicato de resistencia que de mutual. Este tipo de agrupación nace en Iquique, donde Abdón Díaz preside la primera "Mancomunal Obrera de Chile", organización sindical típicamente chilena y que se extenderá por el norte del país hasta antes de la primera guerra mundial. Entró a suceder a la "Sociedad Pampina" que era mutualista. Entre los organizadores de mancomúnales se destacan Luis E. Recabarren y Lindorfo Alarcón, en Tocopilla; Anacleto Solorza y Antonio Cornejo, en Antofagasta; Hipólito Zuleta, en Taltal; Luis Gorigoitía y Pelón Romo, en Chañaral; Eduardo Gentoso y Julio E. Valiente, en Coquimbo; Román Miranda, en Valparaíso; Luis Morales, en la zona del carbón. En 1901 se fundó la mancomunal de Iquique; en 1902 la de Tocopilla y, luego, en Antofagasta, Taltal, Chañaral, etc.

[129] El movimiento mutualista nació en 1853 cuando, el 18 de septiembre, se fundó la Sociedad Tipográfica de Socorros Mutuos, hoy Unión de Tipógrafos. En 1855 se fundó, en Valparaíso, la Sociedad Unión de Tipógrafos y en ese mismo puerto, en 1858, la "Sociedad de Artesanos". En 1862 se creó la "Sociedad de Artesanos La Unión, de Santiago, a iniciativa de Fermín Vivaceta. En 1883, La Sociedad Fermín Vivaceta de carpinteros y ebanistas. En 1887 la Sociedad de Empleados de Comercio y, en 1894, la Sociedad Igualdad y Trabajo. En septiembre de 1901 se celebró, en Santiago, el primer Congreso Obrero de Sociedades Mutualistas, patrocinado por Zenón Torrealba, en el cual se excluyó, expresamente, a las sociedades en resistencia. En 1902 se fundó el Ateneo Obrero. El movimiento mutualista ha seguido su curso y en 1939 se formó la Confederación Mutualista que agrupó a casi 200 asociaciones. En 1944 existían 600 sociedades mutualistas con 50.000 miembros.

En estas mancomunales reside, en gran parte, la base y origen de la agrupación clasista del proletariado nacional.

La propaganda realizada por sus diversas publicaciones, que denuncian los abusos del capitalismo y las míseras condiciones de vida de las multitudes laboriosas; la constitución de sus primeras organizaciones de lucha, y la presentación de coyunturas especiales, de carácter económico, provocan las primeras huelgas violentas y las anexas represiones de las autoridades, de nuestra historia social.

La manifestación revolucionaria inicial de la clase obrera chilena, que indica el comienzo de una lucha de clases activa, fue la huelga de los gremios marítimos de Valparaíso, el 11 de mayo de 1903, desatada ante la negativa de las autoridades para acceder a lo solicitado en un pliego de peticiones, especialmente aumento de salarios. Ocurrieron diversos disturbios y culminaron con el incendio del inmueble de la Compañía Sudamericana de Vapores. El gobierno lanzó las fuerzas armadas contra las masas, siendo vencidas, a pesar de su resistencia. Cayeron muertos y heridos numerosos obreros.

El 22 de octubre de 1905, las clases laboriosas de Santiago realizan un gran mitin para protestar por el encarecimiento de la vida y, sobre todo, del alza de precio de la carne. (Se había formado un "Comité pro-abolición del impuesto al ganado argentino", del cual era secretario Manuel Hidalgo y miembro Luis E. Recabarren, que realizó una agitación intensa a lo largo del país durante varios meses). Se presentó un pliego de peticiones al presidente Germán Riesco, quien no lo atendió. Las masas atacaron a los especuladores, destruyeron algunos almacenes, tomaron posesión de las comisarías y, por 48 horas, fueron dueñas de la capital. Las fuerzas policiales se retiraron de Santiago a reunirse con el Ejército, que se encontraba en maniobras. La represión fue violenta y cayeron más de 200 obreros.

El 6 de febrero de 1906, estalló, en Antofagasta, una gran huelga de los cargadores de la playa y operarios de la maestranza del ferrocarril, a la que se agregaron los lancheros, carretoneros y trabajadores de la pampa. Pedían aumento de salarios y mayor tiempo libre consagrado a las comidas. Las masas actuaron violentamente, provocando grandes desórdenes. El crucero Blanco Encalada disparó sobre la ciudad y desembarcó marinería. Fueron muertos y heridos numerosos obreros. En este mismo año se produjo, en Santiago, una gran huelga ferroviaria. Duró mes y medio y su principal exigencia era que el pago de los salarios se hiciera en moneda de 16 d.

El 16 de diciembre de 1907 se desencadenó un gran movimiento en Iquique. Los obreros pedían aumento de salarios; libre entrada de los vendedores a las oficinas, para evitar la extorsión de las pulperías de las compañías salitreras; y la colocación de rejillas metálicas en los "cachuchos", a fin de impedir la caída de los trabajadores y su muerte horrorosa. Participaron más de 10.000 obreros. Las autoridades en vez de atender tan justas demandas ordenaron ametrallarlos, siendo masacrados alrededor de 2.000 hombres, mujeres y niños.

El gobierno imitaba la actitud del presidente francés Thiers, quien después de la represión de la Comuna de París, y orgulloso de su "victoria", proclamaba; "el suelo está cubierto con sus cadáveres; este espantoso espectáculo servirá de lección". No se conmueve frente a las justas exigencias de las clases populares. Trata de acallarlas con la metralla. Es que el régimen político imperante, concretado en el parlamentarismo, sólo traducía y defendía los grandes intereses de la plutocracia de banqueros, latifundistas e industriales salitreros y del carbón. El gobierno y los oligarcas permanecen insensibles a

toda medida de reforma y de justicia. Para ellos sólo tienen realidad sus privilegios, los que son defendidos por sobre la salud y vida de la clase obrera y de la Nación. Incapaces de comprender las grandes necesidades colectivas gastan su energía política en un juego bizantino de luchas pequeñas, de artimañas y componendas. La rotativa ministerial, la corrupción de las costumbres electorales, la desorganización administrativa y la entrega de las riquezas mineras al capitalismo extranjero, y, como resultado general, la paralización del progreso del país, son las características de este régimen parlamentario chileno. Los partidos políticos, en vez de ser los intérpretes de las grandes aspiraciones nacionales, no pasan de constituir grupos de políticos profesionales, divorciados de todo idealismo superior y de toda visión patriótica.

La posición de los grandes partidos frente a la cuestión social, o sea, ante los problemas del trabajo y de la clase obrera, que se abre dolorosamente con las grandes huelgas descritas, es de una terrible frialdad e incomprensión.

El Partido Conservador agrupa a sectores de grandes terratenientes y defiende, exclusivamente, los intereses del latifundio y de la Iglesia. A través de la religión católica controla algunos sectores populares. Posee una fuerte disciplina, derivada de la defensa concreta de grandes privilegios terrenales y de la organización internacional de la Iglesia Católica. Basándose en la Encíclica de León XIII, "*Diuturnum Illud*", de 1888, que combate a las doctrinas extremistas, mantiene una posición de cerrada intransigencia en contra del movimiento obrero. A raíz de las primeras manifestaciones populares, el diario "El Porvenir", órgano del conservantismo y de la Iglesia, escribe el 16 de septiembre de 1892: "Indispensable es que todos los partidos políticos hagan causa común para poner atajo serio y eficaz a la sorda labor que comienza a agitar a las capas inferiores de la sociedad, inoculando en ella gérmenes de socialismo cuyas manifestaciones pueden hacerse cada día más serias si no se las resiste y sofoca en sus comienzos".

Los conservadores desprecian al pueblo laborioso y únicamente toleran que se le mantenga como sector obediente y servil. Adhieren entusiastas a la fórmula del pigmeo Thiers, cuando en el Parlamento de Francia, al defender una ley represiva (la Ley Falloux, en 1851), afirmaba que "el pueblo está en la tierra para sufrir".

El propio León XIII, en su nueva Encíclica "*Rerum Novarum*", de 1891, planteó un criterio de comprensión de los problemas obreros, y reconocía la justicia de sus reivindicaciones, aconsejando una política de reformas en su favor. El Partido Conservador no se dio por advertido y mantuvo siempre una actitud de desprecio hacia el pueblo, hacia sus grandes multitudes de inquilinos y peones, y una total insensibilidad frente a sus demandas. La labor individual de algunos de sus miembros, sinceramente cristianos, no absuelve en lo más mínimo la posición cerrada y hostil a la clase obrera, mantenida como partido.

Por eso es una ironía afirmar que el Partido Conservador es el creador de la legislación social en Chile, pues su actitud es la de considerar la pobreza y las injusticias sociales, como un mal necesario que sólo la caridad personal, convertida en limosna, puede mitigar, y de ningún modo ha propiciado una legislación social adecuada y una reivindicación amplia y humana de las clases inferiores. Para los conservadores es natural la miseria, está dentro del "orden providencial". Han llegado a proclamar que "la pobreza... es el estado más rico en medios para que el hombre alcance sus destinos eternos", mientras que la riqueza está perpetuamente amargada por la sentencia bíblica de que primero pasará un camello por el ojo de una

aguja antes que un rico se salve. ¡Son los privilegiados de la fortuna, los terratenientes y grandes magnates, los dignos de la mayor conmiseración y los pobres los sujetos envidiables!

El Partido Radical, cuya primera convención se realizó en 1888, era un conglomerado orientado por el más puro individualismo-liberal. Socialmente reunía sectores de grandes mineros y latifundistas sureños, o sea, de la nueva burguesía formada en la segunda mitad del siglo XIX, y sectores de pequeña burguesía (burocracia, profesionales, pequeños comerciantes, industriales y agricultores), que sólo tendrá influencia dentro del partido a lo largo del presente siglo, sus personeros estaban ligados por cultura, relaciones sociales y económicas, a la oligarquía. Sus divergencias se limitaban a los asuntos que guardaban conexión con las relaciones del Estado y la Iglesia y del Estado docente. Sus dos más notables dirigentes, Enrique Mac-Iver y Valentín Letelier, fueron acérrimos enemigos del gran presidente Balmaceda y se destacaron, Mac-Iver en la tribuna y Letelier en la prensa, como los impugnadores de los partidarios de Balmaceda que afirmaban el carácter oligárquico y reaccionario de la oposición congresista. Estos próceres radicales negaron la existencia de una clase oligárquica y privilegiada en el país y sostuvieron que regía la más perfecta democracia e igualdad social. Mac-Iver mantuvo su criterio sin variaciones y negó obstinadamente, a pesar de los movimientos obreros de 1903 y 1905, que existiera en Chile la cuestión social. En cambio, Valentín Letelier, espíritu sociológico notable, apreció claramente la realidad social del país y comprendió el alcance del malestar obrero y de sus primeras rebeldías. Por eso, en contra de la autoridad omnímoda de Mac-Iver, sostuvo la necesidad de que el Partido Radical contemplara en su programa los problemas sociales, que se abriera a su comprensión y llevara a cabo una campaña para darle una adecuada solución jurídica. Mientras Mac-Iver se mantiene aferrado a los principios del liberalismo clásico, Letelier adhiere a un socialismo reformista, moderado y evolutivo, y llega a exclamar: o el Partido Radical se da un programa socialista mínimo o deja de ser radical y democrático.

Esta pugna se ventiló y definió en la Convención de 1906. Letelier impuso su criterio y éste fue recogido en una modesta declaración, que al leerla hoy día nos permite comprender el tremendo atraso de los partidos históricos para enfocar la realidad social y económica del país y por qué todavía nuestra patria presenta contradicciones e injusticias de fondo tan hirientes y dolorosas. El debate mencionado quedó resumido en la resolución siguiente: “La Convención declara que es deber moral, obligación jurídica y obra de previsión política, no abandonar a los desvalidos en la lucha por la vida, especialmente a los pobres que viven del trabajo diario y, que, en consecuencia, se deben dictar aquellas leyes y crear aquellas instituciones hasta donde se pueda, sin daño del Derecho, en pie de igualdad con las otras clases sociales: Declara que es deber de las Municipalidades y del Estado prohibir las habitaciones antihigiénicas especialmente en las ciudades, y fomentar la construcción de casas salubres para los pobres. Declara que, siendo solidaria la salud de todos los habitantes del territorio, en los casos de enfermedades epidémicas o contagiosas, y no estando en manos del individuo evitarlas cuando sobrevienen, corresponde al Estado para prevenirlas, crear la política sanitaria y, para combatirlas, imponer coercitivamente aquellas medidas generales de preservación y profilaxis que la ciencia de la higiene aconseja”.

El Partido Demócrata se fundó el 20 de noviembre de 1887, y tuvo su primera Convención el 14 de julio de 1889, al cumplirse el primer centenario de la revolución francesa. Su papel político fue modesto en sus primeros años. Reunió en sus filas sectores de artesanos y obreros; empleados y pequeños comerciantes. Su orientación era laica, colectivista y reformista. Es, sin duda, el primer partido popular y quien inició la organización de las masas obreras tratando de despertar su conciencia de clases. Y en su haber positivo

tiene su afán constante por lograr la dictación de una amplia legislación social y el desarrollo de la instrucción primaria.

En su programa establecía reivindicaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Pretendía afirmar una democracia real por medio de la reforma de la Ley de Elecciones; la conversión del papel moneda y el restablecimiento de la circulación metálica para lograr la estabilidad del valor de la moneda; la supresión de las contribuciones sobre los artículos de alimentación y vestuario; entrabar la importación de mercaderías de gran consumo para que el país las produzca por sí mismo y se creen nuevas fuentes de riquezas para la Nación y de bienestar para los obreros. En su punto 8° pide: "Que la creación de manufacturas es particularmente benéfica a los agricultores por la gran cantidad de materia primas que requieren las fábricas y por la inmensa variedad de productos alimenticios que consume la población manufacturera, sin contar la rápida acumulación de capitales y la baratura de las maquinarias y herramientas agrícolas". Se opone a la inmigración y defiende la colonización con elementos nacionales y estima que para vincularlos a la tierra debe considerarse que el trabajo del suelo es el único título legítimo de propiedad; propicia la honradez administrativa como la más alta aspiración del partido para terminar con la política de negociados y manejos indecorosos; plantea diversas reivindicaciones de contenido social: asistencia por el Estado de los inválidos del trabajo, de los enfermos y ancianos; protección por el Estado de las asociaciones obreras que persigan el ahorro y el socorro mutuo; mejoramiento de las condiciones de vida de los inquilinos y arrendatarios modestos; creación de los Ministerios del Trabajo y de Higiene; contribuciones a herencias, donaciones y rentas; en lo cultural proclama la educación universal como un medio de llegar al sufragio universal y expresa que la instrucción dada por el Estado debe ser gratuita y laica y la primaria debe ser, además, obligatoria.

El Partido Demócrata presentó, por intermedio de sus parlamentarios, una serie de proyectos de leyes, que son el antecedente más preciso de las leyes sociales dictadas desde 1924. Su principal dirigente, Malaquías Concha, en su obra de popularización de los principios y reformas del Partido Demócrata, intitulada: "Programa de la Democracia", en 1894, dice: "El Partido Demócrata tiene por objeto la emancipación política, social y económica del pueblo" y al detallar los aspectos principales de su programa concreto expresa que "el mejoramiento de la situación económica del pueblo es la condición indispensable de la igualdad social y de la libertad política que proclama la democracia".

En su Convención de 1921, el Partido Demócrata se definió como colectivista y reformista y su labor práctica en favor de las ciases desvalidas fue bien escasa, pues se ligó al juego de componendas políticas, a menudo en contra de los intereses del pueblo. Su mérito estriba en haber formulado las reivindicaciones enunciadas que estaban contenidas en los pliegos de los grandes movimientos huelguísticos desde comienzos de este siglo.

En 1907, según el Censo de ese año, la población del país alcanzaba a 3.250.000 habitantes, de los cuales el 44% se concentraba en las poblaciones de más de 1.000 habitantes. Se desarrollaba un crecimiento urbano a expensas del campo. Las masas campesinas lo abandonan atraídas por los mejores salarios de las minas y faenas de construcción. Pero ese fenómeno no es impulsado sólo por cuestión de salarios, también lo es por la no realización de una reforma agraria que arraigue al trabajador rural a la tierra en condiciones de bienestar y prosperidad. En 1875, la población urbana alcanzaba al 27% y la rural al 73%;

en 1930, es del 49.4% y 51.6%, respectivamente y en 1940, del 52.5% y 47,5%, lo que indica ya la supremacía de los sectores urbanos sobre los del campo.

Según el mismo censo, la población activa llegaba a 1.250.000, el 40%, de los cuales casi un millón constituía la clase asalariada, o proletariado: 300.000 obreros, trabajadores libres; 240.000 gañanes, o trabajadores ambulantes; 220.000 labradores del suelo; 40.000 mineros; 140.000 comerciantes y empleados de comercio. Por otra parte, el 60% de la población era analfabeta: un 25% de la población infantil y un 35% de la masa adulta.

Los salarios en 1907-8, fluctuaban para los inquilinos entre 0.20 centavos y $ 1, moneda corriente de 10½ d.; para los peones ambulantes, o "forasteros", entre 0.80 centavos y $ 1.60, con una jornada de sol a sol. En las minas de Tarapacá y Antofagasta eran de $ 5 a 6 en el interior y de $ 4 a 5 en la costa, moneda de 10½ d. En las provincias de Atacama, Coquimbo y Aconcagua de $ 3.50 a 2 en la costa y de $ 4 a 2 en el interior. En las minas de carbón se pagaba hasta $ 5.50. En Magallanes, $ 6. En las industrias el salario medio para los hombres era de $ 3.80 y para las mujeres y niños de $ 1.80, moneda de 10 ½ d. La jornada de trabajo era de 9 a 12 horas.

Es evidente que la lucha de clases, obreros contra capitalistas, surge a raíz de esta dolorosa situación económica y social. La explotación capitalista es despiadada: bajos salarios, malas condiciones de trabajo, alto costo de la vida, lo que se traduce en alimentación deficiente, vestuario escaso y habitaciones insalubres y una desalinización sistemática de la moneda que agrava las penalidades de la clase obrera. Y ella explica el debilitamiento de la raza, en razón de las epidemias que la asuelan: mortalidad infantil elevadísima; fuerte mortalidad por tuberculosis, bajo término medio de vida; predominio de vicios infamantes como los del alcoholismo y la prostitución; y, además, terrorífico analfabetismo.

Los trabajadores solicitan reivindicaciones precisas, sobre todo alza de salarios y término de la desvalorización monetaria. El escritor norteamericano Frank W. Fetter expresa un acertado juicio cuando escribe: “Las clases asalariadas frente al alza de los precios comenzaron a luchar por obtener salarios más altos, lo que dio origen a que se desarrollara una conciencia de clase. El alza de los precios fue uno de los elementos más importantes en el desarrollo de la cuestión social en Chile”. (Y sigue siéndolo como lo manifiestan las grandes huelgas de febrero de 1950 que provocaron un cambio político en la dirección del país y todavía no vislumbramos qué resolución definitiva determine).

Las reivindicaciones exigidas con mayor insistencia por los obreros en sus movimientos de comienzos de siglo, son las siguientes: Aumento de salarios para contrarrestar las oscilaciones del cambio y la disminución del poder adquisitivo de la moneda; fijación del valor de la moneda con el objeto de evitar el empobrecimiento y la burla de los aumentos a raíz de la depreciación sistemática; término del sistema de las pulperías; limitación de la jornada de trabajo, prohibición del trabajo nocturno y pago del trabajo extraordinario; seguridades en las faenas, limitación del peso del saco de salitre y de los envases agrícolas; seguro por accidentes del trabajo y pensión de vejez; atención médica gratuita y policlínicas; casas higiénicas para los obreros; escuelas primarias y nocturnas para los obreros; casas y campos de deportes; aceptación de las sociedades obreras y sindicales, como legales y creación del Ministerio del Trabajo.

El gobierno frente a las agitaciones de la clase obrera no demuestra ninguna preocupación. Cuando se produce un movimiento sólo trata de reprimirlo con la fuerza armada. Lentamente, por la acción de

algunos políticos connotados, acoge la idea de resolver algunas de las reivindicaciones enumeradas dictando leyes sociales. Se discutieron y aprobaron seis, que tienen más que nada un valor histórico, por cuanto no remediaron ninguno de los grandes problemas que afectaban al elemento trabajador.

El 20 de febrero de 1906 se dictó la Ley de Habitaciones para Obreros, por cuanto "dándole al obrero habitaciones cómodas lo aparta del vicio... sin habitación no hay familia, no hay hombres, no hay patria". (Palabras del diputado radical Ramón Corvalán Melgarejo).

El 29 de agosto de 1907, se dictó la Ley de Descanso Dominical Obligatorio; en diciembre de 1914, la Ley de Sillas en los establecimientos comerciales; el 13 de enero de 1917, la Ley de Salas Cunas en establecimientos industriales; el 30 de diciembre de 1917, la Ley sobre Accidentes del Trabajo y, finalmente, la Ley que creó la Caja de Previsión de los ferroviarios.

Por otra parte, en vista de la extensión de los movimientos obreros, por decreto del 5 de abril de 1907 se designó al Inspector de la Sección de Estadística Agrícola del Ministerio de Industrias y Obras Públicas, para que reuniera antecedentes sobre las condiciones del trabajo en el país. Más tarde, la Ley del 8 de junio de 1910, creó la Oficina de Estadística del Trabajo. (En estos modestos cargos se destacan los ciudadanos Simón Rodríguez y Eugenio Díaz Collao, quienes reunieron valiosos materiales para el estudio de los problemas sociales en Chile, durante estos años, a la vez que sirvieron a la causa social del trabajo).

Las leyes mencionadas constituyeron la base de la moderna legislación social chilena, cuyo paso más importante lo dio el gobierno de Arturo Alessandri, cuando, en 1921, presentó al Congreso Nacional un Proyecto de Código del Trabajo. Fue postergado por la reacción oligárquica hasta 1924 en que los militares impusieron la rápida aprobación de varias leyes sociales.

En el proceso de organización de las clases obreras tiene importancia la fundación de la Gran Federación Obrera de Chile, el 18 de septiembre de 1909. Sus organizadores fueron elementos conservadores, don Pablo Marín Pinuer, iniciador de las gestiones, y Emilio Cambié, su primer presidente, desde 1909 a 1914. Este organismo obtuvo su personalidad jurídica en 1912. Se creó sobre bases mutualistas, con finalidades de asistencia social, de mejoramiento económico (formar cooperativas de consumo, crédito en dinero a sus asociados, fomento del ahorro, seguros contra enfermedades, de vida, de desocupación forzosa) y de perfeccionamiento moral y cultural (ludia contra el alcoholismo, creación de escuelas, teatros, bibliotecas, periódicos, dictación de conferencias). La FOCH propiciaba en lo sindical intervenir en los desacuerdos de patrones y obreros, en forma de armonizar, y aceptaba el arbitraje como medida de conciliación del capital y el trabajo. Luchaba por la creación de tribunales arbitrales en que estuvieran representados los intereses obreros y patronales por iguales partes y una parte neutral llamada a fallar las discusiones. Perseguía el establecimiento de la jornada de ocho horas y de un salario mínimo vital. Propiciaba la creación de un organismo denominado Oficina del Trabajo para facilitar la contratación de trabajo para el elemento obrero.

A pesar de su estructura mutualista inicial, la Foch fue la base de una central del proletariado revolucionario. Es que en la época de su nacimiento la acción de la clase obrera era sostenidamente combativa, lo que pronto influirá en sus cuadros. Así, en 1908, el año anterior a la fundación de la Foch, hubo 29 huelgas importantes: 11 en Santiago, 3 en Antofagasta, 3 en Concepción y 3 en la zona carbonífera y las demás en diversos puntos del país.

Su primera convención se realizó en Santiago, en 1911, y en ella se discutieron problemas relacionados con la efectividad y extensión de los servicios prestados por la institución a sus asociados y problemas referentes a la organización de la clase obrera. Pronto ingresan a ella las «mancomunales» y en su segunda convención, celebrada en Valparaíso, en 1917, se aprobó un acuerdo que se refería al deseo de agrupar en la Federación Obrera de Chile a toda la masa asalariada del país, sin distinción de ninguna especie. Desde esta Convención pasa a ser un poderoso instrumento del movimiento sindical revolucionario y su principal dirigente es Luis Emilio Recabarren, quien recorrerá el país sembrando la inquietud clasista y la necesidad de la organización. Desde esta época es Recabarren el dirigente obrero de mayor capacidad y prestigio del proletariado nacional.

En su tercera convención, realizada en Concepción, en 1919, el programa reformista y de colaboración a la política social del gobierno que había mantenido la Foch, sufre un cambio substancial. Se aprobaron nuevos Estatutos y la Declaración de Principios adoptada proclamaba la total abolición del régimen capitalista y declaraba que, eliminado este sistema, correspondía a la Foch tomar el control de toda la economía nacional y asumir sus responsabilidades.

En el período de formación del proletariado, y de su organización sindical, se destaca el más valioso de los líderes obreros de nuestro país, Luis Emilio Recabarren Serrano. Nació en Valparaíso. Ingresó al gremio de los tipógrafos y se afilió al Partido Demócrata. Pronto se trasladó al norte del país y junto j a otros esforzados dirigentes dan comienzo a la constitución de las mancomúnales de obreros. Fundó numerosos periódicos y es el indiscutible creador de la prensa obrera; asimismo, dio a luz varios folletos sencillos sobre temas sociales. En su tiempo fueron famosos “El Despertar de los trabajadores”, en Iquique; “La Defensa Obrera”, en Antofagasta; “El Socialista”; “La Federación Obrera de Chile”, en Santiago, que tuvo una tirada de 20.000 ejemplares y donde Recabarren, además de escribir, desempeñaba las tareas de administrador. En sus folletos incluye, recomendaciones para que se organicen, lean y protejan la prensa popular; que no beban ni se entreguen a los vicios que destruyen su organismo y su conciencia de clase.

La labor sindical de Recabarren, sus condiciones de organizador y propagandista, su afán por elevar la cultura de sus compañeros de trabajo por medio del folleto y de la prensa, lo acreditan como a un hombre de notable perfil social y político, con verdaderos contornos de apóstol. Se ha dicho que Recabarren era de pocas luces y en este sentido se le ha querido disminuir y desconocer. Es un juicio simple y falso. Por el contrario, fue un autodidacto extraordinario, de sólida cultura en materias sociales y gran conocedor de los problemas que afectaban a las clases laboriosas y a la economía nacional.

Los sectores más adelantados de la clase obrera lo siguieron con devoción. Su talento natural y su desinterés lo rodearon de una atmósfera de respeto y de admiración. En marzo de 1906, cuando el cohecho más desenfrenado era el único vehículo para elegir a los miembros del Congreso, Recabarren venció en la circunscripción de Tocopilla, Antofagasta y Taltal. En el seno de la Cámara, donde entonces se calificaban las elecciones, una mayoría ocasional, de carácter político-religioso, lo excluyó, so pretexto que no había prestado el Juramento en la forma tradicional y ordenó repetir la elección. Volvió a triunfar Luis E. Recabarren, y de nuevo fue despojado de su mandato, a pesar de su defensa inteligente y elevada en el seno de la Cámara de Diputados y en circunstancias que toda la prensa destacó la calidad genuinamente democrática y ejemplar de su victoria. Su arbitraria exclusión se debió a un motivo de clase, claramente expuesto por el diputado defensor de su rival en aquella memorable lucha, y según él, Recabarren no

podía ser admitido en la Cámara de Diputados, pues «no es tolerable que en la Cámara vengan a representarse las ideas de disolución social que sostiene el señor Recabarren».

Recabarren fue despojado en forma inicua de su representación, la única hasta ese instante legítimamente obtenida, sin recurrir al cohecho ni al fraude, y por eso al retirarse de la Cámara, donde había defendido su causa, con dignidad y elocuencia, expresó: “Me iré de aquí convencido de que no se hará obra de justicia, porque tengo la convicción de que la voluntad popular no será respetada. Para sostener inexactitudes se ha apelado al recurso de que la palabra del caballero debe prevalecer sobre la del indigente, sobre la del pobre... Me retiraré de este recinto a donde llegué demasiado pequeño, y me retiraré grande, pues veo levantarse detrás de mí la opinión unánime del país que no acepta el veredicto de esta corporación”.

Recabarren se marchó al extranjero, visitando Argentina y Europa, en los años 1907 y 1908. Al regresar, a pesar de las persecuciones, prosiguió en su labor de organización de la clase obrera y en la divulgación de los principios socialistas. Precisamente, abandonó el Partido Demócrata, por estimarlo contrario a los auténticos intereses del pueblo trabajador, y en junio de 1912, fundó el Partido Socialista Obrero. El nuevo partido no adquirió volumen a causa de la escasa madurez política de la clase obrera, pero es un antecedente de interés en la historia del movimiento popular. Permite aquilatar el criterio certero de Recabarren, al plantear la lucha sindical reivindicacionista inseparable de la acción política. Para él la clase trabajadora debía realizar una doble contienda en contra de la clase dominante: organización sindical para obtener conquistas inmediatas, que mejoren las condiciones de vida y trabajo; y organización política propia dirigida a conseguir la emancipación económica y social de las clases laboriosas por la transformación integral del régimen capitalista actual.

El movimiento social obrero en Chile[130]

La primera guerra mundial fue una época de prosperidad para Chile, a causa de las fuertes demandas de salitre y cobre. El gobierno y la clase dominante obtuvieron grandes ganancias, pero las derrocharon y no intentaron crear una base económica diversificada y estable. Tampoco se mejoraron las condiciones de vida del pueblo, sucediéndose constantes movimientos huelguísticos. Al término de la guerra cesan las exportaciones de salitre y se produce una grave crisis. En 1918 se cierran más de noventa oficinas salitreras. Miles de obreros son lanzados a la desocupación y al hambre. El costo de la vida se eleva considerablemente. Se organizan, entonces, movimientos populares que combaten el encarecimiento de la vida y tratan de obtener trabajo. Los famosos "mítines del hambre" alcanzan inusitadas proporciones, en cuya dirección se hacen notar Carlos A. Martínez, actual senador de la República, y Casimiro Barrios. En esta campaña se formó el primer frente único de la clase asalariada chilena en la Asamblea Obrera de la Alimentación, auspiciada por la Foch y cuya acción culminó el 28 de agosto de 1919, en un gigantesco mitin al que asistieron más de 100.000 personas.

La terminación de la guerra mundial provoca otras graves consecuencias para nuestro país. El imperialismo alemán es aplastado y desplazado por el inglés (la industria eléctrica y los intereses salitreros, controlados por capitales alemanes, pasan a manos de los ingleses) alcanzando el máximo de su predominio en Chile. Al mismo tiempo se precipita en forma avasalladora el joven y potente imperialismo norteamericano. Pasó

[130] Atenea N°319-320

a ser un gigantesco acreedor de Europa y entró, en seguida, a dominar la América Latina. Desde 1925 acrecienta su penetración en la economía nacional hasta dominarla del todo. En 1912 sus inversiones sumaban 15 millones de dólares; en 1930 alcanzaban a 700 millones de dólares.

Por otro lado, la guerra mundial permitió el derrumbe de la autocracia zarista y el triunfo de la revolución socialista, en 1917. Desde fines de ese año, al ser conducida por el Partido Bolchevique, Comunista, y su líder Lenin, tendrá una honda repercusión internacional. Difunde las ideas marxistas revolucionarias y da origen a los partidos comunistas. En Chile influye notoriamente. La Foch, que desde su Congreso de Concepción había tomado un tinte revolucionario, acordó en su Congreso de Rancagua, celebrado el 25 de diciembre de 1921, su adhesión a la Internacional Comunista de Moscú y se da una estructura a base de consejos industriales, los que se fijan en seis grupos: Alimentación, Manufacturas, Transportes, Construcciones, Minas y Servicios Públicos. También adhiere a la Internacional Roja, la Federación Ferroviaria, que controlaba alrededor de 12.000 afiliados. En su Congreso Extraordinario de San Bernardo, en febrero de 1925, expresaba ideas que sintetizan muy bien la orientación clasista y revolucionaria del proletariado chileno a partir de 1920. Esta declaración dice: "La Federación Obrera Ferroviaria de Chile, tiene por finalidad la supresión total de la explotación del hombre por el hombre aboliendo la causa fundamental que la genera, es decir, la propiedad privada. En consecuencia, su lucha tenderá siempre a conseguir la socialización de los medios de producción y transporte, a fin de imponer una forma de convivencia social donde el trabajo sea obligación de todos".

Además, el Partido Socialista Obrero, fundado por Recabarren, fue transformado en el Partido Comunista, sección chilena de la III Internacional. Recabarren viajó a Rusia, en 1922-23, por algunos cortos meses, donde asistió a un congreso sindical. A su vuelta publicó un libro con los artículos y conferencias que contenían sus impresiones de la U.R.S.S., titulado: "Lo que vi en Rusia".

Frente a este movimiento obrero de carácter marxista-comunista, se alza y extiende el movimiento obrero de orientación anarquista. En 1919 se fundó en Chile la I.W.W. (Trabajadores Industriales del Mundo). Propiciaba la organización de base por industrias, en lugar de las agrupaciones gremiales existentes. Acepta seis grupos básicos o departamentos industriales: Agricultura y Pesca, Minas, Manufacturas, Construcciones, Transportes y Comunicaciones y Servicios Públicos. Tuvo varios miles de afiliados, sobre todo en los gremios marítimos, gráficos, zapateros albañiles y estucadores. Su primera convención tuvo lugar el 24 de diciembre de 1919, en Santiago. Declaró que la I.W.W. era una organización revolucionaria que perseguía la supresión del salariado por medio de la unión de todos los obreros organizados que debían tomar posesión de los medios de producción y estructurar la sociedad futura. Declaraba que sus enemigos eran el Capital, el Gobierno y el Clero. Propiciaba como métodos de lucha la huelga, el sabotaje y el boicot.

En la I.W.W. tuvieron briosa actuación dirigentes universitarios (Juan Gandulfo y Oscar Schnake) y obreros (Augusto Pinto, Arratia, Mondaca, Triviño, Alberto Baloffet, Benjamín Piña). Influyó notablemente en la Federación de Estudiantes de Chile, organismo que libró resonantes campañas y que editaba el gran semanario "Claridad", de honda gravitación ideológica en su tiempo. Aparte de las colaboraciones originales de la juventud de la época reproducía artículos de los teóricos anarquistas: Bakunin, Reclús, Proudhon, Kropotkine, Faure, Grave, Nordau, Tolstoy, Drapper y otros.

La grave crisis económica de postguerra, el desasosiego de las masas, conducidas por la Foch y la I.W.W. generan un clima tumultuoso en el país. El gobierno de Sanfuentes lo enfrenta con violentas medidas represivas. En 1919 se produjo una gran huelga en Puerto Natales, durante la cual prácticamente los obreros y funcionarios tuvieron el control de la ciudad. El 20 de junio de 1920, fue incendiado el local de la Foch, en Magallanes, mientras se celebraba un acto y sus ocupantes, al pretender huir, fueron fusilados por orden de las autoridades. En Santiago, una poblada de juventud oligárquica destruyó el local de la Federación de Estudiantes de Chile; el estudiante y poeta Domingo Gómez Rojas fue detenido y encarcelado, falleciendo a raíz de los malos tratos. En la zona del carbón estalló una huelga que duró 83 días y que abarcó los lugares de Coronel, Lota, Lebu y Curanilahue. Numerosos dirigentes obreros son apresados.

Esta coyuntura social y económica encuentra eco en el plano político en la conjunción populista de la Alianza Liberal, acaudillada por don Arturo Alessandri Palma. Triunfó en la elección presidencial de 1920 después de una campaña memorable, a los compases del "Cielito Lindo". La clase trabajadora actuó sin organización propia, pero determinó la victoria de Alessandri, cuya fuerza social eje era la pequeña burguesía. (Una convención obrera verificada en Antofagasta, los días 1-4 de junio de 1920, proclamó la candidatura de Recabarren, pero no tuvo eco).

Una vez en la presidencia, Alessandri fue incapaz de solucionar los grandes problemas económicos y sociales que agobiaban al país. Su Proyecto de Código del Trabajo fue torpedeado por las fuerzas contrarias a su régimen. El desconcierto de las masas se hizo patente y de nuevo estallan grandes huelgas. En 1921 son ametralladas en San Gregorio (Antofagasta), pereciendo alrededor de 500 obreros. A pesar de tan dolorosa sangría hicieron triunfar a su líder, Luis E. Recabarren, como diputado por Antofagasta, en las elecciones de marzo de 1921, y en la Cámara se impondrá por su talento, rectitud y valentía para exhibir las condiciones de vida de sus hermanos de clase y por la defensa de sus anhelos de mejoramiento económico y social.

El gobierno de Alessandri se debatió en medio de una inoperancia y de un caos indescriptible. Las luchas de la clase obrera alcanzan grandes proporciones y nuevos gremios se suman a esta amplia pugna de clases. Crece bastante el movimiento sindical de los maestros. En 1915 se había formado la Federación de Profesores de Instrucción Primaria y en 1918 se produjo la primera huelga de profesores. En julio de 1922 se desató una nueva huelga, a raíz de la cual se fusionaron las instituciones del magisterio que entonces existían: la Federación de Profesores de Instrucción Primaria y la Liga del Magisterio Primario de Chile. De la Convención General del 31 de diciembre de 1922 nació la Asociación General de Profesores de Chile, que según sus principios luchaba por la felicidad individual y colectiva de sus asociados, procurando mantener siempre la dignidad y los derechos humanos; elevar y defender la dignidad del magisterio; proteger moral y materialmente a sus asociados; propender al mejoramiento social, económico y profesional del magisterio. Desde las páginas de su órgano oficial, "Nuevos Rumbos", libró valientes campañas en defensa de la escuela, del niño y del maestro. La Asociación General de Profesores llegó al seno de la clase obrera propiciando que la organización integral de los trabajadores manuales e intelectuales debía ser obra de ellos mismos. Estudió la reforma educacional y elaboró un plan completo sobre la organización funcional de la educación. Realizó convenciones anuales en Concepción (diciembre de 1923), Valparaíso, Valdivia y Talca. En 1928, después del ensayo de la reforma que proponía, fue disuelta y sus dirigentes perseguidos y relegados por la dictadura del general Carlos Ibáñez.

Al lado de los maestros se desarrolla la organización sindical de los empleados. Años antes existieron agrupaciones de empleados, pero su primera entidad de importancia fue la Unión de Empleados de Chile, que, en su Declaración de Principios, aprobada el 26 de mayo de 1925, expresaba que la base del capital es el trabajo, que él no debe ser una simple mercancía, que la explotación del hombre por el hombre es un crimen. Agregaba que el trabajador, aparte de su sueldo, tiene derecho a participar de los beneficios que produce su trabajo; propiciaba el salario vital y la creación de posibilidades económicas a los asalariados para que pudieran conquistar su independencia económica y abogaba por la nacionalización del comercio y de las industrias.

La Foch realizó una gran convención en Chillán, en 1923, en la que se planteó el problema agrario de tan graves caracteres en Chile y verificó otra en Concepción, en 1925, preocupándose de la cuestión de la nacionalización de las minas, a fin de evitar la desmesurada explotación del elemento obrero.

La turbia situación del gobierno de Alessandri fue rota por el golpe militar del 5 de septiembre de 1924. Bajo la presión de los militares sublevados las Cámaras dictaron siete leyes sociales, en la sesión del 8 de septiembre de 1924. Estas leyes fueron las siguientes: N°4.053, sobre contratos del trabajo; N°4.054, sobre Seguro Obrero Obligatorio; N°4.055, sobre Accidentes del Trabajo; N°4.056, sobre Tribunales de Conciliación y Arbitraje; N°4.057, sobre organización sindical; N°4.058, sobre Sociedades Cooperativas y N°4.059 que creaba la Caja de Empleados Particulares.

La Ley N°4.057 sobre organización sindical fue incorporada más tarde al Código del Trabajo, en su Libro III. Tiene especial importancia para el sindicalismo obrero, pues reconoce el derecho de sindicalización a todas las personas de ambos sexos, mayores de 18 años "que trabajan en una misma empresa o faena, o que ejerzan un mismo oficio o profesión u oficios y profesiones similares o conexas, sean de carácter intelectual o manual".

Desde la vigencia de esta ley, el sindicalismo chileno se agrupará en dos bandos, en libre y legal.

La desviación del movimiento militar del 5 de septiembre de 1924 hacia compromisos con la Derecha reaccionaria provocó un nuevo pronunciamiento, el 23 de enero de 1925, dirigido por la oficialidad joven del ejército. A raíz de él regresó al país Arturo Alessandri, quien gobernó durante el año 1925. El principal acontecimiento de este año, desde el punto de vista político, es la dictación de la Constitución democrática de 1925, en la que se incorporan diversos preceptos de libertad y justicia, que aún no encuentran realización completa y, además, separó la Iglesia y el Estado, poniendo término a las largas luchas de carácter teológico que habían conmovido al país, desviando la atención de la masa nacional de la consideración de sus vitales asuntos económicos.

Los sectores de la clase obrera atacaron la dictación de las leyes sociales, impuestas por los militares, en especial la Ley N°4.054, llevando a cabo diversas huelgas, pues la ley cercenaba los salarios y no daba representación ni participación a los obreros en la directiva y administración de la Caja de Seguro Obrero. La Federación Obrera Regional Chilena, Forch, que se había formado en 1925 por los gremios de Santiago que no aceptaban la organización de la I.W.W. (y a la que se afiliaron las uniones en resistencia de los estucadores, carpinteros, pintores, metalúrgicos y la Federación de Obreros de Imprenta, constituyendo federaciones locales en Iquique, Valparaíso, Santiago, Talca y Concepción), se destacó en la lucha contra la Ley N°4.054. Tanto la Forch como la Foch atacaron el movimiento militar y llamaron a los trabajadores

a impedir su dictadura. Por otro lado, ante la carestía de la vida y de los arriendos, las masas iniciaron una vasta campaña pro-rebaja de los arrendamientos, semejante a la anterior de la Asamblea Obrera de Alimentación, agitando las consignas del "no pago" y del "50% de rebaja". El gobierno alarmado creó los Tribunales de la Vivienda para tratar de solucionar tan grave problema, pero no remediaron nada.

En diciembre de 1924, después de cumplir brillantemente su período parlamentario, se suicidó Luis E. Recabarren, agobiado por treinta años de luchas en favor de la organización y de las reivindicaciones de la clase obrera, lo que constituyó un rudo golpe para las grandes agrupaciones populares del país.

En 1925 el movimiento obrero era fuerte. Existían 204 sindicatos con más de 200.000 afiliados. La Foch controlaba alrededor de 100.000 adherentes. Esta poderosa estructura sindical sufrió un fuerte golpe. En la Pampa del Tamarugal se paralizaron 130 oficinas salitreras. El 4 de junio de 1925, los obreros de la oficina Coruña, en Iquique, se declararon en huelga y provocaron algunos incidentes. El gobierno (Alessandri, presidente de la República y Carlos Ibáñez, ministro de Guerra) ordenó una feroz represión. Los obreros fueron ametrallados y bombardeados con artillería, pereciendo más de 3.000.

A fines de 1925 se constituyó la Unión Social Republicana de asalariados de Chile, Usrach, agrupando organizaciones de obreros, empleados y maestros. Llegó a tener 100.000 adherentes. La Usrach expresaba que su objetivo era la emancipación social, económica, política y espiritual de los asalariados y la organización de una sociedad fundada en la justicia, en la cooperación y en la solidaridad. Declaraba que mientras subsistía el régimen actual, la propiedad debe ser considerada meramente como una función social, condicionada por el interés y el bienestar general. Como aspiración levantaba el principio de la socialización de los medios de producción y de intercambio, para establecer la justicia definitiva e integral de las relaciones humanas. En la lucha presidencial de 1926 llevó candidato propio, el doctor José Santos Salas, quien obtuvo más de 80.000 sufragios. Venció don Emiliano Figueroa Larraín. Gobernó en medio de sobresaltos, por más de un año.

En 1927 se inició la dictadura del coronel Carlos Ibáñez del Campo. Desde el poder hizo perseguir a los organismos políticos y sindicales del pueblo. Destruyó la Usrach, la Foch y la Forch. Numerosos dirigentes fueron relegados y desterrados; y varios perecieron en las prisiones o al tratar de fugarse (Casimiro Barrios, Bayón, Da Silva, Castor Vilarín, Sáez, Zavala, Quezada, Ravanales). Para eliminar el movimiento obrero libre creó una organización estatal, al servicio incondicional del gobierno, la Crac (Confederación Republicana de Acción Cívica). A pesar de la represión, sectores de la Foch y de la Forch combatieron intransigentemente la tiranía imperante. Aquiles Vergara y Pablo Ramírez persiguieron a los maestros y exoneraron decenas y otros fueron relegados al extremo sur del país.

Los desaciertos del régimen, la tiranía asfixiante, la entrega de la economía al imperialismo norteamericano y la honda crisis capitalista de 1930, que afectó principalmente a los Estados Unidos, provocaron la caída de Carlos Ibáñez, en julio de 1931. La vanguardia generosa del descontento nacional estuvo formada por la juventud universitaria, la que libró una lucha denodada e intrépida en contra de las arbitrariedades de la tiranía y, a su vez, repercutió en el estallido de una huelga general de los gremios profesionales: médicos, abogados, ingenieros, etc.

La caída de la dictadura fue aprovechada por una fuerte concentración oligárquica (plutocracia, terratenientes e Iglesia) que tras el amplio manto de un "civilismo", sinceramente sentidos por el país, se

instaló de nuevo en La Moneda. Su personero, don Juan Esteban Montero, distinguido jurista, pero carente de voluntad y visión políticas, fue el instrumento dócil de los intereses de la banca, del imperialismo y del latifundio. El país pasó por una tremenda crisis: miseria, cesantía y angustia en todos los sectores. La exasperación cunde: se sublevan las fuerzas de la marinería; se producen constantes huelgas; en Vallenar y Copiapó tiene lugar una violenta represión, en la que perecen numerosos obreros, el 25 de diciembre de 1931 (Pascua Trágica de 1931).

¿Cuál es la realidad sindical obrera en medio de este grave caos económico, social y político? Desde la dictadura de Ibáñez había tomado mucho cuerpo el denominado "sindicalismo legal", es decir, el movimiento de sindicalización que se acogía a las disposiciones del Código del Trabajo. A la caída del dictador existían alrededor de 250 sindicatos legales que agrupaban a unos 50.000 obreros. El 29 de noviembre de 1931, se fundó, en Santiago, la Confederación de Sindicatos Industriales de Santiago. Reunía a más o menos 30 sindicatos, con 10.000 afiliados. Llegó a contar con 60 sindicatos y más de 20.000 adherentes. En los días 23 a 25 de abril de 1932 se fundó la Federación Nacional de Sindicatos y de Organizaciones del Trabajo de Chile, abarcando sindicatos legales y libres. Este sindicalismo legal recibe el ataque violento de los sindicatos de resistencia, sobre todo por la desconfianza surgida de la triste experiencia de la Crac.

La dictadura de Ibáñez destruyó la Foch, organización que vio reducir sus efectivos de 100.000 adherentes a menos de la cuarta parte. Desaparecieron también la I.W.W. y la Forch. Sus directivas se reunieron en Santiago, el 31 de octubre de 1931, en una convención amplia, en la que dieron vida a la Confederación General de Trabajadores, C.G.T., agrupando a unos 10.000 afiliados.

La C.G.T. expresaba que "frente al Estado y el Capitalismo, los trabajadores deben organizarse por afinidad de propósitos, para la conquista de su mejoramiento económico y para la instauración de un orden social basado en la igualdad económica y política; la asociación de los creadores de riquezas sociales, tanto manuales como intelectuales, será el medio para abolir revolucionariamente la actual organización capitalista y el Estado...Para apresurar la realización de este acontecimiento liberador, se impone la capacitación revolucionaria, cultural y técnica de los productores. Para que esta capacitación sea completa es preciso definir que en el escenario de las luchas sociales hay dos tendencias que se disputan la orientación del proletariado. Una que aspira a conquistar el poder político, para aprovechar en seguida los instrumentos del Estado y, usando de ellos, imponer formas económicas y políticas bajo el monopolio dictatorial de un Estado. La otra tendencia propicia la abolición de todo poder dictatorial y monopolio económico, y apoyándose en las adquisiciones del progreso, en sus diversos órdenes, y en la capacidad creadora del hombre, organizará una economía social fundada en la socialización de los instrumentos de trabajo, de la tierra y de los medios de transportes, y garantizada por la libertad, único modo de establecer la armonía y el bienestar de los pueblos. Rechazamos, pues, la tendencia centralista y dictatorial. En cambio, proclamamos la urgencia de asociarse a la tendencia del movimiento revolucionario que tiene por finalidad la destrucción del Estado y la abolición de la propiedad privada, orientando desde luego todas las energías de los explotados hacia la finalidad del comunismo anárquico, por la organización de la producción y el consumo de la riqueza social, reemplazando el principio de la competencia individual por el de la solidaridad colectiva".

La C.G.T. combate, pues, ásperamente la orientación sindical marxista. Se organiza por federaciones o uniones locales, sea por gremios o por departamentos industriales. Rechaza el arbitraje oficial de los conflictos entre el capital y el trabajo, porque no acepta la política de colaboración de clases. Constituye secciones en casi todas las grandes ciudades. Sus dirigentes más destacados fueron Luis Heredia, Félix López, Gregorio Ortúzar, Pedro N. Arratia y Luciano Morgado.

La C.G.T. lucha contra el sindicalismo legal y también contra la Foch, de orientación comunista. La Foch controlada y orientada por el Partido Comunista persigue una política absorbente, introduciendo el extremismo en el seno de los sindicatos. Los rompe y pasa a constituir organizaciones sindicales exclusivamente comunistas: la Federación de Maestros, la Federación de Empleados, la Federación Ferroviaria, etc., todas unidas a la Foch.

Esta política sindical comunista realizada a través de la Foch, obedece a las directivas de la III Internacional (Komintern-Profintern). En virtud de tal subordinación el comunismo utiliza el movimiento obrero nacional en función de los intereses internacionales de la U.R.S.S. La III Internacional se constituyó "como partido internacional, único y centralizado del proletariado ", con un programa "único y común a todas las secciones". Las secciones "nacionales" están sujetas a una disciplina de hierro y a una ciega obediencia: "Para coordinar la labor y las acciones revolucionarias, así como para la dirección más eficaz de las mismas, el proletariado internacional necesita una disciplina internacional más rigurosa dentro de las filas comunistas. Esta disciplina comunista internacional debe manifestarse en la subordinación de los intereses particulares y locales del movimiento a los intereses generales y permanentes del mismo y en la ejecución incondicional por parte de todos los comunistas de las decisiones emanadas de los órganos dirigentes de la Internacional Comunista". (Programa y Estatutos de la Internacional Comunista, aprobados en el VI Congreso, 19 de septiembre de 1928).

El trozo reproducido explica la sumisión del Partido Comunista a la III Internacional y su política extremista en cumplimiento de las órdenes emanadas de dicho organismo. De ahí que combata con violencia a los anarquistas y al sindicalismo legal, y lleve a cabo el más cerrado politizamiento al seno de las organizaciones sindicales. Esta contienda entre los anarcosindicalistas de la C.G.T., los comunistas de la Foch y los miembros de los sindicatos legales, o "amarillos", según la jerga corriente, enturbia la vida de la clase obrera y debilita su lucha en contra del capital.

En estos años se intentó dar existencia a un movimiento sindical católico, manejando el elemento popular que controlaba la Iglesia, orientado por los conceptos sociales de algunas encíclicas, como la "Rerum Novarum". Organizaron una Federación del Trabajo, que agrupaba a varios sindicatos cristianos, y más tarde la Confederación de Sindicatos Blancos, pero ambas fracasaron. La razón de esta imposibilidad de los católicos para organizar un movimiento sindical propio reside en que las cuestiones económicas son más poderosas, para los obreros, que los asuntos religiosos y son las primeras las que determinan su conciencia de clase, alejándolos de la Iglesia, hasta el presente uno de los sostenes del régimen capitalista. Y en el caso de nuestro país la Iglesia se ha vinculado políticamente al Partido Conservador, el vehículo más intransigente de los privilegios de las clases adineradas y a través de la palabra oficial de sus principales personeros ha defendido la necesidad del mantenimiento de las actuales distinciones de clases. El presidente del Partido Conservador expresó en la Convención de 1933, frente a los problemas sociales, lo siguiente: "Yo me explico que esta terrible antinomia de pobres y ricos desespere a los socialistas y

encienda todas sus iras. Desde su punto de vista materialista, que concreta el fin del hombre a vivir lo mejor que pueda su vida terrenal, la pobreza no tiene sentido, y es el peor azote de la humanidad. Pero no me explico que sociólogos cristianos piensen lo mismo que los socialistas, o por lo menos, procedan en su crítica de la sociedad como si pensasen lo mismo... Que haya pocos ricos y muchos pobres es un hecho natural inevitable, que existirá mientras el mundo sea mundo. Está dentro del plan providencial que así sea, y todos nuestros esfuerzos por evitarlo resultarán infructuosos. Y si esos esfuerzos llegaran a fructificar, alteraríamos en tal forma el orden natural que la humanidad quedaría condenada a desaparecer".

En los conceptos de este párrafo está definida la razón por la cual nunca podrá prosperar un movimiento sindical católico. Y, sin embargo, en nuestros días, de nuevo los socialcristianos tratan de revivir un movimiento sindical de tal índole y la obra del padre Alberto Hurtado Cruchaga: "El Sindicalismo", es una expresión de esos afanes en el plano ideológico.

El problema social en Chile alcanza una intensidad dramática en los años 1931-33. Repercute en la colectividad entera, en las instituciones de gobierno y en los diversos partidos. El Partido Radical, en su Convención de 1931, llega a reconocer la existencia de la lucha de clases en el seno de la comunidad nacional y se coloca, según su Declaración de Principios, al lado de las clases desheredadas. Surgen nuevos partidos con la intención de superar el atraso y la quiebra de los llamados partidos históricos. En diciembre de 1931 se funda la Nueva Acción Pública, N.A.P., fuerza política con base sindical y cuyos personeros son el antiguo dirigente de la Foch, compañero de Luis E. Recabarren, Carlos Alberto Martínez y el tribuno Eugenio Matte Hurtado. Al mismo tiempo nace una serie de grupos socialistas que interpretan desde radicales puntos de vista la realidad nacional. Y en 1932 se produce el movimiento revolucionario del 4 de junio, que establece la República Socialista y conmueve a las capas profundas del país al afirmar que el propósito esencial del gobierno es el de "alimentar, vestir y domiciliar al pueblo". Este gobierno orientado por los diversos grupos socialistas recién constituidos y por sectores militares, encabezados por el coronel Marmaduke Grove, cayó derribado a los pocos días de su triunfo, lo que determina un período de anarquía de algunos meses, hasta que sube a la Presidencia de la República don Arturo Alessandri Palma, quien gobierna apoyado en las fuerzas reaccionarias y en frecuentes facultades extraordinarias.

Desde el punto de vista de los intereses del movimiento obrero el hecho más sobresaliente, en este período, es la fundación del Partido Socialista, en abril de 1933, el que adhiriendo al ideario marxista propicia ante todo el estudio de la realidad nacional y la acción solidaria con los pueblos del continente.

Cuando surgió el Partido Socialista a la vida pública, el panorama sindical era bastante confuso y desalentador, en especial por la política sectaria del Partido Comunista, al que sólo le importaba apoderarse de las directivas y transformar a los sindicatos en sucursales suyas. De acuerdo con sus resultados los dividía en "rojos", "amarillos" y "blancos". El Partido Socialista denunció esta política equivocada y comprendió que el movimiento sindicalista legal tenía un inmenso valor si se le sabía conducir... Dijo "que no había que destruir los sindicatos u organizaciones obreras, porque en ellas predominara algún espíritu retardatario o reformista. Precisamente es allí donde debe desarrollarse la labor de un partido que se estima conductor de masas; en el seno de ellas mismas, arrostrando y superando las dificultades de tipo psicológico o cultural, para desempeñar con justeza el rol de vanguardia". Combatió contra el extremismo infantil, completamente extraño a nuestra ideología criolla,

y abogó por la sindicalización intensiva y extensiva, vertical y horizontal de los- trabajadores. Señaló, con un sentido netamente marxista, que el sindicato no es un fin en sí mismo, sino que es un instrumento de liberación de clase; pero comprendió también que el sindicato no podía servir de sucursal de un partido determinado, porque entonces limitaba su campo de acción, alejando de sus filas a la parte del proletariado políticamente débil, que era y continúa siendo la mayoría... "El sindicato es para el partido, no una escuela partidista, sino una escuela en que los propios trabajadores aprenden a estudiar, resolver y defender sus problemas económicos... Pero esta posición sindical del partido no significa que pierda de vista la misión que tiene en la lucha en contra del régimen, porque la experiencia histórica indica que es indispensable la existencia de un partido obrero, una organización política de la clase obrera, capaz de dirigir las fuerzas proletarias y de darles una dirección unitaria en la persecución de un objetivo determinado, cuál es su emancipación política y económica completa... Esta misma teoría (la marxista) indica al partido que no puede hacer una diferencia radical entre los problemas de carácter económico y los políticos, porque ambos entran en el conjunto de la lucha de la clase obrera y porque este conjunto está dirigido a un fin: la derrota de la burguesía y la conquista del Poder... No cumpliría fielmente su cometido, si dejara al margen de su actividad como partido a los sindicatos bajo pretexto de no mezclar la política con la gestión económica de los trabajadores. Lo que sostenemos es que el sindicato no debe servir los intereses partidarios, muchas veces transitorios, sino que verdaderamente responsable de su misión revolucionaria, debe dirigir la acción sindical en una línea común con el movimiento general del proletariado".

Esta posición realista superó la fórmula anticuada del sindicalismo reformista, que lucha por la solución de los problemas inmediatos de los diversos sectores de la clase obrera, desligados del conjunto económico y social del país y del conjunto de la clase obrera, pues ve en el sindicato un fin y practica el más completo apoliticismo.

La posición del nuevo Partido Socialista aprovecha todos los medios legales, democráticamente conquistados después de largas luchas de la clase obrera, y estima que la finalidad del movimiento sindical es lograr mejoras constantes, organizar y educar la clase obrera, y en unión con los partidos populares conseguir la supresión completa de la clase capitalista, dueña de los medios de producción, y del régimen burgués-capitalista, transformándolo por otro en que toda la actividad económica esté dirigida por los organismos técnicos del trabajo, cuya base es el sindicato.

El movimiento propiamente sindical continúa desarrollándose y vigorizándose. El 23 de marzo de 1934 se constituyó la Confederación Nacional de Sindicatos, por la fusión de la "Confederación de Sindicatos Industriales y Profesionales de Santiago", y la "Federación Nacional de Sindicatos y Organizaciones del Trabajo de Chile", que en su Declaración de Principios expresaba: "El presente régimen social capitalista hace crisis por estar fundamentado en la propiedad privada de los medios de producción y cambio y por la absoluta ineptitud, falta de moral y de justicia de la minoría poseedora. Mientras esta clase explotadora vive en la abundancia y, además, maneja en su exclusivo beneficio el poder público, merced a la influencia económica y a la complicidad de las fuerzas reaccionarias de la sociedad, la enorme mayoría vegeta en la escasez y la miseria. La transformación de estas condiciones odiosas puede ser llevada a la realidad mediante el empuje de los obreros manuales e intelectuales de ambos sexos que, con plena conciencia de sus deberes y derechos, actúen dentro de la orientación revolucionaria de la lucha de clases. La finalidad de este movimiento emancipador es la de arribar a la abolición del actual antagonismo de clases creando

un nuevo régimen económico con una más elevada moral social, y basado en la propiedad colectiva o común de los instrumentos de producción y de cambio. En conformidad con estas declaraciones la "Confederación Nacional de Sindicatos de Chile" llama a todos los trabajadores manuales e intelectuales, mujeres y juventud, a engrosar las filas de las instituciones que en cada pueblo comportan estos principios, el programa y el estatuto orgánico de esta central representativa de elementos asalariados y de los sindicatos, legales de la República. Y los invita a que, sin excluir ningún medio eficaz de lucha, se esfuercen en favor de la prosperidad de sus organismos y a que se agiten tras la conquista de mejores condiciones de trabajo, sueldos y jornales; a que luchen por el respeto de la clase trabajadora de parte de la clase patronal y los gobiernos y, en suma, a que luchen por la consecución de las reivindicaciones inmediatas del proletariado, en el aspecto regional, nacional e internacional".

Desde su convención de septiembre de 1934, la Confederación Nacional de Sindicatos, que controlaba más de 60.000 adherentes, lucha activamente para poner término a la división de la clase trabajadora chilena y crear una poderosa central unitaria del proletariado nacional.

En 1933 existían 209 sindicatos industriales, con 34.143 afiliados, y 340 sindicatos profesionales, con 33.938 afiliados. En 1935 son 250 sindicatos industriales, con 42.000 miembros, y 385 sindicatos profesionales, con 35.608 miembros.

Este ascenso del movimiento sindical se lleva a cabo en medio de graves trastornos económicos y fuertes medidas represivas por parte del gobierno del señor Alessandri. En 1934 tuvo lugar la cruel represión de los colonos y ocupantes de tierras en Ranquil (cajones cordilleranos de la provincia de Malleco) donde perecieron alrededor de cien campesinos y otro centenar fue apresado. Esta acción punitiva del gobierno se vio ayudada en la pugna diaria por la existencia de un movimiento nacista, calcado del movimiento nacionalsocialista de Hitler. Provocaron numerosos incidentes y las emprendieron con inusitada violencia en contra de las reuniones obreras. Perdieron la vida varios dirigentes en estos ataques y en las luchas callejeras que se desataron.

La Confederación Nacional de Sindicatos, frente al panorama de división de la clase trabajadora, se preocupó por superarlo y organizó el Congreso de Unidad Sindical, verificado en Valparaíso, entre el 19 y 3 de junio de 1935, de donde nació el Frente de Unidad Sindical, al que le correspondió organizar y dirigir la realización del gran Congreso de Unidad Sindical, los días 24 a 27 de diciembre de 1936, en Santiago. En este Congreso histórico nació la Confederación de Trabajadores de Chile, aglutinando a la Foch, la Confederación Nacional de Sindicatos, la Asociación de Empleados de Chile, la Unión de Empleados de Chile. Sólo se mantuvo al margen la C.G.T., de orientación anarquista.

La unidad sindical que se selló en el Congreso de diciembre de 1936 fue el resultado del impulso unitario nacido al calor de la gran huelga ferroviaria de enero-febrero de 1936, duramente reprimida por Alessandri. Desde este instante los diversos sectores de la clase obrera se proponen fortalecer el movimiento sindical a través de la unidad de todos sus sectores.

La C.T.Ch. en su organización contempló 9 grandes grupos: Manufacturas; Transportes, Vías y Comunicaciones; Construcción; Alimentación; Servicios Públicos; Minas y Salitre; Educación, Cultura y Arte; Salubridad y Campesinado.

En este congreso se aprobó un programa de acción inmediata con reivindicaciones económicas, culturales y políticas. Estas últimas en orden al mantenimiento amplio de las libertades públicas consagradas en la Constitución de 1925. Los párrafos más destacados de su Declaración de Principios dicen:

"La Confederación de Trabajadores de Chile tiene como finalidad primordial la organización de todos los obreros de la ciudad y del campo, sin distinción de credos políticos, nacionalidad, sexo y edad, para la lucha contra la explotación del régimen capitalista hasta llegar al socialismo integral. Luchará también por todos los medios a su alcance para conseguir el mejoramiento económico, social, técnico, cultural y político de la clase trabajadora, por el cumplimiento y mejoramiento de toda la legislación social, y por la más amplia libertad de organización y huelga. Frente a la lucha permanente que sostiene el pueblo de Chile para alcanzar su liberación del yugo imperialista de la oligarquía nacional, la C.T.Ch. proclama el principio: "Trabajadores del mundo, uníos". Dentro de estos principios la C.T.Ch. participará activamente en la lucha contra el capitalismo y sus actuales formas de opresión y por la emancipación económica y social definitiva de la clase trabajadora, levantando su bandera de unión y confraternidad entre las masas laboriosas con el histórico postulado: "La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos".[131]

Desde la constitución de la C.T.Ch. el movimiento sindical en Chile se robustece en forma apreciable. Este organismo jugó un papel importante en la formación del Frente Popular, conjunción política de fuerzas democrático-burguesas y obreras, orientado a detener la fuerte ofensiva reaccionaria desencadenada por el gobierno de Alessandri-Ross. Y una vez constituido el Frente Popular se incorporó a él, en junio de 1937. En sus filas contribuyó poderosamente a la gran victoria electoral del 25 de octubre de 1938, a raíz de la cual subió a la presidencia de la República el esclarecido estadista y gran demócrata don Pedro Aguirre Cerda. Al mismo tiempo la C.T.Ch. participó activamente en las gestiones para coordinar el movimiento obrero de América y concurrió al congreso sindical latinoamericano, que se celebró los días 5-8 de septiembre de 1938, en México, y donde se fundó la Confederación de Trabajadores de América Latina (C.T.A.L.).

La C.T.Ch. realizó su primer congreso nacional, en Santiago, los días 26-30 de julio de 1939, en el cual fue elegido Secretario General el maestro primario Bernardo Ibáñez, socialista, y Subsecretario, Salvador Ocampo, comunista.

A lo largo de los gobiernos de Pedro Aguirre Cerda y Juan Antonio Ríos la C.T.Ch. condujo innumerables movimientos reivindicacionistas, los cuales lograron un efectivo mejoramiento de las condiciones de vida

[131] Nos correspondió participar en este histórico Congreso de Unidad Sindical, en calidad de delegado de los profesores de Temuco. Recuerdo que los delegados anarcosindicalistas, después de laboriosas discusiones y diversos incidentes, se retiraron del Congreso. La lucha se libró, entonces, entre las tendencias comunistas y socialistas. Los primeros, con más experiencia y disciplina no abandonaron un instante las sesiones del Congreso. En cambio, algunos delegados socialistas regresaron a sus pueblos antes que se verificara la elección para designar la directiva nacional. Triunfo por un voto el candidato comunista Salvador Ocampo. Pero quedo de manifiesto que delegados socialistas se alejaron antes de tiempo y, además, que Bernardo Ibáñez no voto por haberse enfermado. Las directivas políticas solucionaron el asunto y resolvieron dar por vencedor al socialista, siendo elegido Secretario General, Juan Díaz Martínez y Subsecretario general, Salvador Ocampo, comunista.

y de trabajo de numerosos sectores del proletariado nacional. En 1941 agrupaba alrededor de 300 mil afiliados.

Si en verdad logra un apreciable crecimiento del movimiento obrero, en lo relativo a la organización del elemento campesino no obtuvo nada, pues el gobierno "popular", desde 1938 hasta el presente, ha defendido obstinadamente los intereses de los grandes terratenientes que se oponen a la "sindicalización campesina" para mantener las condiciones feudales de la explotación agraria en Chile, las que le aseguran sus elevadas rentas, a costa de la expoliación de las masas rurales, y le permiten su mantenimiento como clase primordial en la dirección del país. En 1935 se constituyó la Liga Nacional de Defensa de los Campesinos Pobres. En 1939, la Federación Nacional Campesina. No obstante, nada se ha avanzado en la organización de los cientos de miles de inquilinos, peones y empleados del campo (un tercio de la población activa del país vive de las faenas agrícolas). El gobierno ha sofocado todo intento de penetración sindical en el campo y ha reprimido por la fuerza sus reivindicaciones, al mismo tiempo que se ha negado a llevar a cabo una reforma agraria moderna.

Tampoco logró la C.T.Ch. conseguir la modificación y perfeccionamiento de la legislación del trabajo, que adolece de graves vacíos, al objeto de que todos los trabajadores del país gocen realmente de sus beneficios. Todavía están en discusión, en el seno del Congreso Nacional, los proyectos de reforma de varias leyes sociales que benefician exclusivamente a los trabajadores.

Durante la administración actual el panorama sindical del país se enturbia; retrocede de nuevo a causa de las luchas intestinas y las divisiones que experimenta. Socialistas y comunistas contienden y parten la C.T.Ch. Los comunistas reinciden en su afán de llevar la política al seno de los organismos sindicales para transformarlos en apéndices de su política internacional al servicio de los intereses de la U.R.S.S. Los socialistas se debilitan por su fracaso en el gobierno, donde participan con altas responsabilidades y no son capaces de darle solución a los graves problemas de las grandes masas nacionales. En razón de todo esto, la C.T.Ch. se divide en dos secciones: una dirigida por los comunistas (Bernardo Araya) y otra en manos de los socialistas (Bernardo Ibáñez).

Esta división sindical se agravó cuando el gobierno del señor González Videla hizo dictar la Ley de Defensa de la Democracia que puso fuera de la ley a los comunistas y trata a los sindicatos por medio de disposiciones que pueden anular totalmente la acción sindical (inhabilidades de los dirigentes).

En la actualidad, 1950-51, el movimiento sindical está bastante desarticulado; sin embargo, existen poderosas agrupaciones que llevan a cabo una sostenida lucha en favor de sus reivindicaciones. Grandes huelgas han conmovido al país y han demostrado la pujanza del movimiento sindical a pesar de las restricciones jurídicas y de la falta de una dirección central unificada. Cabe destacar, también, el poderoso crecimiento del movimiento sindical de los sectores de empleados (fiscales, semifiscales, particulares y bancarios), o sea de clase media, que ha librado resonantes y victoriosas campañas.

A pesar de las largas luchas libradas por la clase trabajadora nacional, todavía nuestro país presenta un considerable atraso y su pueblo sufre una increíble miseria. Del análisis del desenvolvimiento histórico nacional se desprende que la economía chilena, fondo determinante de toda su vasta superestructura, adquiere desde la Colonia los rasgos que la distinguen. Fundamentalmente agrícola, por la población que depende de las actividades campesinas, es, sin embargo, principalmente minera en cuanto al comercio

exterior y a la obtención de recursos para pagar importaciones esenciales al país. Exporta materias primas e importa artículos manufacturados; sostiene una agricultura extensiva y atrasada, a causa de la subsistencia del sistema feudal del latifundio, que deja grandes déficits de artículos alimenticios; mantiene una industria liviana localizada, en gran parte de sostenimiento artificial, puesto que labora un alto porcentaje de materias primas importadas, viviendo a la sombra de aranceles prohibitivos; sufre una dependencia absoluta del capital extranjero que mantiene al país en calidad de factoría; soporta una permanente inflación, con una desvalorización monetaria sistemática, que ha provocado un encarecimiento de la vida, de ritmo constante, todo lo que se ha traducido en un empobrecimiento gravísimo de las masas asalariadas. A consecuencia de tan hondas fallas la miseria colectiva es cada día más angustiosa.

El movimiento obrero, a través de sus organismos sindicales y de sus partidos de clase, ha luchado tesoneramente para poner término a tan aflictiva situación y echar las bases de una nueva economía, pero es poco lo ganado en este terreno y siempre la situación del país presenta los rasgos que pasamos a sintetizar, por cuanto su apreciación permite explicar claramente el alcance y contenido del movimiento social obrero.

Realidad agraria. Según las estadísticas del Censo Agrícola de 1935-36, la superficie de tierra utilizable era de 25.091.492.7 hectáreas y el número de predios de 178.882. La distribución de la propiedad abarcaba, en números precisos, 129.227 pequeños propietarios de 0-20 hectáreas., con un total de 608.785.3 hectáreas; 48.191 medianos propietarios, de 21 a 2.000 hectáreas, con 7.453.949.8 hectáreas y 1.464 grandes terratenientes, cuyos predios tienen más de 2.000 hectáreas, con un total de 17.028.757.6 hectáreas, lo que da un término medio de 11.631.6 hectáreas para cada terrateniente. Y dentro de ese grupo, 626 propietarios de más de 5.000 hectáreas tienen 141/2 millones de hectáreas, con un término medio de 23.000 hectáreas para cada latifundio.

A la agricultura chilena la afecta, pues, el problema del latifundio, o sea, de la gran propiedad, cultivada en escasa parte y casi exclusivamente a brazo humano, por medio del inquilinaje, de tal suerte que la renta va casi en su totalidad a las manos del terrateniente. Pero, también, soporta el grave problema del minifundio, o sea, de la pequeña propiedad que no alcanza a proveer de medios de vida a una familia. Los predios de 0-20 hectáreas., que son 129.227, representan el 72,3 del número total de predios y su superficie, que es de 608.785.3 hectáreas (un término medio de 4,7 hectáreas por predio), es el 2,4 de la extensión agrícola total. En el otro extremo, los predios de más de 2.000 hectáreas que son 1.464, constituyen el 0,9 del total del número de predios, con una extensión de 17.028.757.6 hectáreas que es el 68% del total de la superficie agrícola del país.

Según el Censo Agrícola de 1940 se estimó en 5.564.033 hectáreas arables la superficie agrícola del país, de la que se cultivaban 1.270.441 hectáreas, apenas el 28,8%. En este mismo año se estimó en 1.927.055 la población agrícola, el 40% del total de 5.023.539. La población activa abarcaba 639.786 (patrones 151.844; inquilinos y sirvientes 123.981 y 30.823 respectivamente; afuerinos, 289.291 y empleados, 43.847).

En 1943, el jornal diario de un inquilino fue de 24.81 (en dinero $ 6.33 y en regalías $ 18.48) y el de un afuerino fue de $ 11.47. El jornal anual, según días trabajados, fue para el inquilino de $ 5.433 (en dinero $ 1.386 y en regalías $ 4.047) y el de un afuerino de $ 2.512.

***La minería y la penetración imperialista*.** Chile es, después de Cuba, en América Latina, el principal destino de las inversiones extranjeras de los Estados Unidos. Según el Coordinador de Asuntos Americanos las inversiones extranjeras en Chile alcanzan a 1.072 millones de dólares, en las que ocupan los lugares más importantes la minería del cobre y del salitre y la deuda externa, reducida a 250 millones de dólares, según el Mensaje Presidencial de 1948.

En 1946, el capital y reservas de las 632 sociedades anónimas chilenas registradas (varias de ellas formadas con aporte extranjero, como algunas salitreras, teléfonos y electricidad) alcanzaban a $ 15.124.679.839 y el capital con que giraban en Chile las 61 agencias de sociedades extranjeras ascendió, según la Superintendencia del ramo a $ 12.285.036.000. El interés y beneficio que lograron estas agencias extranjeras alcanzó a una suma equivalente a los 2/3 de la cifra del rendimiento total de las sociedades chilenas.

El cobre y el salitre están totalmente en poder de capitales norteamericanos. Chuquicamata pertenece a la Chile Exploration Co, con 120 millones de dólares en inversiones, y Potrerillos, a la Andes Copper Mining Co, con 80 millones de dólares en inversiones; y ambas son de la Anaconda Copper Mining; y El Teniente, en poder de la Braden Copper, que pertenece a la Kennecott Copper Corporation, con 62 millones de dólares en inversiones.

El salitre está dominado por la Anglo Chilena y la Lautaro Nitrate, consorcios dependientes del grupo financiero Guggenheim, y la Compañía Tarapacá y Antofagasta, ligada a intereses británicos.

El cobre y el salitre han representado más del 95% del valor de las exportaciones mineras y han cubierto entre el 67% y el 80%, de la exportación total del país. El cobre sólo representa el 8070-de las divisas retornadas por las grandes empresas mineras; el 70% de los valores retornados de toda la minería y el 52% del total de nuestra economía. En 1940-43 las exportaciones de cobre alcanzaron un promedio de 435.000 toneladas. Su industria dio trabajo a 19.000 obreros y su aporte en divisas fue, en 1944, de 83,1 millones de dólares (44,7 costo legal; 15,8 compras con disponibilidades propias y 22,6 tributaciones) y en 1945 fue de 79,1 millones de dólares.

A pesar de las grandes entradas suministradas por el cobre una cantidad importante no retorna al país, destinada al servicio y utilidades de los capitales extranjeros invertidos en su explotación. Chile pierde varias decenas de millones de dólares anualmente por ese capítulo. Aunque la economía de Chile está subordinada al cobre y es el país que posee las más grandes reservas cupríferas del mundo, todo lo relacionado con la fijación de precios, cuotas de producción y desarrollo técnico de la industria está entregado a la exclusiva decisión de los capitales extranjeros invertidos en las minas de Chuquicamata, Potrerillos y El Teniente, sin intervención del gobierno del país, donde las minas están situadas y cuyos obreros suministran la mano de obra necesaria para su explotación.

Otro tanto sucede con el hierro, el manganeso y el bórax. En cuanto al salitre, el Estado ejerce una modesta tuición a través de la Corporación de Ventas de Salitre y Yodo.

Puede decirse que la minería es la principal fuente de recursos del país, de tal modo que su economía está subordinada a ella, en especial al cobre, y tan vital actividad está controlada totalmente por el capital no domiciliado en Chile, de donde resultan condiciones coloniales para el país. Somos una factoría del capitalismo imperialista.

***La Industria*.** Es débil, localizada y monopolista. La pobreza de equipo mecánico, la falta de concentración en la producción, la inexistencia de una industria pesada, contribuyen a que nuestra industria nacional sea dependiente del extranjero y produzca a altos costos. Esta industria cara, de bajo rendimiento y mala calidad, se ha mantenido por el apoyo que le ha suministrado el gobierno y por el dominio tiránico del mercado interno, explotando a los consumidores. Por la protección del arancel aduanero se mantienen muchos rubros artificiales y sus materias primas consumen un alto porcentaje de las pocas divisas del país; y la falta de competencia, derivada de la protección del Estado, la ha llevado al monopolio y a la falta de interés por perfeccionar sus métodos y medios de producción, y sólo tratan de obtener los más altos beneficios a costa del consumidor nacional. Por tales razones la industria obtiene utilidades increíbles y levanta fortunas inmensas.

Según una estadística acerca del desarrollo industrial chileno, en 1945 existían 4.397 establecimientos industriales, que ocupaban a 151.940 obreros.

***Moneda, salarios e inflación*.** La depreciación constante de nuestra moneda se ha debido al desfavorable comercio exterior chileno, a la errada política de los gobiernos y a la acción de los sectores terratenientes fuertemente endeudados, con grandes influencias en el gobierno y a quienes ha beneficiado la desvalorización del peso. La depreciación monetaria y el alza de los precios, lo que produce un constante encarecimiento de la vida, es el mal más grave que aqueja a los asalariados.

Muchos sectores han querido señalar el aumento de sueldos y salarios como el factor determinante del proceso inflacionista. Pero las alzas casi siempre son solicitadas con motivo de la subida de los precios. En verdad, los reajustes de sueldos y salarios son efecto y no causa de la inflación. Los asalariados no tienen otro medio de adquirir bienes indispensables, siempre a mayor precio, más que solicitando una elevación de sus remuneraciones. Con rentas fijas no quedan a cubierto del alza de los precios; ni guardan proporción con las mayores utilidades del comercio o de la industria, la valorización general de los bienes raíces o valores mobiliarios, la disminución real del monto de las deudas con que se favorecen los empresarios y sectores acaudalados, por el proceso inflacionista.

En la agricultura los salarios son tan bajos que casi no influyen en el costo de producción y en la industria apenas constituyen el 107, del costo.

En 1945, en un total de 97.599 imponentes de la Caja de Empleados Particulares, solamente 17.698 recibían sueldos superiores a $ 2.000. Y en 1947 se calcularon los siguientes jornales medios por actividades: Agricultura, $ 17; Minería, $ 48.35; Industrias, $ 53.56; Edificación, $ 55.70; Transportes, $ 54.67; Comercio, $ 35.26 y Servicios Domésticos, $ 20.13.

La producción nacional aumentó, de 1937 a 1946, en un 610; el costo de la vida subió en un 183% y el poder adquisitivo de la moneda bajó de 100 a 31.1. A pesar de los aumentos de producción la capacidad de compra de los asalariados y su condición social disminuyeron porque sus remuneraciones alzadas nominalmente perdieron poder adquisitivo.

Frente a la realidad reseñada, el movimiento obrero ha planteado la necesidad de emprender un reestructuramiento económico y social de Chile, que destruya los factores semifeudales y semicoloniales que lo mantienen en el atraso, la miseria y crisis permanentes. El medio es una planificación económica en la que el Estado deje de ser el instrumento de defensa de los intereses del latifundio, de las empresas

extranjeras, de los bancos y los monopolios industriales, para que se transforme en el órgano directivo de una nueva economía al servicio de la colectividad. Una planificación económica en la que el Estado obligue al capitalismo a renunciar a su hegemonía sometiéndolo a las limitaciones, intervenciones y controles de los poderes públicos, puede lograr el funcionamiento de una democracia social renovadora. Es urgente la intervención del Estado en la transformación de la realidad agraria; en la industrialización del país y la creación de una estructura industrial; en la nacionalización de las minas de carbón y hierro y de los medios de transportes y comunicaciones; en la conversión de las industrias controladas por el imperialismo en concesiones dadas por el Estado por, un número determinado de años y en condiciones que acelere su recuperación por el país; en la liquidación de los monopolios y la nacionalización del crédito, de los seguros y del comercio exterior. Y junto a tan grandes medidas, es ineludible su intervención en una política de protección a las masas trabajadoras que, tenga por finalidad esencial elevar sus condiciones de vida y de trabajo. Salarios adecuados, sistema de asignaciones familiares; participación de los obreros en la dirección y utilidades de las empresas; unificación de las diversas instituciones de previsión y asistencia social; amplia construcción de habitaciones populares; mejoramiento de las condiciones sanitarias de la población y eliminación de los vicios, en especial, del alcoholismo; eliminación del analfabetismo y reforma educacional de acuerdo con la orientación de la política económica planificada.

Y, para terminar, es una realidad incontrovertible que el sindicato, y el movimiento sindical en general, ha ayudado a la transformación de la clase obrera en una clase activa, combativa y progresista. Ha mejorado sus condiciones de vida y tiene una mayor participación en los destinos del país. Y siempre en aquellos lugares donde existe organización la condición de los sectores laboriosos es mejor. En cambio, donde no existe tal situación es deplorable, como sucede con los obreros agrícolas, que no pueden sindicalizarse.

El sindicato y el partido de clase corresponden a la fórmula revolucionaria de que “la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos”.

José Victorino Lastarria y la democracia en Chile[132]

Los diversos historiadores y sociólogos estudiosos de la evolución republicana de Latinoamérica han destacado, la ejemplar organización política de Chile. Su desenvolvimiento se verificó ordenadamente, contrastando de manera notoria con el panorama de revueltas y barbarie en la mayor parte de los países iberoamericanos. Al salir de las guerras de la Independencia, Chile vivió un corto período de anarquía, rápidamente superado, y a partir de 1830 se dio una estructura institucional estable, un Estado “en forma”, bajo la férrea dictadura de Portales.

La revolución de la Independencia no alteró las bases económicas y las relaciones sociales predominantes durante la Colonia. Solamente reemplazó la oligarquía española peninsular por la aristocracia criolla, dueña de la riqueza, y que, con motivo del desenlace de la guerra, entró a dominar el Estado. Durante el largo proceso de la gesta revolucionaria jugó un papel apreciable una burguesía incipiente, de tendencias liberales, en el plano político e ideológico. Además, gran parte de los jefes militares, educados en Europa, fueron partidarios de las reformas democráticas propiciadas por el sector burgués-liberal. Los grandes terratenientes y el clero, a pesar de su poderío, tuvieron que soportar la dictadura de los héroes de la

[132] ATENEA 359 mayo 1955

Independencia durante algún tiempo y tolerar diversas experiencias democratizantes (gobiernos de los Directores Supremos, Bernardo O'Higgins y Ramón Freire, desde 1817 a 1826).

PIPIOLOS Y PELUCONES

La rivalidad entre la aristocracia y la iglesia y los dictadores militares y elementos liberales provocó el corto período de anarquía política comprendido entre los años de 1826- a 1830. En este lapso se constituyeron las agrupaciones políticas por medio de las cuales se manifestaron los intereses y anhelos de las fuerzas sociales y económicas en pugna. Los partidos nacientes son el Conservador (pelucones) y el Liberal (pipiolos). Los pelucones reunían en sus filas a los grandes poseedores de la tierra agrícola (mayorazgos) y al clero. Eran enemigos de toda innovación peligrosa atentatoria de sus prebendas; se oponían a cualquier dominación política que disminuyera su influencia; eran partidarios de la "autoridad" y del "orden" y, como derivación, de un gobierno fuerte, autocrático. Los pipiolos, afectos al espíritu radical de los dirigentes más extremistas de la Independencia, pretendían implantar algunas reformas democráticas tendientes a sacudir el peso agobiador del colonialismo todavía intacto. En sus desordenadas huestes se confundían elementos de la incipiente burguesía urbana y minera, profesionales diversos, sectores del Ejército, y uno que otro miembro de la aristocracia. Propiciaban la tolerancia religiosa y la eliminación de los privilegios de la iglesia (diezmo, fuero y censura eclesiásticos); la supresión de los mayorazgos; el desarrollo de la enseñanza y la descentralización administrativa.

Al lado de estas dos corrientes mayores existían pequeños grupos sueltos: los federalistas, rama extremista de los pipiolos; los o'higginistas, partidarios del regreso al poder del general O'Higgins y quienes se disuelven más tarde en las falanges peluconas; los estanqueros, núcleo comandado por Diego Portales, que se transformó en el Estado Mayor intelectual del partido pelucón.

Después de breves e intensas luchas, el período de la anarquía fue liquidado en abril de 1830, en la batalla de Lircay, con la victoria de los conservadores dirigidos militarmente por Joaquín Prieto y bajo el control político de Diego Portales. El triunfo se produjo cuando ya se había afirmado totalmente la Independencia en Chile y en América y nada podía temerse de la potencia hispánica. Desde este momento las fuerzas militares no eran tan indispensables. Los pelucones, entonces, proceden sin vacilaciones ni escrúpulos a la eliminación despiadada de sus rivales políticos y de la oficialidad pipiola, estableciendo su predominio absoluto.

El distinguido historiador liberal, Domingo Amunátegui Solar, anota: "La revolución de 1830, entregó el poder a las fuerzas sociales más sólidas que componían la nación. Destruido el gobierno del Rey, sólo quedaban en pie las familias aristocráticas, que eran ciegamente obedecidas por una muchedumbre de vasallos leales y abnegados. La influencia de las familias estaba consagrada por la fe religiosa y por la posesión inmemorial de la tierra. Las clases populares no tenían ilustración alguna y, en cambio, escondían en su alma profundas raíces de fanatismo y superstición. El único peligro para el nuevo gobierno era la rebeldía del ejército derrotado en Lircay; pero esa rebeldía fue sofocada con mano de hierro por el ejército vencedor, cuyos jefes, miembros natos de la aristocracia de la tierra, o muy ligados a ella, respetaron dócilmente las órdenes impartidas desde la casa de Gobierno".

El triunfo de los pelucones quedó consagrado jurídicamente en la Constitución Política de 1833, cuyas disposiciones traducían una verdadera monarquía encubierta bajo un disfraz republicano. Aseguraba la

influencia preponderante de la aristocracia y del clero (restablecía los mayorazgos; declaraba a la iglesia católica oficial del Estado; suprimía las asambleas provinciales; instituía un régimen censitario de sufragio) y confería tal cúmulo de facultades al presidente que hacía de él un verdadero soberano. El personero representativo del predominio aristocrático fue Diego Portales, líder indiscutible de la restauración colonial.

LA DICTADURA PORTALIANA

La' dictadura portaliana constituyó sólidamente la república bajo la dirección política y ei dominio económico de la aristocracia nacional. En esta forma, Chile se desenvuelve "normalmente", sin sobresaltos violentos, señalándose con caracteres inconfundibles frente a los demás países latinoamericanos. Ayudó al funcionamiento de este régimen simple y autoritario el carácter especial del pueblo chileno, manso, respetuoso del patrón y de la disciplina, certeramente retratado por Benjamín Vicuña Mackenna en esta viñeta: "De que los chilenos somos una raza laboriosa, asidua, sumisa de tranquilidad, sobria en todo, menos en la chicha, y, además, suficientemente aguantadora del aguijón, como los bueyes, nadie podrá negarlo sin hacerse reo de impostura contra la historia y contra la luz".

Portales, hombre realista, ante todo, comprendió claramente el valor de los factores indicados y sobre ellos edificó la estructura institucional de Chile. Portales liquidó a los pipiolos y federalistas; a los miembros del Ejército y, en general, a todos los elementos desafectos a sus planes, afirmando la república, de acuerdo con su rígida concepción autoritaria, en la aristocracia y la iglesia y en una fuerza militar y civil armada (guardias cívicas), de su exclusiva confianza. No era un dirigente de preparación teórica ni le interesaban las ideas. Para él únicamente poseían valor los hechos y la experiencia práctica. Descendiente de la aristocracia castellano-vasca estimó lógico y natural entregarle el poder político a su clase. Los documentos salidos de su pluma, que permiten conocer su escueto pensamiento, son escasos. El primero donde exhibe sus concepciones antiliberales y antidemocráticas es su "Carta de Lima", de marzo de 1822, a su socio José M. Cea, en uno de cuyos párrafos expresa: "La democracia, que tanto pregonan los ilusos, es un absurdo en los países como los americanos llenos de vicios, y donde los ciudadanos carecen de toda virtud, como es necesario para establecer una verdadera República. La Monarquía no es tampoco el ideal americano: salimos de una terrible para volver a otra y ¿qué ganamos? La República es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos. Esto es lo que yo pienso y todo hombre de mediano criterio pensará igual". Diez años más tarde, cuando apoyado en las fuerzas sociales, conservadoras y en el "peso de la noche", impone su gobierno autoritario con un espíritu y ritmo coloniales, completa su pensamiento en su "Carta de Valparaíso", de 16 de julio de 1832, a don Joaquín Tocornal, en este trozo: "El orden social se mantiene en Chile por el peso de la noche y porque no tenemos hombres sutiles, hábiles y cosquillosos: la tendencia casi general de la masa al reposo es la garantía de la tranquilidad pública. Si ella faltase, nos encontraríamos a obscuras y sin poder contener a los díscolos más que con medidas dictadas por la razón, o que la experiencia ha enseñado ser útiles" ...

Portales sucumbió en un pronunciamiento militar, cruelmente inmolado, a raíz de su política de terror, en su segundo ministerio (1836-37), pero el "orden portaliano" se mantuvo a lo largo de medio siglo. Sin

embargo, desde la administración de Manuel Bulnes (1841-51), se anuncia el despertar de una conciencia liberal-democrática, iniciándose la lucha por reducir el régimen portaliano y abrir, en cambio, las compuertas del progreso político y jurídico del país.

El desarrollo económico, especialmente de la minería de la plata, carbón y cobre, permite la formación de una burguesía minera pujante y briosa, qué aspira a modificar la estrecha base del gobierno y a incorporarse a él. Algunos de sus personeros unidos a una juventud inquieta, fuertemente influida por la revolución francesa de 1830 y el movimiento romántico, se precipitan en la lucha por reformar el Estado y sus instituciones. La conciencia liberal que no posee cauce político encuentra en el terreno literario una expresión adecuada. Se desata el llamado "movimiento intelectual de 1842", de fuerte contenido social y de gran repercusión política. En él entregó el liberalismo sus primeros frutos ideológicos. La literatura se enlaza con la vida pública y recoge sus inquietudes. En este instante aparece José Victorino Lastarria, en calidad de campeón del liberalismo y en abierta hostilidad contra la dictadura portaliana. Lastarria se alza, dentro del panorama chileno, como la antítesis de Portales. De origen social medio, formado en la Universidad, maestro, escritor, doctrinario intransigente, pensador de relieve, elevado al más alto sitial político por su cultura, sus costumbres severas y su intrepidez intelectual, es exactamente el polo opuesto de Portales, de origen aristocrático, comerciante, carente de una formación intelectual sistemática, realista, sin escrúpulos ideológicos y de costumbres un tanto disipadas Portales echó las bases de la República autocrática; y Lastarria ha sido la figura intelectual de mayor relieve en el siglo XIX y el máximo político liberal de Chile, personificando con brillo inigualado la lucha por la democratización del país a través de la ruptura de los sólidos grilletes portalianos.

Para Lastarria, como muy acertadamente lo anota el ensayista Domingo Melfi, Portales no era el gran estadista que promueve todos los intereses de su nación; no era, por tanto, el genio de la regeneración social y política, del país, era solamente el estadista de un partido que funda el gobierno fuerte de unos cuantos para dominar a su patria y sojuzgarla a un sistema exclusivo, creyendo que gobernar es dominar y contrariando la democracia.

LASTARRIA Y SU DISCURSO EN LA SOCIEDAD LITERARIA

El 3 de mayo de 1842, José Victorino Lastarria, joven de 25 años, leyó un discurso famoso en la sesión inaugural de la "Sociedad Literaria" (fundada por sus afanes) que constituye el punto de partida del movimiento intelectual chileno. El gobierno fuerte y centralizador de Portales había dado estabilidad a la República. La tranquilidad política estaba conseguida, pero los espíritus permanecían perezosos y tímidos. El fogoso Lastarria acomete la empresa de sacudirlos, iniciando la regeneración de la literatura nacional. Y según lo recordó más tarde, desde este año de 1842, "el espíritu público emancipado comenzó a hacerse librepensador en religión, liberal en política y romántico, es decir, independiente, en literatura".

A pesar de la relativa originalidad de sus ideas, el discurso de Lastarria significó un vigoroso llamado, valiente e insólito, en aquella época timorata y apocada. En él proclama su fe en la democracia, expresa como ésta requiere para su funcionamiento riqueza e ilustración. El primer elemento puede darle poder y fuerza; el segundo, libertad individual. Y ambos elementos suponen alcanzar la madurez que exige una verdadera democracia. Cree, Lastarria, que hasta ese instante nuestro país no la había obtenido, porque "la fuerza que debiéramos haber empleado en llegar a esa madurez, que es la ilustración estuvo sometida tres siglos a satisfacer la codicia de una metrópoli atrasada y más tarde ocupada en destrozar cadenas, y

en constituir un gobierno independiente". Y en la tarea para llenar ese vacío reside la misión de la juventud a la cual se dirige. Lastarria lanza un vibrante llamado y exige una acción desinteresada y resuelta: "Porque, señores, no debemos pensar sólo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria. Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración; pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en su marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso". Entrando en el terreno mismo de la creación literaria, Lastarria analiza los modelos susceptibles de imitación que se presentan a las nuevas generaciones americanas; pesa sus cualidades y expone sus rasgos, pero, en definitiva, se pronuncia por la autonomía frente a ellos... "Pero llámese arrogancia o lo que se quiera, debo deciros que muy poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional... Fundemos, pues, nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis con todo, que la libertad no existe en la licencia, este es el escollo más peligroso: la libertad no gusta posarse sino donde está la verdad y la moderación"... Finalmente, Lastarria afirma que la creación literaria debe ser amplia, sin limitaciones clasistas o de otra especie, abarcando todos los planos, actitudes y posiciones: "Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado, a fuerza de sutilezas. Al contrario, debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva, es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, pero sí de sus efectos" ...

Lastarria se dio a conocer con el discurso reseñado y desde entonces se colocó a la cabeza de la juventud animada de propósitos creadores de acuerdo con nuevos cánones literarios e ideológicos. La "Sociedad Literaria" tuvo una existencia efímera, aunque en ella participaron algunos jóvenes de brillante trayectoria política futura: Aníbal Pinto, Domingo Santa María, Eusebio Lillo, y otros que se distinguieron en las letras: H. Irisarri, Manuel Bilbao, J. N. Espejo, Javier Rengifo. Con el objeto de ofrecer una tribuna a los escritores y de servir a su ideario liberal dio vida, en 1843, al mensuario "El Crepúsculo", donde publicó su narración breve, "El Mendigo", considerado como el primer cuento escrito en Chile (Lastarria ha sido el iniciador de este género y dejó varias otras producciones similares: "El Alférez Alonso Díaz de Guzmán", "Rosa", "Don Guillermo", "Diario de una loca", "Mercedes" y "Salvad las apariencias").

En las páginas de "El Crepúsculo" apareció el célebre artículo de Francisco Bilbao, ardoroso tribuno, "Sociabilidad Chilena", dirigido contra la influencia reaccionaria de la Iglesia Católica. Aparte de las sanciones al autor, el periódico fue suprimido por las autoridades.

Lastarria prosiguió, sin temor, su labor intelectual y, al año siguiente, leyó ante la Universidad una memoria histórica: "Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", provocando ardientes controversias sobre la manera de concebir y escribir- la historia. En su ensayo Lastarria, desdeñando la masa documental y la narración prolija de sucesos, se lanza en consideraciones de tipo general para condenar el régimen impuesto por la corona española, variante del sistema feudal europeo, al cual acusa de ser el causante del atraso nacional y de la supervivencia de una reacción obscurantista. El ensayo de Lastarria es el intento, por primera vez en Chile, de una interpretación del pasado nacional a la luz de una posición filosófica determinada: en su caso, de una interpretación

liberal de la historia del país. Al mismo tiempo suponía una condenación del método narrativo-erudito, detallista (la historia como mero catálogo de hechos). Comentó más tarde: “Habría tenido que hacerme historiador no tanto de los hechos, cuanto de las ideas”. Su concepción de la historia era liberal y pragmática, pues estimaba necesario “rehacer la filosofía de la historia, porque no basta estudiar los acontecimientos, sino que es indispensable estudiar las ideas que los han producido; pues la sociedad tiene el deber de corregir la experiencia de sus antepasados para asegurar su porvenir. Las naciones no pueden entregarse a ciegas en brazos de la fatalidad: deben preparar el desarrollo de las leyes morales que las encaminan a la ventura”. . En años posteriores dedica sus esfuerzos de investigador al análisis de la historia constitucional de su partía en varios trabajos: “Bosquejo histórico de la constitución de Chile”,. 1847; “Historia constitucional de medio siglo”, 1851; “Comentarios de la Constitución Política”, 1855, y también redacta algunos ensayos histórico-polémicos de valor circunstancial.

LASTARRIA ORGANIZA EL PARTIDO LIBERAL

Lastarria, desde 1843, entró de lleno a participar en las luchas políticas. Salió elegido diputado y dedicó sus mejores esfuerzos a revivir el partido liberal, destruido en la época de Portales. Su labor tenaz y elocuente tuvo un desenlace favorable en 1849, cuando en su calidad de representante por Rancagua, su ciudad natal, organizó una poderosa oposición al gobierno que alcanzó, durante un memorable período, la mayoría de la Cámara enarbolando “el estandarte de la reforma democrática”.

La revolución francesa de 1848 repercute intensamente en la juventud chilena en igual medida que su literatura revolucionaria en boga. La contienda por reemplazar el sistema social y político imperante tomó nuevos bríos. A los elementos renovadores se les impuso la necesidad de organizar un partido político que diera forma a las reivindicaciones liberales y luchase por ellas en forma sistemática. Lastarria y Espejo redactaron “El Siglo” con el objeto de servir de vehículo a una agrupación liberal. Posteriormente, constituyó la brillante mayoría opositora en la Cámara de Diputados, dándose, en agosto de 1849, un modesto programa reformista apuntado a atacar el autoritarismo presidencial y a pedir algunas libertades. Dos meses' después se organizó el “Club de la Reforma”, esbozo de partido, prontamente desintegrado por el choque de corrientes adversas. Lastarria se propuso salvarlo y conjurar la crisis que lo afectaba. En su concepto, las fuerzas en lucha estaban definidas; eran dos corrientes bien características de la opinión: “la una, que sin duda era la más fuerte, quería restablecer el poder absoluto del gobierno, ese poder que tenía sus raíces y su vida en la organización política y administrativa fundada y condensada por el antiguo partido pelucón; la otra, que era la menos consistente, aspiraba a modificar esa organización para limitar el poder y dar a la nación sus derechos políticos, su legítima participación en el gobierno de sí misma”. Esta segunda corriente debía tener su vehículo en el Club de la Reforma; y para impedir su disgregación Lastarria presentó el 20 de marzo de 1850, un proyecto de reorganización del Partido Liberal naciente, aunque sin lograrlo. No se amilanó con el fracaso sufrido. En medio de los trajines partidistas se dio tiempo para incluir en la “Revista de Santiago”, publicada gracias a sus esfuerzos, un trabajo virulento; destinado a condenar vicios y hábitos antisociales y preocupaciones antidemocráticas, titulado “El Manuscrito del diablo”. Las autoridades suspendieron la revista a causa del escrito mencionado. En “El Manuscrito del diablo” estampa conceptos ácidos acerca de la realidad nacional, como los siguientes: “En Chile es otra cosa; hay una clase privilegiada, cuyo privilegio no está en la ley ni en los derechos de que goza, sino en el hecho, en la costumbre. . . Otro elemento que sirve de apoyo a esta superioridad es la riqueza; todos los antiguos nobles y caballeros del país son todavía los grandes propietarios, y como tales se han arrogado el

derecho de entender o de influir en los negocios públicos... Al lado de esta influencia constantemente sostenida, tiene la aristocracia chilena las relaciones que su riqueza y esa misma influencia le procuran, no siendo la menos importante de esas relaciones la que mantiene con el clero... Un espíritu restrictivo y apocado, mucha santimonia, un apego ciego a todo lo que es retrógrado y horror a las reformas, hipocresía, disimulo, son las virtudes del hombre de orden (denominación con la- cual se ha honrado y disfrazado el partido retrógrado) ... Dividida así la sociedad en dos clases, una que todo lo puede y lo goza todo, y otra que nada vale" ...

El fracaso en la formación del Partido Liberal no desanimó a Lastarria ni a la juventud que lo seguía. Su entusiasmo pasaba por sobre los contratiempos y se reconfortaba en las páginas ardientes e inflamadas de la "Historia de los Girondinos", de Lamartine. Su influencia fue inmensa y calurosa. Vicuña Mackenna, joven y dinámico participante de estas jornadas, ha recordado aquella época frenética en una notable relación histórica con este sugestivo título: "Los girondinos chilenos". La obra del poeta romántico francés fue leída y comentada con devoción. Los diversos dirigentes se bautizaron con nombres de revolucionarios franceses, de acuerdo con la exaltación lamartiniana. A Lastarria, teórico y figura principal del grupo, lo denominaron Brissot.

Al desaparecer el Club de la Reforma la juventud liberal quedó huérfana de orientación y cauce. En esos instantes nació la "Sociedad de la Igualdad", organismo democrático, de carácter popular, surgida al calor de las actividades de Santiago Arcos, notable y curioso chileno, educado en Francia y empapado en el pensamiento socialista utopista de mediados del siglo; y Francisco Bilbao, igualmente moldeado en Francia, en las doctrinas de Rousseau, Lamennais, Michelet y Quinet. Los artesanos y obreros más capacitados formaron el grueso de la "Sociedad de la Igualdad". A ella se incorporan los jóvenes liberales, quienes aportaron brillo, elocuencia y pasión. Durante todo el año de 1850 llevó a cabo una intensa agitación; sus reuniones públicas inquietaron hondamente al gobierno hasta ordenar suspenderla, persiguiendo a sus dirigentes. Algunos son aprisionados y desterrados; otros lograron ocultarse, enrolándose en la sangrienta revolución civil de 1851.

Lastarria ingresó a la "Sociedad de la Igualdad", se sumó a sus tareas, y corrió valerosamente los riesgos que entrañaba su decisión. No los ignoraba y en su "Diario desde junio de 1849 hasta marzo de 1852", donde narra los sucesos de este agitado período, anota con respecto a la "Sociedad de la Igualdad": "El gobierno de los retrógrados la teme y cree que de ella ha de salir la revolución". El temor, en efecto, impulsó al gobierno a disolverla, apresando a sus principales dirigentes. Lastarria fue desterrado a Lima, donde permaneció algún tiempo. Al regresar al país estalló la cruenta guerra civil de fines de 1851. De inmediato se le detuvo y desaforó, siendo destituido de su cargo de profesor del Instituto Nacional y, de nuevo, desterrado al Perú.

Lastarria analizó los acontecimientos de esta época varios años más tarde y al enfocar el fracaso del liberalismo tal como él lo entendía, escribe: "Las vicisitudes políticas vinieron a confirmar la verdad de que era imposible organizar un verdadero partido liberal, sin difundir y afirmar la doctrina democrática, pues en pueblos como los hispanoamericanos, que de ninguna manera estaban preparados para el gobierno de sí mismos, era necesario cambiar las ideas para tener nuevos hábitos políticos... Así sucedió que, triunfando desde 1851 la reacción conservadora, que puso término al desarrollo intelectual en el sentido democrático, tal como antes se hacía por nuestros esfuerzos, el partido liberal, que aún no se había

consolidado, fue olvidando poco a poco sus doctrinas y perdiendo la fiel concepción de la reforma, que en otro tiempo constituía su fe y su gran interés despartido. La aspiración liberal quedó flotante, a merced de los. intereses, de las afecciones personalistas, de las conveniencias, y de las transacciones que las circunstancias del momento hacían prevalecer; y. el partido, que en ocasiones ha tomado la representación de aquella aspiración, ha marchado sin cohesión, sin principios fijos, sin un interés político que le dé unidad y buscando su fuerza y su apoyo en compromisos personales o en agrupaciones y coaliciones ficticias, efecto fatal de la ausencia de una doctrina política, pues que no hay partido posible, no hay ese sentimiento colectivo que da vida a los partidos, cuando falta un sistema de intereses fundados en ideas, claras y en principios definidos que atraigan y asocien, como asocia la verdad. Tal es el peligro que aspirábamos nosotros a conjurar, cuando con una devoción ardiente, de todo momento y capaz de resistir toda contrariedad, nos consagrábamos a realizar esa revolución literaria que consistía en dar a la juventud una educación liberal y democrática, y nos esforzábamos por hacer prevalecer la idea liberal y los principios democráticos en todos los actos y documentos públicos en que de alguna manera podíamos influir. Separados de nuestra tarea, vencido y dispersado el incipiente partido liberal, se paralizó el movimiento de su organización, y cuantas veces hemos vuelto a la acción política, procurando ligar, las tradiciones de doctrina y de interés de este partido no lo hemos hallado en su puesto, por más que lo hemos buscado" ...

LA INTRANSIGENCIA DE LASTARRIA ES ACUSADA COMO VANIDAD

El cuadro que Lastarria traza de la existencia del movimiento liberal es justo. Mientras él se demostró siempre un vigoroso pensador liberal, luchador denodado en contra de la aristocracia y sus privilegios y violento anticlerical, el Partido Liberal exhibió una constante carencia de principios, y una marcada tendencia a las alianzas oportunistas, A fines de la administración de don Manuel Montt se alió con el Partido Conservador clerical (el viejo partido pelucón se dividió en "nacionales", conservadores laicos; y conservadores "pechoños", ligados estrechamente a la iglesia católica) en la llamada fusión liberal-conservadora, base del gobierno de José J. Pérez (1861- 71). Tan flagrante atentado a los principios se tradujo en la separación de su sector más avanzado, formando el Partido Radical (1863). El Partido Liberal actuó conforme a sus ideas solamente un breve lapso (años finales del gobierno de Errázuriz Zañartu y administración de Santa María, 1874-1886). Más tarde, en su mayor parte, se alzó en contra del gran presidente José M. Balmaceda, quien siendo políticamente liberal propició una economía de tipo nacional-proteccionista a base de la intervención del Estado en su planeamiento y desarrollo, contraria a los cuantiosos intereses de terratenientes, banqueros y capitales salitreros ingleses. Desde este instante el Partido Liberal se transformó en una montonera de apetitos nocivos, ajeno a todo principio programático, defendiendo posiciones contrarias al pueblo y a la nación.

Lastarria se mantuvo aislado e incomprendido. Su posición doctrinaria derivada de una formación filosófica superior a la de sus contemporáneos lo llevó a repudiar la politiquería bastarda hecha de enredos y negociaciones sin trascendencia. En su larga carrera política, exhibió una clara consecuencia entre sus ideas democráticas y sus actos como dirigente o representante liberal. Lastarria comprendió la política como un ministerio desinteresado y generoso, con un fuerte sentido del honor. Defendió principios y doctrinas; rindió culto a la inteligencia y a la cultura; jamás corrió tras la fortuna y el éxito. Actuó ajeno a todo interés mezquino, con elevados propósitos y poniendo una intensa devoción. De aquí nacía su intransigencia. Miraba con horror las concesiones, "la vergonzosa componenda", la "maroma política",

como acostumbraba a subrayar, gráficamente. En este plano, dentro del campo liberal, era el temperamento opuesto al de su discípulo y amigo, Domingo Santa María (presidente de la República en los años 1881 a 1886), prototipo del conductor hábil y maniobrero, y quien decía de Lastarria: "Don Victorino tiene mucho talento, puede tener hasta genio, pero no puede tener buen sentido". Por sobre todo, Lastarria llevó a cabo un ataque sostenido, sin tregua, en contra de los gobiernos reaccionarios, proponiendo reformas para debilitar el poder omnímodo del Ejecutivo, ampliar las facultades del Parlamento y extender el derecho de sufragio.

Augusto Orrego Luco, en su libro "Retratos", incluye una hermosa semblanza de Lastarria visto en la intimidad, suministrando datos de gran interés sobre su modo de ser y sus amistades. Comprobando su intransigencia, dice: "Ese apasionado amor a sus ideas daba un rasgo muy hermoso al carácter de Lastarria: su amor a la verdad moral, a la santa verdad, que para él no era en el fondo más que una emanación de la libertad del pensamiento y la conciencia; no era más que el ejercicio del derecho de decir lo que pensamos, lo que sentimos, lo que creemos, sin que ni las consideraciones sociales ni ' consideraciones de ningún género puedan obligarnos a disimular nuestras ideas y falsificar nuestras creencias". Ese amor a sus doctrinas daba al carácter de Lastarria una sinceridad altiva que se transformaba, a veces, en injusticia para apreciar o calificar hechos, actitudes y personajes. De todos modos, su injusticia ocasional no era nada frente a la agresión continua de que era objeto y de la hostilidad y persecución a que se le sometía. Sus adversarios trataron de desfigurar su fisonomía moral y arraigaron la leyenda de la "vanidad" de Lastarria, basándose en hechos aislados- o posiciones circunstanciales, surgidas del calor de la lucha. Citan incansablemente su famosa respuesta al diputado José J, Vallejos (Jotabeche): "Tengo talento y lo luzco", o reproducen párrafos de sus "Recuerdos Literarios". Orrego Luco esclarece que la campaña en su contra nació del odio y la envidia. La vanidad tiene algo de falso y de vacío y Lastarria poseía alto mérito* sólido y real, cuyos servicios al desarrollo político e intelectual de Chile eran enormes. Por lo tanto, no podía anidar en él la vanidad. Lastarria tenía orgullo, legítimo orgullo, a menudo exacerbado por las persecuciones e incomprensiones hasta tornarse soberbio y desdeñoso.

LASTARRIA PARLAMENTARIO, MINISTRO Y DIPLOMATICO

A su regreso del largo destierro en el Perú se incorporó a la política siendo elegido y reelegido diputado en varios períodos. Entre sus brillantes intervenciones se destacó aquella de la época de 1864, cuando pronunció un discurso de repercusión continental, con motivo de plantearse el reconocimiento del imperio de Maximiliano en México y la Cámara de Diputados aprobó una declaración suya condenando todo acto de intervención europea en América, todo gobierno que pudiera constituirse por ese motivo y todo atentado a la república representativa adoptada por sus naciones. La declaración traducía un sentimiento americanista de hondas raíces en Chile, Este magnífico documento lo reprodujo Lastarria en una de sus mejores obras: "La América" (dos volúmenes, 1865-67), -donde volcó su pasión americanista reeditada varias veces.

En Santiago de Chile se había fundado una Sociedad Americanista y en ella desempeñaron un papel descollante Lastarria, Vicuña Mackenna, Manuel A. Matta y muchos otros destacados políticos, para defender la soberanía y unidad de América Latina frente a los avances de la nueva Santa Alianza constituida por Inglaterra, Francia y España con el propósito de intervenir en este continente. Sentimiento profundo y sincero en Chile a pesar de su aparente aislacionismo tras los Andes y el Pacífico austral. En concordancia

con dicho sentimiento llegó a la guerra contra España en defensa de la soberanía continental y por solidaridad con el Perú, su vecino afectado por la descabellada agresión española. A Chile aquel acto de elevado patriotismo americano le acarreó pérdidas cuantiosas.

En relación con los sucesos indicados Lastarria partió en Misión Diplomática a Argentina, Uruguay y Brasil, en 1865. Con motivo de su viaje pudo asistir en su muerte, en Buenos Aires, a Francisco Bilbao, el fogoso tribuno radical que no pudo regresar a su país y falleció en el extranjero. Su maestro y amigo Lastarria además de su afecto personal pudo expresarle la adhesión de sus compatriotas, hermanos de ideas y de esperanzas. De regreso compuso Lastarria unos notables "Cuadros de Viaje". (En 1879, a raíz del estallido de la guerra del Pacífico, debió cumplir una nueva misión en calidad de Ministro Diplomático ante Uruguay y el Brasil, durante año y medio y con pleno éxito).

A fines de la administración de José J. Pérez, designado representante por tres departamentos a la vez integró el famoso parlamento de 1870, donde iniciaron su carrera pública numerosos jóvenes imbuidos en las ideas de reforma y progreso constitucionales. Este Congreso ha sido retratado de mano maestra por Domingo Arteaga Alemparte en su libro "Los Constituyentes de 1870". Al trazar la silueta de Lastarria, entre otros conceptos, expresa: "Se reveló desde los primeros días como un orador de raras dotes y de grandes facultades y llegó a ser bien pronto el líder de la mayoría. . . Una voz sonora, agradable y hábilmente modulada; una fisonomía severa sin ser inquieta; seguridad en el decir, pronunciación clara, límpida, perfecta; gran facilidad para tomar las entonaciones del desdén y del sarcasmo; tales son las cualidades exteriores de la oratoria, que dan realce a su elocución fácil, abundante y correcta. . . Apela con mucha sobriedad a las comparaciones y a las flores retóricas, y carece de expresiones gráficas e incisivas que se avienen mal con la abundancia de su elocución. En su larga historia de orador en que pueden hallarse tantos grandes discursos, apenas se encontrará tal cual dicho memorable".

Lastarria ocupó carteras ministeriales en dos oportunidades: la de Hacienda, en 186L, por corta temporada; y la del Interior, en 1876. En su primer ministerio demostró concretamente su oposición a los intereses de la clase terrateniente y, en cambio, se exhibió como el intérprete de las aspiraciones de la burguesía industrial-minera. Se afanó por proteger las industrias nacionales; suspendió el impuesto del cobre; legalizó las sociedades mutualistas y, para equilibrar las finanzas, propuso gravar las contribuciones reformando los aranceles de aduanas y las leyes de patentes y papel sellado. Estas medidas provocaron su retiro. En su segundo ministerio propició la reforma de la Constitución, aprobada al año siguiente, en 1877.

Lastarria era profundamente liberal en lo político; pero en el campo económico combinaba el proteccionismo y el librecambismo. Sobre todo, tendía a la defensa y expansión de las faenas mineras e industriales, entrabadas por muchas gabelas destinadas a financiar el presupuesto fiscal en provecho de los terratenientes dueños del gobierno y del aparato estatal, reacios a colocarse contribuciones.

LAS IDEAS FILOSOFICAS DE LASTARRIA

En lo filosófico Lastarria se señaló por su adhesión a las doctrinas de Augusto Comte. El gran filósofo francés alcanzó una considerable trascendencia en América. En Chile su influencia se inicia a través de las enseñanzas de Lastarria, quien publicó, en 1874, sus "Lecciones de Política Positiva". En esta obra desarrolla su ideario filosófico bebido en el sistema de Augusto Comte, logrando una poderosa resonancia. Continúan en su línea positivista, Juan Serapio Lois, Juan Enrique y Luis Lagarrigue, Valentín Letelier,

Agustín Venturino y Carlos Vicuña Fuentes. Es la influencia filosófica de mayor gravitación en Chile. La corriente historicista, derivada de Herder y Hegel, también tuvo discípulos, como ser: Francisco Bilbao, Manuel A. Matta y Jenaro Abasolo. En el historicismo la sociedad deviene y las ideas solamente son parte de su curso. En el positivismo, en cambio, las etapas de la civilización y del desenvolvimiento de la sociedad son simples adquisiciones del pensar humano.

Según Lastarria, la ciencia y el conocer guían al mundo y en la civilización domina el pensamiento religioso, o metafísico o científico. Este es el método que aplica en sus investigaciones históricas y jurídicas y el criterio que informa todas sus actividades intelectuales y políticas. En su "Recuerdos Literarios" explica su posición: "... un criterio experimental fundado en la naturaleza humana, en sus leyes de libertad y perfectibilidad… no hacíamos la historia a título de racionalista como Guizot, Thierry o Sismondi, juzgamos cada época; cada suceso, según los casos y el concepto especial que ellos no sugiriesen, mirados a la luz de nuestras opiniones políticas o religiosas"... Lastarria da por establecida la libertad humana y la independencia del ser: el hombre posee libre albedrío; rechaza a los historiadores que descubrieron la lucha de clases en la historia de Francia, del desenvolvimiento social y de su origen material. Por otra parte, era creyente. A. Orrego Luco afirma que Lastarria no era ateo; si es verdad que no aceptaba la moral revelada, creía en Dios. Se manifestó en sus actos como un cristiano espiritualista y librepensador. Ingresó a la Masonería, aunque luego la abandonó.

Sus ideas filosóficas y religiosas le valieron el constante ataque de las fuerzas reaccionarias y clericales. Además, su acción incansable en un sentido reformista y democrático le concitó enemistades y odiosidades innumerables. Debió luchar y polemizar sin- tregua. Y hasta el presente continúan apareciendo estudios y ensayos que tratan de presentarlo de manera deformada; sería un escritor negativo, perjudicial y carente de originalidad; tales ataques son injustos productos de la incomprensión y del fanatismo. Lastarria jugó un papel extraordinariamente fecundo en la evolución política y cultural de Chile y personifica, mejor que nadie, el progreso institucional e ideológico, de carácter, democrático de nuestro país en el siglo XIX. En cuanto a la pretendida carencia de originalidad, es necesario establecer una delimitación general. No fue original en el plano del pensamiento filosófico porque no creó un sistema. Es un hecho propio de toda la América Latina. Y, ¿quién del campo de sus impugnadores puede mostrar a alguien que lo hubiera sido? En cambio, Lastarria en el estudio, comprensión y aplicación de los sistemas filosóficos europeos y, a la luz de sus principios, realizó una apreciable regeneración intelectual en Chile. Por otra parte, su acción política y educativa revistió amplios contornos y considerable repercusión, sacudiendo la modorra colonial existente.

LASTARRIA VISTO POR ALBERTO EDWARDS Y AUGUSTO ORREGO LUCO

Son muchos los escritores enemigos del papel y del significado de Lastarria en la evolución nacional. Los juicios anti-lastarrianos los compendia el historiador pelucón Alberto Edwards, en las siguientes líneas: "La vieja escuela liberal o reformista, Seguía acaudillada en el mundo de las inteligencias por don José Victorino Lastarria que, diciéndose enemigo de España y de los pelucones, representaba sobre todo las tendencias y el temperamento de nuestra raza de origen, y el espíritu y principios de los hombres de 1828. Muy atrasado y simplista en sus concepciones, nada nuevo le enseñaron sus numerosas y heterogéneas lecturas y era también incapaz de aprender cosa alguna por observación personal. Viviendo en pleno siglo XVIII con Rousseau y Raynal, se creyó apóstol de novedades y hombre de progreso. Toda su filosofía

política se fundaba en el supuesto dogma de la soberanía del pueblo y en el odio a la tradición. Las fuerzas sociales e históricas sobre las que reposaban el gobierno y el orden público; el principio hereditario de la autoridad; el dominio de las clases conservadoras; la iglesia católica; el patronato aristocrático; el centralismo legado por la Colonia y favorecido en su desarrollo por la unidad geográfica y etnológica del país, el régimen constitucional vigente; todo, en fin, cuanto hacía el vigor orgánico de Chile y le defendiera de la triste anarquía que despedazaba a las demás Repúblicas del continente, se le antojaban injustas y rancias usurpa- dones sobre el derecho abstracto. Su liberalismo consistió pues en luchar contra el mundo real y la naturaleza de las cosas, porque no se acomodaban a la ideológica quimera sustentada por sus ya envejecidos maestros. No quiso ver en la sociedad sino una agrupación voluntaria de individuos libres e iguales, dispuestos al bien, conscientes de sus derechos e intereses, sin vínculos con las pasadas generaciones, e independientes por tanto de la compleja estructura social formada por los siglos, al través de lenta y trabajosa evolución".

Este enfoque de Edwards, ensayista especializado en condenar la labor democratizadora de las fuerzas sociales nuevas y de sus per- soneros más brillantes (defensor de los gobiernos fuertes terminó su carrera política, en calidad de ministro de la dictadura de 1927-1931), ha dado vida a periódicos panfletos contra Lastarria, Bilbao, Arcos, M. A. Matta, V. Letelier, y otros adalides de la reforma y el progreso del país. En la actualidad, don Francisco A. Encina, en su monumental "Historia de Chile" (en veinte volúmenes), siguiendo la orientación de A. Edwards, lanza furibundos anatemas sobre la figura de Lastarria acusándolo de "iluso" y "desconformado cerebral". Pero estas apasionadas diatribas rebotan en los porfiados hechos de la evolución nacional, donde la importancia de la actividad e influencia del gran maestro es indiscutible.

Lastarria fue una figura superior en el medio ambiente chileno del siglo XIX. En sus escritos aparece con todas sus fuerzas, superior si se la compara con la de los hombres de su tiempo y con la de quienes le sucedieron, proveniente del manejo de ideas profundas y de la belleza de su forma literaria, de: la energía de su estilo y de la seducción de su elocuencia. A pesar de su odio a todo lo español, porque creía que nuestros defectos y vicios se debían a la herencia española, sin embargo, admiraba la lengua castellana. Uno de los elementos principales de su liberalismo era su anti-españolismo. En un trozo de su "Diario", ya citado, escribe: "...el partido que se llama conservador tiene por principal misión la de restablecer en la civilización y en la sociedad de Chile el espíritu español para combatir el espíritu socialista de la revolución francesa. ¡Raro capricho!

Pretender españolizar más a Chile, es lo mismo que abjurar la independencia con todas sus consecuencias y pretender que la sociedad no obedezca la ley natural del progreso humano. El partido retrógrado de Chile va en esto a parejas con la "Revista de Lima", que parece ser el órgano de un círculo también español por su espíritu y sus tendencias. Ese papel se esmera en presentar a las repúblicas americanas en un estado deplorable y como víctimas del socialismo: él llama socialismo todo lo que huele a reformas liberales en cualquier sentido".

Lastarria respecto a lo hispánico únicamente transaba en el idioma. Amaba el castellano; aceptaba el neologismo, y él mismo inventó varios, entre ellos, hizo fortuna el vocablo "siútico" para designar al individuo de origen modesto que se torna arribista y figurón ("dirán de mí los siúticos lo que quieran, pero no podrán decir que no los he sabido bautizar, y para siempre"). Fue el primer chileno designado miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua. Como orador alcanzó la primacía indiscutible

y al leerlo hoy día se advierte en sus discursos la composición metódica, un desarrollo gradual y hábil de los argumentos, pureza de lenguaje, sencillez y sobriedad en el estilo, alejado de la retórica vana. Todo denota una aspiración excluyente a ser claro, preciso y convincente. Al mismo tiempo brotan de sus discursos la simpatía y el atractivo de quien siempre defiende los principios del derecho y de la justicia.

Augusto Orrego Luco al describir el salón literario de don Ambrosio Montt. uno de cuyos animadores era don J. V. Lastarria (concurrían Domingo Santa María, Justo y Domingo Arteaga Alemparte, Adolfo Valderrama y otros), nos entrega una hermosa semblanza suya más allá de "la cáscara marga del compadre", como decía A. Montt (Lastarria, A. Montt y Santa María se llamaban compadres) en su calidad de conversador brillante y ameno" "... don Victorino extendía sobre todas sus anécdotas una nota jovial, maliciosa, juguetona y traviesa; le daba a todos los detalles una animación extraordinaria, una vida asombrosa, y había en su manera de expresarse una gracia espontánea, un picante donaire. Y luego a ese cuadro animado, lleno de vida, luminoso y festivo, le servía de marco una voz plateada, sonora, de un timbre metálico tan puro, tan flexible y tan rica de tonos, la voz-más hermosa que hemos oído en los salones y que ha resonado en nuestras Cámaras. El encanto de esa voz se hacía sentir sobre todo en las notas tan claras, tan puras, de- su risa... Don Victorino como narrador era admirable por la vida, por la animación; que le daba a todo" ...

LA SUPERIORIDAD INTELECTUAL DE LASTARRIA

José Victorino Lastarria es una de las personalidades más completas e interesantes de Chile y de América Latina. Maestro incansable, puso siempre una fe indestructible en la juventud. A través de sus lecciones de Derecho de Gentes, en el Instituto Nacional, modeló una brillante generación de políticos e intelectuales, y cuando se fundó la Universidad de Chile se incorporó a ella transformándose su cátedra en el más importante foco de ideas del país. Nombrado miembro de la Facultad de Humanidades pronto alcanzó el cargo de Decano y se preocupó de estimular el progreso de la enseñanza nacional. No descuidaba el alto nivel de su cátedra; tampoco desdeñaba redactar textos didácticos con el objeto de facilitar los estudios de sus alumnos. Paralelamente a su labor docente gastó energías poderosas en crear y animar organismos literarios. A partir de la fundación de la Sociedad Literaria, punto inicial de la existencia literaria chilena insistió en varias oportunidades en el mismo propósito tratando de facilitar a la juventud un ambiente adecuado donde pudieran desenvolver sus posibilidades creadoras. En 1859, dio vida al "Círculo de Amigos de las Letras", segunda agrupación de este género en importancia en Chile; sus reuniones se realizaban en la propia casa de Lastarria y, de esta suerte, ha sido el primer salón literario, chileno. Se eclipsó con rapidez y solamente diez años más tarde logró hacerlo revivir. En su discurso inaugural expuso de nuevo sus ideas sobre la literatura y el arte. En 1873 fundó la "Academia de Bellas Artes", persistiendo en su noble afán de incrementar la cultura nacional.

Los esfuerzos de Lastarria en el plano de la actividad literaria chocaron con el ambiente inerte, atrasado y reacio de la sociedad chilena, siendo motejado de "tipo raro". No obstante, no desmayó en su empresa y es, sin duda, el más considerable animador ideológico del siglo XIX, mérito considerable dentro de nuestra modesta cultura. Al mismo tiempo, legó a las letras nacionales un libro capital para la historia literaria de Chile, donde narra sus esfuerzos y anhelos culturales: "Recuerdos Literarios", publicado en 1878.-

Político en el más noble sentido; escritor brillante y fecundo; periodista valeroso y combativo; pensador de bastante relieve para su época; orador singular por el fondo y forma de sus discursos, elocuente,

versado y sólido; diputado, senador, ministro y diplomático, que mantuvo una admirable correspondencia con sus ideas; liberal intransigente, honesto, expositor brillante de las doctrinas reformistas, Lastarria se alza como la figura intelectual más importante del siglo pasado, a la vez que su adhesión sincera e inteligente al ideario democrático lo llevó a encimarse en el conjunto de los más valiosos reformadores del país. Actuó para lograr una amplia renovación política e intelectual y enfrentó con valor a las fuerzas de conservación social y a los gobiernos reaccionarios. En este aspecto es una figura ejemplar y ocupa un alto sitio en el progreso institucional y cultural de Chile.

Algunos colaboradores de "Atenea"[133]

Mi primera publicación en la revista Atenea apareció cuando la dirigía el prestigioso crítico Domingo Melfi. Al sucederle el popular escritor Luis Durand, colaboré con cierta regularidad y, durante dos años fui su secretario de redacción. Precisamente, ambos preparamos un volumen extraordinario dedicado a la historiografía chilena en conmemoración de los veinticinco años de existencia de Atenea. Aquel número correspondió a los meses de septiembre-octubre de 1949.

Con motivo de mi trabajo en la revista traté en varias oportunidades a don Enrique Molina, en quien aprecié una cultura amplísima, y una gran simpatía personal por su ecuanimidad de juicio y su distinguida mesura y fineza en sus actitudes. Me hizo saber su agrado por un artículo que escribí sobre las ideas del olvidado educador Alejandro Venegas (Dr. Julio Valdés Canje). Don Enrique fue su amigo y compañero y le guardaba inalterable fidelidad a su obra y a su recuerdo. Más tarde le causó bastante molestia uno de mis ensayos acerca del desarrollo histórico de nuestro país. Se la manifestó en una extensa carta a don Luis Durand y, al mismo tiempo, formulaba serios reparos a la tendencia del estudio, y de paso rectificaba algunos errores deslizados en su texto. A raíz de la epístola en cuestión sostuvimos algún tiempo después una larga conversación. Le expliqué mis concepciones, pero no pude comprender si su amable sonrisa final fue de aceptación o de escepticismo. De todos modos, la entrevista indicada, me permitió medir su conocimiento de los problemas de Chile y su preocupación profunda por la revista Atenea.

RECUERDO DE LUIS DURAND

I

El 11 de octubre de 1954 falleció, en Santiago, a los 59 años de edad, don Luis Durand, escritor ilustre. Antes de morir pidió que lo enterraran en su tierra natal. Reposa para siempre en Traiguén, junto a su madre, adentrado en el corazón de la Frontera, comarca fielmente descrita en sus diversas obras.

Hemos llegado hasta su tumba en viaje de emocionado recuerdo. Mientras contemplamos el túmulo, con la forma de un libro abierto, donde permanecen sus restos mortales una secreta angustia nos envuelve; angustia y tristeza de no volver a sentir sus palabras cálidas ni palmotear afectuosamente su figura maciza y tranquila, apoyada con cierto desgano en su firme bastón de guindo; de no poder conversar reposadamente sobre las cosas sencillas que forman la trama cotidiana de nuestras humildes existencias ...

[133] Atenea n°404 (1964)

Observo su tumba y lo evoco nítidamente. Escucho su saludo entre serio y divertido: ¿Cómo le va a su señoría? ¡Tiempo que se había perdido su merced!" Y al ver a mi esposa se acercaba con grandes demostraciones de afecto: ¿Cómo está Elisita? ¡Por Dios qué ingrata, no viene nunca a vernos!" En el acto anudábamos una entusiasta charla, mezclando sucesos, comentarios, anécdotas, proyectos, recuerdos ... Por otro lado, la señora Josefina, su abnegada esposa, dueña de casa ejemplar, atenta, cariñosa y sencilla, disponía un festejo abundante y variado, pero que siempre le parecía magro a don Lucho. Con su tono socarrón le decía: "¡Pero señora Chepa no le ha servido nada a la Elisita!" Y dirigiéndose a mí: "Distinguido ensayista: ¡no desprecie estas modestas onces y atráquele!"

Cualquier suceso por nimio que fuera, relatado por don Lucho, cobraba singular relieve. Una vez nos contó, precisamente, un pequeño incidente protagonizado en Traiguén. Le manifestaron que vivía cerca del pueblo una señora de avanzada edad y resolvió visitarla. Llegó hasta su casa y resultó ser una dama muy fruncida. Nos refirió parte del diálogo: "¿Y de dónde es usted, señora? Yo soy de los países de Copiapós. ¿Vive Ud. sólita?" No, vivo con un hermano". ¿Y está aquí su hermano?" Sí, pero en este momento el caballero de mi hermano anda laborando. (Don Lucho agregaba que pronto llegó el caballero de su hermano, con raído pantalón a media pierna, ojotas, tongo de papel y una pala al hombro). Al despedirse le hizo esta última pregunta: Señora, ¿qué edad tiene Ud.? La viejísima dama, tomándose la punta del delantal entre los dedos, le respondió: ¡Mire... señor, muchos caballeros han pasado por aquí, pero ninguno me había hecho esa pregunta! Don Lucho se retiró sin poder satisfacer su curiosidad.

El motivo de esta anécdota es muy simple, pero relatado por don Lucho adquiría una gracia tan simpática y risueña que ya no se olvidaba más. Todavía, cuando vemos a alguien de modesta condición, engolado y suficiente, comentamos con mi esposa: ¡Seguramente es de los "países de Copiapós"!

II

Don Lucho, como cariñosamente lo llamábamos, fue un hombre afectuoso; irradió simpatía y bondad en su trato diario y a través de sus libros derramó generosamente ternura y amor por las personas y las cosas de nuestra tierra. Hombre bueno, afable, con una simpática picardía criolla, bonachona y pura, en su modo de ser y en sus relaciones corrientes, supo conquistarse el cariño y el respeto jovial de quienes le conocieron y rodearon. Vivió pobre, afrontando la lucha por la existencia con entereza y conformidad. A pesar de la circulación amplia de sus numerosas obras, no obtuvo los medios indispensables para llevar una vida tranquila. Su labor literaria nutrida, de más de un cuarto de siglo de actividad incansable, y con un sello tan sabrosamente chileno, no le permitió disfrutar de una vida desahogada, y hasta el último instante hubo de luchar para mantener su hogar y cumplir sus responsabilidades privadas.

Luis Durand, escritor tan próximo al alma de cada hombre de nuestra tierra, por su chilenísima creación literaria, partió sin haber logrado ninguno de esos éxitos materiales que otros más afortunados, sea por sus méritos reales o por la propaganda de círculos interesados, partidarios u oficiales, han logrado copiosamente y de manera insultante. Se le negó de manera reiterada el Premio Nacional de Literatura galardón de elemental justicia para su obra tan vasta y fecunda, hondamente característica de Chile, a pesar de haber logrado en una ocasión dos votos de los tres que formaban el jurado. Es verdad que si don Lucho no adquirió bienes materiales, en cambio conquistó con exceso el cariño de sus compatriotas. Amigos dilectos en las diversas localidades del país le acompañaron y alentaron; un público lector inmenso

siguió y aplaudió su trayectoria literaria; escritores, políticos, estudiantes, simples ciudadanos, buscaron su amistad y se honraron con su contacto risueño, de corazón abierto, sin dobleces ni trastienda.

Luis Durand con amoroso deleite recorrió a lo largo y a lo ancho el territorio patrio, dejando en crónicas sencillas, asombradas o regocijadas, sus frescas impresiones. Nuestra hermosa región de la Frontera la registró y describió de manera indeleble en las páginas de sus magníficos cuentos (*Tierra de Pellines*, *Campesinos*, *Mi amigo Pidén*, *Cielos del Sur*, *Casa de Infancia*) y en novelas rebosantes de colorido y emoción (*Mercedes Urizar, La noche en el camino*). En su producción máxima: *Frontera*, entregó un vasto fresco, animado, recio, pintoresco y épico de esta atrayente región, donde nació y creció. Cuadros notables y certeros de su paisaje sorprendente y de sucesos relevantes de la colonización, tipos variados, en quienes la vida aflora por todos sus poros; conflictos humanos profundos, todo desfila escrito y aprisionado eternamente al conjuro de su pluma iluminada. Con esta obra dotó a la región mapuche de su epopeya en prosa y se incorporó a los grandes novelistas representativos de Latinoamérica.

III

Don Lucho actuó largamente en los diversos organismos de escritores (Sociedad de Escritores de Chile, Pen Club y Sindicatos de Escritores), y al mismo tiempo dirigió la revista literaria más importante del país: "*Atenea*". En su dirección contó con la ayuda constante de Luis Merino Reyes, Mario Osses y con la mía (como lo recordó gentilmente en su libro Gentes de mi tiempo). Un rasgo simpático de su labor en los organismos señalados fue su comprensiva apreciación de los nuevos escritores, a quienes siempre alentó, prologó y facilitó las páginas de "*Atenea*". Y, a menudo, se le criticó por su actitud generosa. Siempre cooperó con las instituciones culturales de provincia y colaboró en sus pequeñas publicaciones. Periódicamente visitaba alguna ciudad a dar charlas o conferencias sobre literatura nacional. En Temuco estuvo varias veces y alcanzó especial relieve su permanencia en 1948, cuando invitado por el Ateneo, leyó algunos capítulos de sus recuerdos literarios (incorporados en su obra Gente de mi tiempo), y dictó sabrosas charlas en los Liceos de Niñas y de Hombres. Miró con especial simpatía la aparición del cuaderno literario "*TRAVESÍA*", apoyándolo con sus artículos y con diversas colaboraciones obtenidas entre sus amigos.

En su estímulo a los escritores jóvenes no se dejó llevar por una norma estética determinada. Le bastaba que escribieran con entusiasmo y fe, aunque muchas veces no lograra entender del todo sus lucubraciones. Al respecto, nos contó algo divertido que le ocurrió con un poeta joven, en uno de sus viajes al sur. El poeta llegó hasta su hotel y le solicitó su aprobación para leerle uno de sus poemas. Don Lucho, cortésmente, le manifestó su agrado de oírlo y fumándose, despaciosamente, un cigarrillo, escuchó una difícil poesía. Al término, como él permaneciera silencioso, el joven poeta entró, entonces, en una apasionada y gesticulante explicación de todo el proceso de gestación de su poema y de su significado profundo. Sofocado y expectante, esperó la opinión del maestro, pero don Lucho, impresionado por los ademanes y el esfuerzo del vate, sólo atinó a exclamar: "¡Puchas! ¿no?" El joven poeta tomó sus papeles y salió indignado y desdeñoso.

IV

Don Lucho, en materias religiosas e ideológicas, mantuvo un criterio tolerante y desapasionado. No era creyente ni le interesaban las atracciones metafísicas. Su conocimiento cabal de la vida, su contacto

permanente con los seres sencillos, la observación diaria de tantas injusticias y sufrimientos, su propia existencia laboriosa, aporreada, sus relaciones con altos personajes de la política (don Lucho fue secretario de don Arturo Alessandri en su segunda administración) y de las letras a quienes conoció en toda su íntima mediocridad, le afinaron en su escepticismo amable. Escéptico en política e incrédulo en filosofía y religión, se mantuvo ajeno a las inquietudes de las luchas partidistas y a las torturas abstractas sobre la existencia de Dios y el más allá; de la misma manera que en la vida corriente no le turbaron las ambiciones de gloria y de figuración (fue declarado hijo ilustre de Traiguén, motivo por el cual tuvo que asistir a las ceremonias y solemnidades del caso. A su regreso me confesaba que casi no pudo soportar las molestias de ser "personaje célebre". A menudo todo le parecía chacota). Para don Luisito, lo fundamental en sus preocupaciones era el hombre concreto, de carne y hueso, y su actitud de solidaridad hacia los humildes, sin pose ni aspaviento, fue inalterable. Hizo todo lo posible por aliviar las miserias de sus semejantes y rindió un culto fervoroso a la amistad. Pocos hombres más amistosos que él. No podía vivir sin sus innumerables amigos. Y a donde fuera aprecian, brotaban, le rodeaban los más variados, raros, pintorescos y entrañables amigos.

A través de sus conversaciones, y en sus libros, se destacaba un amor fuerte por la naturaleza y los animales, con un verdadero fervor panteísta. Asimismo, gustaba intensamente de los placeres sencillos de la existencia cotidiana: guisos sabrosos, frutos de la tierra y del mar, mostos olorosos. Era un "gourmet" escapado de las páginas d Rabelais.

V

Si alguna preocupación de tipo metafísico le conturbó, ésta sin duda es la que le llevó a ingresar a las Logias Masónicas, donde al parecer su actividad fue discreta, sin mayor relieve. Sus referencias a esa zona de su vida eran escasísimas. Sólo me narró una anécdota. En una de las reuniones de la logia, mientras un orador hacía diversas consideraciones, un señor pequeño, moreno, instalado a su lado, se revolvía en el asiento y criticaba por lo bajo los juicios de quién hablaba. En un momento, dirigiéndose a don Lucho, afirmó con voz alta: ¡Lo que dice el hermano es totalmente inexacto! Don Lucho se limitó a lanzar un "¡Ah! ¿Sí?" Al terminar la reunión preguntó por el señor morenito e inquieto. Era don Pedro Aguirre Cerda, el futuro Presidente de la República.

A raíz de los grandes movimientos sociales y políticos a partir de 1938, don Lucho se sintió conmovido y atraído por la marejada democrática, que correspondía a su modo íntimo de apreciar los hechos y las cosas de su país. Su apoliticismo (su alessandrismo era una adhesión simpática y personal, desligada de todo contenido político), sufrió una fuerte crisis hasta que se decidió a ingresar al Partido Socialista Popular. Se le recibió, junto con otros escritores y artistas, en una ceremonia especial, donde él habló en nombre de los recién incorporados. El P.S P. iniciaba una era difícil, aislado, con escasa gravitación. Otro grupo socialista estaba en el gobierno de don Gabriel González Videla y contaba con el apoyo oficial. En tales circunstancias, apareció su novela Frontera. Un día le llegó una carta muy sentida del viajero Bernardo Ibáñez, líder del sector socialista gabrielista, firmada en un puerto de Irlanda, en la cual le expresaba su entusiasmo por Frontera. Don Lucho se emocionó con la epístola y deseó publicarla, pero le asaltaron escrúpulos en vista de su condición de "militante socialista". Al mismo tiempo, se le plantearon dudas sobre cuál de los dos grupos era su tienda efectiva. En tales momentos lo visité. Después de conversar un rato, repentinamente me preguntó: "¡Julio César! ¿De cuáles socialistas soy yo?" "De los de Ampuero, don

Lucho", le respondí. "Entonces no puedo publicar esta cartita, me agregó", dándomela a leer. Y meneando la cabeza exclamó: "¡Por la remadre, compañero, que es embromado esto de ser de un partido!". Más tarde, al proclamar el P. S. P. la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez, don Lucho se retiró silenciosamente y se ligó al Frente del Pueblo. Aquí le halagaron con el objeto de especular con su nombre literario, con su vasta obra criollista. Resultado de ese bloqueo, fue su designación de Presidente del Instituto Chileno-Chino de Cultura. Y empezó a circular la especie de que don Lucho se había convertido al comunismo. No hubo tal. Su natural bondad lo llevó a aceptar aquel cargo (como antes por amistad con los señores Chuaqui, Hirmas, Mussa, se había incorporado al Instituto Chileno-Árabe de Cultura), y porque los "chinitos" le cayeron tan simpáticos. Una vez le pregunté: "Don Lucho, ¿qué dice el Instituto Chileno-Chino? ¿No le ha traído molestias?" Me miró socarronamente me respondió: "¡Sí, hombre! Ya no soy Luis Durand. Ahora me llamo Luis Luland!"

Su carácter bondadoso y tolerante, su espíritu amistoso y abierto, no se avenían con las exigencias de la militancia comunista. Era, ante todo, un demócrata de verdad, enemigo de los enredos políticos y partidarios, a quien le preocupaba solamente la existencia amplia de la libertad y de la justicia. Deseaba sinceramente un perfeccionamiento de la democracia, dentro de una convivencia pacífica, por métodos razonables, sin menoscabar la autonomía y dignidad del hombre. En verdad, su corta vida socialista y entendido el socialismo como un nuevo y profundo humanismo, respondía a su condición esencial de escritor libre y realista y a su espíritu ciudadano pacífico y solidario de los humildes.

LA VIDA CREADORA DE MARIANO LATORRE

I

El fino poeta y erudito investigador sobre la historia de la literatura chilena, Francisco Santana, ha esbozado un completo ensayo biográfico sobre Mariano Latorre. Es un libro pequeño, pero denso y sustancioso. Registra toda la obra de Latorre y es, sin duda, una introducción indispensable al conocimiento de nuestro gran escritor. Santana condensa en páginas muy ordenadas y nutridas, escritas con sencillez y cordialidad, el largo y accidentado itinerario del rapsoda del Maule, su comarca nutricia, y de Chile, su país amado con fidelidad.

La lectura de este simpático volumen me ha sido gratísima y nostálgica. Lo devoré en una hermosa y radiante tarde, bajo la sombra los robles y pataguas del costado poniente del Nielol, donde ocurre la anécdota de su cuento "*El tobiano de Catrileo".* Me acompañó la nítida evocación de Mariano, con quien tantas charlas anudamos en las calles de Temuco y en los faldeos del Nielol, pasando revista a sus olivillos, ulmos y laureles. Amó con sinceridad esta bella región y la describió con opulencia y poesía en MAPU.

Al meditar en el autor del noticioso ensayo, Francisco Santana, retrocedía a mi adolescencia entusiasta y alegre, a los días luminosos nuestros estudios en el Liceo de Temuco, y de nuestras primeras quietudes literarias. Francisco Santana, condiscípulo y amigo invariable, ha mantenido una disciplinada actividad, volcada hacia la investigación y el examen de la literatura nacional. Su afán interpretativo de buena ley y de sobria dignidad creadora, le confieren a su modesta existencia un sello de nobleza y fecundidad. Y en ello reside la calidad y la simpatía de su amistad.

A Mariano Latorre tuve la suerte de conocerlo mientras era alumno del Instituto Pedagógico, al incorporarse a su personal docente con motivo de la jubilación de don Julio Vicuña Cifuentes, en 1930.

Más tarde nos hicimos amigos y nunca dejó de visitar mi hogar en Temuco o en Santiago, para conversar y rendir honores a algún guiso preparado por mi esposa, también oriunda de la región del Maule (nació en Cauquenes, con familiares en Talca y Parral, a varios de los cuales frecuentó Mariano). Todos los veranos pasaba por el "mapu" a tomar bachillerato o a visitar a alguno de sus innumerables amigos, quienes se disputaban el honor de invitarlo a sus predios, donde Mariano intimaba en la comprensión profunda de sus faenas, paisaje y existencia humana. En Santiago mantuvimos con la cordialidad de siempre esas relaciones tan atrayentes y fecundas. Mariano Latorre ha sido una de las personalidades de mayor simpatía y encanto en su trato y de más calidad espiritual y atractivo literario que he conocido. Y he tenido la suerte, a través de veinticinco años de intensa vida política, docente y periodística, de alternar con una impresionante cantidad de figuras de alta jerarquía intelectual y humana.

Mariano era insuperable como amigo y compañero. Su alegría traviesa, sus conversaciones sabrosas e inagotables, sus animados relatos de incidentes y anécdotas, sus comentarios inteligentes de lecturas y sus retratos certeros, cáusticos o maliciosos, de personajes de la política o del mundo literario, su generosidad sin par, lo hacían un ser brillante, ingenioso, simpático, excepcionalmente humano. A pesar de sus dotes intelectuales extraordinarias y de sus vastísimas amistades, no quiso nunca usufructuar de prebendas ni tampoco llevar una existencia rumbosa.

Aunque soy un "intelectual", atraído fundamentalmente por las cuestiones sociales, la política y la historia, y poseo ante todo una inquietud ideológica, la literatura de Mariano Latorre me interesa y conmueve. Se entronca a mi origen campesino, a mi infancia y adolescencia nutridas en la tierra araucana, en medio de estas campiñas ubérrimas, de ríos, volcanes y bosques, tan bien descrita en sus diversas obras. Mi condición de descendiente de colonos franceses radicados en la Frontera, y moldeado en esas duras y fascinantes realidades las encuentro reflejadas con arte insuperable en las producciones de Mariano Latorre y de Luis Durand. Las leo y releo con placer nutriendo mi vertiente rural fronteriza, de profunda adhesión a mi tierra magnífica. De aquí mi comprensión de los sentimientos creadores Mariano Latorre, descendiente de español y francesa (su madre bordalesa como mi abuela Berta Angevin Ménard) y mi admiración ilimitada por su obra literaria empapada de amor a la tierra natal. Al mismo tiempo explica mi amistad. Era sabio y perspicaz, preocupado por todos los problemas de la cultura y de la política. Con él se podía conversar sobre todos los temas de interés para un hombre de esta época, con provecho y deleite.

Francisco Santana expone con precisión los aspectos más sobresales de la famosa polémica entre los criollistas y los imaginistas. A Mariano Latorre se le considera el jefe del criollismo. ¿Cómo lo entendía Latorre? En el verano de 1950, de regreso de una permanencia en la comarca del río Puelo, en casa de Julio Silva Lazo (autor de "Hombres del Reloncaví"), con el deslumbramiento aún vivo de su paisaje impresionante, donde "junto al misterioso alerce milenario que raya los altos cerros, platea la copa olorosa de los ulmos", lo entrevistamos para nuestra revista TRAVESÍA. A la pregunta sobre su concepto del criollismo, en calidad de jefe de esa escuela literaria, nos expresó: "No creo que merezca el título de jefe del criollismo literario, incluso creo que no existe jefe del criollismo. Criollismo es, sencillamente, la interpretación total de la vida chilena, la de la ciudad y del campo. Criollismo es la raza chilena en sus reacciones características y así es criollo un gran terrateniente como el notario de un pueblo chico. Es lamentable que a los críticos literarios se les haya ocurrido pensar que sólo son criollistas los escritores rurales. Es lástima, querido amigo, que la palabra criollismo se haya vulgarizado en esta forma tan limitada.

A no sé quién, tengo la idea que, a Salvador Reyes, se le ocurrió anteponer imaginismo a criollismo. Esto la tinterillada literaria ..."

En su interesante conferencia: "Algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo", insiste en su mismo concepto y lo sintetiza de esta manera: "Escritores criollistas son los intérpretes objetivos o psicológicos de la vida chilena en los campos o en las ciudades".

El pequeño gran libro de Francisco Santana me ha permitido recorrer una vez más la vida creadora de Mariano Latorre y recordarlo con afecto profundo en su existencia prodigiosa, en su contagiosa risa y su picaresco parpadeo, en tanto sus ojos verde-azules chispeaban de diablura, y que tan hondo supieron ver en el corazón de nuestro pueblo y en la entraña de nuestra tierra.

II

Mariano Latorre nació en Cobquecura, pequeño puerto de la provincia de Maule, tierra de campesinos y de marinos, el 3 de enero de 1886. Descendía de vascos españoles y de franceses. Cursó sus estudios de humanidades en liceos de provincia y a su término ingresó en el Instituto Pedagógico, donde se graduó en la asignatura de Castellano. Durante casi medio siglo ejerció un fecundo magisterio, formando varias generaciones de profesores en el amor al idioma castellano y a la cultura latina. Junto a su labor docente realizó su vastísima creación literaria. Novelista, cuentista y ensayista, publicó una veintena de obras notables, conquistándose un privilegiado sitio como clásico de la literatura chilena e hispanoamericana. Apenas publicó sus dos primeros libros, *Cuentos del Maule* y *Cuna de Cóndores*, se consagró como un escritor innovador, profundamente original. Respondía con singular talento al llamado secular de José Victorino Lastarria, dando vida a una literatura genuinamente nacional, por la descripción minuciosa y poética de su paisaje nativo y por la rica galería de tipos y escenas, características de su pueblo. Su fecunda obra literaria constituye el más bello y amoroso registro del variado paisaje chileno y de la compleja idiosincrasia de su habitante, atestiguando una devoción vernácula inagotable y ejemplar. En ella exhibe extraordinarias condiciones de narrador, dueño de un estilo animado, rico en vocablos nuevos, de gran colorido y poder evocador.

Mariano Latorre trató de abrazar a Chile en sus diversos aspectos geográficos, sociales y anímicos, desarrollando sus argumentos en las distintas regiones de su extenso territorio con el propósito de dar una visión artística total del país. *CHILE, PAÍS DE* RINCONES es el título sugestivo de una excelente antología de sus cuentos más logrados, queriendo expresar con él el carácter particularísimo de su endiablada topografía física y espiritual y que el autor deseó aprehender e interpretar íntegramente. Y a quien se lamentaba de no existir una novela representativa del país, le respondía: "Observación superficial, improvisada por el crítico, acuciado sobre el tema sobre el cual debe escribir, porque ni Don Segundo Sombra, ni Doña Bárbara, ni La Vorágine, son novelas totales de Argentina, Venezuela o Colombia. Son aspectos de la vida de esos países, que coinciden con un problema de esa nacionalidad en un instante del tiempo. Y es lo que desorienta a los críticos chilenos que quieren aplicar esos problemas, olvidando su diferencia geográfica y convirtiendo así un error en una verdad indiscutible. La síntesis de la vida chilena en una sola novela es imposible y menos en un personaje. El huaso es el valle central; el roto, de todo Chile. El uno es conservador; el otro anárquico".

En 1912 salió a la circulación su primer libro: *CUENTOS DEL MAUL; en* 1918, *CUNA DE CÓNDORES*; y, en seguida, se suceden *ZURZULITA*, *Ully*, *CHILENOS DEL MAR*, *ON PANTA*, *HOMBRES Y ZORROS*, *MAPU* y *Viento DE MALLINES*, que se imprime en 1944. En este año recibió el Premio Nacional de Literatura, en reconocimiento de su larga y honda producción novelesca. Prosigue su labor hasta llegar *a ISLA DE pájaros*, su última publicación, aparecida poco antes de su muerte.

Toda la obra de Mariano Latorre se nutre en un amor entrañable a su patria y en un sincero afán de comprensión del hombre chileno a través del análisis detenido de su ruda psicología. En su espíritu se impuso de manera avasalladora el llamado profundo y mágico de su tierra. Desde joven su temperamento buscó los medios de expresión que narrasen la vida y los conflictos del hombre y el medio de su país y de su tiempo, con una honradez literaria admirable, sin desviarse de su propósito a pesar de los ataques enconados de una crítica extranjerizante. La lectura de los grandes escritores naturalistas europeos, sobre todo de Zola, lo afirmaron en su actitud. En hermosas páginas nos ha confesado su lento proceso de descubrimiento de Chile y cómo la tierra nativa penetró hondamente en su espíritu, revelándosele sin intervención de nadie: “Este primer contacto con una tierra a medio cultivar y con un hombre aún no realizado psicológicamente, quedó en mi memoria como una semilla que perdió, primero su áspera cutícula y germinó luego, borrando las influencias europeas de mi temperamento. Fue, en la primera época, una embriaguez sensorial y, más adelante, un razonar de todos los momentos despojando de cortezas adventicias la idea primigenia, germinadora”.

En el mismo escrito, Mariano Latorre, analiza inteligentemente el problema del criollismo y del imaginismo en la literatura chilena, rechazando sus tradicionales contenidos impuestos por críticos perezosos y simplistas; análisis de mucho interés para lograr un necesario esclarecimiento de la famosa contienda literaria y para la exacta ubicación del novelista. Se pregunta: “¿Soy criollista? ¿Tenía la intención de crear una escuela de este tipo?” Responde: “Nunca se me ocurrió una cosa semejante... No he pintado jamás huasos, en el sentido estricto de la palabra. Ni me atrajo el cuadro de costumbres que abunda en Jotabeche, en Blest Gana y en Barros Grez. En una palabra, estuve siempre lejos del pintoresquismo rural. Si hay en algunas de mis novelas o cuentos escenas de costumbres es porque el asunto y el medio lo exigían. Mi intención, al acercarme al mar, al campo, a las cordilleras de la costa y de los Andes, a las selvas del sur, a la vida de las colonias alemanas de Quilaco y Pucón.. ., fue una intención heroica, la de interpretar, la lucha del hombre de la tierra, del mar y de la selva por crear civilización en territorios salvajes lejos de las ciudades”.

III

Mariano Latorre es un escritor realista y nacionalista. Supo incorporar las diversas regiones del país a la literatura, por medio de una observación directa, plena de fidelidad, del hombre y del paisaje autóctonos, con un sentimiento poético profundo, fijándolos en imágenes y metáforas eternas. Sus obras se singularizan por la pintura sensual, deleitosa del paisaje (‘‘muchas veces, mirando los cerros vestidos de azulada bruma, decía como Joaquín Mir: ¡Ay si pudiera abrazar esa colina!,) y por el estudio penetrante del tipo racial propio del país, de su extraña psicología, de ese “zorro astuto y malévolo”, que lleva dentro. Arrieros, hombres de mar, agitadores, campesinos enganchados en las ciudades del Norte, colonos del Neuquén, indios, misioneros, bandidos, hombres “que se desplazan de su medio nativo para buscar otra forma de vida, independiente, creada por ellos mismos y lejos de la tiranía del patrón...” desfilan por sus

páginas vibrantes y esa "vida mejor o peor, insegura o estable, a veces coronada por el triunfo y en muchos casos por trágicas derrotas..." constituye el drama esencial en la producción novelística de Mariano Latorre. Para él, Chile es un país en transformación, cuyo interés apasionante reside en su presente, no en la tradicional adoración fanática de un pasado superado. Tierras vírgenes se incorporan a la civilización; desaparecen selvas, reemplazadas por campos de cultivo; se levantan pueblos y se forman y moldean nuevos tipos humanos. Es necesario, entonces, recorrer el país, estudiarlo, aprisionarlo en su cambiante rostro. Por eso, al comprobar el divorcio existente entre la realidad de la nación y la enseñanza de la época, ajena a tan vasto proceso de cambio, se propone explorarlo en toda su extensión, adentrarse en su seno. Así lo explica en notables líneas: "Y al observar esta disparidad entre una enseñanza sin savia y un pueblo que era superior a ella, se despertó en mí un afán casi místico de viajar por todos los rincones de mi tierra, conocer paisajes y hombres por mis propios ojos y no a través de libros o referencias y, por último, verterlo en novelas, cuentos o ensayos y darlo a conocer a los propios chilenos y a los estudiantes que, por vivir en él, no se habían enterado que existía".

He aquí la finalidad de fondo en la amplia creación literaria de Mariano Latorre: captar la existencia nacional con sus diversos tipos humanos en todas sus actividades y peripecias, e incorporar el verdadero y sorprendente paisaje circundante, en un lenguaje poético, de gran lirismo. Ricardo A. Latcham, crítico culto y perspicaz, en su discurso de recepción del novelista en la Facultad de Filosofía y Educación, expresó algo que lo define certeramente: "Es raro encontrar en Chile un individuo de tan entrañada vocación literaria, con decisión más firme para entregarse a los impulsos temperamentales y por encima de la conveniencia o el medio. Ni político ni hombre de negocios, siempre fue un artista, un modelador de fantasías, un maestro que prefirió la enseñanza socrática a la muerta superficie de los textos. Ha desempeñado, entre todos los chilenos, la más egregia función del escritor: descubrir, exaltar y reproducir el alma de su tierra y de su pueblo".

Mariano Latorre, como hombre, era el prototipo del gran amigo cordial, chispeante, ingenioso. Huía de las ceremonias aburridas y de los actos oficiales solemnes; no podía soportar a los seres vanidosos, hinchados y huecos, cuyo único mérito radicaba en la posesión del dinero o de cargos debidos a las aventuras políticas. Rehusó toda gloria y figuración artificiales; prefirió la amistad de la gente sencilla y culta y siempre se sintió atraído por las personas inteligentes, originales, fuera en el campo de la creación literaria o artística, o en las luchas sociales, e ideológicas. En acto académico destacado expresó un rasgo exacto de su carácter: "Nunca me sedujeron las ceremonias académicas y si he de ser franco, ninguna clase de ceremonias... Creo que el escritor y también el profesor (ambas disciplinas han constituido mi vocación) debe afrontar la vida con una máxima simplicidad, sin ambiciones de gloria ni de poder…" Mariano Latorre supo vivir de acuerdo con su confesión, alejado de las recompensas oficiales y de las sinecuras burocráticas, con absoluta independencia. El encanto de su amistad residía en su inteligencia alerta, en su cultura amplísima y en sus cualidades de hombre libre, digno, de firme vocación literaria y de agudo espíritu polémico y batallador.

Mariano Latorre fue, además, un sincero demócrata, defensor de la justicia y de la libertad, y un profundo admirador de las tradiciones culturales de Occidente. Se adentró en el corazón de su pueblo y éste supo comprender la exactitud de las líneas del gran escritor acerca los personajes de sus libros: "Un profundo amor por esos desheredados me hizo escribir con sincera emoción, y si algo he hecho que valga la pena, se lo debo a ellos y a su heroísmo sin recompensa. Y confieso que para ellos y para los que aman a esa

porción tan rica de vitalidad y de tesón inquebrantable, de nuestra raza, he escrito la mayoría de mis libros".

Mariano Latorre uno de los escritores más representativos de Chile, falleció de un ataque al corazón, en Santiago, el 10 de noviembre de 1955, a los setenta años de edad.

Aldo Torres Púa, Poeta de la Frontera

En diciembre de 1960, en Viña del Mar, supe el deceso inesperado del poeta de nuestra provincia, Aldo Torres Púa, en Londres. Había recibido dos cartas suyas desde Madrid. En la primera me narraba la trágica muerte de su segunda esposa, de nacionalidad argentina, a consecuencia de un cáncer (su primera mujer, temuquense, también falleció en circunstancias dolorosas) y aspectos de su situación en España; en la segunda me contaba impresiones líricas y pintorescas de un viaje por Inglaterra, en especial de sus vagabundeos por los barrios populares de Londres y de una visita breve a la comarca de los lagos donde vivieron algunos de sus poetas ingleses preferidos. Me adelantaba su decisión de regresar a las Islas Británicas con el propósito de permanecer una temporada larga. En sus epístolas campeaba un espíritu rebosante de optimismo, curioso y proyectista, como era normal en Aldo Torres. Por eso, su muerte en el instante de cumplir su anhelo tan deseado me sumió en el estupor y, al parecer, ocurrió en circunstancias extrañas.

A menudo pienso con tristeza en el desaparecimiento de Aldo, compañero de estudios en nuestro liceo y amigo constante a lo largo de treinta y cuatro años. Me duele su sorpresivo fin, a los cincuenta años de edad, en la plenitud de su vigor físico y de su potencia creadora, y cuando daba cima a uno de sus más acariciados anhelos: recorrer Europa y, sobre todo, España e Inglaterra, cuyas literaturas conocía en profundidad y amaba entrañablemente. Hombre cordial y amistoso, conversador inagotable, amante fervoroso de su patria y de su región natal, Cautín, evocaba en charlas gozosas, ricas en detalles ingeniosos, hombres, paisajes, aventuras... ¡Y este gran compañero, tan urgido de amistad y compañía, murió solo, extraño, desconocido, en país lejano! Al imaginarme su caída definitiva he recordado algunas líneas de sus reflexiones en "La malva y el asfadelo", ensayo publicado en "Atenea": "A veces, me abstraigo en medio del fragor urbano y me paro a evocar el primer sonido, el primer ademán, la primera idea. Entonces, como herido por una flecha veloz, que no detiene su vuelo ni acaba nunca de pasar, se ahonda en mí la nostalgia de aquel sonido, de aquel ademán, de aquella idea, y son cual peces remotos en el piélago de mi existencia. ¡Oh nostalgia, súbita y eterna y dolorosa!"

II

Tres o cuatro años atrás me ocurrió algo semejante: el anuncio repentino de la muerte trágica, en los Estados Unidos, de otro compañero y amigo querido: Manuel Olguín, profesor de francés, estudioso y de fina sensibilidad. A los pocos meses de matrimonio perdió a su esposa, una simpática dama temuquense, y en medio de su congoja planeó una nueva existencia. Se trasladó a los Estados Unidos enseñó y siguió estudios especializados, logrando los más altos títulos y conquistando un sólido prestigio como catedrático y escritor. Restituyó su vida matrimonial y formó un nuevo hogar. Con motivo de los homenajes al polígrafo mexicano Alfonso Reyes en 1955, al cumplir medio siglo de dedicación a las letras, el nombre de Manuel alcanzó amplia notoriedad. A fines de esa fecha terminó de escribir su libro *Alfonso Reyes, ensayista, vida y pensamiento*, difundido por las ediciones Andrea, de México. Su obra examina eruditamente la labor

monumental del fecundo escritor azteca, y lo consagró como crítico eminente. Un extraordinario porvenir se le abría y, sin embargo, un día cualquiera se suicidó. ¿Qué le ocurrió a este amigo inteligente y sensible? En innumerables ocasiones, con Manuel Olguín y Federico Klein, abogado de gran inquietud social, caminando por las calles de nuestra ciudad o por las laderas del cerro Nielol, abordamos los eternos temas que conmueven a la juventud: el sentido de la vida, las raíces de la creación literaria y artística, los verdaderos móviles de la acción política, la lucha por la libertad y la justicia, la responsabilidad de nuestra generación, premunidos de un fuerte entusiasmo y de un optimismo reconfortante. Años más tarde, Manuel Olguín, cuando se encontraba en la madurez fecunda de su vida y en la cúspide de su carrera profesional, dando una respuesta cotidiana eficaz a aquellas lejanas interrogantes y propósitos, se eliminó en forma inexplicable. Trágico y doloroso desenlace e incomprensible para quienes le queríamos y lo admirábamos. Efecto similar me produjo la muerte de Aldo Torres, tan fuerte y sano en lo físico, tan equilibrado en su cultura, y tan preocupado siempre por las cosas del espíritu, por la poesía y el arte.

III

Aldo Torres Púa es el pseudónimo de Adiel Castillo Venegas. Nació en Pitrufquén, en 1910. Estudió en Concepción y en Temuco. En el liceo temuquense cursó el segundo ciclo de humanidades y alcanzó prestigio inigualado por sus aficiones poéticas y como basquetbolista formidable. Cumplió el servicio militar en el regimiento de Húsares, de Angol, y le tocó participar en los combates en torno a Talcahuano, durante la rebelión de la marinería en 1931. Estudió pedagogía en inglés en la Universidad de Concepción y entró a colaborar en periódicos y revistas, con bellas crónicas literarias, versos y comentarios de libros. A lo largo de su vida escribió en forma regular y por largos períodos trabajó en diarios de Temuco, Concepción y Santiago. En 1933 publicó su primer libro: *Imágenes silvestres*, breve y fino cuadernillo poético, notable por su originalidad y frescura.

Aldo Torres estudió, desempeñó cargos de diversa índole e hizo periodismo, pero su vocación esencial guardó relación con la poesía, con la literatura en general. Se sentía vivir escribiendo, y lo hacía a conciencia, con gozo. Así lo confiesa: “Cuando escribo —con el lápiz, con la pluma— innumerables manos como en reiterado vuelo de palomas, descienden sobre el papel y entran en mi diestra, lo mismo que una mano femenina en la suave cavidad del guante. Pero también llegan voces remotas y entran en la atmósfera de mi éxtasis, igual que las abejas en las flores. Y no sé si es mi voz la que escribe o si es mi diestra la que canta”.

IV

Se radicó por un largo período en Argentina y Uruguay. Allá editó su hermoso libro *Memoria permanente*. Al regresar a Santiago inició sus “encuentros literarios”, entrevistando a Manuel Rojas, Rafael Maluenda, Ricardo A. Latcham, Lautaro Yankas, Luis Merino Reyes y otros. Al mismo tiempo revisaba numerosas crónicas sobre diversas regiones del país, redactadas con un carácter geoliterario: Coquimbo y Gabriela Mistral; el Maule y González Bastías; Cautín y sus escritores; la isla de Chiloé y sus mitos... Pensaba reunirlas en un volumen, bajo el título de *Vacaciones de Chile*. A Mariano Latorre le encantaron el título y el contenido y lo estimuló con insistencia a darle fin y a editarlo. Desgraciadamente, no le dio término, urgido por otros proyectos.

En su última etapa chilena entregó su bellísimo libro: *Otoño encuadernado*, honda visión lírica del Cautín. Conversamos mucho sobre su obra antes de su publicación y yo me inclinaba por su título inicial: *Otoño en la Frontera.* Prevaleció en Aldo Torres el nombre con el cual lo lanzó al público. Es un volumen de superior categoría y si no ha merecido la atención ni el registro de los especialistas es por un desconocimiento injusto de quienes ejercen la crítica. Aunque amigo de todos los escritores, fue reacio a solicitar juicios de compromiso. Valgan estas modestísimas líneas como un llamado a reparar la injusticia cometida con Aldo Torres. Su obra merece y requiere el comentario comprensivo de los entendidos y el apoyo del público amante de la buena poesía, pues la de Aldo es poesía pura, sin la escoria de cualquier especie falsa u oportunista.

Aldo Torres Púa, amigo inolvidable, formó parte de la legión sagrada de los artistas; si su lugar no se encuentra entre los primeros, su mérito es, no obstante, real y considerable por la autenticidad y la sinceridad de su creación, por su amor a su tierra y a sus gentes, por sus anhelos de belleza y de verdad.

Ricardo A. Latcham, a propósito de su *Antología del cuento hispanoamericano* y *Carnet crítico*

I

Ricardo A. Latcham, catedrático de literatura española e hispanoamericana en el Instituto Pedagógico de la Universidad de la Universidad de Chile, y crítico de larga y fecunda labor, publicó en la editorial Zig-Zag, una copiosa antología del cuento hispanoamericano contemporáneo. Nadie más capacitado para llevar a cabo obra semejante. Por su conocimiento profundo de la producción artística de Hispanoamérica. Una dedicación entusiasta y devota a la investigación sistemática de la historia literaria del continente, lo coloca en lugar destacado entre los más competentes especialistas. Precisamente, Latcham prepara desde hace varios años, una obra de conjunto sobre el desarrollo de las grandes corrientes literarias de Hispanoamérica. La lectura de algunas de sus páginas nos permite afirmar que un feliz equilibrio de erudición y crítica y una gran calidad interpretativa harán de ella un magnífico e irreemplazable tratado de las literaturas del nuevo mundo.

Su reciente antología presenta a las corrientes más nuevas y a los nombres más representativos del cuento hispanoamericano. Una atinada selección de los cuentistas nacidos alrededor o con posterioridad a 1910, de los diecinueve países hispanoamericanos, suministra un cuadro amplio y sugestivo de las distintas tendencias del relato en esta parte del universo. El cuento rural y el de la ciudad; el cuento de contenido social y el estrictamente psicológico; el cuento antiimperialista y el existencial, toda la gama de temas y actitudes se encuentra expuesta en esta substanciosa y esmerada antología. Notas bibliográficas de los autores facilitan su ubicación y los datos esenciales de su actividad literaria. Sin duda, esta antología es un valioso e indispensable examen del relato hispanoamericano, de lectura obligada y agradable para quien desea poseer un panorama de la reciente literatura continental.

La publicación de la antología indicada reitera los contornos multiformes de la personalidad intelectual de Ricardo A. Latcham. Aunque su actividad regular se ha orientado, principalmente, en dos sentidos: hacia la cátedra en el Departamento de Castellano del Instituto Pedagógico, y al ejercicio de la crítica literaria en diversas revistas y diarios (por ejemplo, en La Nación, desde 1940 a 1952, y reiniciada a fines de 1958), también ha desarrollado una amplísima labor de conferencista, dictando innumerables conferencias a lo

largo de Chile y numerosísimos cursos en países de América y de Europa, sobre literatura chilena e hispanoamericana.

Sus varios libros pertenecen al género ensayístico, y con ser su producción muy importante, su obra de mayor envergadura permanece inédita. La trabaja y pule con minuciosidad, resultado de sus dilatadas investigaciones y reflexiones a lo largo de treinta años de estudios y de enseñanzas.

Ricardo A. Latcham, no obstante, sus tareas docentes, periodísticas e investigativas, y sus viajes frecuentes, dedica una parte considerable de su existencia a visitar librerías, frecuentar tertulias, callejear, mantener contacto palpitante con la vida cotidiana, donde late el alma nacional y golpean los problemas del pueblo. Y en este contacto y deambular, se demuestra siempre un observador inteligente y un conversador inagotable, agudo, ameno y pintoresco.

La inmensa labor ensayística y crítica de Ricardo A. Latcham, tiende al examen sociológico de la evolución histórica de Chile y al análisis original de su realidad cultural. Como crítico, ha estimulado la producción literaria vernácula y le ha concedido alta jerarquía; ha luchado por elevar a respetable nivel a nuestros autores y ha despertado interés por su obra. En general, ha inculcado amor por nuestro hacer literario y artístico. En su calidad de maestro, ha formado generaciones de profesores en el estudio y afecto de las tradiciones culturales y literarias nacionales. En estos aspectos se asocia estrechamente con otros dos grandes escritores: Domingo Melfi, crítico galano y erudito; y Mariano Latorre, maestro y novelista notable.

Domingo Melfi, Mariano Latorre y Ricardo A. Latcham fueron amigos íntimos, de tertulia diaria y de objetivos literarios comunes. Su amistad y mutua comprensión fluían de compartidas opiniones estéticas y de idénticas inclinaciones artísticas. Aunque los tres poseían sangre europea y una amplísima cultura "occidental", pusieron su inteligencia y su sensibilidad, fundamentalmente, al servicio del estudio, comprensión y exaltación de lo autóctono. La obra de los tres ha difundido y prestigiado la literatura nacional, acreditándose como adalides de la tradición inaugurada por Lastarria, en 1842.

Melfi falleció en 1946 y Latorre en 1955. Ricardo A. Latcham, mucho más joven (nació en 1903), prosigue en su incansable tarea de investigación y de crítica de la realidad literaria hispanoamericana y chilena. En artículos, ensayos, antologías, conferencias y cursos vierte ininterrumpidamente sus vastos estudios eruditos y sus penetrantes juicios valorativos. Esta incesante actividad literaria, ha merecido un reconocimiento indiscutible, y ratificándola, la Academia Chilena de la Lengua lo llevó a su seno. En el día de su incorporación leyó una hermosa monografía sobre su formación intelectual (Latcham se nutrió en un hogar de alto ambiente y rigor científicos, pues su padre don Ricardo E. Latcham Cartwright, fue un eminente sabio antropólogo; y en seguida verificó sus estudios superiores en la España liberal pre republicana, de intensa vida intelectual) y las tertulias literarias en Santiago, en la década de 1920-1930.

Ricardo A. Latcham es, ante todo, una personalidad literaria, y en el presente, un intelectual independiente frente a los problemas políticos.

III

Sin embargo, durante años, actuó con singular brillo en el ardiente campo de las luchas político-sociales. Su trayectoria política fue densa en toda suerte de peripecias. En la recién pasada contienda presidencial, se destacó entre los intelectuales partidarios de la postulación del actual Presidente de la República.

A nuestro criterio, su actividad en la organización del movimiento socialista entre los años 1932 a 1945, posee una gran trascendencia. Participó en los sucesos de junio de 1932 y, en seguida, en la fundación del Partido Socialista, el 19 de abril de 1933. Se transformó en uno de sus mejores líderes. Al servicio de la propaganda del ideario socialista, puso su elocuencia briosa y resplandeciente. Sus discursos fustigaban con palabras lapidarias a las autoridades represivas y ridiculizaban con ingenio sarcástico a sus contrincantes. Acusaciones valientes, anécdotas sabrosas, adjetivos inolvidables, todo en un estilo original y vibrante, hicieron de Ricardo A. Latcham el orador más atrayente y escuchado de aquellos años fervorosos. En 1935 salió elegido regidor por la comuna de Santiago, y en 1937, diputado por el primer distrito, con la más alta mayoría de la época. En ambos cargos exhibió su cultura, su ardor polémico y su relevante personalidad de orador erudito, distinguido y, al mismo tiempo, popular. En 1938 se retiró del PS para fundar la Unión Socialista, de efímera existencia, a raíz de discrepancias en el problema presidencial. Más tarde reingresó al viejo Partido Socialista y en esta etapa se le designó candidato a diputado por la provincia de Cautín.

Recuerdo siempre aquella campaña de dos meses (enero-marzo de 1945), en una región agraria difícil, dominada por caciques maestros en el cohecho de electores y en la falsificación de las elecciones. Me tocó acompañarlo en todo su periplo. Su jornada inicial constituyó una advertencia condensada de su ritmo y alternativas. Una mañana temprano, partimos de Temuco a Pitrufquén, para sincronizar con una destartalada “góndola” en dirección a Toltén. Intelectuales un tanto despectivos de los convencionalismos de itinerarios, escogimos el día en que no se producía la combinación y quedamos aislados. Atribulados por nuestro primer desacierto, nos lamentábamos en la estación, cuando un comedido comarcano nos indicó un enorme camión cargado con sacos de harina, herramientas y varios campesinos y mapuches, próximos a partir hacia el primer punto de nuestro “plan de giras”. Nos apersonamos al chofer y éste aceptó con agrado llevarnos. Nos acomodamos entre los sacos y utensilios y a un par de kilómetros de marcha estábamos tan inconocibles como si en nuestra existencia no hubiéramos hecho otra cosa que cargar sacos harineros. Para desgracia, a media hora de viaje, se descargó un violento chaparrón de verano y en pocos minutos nos caló hasta los huesos. Lo soportamos estoicamente durante una hora. El agua y la harina formaron un sólido caparazón, recubriéndonos como una curiosa armadura de carnaval. Cesó el aguacero y de nuevo brilló el sol esplendoroso, con una agradable brisa del suroeste. Nos secó con rapidez y, luego, unos cuantos manotazos desprendieron la harina adherida a nuestras ropas. Así llegamos a Toltén, frescos y limpios, tal si hubiéramos realizado el viaje en un cómodo coche de lujo. Durante aquellos meses visitamos todos los rincones de la hermosa provincia de Cautín, haciendo oír la voz del socialismo a través de nuestra “plataforma electoral”.

Ricardo A. Latcham pronunció toda clase de discursos y anduvo a caballo, en bote, en carreta, en auto, en tren y hasta en una goleta pesquera en la bahía de Queule. Cruzamos ríos, lagos, bosques y caminos; verificamos reuniones en villorrios y colonias, al pie de los volcanes y frente al mar; en modestas rucas y en locales o teatritos de las pequeñas ciudades provincianas. En Puralaco, lugar donde el manso río Boldos tuerce hacia Queule, bordeando una montaña cubierta de ulmos floridos, de intenso perfume, Ricardo lanzó una de sus peroratas más extraordinarias. En la capilla evangélica, ante medio centenar de

campesinos y mapuches abrió la gran Biblia que estaba sobre la mesa, leyó una de las epístolas de San Pablo y, a continuación, la comentó vinculándola al ideario socialista, moderno intento de dar realidad a esas ideas de justicia e igualdad, en un magistral sermón cristiano-socialista, que siempre recuerdo y, a la vez, lamento no haber registrado textualmente.

Fue derrotado en esa fulgurante campaña, pues las huestes agropecuarias ya estaban comprometidas con sus mayorales, pero fue inolvidable experiencia de agitación y pintoresquismo.

Más tarde, Ricardo A. Latcham se alejó de la política para encerrarse en sus estudios literarios, en la docencia y en la crítica, dedicando el saldo de su actividad a la participación responsable en organismos de escritores, desligados de la filiación militante y tumultuaria. Desde entonces su posición ha sido la de un ciudadano ajeno a posiciones tajantes, dogmáticas, mezcla de ortodoxismo doctrinario y oportunismo cotidiano. Por sobre todo, trabaja con tesón en su obra literaria.

A fines de 1958 se le designó Embajador en el país de Rodó y de Frugoni. En Montevideo llevó a cabo una fecunda misión diplomática, en momentos difíciles y complejos de la política uruguaya, con brillo y dignidad, sin abandonar sus tareas literarias.

A mediados de 1962 publicó, en aquella ciudad, su libro *Carnet* un volumen del más alto interés, el cual recoge cuarenta ensayos sobre autores mexicanos, venezolanos, uruguayos aparecidos entre 1950 y 1961, en "La Nación", de Santiago de Chile; "El Nacional", de Caracas; y "Marcha", de Montevideo. Cada ensayo posee calidad intrínseca y valor independiente, pero reunidos y ordenados en este volumen, de acuerdo con un criterio selectivo y unitario, adquieren mayor significación y entregan una densa y rica visión panorámica de la producción literaria más reciente de y Venezuela, Uruguay y Chile.

La obra de Ricardo A. Latcham se caracteriza por su profundo dominio de la historia y literatura del continente. A una erudición une un gran poder de síntesis y una fina agudeza interpretativa. Y su inquietud investigadora y crítica se dirige con igual esmero hacia los valores del pasado y ante las nuevas corrientes literarias y sus jóvenes personeros. Su información se encuentra siempre al día, por medio de un trabajo sistemático de sorprendente magnitud. Ricardo A. Latcham conoce a fondo la literatura europea y sigue su desarrollo con apasionado interés, pero sus desvelos de escritor y crítico los dedica fundamentalmente al examen de la producción continental, de acuerdo con una firme actitud americanista. De esta posición fluyen su ejemplaridad creadora, la fecundidad y originalidad de su obra, y la influencia de su apostolado crítico.

Ricardo A. Latcham ha recorrido todos los países americanos, conoce personalmente a sus más destacados intelectuales y artistas. Es el escritor chileno más y mejor conectado con los representantes valiosos de las distintas generaciones y corrientes literarias del continente en los últimos decenios. Su *Antología de la Literatura Norteamericana*, su *Antología del cuento hispanoamericano contemporáneo* y su reciente *Carnet Critico*, comprueban en forma amplísima lo afirmado.

Según anuncia el prólogo, a la presente serie, seguirán otras abarcando el material esparcido en diarios y revistas de América y de Europa. Constituirán volúmenes de extraordinario valor y confirmarán la vastedad y el mérito de su labor crítica y ensayística. En la "Revista de Estudios Americanos", de Sevilla, le hemos leído ensayos como "Novela Chilena actual", "Las viejas generaciones", "Novelistas chilenos de la generación del 40", "El ensayo en Chile en el siglo XX"; en "Atenea", de Concepción, un completo examen

crítico: “Perspectiva de la literatura hispanoamericana contemporánea", y otros. La recopilación de ensayos como los señalados daría vida a un volumen imponente de saber erudito de información original y de hondura crítica.

En mi condición de incansable “lector común” junto al conocimiento directo de novelas y cuentos, siendo especial inclinación por la crítica y el ensayo. En Chile, respecto de la crítica literaria, leo y releo con fruición y provecho, la producción de Omer Emeth, Domingo Melfi y Ricardo A. Latcham.

A Omer Emeth empecé a tratarlo durante mis estudios de humanidades, por indicación de mi inolvidable profesor de castellano Hermógenes Astudillo. Tuve ocasión de conocerlo de paso, en 1929 o 30. Acompañé al poeta costarricense Isaac Felipe Azofeifa a visitarlo en su casa en la calle Francia, en el barrio al norte del Mapocho[134]. Azofeifa le traía algunos encargos de los críticos Rogelio Sotela y Joaquín García Monge, del “Repertorio Americano”, de San José de Costa Rica. Pasamos una tarde muy animada con el docto y erudito sacerdote francés, crítico incomparable, de profunda formación europea, pero de plena adhesión a lo chileno y americano.

A Domingo Melfi lo visité tres o cuatro veces en la Biblioteca Nacional y en el diario “La Nación”. Era muy gentil, gran señor cordial, amable, escritor elegante y sutil. En él me atraen su prosa galana, su comprensión social y su penetrante poder analítico. Tales cualidades distinguen claramente su misión crítica y dan perdurabilidad y actualidad a su obra.

De Ricardo A. Latcham he leído toda su producción; he seguido con regularidad su magisterio crítico y le he escuchado innumerables conferencias. A lo largo de tres decenios he alternado con él en grandes campañas políticas; en peripatéticos paseos por calles de distintas ciudades del país, o en reuniones culturales y sociales; o en medio de su magnifica y escogida biblioteca particular.

V

En *Carnet Critico* se examinan los escritores mexicanos Mariano Azuela y Emilio Abreu Gómez; los venezolanos Manuel Díaz Rodríguez, Pío Gil, Mariano Picón-Salas, Miguel Otero Silva, Pocaterra, José Antonio Rial, Rafael Pineda, Antonio Márquez Salas, Oscar Guaramato, Antonia Palacios e Ida Gramcko; los uruguayos Alberto Zum Felde, Mario Arregui, Julio C. Da Rosa, Juan Carlos Onetti, Felisberto Hernández, Enrique Amorim, Mario Benedetti, Emilio Frugoni, Clara Silva; y los chilenos Enrique Lafourcade, José Donoso, Armando Cassígoli, Helvio Soto, Cristián Hunneus, Fernando Rivas, Luis Alberto Heiremans, Daniel Belmar, Carlos Droguett, Humberto Díaz Casanueva, Rosamel del Valle y Efraín Barquero, más un orientador esquema sobre la nueva poesía chilena.

Ricardo A. Latcham analiza los escritores mencionados en sus publicaciones recientes. Cada obra es desmenuzada con certera precisión, y, al mismo tiempo, justamente colocada dentro del conjunto de la creación de su autor, para destacar su contenido, sus innovaciones, sus aciertos o retrocesos. Lo hace siempre con acopio de antecedentes sobre el autor y la literatura de su país, en ponderada actitud interpretativa y con objetiva comprensión, en un estilo dinámico, rico y sugestivo.

[134] Isaac Felipe Azofeifa es el actual Embajador de Costa Rica en Chile.

La lectura de los ensayos de Latcham es atrayente no sólo por sus valores literarios; lo es también por sus rasgos éticos. En todos ellos campean una cálida curiosidad creadora, respeto y admiración hacia los grandes escritores, como un Mariano Azuela o un Alberto Zum Felde; inclinación solidaria y exaltación entusiasta de aquellos que, junto a su elevadísima condición artística, son sus amigos de largos años y compañeros de afanes, como Enrique Amorim o Mariano Picón-Salas; estímulo gozoso, con todo el peso de su seguro criterio crítico y de su vasta experiencia literaria, a los jóvenes y poderosos creadores, como a Daniel Belmar, Carlos Droguett, José Donoso y Enrique Lafourcade, en el caso de Chile.

VI

A Mariano Picón-Salas lo enfoca en cuatro artículos, a propósito de sus *libros Pedro Claver, el santo de los esclavos*, *Gusto de México*, *Los tratos de la noche* y *Regreso de tres mundos*. El caso del gran escritor venezolano no nos puede ser indiferente. Vivió fecundos años de estudio y de elaboración en Chile, de 1923 a 1936. Los recuerda con delicadeza y nostalgia en un capítulo de su *Regreso de tres mundos*. Ricardo A. Latcham lo conoció en 1930 cuando se constituyó el grupo ÍNDICE, con su órgano la revista del mismo nombre, una de las mejores publicaciones literarias chilenas, y donde colaboraron Mariano Latorre, Manuel Rojas, González Vera, Domingo Melfi, Eugenio González, Mariano Picón-Salas, Benjamín Subercaseaux, Raúl Silva Castro, Alone, Marta Brunet y Ricardo A. Latcham. Desde aquella época se anudó su profunda amistad, estrechada en diversos países de América y de Europa, en los cuales Mariano Picón-Salas ha representado a su país en funciones diplomáticas.

Mariano Picón-Salas es un ensayista extraordinario, poseedor de una vastísima cultura y de una fina sensibilidad. Estilista incomparable, une a la profundidad meditativa de su prosa una forma ágil, sabrosa, de gran riqueza verbal. Aunque el ensayo es su género predilecto, se ha demostrado un novelista de alta jerarquía y un galano historiador. Posee un cabal conocimiento de la historia y literatura chilenas, de su tierra y de sus pobladores. Su volumen: *Intuición de Chile*, y otros artículos no recogidos, entregan uno de los testimonios más lúcidos de nuestras realidades, problemas y valores.

Mariano Picón-Salas visitó Temuco en los veranos de 1935-1936, con motivo de las pruebas de bachillerato, y luego recorrió algunas partes típicas de la provincia: Carahue, Lago Budi, Puerto Saavedra, Villarrica-Pucón. Tuve el privilegio de acompañarle en su permanencia en nuestra zona y aquí en Temuco, nos bañamos en el Cautín, trepamos el Nielol, deambulamos por sus barrios y asistimos a reuniones sociales y políticas diversas. Escuché con verdadero fervor sus amenos y agudos comentarios de autores y libros desconocidos para mí y sus observaciones sagaces sobre la situación sociopolítica de América Latina, de bastante influencia en mis posteriores estudios e inquietudes. Asimismo, escuché fascinado sus eruditas conversaciones con Oscar Vera, catedrático brillante, ensayista eximio, traductor de André Malraux.

Parte de sus impresiones de nuestra provincia las volcó en su ensayo “Cautín, sur de Chile”. Ahí, en armoniosa síntesis, capta mucho de lo esencial de la historia y realidad de esta tierra y estampa, inteligentes y exactos juicios sobre el aspecto y desenvolvimiento de Temuco, merecedores de permanente atención.

Mariano Picón-Salas, el más notable ensayista actual de Hispanoamérica, vivió algunas semanas en nuestra provincia, dictó dos conferencias en Temuco, se compenetró de sus labores y de su idiosincrasia dejó un

testimonio escrito, equilibrado y justo. Merece por todo nuestro afecto, nuestro interés y nuestro reconocimiento.

VII

De los escritores chilenos, Latcham dedica un ensayo finísimo a Daniel Belmar, por su última novela: *Los túneles morados*.

Daniel Belmar, oriundo de nuestra provincia y autor de una recientísima *Evocación de Temuco*, es uno de los escritores más interesantes de Chile, por la originalidad de su producción, su técnica moderna, su poder narrativo avasallador unido a una profunda observación psicológica, dueño de un estilo inconfundible, subyugante. En su eje telúrico Temuco-Concepción ha dado vida a una novelística que refleja, en forma artística, una gran zona de su existencia local y, a la vez, de la humanidad en general. En *Los Túneles Morados,* según Ricardo Latcham, el verdadero protagonista es la inacabable noche chilena del sur, rodeada de niebla y de misterio. En esta noche siente algo sólidamente chileno, surgida de la entraña racial y destinada a explorar un mundo sometido a las más arbitrarias reacciones, el de los borrachos, metidos en esos túneles morados, donde se asoma la muerte y se pierde la noción del tiempo.

El éxito prodigioso de Daniel Belmar, amigo y compañero nos enorgullece como hijos de la misma tierra y compañeros de afanes literarios

El ensayo final de *Carnet Critico* es un esquema de la nueva poesía chilena, donde se refiere a las últimas promociones de poetas. Entre los numerosos representantes estudiados enfoca a cuatro cautinianos: Miguel Arteche, Altenor Guerrero, Jorge Teillier y Jorge Jobet.

Jorge Jobet es un poeta de inmensa producción, de la cual ha publicado únicamente, dos libros[135]. Ricardo A. Latcham destaca que, en contraste con los poetas en cuya producción se refleja su militancia política, J. Jobet tanto en su libro *El Descubridor Maravillado*, 1957, como en *Naturaleza del Ser,* 1959, mantiene una adhesión total a la poesía depurada. En su apreciación de conjunto manifiesta: “Su estructura formal es rígida y, a veces, demasiado pulida, pero con una gozosa exaltación ante el paisaje del sur, que brota estilizada en sus estrofas. Conocedor de la estética moderna y sabiamente equilibrado en sus juicios, también suele ser polémico y combatiente. Sin embargo, nunca la política ha contaminado su labor poética que lo ubica entre los buenos conocedores del idioma y del rigor verbal”.

Notas sobre las biografías de José Perfecto Salas y de Juan Egaña[136]

I

La personalidad del doctor José Perfecto de Salas ha sido tratada por los historiadores Miguel Luis Amunátegui, Luis Montt, Domingo Amunátegui y Aniceto Almeida; también ocupa un sitio importante en la recopilación realizada por Juan Salas Errázuriz y Manuel Salas Lavaqui: Escritos de don Manuel de Salas y documentos relativos a él y a su familia. A tales trabajos se suma el de don Ricardo Donoso: Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas[137]. Es una completa biografía del famoso personaje y, al

[135] Afines de 1963 salió a luz su tercer libro: "Mis Provincias”.
[136] Atenea n°418 (1967)
[137] Dos volúmenes Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras, 1963.

mismo tiempo, un brillante y noticioso cuadro de la sociedad colonial de Argentina, Chile y Perú, en la segunda mitad del siglo XVIII, más valiosas referencias a la situación de España en época de profundos cambios económico-sociales e ideológicos. Es, por tanto, una obra indispensable para el exacto conocimiento y la adecuada comprensión del proceso histórico a fines de la colonia y cuando se gesta la conciencia de la independencia nacional.

El padre del doctor José Perfecto Salas, don Francisco Antonio Martínez de Salas y López de Valdivieso, procedía de familias de Sevilla y de Utrera. Llegó a Buenos Aires a comienzos del siglo XVIII en calidad de secretario del maestre de campo Alfonso Valdés Inclán, nombrado gobernador por cédula de 23 de mayo de 1701. En esos años se había extendido un lucrativo tráfico ilícito de esclavos negros, en el cual participaban con frecuencia las propias autoridades. Martínez de Salas se mezcló en los negocios de contrabando y hasta el nuevo gobernador Manuel de Velasco y Tejada, se vio envuelto en los fraudes originados por el condenable comercio. En marzo de 1712 se dictó auto de prisión contra el mencionado funcionario y contra Martínez de Salas y un correspondiente embargo de sus bienes. El proceso fue largo y en él se comprobó la magnitud del tráfico ilícito y de la corrupción de los funcionarios de esta parte de América, dedicados por entero a practicarlo. Al fin se condenó a Martínez de Salas a seis años de destierro de Buenos Aires. Con tal motivo partió a Chile y en el testamento otorgado antes de su partida reconoció haberse casado, en 1713, con Ana de los Ríos. De este matrimonio se supone hijo al doctor José Perfecto de Salas, dándosele como fecha de nacimiento el 4 de agosto de 1714 (según detalla don Ricardo Donoso es éste un asunto sombrío, porque su partida de nacimiento presenta enmendaturas, y su fecha real debería fijarse alrededor de 1708 o 1709, y no en 1714).

En definitiva, don José Perfecto de Salas y Ríos llegó a Santiago de Chile a tierna edad. Aquí hizo sus estudios, en los jesuitas, hasta obtener los grados de licenciado, maestro y doctor en las facultades de Artes y Sagrada Teología de la Universidad Pontificia de San Miguel, en 1728, 1731 y 1732, respectivamente. En seguida se trasladó a Lima, donde continuó sus estudios y en la Universidad de San Marcos recibió el grado de bachiller en Sagrados Cánones; y se incorporó como catedrático en el mismo plantel y como abogado de la Real Audiencia de Lima. Más tarde viajó a España (1745-46), y consiguió el puesto de fiscal de la Real Audiencia de Chile, comprado con sus recursos. Al regresar pasó por Brasil y Buenos Aires, y el 4 de septiembre de 1747 prestó juramento para iniciar el ejercicio de su cargo. Lo desempeñó con eficiencia y a causa de una acusación al gobernador de la plaza de Valdivia efectuó un prolongado viaje al sur del país (desde septiembre de 1747 a fines de 1749). Contribuyó “a que se formara una idea exacta de los abusos que se cometían a la sombra de las disposiciones legales, y de la gran extensión de las tierras baldías injustamente ocupadas”, y puso ante sus ojos el cuadro de la realidad administrativa y social del país: “la escasez de población y las dificultades para reducirla a villas, las constantes amenazas de los aborígenes sobre las pocas existentes, la forma irregular en que se había constituido la propiedad raíz y el abandono en que se hallaba la administración de justicia”.

Con motivo de aquella larga peregrinación, Salas redactó un extenso y notable informe, verdadero balance administrativo y político de Chile. Por su importancia, y por haberse mantenido inédito, no obstante, su inmenso valor[138], el historiador Donoso lo reproduce íntegramente.

[138] Tomo I, cap. v. Informe sobre el Reino de Chile, págs. 103-133.

En él destacaba algunos hechos desconcertantes: insuperables dificultades para la reducción de la población a villas, y "en su opinión radicaban en los intereses agrícolas de los pobladores" (el jesuita Joaquín Villarreal, en dos "Representaciones", de 1744, calculaba en 300.000 el número de indios radicados entre Biobío y Chiloé, y en 300.000 la población española, incluyendo mestizos y mulatos. Sus únicas ciudades eran: Santiago, Concepción, Chillán, Coquimbo, Valparaíso y la villa de Quillota, con 70.000 habitantes en total. Los otros 530.000 españoles e indios vivían en la soledad de los campos, en chozas de paja, formando 13 o 14 corregimientos): observaciones sobre las deficiencias de la administración de justicia, "de las que se derivaban la impunidad de los delitos y los abusos de los poderosos"; mala distribución del situado de 100.000 pesos, enviados desde Lima para el pago del Ejército, y a su sombra se cometían inauditos abusos, por cuanto el ejército no era útil ni necesario y sólo existía en la imaginación "de cuantos lucraban con su existencia". Respecto al estado de espíritu de la población aborigen sus investigaciones revelaban que "poderosos intereses existían en torno a la ficción de la posibilidad del levantamiento del pueblo araucano, siendo que en realidad vivía pacíficamente, entregado activamente a un comercio lucrativo. En su opinión la instrucción y educación de los aborígenes no ofrecía las dificultades de que se había hecho tanto caudal".

Elogiaba la fertilidad del suelo, sus hermosos bosques y excelentes maderas; la admirable posición geográfica de Valdivia; la hospitalidad de los aborígenes, quienes le preparaban reuniones y camaricos, con presentes, y donde le exponían sus quejas, y siempre le daban una escolta armada.

El doctor José Perfecto de Salas se casó en enero de 1750, con doña María Josefa Corvalán, natural de Mendoza, y a partir de entonces dio comienzo a la formación de una gran fortuna. En 1755 arribó el gobernador Manuel Amat, y el doctor Salas llegó a ser su consejero más influyente. Se le confirió la redacción de un informe sobre Chile. Fue el origen de su Historia Geográfica e Hidrográfica con derrotero general correlativo al plan del Reino de Chile, obra elaborada a base de las informaciones oficiales de los corregidores y de sus amplias observaciones personales. Contiene valiosas informaciones sobre los límites de la Capitanía General, sus actividades económicas, la situación de los indígenas, las haciendas de los jesuitas, etc., demostrando en todo momento una inteligencia penetrante, un agudo espíritu de observación y una ejemplar laboriosidad.[139]

En 1756, el gobernador Amat hizo el nombramiento de los catedráticos de la recién creada Universidad Real de San Felipe, cuyo funcionamiento empezó en enero de 1758. Salas no figuró entre ellos "pero enseñó privadamente en su casa Instituta, por lo que los historiadores del derecho chileno lo consideran como el primer profesor de derecho que hubo en el país".

En 1761, Amat pasó como virrey al Perú y se llevó a Salas en calidad de asesor. En Chile se designó gobernador Antonio Guill y Gonzaga, a quien Salas le proporcionó un cuadro calificando los principales personajes chilenos, revelador de su fina sagacidad sicológica.[140]

En el Perú, el virrey Amat se hizo notar por su vida licenciosa, rompió con Salas y, al parecer, formuló acusaciones contra su venalidad. Salas regresó a Chile en 1775.

[139] Tomo I, Cap. VI. La historia geográfica e hidrográfica del reino de Chile, págs. 135-166.
[140] Tomo I, págs. 202-213

Durante el gobierno de Amat, finalizado en 1776, se produjo una gran corrupción administrativa y una insaciable voracidad de los corregidores, quienes explotaban en forma cruel a la población aborigen. Diversos documentos así lo acreditan y corroboran las noticias dadas por el famoso relato de Antonio de Ulloa y Jorge Juan. El historiador Donoso reproduce un informe del intendente de Potosí, don Juan del Pino Manrique, donde dice: "que, si no fuera ilícito ponerle otro nombre al Perú, en esa época, debiera llamársele el Reino de la Concusión y el Repartimiento". Por lo demás, la situación social del Perú, en esa época, se encuentra bien registrada en la "Memoria" de Amat, al término de su gobierno, cuya relación inició Salas y concluyó el doctor Miguel Feijoo de Sosa, autor también del prólogo. Al retirarse Salas de su cargo, se desató en su contra una verdadera ola de ataques por su rapacidad y su venalidad, base de su inmensa fortuna, todo lo cual le acarreará su posterior desgracia.

El fiscal José Perfecto de Salas se reinstaló en Chile. Aquí le tocó informar sobre la conveniencia de restablecer el funcionamiento del Convictorio Carolino (informe del 10 de agosto de 1775). Señaló el abandono de la educación de la juventud, a pesar de la predisposición natural de estos habitantes, para consagrarse al culto de la inteligencia, mientras el país ofrecía ancho campo al estudio de las ciencias de observación y experimentación; y del interés de Carlos III por promover el desarrollo de la enseñanza.[141]

Pero la estrella del doctor J. P. de Salas declinaba y se le acusó de venalidad. Por su acumulación de riquezas cuantiosas en negocios ilícitos, se le privó de su cargo de fiscal. Para impedir su ruina hizo una venta simulada de sus bienes y se trasladó a Mendoza. De ahí siguió a Buenos Aires, donde falleció, cuando se le conminaba de todos lados, a fines de diciembre de 1778. Con el propósito de vindicarlo, su hijo Manuel de Salas y Corvalán partió a España. Ya se encontraba allá su futuro cuñado, don José Antonio de Rojas.

En el libro de don Ricardo Donoso son del mayor interés los capítulos dedicados a describir las andanzas de Rojas en Europa tras la adquisición de las grandes obras de la literatura científica, filosófica y política de la época. Don José Antonio de Rojas y Urtugueren nació en Santiago, en 1741. Estudió en la Universidad de San Felipe, al abrirse la cátedra de Matemáticas y floreció en su espíritu la curiosidad por las ciencias exactas y naturales. (Además, el 4 de agosto de 1759, obtuvo el nombramiento de capitán de caballería). Amat se lo llevó a Lima y lo designó corregidor de Lampa, en la jurisdicción del Cuzco. A comienzos de 1762 fue recibido por el cabildo de esa ciudad y ejerció sus funciones hasta 1771. Conoció directamente los abusos del régimen colonial, y los denunció en algunos valerosos documentos. Mientras vivía en el Perú se enamoró de María Mercedes de Salas, hija del fiscal J. P. de Salas. En 1772 se embarcó rumbo a España. A raíz de la permanencia de Rojas y de Salas en la Península, el historiador Donoso, dedica un capítulo a la situación imperante en la metrópoli, en especial sobre los libros prohibidos. Los libros extranjeros introducidos en España caían bajo la férula del Tribunal de la Inquisición, organismo que los condenaba y prohibía si los consideraba atentatorios a la fe católica o si defendían doctrinas peligrosas. Pero también ocurría algo similar con los libros nacionales y en esa época, precisamente, cayó bajo las iras de la Inquisición, el famoso Fray Gerundia de Campazas, del padre Isla.

La experiencia de Rojas en sus años de corregidor en la región del Cuzco y su lectura de la obra renovadora del padre Feijoo, más su contacto con el revolucionario ambiente intelectual europeo, lo convirtieron en

[141] Donoso reproduce el informe en las págs. 459-467.

un fervoroso adepto de la ilustración y del progreso. Donoso apunta en líneas magníficas el proceso espiritual de Rojas al entrar al escenario europeo:

"El ímpetu reformador prendió en el alma del viajero americano y se asimiló sutilmente todo el pensamiento del despotismo ilustrado, contrayendo el contagio del espíritu del siglo; la necesidad de elevar las condiciones de vida del pueblo, la reacción contra el desprecio de los oficios manuales, el fomento de las ciencias útiles, de las artes y fábricas, de los cultivos, de las comunicaciones, del comercio y del trabajo. El desarrollo económico y el fomento de la agricultura, y la enseñanza como herramienta de reforma social, puestas de modas por las "Sociedades económicas de amigos del País", que habían comenzado a surgir en el país vasco, captaron su atención vigilante e hicieron vibrar su alma con esperanzas hasta entonces insospechadas, que iban desde la formación de una conciencia americana hasta la conquista de su independencia económica. No le fueron, de manera alguna, desconocidas las críticas formuladas por los economistas, y a través de ellas se empapó del nuevo credo, que veía en la subsistencia de los mayorazgos el estancamiento de la agricultura; preconizando como una necesidad la de devolver al comercio libre la propiedad de la tierra, abriendo las puertas a la libertad de trabajo, como fundamento y estímulo individual, y finalmente, la libertad de comercio que afianzaba el interés individual. Los cimientos en que había descansado el antiguo régimen comenzaban a quebrantarse, y para el espíritu menos zahón eran evidentes las manifestaciones de la rapidez con que la Europa estaba cambiando de faz. El volterianismo lo atrajo en forma irresistible y pronto advirtió el insondable abismo que separaba a los países de ambas vertientes de los Pirineos".[142]

Como consecuencia de su nuevo fervor, Rojas puso el mayor empeño en la adquisición de una nutrida biblioteca, a través de las mejores fuentes de información y por medio de intermediarios especializados (la Enciclopedia, Voltaire, Raynal, Robertson...) y de instrumentos de física y, en general, toda suerte de material científico.

José Antonio de Rojas regresó a su país y, en Mendoza, contrajo matrimonio con María Mercedes de Salas y Corvalán, en abril de 1779. Pronto rompió con su suegra y sostuvo un largo litigio con ella.

En capítulo especial, lleva a efecto un detenido examen de la curiosidad intelectual de Rojas, en España, de sus adquisiciones literarias, con la exposición de los rasgos más acusados de los autores señeros y de las obras principales del movimiento filosófico y científico del siglo XVIII. Inserta por orden alfabético de autores los títulos de su notable biblioteca y el detalle de su gabinete científico, el primero que se conoció en Chile, e incluye un inventario de manuscritos.[143]

Manuel de Salas salió de Santiago, para España, el 1° de enero de 1777. Sus trajines para vindicar el honor de su padre son descritos minuciosamente. En medio de esas preocupaciones se dio tiempo, también, para adquirir valiosos libros. En relación con esta actividad experimentó un enojoso incidente. Una delación a la Inquisición le significó la comparecencia ante el Tribunal Supremo, en febrero de 1782, en los instantes del fallecimiento de su hermano Judas José. El Tribunal lo dejó gravemente advertido, reprendido y conminado; privado perpetuamente de la licencia de leer libros prohibidos y condenado a la pérdida de todos los remitidos a Cádiz. Se le hizo el cargo que había presentado al Tribunal una lista de 362 tomos, y

[142]Pág. 393

[143] Cap. XVII. Regreso de Rojas a la mina de sus libros. América Meridional, págs. 591-636, nómina de sus libros

en Cádiz se encontraron en los cajones 468, o sea 106 más de los declarados y entre ellos muchos libros prohibidos (La Enciclopedia, El espíritu de las leyes, Fray Gerundio de Campazas, obras de Diderot, Hume, Raynal, Voltaire...). A este respecto anota Ricardo Donoso: “Guardó Salas desde entonces sepulcral silencio sobre lo que le había ocurrido y nunca en el largo transcurso de su vida, hizo alusión al episodio”. Por esas amarguras, en carta a su cuñado, J. A. de Rojas, del 31 de enero de 1783, desde Cádiz, le expresaba: “Cuento los días que me faltan para dar a Ud. mil abrazos y para hablar días enteros en Polpaico, donde voy a convalecer de siete años de presidio”. Estos siete años de presidio fueron los de su permanencia en España.

En el juicio de residencia a Amat, la sentencia del oidor Ortiz Rojano, a 11 de julio de 1778, lo liberó de toda culpa o reparo (y por eso puede citarse “no sólo como elocuente ejemplo de desvergonzada prevaricación, sino como escandalosa burla de las más elementales normas de moral administrativa y política”). La sentencia del Consejo de Indias, expedida el 29 de noviembre de 1782, aprobó la de Ortiz Rojano. En la parte tocante a Salas, también le era favorable. La sentencia en favor del Dr. J. P. de Salas se dictó el 29 de noviembre de 1782, quedando absuelto de toda inculpación. Don Manuel de Salas con la satisfacción de haber vindicado la memoria de su padre regresó a Chile, a donde llegó a principios de 1784. Acá lo esperaban muchos disgustos familiares a causa de la partición de los bienes; y una fecunda empresa a la cual se consagró en forma apasionada: promover el progreso de su patria, Chile.

La familia Salas participó en el movimiento de la independencia. Su cuñado Manuel Martínez de Rozas, dueño de una cuantiosa fortuna, se manifestó un adepto entusiasta de la Ilustración (en su biblioteca poseía a Raynal y D’Holbach); y su concuñado Juan Martínez de Rozas, asimismo era un fervoroso hijo de las luces. Su otro cuñado, Juan Antonio de Rojas, en carta de agosto de 1809, le escribía desde Santiago a Juan Martínez de Rozas, instalado en Concepción, sobre noticias de Europa y España, y éste al contestarle alborozado le expresaba: “porque el día grande, según lo manifestaban los acontecimientos, está muy próximo”.

Juan Antonio Rojas y Juan Martínez de Rozas se lanzaron con resolución al cambio esperado; M. de Salas con más conciliación. Rojas y Salas fueron relegados a la isla Juan Fernández; J. Martínez de Rozas falleció desterrado en Mendoza, en 1813. J. A. Rojas murió en octubre de 1817, después del triunfo de Chacabuco, y M. de Salas en 1841.

II

La personalidad intelectual y política de don Juan Egaña (1768-1836), ha merecido algunos trabajos muy importantes. El 1949 aparecieron los volúmenes Bibliografía de don Juan Egaña, 1768-1836, y Escritos inéditos y dispersos, del laborioso Investigador de historia literaria, don Raúl Silva Castro; y en 1959, un nuevo trabajo suyo: Egaña en la Patria Vieja. En 1964, salió el prolijo ensayo de Walter Hanish Espíndola S. J.: La filosofía de don Juan Egaña. En esta obra estudia minuciosamente la formación intelectual y el pensamiento del ilustre patriota frente a los más diversos problemas metafísicos, sociales y políticos. Según el sacerdote Hanish “a través de toda su vida Egaña tiene una voluntad filosófica. En todos sus escritos le gustaba ascender a las causas próximas o últimas y dar explicaciones ideológicas. Tuvo curiosidad por casi todos los problemas de la filosofía”. Por otro lado, jugó un papel fundamental en la formación de la república, pues desde el punto de vista constitucional su influencia abarcó de 1811 a 1833, desempeñándose como un puente entre dos épocas, entre la colonia y la república naciente; y en una

actitud conciliadora entre la tradición y la reforma. Es una figura clave en los orígenes de nuestra institucionalidad republicana.

Juan Egaña nació en Lima el 31 de octubre de 1768. Recibió los grados de Bachiller en Cánones y Leyes en la Universidad de San Marcos, el 17 de agosto de 1789. A fines de ese año se vino a Chile y aquí se casó y vivió hasta su muerte. Practicó la docencia como profesor de alumnos particulares y ejerció la cátedra de Latinidad y Retórica en la Universidad de San Felipe. En ella, también, obtuvo el reconocimiento de su título de la Universidad de San Marcos, y, además, una vez dados los correspondientes exámenes, le confirió los grados de Licenciado y Doctor en Leyes, el 17 de agosto de 1802.

En la época de sus estudios en la Universidad de San Marcos, el ambiente limeño experimentaba encontradas influencias, provenientes de las grandes novedades intelectuales, ideológicas y políticas de Europa y Norteamérica, y del propio espíritu reformista de los Borbones, que, si en el fondo tendía a robustecer la monarquía, en la práctica se traducía en un mejoramiento de lo americano con instituciones progresivas y en la acentuación de su propia personalidad. Egaña compartió las fuertes inquietudes de la época; recibió el influjo de las nuevas ideas. Según el minucioso analista del pensamiento de Egaña, el sacerdote Walter Hanish, los libros con las ideas reformistas circularon ampliamente en Lima, aun después de la prohibición de la lectura de Maquiavelo, Locke, Montesquieu, Reynal, Rousseau, D'Alembert, a raíz de un proceso a fray Diego de Cisneros, quien trajo sus producciones de España; y la de los Comentarios Reales, del Inca Garcilaso, con motivo de la sublevación indígena, y agrega: "La libertad anunciadora de lo americano se hace sentir en la rebelión de Túpac Amaru (1780); la independencia de los Estados Unidos, con la colaboración de España, no pasó inadvertida, pues hasta el Conde de Aranda reacciona ante el hecho por sus repercusiones en América Hispana; la revolución francesa estalla el mismo año en que Egaña pasa a Chile. Estos vientos de libertad van a hacer exclamar a Egaña muchos años más tarde que él pensaba en la independencia "mucho antes de que hubiesen franceses en España". La referencia final del párrafo reproducido alude a la "Carta a don José Miguel Carrera"; en la cual expresa: "El amor a este país, que miro como a mi única patria; a un sistema que lisonjeaba a mi corazón mucho antes de que hubiesen franceses en España"... (Escritos inéditos y dispersos, página 126).

La gravitación de aquellas ideas y de esos grandes sucesos conformaron el pensamiento de Egaña, muy erudito (sabía latín, francés, inglés e italiano), y su actitud crítica. En tal sentido es un hijo legítimo del siglo XVIII, del siglo de las luces. Estudia los grandes autores de las diversas épocas de la historia, y con atención especial los del siglo ilustrado, llevado por su incansable curiosidad intelectual, examina sus concepciones y asimila aquello que le parece acertado. Su comentarista citado esclarece previamente las diversas posiciones dentro del movimiento iluminista para verificar la exacta filiación ideológica de Egaña. Según Hanish: "el siglo XVIII es el siglo de las luces, del racionalismo, de la ilustración y este fenómeno intelectual reviste muchas formas encontradas. Produce indudablemente impacto en los países católicos y diversas actitudes; para unos la ilustración es lo substantivo y lo cristiano lo adjetivo y lo llamaremos "ilustración católica"; para otros lo cristiano es lo fundamental y la ilustración la influencia y es el "catolicismo ilustrado". Egaña queda en esta segunda posición y la mantiene" …[144]

[144] Hanish. La filosofía de don Juan Egaña, pág. 26.

Egaña era católico, pero aborrecía la Inquisición y rechazaba la persecución por ideas religiosas. En su condición de estadista consideraba a la religión como el único fundamento sólido y eficaz de la moralidad; su unidad era una garantía de paz y progreso para el Estado, y la defendía por criterio de utilidad y experiencia. En su calidad de "católico ilustrado" trataba de despojar la religión de las estratificaciones negativas y de ofrecer una posición liberal, a la cual no se pudiera acusar de oscurantismo y retroceso. Era reformista y nacionalista; por eso en las relaciones del Estado con la Iglesia se declaraba legalista. (Desde la reforma y el absolutismo se manifiesta en los diversos países un fuerte nacionalismo religioso. En América se complica por la índole peculiar de las relaciones del gobierno español con la Santa Sede. Al tiempo de la conquista, los reyes de España recibieron el patronato sobre las diócesis fundadas. Este derecho de patronato se amplió en virtud de las concesiones pontificias hasta convertirse en Vicariato Regio, aumentando el poder del Rey con verdadera potestad de jurisdicción. En el siglo XVIII el patronato laico, que considera el poder del Rey sobre la Iglesia, se acepta no como una concesión sino como una prerrogativa inalienable de la Corona).

Juan Egaña poseía gran erudición, empapada en el espíritu de la antigüedad clásica y en él francés de la época. Sus obras giran en torno a leyes, códigos, constituciones y papeles de Estado; a su entender, la constitución (y la ley en general), "era capaz de dar a los pueblos una base de formación de virtudes, de las cuales con el tiempo surgirían las costumbres nobles y elevadas, por esta razón sus constituciones tienen sentido moralista". Por otra parte, poseyó una manifiesta vocación filosófica, con un pensamiento definido en el momento turbulento y creador de nuestra emancipación política y en los primeros años de nuestra organización republicana.[145]

Su sed de conocimientos lo llevó a formarse una selecta biblioteca, incrementada a lo largo de los años (su hijo Mariano, a raíz de su misión diplomática en Europa, trajo 6.000 volúmenes), y, además, frecuentó las bibliotecas de sus amigos. Así, por ejemplo, en la de don José Antonio de Rojas leyó a D'Holbach y Olavide, a D'Alembert y Montesquieu. La obra de este eminente tratadista, El espíritu de las leyes, lo influenció profundamente. También leyó a Rousseau, Voltaire y la Enciclopedia, elogiándole como obra inmortal. El sacerdote Hanish le regatea una influencia honda de la ilustración francesa, no obstante, el conocimiento de sus principales representantes, porque puede haber citado de segunda mano mucho de los escritores franceses, y no por una lectura directa de sus obras.

Asimismo, poseía un seguro dominio de los escritos de los autores escolásticos, de los dominicos y jesuitas, cuyas obras aprovechó en su estudio de las causas de la independencia. Y reconocía a los jesuitas chilenos Molina y Lacunza como los mejores ingenios de América.

Egaña, típico espíritu dieciochesco, proclama su fe en el progreso, aunque el mejoramiento moral y político se encuentran detenidos, porque en todas las épocas, y en todas partes, el hombre alterna la civilidad y la revolución, el orden y la barbarie, la filantropía y la guerra, la virtud y la relajación de costumbres. En lo material, el avance de las ciencias naturales es enorme, aunque le falte utilidad, porque "el hombre trabaja al exceso y está cargado de necesidades ficticias". Divaga con asombrosa penetración sobre nuevos adelantos, y si ellos se aplicaran en forma conveniente mejorarían el rendimiento con poco esfuerzo y pocos trabajadores para satisfacer las necesidades humanas. Tanto en sus pensamientos como en sus

[145] Hanish Walter. La filosofía de don Juan Egaña, pág. 31.

documentos constitucionales dirigidos a cambiar y modificar las costumbres de los seres humanos desde ya, se comporta como un utopista. Pero, por su obra práctica y sus actividades constantes, se destacó como un hombre bien asentado en la realidad.

En su pensamiento social, "cree que en el orden social es tan perjudicial la extrema miseria como la soberbia opulencia, porque ésta no se sostiene sino con los sacrificios físicos y morales del pobre" ... Respecto de la religión, "es el eje y casi absoluto móvil, no sólo de la moral de un pueblo, sino de su carácter nacional, de sus costumbres y del respeto y apego a las instituciones civiles".

En cuanto a la importancia de la educación, destaca que "la moral y las costumbres se mantienen por la educación", pero "la generalidad de la ilustración le provoca reparos. Quiere cierta medianía, porque la absoluta incultura produce grosería, inmoralidad y ferocidad; pero el exceso de cultura, especialmente en ciencias religiosas y políticas, produce la indocilidad, el orgullo, el espíritu de innovación". El legislador Egaña prosigue: "En nuestra República debería ser generalísima la instrucción de primeras letras y de las leyes y disciplinas, que forman la moralidad y costumbres; se protegerían con empeño los progresos en las ciencias naturales; pero con tibieza las demás facultades". En el plano de la actividad política, "no se decide sobre cuál sea el mejor sistema de gobierno: todos son buenos, cuando hay costumbres que los respeten y leyes que se ejecuten fielmente, a excepción del puramente democrático que siempre es malo".[146]

Al enfocar la posición de Juan Egaña frente a la independencia de América Hispana, el sacerdote Hanish presenta el alegato de los católicos hispanistas, quienes encuentran las bases ideológicas y jurídicas del movimiento emancipador en la escolástica y los escritos de varios frailes del siglo XVI. Con tal motivo estudia las teorías jurídicas de los dominicos Francisco de Victoria (1486-1546), y Domingo de Soto (1494-1560), profesores de Teología de la Universidad de Salamanca, y del jesuita Francisco Suárez (1548-1617), pensador original y reputado teólogo; por ser sostenedores de que España y los pueblos de América eran un conjunto de estados soberanos, pues los países americanos agregados al dominio de España habían sido anteriormente estados soberanos. El rey era el único lazo de unión y debía proveer a la felicidad de todos ellos. Los Borbones, en especial Carlos III, basaban su concepción de la unidad nacional de España y sus reinos de Ultramar en la doctrina del derecho divino de los reyes, y por eso se obstinaban en unificar por un trabajo centralizador y por medio de un patronato regalista y laico sobre la Iglesia. Los jesuitas se negaron a atacar el derecho divino de los reyes. Para los opositores a la concepción unificadora de los Borbones, no era un sistema colonial el imperante sino una monarquía plural. El rey de España era el rey de las Indias, y España e Indias formaban una pluralidad de naciones. Estas las agrupaba el soberano en su Corona, no en una metrópoli de la cual dependieran los territorios americanos.

Al invadir Napoleón a España, reapareció la doctrina populista en las Juntas, en las Cortes, y en la elaboración de la constitución de 1812; y en América se hizo fundamento del movimiento juntista y emancipador.

Juan Egaña utilizó a Domingo de Soto y a Francisco Suárez para justificar la emancipación, destacando la concepción de la monarquía plural. Egaña y otros pensadores de su época se habrían, entonces, apoyado únicamente en fuentes de tipo español, del siglo XVI, y no en fuentes dieciochescas para justificar el

[146] Hanish. La filosofía de don Juan Egaña, pág. 76-78.

movimiento de la independencia. En este sentido niegan los católicos hispanistas, y escolásticos, influencia a las doctrinas de los pensadores revolucionarios del siglo XVIII, norteamericanos y franceses. Incluso la doctrina del pacto social de Locke y Rousseau poseerían raíces medievales. Santo Tomás de Aquino ya había sostenido que, en el Estado, la soberanía proviene de Dios y pertenece al pueblo, el cual, en virtud de un contrato siempre revocable, sometido al control y a la elección del pueblo, la delega en una o varias personas que rigen el Estado en nombre y para bien de la comunidad. Según Hanish, el movimiento de independencia partió de dos causas: una, de las circunstancias de la ausencia del rey (la renuncia y cesión de la corona a un príncipe extranjero eran contrarias a las leyes y a todo pacto social), y la otra, de las privaciones y agravios de tres siglos y la impolítica conducta de los mandatarios encargados de la pacificación de América.

Con todo, las ideas filosóficas, sociales y políticas racionalistas y laicas, del siglo XVIII, originales o no, sometieron a implacable y demoledora critica al régimen imperante, a sus injusticias y errores, a sus instituciones anticuadas, y en cambio formularon toda una nueva concepción del mundo y de la sociedad, de los derechos del hombre, de acuerdo con los anhelos y sueños de la mayoría de los ciudadanos, dando un fundamento programático y una fuerza explosiva a la acción por transformar el sistema.

En el movimiento emancipador americano, en sus comienzos tal vez predominaron los juristas con formación escolástica española y redujeron en gran porción el movimiento jurista a operaciones complicadas de interpretaciones leguleyas, pero, en seguida, tomó el comando la promoción de ciudadanos empapados en las ideas revolucionarias de la ilustración francesa, dándole la inspiración liberadora que condujo a la guerra y la independencia, para establecer la república e instituciones políticas y jurídicas liberales.

En el Proyecto de Constitución para el Estado de Chile, redactado por disposición del Congreso Nacional en 1811 y publicado en 1813, el capítulo II, sección III, se refiere a la educación y las costumbres y de acuerdo con él, la ley “se contraerá especialmente a dirigir la educación y las costumbres en todas las épocas de la vida del ciudadano”; el título XI, sección I: “Del Instituto Nacional, y su enseñanza y pupilaje”, planea un establecimiento abarcador de todos los grados y aspectos de la instrucción. El Instituto Nacional lo concebía como “centro y modelo de la educación nacional”, impartiendo “ciencias, artes, oficios, instrucción militar, religión, ejercicios que den actividad, vigor, salud y cuanto pueda formar el carácter físico y moral del ciudadano".

Sus trabajos “Plan de defensa general de toda América”, “Dieta soberana de Sud América” y “Proyecto de un acta de confederación y mutua garantía de la independencia de los estados que en él se mencionan”,[147] constituyen un valioso aporte en pro de la unidad y federación de los pueblos latinoamericanos y antecede a Bolívar. A propósito de su comentario a la “Memoria histórica-crítica del Derecho Público chileno desde 1810 hasta 1833”, de Ramón Briseño, expresa don Andrés Bello: “aquella alma ardiente de Bolívar, para quien lo grandioso, lo colosal, tenía un prestigio irresistible, quiso en vano resucitar la idea de don Juan Egaña. El Congreso de Panamá, uno de sus pensamientos de predilección, abortó”. De tal manera el insigne polígrafo reconocía la prioridad de Egaña en la formulación de un pensamiento americanista y que, en Chile, ha tenido siempre altos representantes. En nuestros tiempos, el tratadista don Alejandro Álvarez en

[147] Escritos inéditos y dispersos, págs. 43-62.

su obra Rasgos generales de la Historia Diplomática de Chile reconoce en los escritos de Juan Egaña un esbozo casi profético de la política futura del continente americano.[148]

También son importantes sus "Apuntes para el manifiesto que debe hacerse en la declaración de la independencia de Chile",[149] en vista de sus conceptos, calificando el régimen colonial español reveladores de la opinión que éste le merecía a los criollos más ilustres y anhelosos de progreso de aquella época, a menudo en abierta beligerancia con los actuales juicios de los defensores del sistema represivo peninsular, al cual tratan de presentar benévolo y floreciente. He aquí un par de párrafos típicos: "¿Qué adquiere España con enriquecer los comerciantes extranjeros en Cádiz y los agentes de Madrid que venden los empleos de América? Nadie puede dudar que triplicaría su Erario con un sistema liberal y generoso que, fomentando la industria y comercio nacional, permitiese todo su vuelo a la libertad y prosperidad de América"... Más adelante al proseguir su alegato histórico dice: "Las mismas Leyes de Indias, ese prototipo de la esclavitud colonial, exponen que podéis tener Cortes provinciales ya en la América del Sud o ya en la del Norte".

Su criterio político es, a menudo, perspicaz. En las "Instrucciones Diplomáticas de 1813"[150], remitidas al Encargado de Negocios en la Corte de Londres y Enviado Extraordinario, don Francisco A. Pinto, se encuentran expuestas algunas de esas ideas básicas. Ahí manifiesta: "Recelamos que la Inglaterra piense en algún sistema colonial y de monopolio respecto de las Américas, y que ocasionaría los males que sufren los pueblos de Asia; que la España antigua o moderna siempre insiste en su sistema de despotismo y servidumbre, y nada podemos presumir con probabilidad de los proyectos de la Francia..." En cuanto a las relaciones comerciales "le conviene la franquía de admitir en sus puertos a todas las naciones con la igualdad de derechos y privilegios posible, y le conviene también tener libre la navegación del Asia para expender sus frutos y procurarse manufacturas de algodón de que es probable que siempre carezca..." Si América sale de su cautiverio a costa de guerras perpetuas "al fin vendrá a ser víctima de las potencias europeas", y por eso el medio de consolidarse y hacerse respetable y mantenerse tranquila es por "una confederación cuando menos de todo el sur americano". La unión sería su fuerza; la división su debilidad y desgracia ("la Europa no puede mirar gustosa la prosperidad y riqueza de América, ni menos propenderá a fomentarla").

En las instrucciones económicas le recomienda invertir la suma de dinero entregada, principalmente en contratar buenos artistas (técnicos) y todo género de instrumentos para trabajar y armas. (Cree que Francia tendría muchos artesanos sin recursos ni trabajo, y con deseos de actividad y tranquilidad, por lo tanto, es el país donde contratar personal idóneo). Asimismo sabios en química, botánica, mineralogía y

[148] Escritos inéditos y dispersos, págs. 35-102.

[149] Según Miguel. Luis Amunátegui el germen de la unión americana se encuentran también en los escritos de Juan Martínez de Rozas y Camilo Henríquez. En 1823, don Manuel de Salas presentó al Congreso, el 15 de octubre, el siguiente proyecto: "Invítese a todos los estados independientes de América: 1° A formar un Congreso de sus respectivos plenipotenciarios para establecer sus relaciones con las potencias de Europa y las que deben formarse entre sí. 2° A sostener una liga ofensiva y defensiva contra toda potencia que atente a su independencia, y a los derechos constitucionales y representativos, que están establecidos en dichos estados". Se mandó pasarlo a la comisión de relaciones exteriores, y ésta emitió un informe desfavorable, por considerarlo extemporáneo e innecesario. Chile no estaba aún constituido y ya poseía alianzas con Perú y Colombia.

[150] Escritos inéditos y dispersos, págs. 136-150.

otras ciencias naturales útiles; artesanos de profesiones desconocidas e imperfectas en nuestro país; fabricantes de tejidos de lino y de lana, de productos minerales y demás artes y géneros de industrias; un maestro de química y quienes sepan trabajar cristales y loza, y papel; maestros e instrumentos para perfeccionar la labranza del cobre y metales compuestos que de él resultan; oficiales de ferretería y especialistas del beneficio de este metal y de la composición del acero. A fin de propagar la ilustración industrial, le recomienda adquirir periódicos y revistas relativos a las artes industriales, con láminas de máquinas e instrumentos; obras de química y mineralogía en castellano o francés.

En cuanto al contenido de la enseñanza expresó, en varias oportunidades, acertadas observaciones. En su "Discurso sobre la educación", entre otras ideas, expuso éstas, muy dignas de consideración: "El hombre es un ente real y necesita de sólidos y prácticos conocimientos para vivir bien, no de ideas fantásticas ni palabras huecas y sin sentido, y por esto se ve que las naciones que se versan en la buena física, en la historia natural, en la geometría, en la mecánica y en otras muchas pertenecientes al hombre físico, y que estudian la ética, la política y otras ciencias, por lo que respecta al hombre moral, nos llevan grandes ventajas en la ilustración y sabiduría..."[151]

Revela una posición idéntica a la de don Manuel de Salas, apoyada en la nutrida literatura reformista de los más esclarecidos representantes del iluminismo dieciochesco.

Frente a sus sensatas consideraciones, reproducidas con un evidente contenido realista de una nueva educación, choca la lectura de su "Proyecto de reglamento para escuelas" publicado en el "Correo Mercantil", de Santiago, el 8 de junio de 1832, acabada manifestación de su manía reglamentista.[152] Empieza indicando el horario (siete de la mañana, en verano, hasta las once; y, en invierno, de las ocho y media hasta las doce; y en la tarde, en todo tiempo, de las tres a las cinco, en invierno, y hasta las seis en verano), y, luego, el proceso de actividad. Se iniciaría pon un ejercicio religioso de la mañana, recitando de rodillas los alumnos y el maestro, una oración, cuyo largo texto reproduce, a Dios, al ángel de la guarda y a la Santísima Virgen de Dolores; y el día terminaría con otra oración a Dios. Jesucristo y la Santísima Madre de Dolores, a quien se consagran tres avemarías. En los deberes morales detalla el contenido del examen y premios de moralidad, con 31 rubros; después de concluida la calificación moral, describe el contenido de la instrucción literaria; la ocupación del sábado, en cada semana; la censura paternal,[153] y los premios de honor; las penas a las faltas morales (con duros castigos, sin excluir los azotes, "pero en este caso lejos de ostentar al maestro satisfacción y deseo de aquel castigo, manifestará pesadumbre"); expone la nómina de las faltas morales, y los ejercicios de los domingos y días festivos. Deberán asistir a misa y, antes o después, entonarán el "Himno Nacional al Ser Supremo", bastante largo (9 estrofas de 8 versos cada una, y un coro de 4 versos se repite después de cada estrofa), compuesto especialmente por Juan Egaña.

Es un reglamento odioso, en completo desacuerdo con sus atinadas ideas acerca del contenido y finalidad de la educación, cuando expresa que el hombre es un ser real, necesitando conocimientos sólidos y prácticos, basados en las ciencias naturales, en la geometría y la historia. Se advierte con frecuencia en los numerosos escritos de Juan Egaña una extraña mezcolanza de realismo social y espíritu práctico, con un

[151] Escritos inéditos y dispersos, págs. 67-69.
[152] Escritos inéditos y dispersos, págs. 71-82
[153] A los censurados se les dirá en alta voz esta quintilla: Miente, desprecia, porfía, hazte envidioso e ingrato, sé inobediente y sin trato, obra mal por cobardía; serás del Diablo un retrato.

constante afán reglamentista, derivada de una utópica creencia de poder enmarcar la desbordante actividad humana, su comportamiento cotidiano en rígidos cánones morales abstractos.

En la Constitución de 1823 condensó su pasión normativa, mezclando los planos político y moral. En el título XXII: Moralidad Nacional, artículo 249, remite al Código Moral, cuyo título II trata de la educación nacional: “La instrucción pública moral, industrial y científica es uno de los primeros deberes del Estado". Consulta una dirección de la Economía Nacional, cuya finalidad sería la de tomar a su cargo todos los ramos de la riqueza y del progreso nacional; y una Superintendencia de la Educación, encabezada por un Senador, a quien correspondería su inspección; aunque el Senado dirige la educación nacional y el gobierno ejecuta lo mandado por el Senado por medio del Superintendente, y con la intervención del magistrado de moralidad en las leyes, reglamentos y visitas.

En cuanto al gobierno conveniente para Chile, a su juicio, “parece que la naturaleza le señala el gobierno republicano, mixto de aristocracia y democracia que, como dice Aristóteles, es el más perfecto”.

Dos originales ensayos historiográficos[154]

I

En su erudito volumen “La conciencia política chilena durante la Monarquía”, 1958, el historiador Néstor Meza se propuso esclarecer la conciencia política de los chilenos durante el largo periodo colonial. Su estudio se apoya en una amplísima investigación de fuentes originales y en el análisis de las grandes obras de la historiografía clásica. Presenta interesantes y novedosos puntos de vista, aunque, con frecuencia, cuesta aprehender en su exacta formulación, o significado, sus propósitos interpretativos. Para explicar el origen de su concepción, o más bien el carácter de su creación histórica, reseña los aportes y criterios anteriores a su monografía. Así, Miguel Luis Amunátegui en Los Precursores de la independencia de Chile (1870-72), con respecto a esa conciencia política, "asentó la existencia de un rendido sentimiento de fidelidad al rey’’, elemento esencial del hombre americano por su idea inalterable de ser súbdito de los monarcas castellanos. (“El inmenso prestigio logrado por la autoridad real a expensas de la dignidad de los vasallos, fue el vínculo que aseguró por siglos a España la posesión del mundo que había conquistado” ...). Crescente Errázuriz, en su Historia de Chile durante los gobiernos de García Ramón, Nerlo de la Fuente y Jaraquemada (1908), destacó "la intervención popular en las resoluciones reales que tocaban al pueblo”; Julio Alemparte en El Cabildo de Chile Colonial (1940) fue el primero en destacar la función representativa de los cabildos. Afirmó: “Los reyes no estaban en España sino en las Indias; los verdaderos soberanos, en cierto modo, eran los señores coloniales. En Castilla estaba el cetro, la potestad oficial, la ordenación jurídica; pero la auténtica soberanía que es la que surge del dominio efectivo de las tierras y de la masa de los habitantes estaba en manos de los señores”. Estos aceptaban o rechazaban leyes y cargos y dominaban en los cabildos de los cuales se servían para la defensa de sus intereses. Según Alemparte, “los Cabildos eran una institución representativa genuina y directa de las ciudades ante la Corona y no obstante ser una delegación real funcionaban en la práctica como un poder aparte dentro de la unidad monárquica”. Juan Manzano Manzano en su libro, La incorporación de la Indias a la Corona de Castilla (1948), mostró que las Indias pertenecían a la Corona de Castilla; eran un reino de ellas y, por lo tanto, en él imperaba el derecho castellano. Reiteró su afirmación en su nuevo trabajo La adquisición de las Indias por los reyes Católicos y

[154] Atenea n°418 (1967)

su incorporación en los reinos castellanos (1952); y su tesis la aceptó y fundamentó Mario Góngora, en su obra El Estado en el Derecho Indiano (1951). A juicio del historiador Jaime Eyzaguirre, en su monografía Presupuestos Jurídicos y doctrinarios de la independencia (1949), la frecuencia de la resistencia a las leyes, los movimientos populares y aun la deposición de algún gobernador, se fundaban en la doctrina de que el pueblo constituía el fin del poder, defendida por los teólogos españoles Francisco Vitoria y Francisco Suárez. Además, la unión entre los reinos españoles y americanos era personal, es decir, el vínculo entre ellos lo establecía la persona del rey. Reeditó su pensamiento en su libro Ideario y ruta de la independencia de Chile (1955).

Según Néstor Meza, los diversos historiadores poseían una parte de verdad, porque cada uno había descubierto, y exagerado, un aspecto de la compleja conciencia política, por ser ésta una realidad múltiple y cambiante. Si Amunátegui había descubierto el momento del poder y la autoridad; Alemparte, el de la sociedad y la libertad; Eyzaguirre, la conciencia provincial y la existencia de un derecho público; en cambio, él ha procurado aprehender esa conciencia en su actualización; en los juicios y actitudes sostenidas ante situaciones concretas. Su trabajo no constituye una historia política de Chile desde el siglo XVI hasta comienzos del siglo XIX, se limita a la descripción de la conciencia política (y por eso no aparece el relato cronológico de los actos). Y en esa forma contribuye a la comprensión de las grandes historias que “si bien son ricas en erudición son pobres de pensamiento”.

En sus capítulos sobre el rey y la administración en los siglos XVI y XVII, clarifica la función gubernativa del rey, junto con explicar la concepción del origen popular del poder real y el concepto de rey católico. Respecto a la situación y actuación política del cabildo, éste ejercía funciones reales para el mejor gobierno del pueblo y, a la vez, poseía una función representativa, pero, “para los conquistadores de Chile y para los chilenos, hasta los primeros años del siglo XIX, el gobierno no era actividad exclusiva del rey”, quien poseía virtualmente todas las condiciones para gobernar en beneficio de los vasallos. El rey les había concedido el derecho a representarle en cuanto le atañía y un órgano de expresión; el cabildo. Pero ellos tenían plena conciencia de que el derecho de representación y el cabildo eran concesiones hechas por el rey. Especial interés reviste el capítulo dedicado al origen del patriotismo y a su expresión en Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. A comienzos del siglo XVII la patria se circunscribía a la república de cada una de las ciudades integrantes de la gobernación. Un nuevo contenido, más amplio, del concepto de hijo de la patria fue dado por F. Núñez de Pineda y Bascuñán (nacido en San Bartolomé de Chillan) en su libro Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile, por lo demás muy representativo del criterio de los vasallos de la época. Según éste la patria abarcaba el reino. La sociedad en que se había nacido y a la cual más directamente se pertenecía, no era ya la ciudad sino el conjunto de todos los vasallos sujetos a las autoridades que, subordinadas al Rey, les gobernaban. A ellos aplicaba la solidaridad y los tradicionales conceptos de bien común y pública utilidad. En la actividad de los vasallos de Chile para suprimir la rebelión indígena de 1655, veía Núñez de Pineda y Bascuñán una heroica manifestación del amor a la patria. Los servicios prestados por la población en ese entonces lo fueron al rey y, también, "servicios a la patria”. Y su patriotismo le obligaba a lamentar que el reino estuviera gobernado por extranjeros y advenedizos, quienes, sin vínculos ni afectos, sólo procuraban lucrar sin considerar las consecuencias dañinas de su conducta. Su amor a la patria se demostraba compatible con el amor a la monarquía. La patria se insertaba en la monarquía. Por eso su libro iba encaminado "al bien común de la patria y a sus mayores adelantos”, pues "como hijo fervoroso de esta desdichada patria", se sentía obligado a descubrir los motivos de la

prolongación de la guerra de Arauco. Ahí denunciaba al rey los abusos de poder, las injusticias y la avidez del lucro de los gobernadores; y las postergaciones sufridas por los vasallos y los perjuicios causados al reino.

Son de particular valor los capítulos sobre patria y monarquía en el siglo XVIII, el fortalecimiento de la dignidad del pueblo y la concepción ilustrada de la función del poder real. Analiza con mucha finura el carácter conflictivo del sentimiento patrio por la aspiración de los chilenos a ocupar los cargos públicos y a independizarse de la autoridad virreinal. A partir de 1806, "la nobleza sintió con más urgencia la necesidad de ejercer sin contrapeso la representación del reino y de mantener las bases jurídicas sobre las cuales ésta descansaba: el derecho a ser preferida en la provisión de los cargos capitulares y la independencia del cabildo".[155]

En la segunda mitad del siglo XVIII, el Dr. José Perfecto de Salas, fiscal de la Real Audiencia, en nota escrita al gobernador Jáuregui sobre la necesidad de restaurar el Convictorio Carolino, enunció por primera vez la teoría ilustrada del poder real. Más adelante, Manuel de Salas y Juan Egaña afirmaron la concepción ilustrada sobre la función del Estado. La actividad de los gobernadores y demás funcionarios debía tender a promover racionalmente el engrandecimiento del reino. Según J. P de Salas, dados los poderes amplísimos con los cuales el gobernador estaba investido por el soberano, debía restaurar el Convictorio y superar los obstáculos que se opusieran "al engrandecimiento de este felicísimo reino".[156]

Al tratar, el historiador Néstor Meza, las repercusiones de la invasión de los ingleses en el Río de la Plata y la invasión de Napoleón Bonaparte a España, adelanta consideraciones y puntos de vista desarrollados brillantemente en su nuevo libro: Actividad política del reino de Chile entre 1806 y 1810. Cuando se supo oficialmente la usurpación de Bonaparte, en septiembre de 1808, se agudizó él temor de que el reino fuera sacado de su quicio histórico y pasase a formar parte de otra potencia. Ante tal evento, Juan Martínez de Rozas creía necesaria su independencia y su pensamiento lo compartían otros políticos distinguidos. Según ellos, el reino poseía el derecho a decidir su destino y a ejercer el reconocimiento de las autoridades que se constituyeran en nombre del rey. Juan Egaña, Juan Antonio Ovalle, Manuel Cotapos, propiciaban la creación de una junta gubernativa, sustraerse de las autoridades de la península, y dirigir su futuro en la crisis de la monarquía, es decir, determinar su destino con libertad. La idea "de que el cabildo representaba al pueblo y el alcance que tenía esa representación en la circunstancia en que vivía la monarquía, fue expresada por el procurador general de la ciudad, José Miguel Infante en 14 de agosto de 1810, con motivo del reconocimiento del consejo de regencia. Sostuvo, entonces, Infante, que "cada uno de los señores regidores se veía constituido padre de la patria y que reunidos todos tenían la potestad misma del pueblo", la cual en esas circunstancias debía ejercerse para conservar indemnes los derechos del rey y del reino".[157]

A la asamblea del 18 de septiembre fueron invitados 14 españoles (había 1.900 en la ciudad), y 423 patricios, en total 437 ciudadanos.

---

[155] Pág. 305.

[156] El informe de J. P. de Salas lo incluyó José Frontaura Arana en Historia del Consistorio Carolino. Apéndice N° 4. Recientemente lo reprodujo Ricardo Donoso en Un letrado del siglo XVIII, don José Perfecto de Salas.

[157] Págs. 305-306. El documento lo tomó de "Actas del Cabildo de Santiago". Acta del 14 de agosto de 1810. Col. Historiadores de Chile, tomo XXIX, págs. 35-36.

Por otra parte, Néstor Meza, sintetiza el pensamiento de Manuel de Salas y de Juan Egaña, los dos más altos representantes de los ideales de la ilustración, en Chile. Desde su regreso de España, don Manuel de Salas se propuso modificar la situación del reino en crisis, a causa de la errada política de tres siglos de dominación, y cuyos resultados se resumieron en despoblación, ignorancia, vicio y miseria popular. No se quedó en la crítica y propuso una serie de medidas para superarla, porque la tarea del político responsable se traducía en procurar la felicidad de la sociedad gobernada. Los medios básicos para conseguirla, a su juicio, eran la difusión de las riendas exactas y la rectificación económica. Cifraba las mayores esperanzas en el estudio de las riendas útiles para descubrir y explotar las riquezas, mejorar la agricultura y la minería, y desarrollar la industria.

En síntesis, según Manuel de Salas, "además de una política educacional que difundiera las ciencias útiles, el estado debía realizar simultáneamente una política de fomento de las industrias, de mejoramiento técnico y de creación de mercados".[158]

Aunque don Manuel de Salas contó con una favorable audiencia en los gobernantes locales, para la realización de sus proyectos (y así lo reconoce cuando los califica: "el justificado Benavides, el activo O'Higgins, el benéfico y recto Avilés, el sabio, noble y virtuoso Muñoz de Guzmán...”), no encontró ninguna ayuda en la Monarquía.

La misma concepción del gobernante tuvo don Juan Egaña. La expuso con claridad en el discurso leído en el homenaje tributado a García Carrasco con oportunidad de su designación en propiedad como gobernador del reino. En él describió las cualidades del político y detalló las diversas obras importantes exigidas por el reino.[159] Asimismo, estampó su concepción ilustrada y progresista, en su “Memoria” elevada a don Mateo de Toro y Zambrano, en agosto de 1810, extendiéndose sobre él objetivo de la acción gubernativa, y sobre la necesidad de implantar la educación industrial y científica, mejorar la agricultura y el comercio.[160]

La conclusión del erudito e interesante volumen de Néstor Meza es la siguiente: "Al término de esta exposición podemos afirmar que los chilenos de los siglos XVI, XVII, XVIII y comienzos del XIX tuvieron un claro concepto de la finalidad del poder público y de sus límites, una dignidad y una forma de libertad. Esto determinó entre ellos y el poder relaciones caracterizables por la libertad para solicitar del Estado lo que estimaban necesario y era del resorte de éste otorgar y para reclamar de sus resoluciones en justicia, con lo que ponían a salvo su dignidad. Hemos llegado al convencimiento de que fue el funcionamiento de este régimen lo que mantuvo a estos vasallos en la monarquía hispanoamericana. Sin embargo, me parece insuficiente el pensamiento de que la independencia fuese deseada por la sola alteración de este juego a partir de 1813. Creo más bien, que los historiadores liberales tuvieron alguna razón al atribuir esta determinación a la penetración de ideas extranjeras: era preciso que entre estos hombres hubiera quienes

---

[158] Pág. 318.

[159] Discurso compuesto por Juan Egaña y pronunciado por don José Gregorio Argomedo, en el recibimiento de García Carrasco, como vice patrono de la Universidad de San Felipe, el 15 de noviembre de 1807. Colección de Historiadores de la Independencia de Chile, tomo XVIII; 4.

[160] Reproduce el párrafo sobre enseñanza industrial y científica de dicha “Memoria”, insertada por don Manuel Antonio Talavera en Revolución de Chile. Colección de Historiadores de la Independencia de Chile. Vol. XXIX, pág. 128

se sintieron ahogados en “la libertad española” y la consideraron como despotismo, quienes consideraron que la justicia del rey no era ya, justicia, que lo que se entendía por la dignidad era sólo abyección y que la libertad, la justicia y la dignidad verdadera no podrían encontrarse más en el seno de una monarquía con la cual los hombres libres no podían tomar ningún compromiso. Por fin, a raíz del estudio de la conciencia política chilena durante la monarquía he modificado la consideración de esa historia, respecto de nosotros, he comprendido que, por la vigencia en ella de los conceptos descritos, de algún modo le debemos nuestro ser político”.

II

El problema de la reforma agraria pone de actualidad un libro de gran interés del historiador Mario Góngora del Campo: Origen de los "inquilinos" de Chile Central. Es un estudio de las instituciones y de historia social realizado con espíritu científico y basado en la abundante documentación existente en los archivos chilenos y en otros papeles de los archivos españoles; no se apoya en la literatura ni en documentación impresa, lo cual le asigna una evidente novedad. En su ensayo investigativo se deshace la tradicional afirmación de existir un vínculo directo entre la encomienda y el inquilinaje. Aunque el historiador no lo formule, su tesis supone un refuerzo a quienes niegan un carácter feudal al régimen económico-social de la Colonia y, en cambio, subrayan su fisonomía capitalista. Por supuesto, de un capitalismo primitivo colonial.

El primer historiador en dejar un cuadro de los inquilinos fue Claudio Gay, en su Historia física y política de Chile (páginas 117-120 y capítulos VIII, IX, X, XI y XII). Su imagen es la del inquilinaje ya maduro. Se trata del alquiler de pequeñas porciones de tierra de secano a labradores pobres. La relación se contrae libremente, por pactos verbales fijados por la costumbre, y suele variar de región a región. El inquilino posee plena libertad de movimiento, aunque se marca espontáneamente una tendencia hereditaria. Inicialmente sus deberes eran menores que los actuales (1830-40), y en esa época estaban obligados a ayudar en el rodeo para separar y marcar los animales de la hacienda, a llevarlos a la engorda para la matanza, a limpiar las acequias, trillar el trigo, acompañar a caballo al dueño, y efectuar otros pequeños trabajos, generalmente pagados. Los más acomodados tenían mayor terreno y ganado, e incluso inquilinos propios, y en tal caso estaban forzados a proporcionar a uno de éstos como peón permanente para la hacienda, pagándole su salario, pero las raciones se daban por cuenta del propietario. El arrendatario o inquilino paga siempre un canon, y por todo trabajo que excede al convenio o a la costumbre recibe un salario en dinero, pan, charqui y papel para cigarros. Para sembrar su pequeño lote debe alquilar yuntas de bueyes y arados y adquirir la semilla, cayendo en manos de prestamistas usurarios, quienes le compran luego a precios ínfimos la cosecha. La venta anticipada de la cosecha “en verde” significa a veces la pérdida de todo el grano. El arrendatario suele poseer ganado menor, dos o tres vacas, caballos de servicio; el propietario se preocupa por que esos animales no aumenten más allá de cierta medida. El contrato puede terminar con ocho días de aviso; el inquilino tiene derecho a coger sus cosechas, pero nada recibe si ha plantado árboles o verificado alguna mejora. Gay señala una y otra vez las diversidades regionales y la existencia, a menudo, de costumbres abusivas. Por ejemplo, la obligación de trabajar personalmente el arrendatario todo el año en la hacienda a un bajo jornal, y además suministrar otro trabajador, también pagado por debajo del salario corriente. El dueño abona muy raramente en dinero los jornales, tanto al inquilino como a los peones prefiriendo distribuir especies acumuladas en la pulpería. (En la época de Gay la mediería recién se desarrollaba experimentalmente en algunas haciendas).

Gay describe con riqueza las otras categorías de trabajadores de las haciendas, todas ellas basadas en el salario: mayordomos, capataces, pastores (vaqueros, ovejeros), peones o jornaleros, arrieros. Algunos de ellos reciben cabañas y tierras; los peones también poseen a veces una tierra, asemejándose entonces al inquilino. La reciben gratuitamente, o por un módico canon, pero sigue dominando en ellos el rasgo vagabundo. Al lado de su descripción, Gay, ensaya una explicación histórica y dejándose llevar por una vaga reminiscencia, cree que el inquilinaje procede de los indios de encomiendas. Después de abolidas se habrían quedado en las haciendas, sin poder constituirse en trabajadores enteramente libres.

Barros Arana, en su Historia General de Chile (tomo VII, páginas 32-33 Y 465-67), vincula el inquilinaje con la abolición de las encomiendas, y esos indígenas quedados en las haciendas se mezclaron con los mestizos, núcleo grueso de la población rural. El inquilinaje sería una última evolución de la encomienda. Domingo Amunátegui Solar, en Las encomiendas de indígenas en Chile (tomo i, pág. 241, y tomo ii, pág. 260), identifica el inquilino con el indio de estancia, radicado en propiedades españolas. Interpola la denominación inquilino en su resumen de las disposiciones de la Tasa de Esquilache, de 1620, que hablaban de esos indígenas, pero tal identificación es errónea. Francisco A. Encina, en su Historia de Chile (tomo v, páginas 176 y 276), abandona toda vinculación a la encomienda e interpreta al inquilinaje como forma peculiar de mestizos. Tocan de paso el inquilinaje, Julio Heise González en Las Tasas y Ordenanzas sobre el trabajo de los indios en Chile; y Guillermo Feliú Cruz y Carlos Monge Alfaro en Las encomiendas según Tasas y Ordenanzas.

En cuanto al desarrollo de su investigación sobre el origen y constitución del inquilinaje, he aquí un resumen de los resultados alcanzados por Mario Góngora.

Las pequeñas tenencias de los indígenas dentro de las chacras y estancias de los españoles, multiplicadas a expensas de los pueblos, constituyeron durante los siglos XVI y XVII la forma más utilizada. ¿Su procedencia? Yanaconas peruanos a comienzos de la conquista; yanaconas chilenos, descendientes de los extraídos de sus pueblos por cautiverio; indios "de servido personal" (trasladados por grupos desde sus pueblos a las estancias de sus encomenderos); araucanos cogidos en la guerra, esclavos, y después de su emancipación "indios de depósito"; indios de distintas regiones vecinas; indios de diversas clases concertados o asentados mediante salario a servir en la tierra por plazos renovables de un año. Bajo cualquiera de estas formas, el indio trasladado a las heredades de los españoles recibía en ella una tenencia a fin de que se procurara su alimentación. El dueño de la estancia se aliviaba así del suministro de raciones y trataba de fijar una fuente de trabajo dentro de su propiedad. Es éste el sentido básico de la formación de la clase de los indios de estancia. El indio de estancia estaba sujeto a desarraigos impuestos por los propietarios. No se formó pues una clase de pequeños tenedores sólidamente plantados en un lugar, sino grupos de tránsito. El tenedor era fundamentalmente un trabajador rural carente de plena libertad de movimiento, sujeto a servicio personal o a tributo, y objeto, por tanto, de un régimen compulsivo o tutelar. La tenencia aparece como un mero apéndice de la obligación de trabajar.

Cuando en el siglo XVII las tierras del centro del país ya están repartidas en mercedes y tienden a convertirse en compactas estancias, las nuevas adquisiciones deben proceder de compraventas, dotes, herencias, donaciones y demás formas del derecho privado. Los excluidos de la capa de los grandes propietarios y sin capitales para la compra de tierras ya no pueden tener tierras propias. Entonces se da una forma de tenencia, que las fuentes del siglo XVII llaman "préstamo" o "empréstito", y otras veces

"arriendo", o sea, pedazos de una estancia. Pero esa tenencia no constituye propiedad y los favorecidos deben cumplir determinadas tareas de confianza dentro de la estancia (custodiar sus límites, cuidar de los ganados lejanos, que no se extravíen, etc.).

El préstamo es una institución que sigue a la época de las mercedes de tierras y antecede al proceso de creciente valorización del cultivo, y se encuentra ligado al escaso valor del suelo. Pero en el siglo xviii, al adquirir desarrollo el cultivo cerealista, aumentar la población y el comercio, y afirmarse una nueva estratificación social, se originó un cambio. Las tenencias aumentan en cantidad e implican un rasgo de mayor dependencia: el vínculo personal. En el futuro será el predominante en la relación del tenedor del propietario.

A comienzos del siglo XVIII, las tenencias se multiplican, pero como "arrendamientos". El arrendamiento domina sin contrapeso sobre el antiguo préstamo. El préstamo basado en el escaso valor de la tierra y en la ventaja de tolerar un disfrute casi gratuito, fue reemplazado por el arrendamiento, que no sólo implicaba un canon sino también un complejo de deberes, cada vez más pesado al avanzar hacia el mayor desarrollo comercial de la agricultura chilena. Este tipo de arrendatario se denominará inquilino. El vocablo inquilino se generaliza a mediados del siglo XVIII, y significando etimológicamente "habitante", vino a designar a quien puebla precariamente un campo del cual no es dueño.

El cultivo cerealista dio una concentración y potencia a la difusa vida de la antigua estancia pastoril, provocando una valorización de la tierra y una necesidad más intensa de servicio. Aumentan los tipos de trabajadores rurales: los esclavos, los peones, y esta forma mixta de tenedor de la tierra y de vaquero, que es el inquilino.

En cuanto al régimen de los indios, desde principios del siglo XVIII, se produjo el crecimiento del peonaje a expensas de la encomienda. Los aborígenes llegan a ser jornaleros libres y además rompen los marcos del estatuto indígena. Decaen las encomiendas y el yanacona, o indio libre, para eludir el pago del tributo al Rey "se amestiza". En la primera mitad del siglo XVIII desaparece un factor capital de la primera estructura colonial, la clasificación de los aborígenes como orden o casta separada sujeta a un tributo especial al encomendero o al Rey. Se inician formas nuevas: predominio del alquiler concertado y filtración del indio hacia el mestizaje legal. Hay un aumento de la población y la formación de una capa de trabajadores libres que, legalmente, ya no son "indígenas".

En el siglo XVII la tierra era trabajada por indios de estancia: de ellos unos sirven en la propiedad del encomendero, y otros, en la de un vecino, quien se encarga de pagar a aquél el tributo. En el siglo XVIII, todos los indios —que dejan pronto de serlo legalmente— se convierten en peones libres. De éstos, unos son estables, otros de temporada. La población indígena formada en las estancias, en parte perdura en ellas, en parte, emigra dando así origen a ambos tipos de peonaje.

Como cuadro jurídico institucional, el peonaje estable es el sucesor directo de los antiguos indios de estancia. Como ellos, el peón, percibe salario y una tenencia anexa; pero difieren en que el peón del siglo XVIII tiene entera libertad de movimiento. El arrendatario, en cambio, como figura jurídica, no es sucesor del indio de estancia, pues no está sujeto a trabajo permanente sino a ciertas faenas convenidas, y el gravamen principal sobre su tenencia es el pago del canon. En el siglo XVIII, entonces, se constituye un ciclo normal de peonaje e inquilinaje.

Mario Góngora reproduce del fiscal de la Audiencia, Martín de Jáuregui, su Dictamen en la Junta de Poblaciones, de 1745. En ese documento anota la inestabilidad del peonaje, pondera la extensión desmesurada de la gran propiedad chilena y afirma la utilidad de un mayor número de propietarios, por la apetencia de tierras observada en el medio. Cita los testimonios del siglo XVIII que insistían en la miseria del arrendatario por su falta de sentido de la propiedad. Más tarde Salas y Lastarria agregan la comprobación del exceso de trabajo en las faenas de la hacienda. A Mario Góngora tales opiniones le parecen no sólo pruebas de la sensibilidad “ilustrada", sino también la efectividad del crecimiento de las obligaciones del arrendatario (inquilino), en la segunda mitad del siglo. Menciona, además, la parte inédita de un proyecto de Miguel de Lastarria, en la cual se describe la aversión de los hacendados al tráfico y a los caminos y su afán de conservar la ruralización completa y dar entrada a sus haciendas a los peones precisos, nada más. Y éstos, como son expoliados, caen en manos de prestamistas, están sujetos a despido voluntario del dueño y a ver quemada sus cabañas, si no parten en seguida.

(El atraso y la ignorancia rayaban en lo increíble y, por tal razón, el reino de Chile permanecía secuestrado del resto del mundo seis meses en el año, por causa del tiempo y de la falta de comunicaciones. Al respecto, Miguel Luis Amunátegui dio a conocer un artículo del 31 de agosto de 1822, de don Manuel de Salas, en el cual el ilustre patricio recuerda sus pasos por los Alpes, los Pirineos y los Andes, y respecto de estos últimos señala los peligros e incomodidades de su cruce, y por ello destaca la obra magnífica de Ambrosio O’Higgins, a menudo incomprendida, en su afán de mejorar las comunicaciones y el progreso urbano del reino. Respecto del camino de Santiago a Valparaíso escribe Manuel de Salas: "Acaso la molicie presentó a la suspicaz metrópoli esta obra con los colores con que tiznó la del camino de Valparaíso, exponiendo que facilitaba las invasiones de enemigos"...).

Del resumen expuesto se desprenden la calidad indudable del ensayo del historiador Mario Góngora y su riqueza de puntos de vista novedosos. Es un estudio de indispensable lectura para comprender el desarrollo social de la cuestión agraria en nuestro país; de las relaciones de opresión y de expoliación predominante en el campo chileno; y, por tanto, de su debilidad productiva, de su incapacidad para entregar los alimentos suficientes exigidos por la población. Aunque es una investigación histórica desprovista de toda finalidad política actual, supone una condenación de la atrasada realidad agraria del latifundio, de la pobreza del campesino, porque toda la renta de la agricultura cae en manos de una reducida oligarquía latifundista dedicada, más bien, a explotar el trabajador en vez del agro.

Notas sobre la enseñanza superior en el siglo XVIII[161]

A mediados del siglo XVIII, al cabo de dos centurias de evolución se había consolidado la sociedad hispano-criolla, alejándose el peligro de la guerra de Arauco, (los araucanos quedaron confinados en la región al sur del Biobío y el Toltén); se produjo un apreciable desenvolvimiento de la economía; y se afirmó en la dirección del país una importante aristocracia, con un sector de mayorazgos y títulos nobiliarios. Los segundones y elementos de una débil burguesía, dado el concepto despectivo hacia el trabajo productor, industrias y oficios manuales, por estimarlo deshonroso y propio de plebeyos, no encontraban otra posibilidad de mejoramiento económico-social sino ingresando a la milicia, al sacerdocio y a los altos empleos civiles. De esta aspiración a ocupar un sitio en el aparato administrativo, para lo cual eran

[161] Atenea n°420 (1968)

necesarios títulos profesionales, en especial los de Leyes, surgió el anhelo de poseer una universidad real en la cual obtenerlos. Las universidades pontificias daban sólo títulos relacionados con la carrera eclesiástica, pero no de Leyes. Era preciso concurrir a la Universidad de San Marcos a seguir sus cursos para conseguirlos y eso significaba permanecer años en Lima y llevar a cabo considerables desembolsos.

En el siglo XVII se registraron algunas prematuras demandas para establecer una universidad real, al estilo de las de Lima y México, pero sólo se autorizaron las dos pontificias, de los Dominicos y de los Jesuitas. A comienzos del siglo XVII se planteó, en forma solemne, en la sesión del Cabildo de Santiago, del 2 de diciembre de 1713, y bajo el gobierno de Juan Andrés de Ustáriz, por boca del licenciado Francisco Ruiz de Berecedo, alcalde de ese organismo, la conveniencia de crear una universidad, y el Cabildo decidió dirigirse a S. M. solicitando el permiso para fundarla.[162]

Con el propósito de alcanzar éxito en las gestiones correspondientes se encomendó al apoderado del Cabildo en la Corte, don Tomás de Azúa Yturgoyen, llevarlas a cabo. Un cuarto de siglo después del acuerdo y solicitud del Cabildo de Santiago, el rey Felipe V firmó la Real Cédula del 28 de febrero de 1738, erigiendo la Universidad de San Felipe. En ella establecía su planta y forma: diez cátedras en las asignaturas de teología, cánones, filosofía, jurisprudencia, medicina y matemáticas.

Su inauguración se efectuó el 11 de marzo de 1747, y su primer rector fue Tomás de Azúa Yturgoyen, entre los años 1747 y 1757, nombrado por el Presidente Ortiz de Rozas. La verdadera apertura de los cursos se llevó a cabo a mediados de 1756, y antes de iniciar las clases se vendieron grados de bachiller, licenciado y doctor con el objeto de reunir recursos. El Presidente Amat y Juhient tomó posesión de la universidad como Vice-Patrono y designó a los catedráticos, el 18 de julio de 1756.

Con la Universidad de San Felipe se inició la tradición de la enseñanza superior bajo el patrocinio del Estado, pero en su orientación como en su funcionamiento fue dominada por la Iglesia. En los exámenes debía estar presente un doctor en Teología, encargado de impedir el paso de cualquier concepto contrario a las enseñanzas dogmáticas. (Todas las actas de los exámenes de los estudiantes de medicina están autorizadas por un doctor teólogo). Proviene tal carácter del espíritu de las universidades españolas a partir del siglo XVI. El historiador Mario Góngora advierte al respecto que las universidades americanas estaban reguladas específicamente en la Recopilación de Leyes de Indias (Libro i, título 28), y eran establecidas en nombre del Papa y del Rey, por la libre iniciativa de éste, en virtud del Patronato. Los Papas concedieron en varias ocasiones, previo pase del Consejo de Indias, bulas en favor de ciertas órdenes, otorgándoles el privilegio de dar grados universitarios, siempre que sus institutos estuviesen distantes más de doscientas millas de alguna universidad regia (en Chile, las Universidades pontificias de los Dominicos y de los Jesuitas). Las Universidades americanas, cuyos modelos fueron México (inaugurada en 1553) y San Marcos de Lima (en 1576), se organizaron en el espíritu y estilo de la Contrarreforma, es decir, el valor de las materias de estudios radicó en la Teología, en vez de las Leyes, como ocurría en los siglos anteriores (XIII- XIV). Expresa el historiador citado: “Durante la Colonia, el espíritu de las leyes de don Alfonso X siguió presidiendo las universidades, pero cambió el valor relativo de las materias de estudio: las Leyes, tan fundamentales bajo la monarquía legisladora del siglo XIII, ceden su lugar a la Teología. En primer lugar, porque la Contrarreforma acentuó la necesidad de definir los dogmas y combatir las herejías; en seguida

[162] La más completa y minuciosa obra sobre la universidad de San Felipe, es la de José Toribio Medina: Historia de la real universidad de San Felipe de Santiago de Chile. 2 vols. (uno de texto y otro de documentos) 1928.

porque la Teología adquirió en España, desde la época de Vitoria, el papel de ciencia normativa universal, interviniendo así el teólogo en asuntos de política y legislación… El estilo de la Contrarreforma se hace patente en los juramentos obligatorios para los que obtenían grados mayores, de hacer profesión de fe católica, de obedecer lealmente al Rey, y de defender la Inmaculada Concepción. Esta última creencia es particularmente fuerte en las Universidades americanas y hay entre las tesis de la Universidad de San Felipe en pleno siglo XIII varias relacionadas con ella".[163]

En su obra sobre la Universidad de San Felipe, don José Toribio Medina reproduce el expediente de Juan Martínez de Rozas para recibir su grado de licenciado y doctor en Sagrados Cánones y Leyes, y su texto ratifica lo expuesto más arriba. El expediente de Martínez de Rozas, en Santiago, a 3 de abril de 1786; y en esa fecha se "dio y confirió al bachiller don Juan Rozas los grados de licenciado y doctor en la Facultad de Sagrados Cánones y Leyes, en virtud de la lección de repetición de veinticuatro horas y examen secreto, de que salió aprobado por los examinadores, *nemine discrepante*; y habiendo hecho antes, en manos del señor Rector el juramento acostumbrado y el de defender la pura y limpia concepción de María Santísima Madre de Dios y Señora Nuestra, según está prevenido y dispuesto en dichas constituciones, y juntamente, el no enseñar, en público ni en secreto, el ser lícito el regicidio que patrocinan los autores; lo que todo así ejecutado, lo confirió dicho señor Maestro-escuela los grados de licenciado y doctor". El juramento exigido entrañaba una adhesión a la Iglesia Católica y, al mismo tiempo, un acto político de fidelidad a la monarquía.

Respecto de las consecuencias en la enseñanza por la expulsión de los jesuitas, el historiador Néstor Meza anota: "La tradicional concepción de que el pueblo era el fin del poder y legítima actividad política no fueron afectadas por la prescripción de las doctrinas políticas que, se dice, difundían los jesuitas. Con ella sólo se procuró extirpar del acervo doctrinario de los vasallos las doctrinas del regicidio y del tiranicidio contra las potestades legítimas. La cédula del 3 de marzo de 1768 ordenaba que los graduados catedráticos y maestros de las universidades juraran al asumir sus cargos, hacer observar y enseñar la doctrina contenida en la sección quince del Concilio General de Constanza de 1415 y no enseñar ni aun a título de probabilidad, la doctrina del regicidio y del tiranicidio contra las potestades legítimas. Además, se autorizaba la circulación de la obra de fray Luis Vicente Mas de Casaballs intitulada "*Incomoda Probabilisun*", que impugnaba, entre otras, estas doctrinas. Esta cédula fue leída en el claustro universitario de San Felipe a fines de 1768 y obedecida por sus integrantes. Todo lo que constituía expresión de la dignidad política del pueblo continuó sin variación".[164]

Algunos funcionarios celosos acentuaron el principio de obediencia, oficializando la concepción del origen divino de los reyes y persiguiendo las opiniones contrarias, en especial por la propagación de las nuevas doctrinas de la libertad; asimismo, desautorizaron las teorías papistas que daban una extensión abusiva e ilegal a la autoridad de los Papas en perjuicio de la soberana e independiente de los reyes. En Chile fue el caso del gobernador, don Ambrosio O'Higgins. De todos modos, la fórmula del juramento de los universitarios no sufrió cambios. El historiador citado reproduce la graduación de Antonio Garfias, como testimonio ilustrativo: "Según la fórmula aprobada a propósito del fiscal del Consejo de Indias, juró en 17

[163] Mario Góngora del Campo: Notas para la historia de la educación universitaria colonial de Chile. Anuario de Estudios Americanos; Tomo Vi, pp. 163-229, Sevilla, 1949.
[164] Néstor Meza Villalobos: La conciencia política chilena durante la Monarquía, 1958, pág. 183.

de diciembre de 1798 el bachiller Antonio Garfias, al recibir los grados de licenciado y doctor en la facultad de Sagrados Cánones y Derecho, según esa fórmula, Garfias juró defender la pureza de Nuestra Señora y no enseñar ni defender en público ni en secreto la licitud del regicidio".[165]

Las cátedras de las universidades americanas eran las de Teología Escolástica, Teología Moral, Escrituras, Artes (reduciendo al antiguo trívium y quadrivium a la filosofía propiamente dicha, Lógica, Física y demás tratados aristotélicos sobre la naturaleza y Metafísica), Matemáticas, Cánones y Leyes Civiles; a veces Retórica, Medicina y lenguas nativas para favorecer la propagación misional. Además, se entregó a las principales órdenes religiosas que tenían algún doctor oficial el desempeño gratuito de una cátedra en que se profesaba aquella doctrina.

Las cátedras creadas por la Real Cédula de 1738 fueron: Prima de Teología, Filosofía, Cánones, Leyes, Escrituras, Medicina y Matemáticas; Vísperas de Teología, Cánones y Leyes; Instituía; Método de Medicina y Lengua Araucana. Se instituían cátedras honorarias de Astronomía y Cosmografía, de Santo Tomás, Suárez y Scoto. Más tarde el Rey otorgó una cátedra ad-honórem de Retórica a la Compañía de Jesús. "El plan que la real cédula le fijó a la Universidad se componía de diez cátedras: dos de Teología, dos de Cánones, dos de Leyes, una de Artes o Filosofía, una de Lengua, o sea de Latín, una de Medicina y una de Matemáticas. Simplificamos porque una de las de Teología se denominaba "Maestro de las sentencias", destinada a estudiar las máximas del célebre Pedro Lombardo, escolástico del siglo XII, una de las de cánones se titulaba de Decreto, nombre con que el boloñés Graciano había reunido, también en el siglo XII, las decisiones de papas y concilios sobre asuntos de jurisdicción eclesiástica; y una de las de Leyes era la llamada Instituta, síntesis del derecho romano.

"La Universidad no se dividía en facultades; pero es fácil reconocer el germen de cuatro de ellas por lo menos: Teología, Derecho, Medicina y Matemáticas; y si no fuese porque la cátedra de Artes se subordinaba a la de Teología, también podría advertirse en aquélla y en la de Latín el primer asomo de la Facultad de Humanidades, con lo cual se completarían las cinco facultades básicas de muchas de las universidades modernas.

"Algún tiempo después de iniciados sus cursos, la Universidad solicitó y obtuvo la autorización para fundar tres cátedras más: una de Retórica; otra en que se estudiarían las doctrinas de Duns Scoto, filósofo escolástico realista del siglo XII, a quien en España llamaban Escoto y que es más conocido como el Doctor Sutil; y una tercera en que se enseñarían las teorías del jesuita Francisco Suárez, muy renombrado dentro de su orden. Pero la última cátedra se suprimió en 1768, a raíz de la expulsión de esta comunidad de los dominios de España. En la cátedra de Artes se exponían también algunos principios de Física, sin que se tuviese un gran elemento de experimentación. No se introdujeron en el plan de estudios, durante los años siguientes, otras modificaciones de importancia.

"Toda la enseñanza se daba en latín y era esencialmente memorista, con estricto ajustamiento a textos o dictados. Los ejercicios y los exámenes se desarrollaban sobre un determinado número de cuestiones, artificiosamente reguladas, que en cada ramo se redujeron a 33. Para todo se empleaba el razonamiento dialéctico, a base del silogismo; y las disputas no tenían fin. La sutileza de la argumentación, cualquiera que fuese el tema planteado, constituía el mérito de la prueba y era sólo en estas ocasiones cuando se

[165] Néstor Meza Villalobos: La conciencia política chilena durante la Monarquía, págs. 209-210.

daba lugar a la reflexión del estudiante. Pero no había éste de ir muy lejos en su inventiva, porque se arriesgaba a caer en una proposición herética; y entonces su posición dentro del aula se hacía insostenible. Con el objeto de evitarlo o sancionarlo, un teólogo delegado del rector concurría a todos los exámenes, aunque se tratara de medicina o matemáticas.[166]

En la práctica, la enseñanza en la Universidad de San Felipe se organizó en torno a dos núcleos: el filosófico-teológico, y el de jurisprudencia, o sea, dirigida a conceder los grados de doctor en Artes y Teología y en Leyes; en rango inferior figuraban los de Medicina y de Matemáticas. Por este grado no se inclinó nadie en un comienzo.

La enseñanza se daba exclusivamente en latín; todas las materias eran anticuadas, memorizadas, indiscutidas, dogmáticas; no existía libertad mental; no se enseñaban ni idioma patrio ni lenguas modernas, ni historia, ni ciencias. En sus primeros años, su nivel de estudios y su espíritu escolástico no la diferenciaron del Convictorio de San Francisco Javier, y resultaba una fiel supervivencia de las instituciones medievales. Aunque constituyó una innovación la participación de seglares en su cuerpo docente, pues hubo seis doctores laicos, pero muy devotos católicos, todos se desenvolvían en el férreo marco de la escolástica, el respeto a los dogmas y a la autoridad. Maestros y alumnos no pasaban de ser dialécticos estériles.

Con la creación de la Universidad de San Felipe caducó de inmediato el derecho a dar títulos de los dominicos, en cambio los jesuitas retuvieron aquel derecho, por lo cual la universidad luchó por invalidarlos. Al ser los estudios de los jesuitas válidos para obtener los grados de la universidad, ésta trató de eliminarlos para poder tener alumnos, por cuanto casi toda la juventud estudiosa de la época pasaba por las aulas de la Compañía de Jesús. La expulsión de los jesuitas durante el gobierno de Antonio Guill y Gonzaga, el 26 de agosto de 1767, significó un golpe grave para la instrucción primaria y media, pues sus escuelas y colegios eran muy concurridos y su enseñanza la mejor del reino, pero, al mismo tiempo, determinó un auge de la Universidad de San Felipe. El Convictorio de San Francisco Javier, establecido desde 1768 bajo la dirección seglar, y desde 1778 llamado Convictorio Carolino pasó a ser el plantel básico de la educación superior, ya que sus cursos servían para los grados. El nuevo plantel le entregaba una clientela regular a la Universidad de San Felipe.

A través de la Universidad de San Felipe se abrió una enseñanza superior, pero sin una base necesaria proveniente de estudios medios, de humanidades, impartidos en forma regular, independientes de la universidad, pero en conexión con ella. Por eso en sus primeros años de funcionamiento no hubo un provecho real para la cultura del país. Por otro lado, el carácter sacerdotal de muchos de sus catedráticos los hizo preferir sus deberes religiosos a sus obligaciones docentes, debilitándose sus enseñanzas. Siempre estuvo escasa de fondos y los catedráticos no eran pagados con puntualidad, por lo cual las aulas se veían con frecuencia desiertas y muy tardíamente llegaban a graduarse algunos doctores con estudios realizados con intermitencias y descuidos asombrosos. Para sobrevivir materialmente, la Universidad recurrió a

[166] Luis Galdames: "La Universidad de Chile 1843 - 1934". 1934. Págs. 8-9.
La Teología era la disciplina preeminentemente y a ella se subordinaban todos los estudios. La Summa de Santo Tomás regía las aulas. Profesores y alumnos debían prestar juramento de obedecer siempre al soberano, que reconocían el origen divino de su autoridad y que, creían en la Inmaculada Concepción de María Santísima. La Universidad cifraba su honra en ser el baluarte de la fe y el santuario del divino monarca.

menudo a la venta de grados y títulos bautizados con el nombre de "indulto", con una cotización entre 150 y 500 pesos por cada grado. Alejandro Fuenzalida Grandón suministra el detalle completo de una feria de grados muy lucrativa en 1786. En esa oportunidad se vendieron veinticinco títulos que produjeron cinco mil ochocientos treinta pesos.

La Universidad de San Felipe atravesó por períodos de profunda decadencia y, entonces, los cursos simplemente no funcionaron. La facultad de Medicina a pesar de contar con catedrático tardó muchos años en tener alumnos, y en número muy reducido; la cátedra de Matemáticas se proveyó en 1758 y funcionó por corto tiempo; la cátedra de lengua araucana desapareció pronto, porque los indios que permanecían entre españoles hablaban castellano y con la expulsión de los jesuitas en las misiones entre los araucanos sólo quedaron misioneros franciscanos quienes aprendían el araucano en sus conventos del sur. En diversas comunicaciones se clamaba por la no existencia de libros de Jurisprudencia, de Retórica, de Matemáticas, de Medicina ni de Lengua, por lo cual los profesores debían "leer", lo que significaba dictar, y el método de dictar era reprobado y, sin embargo, la Universidad real lo usaba. El Presidente del reino, Agustín de Jáuregui, en 1773, encontró en lamentable decadencia los estudios de la universidad y del Convictorio, "aquélla por falta de oyentes y cursantes y éste por no asistir en él colegial alguno, a causa de estar arruinada y haber experimentado los padres, que, en lugar de adelantar, se atrasaban sus hijos, aun en la instrucción política que levantaban en sus casas".

En 1786, el obispo de Santiago, don Manuel Alday, informaba que, por no haber libros para Artes, Teología, Cánones, Leyes (salvo Instituía), Medicina, y como los profesores no podían emplear todas sus clases en el dictado, los alumnos provenientes del Seminario[167] o del Convictorio Carolino o de las Ordenes, seguían los cursos en sus respectivas instituciones y los manteístas —quienes no estaban en ningún colegio—, lo hacían en forma particular.

Según el abogado Mario Baeza Marambio, en su memoria de prueba de la Escuela de Derecho: "Esquema y notas para una historia de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile", en la Universidad de San Felipe no se enseñó ni el Derecho Público, ni el Natural, ni el de Gentes, ni el Patrio, en cátedras independientes dentro de la Facultad. No alcanzaron hasta Chile las disposiciones dictadas por Carlos III estableciendo esos ramos en España y en algunos países de América. Tampoco se enseñaron en los cursos de Derecho del Convictorio Carolino, en 1778. Y, de acuerdo con las investigaciones de Enrique Laval, en su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia, sobre "Vida y obra de Pedro Manuel Chaparro, médico chileno del siglo XVIII", la enseñanza médica verbalista de la Universidad de San Felipe se realizaba en una sola cátedra, la de Prima de Medicina, en la cual durante hora y media todos los días se leía y se consultaba a Hipócrates. Se distinguían los médicos y cirujanos latinos, de toga yarga, que podían disertar en latín; y los romanistas, ignorantes del latín, y se expresaban en romance, o castellano, y quienes se habían formado durante tres o cuatro años al lado de los médicos latinos.

En la Universidad de San Felipe la enseñanza de la Filosofía poseía un sitio destacado y en sus clases intervinieron seglares y eclesiásticos. Los agustinos, mercedarios y dominicos desempeñaron sus cátedras. Por otra parte, debían enseñarse las diversas escuelas escolásticas y se crearon las cátedras respectivas. En 1759 las de Suárez y del "subtil Scoto". Esta última se les encargó a los franciscanos; y la de Suárez a los

[167] En 1784, la Universidad admitió exámenes válidos para los grados que los alumnos del Seminario tuvieran no sólo las clases, sino los exámenes válidos para los grados de la Universidad, en el mismo seminario.

jesuitas, quienes se negaron a desempeñarla y, a raíz de su expulsión, se la reemplazó por la de Santo Tomás, e incluso llegaron comunicaciones prohibiendo la enseñanza de la doctrina de los jesuitas. El sacerdote Walter Hanish describe el contenido y las vicisitudes de tales comunicaciones y órdenes; polemiza y absuelve a los jesuitas de las acusaciones hechas en su contra, y en general, entrega amplios detalles sobre la enseñanza de la filosofía de la Universidad de San Felipe. Y como ejemplo de su enseñanza filosófica analiza las colecciones de tesis que sirvieron para exámenes o grados de la corporación, en las cuales se asocian ecléctica mente a Suárez, Descartes, Copérnico, Malebranche, Torricelli..." sin duda reflejo de las doctrinas de sus maestros y de las influencias filosóficas que se hacían sentir en las aulas del Alma Mater chilena".[168]

Para ayudar y extender la enseñanza no había libros de aprendizaje ni de consulta, tampoco de literatura general; sólo se encontraban libros místicos, piadosos, ascéticos, vidas de santos, mamotretos de disputas de los santos padres, librotes latinos sobre distingos teológicos y algunos escritores de la antigüedad clásica. De ese tipo de libros, en su mayor parte indigestos, se componía la biblioteca universitaria que, en 1810, llegaba a la cifra de 5.000 volúmenes y en ese año ninguno de ellos tenía menos de medio siglo de edad. Le faltaban las grandes obras de la producción intelectual de la segunda mitad del siglo XVIII, de ciencias, filosofía moderna y literatura y eran raras las obras de Historia y Geografía.

Según el historiador Alejandro Fuenzalida Grandón, desde su funcionamiento hasta 1810, la Universidad de San Felipe graduó 166 doctores en Teología, 128 en Leyes, cinco en Medicina y ninguno en Matemáticas. De esos doscientos noventa y nueve doctores, doscientos cuarenta y cuatro fueron seglares y cincuenta y cinco eclesiásticos.[169] Pero su actividad docente no puede medirse por los grados conferidos, pues muchos de esos títulos no se obtuvieron por estudios reales, y fueron vendidos. El mismo autor al detallar la cultura jurídica y forense entrega una lista de trescientos treinta abogados importantes de Chile, desde 1541 hasta finalizar la Colonia; en cuanto a la cultura médica, da una lista de ochenta y ocho facultativos y curanderos (médicos de la época) ; suministra datos sobre la cultura científica (ingenieros, naturalistas, geógrafos), industrial y minera (mineralogistas, metalúrgicos), y enumera los exploradores y hombres de ciencia que recorrieron Chile durante la Colonia, reuniendo setenta y tres nombres.

La Universidad de San Felipe atrajo estudiantes de otras regiones. En sus archivos se da cuenta de ciento treinta y seis alumnos argentinos, cinco uruguayos, siete paraguayos, doce del Perú, tres de Bolivia y algunos de Quito. Don José Toribio Medina al describir el número de los graduados de la real Universidad de San Felipe, desde el 22 de enero de 1748, cuando se graduaron el rector Tomás de Azúa Iturgoyen, de licenciado y doctor de Cánones y Leyes, y varios otros, hasta el 12 de octubre de 1815, fecha de graduación de don Pedro Fermín Marín, de licenciado y doctor en Cánones y Leyes, anota un total de trescientos trece graduados, y, en seguida, agrega: "se verá por el índice que hemos formado de cuantos cursaron en la Universidad de San Felipe desde su fundación hasta su desaparecimiento, que su número alcanza a un mil setecientos ochenta y ocho. Precisando todavía más, diremos que en cuanto a las profesiones que esos estudiantes siguieron, ese número se descompone así: filósofos, 620; teólogos, 569; legistas, 526; médicos, 38, y matemáticos, 40". Quienes se matriculaban en Teología a menudo se incorporaban a leyes, o sea, no todos los alumnos de teología estaban destinados a seguir la carrera eclesiástica. El tiempo normal del

[168] Hanish Espíndola Walter, S. J.: "En tomo a la Filosofía de Chile, 1594-1810", 1963.
[169] Historia del desarrollo intelectual en Chile, 1541-1810 (Enseñanza pública y cultura intelectual") 1903.

programa universitario era de tres años para filosofía y cuatro años para leyes. (Medina entrega un completo registro alfabético de estudiantes en la Universidad de San Felipe y otro registro alfabético de estudiantes forasteros).

A pesar de todas sus fallas y de sus tropiezos, la Universidad de San Felipe jugó un importante papel en la sociabilidad chilena, en el desarrollo de la cultura del país y de las regiones vecinas. En sus aulas se formaron muchos de sus dirigentes de la revolución de la independencia de Chile y comarcas limítrofes.[170]

La expulsión de los jesuitas determinó el cierre de sus establecimientos de enseñanza repartidos a lo largo del país, y pasaron largos años antes de que las autoridades civiles pudieran instalar nuevos colegios, a pesar de los esfuerzos de los cabildos. Si en cierto modo obligó la intervención del Estado en la educación, porque hasta ese entonces el Gobierno estaba acostumbrado a descansar de sus responsabilidades docentes en las órdenes religiosas y, sobre todo, en la Compañía de Jesús, no es menos cierto que se produjo por largos años una desorganización educacional en Chile. A mediados del siglo XVIII la Compañía de Jesús había monopolizado la enseñanza con sus escuelas en Copiapó, La Serena, San Felipe, los Andes, Valparaíso, Quillota, Talca, Chillán, Concepción. En Santiago, poseía, además de su prestigioso colegio Convictorio de San Francisco Javier, un Noviciado de gran calidad, del cual surgió la pléyade de escritores jesuitas: Juan Ignacio Molina, Miguel de Olivares, Felipe Gómez de Vidaurre, Manuel de Lacunza e Ignacio Godoy, precursor de la independencia (y en su colegio de Santiago, en el siglo XVII, se formó Alonso de Ovalle). En Concepción establecieron el Convictorio de San José y escuelas primarias, en una de las cuales se educó, en el siglo XVII, Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán. También instalaron misiones en la Araucanía, en las cuales enseñaban a los indios doctrinas de la religión católica y a leer y escribir y contar.

Los jesuitas tuvieron en su poder a lo largo de siglo y medio la educación y la formación de la élite dirigente del reino y, a su vez, poseyeron un inmenso imperio económico (a mediados del siglo xviii reunieron más de cincuenta haciendas y, entre ellas, las más fértiles, extensas y productivas del reino, con importantes industrias anexas). Su expulsión provocó un largo trastorno, pero también liberó a la sociedad colonial de un pesado y absorbente monopolio económico y cultural. El historiador Francisco A. Encina emite un juicio bastante certero sobre la contradictoria actividad jesuita. Dice: “La educación jesuita es, sin disputa, la más eficaz que América haya conocido. Pero esta eficacia se ejerció... en el sentido de desarrollar la dignidad, la corrección en los modales y el conocimiento del mundo; el respeto al soberano, el orden social y a las prácticas religiosas; la decencia de las costumbres; la cultura intelectual; y la más absoluta abstracción del aspecto económico de la vida, tan desenvuelto en la otra cara del palimpsesto sicológico de la orden. Su labor de hábiles empresarios agrícolas, industriales y comerciales se orientó en el sentido de acaparar todos los negocios más lucrativos, desplazando paulatinamente del dominio de la tierra y del ejercicio de la industria y del comercio al elemento civil. Mientras ella aplicaba sus ganancias al desarrollo de sus negocios y al desplazamiento del civil, este último abrumado por las necesidades del consumo que creó al contacto estrecho con sociedades más avanzadas, se descapitalizaba consumiendo en vestidos, muebles y joyas, la escasa producción de sus tierras... De la labor económica de los jesuitas no surgieron

[170] La Universidad de San Felipe se extinguió por un Decreto de José Joaquín Prieto y Mariano Egaña, del 17 de abril de 1839, pero siguió otorgando títulos de bachilleres y doctores, hasta el 26 de julio de 1843. (El 15 de diciembre de 1836, dio y confirió grado de bachiller en la Facultad de Sagrados Cánones y Leyes al señor Andrés Bello, en virtud de haber acreditado sus estudios y aptitudes y exámenes en dichas facultades, ante el señor Rector, saliendo aprobado en todos ellos *nemine discrepante*.)

en Chile industriales o comerciantes de fuste, ni siquiera obreros excepcionales. Su enorme superioridad, en vez de irradiar, tenía un silenciador y un dispositivo que hacía converger hacia ella misma sus aptitudes, sin comunicarlas a extraños... Nadie pudo substituirlos. Los únicos que, en ese entonces, tenían poder cerebral y moralidad, el corto número de jóvenes escogidos de las altas clases sociales, habían sido desviados, por los propios jesuitas de la actividad productora, hacia la abogacía, los empleos públicos, la milicia, el sacerdocio...".[171]

En general, la enseñanza colonial era clasista; se preocupaba de atender los sectores acomodados, pudientes, y dentro de ella, la enseñanza de los jesuitas se dirigió a formar los niños de la clase alta, a hacerles tomar conciencia de clase, de su superioridad y de su ineludible rol dirigente y dominante. No guardaba la menor relación con la economía del reino, porque ésta era primitiva, con una agricultura extensiva y autosuficiente, una minería rudimentaria y un comercio incipiente, actividades que descansaban en el trabajo servil de multitudes de peones, inquilinos y artesanos rústicos. Por ello podían dar importancia al latín, a la vida y panegíricos de santos, a los milagros, a la teología y a la moral.

En la segunda mitad del siglo XVIII se afirmó la instrucción pública sostenida por el Estado con dos planteles autorizados por el gobierno: la Universidad de San Felipe y el Convictorio Carolino, aunque en la una como en el otro se aprendía lo mismo que se enseñaba en los conventos y seminarios, es decir, latín, teología escolástica, con todas sus "sutilezas y puerilidades", y filosofía y derecho.

El 3 de abril de 1778 se inauguró el Convictorio Carolino (había sido creado por Real Cédula del 4 de septiembre de 1769), así denominado en honor de Carlos III. Según documentos reproducidos por Alejandro Fuenzalida Grandón, las constituciones del Colegio Carolino revelan una tendencia eminentemente conventual, con un sello de plantel eclesiástico, casi tanto como el Seminario, donde se educaban quienes iban a ingresar a las funciones de la iglesia. La diferencia residía en la presencia de profesores seglares, como Miguel José de Lastarria y Juan Martínez de Rozas. Su alumnado pertenecía a la nobleza criolla (tal como antes ocurrió con el Convictorio de San Francisco Javier que educaba a lo más distinguido de la juventud colonial y, según José Manuel Frontaura, llegó a contar con más de cuatrocientos alumnos al cumplir un siglo de vida).

El Convictorio Carolino seguía de cerca el plan educacional de los jesuitas, impartiendo una enseñanza clásica y escolástica, dando valor decisivo al latín, a la teología, filosofía y jurisprudencia. En cambio, no había en el país una sola clase de idioma patrio, de francés y de inglés.

El historiador Mario Góngora manifiesta que el Convictorio Carolino pasó a ser de hecho el plantel básico de la enseñanza superior, por cuanto sus cursos servían para los grados. La biblioteca del Colegio Máximo de San Miguel, la principal de la época, debidamente expurgada, fue llevada al Convictorio y este mantuvo siempre un estilo religioso de vida. Poseía cursos de Artes, Teología y Leyes; y de Latinidad y Retórica. El pique de puntos para la oposición a cátedras se hacía en Pedro Lombardo (Teología); Aristóteles (Filosofía); Instituta y Decretales (ambos Derecho), Cornelio Nepote, Cicerón y la Eneida (traducción del latín) y fray Luis de Granada (traducción del español al latín). Las clases tenían la forma de dictado por la carencia de textos y, en esta época, en diversos documentos se deja constancia de la falta de libros para la

[171] Historia de Chile. Tomo v. 1946, pp. 270-271.

enseñanza.[172] La situación afectaba al Convictorio Carolino y a la Universidad de San Felipe. El historiador citado hace referencia a la correspondencia cambiada entre el rector don Francisco Xavier Errázuriz y el catedrático de Instituta, don Miguel Eyzaguirre, y en ella ambos coinciden en que la causa de la decadencia de los estudios era la falta de cursos continuos en la universidad. Una frase de Errázuriz define el estado del plantel superior de enseñanza: “vulgarmente la universidad es pantomima".

El investigador Walter Hanish reafirma las estrechas vinculaciones del Convictorio Carolino con la Universidad de San Felipe; las constituciones del primero eran muy parecidas a las del Convictorio de los jesuitas. Se conservan apuntes de clases de algunos profesores del colegio y, entre ellos, menciona los de Manuel Antonio Talavera (nació en Villarrica del Paraguay, en 1761; hizo sus estudios en Córdoba, y llegó a Chile en 1789); y de José Francisco Echaurren (Santiago, 1773-1819), con el título de “Filosofía Ecléctica...”, tratado de lógica, física y ética, de tendencia escolástica, en la línea de las doctrinas de Scoto.[173]

Otro colegio superior era el Seminario de la Catedral, fundado por fray Diego de Medellín, obispo de Santiago, en 1584; e independizado de la catedral por el obispo fray Juan Pérez de Espinoza. (La Universidad de San Felipe concedió a sus alumnos que dieran sus exámenes en el mismo colegio y que fueran válidos para los grados de bachiller, licenciado y doctor en Teología).

En cuanto a la enseñanza secundaria, en 1794, se registraba la siguiente matrícula: Colegio Carolino, catorce; Convento de la Mercedes, cuarenta y cinco; Seminario Conciliar, cinco; Convento San Francisco, diecinueve; Convento de Santo Domingo, once; y Convento de San Agustín, catorce. Un total de ciento ocho alumnos.

El erudito don José Toribio Medina en su obra La instrucción pública en Chile reproduce algunas opiniones de interés sobre el aprovechamiento de los alumnos chilenos y sobre el carácter de la enseñanza dada. El padre Miguel de Olivares, a mediados del siglo XVIII, escribía en su Historia Civil: “no se aplican a todas las ciencias los chilenos por falta de maestros, pero en aquellas cuya enseñanza acá se ha entablado con escuelas públicas es tan feliz y notorio el aprovechamiento de estos ingenios que lo han proclamado en sus escritos tres autores de primera nota” ... Según el padre Felipe Gómez de Vidaurre, en su Historia Geográfica, Natural y Civil de Chile, los chilenos harían mayores progresos en las ciencias, si en las que se aplican se tuviese mejor método, o sea, si después de perfeccionados en la latinidad, con alguna retórica, geografía y geometría se les pasase a la filosofía no ya abstracta y metafísica, con un latín bárbaro, como hasta aquí, sino puro y correcto, lucirían mucho más sus talentos y el reino percibiría de sus estudios mucho mayor utilidad”. Agrega “acabada con gloria la filosofía, los pasan inmediatamente a la teología, que es puramente escolástica, sin nada de historia y con tan poco del dogma, que éste sólo en uno y otro punto se toca superficialmente... ¡Cuánto más se fundaran ellos en la filosofía y cuánto más útil sería su estudio si en lugar de una teología puramente escolástica, llena de cuestiones hipotéticas, de sofismas inútiles, se versase sobre los concilios, sobre el dogma, sobre la escritura y sobre la historia eclesiástica”.

La Teología y las Leyes son de mucho aprecio en Chile, y mientras no hubo universidad real los jóvenes pasaban de Chile a Lima a estudiarlas. Señala la dedicación de muchos chilenos a la literatura, poesía tanto

[172] Mario Góngora del Campo. Notas para la historia de la educación universitaria colonial de Chile.
[173] Hanish Espíndola Walter, S. J. En torno a la Filosofía de Chile, (1594-1810)

latino como española, retórica, lenguas de Europa, geografía, historia antigua y moderna, eclesiástica y civil, y escribe: "No faltan tampoco quienes se dan al estudio de la naturaleza, como a muchas partes de la física experimental. Se encuentran en Chile quienes poseen el sistema newtoniano (Newton) y otros el de Cartesio (Descartes) y no pocos discurren fundadamente sobre lo que en uno y otro sistema deben corregir... en fin, un sabio y erudito europeo encontrará muchos en aquel rincón del mundo con quien conversar sabiamente y quien le de luces en muchos puntos de la Historia natural ignorados aun de la Europa; le haga ver los errores de los escritores sobre los diversos puntos de la historia de América, de la Geografía de esta parte y, en fin, de los hombres que con sano juicio e imparcialidad le sepan hacer una justa y prudente crítica de los autores".[174]

II

En los siglos XVII y XVIII, en Hispanoamérica, predominó abrumadoramente la filosofía escolástica, como una mera repetición de la europea, sin el menor rasgo original. En las universidades americanas se explicaba sólo el sistema escolástico fundado en el razonamiento deductivo, a partir siempre de afirmaciones generales, prestigiadas como intachables y verdaderas por haber sido formuladas por autoridades indiscutibles (magister dixit), como Santo Tomás sobre las Sagradas Escrituras, los Santos Concilios, las Encíclicas, de las cuales se extraían otras afirmaciones particulares, por un procedimiento lógico, igualmente indiscutible y verdadero, de acuerdo con el principio "si es verdadero el todo, también lo será la parte". El método indicado se prestaba para el dogmatismo más esterilizante, porque las afirmaciones generales no se elaboraban científicamente, fundadas en hechos comprobables, con lo cual se viciaba el método inductivo, legítimo instrumento lógico y creador cuando se aplica en forma correcta, con rigor y verdad. De esta suerte, el escolasticismo era perjudicial al desarrollo de una mentalidad

[174] En la Colonia sólo los sacerdotes ejercían las funciones docentes; el elemento laico por excepción desempeñó alguna función educacional. Por la razón indicada el clero ha merecido una investigación detenida en su organización, estudios, actividad y comportamiento. A menudo, su calidad intelectual y moral fueron deficientes; y frecuentes los períodos de gran relajamiento en sus costumbres.
Alejandro Fuenzalida Grandón en su Historia del desarrollo Intelectual de Chile realiza una prolija exposición de muchos casos y documentos reveladores del escaso nivel intelectual y de la conducta escandalosa de numerosos miembros del clero, por lo cual su obra ha sido acusada de ser "una diatriba histórica". Los historiadores Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna y el propio don Crescente Errázuriz, abordaron hechos escabrosos de los clérigos de la Colonia. Don Francisco A. Encina, en el tomo II de su Historia de Chile, en el capítulo XXXII, sobre la Iglesia y la Inquisición, analiza la fisonomía espiritual y moral del clero y expone los procedimientos sombríos del tribunal de la Inquisición, con afirmaciones similares a la de los historiadores citados.
Por otra parte, fueron resonantes y violentas las rivalidades y disputas de las órdenes religiosas, por ejemplo, entre los dominicos y jesuitas a propósito de la creación de las universidades pontificias.
Alejandro Fuenzalida Grandón entrega nóminas de curas y doctrineros y de obispos de la Colonia. De los cuarenta y dos obispos que gobernaron la diócesis de Chile, en el período colonial, fueron europeos veintiuno y americanos veintiuno, de ellos siete chilenos.
Junto a la observación expuesta sobre algunos períodos lamentables en la actividad y conducta del clero colonial, es preciso destacar también su importante labor intelectual y misionera, en general de bastante eficacia, y la cantidad considerable de grandes figuras de sacerdotes por su inteligencia, cultura o espíritu cristiano. Y dos de ellos, Juan Ignacio Molina y Miguel de Lacunza, dieron brillo y fama a Chile dentro del mundo católico, con sus notables obras de ciencias y de teología.

filosófica y científica; se oponía a los descubrimientos y avances de las ciencias, en pleno florecimiento desde el siglo XVI.

Hasta mediados del siglo XVIII, las universidades americanas se debatieron bajo el imperio del dogmatismo, el principio de autoridad, el teocratismo y la esclavitud mental, por la orientación cerradamente escolástica, el funcionamiento institucional represivo y la censura de las autoridades y la Iglesia.

En Europa, en el siglo XVIII, culminó el movimiento de la Ilustración. Había recogido del Renacimiento el sentido de la investigación y del libre examen, la creencia en el poder de la razón en todos los órdenes de la vida, en arte y religión, en política y en ciencia. Las nuevas luces filosóficas sobre el mundo, la sociedad y el hombre, se formulan como influencia de los grandes descubrimientos científicos, de las transformaciones económicas y sociales, de las inquietudes de la "opinión civil", y abren campo al pensamiento crítico e independiente, al libre examen, a la duda filosófica (Descartes introdujo la duda metódica en el espíritu humano; la Ilustración y la Enciclopedia la acentuaron y la aplicaron a todos los aspectos de la vida y de la cultura, y la duda ha sido "fecunda para el progreso del hombre y de la sociedad, cuando se sustenta en la ciencia y no se transforma en dogma") , y, por ende, facilitan a su vez, el constante desenvolvimiento de la ciencia y de una filosofía auténtica. La Ilustración sustenta como valores supremos el ejercicio de la razón y el uso de la libertad, repudiando el dogmatismo y las afirmaciones de la revelación divina. Sus ideales son naturaleza, hombre y derechos del hombre, y razón y ciencia; en ellos funda su fe y su voluntad de progreso; repudia a los viejos poderes dominantes e impulsa la acción para cambiar las bases de la sociedad tradicional y crear las condiciones de un nuevo destino.

La posición filosófica de la Ilustración, basada en la razón y en la experiencia, era la antítesis de la Escolástica, apoyada en la negación del libre examen y en el dogmatismo. En lo religioso, el iluminismo dieciochesco, opone la religión natural a la revelada, y la razón a la fe. Y la, mayor parte de sus representantes son partidarios de la tolerancia.

Aparte de sus rasgos generales la Ilustración presenta perfiles peculiares según los países. Así, en Inglaterra, se concentra en el deísmo y el liberalismo; en Francia, por los caminos de la ciencia o de la filosofía, llega hasta el ateísmo y el materialismo, como en Diderot y D'Holbach. En Alemania es de gran complejidad.

En síntesis, el edificio ideológico del iluminismo dieciochesco "se levantó sobre los cimientos de la razón, guía siempre visible en el liberalismo conservador de Montesquieu; en la tolerancia religiosa y el reformismo social de Voltaire; en las concepciones radicales y el ateísmo de Diderot; en el comunismo utópico de Mably; en el contrato social y el democratísmo de Rousseau". Para los escritores, y también para muchos estadistas de aquella época, la vida humana es sagrada; combaten los castigos corporales y la pena de muerte; denuncian como abusos vituperables la violación de la libertad personal sin previo juicio; propagan como aspiración señera del hombre, la idea de la felicidad.

La Ilustración, y su concepción liberal del mundo y de la sociedad, marcaron una nueva época en la historia; la época de la cual surgen los "derechos del hombre". Desde aquel siglo XVIII el "fantasma del liberalismo" se apoderó del mundo y desató dos grandes revoluciones: la emancipación norteamericana y la revolución francesa.

Como consecuencia de esos dos acontecimientos se incorporaron a los anhelos de las multitudes y a los nuevos códigos, los principios de libertad civil, de igualdad social, de fraternidad y solidaridad humanas, y de resistencia a la opresión. El pueblo entró en escena y empuja el destino de las naciones.

La literatura del siglo XVIII, a pesar de todas las trabas, fue conocida en Hispanoamérica. Entró de contrabando y circuló en el seno de la minoría culta; pero también ingresó en las universidades y se formó una "ilustración católica". Se produjo una cierta renovación por la influencia de los grandes sistemas filosóficos y científicos post renacentistas y por el conocimiento de las teorías y doctrinas de la Ilustración. Así lo acreditan las conclusiones de los graduados en Artes y evidencian que, en América, a fines de la Colonia, los núcleos universitarios estaban al tanto de la situación filosófica y científica de Europa. No puede considerarse, entonces, como un bloque inmutable el pensamiento de la Colonia. Evolucionó y, en los últimos decenios del siglo XVIII, se advierten cambios provocados a instancias de las corrientes renacentistas y la duda filosófica cartesiana, y del avance científico desde Copérnico a Newton, tanto en la enseñanza como en la cultura. Su impronta se encuentra en las obras de muchos de los clérigos y de algunos escritores del siglo XVIII y comienzos del XIX, y en muchos aspectos de la enseñanza dada en las universidades. De la misma España llegaron los vientos reformistas, en las medidas de Carlos m y los ministros Conde Aranda, Floridablanca, Campomanes, Cabarrús..., en las actitudes de los funcionarios innovadores, y, en general, en el liberalismo intelectual y político propio de la burguesía peninsular. O sea, en la época de la formación de los próceres del movimiento emancipador ya no se vivía en una rígida disciplina escolástica, aristotélica y tomista, como si fuera un medievo americano.

En el seno de la misma Iglesia Católica penetraron las nuevas ideas a través de la influencia de la Iglesia Católica francesa y su galicanismo, más evolucionada ideológicamente, hasta constituirse una "ilustración católica".

De acuerdo con los estudios de Mario Góngora, en el siglo XVII español existió una fuerte corriente de nacionalismo eclesiástico, opuesta a la centralización absolutista papal. Ella provenía de la defensa de una larga serie de juristas españoles, laicos y eclesiásticos, de las regalías eclesiásticas dentro de las perspectivas teóricas independientes del ejemplo francés. Y, al mismo tiempo, de la circulación de las obras de las grandes personalidades intelectuales de la iglesia francesa, favorables a la concepción galicana (los rasgos principales del galicanismo, según el tratadista Víctor Martin, son: colaboración del Rey y de la jerarquía eclesiástica para limitar, en Francia, la intervención papal en lo eclesiástico y lo temporal, en nombre de tradiciones locales propias de la antigua libertad de la Iglesia, anterior al movimiento de centralización papal iniciado desde el siglo IX, pero manteniéndose en comunión y obediencia a la Iglesia Romana. Desde el punto de vista de la teoría política, la idea fundamental era que el Rey de Francia no recibía su poder sino de Dios, que carecía de superior en lo temporal y, en fin, gracias a una evolución posterior que empieza con Enrique IV, que ese poder venía directamente de Dios, sin ningún intermedio del pueblo, y no estaba sujeto a condiciones o pactos que justificaran un eventual derecho de resistencia). Según Mario Góngora, en los siglos XVII y XVIII la irradiación intelectual francesa opera la propagación de ideas francesas y, entre ellas, la del galicanismo, dando nuevos matices a corrientes similares en otros

países europeos. Y, por ello, en España. Es lícito, entonces hablar de una penetración de tendencias galicanas en España, (aunque Martin insiste en el carácter puramente francés de la tendencia galicana).[175]

En las reformas universitarias españolas de alrededor de 1770 se advierten la influencia de un largo trabajo intelectual de diversos grandes críticos españoles (Feijoo entre ellos), y los influjos directos de autores franceses, como Mabillon, Fleury y Rollin. (Las obras de Mabillon y de los maurinos marcan su impronta en la obra de Feijóo. Asimismo, el libro de Mabillon. Tratado de los estudios monásticos tendrá mucha importancia en la época de las reformas de Campomanes). Una influencia galicana más definidamente polémica ejercerá el abate Claude Fleury, sobre todo con sus obras: *Histoire de l´Eglise* y *Discours sur l´histoire ecclesiastique*, aparte de su Tratado de la elección y método de los estudios. Manifiesta el autor citado: "La labor de crítica histórica y de rigorismo moral de los eclesiásticos eruditos de su propia época en Francia, significa una continuación de la reforma tridentina, y, más allá todavía, abre la posibilidad de una vuelta a la disciplina y moral de la Iglesia primitiva. Frente al barroquismo en el culto de los santos, Fleury plantea el criterio de la pureza de las costumbres, marcando un ideal de santidad ilustrada. En Filosofía, opone al escolasticismo el ideal de formación cartesiana. En conjunto, pues, las ideas de Fleury venían a ofrecer al intelectualismo pragmático y moralista peculiar del siglo XVIII un apoyo histórico-eclesiástico; a la vez, significaban una justificación de las tendencias episcopalistas y regalistas presentes a lo largo de todo ese siglo y comienzos del siguiente".

En cuanto a Rollin, célebre rector de la Universidad de París, heredero de la tradición pedagógica de Port Royal, la trasmitió a España gracias a la traducción de su obra Modo de enseñar y estudiar las Bellas Artes, y Rollin "expone los postulados de aquella escuela: acento en la lengua vernácula, enseñanza de lenguas vivas, de geometría y de historia, concibiendo la finalidad de este último aprendizaje en una dirección moralizante muy escolar".

Asimismo, Bossuet alcanzó un auge apreciable en los siglos XVIII y XIX, en España, y América Española, como una autoridad comparable a la de un doctor de la iglesia. Su Discurso sobre la Historia Universal fue adoptado como texto escolar en los colegios, para la enseñanza de la historia.

Los autores galicanos franceses actuaron directamente a través de sus obras y a través de sus admiradores españoles y portugueses. Fray Benito Jerónimo Feijóo divulgó la literatura eclesiástica crítica francesa, especialmente a los maurinos. A la luz de ella denunció las taras de la enseñanza de entonces: abuso del método silogístico y substitución del razonamiento por el sofisma, y de las cosas por las palabras; rechazo a aceptar las lecciones que la naturaleza ofrece al hombre a través de la experiencia, la cual nada podía contra la autoridad de Aristóteles; oposición a la filosofía moderna de Descartes, Gassendi, Locke y Newton por la adhesión a las opiniones de Santo Tomás, Suárez o Duns Scoto, según fuesen dominicos, jesuitas o franciscanos. La influencia de Feijoo, según lo establece Mario Góngora, se reflejó claramente en la enseñanza de su tiempo: "Las reformas universitarias de la época de Campomanes, además de introducir la filosofía y la ciencia moderna, de valorar la lengua nacional, de marcar la importancia de la enseñanza bíblica y de la Teología positiva, de introducir el Derecho Natural procedente de Grocio y Pufendorf, abren la enseñanza del Derecho Canónico al galicanismo. Los planes de Salamanca, Alcalá, Valladolid, Granada,

[175] Mario Góngora: Estudios sobre el galicanismo y la Ilustración Católica en América Española. (Revista Chilena de Historia y Geografía, 125, año 1957, pp. 96-151)

Valencia, los Estudios Reales de San Isidro de Madrid, los seminarios y estudios conventuales aceptan plenamente la doctrina oficial de la Iglesia de Francia".

Es del más alto interés conocer el pensamiento de Campomanes, poderoso ministro de Carlos ni, por la influencia positiva de su actividad reformista en los campos de la economía y de la enseñanza, en el siglo XVIII. El historiador Richard Krebs le ha consagrado un completo estudio.[176] Campomanes se demostraba orgulloso de ser un hijo del siglo de las luces; sintió profunda admiración por Francia e Inglaterra, y vio en sus creaciones intelectuales y económicas los modelos que España debía imitar para vencer su atraso: "Aquellos países eran centro y fuente de la Ilustración y sólo aprendiendo de ellos, España podía abrigar esperanzas de hacer suyos el nuevo pensamiento filosófico, las ciencias modernas y las artes y técnicas más recientes. España debía abandonar sus errores y formas anacrónicas que la condenaban al aislamiento y debía enlazarse con Europa y europeizarse". Campomanes se nutrió en la historia nacional, aunque condenó la política imperial de los Austrias; en el galicanismo francés del siglo XVII, y rechazó violentamente las tendencias ultramontanas; y en el espíritu ilustrado del siglo XVIII: "en esta forma, la imagen que Campomanes tuvo de España y de su historia refleja los tres elementos culturales que informaron fundamentalmente su pensamiento: la tradición cultural española, la cultura eclesiástica francesa del siglo XVII y la Ilustración racionalista y secularizada del siglo XVIII".

En su pensamiento, la crítica y la secularización se detuvieron ante el fenómeno religioso; el dogma quedó excluido de la crítica; separó rigurosamente la fe dogmática y la razón crítica; la ciencia debía limitarse a los fenómenos naturales. Empleó la historia crítica como un instrumento en su lucha contra los errores del pasado, en particular contra el escolasticismo. (Campomanes concibió la historia como una ciencia que contribuía con sus métodos especiales al gran fin del conocimiento de la verdad; y más allá de sus objetivos científicos inmediatos le concedía una importante finalidad pragmática, un valor de utilidad, es decir, la historia era "maestra de la vida, como lo proclamara Cicerón; poseía importancia educativa). Campomanes no libró su lucha por la reforma de España en nombre de una razón abstracta; justificó sus proyectos y obras mediante el pasado nacional.

En su pensamiento político se destaca como tendencia determinante la defensa de la completa independencia del Estado, y a éste lo concibe "como una institución esencialmente terrena que debía aumentar su poder y su riqueza y promover la felicidad natural de sus súbditos". Además, compartía la opinión de ser indispensable la difusión de la enseñanza, y la unía al desarrollo de la industria. Para él, la regeneración de España era tanto un problema económico y técnico, como un asunto sicológico y espiritual, pues era preciso infundir una nueva mentalidad a la nación, despertar el espíritu de trabajo y hacer comprender que éste era honroso y digno en todas sus formas. A su juicio, se tornaba urgente abandonar las antiguas ciencias escolásticas y las prácticas artesanales empíricas, abandonar los métodos tradicionales y basar el desenvolvimiento industrial en los nuevos conocimientos científicos y las nuevas técnicas; y por ello, introducir las ciencias basadas en la razón crítica y en la experiencia y las técnicas derivadas de las teorías científicas, pues "de esta manera, las ciencias dejarían de ser nuevamente especulativas y abstractas y, contribuyendo al conocimiento efectivo de la realidad, serían útiles y benéficas, a la vez que las artes se renovarían y perfeccionarían continuamente". España podría realizar

[176] Ricardo Krebs Wilckens: El pensamiento histórico, político y económico del Conde de Campomanes, Santiago de Chile, 1960.

esa aspiración por medio de una Academia de Ciencias según el modelo de las de Francia e Inglaterra. Las academias que se fundaran deberían difundir los nuevos conocimientos y los correspondientes procedimientos técnicos, y las "Sociedades Económicas de amigos del País" cumplirían la gran tarea de establecer el contacto entre las academias y el público.

La enseñanza constituía el medio más importante para restaurar la industria en España. A su juicio, la educación debía empezar en la infancia y la niñez, en primer lugar, por acción de los padres, y luego, por la de los tutores y maestros. Para la elección de la profesión debía tomarse en cuenta la inclinación personal, la disposición del joven. El aprendizaje debía superarse en todas partes "al mismo rigor, regla y gradual enseñanza", y la enseñanza debía ser "general y uniforme en todo el reino", a base de lectura, escritura, conocimientos esenciales del arte u oficio respectivo, dibujo, matemáticas y maquinaria. Al dibujo le concedía decisiva importancia, porque "era el padre de los oficios prácticos".[177]

Campomanes criticó la equivocada política mercantil de España en América y formuló una nueva política colonial y, entre sus medidas, propició el comercio libre y el establecimiento de factorías en el tráfico con Indias; pero la libertad de comercio debía quedar limitada al tráfico entre España e Indias y el comercio inferior de éstas; no debía autorizarse el comercio libre y directo entre las Indias y el resto del mundo. Sus medidas reservaban para España el monopolio del comercio en sus colonias y a excluir de éstas el comercio extranjero tanto ilegal como legal.

Su combinación de monarquismo e ilustración convirtió a Campomanes en representante y servidor del despotismo ilustrado. Su prédica reformista no constituyó, sin embargo, una “revolución burguesa” como equivocadamente la han difundido o calificado algunos historiadores. En España, los “hombres ilustrados” (de la nobleza, clero y burguesía) constituyeron una minoría cuyos anhelos no encontraron una acogida amplia en la mayoría de la sociedad. En síntesis, a “los escritos de Campomanes nos presentan la ilustración y el despotismo ilustrado en España, no como una manifestación y realización revolucionaria de toda una clase social, sino como la obra de una minoría que, identificándose con la vieja monarquía y las nuevas tendencias ilustradas, vio en la combinación de estos dos elementos la posibilidad de vencer la decadencia y el estancamiento y alcanzar nuevo poder y grandeza para la monarquía y bienestar y felicidad para sus súbditos”.[178] El ministro reformador “recibió ante todo la influencia de la cultura eclesiástica francesa del siglo XVII y de las ramificaciones que ésta tuvo durante el siglo XVIII en los distintos países católicos de Europa. El método histórico-crítico, la reacción contra el escolasticismo y aristotelismo, el interés por la Iglesia primitiva, el biblismo y la canonística, el goticismo, el cultivo del derecho nacional y de la lengua vernácula, el rigorismo moralista, la reacción contra la superstición y las devociones populares, el nacionalismo regalista, la oposición radical al curialismo ultramontano y teocrático, la defensa del derecho divino de los reyes, el antimonasticismo y la crítica de la riqueza excesiva del clero: todas estas tendencias tienen su fuente principal en la cultura eclesiástica francesa y en el galicanismo, y encuentran sus analogías en el josefinismo y en el catolicismo alemán e italiano del siglo XVIII. Al lado de estos elementos arraigados en la tradición cultural religiosa se destacan en el pensamiento de

[177] En la obra de Krebs, el capítulo “Industria y enseñanza”, páginas 235-241, es un excelente resumen de las ideas educacionales prácticas de Campomanes. Su lectura permite comprender con toda claridad su influencia en el ilustre patricio Manuel de Salas, quien con frecuencia proclama una idéntica admiración por las matemáticas, el dibujo y la maquinaria y, a menudo, utilizando las mismas liases de Campomanes.
[178] Págs. 274-275

Campomanes un cierto racionalismo, más propio de la Ilustración racionalista del siglo XVIII. Estas tendencias determinaron su actitud frente a las ciencias, la técnica y el progreso económico e influyeron en sus concepciones sociales.

Frutos de ellas fueron su visión secularizada de la historia, su identificación de la felicidad con el bienestar, su convicción de que el gobierno tenía la función de promover racionalmente el engrandecimiento del Estado y contribuir a la felicidad de los súbditos, su opinión de que los órdenes sociales debían justificarse por su función socialmente útil, su entusiasmo por la economía política y las ciencias en general, su reacción contra los gremios y su defensa de la libertad del comercio. Estas tendencias revelan la influencia de ciertos autores ingleses, como Locke y Hume; sin embargo, su fuente principal fue el "enciclopedismo" francés del siglo XVIII.

Como los planes universitarios americanos son, a fines del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, una reproducción de los españoles, aquellas doctrinas penetraron también en América. Los reformadores americanos conocieron las obras ya señaladas y para ratificar su juicio, Mario Góngora analiza la situación en Lima, Quito y México. La doctrina galicana se introdujo ampliamente en la universidad indiana. En la cátedra de Cánones se enseñó la doctrina del derecho divino de los reyes, aspecto muy divulgado del galicanismo, "en el sentido de un origen directo en el poder divino del poder real y de la autoridad concreta de cada titular, sin radicado en ninguno de sus momentos en el consentimiento de la comunidad". Para complementar el estudio de las instituciones canónicas, se adoptó la posición galicana en los estudios generales a través de las cátedras de Historia Eclesiástica, de la Iglesia y sus concilios y disciplina antigua.

Mario Góngora persigue el proceso de incorporación de aquellas cátedras en los diferentes países americanos. En Chile se estimuló tal enseñanza por recomendación de los presbíteros José Ignacio Cienfuegos, y José Francisco Echaurren; y, por don Juan Egaña.

Tal es el contenido del llamado "iluminismo católico" o "ilustración católica", y "la fuente indiscutible de los pensamientos que en ella laten es la Francia del siglo XVII. La filosofía cartesiana, la crítica de los maurinos, el jansenismo, el galicanismo, son las ideas básicas, luego combinadas según los temperamentos y circunstancias nacionales. Pensamiento del siglo XVII, en reacción y mezcla con nuevos ingredientes intelectuales más radicales (Ilustración racionalista de la Francia del siglo XVIII, ideas inglesas, etc.), y con la Apologética contra ellos, tal parece ser el complejo designado, simplificadoramente, como "iluminismo católico".

El galicanismo tuvo amplia difusión en los estudios y en la vida intelectual americana, a partir de las reformas de Carlos III, generalmente vinculado al "iluminismo católico" (salvo entre los jesuitas, defensores del Papado). Pero el iluminismo católico abarcó un ámbito intelectual más variado que el galicanismo. Esta tendencia la analiza el historiador citado en sus diversas proyecciones a través de la obra del eclesiástico y hombre público, de comienzos del siglo XIX, Juan Ignacio Gorriti, natural de Jujuy. Su obra: Reflexiones sobre las causas morales de las convulsiones interiores de los nuevos estados americanos y examen de los medios eficaces para reprimirlas, publicada en Valparaíso, en 1836, mereció un comentario muy favorable de don Andrés Bello, y al desarrollarlo expuso muchas de sus propias ideas educacionales. Pero, según Mario Góngora, sus diversos críticos han insistido en su liberalismo, concretado en sus juicios hostiles a la educación colonial, en su posición favorable a la ciencia y a la vida económica moderna; y han dejado sin destacar otros aspectos relacionados con su "ilusionismo católico". Si en

general, Gorriti, carece de vuelo intelectual, posee en cambio una actitud auténtica de moderado y ponderado reformador. Lo examina prolijamente, de manera erudita, y resume su enfoque en estas líneas: "El republicanismo de Gorriti como el de los mejores hombres del período de la independencia, formados en la admiración del clasicismo, incluía una concepción de la virtud republicana. El imperio de los hechos, y la nueva mentalidad del siglo XIX, hicieron anticuada esta mentalidad a partir de 1830; pero eso no amengua la seriedad del afán teórico de aquella generación, que no vio en la Independencia un mero cambio de gobierno, sino que quiso realizar la filosofía, tal como la ofrecían lo escritores del siglo XVIII, especialmente Montesquieu, Rousseau, Filangieri, Mably, todos ellos inspirados en las repúblicas antiguas. De allí el valor formativo que atribuyen a las leyes y a la educación pública, ya que ellas podían dar una dirección ideal al individuo. La sociedad colonial, en su etapa final aparecía a los pensadores de la Independencia como una masa desprovista de virtud cívica, con una religiosidad supersticiosa, sin profunda moralidad, lacrada por los males del despotismo, la esclavitud, la ignorancia, la miseria. A estos elementos generales al pensamiento de la Ilustración Gorriti da una configuración que en parte es original, sobre todo cuando emana de su experiencia como eclesiástico. Si la acusación contra el régimen español es tajante —por ejemplo en la pintura muy tosca que hace del formalismo de la educación colonial— asienta de buen grado que la educación americana tiene que fundarse en el idioma español y la religión legada por los conquistadores"... Siguiendo las tendencias de las reformas escolares de la Ilustración, Gorriti insiste en la importancia del idioma vernáculo, de las matemáticas, de las ciencias naturales, y de las lenguas modernas (francés, inglés, italiano); defiende calurosamente el francés por lo que ha significado para la filosofía desde Descartes, y para las ciencias religiosas desde Bossuet, los oradores sagrados del siglo de Luis XIV y los defensores de las libertades galicanas. Y recomienda a los autores franceses en las distintas disciplinas de estudios, como Bossuet, Fleury, Fenelon, Condillac, Malebranche, Mably, San Francisco de Sales. En esta forma, ''Gorriti representa una tendencia generalizada en la Iglesia Hispanoamericana: el abandono de la antigua base de formación teológica-escolástica, y la adopción de la base francesa. En ese momento, los autores elegidos trajeron además el galicanismo; a partir de 1840, serán sustituidos por autores favorables al Papado; pero seguirán siendo preferentemente franceses quienes orienten en adelante las ciencias eclesiásticas americanas, ya como textos escolares, ya en los grados superiores más libres de formación".

Con respecto a la "ilustración católica", resume el historiador Góngora: "En el fondo, el rasgo más perdurable es la sustitución de la formación de base latino-escolástica por la formación inspirada en la cultura francesa; en este caso, en la cultura eclesiástica francesa. Pero se pueden dibujar, además, ciertos caracteres propios de la tendencia, tanto en los países europeos como americanos. Ellos podrían ser: eclecticismo filosófico; criticismo frente a la constitución y las prácticas actuales de la Iglesia (influjo de Eleury, del galicanismo, crítica de las devociones populares, etc.), biblismo, apologética contra los "filósofos" del siglo XVII; moralismo (oposición al laxismo, al atricionismo y al probabiliorismo, ya de un moralismo pietista); oposición al barroquismo y churriguerismo en el culto; reforma de la oratoria sagrada; en fin, en cuanto a la doctrina del poder, oscilación entre la doctrina galicana y (después de la guerra de la independencia) una reinterpretación liberal del tomismo y de la escolástica".

La concepción del despotismo ilustrado favorecía la secularización de la enseñanza y la necesidad de la libre competencia, y atacaba la enseñanza escolástica, renovando la lucha de los humanistas contra el latín medieval. Carlos ni en su Real Cédula del 5 de octubre de 1767, critica oficialmente la docencia humanística

de la época pasada. Desde la expulsión de los jesuitas se dio comienzo en las universidades a un cambio substituyéndose en parte las tendencias filosóficas medievales por las doctrinas de Descartes, Condillac, Locke y Rousseau, las cuales sacuden las bases del antiguo régimen.

El erudito hispanista francés Marcelin Defourneaux en su minuciosa obra sobre Pablo Olavide, suministra datos interesantísimos acerca del ambiente social, político y cultural de España en la época del despotismo ilustrado, con motivo de haberse incorporado Olavide al grupo de los reformistas, quienes bajo la fórmula de "escuela y despensa", es decir desarrollo de la economía y de la educación, pretendían reanimar a España. A raíz de la expulsión de los jesuitas no sólo se planteó el problema de su reemplazo como educadores de la juventud; también impulsó a enfrentar una exigencia más amplia: la de la reforma y modernización de la enseñanza, especialmente la universitaria. Para los dirigentes iluministas la reforma de los estudios superiores aparecía como el medio más seguro para formar los "hombres ilustrados" que guiarían a España en la vía del resurgimiento. Las soluciones propuestas tuvieron una doble orientación: de una parte, crítica de los métodos envejecidos en uso y redacción de un plan de estudios concebido sobre las bases intelectuales nuevas. De otra parte, tendencia a una secularización de la enseñanza, y un sector pedía, incluso, la laicización total por considerarla un servicio público en el cual el Estado posee el deber de intervenir para dar una "educación nacional" a quienes serán llamados a servirlo.

Olavide presentó al Consejo de Castilla una Memoria... sobre un "plan de reforma de la enseñanza superior" aplicable a todas las universidades de España. En él exponía, como condición previa, extirpar de la universidad el espíritu de partido y el espíritu escolástico; el primero derivado de la división entre escotistas, tomistas, jesuitas, baconistas, etc...; y el segundo causante de la perversión del juicio, porque llevaba a la disputa sobre cuestiones frívolas o inútiles, y en vez de buscar la verdad por medios simples, directos, científicos, pretendía encontrarla por una lógica embrollada, caprichosa, repleta de sofismas, oscurecedora del juicio, que habitúa a razonamientos falsos y aleja de la verdad. Defourneaux reproduce las palabras irónicas de Cadalso a propósito de la Universidad de Salamanca, dichas en 1773: "muy docta universidad, en la que no se enseña ni matemáticas, ni física, ni anatomía, ni historia natural, ni lenguas orientales, ni ninguna frivolidad de este género, pero donde se fabrica gentes que con una voz inflada le formarán 77.777 silogismos en baralipton, frisomerum y sapesmo sobre la cuestión de saber cómo hablan los ángeles en sus reuniones, si los cielos están hechos de metal de campana o bien líquido como el vino más ligero y otras hermosas cosas de parecida utilidad".[179]

Los estudios universitarios, entonces, eran inútiles y perjudiciales; no formaban ni filósofos, ni teólogos, ni médicos. Por eso era necesario extirpar las cuestiones escolásticas e introducir el cultivo de las ciencias. La nueva universidad, según Olavide, debería fundarse sobre dos principios: monopolio de la enseñanza superior en favor de los establecimientos instituidos o aprobados por el Estado; y autonomía interna de cada universidad. Concebía una organización completa de la enseñanza superior colocándola bajo el control del gobierno como un servicio público destinado a formar y suministrar al Estado los hombres indispensables en la gran tarea de levantar a España. El Estado, entonces, sustituye a los cuerpos y organismos diversos (congregaciones, colegios, etc.) de los cuales dependían las antiguas universidades, y salvaguardaba el principio de la autonomía universitaria. Olavide llegaba a proponer la expulsión de todos

[179] Marcelin Defourneaux: Pablo Olavide ou l'Afrancesado 1725-1803. 1959. (Presses Universitaires de France)

los religiosos de la enseñanza de la universidad (aun en calidad de alumnos) como única manera de eliminar su espíritu escolástico.

A pesar del carácter radical del proyecto de Olavide, desde el punto de vista social, era aristocrático y selectivo, por cuanto únicamente consideraba la enseñanza universitaria para los sectores altos y las nuevas fuerzas sociales surgidas de las transformaciones económicas; la burguesía. En este aspecto expresa el criterio predominante entre los "espíritus ilustrados" franceses y españoles, los cuales anhelan la reforma de la enseñanza y de la universidad, pero, a la vez excluyen de sus beneficios a los pobres, a las clases laboriosas, consideradas como una mera masa dispersa de brazos para el trabajo, como mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda. En un trozo bastante claro y sugerente, manifiesta: "Sería una cosa mala para una nación permitir que el gusto de las letras arranque al joven del arado, del almacén o del taller para colocarlo en un colegio... No conviene al Estado que los pobres se destinen a los estudios, sino más bien que ellos sigan la profesión de sus padres a fin de constituir los hombres más útiles a la sociedad, puesto que son ellos quienes la hacen vivir".

En esa forma los estudios superiores se reservaban a la nobleza y a las familias ricas, en situación de pagar los gastos por ella exigidos. De tal suerte, por el dominio de la riqueza y de la educación por la clase pudiente, la sociedad "democrática" delineada en las ideas del siglo XVIII no cristalizó en una estructura económica y social correspondiente y, por el contrario, en el hecho se tornó oligárquica y plutocrática.

El proyecto de Olavide fue sometido al Consejo de Castilla, en 1768, y apoyado por el fiscal Campomanes. Ahí recibió una aprobación provisoria, confirmada al año siguiente por una Real Cédula, del 27 de agosto de 1769. Entre los años 1768 y 1775 fue una de las preocupaciones fundamentales de Carlos m la reforma de la enseñanza superior. La idea de instituir una enseñanza nacional uniforme se encuentra en la mayor parte de los discursos y de los tratados donde se enfocan los problemas de la educación, y en los estadistas como Cabarrús, Jovellanos, Meléndez Valdés...

Aunque nunca se llevaron a la práctica los principios radicales sustentados por Olavide, poco a poco penetró el espíritu ilustrado en el ambiente refractario de los claustros universitarios de acuerdo con el sentido indicado por Olavide; mejoramiento de los métodos de enseñanza, libros modernos, lugar creciente a las matemáticas y a la física experimental y al estudio de los autores modernos en todos los dominios.

El despotismo ilustrado, "abrió el camino a la difusión del pensamiento filosófico y científico moderno de España, hasta ahora sólo conocido de individualidades y de grupos pequeños, y de pronto generalizado en el medio universitario Hispanoamericano y peninsular. Por eso se propaga el sentimiento, peculiar del siglo, de estar en presencia de la eclosión definitiva de la iluminación racional de la humanidad, triunfante sobre el oscurantismo de la tradición teológica. Los convictorios carolinos y las universidades americanas pasan a ser los exponentes de este impulso"

El brillante ensayista colombiano Germán Arciniegas y el erudito y fino escritor venezolano Mariano Picón-Salas en diversos trabajos han dejado en claro que el ideario enciclopedista se filtró a través de las cerradas fronteras del absolutismo y de la censura de la Iglesia Católica, en los navíos de una bullente burguesía; en el equipaje de prelados y funcionarios coloniales partidarios de la "ilustración católica"; en las discusiones de los salones aristocráticos de criollos viajeros por Europa; en las bibliotecas de conventos y de

particulares, en las cuales a menudo se encontraban libros heréticos o heterodoxos prohibidos. Apenas aparecieron los escritos de Rousseau, en especial El Contrato Social, tuvieron difusión y resonancia en Hispanoamérica. Su circulación, como la de otras obras de la Ilustración francesa, sobre todo las de los autores de la Enciclopedia, se vio favorecida por la simpatía con que los ministros de Carlos III las recibían y las distribuían en España. A los navíos de la Compañía Guipuzcoana, que viajaban regularmente del país vasco a Venezuela, se les conocía como "los navíos de la ilustración". El contrabando completó la obra de los ministros ilustrados, como Campomanes, Floridablanca, Jovellanos… En México, Venezuela, Perú, Chuquisaca y Buenos Aires se leía y discutía a Rousseau y a los enciclopedistas.

El historiador Mario Góngora presenta un panorama de las repercusiones del despotismo ilustrado y del iluminismo en la enseñanza superior de Hispanoamérica. En Lima se proclamó la libertad académica; se adoptó un texto de filosofía moderna; en Derecho Canónico se siguió a los galicanos; se propagó la admiración por Bacon y Descartes y por la ciencia experimental; en Derecho Romano se sustituyó el comentario de Vignnio por el Heinecio, más filosófico; la tendencia jusnaturalista del pensamiento ético-jurídico moderno se manifestó en la creación de una cátedra de Derecho Natural y de Gentes. Entre las personalidades renovadoras limeñas se admiraba a Locke, Newton y Leibniz, y otros citaban a Voltaire, Diderot, Condorcet, Volney, La Mettrie y D'Holbach. Entre esas personalidades se encontraba Juan Egaña.

Igual cosa sucedía en Argentina. Cuando se discutió el proyecto de universidad, el Cabildo secular propuso la supresión de la Teología Escolástica; y el Cabildo eclesiástico aceptó la libertad para profesar la Física Moderna, salvo en lo que se opusiera al dogma. Similar proceso se realiza en Caracas, donde se extiende una mezcla de admiración por el tomismo con un fuerte entusiasmo por la física moderna. Se afirma el valor de la experiencia y el desdén por el principio de autoridad en materias no concernientes al dogma, realzándose la importancia del análisis cartesiano y de su criterio de evidencia, tal como lo proclamaba el joven Andrés Bello: "el sólo análisis tiene fuerza para producir ideas claras y exactas". De todos modos, a pesar de tales arrestos modernistas, siempre se llega a una concordia con la doctrina cristiana, y el mismo Bello lo proclamaba con precisión. Aunque admirador de Descartes y Berkeley y más tarde de la filosofía empirista, al mismo tiempo era un católico decidido, como lo manifiesta este pensamiento: "El gran deseo que me anima es que en América la ciencia esté siempre unida a la fe, que sea inseparable de la fe".

En Chile, el Convictorio Carolino contó con profesores cuyo espíritu vibraba con las aspiraciones y los sentimiento del "siglo de las luces" como don José Perfecto de Salas, catedrático de Derecho; Miguel José de Lastarria y Juan Martínez de Rozas, quien leía a los autores jusnaturalistas, en especial a Pufendorf, cuyo pensamiento implicaba una construcción racionalista del Estado, contribuyendo a desvanecer el sentido arcaico de la fidelidad personal al Rey y la concepción teológica del Estado.

Sin duda, Manuel de Salas y Juan Egaña representan fielmente la mentalidad del despotismo ilustrado y del "iluminismo católico". Manuel de Salas la encarna con su entusiasmo por la ciencia, su clara visión de la importancia de la economía y de la urgencia .de su desarrollo, por su afán de vivificar la enseñanza y adecuarlas a las reales necesidades del país, por su auténtico amor a la patria española y chilena. A su inteligencia profunda unió una gran voluntad al servicio de los ideales y fines económicos, educativos y filantrópicos de su tiempo. Para él las matemáticas eran el fundamento de todas las ciencias; el universo está sujeto a "número, peso y medida". En la "Representación al Consulado", del 19 de diciembre de 1795, le solicita la organización de una escuela donde se enseñe Matemáticas (cátedra vacante por ese tiempo

en la Universidad de San Felipe); porque la Geometría sirve a la Física, ésta a la Geografía Económica; la Aritmética es útil al comercio; y el Dibujo Técnico es indispensable para los oficios; la enseñanza de tales ramas, entonces, guarda estrecha conexión con el cumplimiento de su fin de fomento económico. El resultado de aquel informe fue la instalación de la Academia de San Luis, en la cual además de sus cursos científicos y técnicos se dio importancia a la enseñanza del idioma vernáculo, con una cátedra de gramática española.

Manuel de Salas concilio el humanismo con la ciencia y la técnica; no rechazó el uno en nombre de las otras, y propició el estudio del idioma patrio y de las lenguas vivas, para leer “los originales de Newton, Descartes, Bellidor, Sclutter, Henckel, Daubetor, Fourcroy, Linneo y Buffon”.

Manuel de Salas regula su Academia de San Luis por los establecimientos modelos creados en Madrid, Sevilla, Málaga, Segovia, Vergara, Gijón...

Juan Egaña se vinculó a la educación desde su arribo al país. Desempeñó en Santiago la cátedra de Retórica en la Universidad de San Felipe. En la oración inaugural para la apertura de los estudios el 4 de abril de 1804, que la pronunció el bachiller Mariano Vigil de Miranda y Toro, exalta las riquezas del medio chileno y de las posibilidades científicas e intelectuales que éste abre; la Geografía, Náutica, Física, Química, Historia Natural, Medicina, podrían producir aquí todos sus frutos para las diferentes artes e industrias. En Juan Egaña predomina no tanto la mente científica, como el sentido utilitario del siglo XVIII; su entusiasmo por la aplicación de las ciencias en todas las actividades materiales y en la vida moral de la humanidad. Egaña siente la grandeza de la época de las luces, y enumera a sus hombres más representativos: Galileo, Bacon, Descartes, Newton, Leibniz, Malpigüis, y a sus contemporáneos Lalande, D’Alembert, Lavoisier, Linneo, Buffon, Condillac, Filangieri. Con respecto a la eficacia de la transformación racional de la sociedad, exalta los ejemplos de Rusia y de EE. UU. Rusia era un país menos civilizado que Chile y en su tiempo, gracias a los zares posteriores a Pedro el Grande, se había transformado en una nación cada vez más culta y sus academias competían con las de Londres y París, en tanto que Chile sólo era conocido por la fertilidad de su territorio. Estados Unidos eran hasta poco antes “un refugio de prófugos”; hoy sus “Franklines asombran al mismo París”; sus bibliotecas son numerosas y es una nación sabia, pacífica y poderosa. Egaña demuestra confianza en el ascenso cultural, en el progreso, por el fomento de la educación y de la actividad social, y por eso quiere que Chile siga el ejemplo de esos grandes “países nuevos”. Propicia, para la realización concreta de sus ideales, una política imperial organizada, y dentro de ella Chile debería desarrollar su economía; y si quiere ser un pueblo industrioso no puede eludir la imperiosa urgencia de formar sabios. Chile enfrenta la ineludible exigencia de avanzar en el sentido científico, técnico en lo cual coincide con Manuel de Salas.

En la época del despotismo ilustrado la intelectualidad española ansiaba modernizarse tomando como modelo la sociedad y la cultura francesa, tendía a “afrancesarse"; y en Hispanoamérica, su minoría culta anhelaba idénticos propósitos, apoyándose en el liberalismo peninsular y en el pensamiento radical francés. La literatura francesa del siglo XVIII se encuentra en varias bibliotecas de chilenos de alta categoría social e intelectual. Por ejemplo, en las de José Antonio de Rojas Urtuguren (estudió Matemáticas en la Universidad de San Felipe y viajó a España en 1772-78), quien adquirió dos colecciones de la Enciclopedia, las obras de Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Buffon, Bayle, D’Alembert y otros (alcanzó a reunir 2.113 volúmenes); de Juan Enrique Rosales; de Manuel de Salas... En ellas se encuentra mezcladas las obras de

la literatura humanista, escolástica y crítica dieciochesca, pero de todos modos al parecer del escritor jesuita Walter Hanish esos tres representantes del “pensamiento ilustrado", están más amarrados a la tradición que a los filósofos dieciochistas.

Sin embargo, el pensamiento del siglo XVIII posee gravitación en la sociedad hispanoamericana y en la revolución de la independencia. Si en verdad ésta se operó lenta e insensiblemente en su proceso se delinean con claridad antecedentes económico-sociales y posiciones ideológicas que culminaron con la influencia de la Ilustración y la Enciclopedia.

En Hispanoamérica las ideas reformistas del liberalismo peninsular y las ideas radicales del iluminismo se conjugaron con una fuerte tradición revolucionaria. En el siglo XVIII una poderosa onda insurreccional sacudió al continente, unida a la formación de una conciencia popular y “nacional". Comenzó con el movimiento de los comuneros del Paraguay, en 1720-25, comandado por José de Antequera y Fernando Mompox; y alcanzó su máxima intensidad con los grandes levantamientos de José Gabriel Túpac Amaru, en Cuzco, y Julián Apasa (Tupac Catari) , en La Paz, en los años 1780-81 (la rebelión de Túpac-Amaru poseyó un hondo sentido social: solidaridad con todos los naturales de América, indígenas y criollos; supresión de mitas, eliminación de obrajes, libertad de los esclavos, extinción de los corregidores); y de los comuneros de Nueva Granada, dirigidos por José Antonio Galán, en 1781. Siguieron los alzamientos de Hidalgo y Morales, en México, en 1809; y desde 1810, todas las colonias se lanzaron a la revolución armada, como culminación de un proceso iniciado un siglo antes. Los grandes caudillos anticolonialistas rematan, como lo anota el original y vigoroso ensayista colombiano Antonio García, en las figuras de Francisco Miranda, el general girondino, puente entre el estilo europeo y el estilo americano de la revolución; y Simón Bolívar, puente entre las viejas y las nuevas generaciones revolucionarias.

La ola revolucionaria de criollos, indios y mestizos contra la opresión y el mal gobierno se explica y justifica, al conocer los datos asombrosos del atraso y de la miseria de la mayor parte de la población. Un documento revelador de la situación americana en la década de 1740 es el informe íntimo y detallado a la Corona de los oficiales de la marina Jorge Juan y Antonio de Ulloa, integrantes de la misión científica de Godin, Bouguer y La Condamine, que recorrió varios países de la América meridional. El documento ha desatado polémicas y muchos hispanistas lo han tachado, porque habría adulterado o exagerado los hechos, pero no han logrado menoscabar la seriedad de su información y la honestidad de los autores. Las acusaciones de ser falso no resisten la menor prueba y así lo ha manifestado un historiador tan calificado como don Salvador de Madariaga.

El informe de Jorge Juan y Antonio de Ulloa señala con objetividad el contraste entre la pobreza general de la población y la existencia fastuosa de la reducida porción española de la sociedad, basada en las altas rentas de sus haciendas. Una parte importante de la riqueza iba a poder de la Iglesia, con un clero numeroso y ávido. Por otro lado, hace notar la profunda corrupción de la administración colonial (el abuso empieza en quienes deberían corregirlo), y los continuos atropellos sobre todo en el trato con los indios: éstos sufren el gobierno tiránico de los corregidores y la extorsión de los curas. El resumen de las informaciones secretas indica corrupción, indisciplina y venalidad en todos los grados de la jerarquía administrativa. Sus noticias sobre el estado del clero son terribles: los cargos eclesiásticos se atribuían por dinero, o favor, con violentas querellas y cismas entre los afectados; la vida y las costumbres del clero eran, en general, abominables. Sólo la Compañía de Jesús se demostraba eficaz en la prédica y en la

enseñanza; sus miembros observaban una conducta irreprochable; pero la orden había acumulado riquezas excesivas, sobre todo en bienes raíces. Anotan, también, el odio profundo entre los chapetones y los criollos, porque los españoles surgían con rapidez por su espíritu de trabajo y su dedicación al comercio; en cambio, los criollos repudiaban aquellas prácticas y vivían roídos por la envidia, aunque repletos de vanidad. Mal gobierno, abusos de los corregidores y curas doctrineros, fallas en la educación, mal estado de la economía y de los caminos, corrupción de las costumbres, eran los rasgos sobresalientes de la situación de América a mediados del siglo XVIII.

Los abusos y la explotación determinaban las protestas y las continuas rebeliones (como se aprecia con claridad en las reivindicaciones de Túpac Amaru y los levantamientos del Alto Perú).

Paralelamente a esa ola insurreccional americana la "revolución ilustrada" desencadenada por el liberalismo peninsular y el despotismo ilustrado repercutió con cierta intensidad desde la expulsión de los jesuitas, defensores tenaces del dogma de la majestad real, y quienes poseían el monopolio de la educación, o sea, de la formación de la minoría dirigente. Su expulsión y la política del despotismo ilustrado español, los diversos proyectos de reorganización reformista del imperio y la irradiación del liberalismo peninsular a través de la reforma universitaria en América Latina, contemporánea de la de España impulsada por los ministros ilustrados, Campomanes, Floridablanca, Jovellanos, ayudaron a formar una mentalidad Renovadora y a forjar aspiraciones de cambio. Por un lado, se procedió a hacer nuevos planes de estudios y a propiciar el cultivo de las ciencias físicas y naturales; y, por otra parte, la reforma universitaria y la ilustración en general llevaron al estudio de la "realidad americana". Figuras prominentes de la Iglesia apoyaron esta enseñanza moderna. En Nueva Granada, por ejemplo, recuerda Arciniegas, el arzobispo-virrey, Caballero y Góngora, hizo una severa crítica a los planes tradicionales y al prohijar la reforma de los estudios, la explicaba así: "Todo el objeto del plan se dirige a sustituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas, en que estas ahora lastimosamente se han perdido el tiempo". En Nueva Granada, el sacerdote, médico de la Universidad de Sevilla, José Celestino Mutis, inició una Misión Botánica, que se convirtió en un laboratorio para el estudio de las ciencias naturales, y en 1764 afrontó el tribunal de la Inquisición, en Santa Fe de Bogotá, por enseñar la teoría copernicana que la tierra gira alrededor del sol, nunca antes expuesta en América.

La revolución de las ideas provocadas por la Ilustración y las reformas verificadas por el Despotismo Ilustrado, en especial la universitaria, constituyeron un estímulo para el estudio de la realidad circundante, influyendo en la formación de una conciencia nacional, de lo que podría llamarse "la conciencia de la patria", y en la maduración de la idea de un gobierno propio. Tanto en el conocimiento de la realidad americana como en la formación de esa conciencia nacional tuvieron profunda resonancia y significación las grandes misiones científicas del siglo XVIII, las cuales culminaron con la famosa y fecunda de Alexander von Humboldt y A. Ronpland. Humboldt estimuló a los sabios americanos: en México, a Joaquín Velásquez, quien fabricó sus propios instrumentos para el observatorio de Santa Ana, también construido por él; en Venezuela dialogó con Andrés Bello; en Nueva Granada admiró a Francisco José de Caldas, estudioso apasionado de las ciencias matemáticas y naturales, y fusilado por los españoles, en 1816.

La penetración de las ideas de la literatura revolucionaria en la enseñanza y en algunos espíritus escogidos formó una élite revolucionaria, la de los futuros héroes de la independencia. En la segunda mitad del siglo XVIII ciudadanos selectos removieron las mentes y sacudieron la modorra colonial. Antonio Nariño, en

Bogotá, tradujo la Declaración de los Derechos del Hombre; igual cosa llevó a cabo en Quito, el presbítero Manuel Rodríguez; y en Venezuela, Picornell divulgó el famoso documento. Por otro lado, se fundaron "Sociedades de amigos del País", a ejemplo de las iniciadas en el país vasco (en Vergara), con la Sociedad Guipuzcoana, que estableció negocios en Venezuela y los extendió a Colombia. El médico y periodista revolucionario Eugenio Espejo escribió sobre la fundación de una Sociedad de Amigos del País, publicada en Quito y se acredita como un precursor de las ideas revolucionarias en América. Además, a comienzos del siglo XIX, surgió un periodismo que ayudó a modelar la conciencia emancipadora y republicana.

El despertar cultural, influido por la Ilustración de la segunda mitad del siglo XVIII, preñado de espíritu revolucionario, fue la fuente formativa de las grandes mentalidades, como Francisco Miranda, Antonio Nariño, Mariano Moreno, fray Servando Teresa de Mier, Manuel de Salas, quienes movilizaron los espíritus en las colonias y los prepararon para el combate hasta lograr la constitución de las repúblicas.

El proceso cultural e ideológico se conjuga con las realidades económicas y sociales en plena expansión. Se había formado una importante burguesía agraria y comercial, constreñida en su avance por el sistema mercantilista. Los propietarios de las grandes haciendas y ganados, y de las pequeñas industrias anexas, formaron una burguesía agraria, fortalecida en el siglo XVIII por el crecimiento de la población y el auge del contrabando. El contrabando y la apertura de puertos al comercio europeo agrietaron el mercantilismo e hicieron ver que el tradicional monopolio ejercido por España era un obstáculo que debía romperse por la razón o la fuerza. La burguesía agraria y comercial encuentra en los principios del liberalismo económico una favorable disposición para sus intereses y negocios. Al absolutismo mercantilista se le opuso una nueva concepción: el liberalismo económico con su lema "dejad hacer, dejad pasar". La burguesía niega al Estado el derecho a intervenir en la economía, porque sus leyes son naturales, invariables, y los hombres, y, por tanto, los gobiernos, no pueden perturbar ni influir su desenvolvimiento. El orden natural es una consecuencia de un derecho inviolable, el derecho de propiedad, cuyos soportes son la libertad y la seguridad, condiciones sobre las cuales pueden manifestarse las leyes naturales, sin sufrir interferencias, cumpliéndose el postulado del "laissez faire, laissez-aller". La concepción liberal del individuo soberano y del laissez-faire económico se elaboró con el fin de eliminar el absolutismo político basado en la afirmación del origen divino del poder, los privilegios de la nobleza y el proteccionismo mercantilista en lo económico. La filosofía liberal-individualista se formuló para justificar la incorporación al gobierno de las nuevas fuerzas sociales surgidas de la industria, banca y comercio, la burguesía, y fundamentar la sociedad en la "libre iniciativa individual", en la concurrencia y en la protección de la propiedad, disminuyendo al mínimo el poder del Estado, cuya misión fundamental se reducía a resguardar la propiedad y el orden para el juego sin trabas de las fuerzas naturales de la economía, la libre competencia y el laissez-faire. En su esencia, aunque progresiva, sólo contemplaba los intereses y anhelos de la minoría de los nuevos dueños de la tierra y de la industria. El individuo, o el ciudadano, a que se refería la concepción liberal del siglo xviii, era el integrante de la burguesía. No contemplaba las aspiraciones de las clases trabajadoras, éstas no se componían de individuos ciudadanos, constituían una simple masa de mano de obra, una mercancía sujeta a las leyes naturales de la oferta y la demanda y de la libre concurrencia. La concepción liberal-individualista subrayaba la libertad de expresión, reunión y organización, pero se hacían efectivas sólo por los pocos propietarios e integrantes de la clase ascendente, la burguesía.

La burguesía criolla, en Hispanoamérica, se sentía expoliada por un régimen que le negaba los más elementales derechos políticos (los cuales habían sido garantizados en las capitulaciones para los

conquistadores y sus descendientes) y, entonces, apeló a un natural sentimiento de defensa pretendiendo intervenir directamente en la conducción de sus asuntos. Desde luego, burló las restricciones del comercio colonial y traficó con ingleses, holandeses y franceses, a pesar de ser herejes luteranos o rivales. El contrabando adquirió un inmenso desarrollo y se transformó en una verdadera institución progresiva; ayudó al incremento de la economía y planteó de manera práctica las ventajas del libre intercambio comercial. Por su intermedio se acusó la presión del capitalismo europeo sobre el cerrado mercado americano, sujeto al monopolio de una España estancada, o en decadencia, y señaló concretamente las ganancias del libre comercio con todos los países de la tierra, tanto para vender sus productos como para adquirir mercaderías esenciales.

Los Borbones se vieron en la necesidad de tomar diversas medidas para acallar las demandas de la burguesía criolla y favorecer su desenvolvimiento conseguido pese a tantas trabas. Las reformas de los Borbones fueron útiles, aunque dejaron pendiente el problema fundamental: el acceso directo de las colonias al mercado mundial. Mantuvieron siempre a España como intermediaria obligada en el tráfico mercantil y las fuerzas productivas que surgían en América se encontraban encadenadas a la atrasada economía metropolitana. Para liberarlas, todos los antiguos vínculos sociales y políticos debían abolirse. En consecuencia, la obtención de la autonomía económica para los dominios envolvía un problema político, la lucha por la independencia y por el control del poder estatal, sin el cual toda organización de la sociedad colonial era imposible. Las reformas administrativas y comerciales de los Borbones procuraron un importante estímulo al desarrollo económico de los países americanos y éste exige, a su vez, mayores libertades. De aquí surgió el anhelo de independencia.

España era incapaz de absorber la producción colonial y de satisfacer la demanda incesante de manufacturas a precios razonables; por eso frenaba el impulso productivo de las colonias y determinaba su permanente crisis desde fines del siglo XVIII, agravada por una población en aumento a la cual no se le podía ofrecer nuevas ocupaciones, es decir, trabajo remunerativo. Los comerciantes monopolistas y los funcionarios de la Corona, estrato superior y privilegiado de la sociedad colonial, se oponían al “comercio libre" porque significaba el fin de su poder económico y político. El comercio libre barrería con las ganancias monopolistas y promovería de inmediato el ascenso de todos los grupos económicos beneficiados directamente en la expansión comercial: terratenientes agricultores y ganaderos, industriales y comerciantes. Además, día a día, aumentaba la acción del poderoso capitalismo liberal europeo, sobre todo el inglés, en pleno ascenso. La presión constante del capitalismo inglés sobre Latinoamérica determinó en gran medida la aspiración al libre intercambio y, precisamente, apenas se constituyeron las juntas de gobierno, éstas decretaron la libertad de comercio. El desarrollo industrial de Inglaterra necesitaba romper el monopolio de España en este vasto y rico continente. Por eso, vencido Napoleón, su temible rival, y eliminada su amenaza sobre la hegemonía británica, miles de voluntarios, importantes cargamentos de armas y cuantiosos empréstitos ayudaron a la lucha por la independencia de las colonias hispanoamericanas y a la consolidación de los gobiernos republicanos.

Así como el contrabando burlaba el monopolio comercial, en idéntica forma permitía romper la censura, y minorías intelectuales leían las obras de Locke, Montesquieu, Voltaire, Rousseau, Helvecio, de los enciclopedistas, la Declaración de la Independencia de Estados Unidos, redactada por Thomas Jefferson, y la “Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano”, traducida por Antonio Nariño. Con la introducción de la imprenta se publicaron numerosas proclamas políticas condenando el régimen español.

Y estas doctrinas respondían en el plano ideológico a los anhelos de emancipación económica y política de las nuevas fuerzas sociales de América, a sus aspiraciones de libertad.

El estallido de la revolución de la independencia de Estados Unidos, con su notable declaración de los derechos inalienables del individuo y del pueblo; su victoria sobre la principal potencia europea (victoria a la cual contribuyó la monarquía española); y el establecimiento de una república según los principios de una constitución democrática, causaron fuerte impresión. Y pronto los viajeros, marinos, comerciantes y contrabandistas norteamericanos llevaron a cabo una constante propaganda de los beneficios y ventajas en nuestros pueblos de la independencia y de la república. Según el historiador Eugenio Pereira Salas, las costas chilenas fueron visitadas por doscientos cincuenta y siete barcos norteamericanos, entre 1788 y 1810, muchos de ellos contrabandistas.

La divulgación de las ideas de los filósofos y enciclopedistas franceses; el conocimiento de la "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano" con sus explosivos principios de libertad, igualdad, propiedad, derecho de resistencia a la opresión y soberanía popular, y el proceso mismo de la revolución, provocaron inquietudes e interés. Los criollos leían a los ideólogos, enemigos del absolutismo y críticos virulentos del caduco y podrido "antiguo régimen". En Chile los leyeron José Antonio de Rojas, Manuel de Salas, Juan Egaña, Juan Antonio Ovalle, Fernando Márquez de la Plata, José Miguel Infante, Juan Martínez de Rozas, Camilo Henríquez, etc.

Los historiadores que niegan la influencia de los filósofos franceses del siglo XVIII en la iniciación del movimiento independentista reconocen, sin embargo, su gravitación decisiva en su desenvolvimiento y resultados.

En definitiva, la ideología del liberalismo político y económico se extendió en forma avasalladora porque expresaba los deseos e intereses de la burguesía criolla, clase dinámica y en pleno ascenso desde las postrimerías del siglo XVIII. La independencia consagró su victoria y, por lo tanto, entró a adueñarse del Estado y a colocarlo bajo su dirección, con formas republicanas y "democráticas". A la monarquía despótica y al absolutismo mercantilista opusieron la república democrática y el liberalismo económico, o sea, garantías democráticas consagradas en la Constitución, y "laissez-faire" en los asuntos económicos.

III

A fines del siglo XVIII inició su larga actividad cívica el primer educador de espíritu realista, en quien despertó una auténtica conciencia nacional, don Manuel de Salas Corvalán (1754-1841), campeón de la difusión de las luces, de la ilustración general, y del desenvolvimiento de la industria y el comercio y, en todo, patriota egregio.

Nació en Santiago de Chile, el 19 de junio de 1754, lujo de José Perfecto de Salas y los Ríos, fiscal de Real Audiencia, y de María Josefa Corvalán y Chirinos. Cuando el Presidente Manuel Amat y Junient fue designado por Carlos III, virrey del Perú, se llevó como asesor a don José Perfecto de Salas, en 1761. Manuel de Salas contaba siete años, por lo cual se educó en Lima y cursó las ciases de Filosofía, Teología, Jurisprudencia Civil, Derecho Canónico y Práctica Forense en la Universidad de San Marcos. En ella obtuvo el diploma de bachiller en Sagrados Cánones, el 3 de julio de 1773, y, posteriormente, en Chile, en 1776, la Real Audiencia le otorgó el título de Abogado después de comprobar su suficiencia con brillante examen.

Manuel de Salas volvió a Chile a principios de 1774, y el Cabildo de Santiago lo eligió el 19 de enero de 1775, por unanimidad de votos alcalde ordinario. En seguida, le nombraron Procurador General y abogado del Cabildo. En 1777 partió a España, vía de las provincias argentinas. En julio de ese año se hallaba en Madrid. Permaneció cerca de siete años en la península, agitada y fructífera estada de estudio, observación y vastas experiencias, donde examinó todo lo de interés para una obra de mejoramiento y regeneración de su tierra. Pero también sufrió muchos contratiempos. Como su viaje obedeció al propósito de vindicar la memoria de su padre, consumió largas y pesadas jornadas en gestiones y trámites engorrosos, ante una burocracia inerte y desconocida. Asimismo, en su grata tarea de adquirir libros de ciencias y política experimentó un bochornoso y delicado traspiés. Una delación ante la Inquisición le obligó a comparecer frente al Tribunal Supremo, en febrero de 1782. Este lo dejó gravemente reprendido y conminado, privado perpetuamente de la licencia de leer libros prohibidos, y condenado a la pérdida de todos los que había remitido a Cádiz para ser despachados a Chile.

Por esas amarguras, en carta a su cuñado José Antonio de Rojas, del 31 de enero de 1783, desde Cádiz, le expresaba: “Cuento los días que me faltan para dar a Ud. mil abrazos y para hablar días enteros en Polpaico, donde voy a convalecer de siete años de presidio”. A su regreso se casó con doña Manuela Fernández de Palazuelos y Aldunate. Tuvieron seis hijos. Se le eligió regidor del Cabildo de Santiago, y el Presidente de Chile, don Ambrosio O’Higgins le nombró Superintendente de Obras Públicas, lo cual le permitió realizar diversas empresas de adelanto y esparcimiento.

En toda su fecunda existencia tratará siempre de romper la inercia del ambiente, el inmoralismo colonial, y de provocar el progreso, la expansión económica y educacional, la cordialidad y mejoramiento en las relaciones humanas. Su incansable actividad, galvanizada por su optimismo inagotable no obstante la sombría situación y el inhóspito ambiente para una empresa como la suya, emanaba según sus propias palabras estampadas en la comunicación dirigida al Consulado de La Coruña, en agosto de 1804, de “la pasión o manía que me domina de ser útil a la nación y a mi país, o más bien, de que éste, que siempre fue gravoso a su metrópoli, le compense la protección y seguridad que ella le presta, radicó en mí un vivo deseo de franquear los estorbos que lo han impedido, esto es, la ignorancia y la desidia”.[180]

El rey Carlos IV, por Real Cédula fechada en Aranjuez, a 26 de febrero de 1795, estableció un Consulado en Santiago de Chile (sólo existían otros dos, en México y en Lima), cuyos objetivos eran sustanciar y fallar las causas mercantiles; y proteger y fomentar la agricultura, la industria y el comercio del país. Al mismo tiempo nombró síndico del Consulado a don Manuel de Salas. Llegó a ocupar el alto cargo por su ardiente devoción al progreso, preocupado siempre por el desarrollo de las actividades productivas y por su inquietud educacional. Hijo legítimo del siglo de las luces, poseía una fe inquebrantable en el adelanto económico por medio del estímulo del gobierno, y una creencia optimista e incansable en la educación. Para él la instrucción era indispensable en el mejoramiento del hombre y de la sociedad.

En su calidad de síndico del Real Consulado redactó su célebre memoria al Ministro de Hacienda Diego Cardoqui, el 10 de enero de 1796, bajo el título de “Representación sobre el estado de la agricultura, industria y comercio del reino de Chile”, documento capital para conocer la situación del país al final de la Colonia y en vísperas del movimiento emancipador. En él, además del análisis económico y social, enfoca

[180] Ver “Escritos de don Manuel de Salas y documentos relativos a él y a su familia” 4 vols. 1910. Publicada por la Universidad de Chile. El primer tomo posee una introducción de don Juan R. Salas E.

también la situación educacional; y, luego, junto a los arbitrios propuestos para remediar el atraso y el decaimiento de Chile (remover las trabas fiscales que impedían el libre comercio entre la metrópoli y sus posesiones, y entre éstas; apertura de nuevas fuentes de riquezas; nuevos cultivos y estímulo a los existentes, etc.), propiciaba propagar la enseñanza de las ciencias que tuvieran aplicación a la agricultura, minería e industria y a perfeccionar los oficios.

Su posición educacional se encuentra incluida por su conocimiento de la realidad económico-social y aspira a un cambio y a un impulso de ambas, en íntimo consorcio, para lograr un mejoramiento sustancial de la situación del país.

Ante todo, se hace necesario sintetizar sus observaciones y sus posiciones frente a la estructura material de la sociedad chilena. En su famosa "Representación" al ministro Cardoqui expone lo esencial de su pensamiento en las líneas siguientes:

"...El reino de Chile, sin contradicción el más fértil de América, y el más adecuado para la humana felicidad, es el más miserable de los dominios españoles. Teniendo proporciones para todo, carece aún de lo necesario; y se traen a él frutos que podrá dar a otros" ... A continuación, describe las características geográficas del territorio y sus variadas riquezas, todas muy favorables para asentar una numerosa población, un comercio vasto y una floreciente industria. Sin embargo, la población, según los mejores cómputos, no pasa de 400.000 almas, o sea la vigésima parte de la gente que puede admitir. Admira su despoblación, a pesar de su tierra feraz y de la fecundidad de sus mujeres, y su miseria: "...Nada es más común que ver en los mismos campos que acaban de producir pingües cosechas, extendidos para pedir de limosna el pan, los brazos que las recogieron, y tal vez en el lugar donde acaba de venderse la fanega de trigo a ínfimo precio en la era". Podría creerse "si se deja llevar del espíritu decidor de los viajeros" que "la causa es la innata desidia, que se ha creído carácter de los indios y que ha contaminado a todos los nacidos en el continente". Manuel de Salas rechaza tal acertó: "la flojedad y la molida que se atribuyen a estos pueblos es un error", y de acuerdo con sus experiencias escribe: "Todos los días, se ven en las plazas y calles jornaleros robustos, ofreciendo sus servicios, malbaratándolos a cambio de especies, muchas inútiles y a precios altos. Se ven amanecer a las puertas de las casas de campos, mendigando ocupación, y sus dueños en la triste necesidad de despedirlos". Es la carencia de empleo permanente, de faenas numerosas y constantes la causa de aquella lamentable situación: "con que no es desidia la que domina; es la falta de ocupación la que los hace desidiosos por necesidad: a algunos, la mayor parte del año, que cesan los trabajos; y a otros, el mayor tiempo de su vida, que no lo hallan" ...

A consecuencia de la falta de trabajo caen en el vicio de la bebida, están expuestos a la intemperie, acortan su vida y rara vez llegan a la vejez, "de modo que no hay un país en el mundo donde haya menos ancianos". A pesar de la riqueza potencial predominaban la indigencia y la ociosidad, por falta de trabajo debido al atraso increíble de la agricultura y de la industria.

Al proponer algunas iniciativas de mejoramiento expresa: "Por medio de meditadas especulaciones, solicitará el Consulado establecer aquella fraternidad que hace comunes los intereses, como de un mismo pueblo; extender estas ideas respecto de la metrópoli, y abrir la puerta a sus consumos. Persuadido íntimamente de que sus provechos son nuestros, procurará con preferencia unas utilidades que refluyan sobre estos países, a quienes aquella los devuelve en protección, fomento y seguridad; pues, aunque

siempre hemos debido tener estos sentimientos por una racional economía, hoy por este principio y por gratitud".

A pesar de la triste situación del país cree en su restablecimiento si se emprenden medidas de fomento adecuadas: "El deplorable estado de Chile, lejos de hacer desesperado su remedio, debe empeñar a buscarlo; él mismo encierra recursos para establecer su población, industria, comercio y agricultura, y para ser tan útil a la metrópoli como hasta hoy lo ha sido gravoso. España necesita consumidores de sus frutos y artefactos; Chile, consumirlos y pagarlos. Para lo primero es necesario una gran población, y para lo segundo, que éste tenga con qué satisfacer lo que recibe; y se completaría la felicidad de ambos países, si los efectos que éste retornase fuesen de los que no produce la Península y compra a otras naciones. Así, no embarazando su exportación y conservando a la madre patria la debida dependencia, la libertaría de la que sufre".

Con el fomento de la agricultura y ganadería se producirá riqueza y crecimiento de la población; las tierras se dividirán por sí mismas "sin recurrir a los medios violentos de los nuevos Gracos, que declaman contra los grandes propietarios y atribuyen a ellos la despoblación, tomando la causa por el efecto. Cesarán los crímenes, hijos de la ociosidad y del abandono, que abundan más (aquí como en todas partes) en las provincias donde hay menos industrias"; aboga por el fomento de la pesca, curtiduría de pieles para cordobanes y suelas; cultivo del cáñamo y del lino, tabaco, vino; por el incremento de la minería en sus múltiples elementos existentes en abundancia en Chile; y, por el ensanchamiento del comercio sobre bases reales y sanas ("el comercio, una profesión sujeta a reglas y que exige principios ha sido aquí únicamente el arte de comprar barato y vender caro").

Mantuvo una constante ofensiva para dar a conocer y tratar de imponer sus doctrinas y proposiciones concretas. Así en su "Representación que en su carácter de síndico hizo al Consulado sobre fomentar algunos artículos útiles al comercio de este reino", en Santiago, a 11 de junio de 1796, sintetiza con fuerza algunos de los enfoques de su "Representación" al ministro Cardoqui, sobre la despoblación del país; la pequeña industria artesanal en manos inexpertas; las escasas industrias locales, y la urgencia de estímulos indispensables a la agricultura y comercio. A su juicio se hace necesario una nueva actividad económica, eliminándose la indolencia y la incapacidad. Exclama: "excluido de nuestras sesiones aquel ominoso no se puede, hijo del orgullo y padre de la desidia, fatal barrera que en todas partes defiende a la ignorancia, miseria y vicios; alejados, él no es aceptable, eso es bueno para otras tierras, no hay fondos; y sustituidos, en lugar de estos perniciosos axiomas, nuestra constancia, aplicación, buen deseo y amor a la humanidad, disiparemos las dificultades aparentes bajo los auspicios del monarca bienhechor" ... En seguida clama por la traída de maestros, porque "no bastan la instrucción que nos da la lectura, ni algunos conocimientos prácticos adquiridos al pasar. Tampoco son suficientes las nociones de algunos viajeros... Son, pues, necesarios sujetos que sepan la teoría y la práctica de las operaciones conexas con las ideas propuestas, y que, instruidos de ellas, viniesen con es solo destino, o con otro del real servicio, a enseñarnos, lo que no será difícil, habiéndose hecho tan común el estudio de la historia natural, comercio, economía y química, entre los que sirven en diversas carreras. Un solo descubrimiento o un solo ramo que pusiese en vigor compensaría con exceso los gastos".[181]

[181] Escritos... vol. X. págs. 190-199.

En una “comunicación al Consulado de La Coruña sobre fomentar la industria del lino y del cáñamo”, de fecha 18 de agosto de 1804, exhibe una vez más sus preocupaciones de progreso. Escribe: “La ociosidad de la clase menesterosa, dispersa y que perece en los vicios por no tener en qué emplear sus brazos, es horrible. La fertilidad y la miseria, la despoblación y la escasez de recursos, forman aquí un contraste, que choca más al que mira por todas partes producciones espontáneas de la naturaleza, cuya abundancia podría formar ramos de entretenimientos y de exportación que relevasen a los colonos y a la madre patria del comercio pasivo y vergonzoso que los tiene agobiado. Todo lo vivificaría una mirada de la corte; y con ello doblaría nuestro vínculo”.[182]

Y detalla la necesidad del envío del lino, del cáñamo y de otras plantas y cultivos para diversificar la agricultura y estimular la industria anexa.

Manuel de Salas completó su cuadro de Chile en una presentación que, en 1804, dirigió la Junta Directiva del Hospicio de la Ollería, al Presidente Luis Muñoz de Guzmán.

Era miembro del referido establecimiento y fue quien redactó el documento aludido. Resume mucho de sus conceptos de la famosa “Representación” al ministro Cardoqui. Algunos de sus párrafos dicen: “La pobreza extrema, la despoblación asombrosa, los vicios, la prostitución, la ignorancia y todos los males que son efecto necesario del abandono de tres siglos hacen a este fértil y dilatado país la lúgubre habitación de cuatrocientas mil personas, de las que los dos tercios carecen de hogar, doctrina y ocupación segura, cuando podrían existir diez millones sobre más de diez mil leguas cuadradas de fácil cultivo”. La causa de tan aflictivo atraso se debe a la preferencia dada a las minas, olvidándose de la agricultura, la cual debió abastecer a la metrópoli de las materias que compra a sus enemigos, y la exclusión de la industria: “El comercio exterior, que se reduce al cambio de un millón de pesos, valor del oro, plata y cobre que anualmente produce el reino, por efectos de Europa, y el de los granos que lleva a Lima para sólo pagarse de la azúcar y tabaco y otros cortos artefactos, no presentan ocupación sino a muy pocos; y el giro interior, que lo constituye la reventa, las segundas compras, las usurarias anticipaciones, hacen la escasa fortuna, y la ruina de muchos, especialmente de los más recomendables de las únicas manos criadoras, del labrador, el artesano, el minero, el jornalero. Estos brazos privilegiados destilan un sudor o sangre que después de mejorar algo de la suerte de tal cual, los extenúa, y les hace aborrecer un trabajo sin esperanzas, que, no alcanzando a sus míseras familias, les hace mirar con horror el matrimonio, y los hijos como carga insoportable”.

En 1805, Manuel de Salas resumía su pensamiento sobre un Chile progresista en estas líneas: “Los pueblos sólo son felices cuando un cultivo bien dirigido hace producir a sus terrenos aquellos frutos de que son capaces y que, después de satisfacerles sus necesidades, ofrecen un sobrante que, llevado a otras partes, sirve para canjear lo superfluo por artículos que le son necesarios. Sólo son dichosos los hombres cuando a las materias primeras que se crían a su inmediación les dan nuevas formas con que aumentar su valor; y, educando a sus hijos en medio de un trabajo asiduo, les enseñan a no depender de otros, que les revenden manufacturas las mismas especies que ellos enajenaron a vil precio, por ignorancia o pereza. Entonces son ricos y virtuosos, bendicen el sabio gobierno que los rige, y le tributan gustoso un homenaje que él les retribuye en protección y seguridad. Entonces el comercio tiene sobrados en qué extender su

[182] Escritos...Vol. I, págs. 246-249.

actividad y beneficia, proporcionando salida y consumo a los frutos del sudor del honrado y del industrioso artista".

En general, las críticas y remedios de Manuel de Salas traducían un ataque a fondo al sistema colonial, a la incapacidad del gobierno y administración española, pero no pretendía el nuevo destino para Chile separado del de la monarquía española; su plan reformista contemplaba la mutua unión y el fructífero progreso de la Metrópoli y el reino de Chile. Aunque no pidió directamente la libertad de comercio con las naciones extranjeras, ella se deducía de los principios sustentados en sus diversos documentos. Sus planes y actividades progresistas entrañaban un contenido revolucionario y, sin darse cuenta, impulsaba la emancipación, pues no encontró acogida en sus proyectos de fomento económico, porque España sólo quería que las colonias produjesen materias primas, pero no que ellas las elaborasen, y de ahí su desinterés por la política proteccionista, de estímulo a la industria, de don Manuel de Salas. No convenía a los intereses de la metrópoli. Y esta incomprensión llevará lentamente a los hombres de mayor sensibilidad social y política a pensar que el futuro de América encontraría un horizonte más profundo para sus intereses rompiendo la dominación peninsular para ligarse libremente al mercado mundial.

En Chile el régimen económico-social de la Colonia estorbaba el progreso material y político del país; el impulso y crecimiento de las fuerzas productivas se rebelaban contra el sistema cerrado y medieval de la Monarquía española, lo cual se traducía en una crisis permanente absurda. A causa de las trabas del régimen monopolista, la agricultura progresaba con mucha lentitud, la industria era muy débil y carecía de incentivos, el comercio exiguo y se movía en marcos muy estrechos y el comercio exterior resultaba desfavorable a Chile. A pesar de todo, se advertía un fuerte capitalismo agrario que necesitaba, al expandirse, del libre cambio para exportar ventajosamente sus cereales. Por otro lado, los hacendados criollos exportadores sufrían la explotación de los navieros del Callao, quienes le imponían el precio a sus productos, pues si no los aceptaban corrían el peligro el de perder sus existencias debido a la carencia de barcos nacionales para transportarlos. Numerosos observadores perspicaces señalaron las deficiencias del régimen imperante y propusieron atinadas reformas para sacar el país de la crisis; pero el crítico más lúcido del atraso colonial y de su débil desarrollo fue Manuel de Salas. Vio con claridad los problemas de la crisis del sistema colonial por falta de un desenvolvimiento económico amplio, con oportunidades de trabajo para todos, a causa de las limitaciones monopolistas impuesta por la metrópoli y de la producción agraria restringida por el latifundio y, por la misma situación, la imposibilidad de acceso a la propiedad de una apreciable cantidad de hombres de empresa y de trabajo, capaces de abrir nuevos cauces a la economía del reino.

A don Manuel de Salas, sus años de estudios en España, durante el apogeo del despotismo ilustrado y de su política reformista, le llevaron a transformarse en un fervoroso e incansable adepto de las luces y en un sincero creyente en la efectividad y fecundidad de la política renovadora y de progreso de la monarquía borbónica en el siglo XVIII, sobre todo de las nuevas concepciones y de la actividad de Carlos ni. Los grandes escritores y estadistas de esa época influyeron y conformaron el pensamiento y la prodigiosa labor de Manuel de Salas. La obra La industria y educación popular, de Campomanes, "libro de oro'', según su ardiente juicio, de las nuevas tendencias y aspiraciones le suministró los fundamentos teóricos de su acción reformista y le cimentó sus anhelos en orden a desarrollar la economía del país, por el fomento y la diversificación, y a impulsar una educación realista, vinculada las necesidades y exigencias del avance

económico, que formara y mejorara al hombre, lo capacitara científicamente y técnicamente, lo hiciera sujeto eficiente, moral y culto.

A lo largo de la Colonia, la enseñanza impartida fue reducida y se daba exclusivamente en los claustros de las comunidades religiosas, por lo tanto, era eclesiástica, escolástica, sin conexión con los problemas de la sociedad y, en general, imperaba una ignorancia profunda en el país, "donde se desconocía hasta las nociones más rudimentarias de las ciencias a cuya aplicación se deben los progresos de la agricultura, de la minería y de la industria".

Manuel de Salas economista, sociólogo, educador y filántropo, aparte de sus estudios teóricos mantuvo un contacto estrecho, permanente, con la realidad chilena a través de múltiples empresas económicas y sociales, y en la práctica de los asuntos políticos-administrativos como miembro del Cabildo de Santiago y en la Sindicatura a perpetuidad del Consulado de Santiago. Su radiografía de Chile suponía, para usar un lenguaje contemporáneo, mostrar en los "defectos estructurales" de su economía las causas del atraso y de la miseria del país. En efecto, no radicaban en la desidia u ociosidad de sus habitantes, los cuales, por el contrario, ansiaban trabajar y "enjambres de infelices" acudían a ofrecer sus brazos en las obras públicas y las faenas agrícolas, y las minas contaban con abundante mano de obra. El régimen de la gran propiedad no permitía el cultivo, sino de una escasa porción de la tierra aprovechable, traduciéndose en la desocupación y miseria de los campesinos; tampoco facilitaba la instalación de nuevos cultivos productivos; asimismo la industria manufacturera no alcanzaba un estado importante y el artesanado era ignorante y pobre. Las consecuencias nocivas para la existencia del pueblo de aquel estado de cosas eran: el alcoholismo, la inestabilidad de la familia, la vagancia infantil, la delincuencia ... En 1805 anotaba las repercusiones sociales de la incipiente organización económica, mostrando "al pobre pueblo que nos circunda y cuyo alivio es el fin de nuestra institución", que "vaga sobre un terreno que ofrece a cada punto atractivo para detenerlo: desnudo, donde sobran materias para vestirse; hambriento, donde se arrojan los alimentos; ocioso, en presencia de las riquezas de todas clases que les encubre la falta del arte y del ejemplo. Por eso es ebrio, para sofocar las tristezas de su existencia; es homicida, por el disgusto continuo en que vive y porque nada tiene que perder; es célibe, porque mira su posteridad como una carga, y por esto se aminora cada día sensiblemente o, al menos, no crece; y por lo mismo es gravoso y no, como pudiera, útil a la metrópoli".

Manuel de Salas asignó siempre a la economía una función humana y social, o sea su finalidad debía tender a incrementar la producción para liberar de la miseria a todos sus pobladores; al mismo tiempo poseyó una fe indestructible en las posibilidades racionales del hombre, "dominar la naturaleza y vencer sus propias limitaciones", de donde fluía su concepción educacional. Se demuestra un legítimo hijo de la "Ilustración", por su respeto al ejercicio de la razón, su entusiasmo por la ciencia y su creencia en el perfeccionamiento del hombre y la sociedad, es decir, en el progreso ilimitado. Y como consecuencia una incondicional adhesión a la importancia decisiva de la educación en equilibrada proporción: aparte de su carácter intelectual, imprimirle una orientación vocacional, completando las disciplinas teóricas con los conocimientos prácticos. Y se afanó por conseguir la participación del elemento laico en la organización de la educación y para impartirla. En toda su larga y fecunda actividad se demostró con los mejores atributos del economista, del sociólogo y del educador, y siempre exhibió una profunda conciencia nacional anhelosa de progreso y de justicia.

En su “Representación al Ministro de Hacienda don Diego Cardoqui”, abordó también la situación educacional del reino, en apretada síntesis, en ponderada concordancia con sus concepciones y críticas económicas y que, más adelante, desenvolverá con extensión al propiciar la creación de la Academia de San Luis. El texto es el siguiente: “Del estado de población y comercio se infiere bien el de las artes. Sólo hay las necesarias a la vida; las que no están en la infancia, aun les falta mucho para la perfección; carecen de los principios esenciales para su adelantamiento, dibujo, química y opulencia: esta madre de las necesidades artificiales y del lujo, que ni se puede extinguir, ni conviene a la metrópoli combatir, y es necesario dirigirlo al bien y mover este resorte que hace a los hombres industriosos y activos. Herreros toscos, plateros sin gusto, carpinteros sin principios, albañiles sin arquitectura, pintores sin dibujo, sastres imitadores, beneficiadores sin docimasia, hojalateros de rutina, zapateros tramposos, forman la caterva de artesanos, que cuanto hacen a tientas más lo deben a la afición y a la necesidad de sufrirlos, que a un arreglado aprendizaje sobre que haya echado una mirada la policía y animado la atención del magistrado. Su ignorancia, las pocas utilidades y los vicios que son consiguientes les hacen desertar con frecuencia, y, variando de profesiones, no tener ninguna. Si por medio de una academia o sociedad se les inspirasen conocimientos y una noble emulación, ellos se estimarían, distinguirían desde lejos el término a que pueden llegar, y emprendiendo el camino, serían constantes, útiles y acomodados; tal vez harían brotar de cada arte los ramos en que están divididos en los lugares donde se han perfeccionado”.

Según Manuel de Salas, las nuevas ciencias eran la base de una educación útil y su enseñanza formaría hábiles agricultores, verdaderos mineros, buenos comerciantes, artesanos competentes, ocupaciones conexas con el bien del pueblo, de los individuos y del Estado. Para corregir el carácter caduco de la enseñanza y para colocarla en una orientación realista, útil a las verdaderas necesidades de progreso del país, se empeñó en la creación de un establecimiento educacional moderno. El 19 de diciembre de 1795, Manuel de Salas elevó una “Representación a los señores de la Junta de Gobierno del Consulado”, donde abogaba por la urgencia de introducir la enseñanza pública de la aritmética, geometría y dibujo, si se quería fomentar la industria, el comercio y los oficios. Al respecto comenta Miguel Luis Amunátegui: “Este testimonio auténtico de no haberse enseñado nunca en la capital unos ramos tan elementales, es el documento más expresivo que pudiera exhibirse de la extremada ignorancia en que Chile estaba sumido”. El documento citado demuestra el patriótico desinterés de Manuel de Salas y deja en descubierto la pobreza increíble de los recursos disponibles para la difusión de la instrucción pública en la época colonial.

Después de innumerables esfuerzos y trajines consiguió que el Gobernador Gabriel de Avilés aprobara su proyecto y por decreto del 6 de marzo de 1797 ordenó la apertura de la escuela propuesta de aritmética, geometría y dibujo, bajo la denominación de Academia de San Luis (en obsequio de la reina de España, María Luisa, esposa de Carlos IV), para servir a los hombres de trabajo, a la industria, minería y comercio. Fueron quince meses de fatigosos trámites para lograr el funcionamiento de una escuela cuyo sostenimiento demandaba un gasto anual de dos mil trescientos setenta y cinco pesos. Resaltan a través de esas gestiones el atraso casi inconcebible de la época y la perseverancia heroica de Manuel de Salas. Se instauró el 18 de septiembre de 1797, en una modesta casa de la calle San Antonio, con tres clases: una de primeras letras; la segunda, de gramática latina y castellano, y la tercera, de aritmética y geometría y dibujo. Por primera vez, en Chile, hubo enseñanza pública de la lengua patria y de dibujo. Mientras en el Convictorio Carolino todos los ramos se cursaban en latín, en la Academia de San Luis, con la excepción de la cátedra de latín, sólo se hablaba el idioma patrio. La deseada clase de Matemáticas pudo abrirse el 19

de octubre de 1799, bajo la dirección del ingeniero Agustín Marcos Caballero, recién venido de la Península. El rey aprobó el 31 de enero de 1798 la fundación de la Academia de San Luis y ordenó se le diera para su funcionamiento dos mil cuatrocientos pesos (a cargo de la Junta de Minería, mil pesos; Consulado, mil pesos; y Cabildo de Santiago, cuatrocientos pesos). En otra real orden confirmó el nombramiento de director de don Manuel de Salas que le había conferido el Presidente de Chile. Para propagar una instrucción científica, Salas cuidó la formación de un gabinete de física y una biblioteca. Esta contaba, en 1801, con ochocientos volúmenes, de los cuales ciento quince los obsequió el incansable filántropo.[183]

El 10 de abril de 1801, Manuel de Salas le dirigió al Presidente interino del reino, oidor José de Santiago Concha, un informe sobre el origen, programa y estado actual de la Academia de San Luis. En el exordio de su memorial expresa algunos de sus pensamientos relacionados con el bien de Chile. Dice: “en lo que jamás encontró razón de dudar, o que no sirviese a confirmar mi primer concepto fue el de que el remedio radical es la enseñanza de las ciencias naturales. Me ratificó en él la vista de Europa, donde se abrazaron con ansia desde que se conoció que las palabras valen menos que las cosas, y que de éstas son precarias y pequeñas las que no se tratan científicamente, o no se fundan en el conocimiento de sus elementos... Las ciencias especulativas, necesarísimas a la conducta del hombre, no pueden ocuparlos a todos, ni servir a todas sus necesidades. Una agricultura sin consumos ni reglas, una sombra de industria sin enseñanza ni estímulo, un comercio, o propiamente mercancía de rutina, sin cálculos, combinaciones ni elementos, necesitan para salir de la infancia y tosquedad los auxilios del arte de medir y contar, por cuyo defecto no se ve aquí en estas profesiones pasar de la mediocridad, como sucede a cada paso en todo el mundo; y noventa y cuatro: en primeras letras, cincuenta y cuatro; en latinidad, veintiocho; en curso inferior de matemáticas, seis, y en curso superior de matemáticas, seis.

Su espíritu reformista y de progreso lo llevó a aceptar con simpatía la constitución de la primera Junta de Gobierno, el 18 de septiembre de 1810. Precisamente, en marzo de 1811 escribió el “Diálogo de los Porteros" en el cual defiende su conveniencia y legalidad. Junto con proclamar la soberanía del pueblo sostenía la adhesión a Fernando VII. A través de sus páginas muestra su molestia por la incomprensión de las autoridades españolas ante cualquier intento de avance. En el “Diálogo de los Porteros”, conversan Argote, portero de la Excma. Junta, y Quevedo, portero del Istmo. Cabildo. Argote expresa estas airadas palabras: “nos han tenido en la oscuridad y miseria; pues los buenos pensamientos que leíamos en los pocos escritos útiles que dejaban por descuido pasar a nuestras manos, los tachaban de quimeras y cuentos, o los llamaban proyectos sólo buenos para libros, como si los libros no enseñasen lo mismo que se hace en todo el mundo. Estoy cansado, podrido de oírlos, decir a boca llena y arqueando las cejas esto no es aceptable; no lo permiten las circunstancias locales. ¡Ah, cabrones!".

Las palabras reproducidas traducían su desencanto frente al inmovilismo colonial, pues a menudo sus actividades y proyectos en favor de la difusión de la enseñanza, del desarrollo de la agricultura y del

[183] El historiador Domingo Amunátegui Solar, en su erudita monografía: “Los primeros años del Instituto Nacional (1813-1835)”, publicada en 1889, describe la existencia de la Academia de San Luis (1797-1813), y del Colegio de San Carlos (1769-1813). Con respecto a la Academia de San Luis reproduce la nómina de los alumnos sobresalientes; la atención de las cátedras (profesores); la lista de los libros de su biblioteca, entre los cuales figuraban muchos de ciencias; las cuentas de sus gastos; y, en, general, la vida del plantel año a año hasta su fin, el 27 de julio de 1813, cuando se la incorporó al Instituto Nacional.

comercio, de la creación de nuevas industrias y del fomento de la minería, se vieron obstaculizados por “aquella ruinosa frase de que esto no es aceptable. Dios me libre de una palabra tal que, según mi concepto, conjurada con la de expediente y sustanciación ha destruido el país".

En 1823, al exponer algunas críticas sobre el carácter de la educación impartida en la flamante república anotaba una semejanza apreciable con la de la época colonial y, por lo tanto, no adecuada a las reales necesidades del país. Con la independencia no se había mejorada nada, todavía, en el campo educacional. Escribía: “la educación científica de la época española no dividía sus frutos, sino entre escolásticos y abogados. Así es que los destinos que necesitan de más extensos conocimientos se reparten exclusivamente y por necesidad, entre los ministros del altar y los defensores de causas particulares. ¿Qué conexión tienen estas profesiones con la ciencia de gobierno, la economía, la política, el arte de la guerra, el del comercio y el de todos los otros ramos sobre que han de recaer las providencias del ministerio, si tenemos el derecho de esperar que la patria empiece a ser dichosa? En el gabinete y en las asambleas públicas, de nada sirven las cuestiones de teología, ni el saber discernir entre las falsas y verdaderas decretales, ni las disputas entre Bartulo y Baldo, o las alegaciones en derecho para sostener el valor de un testamento, o argüir de inoficiosa una dote. No es lo mismo estar penetrado del estudio de la religión, de los cánones, que de los principios de la legislación y de la mejora de los pueblos…

Don Manuel de Salas falleció el 28 de noviembre de 1841. En síntesis, su personalidad fue extraordinaria, dotada de un profundo sentido histórico. Si la Monarquía hubiera escuchado sus atinadas peticiones y sugerencias otro habría sido el destino del Reino y al extenderse sus recomendaciones al conjunto hispanoamericano, otro el futuro de América. España pudo ampliar la autonomía de los reinos americanos, conceder derechos políticos, fomentar la agricultura e instalar industrias, modernizar la enseñanza, pero no lo hizo porque en la misma metrópoli existía una realidad de atraso, ignorancia y fanatismo. Sin embargo, gastó una enorme energía en desorbitadas empresas políticas europeas, en reprimir los movimientos insurreccionales americanos y, más tarde, en combatir terca y cruelmente las gestas emancipadoras. ¡Es la trágica ceguera de las potencias colonialistas! Por eso, ante la exactitud del diagnóstico de Manuel de Salas y la sensatez de sus proposiciones reformistas, asombra la falta de sentido histórico de los gobernantes y de la clase dirigente de España.

En cualquiera de sus escritos se exhibe su personalidad superior, en la cual anidan bien armonizados los atributos del economista, el sociólogo y el educador. Aparte de los alcances humanos y sociales de la economía, poseía plena conciencia de la categoría científica de la economía política y, por tanto, de la urgencia del estudio técnico de los fenómenos económicos para procedo a una actividad racional, eficaz y, de tal suerte, elimina) la inercia, la estagnación y las prácticas rutinarias. El aumento y diversificación de la producción debía llevarse a cabo por medio de una política científica: fomento de las producciones naturales del país, introducción ele aquellos cultivos susceptibles de aclimatarse; industrialización de todos los ramos de la producción para obtener con ella mayen empleo, un aumento del consumo y un remanente de exportación destinado a liberar el país de la dependencia de un par de productos de exportación, fatal origen del monopolio y la decadencia. Por eso sería indispensable proteger a las empresas particulares "a la sombra de algún privilegio”, y las explotaciones de utilidad efectiva merecerían ser ayudadas por los caudales de la Real Hacienda.

Al mismo tiempo resultaba imprescindible formar maestros, impulsar una educación moderna de acuerdo con las exigencias del desarrollo económico y social. De ahí su planteamiento insistente sobre la trascendencia de la educación como motor del avance económico, para lo cual era ineludible dotarla de una orientación social y científica, realista, ligada a los requerimientos de la sociedad y el progreso, y de tal modo, suministrar preparación científica y técnica a la juventud.

Su penetrante mirada abarcó todos los asuntos y se anticipó con gran lucidez a muchos de los problemas que podrían generarse en una actividad creadora, renovadora. Propuso algunas medidas inmediatas audaces para superar las condiciones de vida de la población. Por ejemplo, la división de las tierras agrícolas según la extensión de los cultivos, pero "sin recurrir a los medios violentos de los nuevos Grecos, que declaman contra los grandes propietarios y atribuyen a ellos la despoblación…y el mejoramiento de los cultivos primitivos, únicos medios de poner fin a la desocupación y a "los crímenes, hijos de la ociosidad y del abandono, que abundan más, aquí como en todas partes, en las provincias donde hay menos industrias"; propiciaba la instalación de nuevas industrias y su manejo por mano de obra capacitada y experta, con el propósito de diversificar la producción, de aumentar la variedad de productos y de acrecentar el mercado consumidor; y en relación con aquel propósito, capacitar a los artesanos y trabajadores hasta hacer desaparecer las rutinas consuetudinarias en las cuales se debatían.